

ÉL ESTABA PERDIDO. HASTA QUE ELLA SE CONVIRTIÓ EN SU LUZ.

CHLOE WALSH

Redeeming



LOS CHICOS DE TOMMEN #4

montena

CHLOE WALSH

Redeeming
6

LOS CHICOS DE TOMMEN #4

Montena

Redeeming 6 está dedicado a los chicos con los que fui al instituto, cuya amistad, travesuras, ocurrencias, delirantes payasadas y ciega lealtad inspiraron los personajes de Johnny, Gibsie, Feely y Hughie. Walshy, Slash, Al y Madden: los chicos de Tommen originales. (Y, sí, me casé con el primero).

NOTA DE LA AUTORA

Redeeming 6 es la cuarta entrega de la serie Los Chicos de Tommen y el segundo libro sobre Joey Lynch y Aoife Molloy.

Algunos de los pasajes de este libro pueden resultar extremadamente perturbadores, de modo que se recomienda al lector que proceda según su propio criterio. Debido a su contenido sexual sumamente explícito, violencia gráfica, temática adulta, detonantes emocionales y lenguaje inapropiado, solo es apto para lectores mayores de 16 años.

La historia está ambientada en el sur de Irlanda, durante el periodo comprendido entre 1999 y 2005, e incluye argot y términos en irlandés. Al principio del libro figura un glosario detallado.

En lugar de los habituales títulos de capítulo, en este libro se utiliza un método de navegación basado en partes, etapas y secciones.

Muchas gracias por acompañarme en esta aventura.

Con todo mi cariño,
Chloe xxx

PRONUNCIACIÓN DE LOS NOMBRES

Aoif: If

Aoifa: Ifa

Sean: Shawn

Gardaí: Gardi

Caoimhe: Kifva

Tadhg: Taig (como «tiger» en inglés, pero sin la terminación «er»)

PARTE 1

SIGO INTENTÁNDOLO

Joey

—Joey, hijo, estás muy callado.

—Todo va genial, Tony.

—¿Seguro? Estás pálido como un fantasma y casi no has abierto la boca en toda la semana.

—Estoy bien.

—¿Tú y Aoife no habréis...? —Dejó que sus palabras se fueran apagando, pero no despegó los ojos de mí, a la espera de una explicación.

—Nos va genial, Tony. —Le ofrecí la mentira que quería oír antes de volver a centrarme en la llave de carraca que tenía en la mano—. Todo va genial.

—Gracias a Dios. —El alivio se reflejaba en su mirada—. Entonces ¿no sabrás por casualidad qué bicho le ha picado? Anda por casa con cara de pocos amigos.

—Ni idea.

«Vaya trola».

—¿En serio? —Confuso, se rascó el mentón—. Normalmente eres el primero en saber cuándo hay drama.

—Creo que se peleó con Casey durante las vacaciones de Navidad.

—¿Ah, sí?

No sabría explicar por qué las palabras «Hemos roto» se negaron a salir de mi boca. Ni, lo que es peor, por qué mentí y le eché la culpa a su mejor amiga. Pero así fue.

—Sí. —Asentí con la cabeza, siguiendo con la mentira—. Algo de eso he oído.

—Joooder, pues la pelea debe de haber sido tremenda —afirmó mirándome desde el otro lado del coche en el que trabajábamos—. Lleva días histérica. Casi todas las noches

se queda dormida llorando.

«Mierda».

—¿De verdad?

Su padre dijo que sí con la cabeza.

El corazón se me cayó a los pies.

—Madre mía.

—Deberías hablar con ella —añadió centrándose de nuevo en la tarea que tenía entre manos—. A ti te escucha. Intenta que arregle las cosas con Casey antes de que me inunde la casa de lágrimas.

—Sí, yo..., eh..., la llamaré después del trabajo —logré balbucear, a pesar de lo difícil que me resultaba respirar, cuánto más hablar.

Porque era culpa mía.

Yo era el culpable de las lágrimas de Molloy.

Todo ese puto lío se debía a que era incapaz de reprimir los impulsos de mi ADN de mierda.

Con el corazón tan oprimido que pensé que me iba a explotar, dejé la llave de carraca en el suelo y me dirigí hacia la puerta de atrás.

—Vuelvo en cinco minutos.

—¡Guarda esos putos cigarrillos hasta el próximo Año Nuevo! —gritó tras de mí, por suerte en un tono bastante jovial.

En cualquier caso, los dos sabíamos que no iba a dejar de fumar.

Ya había renunciado a demasiadas cosas.

Escabulléndome hacia la parte de atrás, me pasé el cigarrillo que llevaba en la oreja a los labios y saqué un mechero del bolsillo del mono. Lo encendí, le di una profunda calada y me dejé caer contra la pared, sintiendo cómo me atravesaban un millón de emociones diferentes.

Mientras exhalaba una nube de humo, en mi interior libraba una batalla para no tirar la toalla y hacer justo lo que sabía que haría. Al final, apenas tardé unos minutos en coger el teléfono, el mismo que le había arrancado de entre

los dedos a mi hermano por la mañana.

Lancé un suspiro de frustración y desbloqué la pantalla. Rechacé otra llamada de Shane, busqué el nombre «Molloy» en mis contactos y le di a llamar.

Lo cogió al cuarto tono, pero no me saludó. No la culpo. No merecía que me saludara. En todo caso, merecía que me colgara.

—Soy yo —dije en voz baja dándole otra calada al cigarro—. ¿Puedes hablar?

El bullicio que oía de fondo me dio a entender que estaba en el trabajo. Cuando el ruido se atenuó al otro lado de la línea, supe que se había ido a algún lugar más tranquilo.

—Vale —contestó por fin a través del aparato—. Te escucho.

—¿Estás trabajando?

—No —soltó en un tono cargado de venenoso sarcasmo—. He salido por la ciudad con mi nuevo novio.

Encajando su mala leche sin decir ni pío, le di otra calada al cigarro antes de preguntarle:

—¿Y cómo te trata?

—Mucho mejor que el último gilipollas del que cometí el error de enamorarme —fue su respuesta de listilla—. ¿Qué quieres, Joe?

—Yo solo... —Moví la cabeza hacia los lados y lancé un agónico suspiro antes de decirle—: Quería saber cómo estabas.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué, Molloy. —Encogiéndome de hombros con impotencia, me concentré en una mancha de suciedad que había en el suelo—. No le he dado a un interruptor y he apagado mis sentimientos...

—No vayas por ahí —dijo con voz ahogada—. Aún me quedan por delante tres horas de trabajo.

Reprimí un gruñido de dolor y cambié de tema.

—Tony me ha dicho que has estado llorando.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? —Volví a mover la cabeza hacia los lados—. Pues que me parte el puto corazón oír eso. No quiero que llores, Molloy.

—Bueno, por desgracia es lo que suele hacer una chica cuando su novio la deja.

—Para ya. —Me estremecí; no podía soportar ni sus palabras ni el dolor que transmitía su voz—. Yo no te he dejado.

—Cortaste conmigo, Joey —repuso con tono áspero—. Puedes adornarlo tanto como quieras, pero al final eso fue exactamente lo que hiciste.

—Te sigo queriendo.

La oí inhalar con brusquedad, pero no dijo nada hasta pasados unos instantes.

—No hagas eso.

—Joder, te quiero, Aoife Molloy —repetí mirando fijamente una mancha de aceite que había en la pared de atrás del taller—. Siempre te querré.

—Pues retira lo que dijiste.

—No puedo. —Negué con la cabeza; parecía que el corazón se me iba a partir en dos—. No te hago ningún bien.

Lo único que deseaba era ir corriendo hasta el Dinniman y envolverla entre mis brazos, pero no podía permitirme cometer otro error con ella. Bastante la había machacado ya.

—¿Estás limpio?

Cerré los ojos y asentí ligeramente con la cabeza.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—No he tocado nada desde aquella noche.

—¿Porque estás pasando página?

—Porque me avergüenzo de mí mismo —admití sin rodeos—. Por las cosas a las que te expuse. Por cómo te traté.

Se hizo un largo silencio, durante el que juro que oía mis propios latidos retumbándome en los oídos, y luego ella habló de nuevo.

—Así que dos semanas sin meterte nada, ¿eh?

Volví a asentir.

—Sí.

—Vale, dame cinco minutos —la oí decir—. Voy a hacer la pausa para el cigarro... Sí, Julie, ya sé que no fumo, pero yo a ti te cubro como mínimo siete veces al día cuando haces la tuya, así que me voy a tomar un descanso. —La línea quedó amortiguada unos segundos hasta que ella volvió—. Vale, aquí estoy. Es que Julie se está comportando como una zorra egoísta.

—¿De bronca con los compañeros de trabajo, Molloy?

—No más de lo habitual. —Tenía un tono cortante que no trataba de ocultar—. ¿Y Shane Holland? ¿Cuántas semanas llevas limpio de él?

—Las mismas.

—¿Cómo puedo saber que dices la verdad?

—No lo sé. —Exhalé un intenso suspiro—. Lo único que tengo es mi palabra.

—Quiero creerte, Joe —susurró al otro lado del teléfono—. Desesperadamente.

«Pero no puedes».

—Lo entiendo —respondí aclarándome con fuerza la garganta—. Ambos sabemos que no he sido el tipo de tío en quien se puede confiar.

—No me has llamado. —En su voz resonaba un tono acusador—. Ni una sola vez.

—No he podido. —Con una mueca que reflejaba dolor físico, me obligué a decirle mi verdad—. He recuperado el teléfono esta mañana.

—¿Quién lo tenía?

—Tadhg.

Hizo una pausa.

—¿Por qué tenía Tadhg tu teléfono?

—Porque necesitaba no tenerlo yo.

—¿Por qué?

Hice una mueca.

—Ya sabes por qué.

—Joe. —Respiró con agitación al otro lado del teléfono, y no me hacía falta estar allí para saber que un temblor le atravesaba el cuerpo. Lo sabía porque también atravesaba el mío—. ¿De verdad estás limpio?

—Sí, Molloy. —«Por ti»—. De verdad que sí.

—Entonces ¿qué estamos haciendo? ¿Por qué yo estoy aquí y tú no?

—Necesito más tiempo.

—¿Para qué? —espetó—. ¿Para irte a follar por ahí?

—Para reformarme —la corregí con firmeza entrecerrando los ojos—. No sé cómo puedes decir eso cuando sabes que ni siquiera miro a nadie más.

—Pero, si estás limpio, ¿por qué no podemos...? —Se calló de golpe, exhaló de forma entrecortada y continuó—: ¿Sabes qué? Olvídalo. No voy a volver a suplicarte. Si no me has llamado para que volvamos a estar juntos, entonces ya puedes colgar el teléfono.

—Molloy.

—Lo digo en serio, Joe. No vuelvas a llamarme. A menos que cambies de idea.

La línea se cortó, y yo dejé caer la cabeza contra el muro de hormigón.

«Mierda».

Respiraba de forma rápida y trabajosa, pero me resistí a volver a marcar su número y darle lo que quería. La única forma de evitarlo fue siendo consciente de que, aunque puede que me deseara, desde luego no me necesitaba.

En ese momento no.

Todavía no.

Nunca, si era capaz de controlarme.

SIRVIENDO PINTAS A CAPULLOS

Aoife

Finalicé la llamada, me metí el teléfono en el bolsillo del delantal negro y sacudí las manos en un intento desesperado por frenar mis emociones antes de que se apoderaran de mí.

Había pasado una semana entera desde que puse un pie en la puerta de Joey en Nochevieja, y seguía siendo un desastre con patas porque no había cambiado nada en absoluto.

Seguíamos sin estar juntos.

Él seguía desaparecido.

Yo seguía destrozada.

«Mantén la calma, Aoife».

«Estás en el trabajo».

«Ya llorarás cuando llegues a casa».

«¡No te atrevas a ponerte en evidencia!».

Negándome a ceder ante la acuciante necesidad de dejarme caer en el rincón de la zona de fumadores y mecarme sobre mí misma, eché los hombros hacia atrás, levanté la barbilla y volví a entrar en el bar con paso tranquilo. Puede que me estuviera desmoronando por dentro, pero iba a hacerlo con dignidad, joder.

«No es más que un chico».

«Solo un chico».

«Puedes sobrevivir a esto».

—Vigila la barra —murmuró Julie pasando discretamente por mi lado cuando volvía a mi puesto—. Voy a echarme un piti.

Desde que cumplí los dieciocho el pasado septiembre, había pasado mucho tiempo detrás de la barra y había

tirado las pintas suficientes como para desenvolverme bien con el tirador. Cuando empezaron a llegar las comandas, las atendí fácilmente mientras coqueteaba, sonreía y sacaba pecho, como la profesional que era.

Por desgracia, una de esas comandas la hizo un hombre que me ponía los pelos de punta.

—Un Jameson solo, sin hielo —pidió el padre de Joey desde su asiento en la barra.

Obligándome a mantener la sonrisa, me puse de inmediato manos a la obra para prepararle su bebida mientras trataba de reprimir el escalofrío que me provocaba sentir sus ojos en mi espalda.

—¿Qué? —se burló Teddy cuando dejé su bebida sobre el posavasos que tenía delante—. ¿A mí no me das palique?

—Serán tres euros, por favor —repuse con la mandíbula dolorida del esfuerzo que estaba haciendo por conservar la sonrisa.

Se metió la mano en el bolsillo del vaquero, sacó un puñado de monedas y las estampó frente a mí contra la barra desparramándolas por todas partes.

—Chavala, sabes contar, ¿no?

—Por supuesto —contesté sin intención de dejar que me arrastrara a una discusión mientras deslizaba las monedas hacia mí con el dedo—. Disfruta tu bebida.

—La disfrutaría mucho más si te desabrocharas algún botón de la blusa.

En ese momento sí que me entraron escalofríos.

—Teddy, ¿no tienes una mujer en casa a la que cuidar? —Me desplazé hasta la caja registradora, hice la cuenta de la consumición y dejé caer las monedas en el cajón antes de cerrarlo con estrépito—. Una mujer embarazada.

Estaba acostumbrada a que los clientes me hicieran proposiciones; iba de la mano con el trabajo. Pero ese era el padre de Joey. Hasta donde él sabía, yo era la novia de su hijo.

No era la primera vez que intentaba persuadirme para que

saliera a echar un polvo rápido con él, pero eso no lo hacía menos inquietante. Resuelta a hacer caso omiso de sus comentarios, recogí algunos vasos y me puse a limpiar la barra. Lo que fuera con tal de alejarme de él.

—Dime una cosa. —Recolocándose en el taburete, se cruzó de brazos y me echó una tórrida mirada—. ¿Qué haces con él?

—Supongo que te refieres a Joey —especulé, consciente de que no iba a dejarme en paz hasta que le respondiera.

Asintió fríamente con la cabeza sin apartar en ningún momento sus despiadados ojos marrones de mí.

Yo tenía clarísimo que abrirle mi corazón a ese hombre era perder el tiempo, así que, como no estaba dispuesta a quedarme sin trabajo por su culpa, esbocé una sonrisa y dije:

—Ya te lo he dicho. Tu hijo es más que capaz de tenerme satisfecha.

—Es un crío.

—¿Y yo qué soy? —fue mi cortante respuesta—. ¿Una mujer de mediana edad?

—Si yo fuera tu padre, no estarías trabajando detrás de una barra.

—La verdad es que tienes edad suficiente para ser mi padre.

Se le dilataron las fosas nasales.

—No sabes lo que te pierdes.

—Vale, para ya. —Mi sonrisa se desvaneció y lo miré con aplomo—. Si Joey supiera que me hablas así, te...

—¿Qué? —Me cortó con tono amenazante—. ¿Qué iba a hacerme, chica?

—Te rompería el puto cuello —escupí con voz grave—. Así que ya está bien.

—Bueno, no veo a mi chavalín por aquí, ¿no? —Apoyó los codos en la barra y se inclinó hacia mí—. ¿A qué hora sales del trabajo?

—A las carne y hueso.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que nunca —le espeté—. Es como decir «ni de coña». «Ni en tus mejores sueños». Así que ¿por qué no te acabas esa copa y te largas a uno de los pubs de enfrente? Porque lo que sea que estés buscando, yo no te lo voy a dar.

—Calientapollas.

Superada por el asco, me fui hasta el otro extremo de la barra para dejar el máximo de espacio posible entre nosotros. Ese hombre me ponía la piel de gallina, así que, cuanto antes volviera Julie, mejor.

Unos minutos después, vi que curvaba el dedo para señalar su vaso vacío. Conteniendo las ganas de gritar, volví de mala gana al extremo de la barra en el que se encontraba y lo miré con expresión ausente.

Teddy estrelló de nuevo un puñado de monedas sobre la barra.

—Otro.

Me dirigí hacia la caja contando el dinero y lo eché dentro antes de servirle otro vaso del veneno que había elegido.

«Whisky».

—Sabes que es un desastre, ¿verdad? —farfulló Teddy rodeando con las manos el vaso que le había plantado delante—. No puede evitarlo. Lo lleva en la sangre.

Sabía que hablaba de Joey, pero me negué a seguirle el juego. Independientemente del estado en el que se encontrara nuestra relación o del daño que me hubiera hecho Joey al marcharse, yo estaba dispuesta a defender mi inquebrantable lealtad hacia él con uñas y dientes.

—El chaval está mal de la cabeza —prosiguió antes de darle un sorbo al vaso—. Siempre ha sido así. Desde el primer día, con él todo han sido problemas.

—Por qué será.

Se me quedó mirando con esos ojos vacíos que tenía.

—Te crees que lo sabes todo, ¿eh?

—Sé lo suficiente —repuse manteniéndome firme.

—Tú no sabes una mierda. —Se le dibujó una sonrisa llena de crueldad—. Va a acabar matándose o matando a alguien.

—Esperemos que sea a ti.

Mi respuesta le sorprendió, y levantó una ceja.

—No me tienes miedo, ¿verdad?

—Los hombres no me asustan —repliqué devolviéndole la mirada—. Porque el hombre con el que estoy sabe tratar a una mujer.

—Ya te he dicho que mi chaval no es más que un crío.

—Es más hombre que su padre.

Al darse cuenta de que yo no tenía ninguna intención de dejarme intimidar por él, Teddy hizo un giro de muñeca para indicarme que me fuera mientras murmuraba algo ininteligible entre dientes.

Más aliviada que molesta, me dirigí de nuevo al otro extremo de la barra y me acabé de tranquilizar cuando vi que Julie volvía de la pausa para fumar.

—Ay, qué bien que ese aún esté aquí. —Dejó el paquete de tabaco debajo de la barra, se ahuecó el pelo y sonrió—. Algo a lo que mirar esta noche.

Sabía que se refería a Teddy, y la idea hizo que me entraran ganas de vomitar el almuerzo.

Para el ojo inexperto, supongo que se lo podría considerar un hombre guapo. Era alto y rubio, de piel dorada y complexión fuerte y musculosa, pero cuando lo conocías un poco, cuando vislumbrabas el mal que acechaba bajo la superficie, ya no volvías a confundir su aspecto con la belleza.

No sé cómo logró engendrar a cinco seres tan memorables, pero así fue, y sus cuatro hijos varones se parecían asombrosamente a él. Shannon era la excepción a su conjunto de genes, ya que de aspecto era clavada a Marie.

Mi mente volvió a centrarse en Joey, y buena parte del rencor que pesaba sobre mis hombros se aligeró. Tener delante a su padre, un hombre al que Joey había tenido que

soportar toda la vida, hizo que se me erizara la piel y debilitó mi determinación.

¿Cómo iba a enfadarme con él cuando estaba luchando por evitar convertirse en ese trozo de mierda que ahora mismo empujaba el codo en la barra? Tenía miedo de que acabáramos como sus padres y había tomado medidas drásticas para evitarlo.

«Para protegerme».

No estuvo bien que antes me dijera por teléfono que me quería, esas mierdas debería guardárselas para él, pero mentiría si afirmara que no mitigó el dolor que sentía en el pecho.

«Solo un poquitín».

—¿Estás embarazada? —Esa fue la primera pregunta que me hizo mi madre cuando entré por la puerta el viernes por la noche después de trabajar.

—¿Que si estoy qué? —dije yo dejando el bolso sobre la mesa de la cocina y girándome para mirar a mi madre, boquiabierta.

—Embarazada —repitió apoyando a un lado la plancha—. Me lo puedes decir, Aoife. —Se limpió las manos en los pantalones, dio la vuelta alrededor de la tabla de planchar y se acercó a mí—. No voy a gritarte, cariño, te lo juro. Pero prefiero enterarme ahora que más adelante.

—No, no estoy embarazada —me apresuré a asegurar con gesto confuso mientras colgaba el abrigo en el respaldo de la silla de la cocina.

—Pero eres sexualmente activa.

—¡Por Dios! —gruñí quitándome los tacones—. ¿Qué intentas decir, mamá?

—Tienes relaciones sexuales.

Le eché una mirada que decía: «¿Cómo te atreves a sugerir algo así?» y luego añadí:

—Y, aunque así fuera, que para nada, tomo la píldora, ¿te

acuerdas? Me llevaste al médico para que me la dieran a los catorce años.

—Pero para mejorar tus reglas, que eran muy abundantes —me recordó—, no porque te estuviera dando luz verde para acostarte con Paul.

—Y no lo hice. —Me encogí de hombros con aire tímido—. Con Paul.

—Pero ahora sí lo estás haciendo. —Me ofreció una sonrisa de comprensión—. Con Joey.

Resoplé.

—No.

Mamá arqueó una ceja.

—¿Te crees que nací ayer? No estás hablando con tu padre. Deja de intentar engañarme, jovencita. Sé muy bien lo que pasa cuando ese chico se queda a dormir.

—Dios mío.

—Si eres sexualmente activa con Joey, no tienes por qué ocultármelo —siguió diciendo—. Ya lleváis juntos un tiempo. No estoy enfadada, mi amor. Tan solo me preocupo.

—¿Y qué pasa si me estoy acostando con él? —repose sofocada ruborizándome—. Ya no tengo catorce años, mamá. Tengo dieciocho, no sé si lo sabes.

—De acuerdo —contestó ella forzando la voz—. Gracias por contármelo.

—¿De... nada?

—¿Y estáis teniendo precauciones?

—Tomo la píldora —repetí lentamente—. ¿Qué otras precauciones quieres que tenga?

—Condomes.

Arrugué la nariz con embarazosa incomodidad.

Mamá abrió los ojos de par en par.

—Aoife...

—¿Qué? —Levanté las manos—. Tenemos precauciones.

—Entonces ¿te has estado tomando la píldora cada día a la misma hora? —insistió con tono preocupado—. ¿Religiosamente?

Me resistí a contestar.

—No entiendo por qué me preguntas todo esto.

—Porque estás de mal humor, te pasas el día encerrada en tu cuarto, comes como un caballo y parece que estás a punto de romper a llorar en cualquier momento.

—¿Y por eso crees que estoy preñada? —exigí saber con los brazos en jarras—. ¿Qué será lo siguiente? ¿También me vas a decir que he engordado?

—Aoife.

—No, mamá. No estoy embarazada, por Dios. —Moviendo la cabeza hacia los lados, me acerqué a la nevera y la abrí de golpe, ofendida—. Me vino la regla antes de Navidad.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí, mamá. —Puse los ojos en blanco—. Me acuerdo perfectamente porque esa semana había ido de compras con Casey y no me compré una falda blanca preciosa de The Modern que me quería poner para el cumpleaños de Katie, aunque costaba diez euros y era una ganga total, porque sabía que no me podía arriesgar a llevarla.

Los ojos de mi madre reflejaban alivio.

—Ay, gracias a Dios.

—Por cierto, te agradezco el voto de confianza. De verdad que me alegra saber que tienes tanta fe en que no voy a arruinar mi vida. —Agité una mano en el aire—. Espero que a Kev le des el mismo discursito, porque él también es un cabrón malhumorado que apenas sale de su habitación.

—No seas tonta. —Mamá dio un golpe en el aire con la mano como si fuera la cosa más ridícula que había oído en su vida—. Tu hermano no me puede traer un nieto a casa en la barriga.

—¿Y crees que Joey y yo somos tan imbéciles como para hacerlo?

—Creo que vosotros os habéis visto arrastrados por la fuerza del primer amor. —Sus ojos y su voz se suavizaron

cuando agregó—: Y creo que se pueden cometer muchos errores cuando los sentimientos pasan por encima de la lógica.

—Pues eso demuestra lo poco que sabes —respondí cerrando con fuerza la nevera—. Porque ahora mismo Joey y yo ni siquiera estamos juntos.

—¿Ah, no? —Los ojos se le abrieron como platos—. Ay, cariño, no lo sabía.

—Pues ya lo sabes —repuse con frialdad encaminándome hacia la puerta—. Lo que tengo es el corazón roto, mamá, no a tu nieto en la barriga.

—Aoife —dijo mientras me iba—. Espera, cielo, podemos hablarlo si quieres. Aquí me tienes para lo que necesites, mi amor.

—No quiero hablar de ello —le solté por encima del hombro mientras subía la escalera estrepitosamente.

«No puedo».

DISPUTA TERRITORIAL

Joey

—¿De qué coño vas puesto? —quiso saber Podge mientras me perseguía por el campo del pabellón de la asociación de hurling y fútbol gaélico el sábado por la tarde con su hurley en la mano—. No te veía tan entusiasmado desde que ganamos la final del condado en tercero.

—De nada —contesté jadeante pasándole muy cerca para atrapar la sliotar con mi hurley y devolvérsela con un toque. Tony había cerrado temprano, y yo no tenía nada que hacer, así que les había enviado un mensaje a los chicos para quedar y hacernos unos pases—. Es que no salgo desde Navidad.

—¿Y qué cojones te ha dejado Papá Noel en el calcetín? —resolló Alec cortando el lanzamiento y robándole la pelota a Podge—. ¿Speed?

Menudo baño de realidad.

—Nada.

Podge entornó los ojos con incredulidad.

—Entonces ¿qué coño te pasa?

—Nada. —Me encogí de hombros, respirando de forma agitada—. Que ya me he cansado de gilipolleces.

—¿Qué quieres decir?

—Que voy a dejar de hacer el imbécil.

—Lo que quiere decir es que está demasiado ocupado metiéndosela a Piernas Sexis como para siquiera pensar en colocarse —puntualizó Alec con una risita—. Madre mía, su coño debe de saber a ambrosía o lo que sea que comen los dioses... Joder, me cago en la leche, no me pegues con eso. —Agarrándose un lado de la cabeza, gimoteó—: Mierda, Joe, tienes suerte de que lleve casco. Podrías haberme causado

daños cerebrales.

—No, tú tienes suerte de llevar casco —argumenté todavía sujetando la pala de mi hurley peligrosamente cerca de su cuello—. La próxima vez que se te ocurra pensar en el coño de mi chica, te arranco la cabeza de cuajo, ¿me oyes?

—Déjalo ya, Al —terció Podge haciendo que volviera a centrar la atención en él—. ¿Eso qué significa, Joe? —Me miraba de frente, a la cara—. Cuando dices que vas a dejar de hacer el imbécil, ¿te refieres a Holland y a esa peña?

Asentí con frialdad.

—Me refiero a todo.

—¿Sí?

—Sí. —Con gesto incómodo, atrapé la sliotar con la parte plana del hurley y me desmarqué en una solitaria carrera antes de lanzar hábilmente la pelota por encima del travesaño de la portería que estaba al otro extremo del campo.

Con el sudor resbalándome por la nuca, recuperé la sliotar de detrás de la portería y salí corriendo de nuevo, desesperado por consumir la tensión que atenazaba mi cuerpo. No recordaba la última vez que había estado tanto tiempo sin nada en el organismo. Pero ahí seguía, intentándolo, resistiendo.

«Por ella».

—¿Cuánto hace? —preguntó Podge cuando volví con la pelota.

—¿De qué? —se inmiscuyó Alec.

—Unas semanas —respondí mientras me secaba el sudor que me goteaba de la frente con la parte baja de la camiseta—. Aún no es como para dar palmas, pero algo es algo.

Me recorría un horrible temblor de ansiedad que no podía calmar por mucho ejercicio que hiciera. Sabía por qué, claro. Lo que le apetecía a mi cuerpo no era hacer ejercicio. No quería comida ni agua, ni se conformaba con fumar. Quería más.

Tenía un apetito voraz.

Pero, tras pasar dos semanas infernales para llegar hasta donde estaba, era lo suficientemente fuerte como para dejarlo morir de hambre un poco más. Una hora. Y después otra.

«Sigue adelante, tío».

—Bien, joder. —Sorprendido, Podge levantó las cejas y golpeó la sliotar hacia el campo a toda velocidad antes de decirle a Alec que se fuera a buscarla—. ¿Me equivoco al pensar que Aoife tiene bastante que ver con este repentino cambio en tu estilo de vida? —preguntó cuando Alec ya no podía oírnos—. Tío, es una buena influencia para ti.

—Nos hemos dado un tiempo —me obligué a admitir en voz alta ante quizá la única persona en quien confiaba, aparte de las dos chicas de mi vida.

Me las había arreglado para trabajar toda una semana con Tony sin revelarles ni lo más mínimo sobre mi relación con su hija. No había sido fácil lidiar con él, tampoco con lo desconocido, pero debo decir que el tipo me trató igual que siempre.

—¿Aoife y tú? —preguntó Podge con los ojos abiertos de par en par... Enseguida me di cuenta de que él no iba a hacer lo mismo—. ¿Desde cuándo?

—Desde que saqué la cabeza del culo el tiempo suficiente para ver lo que le estaba haciendo.

—¿En serio?

—Venga, Podge. —Me encogí de hombros y decidí ir con la verdad por delante—. Es bastante obvio que he estado yendo por un camino que no tiene mucho que ver con el que sigue Aoife, tío.

—¿Y eso te importa?

—Me importa ella.

—¿Habéis roto para siempre?

Su pregunta hizo que mi corazón diera un vuelco y mi mente se pusiera a gritar: «Joder, espero que no».

—Depende.

—¿De qué?

—De si soy capaz de aclarar mis ideas.

—Parece que ya lo has hecho.

—Pues ahora tengo que ver si soy capaz de mantenerme así —me obligué a añadir—. Lo cual, seamos sinceros, hasta ahora no se me ha dado demasiado bien.

—Entonces ¿fue ella la que propuso dejarlo un tiempo?

—No. —Negué con la cabeza—. La idea fue mía.

—Y, en este tiempo que os habéis dado, ¿podéis ver a otras personas?

—No —dije sintiendo náuseas ante la idea—. Tío, ni siquiera quiero pensar en otras chicas.

—¿Y ella? —insistió—. ¿Piensa en otros tíos?

—Debería —mascullé—. Pero no, no lo creo.

—¿Y si lo hace?

Reprimí el impulso de gruñir.

—No la retendría.

—Joder, sí que la quieres, ¿no?

«Más que a mi vida».

—¿Y qué pasa si es así? —escupí de inmediato poniéndome a la defensiva.

—Nada, tío, nada —se apresuró a decir en tono conciliador—. Es que te conozco desde que teníamos cuatro años e íbamos a la guardería y nunca te había oído reconocer tus sentimientos hacia nadie.

Encogí los hombros; su línea de interrogación me hacía sentir incómodo.

—Obviamente, me di cuenta de esa extraña química que tenéis en cuanto empezamos primero, pero no sabía que era algo tan profundo. —Sacudió la cabeza antes de hacer una confesión—: Siempre creí que te habías encaprichado de ella más por joder a Ricey que por otra cosa.

—Ah, bueno. —Sonreí con suficiencia al pensar la de veces que, durante los últimos años, Ricey nos había pillado charlando y se había puesto como una fiera—. Eso era un incentivo extra.

—No podías haber lanzado la sliotar más lejos, ¿eh? —jadeó Alec volviendo al trote hacia nosotros con la pelota en la mano—. He tenido que meterme entre los arbustos para recuperarla.

—Perdona, Al —se disculpó Podge riendo entre dientes; luego se giró y me guiñó un ojo—. Sigue con las ideas tan claras, Joe.

—Ese es el plan.

—¿«Sigue con las ideas tan claras»? ¿«El plan»? —Alec movió la cabeza de un lado a otro y refunfuñó—: ¿Por qué siempre tengo la sensación de que habláis en clave cuando estoy delante?

—Porque eres perspicaz —repuso Podge con una sonrisilla.

—No, yo no soy eso —se quejó Alec—. Sé lo que estáis haciendo, cabrones. No lo neguéis.

—Al, te ha dicho que eres perspicaz —me reí y le lancé la pelota—. ¿Sabes lo que significa esa palabra?

—Pues claro que sí —resopló Alec atrapando la sliotar al vuelo—. Es cuando dudas de todo y no te crees nada de lo que dicen los demás.

Podge echó la cabeza hacia atrás y se partió de risa mientras yo me pasaba una mano por la cara para luego murmurar:

—Al, a eso se le llama paranoia.

—¿Ah, sí?

Podge soltó una risita.

—Claro, tío. Tanto la palabra como su significado son totalmente diferentes.

—Puede que antes te haya arreado demasiado fuerte —planteé con sequedad.

—Paranoia... —Alec frunció el ceño—. Entonces ¿«perspicaz» qué es?

—Algo que nunca te volveremos a llamar —dijo Podge entre risas.

—Bueno, tíos, vamos a separarnos y nos lanzamos unos pases otra vez antes de que anochezca —propuse mientras

corría hacia atrás—. La semana que viene jugamos contra el St. Fintan's y no pienso dejar que esos cabrones nos eliminen en la fase final.

—Entonces ¿la junta escolar ya te ha dicho qué ha decidido? —preguntó Alec con tono esperanzado.

—Sí, anteayer llamaron a mi madre —contesté al tiempo que saltaba para coger la sliotar en el aire—. Parece que esta es la última de mis siete vidas.

—¿Así que al final no te van a expulsar?

Hice una mueca.

—Al menos no esta semana.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando Podge me dio un codazo en el brazo para advertirme de que teníamos compañía. Entrecerrando los ojos hacia la penumbra, traté inútilmente de ponerles nombre a las caras que nos contemplaban desde el otro extremo del campo, mientras se me erizaba el vello y mi cuerpo se tensaba ante la amenaza desconocida.

—No hay duda de que nos observan —murmuró Podge.

—Creo que son del Tommen —apuntó Alec frotándose la barbilla—. A ese tío grandullón lo he visto en el periódico local; juega al rugby.

—Sí, beben en el Biddies.

—¿Qué coño hacen aquí? —espeté.

—Se han equivocado de campo.

—Más bien se han equivocado de barrio.

Continuamos pasándonos la sliotar durante otros cinco minutos hasta que quedó claro que no se iban a ir.

—Ahora vuelvo —solté quitándome el casco—. Voy a solucionar esto.

Cabreado, me dirigí con paso firme hacia el grupo de niños pijos que se arremolinaba en las bandas de mi puto campo.

—No te calientes, Joe —me avisó Podge mientras corría detrás de mí.

—Eso, tío —convino Alec con un susurro—. Son seis.

—¿Tenemos monos en la cara, gilipollas?

—Ay, Dios —gruñó Alec agarrándome por la parte de atrás de la camiseta—. Vamos a morir.

—¿Estáis sordos? —pregunté sacudiéndomelo de encima, centrado por completo en los tíos que me miraban—. ¡Os he hecho una puta pregunta!

—Sí, es ese —dijo uno de los chicos antes de situarse estratégicamente detrás de un chaval aún más grande que él—. Gibbs, habla tú.

Me sonaba de algo. Tenía el pelo rubio y una sonrisa de bobo de la hostia.

—Hola, amigo.

—No soy amigo tuyo —le solté acercándome a él con el hurley en la mano—. Y, que yo sepa, el club de rugby está al otro lado de la ciudad —les recordé—. Aquí no se os ha perdido nada.

—Ay, madre. —Los ojos del chico rubio, de color gris plateado, se iluminaron con un brillo que solo podría describir como travieso cuando, sonriente, preguntó—: ¿Vamos a tener una disputa territorial?

Levanté una ceja.

—¿El qué?

—Sí —asintió vivamente con la cabeza—. Como los T-Birds y los Scorpions en *Grease*.

—¿*Grease*? —Me lo quedé mirando boquiabierto—. ¿De qué coño estás hablando?

—No hagas caso a Gibbsie —intervino otro de ellos. Este me resultaba muy familiar—. Es bastante disfuncional.

—¿De qué te conozco? —pregunté mirándolo con recelo.

—Soy Hughie Biggs —dijo enseguida con los brazos levantados, el símbolo universal de la paz—. Nuestras hermanas son amigas.

—Sí —añadió el grandote sonriendo mientras agitaba un pañuelo delante de él—. Venimos en son de paz.

—Cállate, Gibbs —murmuró Hughie moviendo de un lado a

otro la cabeza—. Joder, tío.

Atónito, aflojé los puños y me obligué a calmarme. Ahí no había ninguna amenaza. Tenía que conseguir que mi cuerpo se diera cuenta.

—¿Qué haces aquí, Biggs? —pregunté dirigiéndome a Hughie e ignorando al musculado gorila que estaba plantado a su lado—. ¿Qué quieres?

—La verdad es que te estaba buscando.

Eso hizo que volviera a ponerme en estado de alerta.

—¿Por qué?

—Necesito que me hagas un favor.

—No hago favores a desconocidos.

—Nuestras hermanas son amigas —repitió en tono optimista—. Así que podría decirse que nosotros también somos amigos... o conocidos, quizá..., ¿no? Bueno, vale.

—No soy de hacer amigos —dije fríamente estudiando a todos esos cabrones enormes, con su ropa de diseño y sus cortes de pelo caros—. Ni tampoco favores.

—¡Oye! —resopló Alec cruzando los brazos sobre el pecho en señal de indignación—. Muchas gracias, amigo. ¿Y yo qué soy? ¿Mierda de perro?

—Calla, idiota —refunfuñó Podge—. Deja que Lynchy se encargue de esto.

—De acuerdo —replicó Hughie moviendo la cabeza—. Está claro que venir aquí no ha sido buena idea.

—Clarísimo —le espeté mirándolo con desdén hasta que apartó la vista—. Nos vemos.

—¿Cómo? —exigió el grandullón—. No, no, ha sido una idea genial, y yo no me pienso ir hasta que consiga lo que he venido a buscar.

—¿Y qué es exactamente?

—Queremos hacer una excursión a los *acanutilados* de Moher... No sé si me entiendes... —se rio mientras subía y bajaba las cejas.

Me lo quedé mirando.

—Necesitamos drogas.

—Hostia, Gibs —farfulló Hughie dejando caer la cabeza entre las manos—. Un poco de tacto, tío.

—¿Drogas? —Levanté una ceja—. ¿Y por qué habéis acudido a mí?

—Hemos oído rumores —dijo otro.

Arqueeé una ceja.

—¿Rumores?

—De Hughie —señaló el armario empotrado.

Hughie gruñó en alto.

—Madre mía, Gibs.

—Dice que te flipan las drogas y necesito pillar algunas, en serio.

—Muchas putas gracias, Gibs —murmuró Hughie dando un paso hacia atrás, por si acaso.

Le clavé la mirada al gorila.

—¿Y pensaste que yo te podría ayudar?

Asintió alegremente con la cabeza.

—Mírame, gilipollas. —Señalé mi equipo de entrenamiento—. ¿A ti te parece que tengo pinta de camello? —Como no respondió que no de inmediato, entorné los ojos—. No soy un puto camello.

—Pero tienes contactos, ¿verdad? —repuso con tono persuasivo—. Ya sabes, amigos en los bajos fondos y todo eso. Eres de la urbanización Elk, ¿no?

—Uno: no soy amigo tuyo. Dos: el hecho de que me insultes en mi propia cara insinuando que soy de un barrio más bajo que el tuyo se merece una buena hostia. Y tres: no voy a hacer una mierda por ti. Así que pírate.

—Acepto esas tres razones como justas y ciertas —repuso el grandullón—. Y, sinceramente, te haría el favor de pirarme, pero de verdad que necesito esas drogas; son para mi capitán.

—Tu capitán.

—Sí, para mi capitán. —Asintió con ganas—. Lo está pasando mal ahora mismo..., pero mal de la hostia. Tuvieron que operarlo antes de Navidad, ¿sabes?, y el pobre se ha

quedado tieso como una estatua. Solo busco algo que lo ayude a relajarse.

—Gus, ¿no? —pregunté con tranquilidad—. ¿Te llamas así?

—Gibbie —me corrigió con una tímida sonrisa—. Pero mi madre me llama Gerard...

—Me importa una mierda cómo te llama tu madre —lo interrumpí dirigiéndole una mirada de advertencia—. Y en cuanto a la intervención de tu capitán... Dile que vaya al médico y consiga una receta como hace todo el mundo. —Luego me giré de nuevo hacia Hughie y añadí—: No volváis por aquí, Biggs. —Señalé al inmenso gorila que tenía al lado y dije—: Y menos aún con él.

—¡Pero el médico no me puede recetar maría! —se quejó el mastodonte—. Por favor... Venga, tío. Es solo un poco de hierba.

—¿Qué parte de «no soy un camello» es la que no entiendes?

—Que sí, que sí. Que no eres un camello y bla, bla, bla. Ya te he oído —soltó—. Pero si pudieras hacer una excepción, solo por hoy, de verdad que te debería una.

—Ya me debes una —mascullé—. Por los últimos cinco minutos de mi vida que nunca voy a recuperar.

—Vente esta noche a nuestra fiesta —ofreció—. Es en casa de Hughie. Con temática de los noventa...

—No es verdad, Gibs.

—Sí que lo es —contrapuso el tiarrón antes de girarse otra vez hacia mí—. Sus viejos están en Portugal. Bebida gratis toda la noche. ¡Ah, y rollitos de salchicha!

—¿¿¿Rollitos de salchicha??? —Fingí estar entusiasmado—. ¡Haberlo dicho antes! ¡Contad conmigo!

Abrió los ojos de la emoción.

—¿¿¿En serio??? —

Puse los ojos en blanco.

—No, claro que no, idiota.

—Podemos pagar —dijo otro de pelo oscuro—. Tenemos dinero —añadió desde atrás del todo—. Lo que quieras. Por

eso no te preocupes.

—Joder, Feely, tío, no digas eso —gruñó Hughie—. Solo tenemos doscientos.

De repente les presté atención.

—¿Doscientos?

—Sí —contestó sacándose un fajo de billetes de veinte del bolsillo de los vaqueros—. ¿Es suficiente?

Miré a Alec, que intentaba con todas sus fuerzas no partirse de risa. Puede que fuera un memo integral, pero tenía calle suficiente como para saber que con ese dinero sobraba para abastecer no solo a su equipo de rugby, sino también al nuestro de hurling.

—¿Cuánto quieres? —me oí preguntar.

—Lynch, ¿podemos hablar un segundo? —interrumpió Podge antes de arrastrarme lejos de ellos.

—¿Qué haces? —protesté mientras me zafaba de su brazo.

—¿Yo? ¿Qué haces tú? —exigió cuando ya no podían escucharnos—. Creía que pasabas de Shane Holland y de toda esa mierda.

—Y así es —solté con los ojos clavados en él—. No necesito acercarme a Holland para esto.

—¿Entonces?

Me encogí de hombros.

—Tengo unos gramos en casa.

—Pero ¿no decías que querías dejar eso atrás?

—Y es verdad —repetí ya cabreado—. No me he metido nada.

Se quedó ojiplático.

—Fumar maría es meterse.

Le respondí entrecerrando los ojos.

—No es verdad.

—Sí lo es.

—No lo es.

—El cannabis es una droga.

—El cannabis es una planta.

—En este país es ilegal.

—Igual que mear en la calle —contraargumenté—. Las leyes son estúpidas. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Joder, Joey —masculló Podge frotándose la cara con la mano—. Das dos pasos hacia delante y diez hacia atrás.

—Gilipolleces. Lo prescriben médicos de medio mundo para el dolor.

—Ya, y la oxicodona y las decenas de fármacos con receta que te he visto tragarte desde primaria. También son para el dolor, Joe, pero tú sabes bien lo que pasa cuando caen en malas manos.

—Ya te he dicho que llevo semanas sin probar nada.

—Excepto hierba —me recordó con tono exasperado.

—No te pases de listo —dije poniéndome a la defensiva—. Tú también has tenido tu época de fumeta.

—Hay una gran diferencia entre fumarse un peta y desplumar a un puñado de ricachones ingenuos.

—Joder, ni se te ocurra juzgarme —le advertí entornando los ojos—. Son doscientos pavos, Podge. ¡Doscientos! Los van aireando por ahí como si fueran billetes del *Monopoly*. Para ellos es una miseria, pero para alguien como yo es un pastizal. —Levanté las manos con gesto de frustración y solté—: Igual tú eres lo suficientemente privilegiado como para darle la espalda a algo así, pero te aseguro que yo no puedo permitírmelo. ¿Tienes idea de lo que ese dinero podría hacer por mí?

Por mi madre.

Por mis hermanos.

Marcaría la diferencia entre que la semana que viene mis hermanos se alimentaran a base de alubias con tomate y sándwiches de mantequilla mientras se pelaban de frío en invierno, hasta que nos pagaran a mamá o a mí, y que tuvieran una comida caliente en el estómago y un fuego que los calentara antes de irse a la cama.

Esta vez no tenía elección.

—¿Y qué me dices de Aoife? —inquirió dándome donde más dolía: justo en el corazón—. ¿Crees que se va a alegrar

cuando se entere...?

—A ella no la metas en esto —le advertí—. No te atrevas a echarme eso en cara. —Negando con la cabeza en señal de aviso, levanté una mano y di un paso atrás, arrepintiéndome incluso de haber confiado en él. No podía fiarme de nadie—. Sabes perfectamente por qué no puedo rechazar esto, joder, Podge; tú lo sabes, así que deja de meter el dedo en la llaga.

La culpa se reflejó en sus ojos y movió la cabeza hacia los lados.

—Si necesitas dinero para tu familia, yo puedo...

—No quiero limosnas —le espeté temblando debido a lo terriblemente expuesto que me sentía—. Me las puedo arreglar solo.

Se me quedó mirando durante mucho tiempo antes de rendirse.

—Como quieras. —Alzó las manos en señal de derrota—. No pienso decir nada más, salvo que creo que es mala idea.

—Eso te lo acepto —repuse asintiendo con frialdad—. Y ahora puedes quedarte aquí juzgándome desde tu atalaya o venirte conmigo a esa lujosa fiesta de los cojones y comerte tu peso en rollitos de salchicha. —Me di la vuelta y, dando zancadas, fui hacia los chicos del Tommen—. Sea o no una mala idea, voy a hacerlo.

AL BORDE DE LA LOCURA

Aoife

—Esto es una intervención —anunció Casey algo más tarde esa misma noche abriendo la puerta de mi habitación y entrando tranquilamente como si estuviera practicando para desfilas por una pasarela. Vestida para matar con unos minishorts vaqueros, tacones de aguja y una preciosa blusa blanca de hombros descubiertos que le había regalado por Navidad, puso las manos en jarras y me fulminó con la mirada—. ¡Ese cabrón te deja el día de Navidad y ni siquiera me llamas!

—Frena, Casey —intervino Katie más apocada siguiéndola hacia el interior de mi cuarto—. Tu madre nos ha llamado —se apresuró a aclarar en tono compasivo—. Está muy preocupada por ti, Aoife.

—Todos lo estamos.

—Ufff... —protesté mientras me dejaba caer sobre la espalda y abría los brazos y las piernas en la cama como si fuera una estrella de mar, tirando con ello al suelo innumerables envoltorios de dulces vacíos.

—Vale, tienes que quitar esa canción —ordenó Casey dirigiéndose hacia mi equipo de música—. Y dejar de amargarte.

—No, esta es la mejor parte —dije con voz ahogada ululando la letra de «The Closest Thing to Crazy», de Katie Melua—. Estoy bien —sollocé—. De verdad.

—Sí, seguro —repuso Casey arqueando una ceja—. Por eso tienes la barbilla embadurnada de chocolate.

—Es mi manera de intentar procesarlo —balbuceé patéticamente con la boca llena de M&M's—. Por Dios, ¿tan terrible es?

—Pues procésalo cabreándote —ordenó mientras se acercaba para arrancarme de las manos el paquete medio vacío—. Joder, véngate. Pero no te pongas como una vaca.

—Casey —murmuró Katie—. Esas cosas no se dicen.

—Bueno, pues ya me puedes demandar, porque lo he dicho —repuso Casey sin complejos—. Y no voy a quedarme sentada viendo cómo mi mejor amiga se autodestruye porque el gilipollas de su ex la dejó en Navidad. ¡En Navidad! —Su tono era de incredulidad—. ¡Después de un año juntos! ¿Quién coño hace eso?

—Por favor, Casey —le espetó Katie—. Baja el tono.

—Vales diez veces más que ese imbécil —siguió refunfuñando Casey mientras colocaba su bolsa de deporte sobre la cama y abría la cremallera—. Y me voy a encargar de recordártelo.

Miré la bolsa con recelo.

—¿Qué haces?

—Pregunta más bien qué hacemos —respondió sacando una montaña de ropa, maquillaje, cd y una botella de ese prosecco barato que tanto nos gustaba a las dos—. Y lo que hacemos, mi más querida, antigua y maravillosa amiga del mundo mundial, es ir a una fiesta en una casa.

—No, no, no. —Negué con la cabeza—. Tú vas a una fiesta. Yo no voy a ninguna parte.

—Claro que sí —dijo en tono cantarín ignorando mis protestas—. El churri de Katie tiene la casa libre y da un fiestón antes de que vuelva a empezar el instituto. Va a pinchar un dj de verdad y habrá toneladas de priva gratis. Estará lleno hasta los topes de esos amigos suyos del equipo de rugby, y tú te vienes con nosotras.

—No —protesté con vehemencia—. Ni de coña.

—¿Es que no me has oído? —Me miró como si yo hubiera perdido la cabeza—. Aoife, he dicho que estará lleno de jugadores de rugby. Grandes, buenorros, sudorosos y sexis.

—Me da igual.

—Y lo mejor de todo es que la fiesta es del Tommen, así

que no tienes que preocuparte por encontrarte con nadie del instituto público de Ballylaggin —prosiguió rápidamente obviando por completo mis deseos—. Y cuando digo nadie me refiero al puto inútil ese.

—Casey, no iría ni aunque me dijeras que va a estar presente todo el equipo de rugby irlandés. —Alcancé una almohada, la estreché contra mi pecho y suspiré hondo—. ¿Te acuerdas de aquel anuncio de Cadbury que ponían por la tele cuando éramos pequeñas? ¿El de la mujer que devoraba una onza de Dairy Milk mientras de fondo sonaba «Show Me Heaven»?

—Sí, ¿y qué?

—Pues que yo soy la mujer del anuncio y Joey es la tableta de chocolate.

—¿Me estás diciendo que no quieres probar otro sabor, además de él? —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. Vaya estupidez, porque él ha sido el único sabor que has probado. Rompió contigo, Aoife. Te cortó el suministro de chocolate. Así que arriba ese culo y vente conmigo a probar un menú de lujo.

—No me interesa.

—Levántate.

—Estoy demasiado triste.

—Por eso mismo no pienso salir de este cuarto sin ti. Venga, Katie, ve a encender la ducha para nuestra amiga —indicó—. Y pon esto —añadió lanzando a las manos de Katie el disco *Stripped* de Christina Aguilera—. La segunda canción.

—¿Así que es ese tipo de intervención? —preguntó Katie apresurándose a poner el cd en el equipo—. ¿Vas a sacar la artillería pesada?

—Creo que debería cortarme el pelo —musité tirando de mi larguísima trenza—. Necesito un cambio.

—Ay, Dios, sí que lo es —aulló Katie cambiando los discos a toda velocidad.

—Ya lo puedes jurar —replicó Casey. El «Can't Hold Us

Down» de Christina retumbó en los altavoces un segundo después, y Casey asintió dando su aprobación antes de volver a centrar su atención en mí—. Si te cortas ese pelazo, te estrangulo con tus propios mechones. Venga, levántate ya.

Moví la cabeza hacia los lados.

—No.

Entrecerró los ojos.

—Molloy, levanta ese culo.

—Nunca.

—No me hagas ir a cogerte.

—No serías capaz.

—Ponme a prueba.

Tras mirarnos fijamente durante diez segundos, ambas nos lanzamos a por el edredón a la vez, agitando los brazos y las piernas.

—Si no estás preparada para superar lo de tu ex abriéndote de piernas con uno de esos sofisticados jugadores de rugby, ya me sacrificaré yo por el bien común y lo haré por ti —gruñó Casey arrebatándome la manta de las manos mientras se ponía a horcajadas sobre mí—. Pero aun así te vas a venir conmigo a hacerme de ayudante.

—Ni lo sueñes —protesté tratando en vano de quitármela de encima moviendo las caderas—. ¿Cómo es que tus muslos son tan anormalmente fuertes?

—Porque uso el ThighMaster de mi madre, cabrona —contestó sujetándome los brazos contra el colchón—. ¿Te rindes ya o voy a tener que patearte el culo un rato más?

—Case...

—¿Te rindes?

—Vale. —Derrotada, solté un amargo gemido y dejé de oponer resistencia contra ella—. Me rindo.

VIDA DE LA OTRA MITAD

Joey

Nunca se me habría ocurrido que iba a pasar una noche de sábado dentro de un casoplón en el que fácilmente podrían caber tres cuchitriles como el que me había visto crecer, y además rodeado de un montón de gente del Tommen College.

Lo más cerca que había estado de su elitista colegio privado era cuando pasaba por delante de las enormes puertas de hierro de camino a un partido. Pero, por alguna razón, en ese momento me encontraba en el puto medio de su círculo más íntimo, viendo cómo un grupo de niños privilegiados se colocaba con una hierba de primera.

Esa noche, el capitán al que esos chavales se habían empeñado en relajar no se había molestado en aparecer, pero los ojos rojos de sus amigos y sus expresiones aleladas dejaban claro que cualquier pensamiento sobre él se había desvanecido hacía rato.

Era evidente que estaba dispuesto a rebajarme hasta límites insospechados por un par de cientos de pavos.

«Ya me vale».

Me costaba encajar especialmente el hecho de que mi hermana tuviera que empezar a ir al instituto con esa gente el lunes por la mañana. Sobre todo por ese enorme rubio cabrón aficionado a la droga, el libertinaje y la hermanita de su amigo.

—¡Gerard Gibson, suéltala ahora mismo! —le ordenó Claire Biggs, la amiga de pelo rizado de Shannon, mientras se colocaba en el último peldaño de su impresionante escalera, disfrazada de la rubia de las Spice Girls, y señalaba con un dedo al gigantesco tonto del culo que intentaba que un gato

con pinta de consentido bailara al ritmo de «¡Boom, Boom, Boom, Boom!», de los Vengaboys—. Como le hagas daño a mi...

—¿Cosita? —propuso justo antes de hacer un ridículo ronroneo con la lengua—. Muñequita, ya sabes que nunca le haría daño a tu cosita.

Sí, le faltaban un par de hervores.

—Te tengo dicho que no me llames así en público —protestó ella resoplando.

—Y yo te tengo dicho que no te pongas ese vestido rosa —repuso el grandullón con una sonrisa maliciosa mientras dejaba a la gata en el sofá y se acercaba a ella como si acechara a una presa—. Pero me alegro un huevo de que no me hayas hecho caso.

—Deja de mirar a mi hermana, cabronazo —le advirtió Hughie, que había aparecido como de la nada para interceptar a su amigo antes de que llegara a la escalera—. ¿Qué habíamos hablado sobre lo de dejar la polla al otro lado de la calle?

—Tío, a pesar de los muchos rumores que circulan por ahí sobre la magia de mi polla, todavía no puede desengancharse del resto de mi cuerpo —señaló moviendo las cejas mientras se agitaba y se balanceaba en unos pantaloncitos rosas y una camisa de flores hawaiana—. Así que, si yo estoy aquí, mi polla también.

—Entonces pírate a tu casa.

—Ni de coña. —Se partió de risa—. Esta fiesta de los noventa para mí es como un hijo muy deseado.

—No tiene nada que ver con los noventa, Gibbs. Es solo una fiesta, así que dile al gilipollas de los platos que ponga algo decente.

—No, es mi fiesta y tocará lo que yo quiera.

—Pero la casa es mía.

—Pero la lista de reproducción es mía.

—Al menos vete a casa y cámbiate de ropa. Pareces idiota.

—Pero ¿qué dices? Mírame. Estoy guapísimo de Ken.

—Guapísimamente trastornado, diría yo. Tronco, nadie más va disfrazado.

—Mi amorcito sí.

—¿Tu amorcito? ¿Te encuentras bien? Es mi hermana, no tu amorcito, gañán.

—Retiro lo dicho —balbuceó Podge distrayéndome de las payasadas de aquellos chicos. Se apoyó contra mi hombro, le dio otro trago a su Jameson y sonrió—. Ha sido una idea cojonuda.

—¿Dónde está Alec? —pregunté quitándomelo de encima con un movimiento de hombro.

Odiaba que me tocaran y ese gilipollas cocido lo sabía. También detestaba el olor a whisky. Hacía que la cabeza me jugara malas pasadas. Me llevaba al límite.

—Se ha ido arriba con una pija que tenía unos melones enormes —contestó Podge con una amplia sonrisa todavía reclinándose pesadamente contra mí—. Tío, estos obsesos del rugby sí que saben dar fiestas. —Hizo un gesto con la mano hacia la multitud de cuerpos que nos rodeaba—. Es como un sueño, Joe. —Señaló a un chico algo mayor que, en la esquina más alejada de la sala, entre altavoces y platos, había cambiado la canción a «Changes», de 2Pac—. Nunca había visto tanta comida y bebida junta en toda mi vida.

—Para ellos es fácil tener todo esto —repuse con amargura sujetando la misma botella de cerveza que me habían dado al entrar por la puerta—. Lo pagan con la cartera de sus padres.

—Joe, afloja un poco. No es culpa de ellos que estén forrados. —Podge soltó una risita; parecía salido de una película de *Drácula* de Christopher Lee, con unos ojos enormes inyectados en sangre—. Lo que has hecho esta noche ha estado guay.

No, he hecho lo que tenía que hacer para alimentar a mi familia.

—Fúmate un canuto y relájate —me animó a que hiciera mientras me pasaba otra botella de cerveza de una mesa

cercana—. Unas copas y un peta no le hacen daño a nadie.

Arqueeé una ceja y volví a dejar la botella en el suelo.

—Y me lo dice el tío que casi se mea encima cuando le dije que todavía fumaba.

—Ya, bueno. —Me sonrió y se encogió de hombros—. He recordado las ventajas de ser tu mejor amigo.

—Ya. —Hice un gesto de suficiencia—. Pues eso, gilipollas.

—Pero no te acerques al botiquín de esta gente, ¿eh? —me advirtió con un dedo en alto—. Y que no se te vaya la flapa.

—Se acercó a mí y me dio una palmada en el pecho—. Si te entran ganas de mojar el churro, tan solo piensa en la chica cuyo nombre llevas tatuado sobre el corazón...

—Me da igual que seas mi mejor amigo. Si me vuelves a poner las manos encima, te arranco el brazo —le advertí apartándole la mano—. Y, si quisiera estar a tono, eso es justo lo que estaría haciendo, pero no es el caso. Así que no necesito que me des ni sermones ni consejos, ni tampoco que me recuerdes lo que está en juego. Ya soy mayorcito, Podge. Puedo encargarme de mis propias mierdas. Lo llevo haciendo toda la vida, así que no vayas de madre conmigo, ¿vale?

—De acuerdo, Joe —se rio de forma amistosa y retrocedió con las manos levantadas—. Lo entiendo, tío.

Apretando la mandíbula, lo observé mientras desaparecía entre la muchedumbre.

La situación no era fácil para mí, y necesitaba que él me lo recordara tanto como que me abrieran la cabeza.

«Joder».

Me acabé la botella y la dejé a un lado, sin intención de hacerme con otra. No quería enfrentarme a las complicaciones que sabía que eso me iba a traer.

—Porque solo te está usando —le oí decir a alguien, y presté atención hacia el lugar en el que Hughie discutía acaloradamente con otra rubia que me resultaba familiar.

No era su hermana Claire.

Se trataba de la otra amiguita de Shannon.

No recordaba su nombre, pero tenía la sensación de que era Lilly.

O quizá Izzy.

En cualquier caso, la chica estaba junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada clavada en Hughie Biggs, que también la miraba fijamente mientras agitaba los brazos con evidente desespero.

—No puedes estar considerando en serio subir ahí con él.

—Como si te importara una mierda —dijo ella—. Al menos Pierce no actúa como si yo fuera invisible cuando está con sus amigos.

—Sabes que sí me importa —contraatacó al instante—. Si no fuera así, yo no...

—¿Tú no qué, Hugh? —soltó ella cortándolo—. ¿No me tratarías como si fuera el segundo plato? Porque, entérate, gilipollas, eso es exactamente lo que has estado haciendo.

Viéndolo todo desde la sobriedad, durante un segundo barajé la posibilidad de decirles que, si intentaban disimular que tenían un rollo, lo estaban haciendo fatal, pero entonces recordé que nadie me había dado vela en ese entierro.

Moviendo la cabeza hacia los lados, los esquivé y crucé la impresionante cocina hasta encontrar la puerta trasera.

Cuando salí, ignoré al resto de los gilipollas que había en el jardín de atrás y me dirigí hacia el otro extremo del patio, encendiendo un cigarrillo mientras caminaba. La tentación estaba por todas partes y necesitaba mantener la calma.

—¿Me das uno de esos? —preguntó una voz de chica. Al girarme descubrí que era la amiga de Shannon que hacía un momento se estaba peleando con Biggs—. ¿Te acuerdas de mí?

—Más o menos —contesté frotándome el mentón—. Lilly Young, ¿no?

—Lizzie —me corrigió sin pestañear—. ¿Qué, me das uno?

—¿Un qué?

—Un cigarro.

—No.

Sus ojos azules se entrecerraron.

—¿Por qué no?

—Porque tú no fumas —repuse con frialdad—. Y yo no comparto.

Me miró con severidad, y yo le respondí haciendo lo mismo hasta que cedió con un intenso suspiro.

—Odio las fiestas.

—¿Y por qué has venido?

—Es difícil de explicar.

—Ya veo.

—¿Eso es todo? —Me echó una mirada llena de curiosidad—. ¿No vas a preguntarme por qué?

—No.

—¿Y eso?

Me encogí de hombros.

—Porque no me importa tu respuesta.

—Hum... —Inclinó la cabeza hacia un lado, estudiándome con sus ojos azules—. Tú tampoco perteneces a esto.

—No me digas, Sherlock.

—Entonces ¿por qué has venido?

Sonreí con satisfacción.

—Es difícil de explicar.

De mala gana, sus labios conformaron una sonrisa.

—¿Sabes qué? Cuando era pequeña me gustabas muchísimo. —Lo dijo sin sonrojarse ni empalidecer. La tía los tenía bien puestos—. A mí y a todas las chicas de clase. Durante un tiempo casi estabas por encima de Leo DiCaprio, y te estoy hablando de la época de *Titanic*, cuando era una superestrella. —Negando con la cabeza, dejó ir otro suspiro antes de añadir—: Pero eso solo prueba que siempre me he sentido atraída por los que menos me convienen.

Frunciendo el ceño, di una buena calada, retuve el humo lo suficiente como para acabar con los agujones de dolor que sentía en el pecho y luego exhalé lentamente mientras pensaba qué decirle a esa chica, porque, a pesar de su evidente lengua afilada, no parecía capaz de encajar otro

golpe.

—Eres muy cínica para ser tan cría.

Entornó los ojos.

—No soy ninguna cría.

—Puede que no. —Hice un gesto de indiferencia y di otra calada—. Pero eres amiga de mi hermana pequeña, así que para mí seguirías siendo una cría aunque tuvieras cuarenta años.

—Si intentas darme calabazas con delicadeza, te lo puedes ahorrar —contrapuso enseguida—. He dicho que me gustabas, en pasado, no actualmente.

—Sabia decisión —dije con una risita—. Mejor quédate con Leo.

—Muy gracioso. —Puso los ojos en blanco; el tono de su voz era apagado—. Además, sé que juegas al hurling para el Cork, y a mí ya no me gustan los deportistas.

—Y aun así vas a una fiesta organizada por el equipo de rugby de tu instituto. —Asentí con la cabeza—. Tiene todo el sentido del mundo.

—Estoy aquí por Claire.

—Y una mierda —la corregí con un bufido—. Estás aquí por su hermano.

Se quedó ojiplática.

—Pero ¿qué...?

—A ver si lo adivino —la interrumpí con tono chistoso—. Te estás follando a Biggs, y él no quiere comprometerse, así que te has ido con uno de los tíos de su equipo para vengarte de él.

—Yo no... No es... —Con la boca abierta, me contemplaba horrorizada.

—Tienes que mejorar esa cara de póquer.

—No has acertado en nada.

—Yo creo que sí.

—Joey, por favor...

—No te preocupes —la interrumpí guiñándole un ojo—. No soy de los que se van de la lengua.

—No hay nada sobre lo que irse de la lengua. —Ahora parecía aterrorizada de verdad—. Porque, como he dicho, no has acertado en nada.

—Ya, claro.

—Ay, Dios. No digas nada, Joey, por favor. —Tragando saliva con ansiedad, se puso una mano en la frente y gimoteó—: Él tiene novia, y yo tengo...

—Vamos a hacer una cosa, Lilly.

—Lizzie.

—Eso, Lizzie. —Apiadándome de ella, saqué un cigarrillo del paquete, me lo puse en los labios y lo encendí antes de ofrecérselo—. Tú le echas un ojo a Shannon cuando empiece en tu instituto la semana que viene, le cubres las espaldas y mantienes a raya a los que quieran meterse con ella, y yo me olvido de todo eso que dices que no he acertado.

—Tenía pensado vigilar a Shannon igualmente —repuso cogiendo el cigarrillo y llevándoselo a los labios.

—Y yo tenía pensando mantener la boca cerrada igualmente —dije con serenidad—. Así que parece que los dos salimos ganando.

—No soy mala persona —se apresuró a puntualizar en tono defensivo—. Ni tampoco una zorra.

—En ningún momento he dicho eso.

—Ya, pero sé lo que piensas.

Levanté una ceja.

—Lo dudo mucho.

—Piensas que soy una víbora horrible por siquiera plantearme hacer eso con el novio de otra, pero no tienes ni idea de lo que pasa en realidad —murmuró con la cara roja—. Es muy muy complicado. Y confuso. —Lanzó una agitada exhalación antes de musitar—: Y un millón de cosas más.

Encogí los hombros.

—No es cosa mía.

—¿Eso es todo? —Me miró desconfiada—. ¿No vas a decir nada más?

—¿Qué más quieres que diga? —repliqué con indiferencia

—. A mi modo de ver, no eres la primera ni la última que se mete en ese lío. De todas formas, tampoco es que yo sea un cura, así que no hace falta que te confieses conmigo. Más que nada porque yo he hecho cosas mucho peores.

Arqueó una ceja, intrigada sin querer estarlo.

—Cuando dices que has hecho cosas peores...

Sonreí.

—Solo se lo confesaría a un obispo.

UNA RUBIA SIN MIEDO A MORIR

Aoife

Acicalada hasta decir basta y con tres cuartos de botella de prosecco en el cuerpo, me recosté en el sofá del salón del novio de Katie con la sensación de haber viajado hacia atrás en el tiempo.

No sé quién estaba pinchando, pero era evidente que le flipaba la música de los noventa, porque «The Bad Touch», de Bloodhound Gang, era solo la última canción que sonaba de una larga lista de hits de la década anterior.

Mareada, observé cómo Casey apoyaba el culo contra un chico moreno del Tommen y fingía que se iba hacia los lados.

No pude más que voltear las pupilas cuando vi que él la agarraba por las caderas para estabilizarla, tal como ella quería.

Mi amiga era muy predecible.

—Gracias —dijo Casey con su mejor sonrisa.

—No hay de qué.

—¿Cómo te llamas? —preguntó acercándose a él.

—Patrick —contestó él sonriendo tímidamente—. ¿Y tú?

«¡Corre, Patrick, corre! —quería gritar—, se te va a comer vivo, pobre idiota inocentón».

—Soy Casey. —Con una mano enroscada a su cuello y agarrándolo por la camisa con la otra, atrajo su enorme cuerpo hacia ella—. Dime, Patrick. —Deslizó la mano del cuello a la mejilla, acercó la cara del chico a la suya y le sonrió—. ¿En qué curso estás?

—En quinto, ¿y tú?

—En sexto.

—¿En el Ballylaggin?

—Ajá. ¿Juegas al rugby, Patrick?

Dijo que sí con la cabeza.

—Soy centro.

—Fantástico.

Sí, mi mejor amiga era la personificación del dicho «pequeña pero matona».

Necesitaba ayudante lo mismo que un pez patines en línea.

—Ese es Patrick Feely —me dijo Katie al oído—. Es muy amigo de Hugh.

—Y esa es la hermana pequeña de Hugh, ¿verdad? —pregunté señalando a la impresionante rubia con unos rizos para morir que estaba sentada al otro lado del sofá vestida como la Baby Spice.

Me la quedé mirando, absorta por completo en la animada conversación que mantenía con un rubio igual de guapo que ella disfrazado del muñeco Ken Malibú que yo tenía de niña. Ambos eran todo sonrisas y manos que se agitaban mientras hablaban, se reían y se tocaban.

—Sí, esa es Claire —respondió Katie—. Probablemente una de las chicas más majas que existen.

Entrecerré los ojos en cuanto supe quién era el chico.

—Espera un momento. Creo que conozco al tío con el que habla.

—Todo el mundo conoce a Gerard Gibson —se rio Katie entre dientes.

—Una vez le ofreció un condón a Joey en el Biddies.

—No me extraña nada viniendo de él... —Katie intentó no partirse de risa—. Digamos... Bueno... Digamos simplemente que es único. Vive en su mundo.

Comenzó a sonar «C'est la Vie», de B*Witched, y juro por Dios que al tal Giesie le faltó levitar del sofá de la emoción, arrastrando a Claire con él.

—Está claro que ella también vive en ese mundo —reflexioné sintiendo cómo se me dibujaba una sonrisa por primera vez en semanas mientras los contemplaba.

Saltando y moviéndose como si nadie los estuviera mirando, Gibsie y Claire bailaban por todo el salón al ritmo de la que sin duda era una de sus canciones favoritas; él la hacía girar y luego tiraba de ella hacia su pecho mientras se meneaban a trompicones al ritmo de la música.

—Supongo que llevan juntos desde siempre, ¿no?

—En realidad no son pareja.

—Anda ya. —Señalé hacia el espacio que ocupaban en medio de la improvisada pista de baile—. Mira a ese chico. Es evidente que está coladito por ella, y ella no deja de hacerle ojitos como si él fuera el no va más. —Moví la cabeza hacia los lados—. No, K, se tienen que estar liando seguro.

—¡Te juro que no! —se rio Katie—. De verdad.

Incrédula, levanté una ceja al ver cómo se lanzaban a bailar una impactante danza irlandesa. Con sus cuerpos en total sincronía y centrados completamente el uno en el otro, se reían y bailaban al compás, indiferentes al hecho de que gran parte de sus compañeros de clase los estuvieran mirando.

—No puede ser. —Ahogué una carcajada—. El tío se mueve como los de *Lord of the Dance*.

—Seguro que su madre lo apuntó a clases de baile irlandés en primaria. —Katie soltó una risilla—. Hay un montón de medallas expuestas en una vitrina en la habitación que está frente a la de Hugh de todos los festivales en los que han competido.

—¿Quién? ¿Gibsie y Claire?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Ufff, ¿bailaban juntos?

—Ajá —dijo Katie riéndose—. Hasta que él cambió los zapatos de baile por las botas de rugby.

—¿De verdad intentas hacerme creer que esos dos no están enamorados?

—Yo nunca he dicho que no estén enamorados. —Soltó una risita y agregó—: Lo que he dicho es que no son pareja.

—Hum... —Dirigí la vista hacia ellos, plenamente convencida de que lo estaban—. Pues harían una pareja monísima. Y me encanta el color de pelo de esa chica —añadí ocultando mi envidia—. Tiene unos rizos espectaculares.

—Tanto el color como los rizos son naturales —apuntó Katie, que parecía tan nostálgica como yo—. El pelo de Hugh es igual.

—Joey también tiene rizos, pero no se los deja crecer. Siempre lleva los lados y la parte de atrás de la cabeza bien afeitados, y mantiene un poco más de pelo por arriba, pero, si no se lo corta durante unas semanas, le crece salvaje y rizado en la parte superior, como al pequeño Seany. Es adorable —me oí decir a mí misma antes de arrugar la nariz con desesperación—. Lo siento.

—No lo sientas, Aoife —contestó con dulzura—. La verdad es que me sorprende que hayas venido esta noche. Ya sé que Casey prácticamente ha tenido que traerte a rastras, pero no te hubiera culpado si no hubieras salido. —Lanzó un intenso suspiro, engarzó su brazo con el mío y dijo—: Sé que siempre has estado enamorada de él, y los sentimientos no cambian de un día para otro, así que, si esto se te hace demasiado cuesta arriba o quieres volver a casa en algún momento, no tienes más que decírmelo y haré que uno de los amigos de Hugh te lleve en coche.

—Gracias, Katie —contesté apoyando la mejilla en su hombro—. Entonces ¿de veras no son pareja? —pregunté señalando con la barbilla a Gibsie y a Claire, que ahora parecían salidos de un tributo a Gene Simmons mientras improvisaban al ritmo de «Kids», de Robbie Williams y Kylie Minogue.

Él estaba tumbado de espaldas, cantando a voz en grito con su micrófono imaginario, y ella, sentada a horcajadas sobre sus caderas, cantaba con él.

—Oh-oh —bromeó Katie viendo cómo su novio se dirigía hacia ellos como una bala—. Hughie se va a rayar.

Tras alzar una mano para evitar que su hermano se acercara, Claire siguió sacudiendo la cabeza y marcando el ritmo de la música con la mano que le quedaba libre, mientras Gibsie cruzaba los brazos detrás de la cabeza y le sonreía a Hughie como un corderito.

—Ay, mierda —gimoteó Katie entonces atrayendo de nuevo mi atención hacia ella.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. No creo que pierda los nervios porque su hermana baile con un colega.

—No lo digo por él —declaró Katie sofocada señalando hacia la puerta que daba a la cocina—. Sino por él.

Girando el cuello, fui recorriendo su línea visual hasta que todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo se tensaron con fuerza cuando mis ojos se posaron sobre Joey.

—Dios mío... —Me quedé sin aire en los pulmones tras una brusca exhalación y enseguida aparté la vista—. ¿Qué está haciendo aquí? —Presa del pánico, miré a mi amiga en busca de ayuda—. Katie, ¿qué hace él aquí?

—No lo sé —contestó agobiada moviendo la cabeza hacia los lados—. No tengo ni idea.

—Ay, Señor... —Dejé caer la cabeza entre las manos y gimoteé en voz alta, mientras el estómago se me hacía un nudo y las rodillas me rebotaban nerviosamente—. Dijiste que él no iba a estar.

—No debería —protestó—. Sabía que Claire era amiga de su hermana, pero no me imaginaba que él y Hugh fueran amigos.

—Por Dios... —Se me revolvió el estómago y sentí que me desmayaba—. Tengo que salir de aquí.

—No tienes por qué hacer eso —dijo enseguida pasándome un brazo por los hombros—. Todo va bien. Tú cálmate y respira hondo.

Justo en ese momento, Casey salió de entre la multitud chillando:

—¡Está aquí! ¡Está aquí! ¡Dios mío! ¡Está aquí!

—¿Tiene buen aspecto? —me oí decir con un hilo de voz

mirando a mis amigas por entre los dedos de las manos—. ¿Se está peleando? —El corazón me dio un vuelco y logré pronunciar las siguientes palabras—: ¿Va colocado?

—No estoy segura —repuso Casey con voz entrecortada—. Desde luego no se está peleando, pero está demasiado lejos como para saber si va puesto o no. —Estiró el cuello para ver mejor y unos segundos después soltó un gruñido de cabreo—. Pues parece que Dolly Parton se equivocaba cuando dijo que Jolene era pelirroja. —Inclinando la cabeza sobre la cocina, espetó—: Resulta que más bien es una rubia sin miedo a morir.

—Ay, mierda —gimoteó Katie con tono descompuesto—. Por favor, dime que no están...

El corazón me martilleaba con violencia en el pecho, así que me obligué a inhalar unas cuantas bocanadas de aire para tranquilizarme y ser capaz de mirarlo de nuevo.

Ataviado con unos vaqueros oscuros y una camisa azul marino entallada con las mangas remangadas hasta los codos, Joey se apoyaba contra la isla de la cocina. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y miraba hacia el suelo con aire más o menos divertido mientras la rubia, que estaba sentada a su lado sobre la isla, balanceaba los pies de un lado a otro y hablaba con él.

Dolor.

Me pegó con tanta fuerza y velocidad que, sinceramente, pensé que iba a partirme en dos.

—Ah, tranquilas, chicas, es Lizzie —se apresuró a señalar Katie—. Va al Tommen, a tercero. Es la mejor amiga de Claire.

—Hasta ahora, al menos —la corrigió Casey con desbordante pasión—. Porque pronto se la conocerá como la chica por cuya muerte me metieron en la cárcel.

—Vas pedo, Casey. Guarda esas uñas —le soltó Katie antes de centrarse de nuevo en mí—. Seguramente también es amiga de la hermana de Joey y por eso él está hablando con ella —sugirió con calma—. Solo están charlando, Aoife.

Parece del todo inocente.

—Ay, por favor —balbuceó Casey abofeteando al aire como si este la hubiera ofendido—. No seas tan ingenua, Katie. No hay nada inocente en esa aspirante a Mischa Barton.

—Sé que tus intenciones son buenas, pero ahora mismo estás haciendo más daño que otra cosa —farfulló Katie—. Aoife no necesita esto. No le hace falta oír tu incesante monólogo interno, Case.

—Tal vez a ella no —declaró Casey antes de salir corriendo hacia la cocina—. Pero él me va a oír.

—Ufff, Katie, de aquí no va a salir nada bueno. —Me puse de pie tambaleándome, me presioné las sienes con los dedos y vi horrorizada cómo Casey acorralaba a Joey en la cocina—. Ya sabes cómo se pone. Con suerte, no pasará de ser una borracha desagradable.

—Entonces tienes que ir.

—No puedo —dije ahogada sintiendo que me faltaba el oxígeno ante la sola idea de tener que hacerle frente de nuevo—. Ni de lejos voy lo suficientemente taja como para volver a saltar al cuadrilátero con él.

—Pues debes hacerlo —insistió mientras me empujaba hacia la puerta—. Están discutiendo sobre ti. Tienes que entrar ahí y poner paz.

—No.

—Ve y tráete a Casey; yo voy a buscar a Patrick Feely. Esta noche no ha bebido y os llevará a casa.

—No puedo entrar ahí.

—No te queda otra.

—No.

—Sí, Aoife.

—¡Vale, vale, de acuerdo!

Después de lanzar un trémulo suspiro, sacudí las manos y tomé una profunda y calmante bocanada de aire antes de obligarme a entrar en la cocina para enfrentarme a él.

EL INFIERNO ESTÁ EMPEDRADO DE BUENAS INTENCIONES

Joey

—Y luego está Ronan McGarry. Es un mierdecilla, pero relativamente inofensivo —dijo Lizzie recitando el último nombre de la lista de tocapelotas con los que Shannon podría toparse en su nuevo instituto—. Sin embargo, la verdad es que, aparte de algún que otro cotilla o de la típica abeja reina, el Tommen es bastante apacible. Bueno, hay que lidiar con Bella Wilkinson.

—¿Quién es? —pregunté de pie a su lado en la cocina mientras iba tomando notas mentales—. ¿La conozco?

—No creo —respondió—. Estás bueno, pero te falta pedigrí para que te tenga fichado.

Alcé una ceja.

—Vaya, gracias.

—Lo siento, es así. —Se encogió de hombros de forma poco entusiasta—. Vas al instituto público de Ballylaggin y vives en un barrio marginal, y ella es una zorra sedienta de dinero y fama —me explicó arrugando la nariz, asqueada—. Puede que seas la gran esperanza de la asociación de hurling, pero, si no vienes con el resto de los accesorios (me refiero a dinero, un cochazo de escándalo y un futuro como jugador profesional de rugby), ella ni te mirará al pasar junto a ti.

—Estoy consternado.

—Ya me lo parecía —se rio Lizzie dándome un manotazo en el brazo—. Digamos que esa chica se subiría a una cuchilla de afeitar si esa cuchilla tuviera la forma de alguno de los chicos de la Academia. Pero está en sexto y en realidad pasa de la gente de tercero, así que Shan no

debería tener ningún problema con ella. Además, los chicos de nuestro curso no son tan espectaculares como para que ella les preste atención. Le interesan más los tíos mayores, los grandes jugadores de rugby con estatus de dioses.

—¿Como Johnny Kavanagh?

—Exacto. —Lizzie asintió con la cabeza—. O Cormac Ryan. Los dos están en la Academia.

—Los he visto jugar —comencé a reflexionar frotándome la mandíbula—. Kavanagh es un fuera de serie, pero ese chaval, Ryan, ha tocado techo con la Academia.

—¿Quieres oír un chisme gracioso que circula por el mundillo del rugby?

—La verdad es que no.

—Bueno, yo tuve que oírlo, así que tú también.

—No, por favor.

—Al parecer, Bella se acuesta con Cormac desde antes de Navidad, pese a que debería estar con Johnny Kavanagh, que se encuentra lesionado.

—Ufff, escandaloso —repuse sin emoción—. He recibido una información vital sobre unas personas que me importan tres pares de cojones. No sé si podré contener el entusiasmo.

—Eres sarcástico y directo hasta el punto de la crueldad.

—Eché la cabeza hacia atrás y se rio—. Me encanta.

—Vaya, qué poco has tardado en volver a las andadas —dijo en tono burlón una voz familiar. Cuando giré la cabeza, vi a Casey Lordan fulminándome con la mirada—. ¿Te lo estás pasando bien con tu nueva chica, gilipollas?

Entorné los ojos.

—¿De qué coño hablas?

—De ti —espetó Casey señalando con un dedo entre los dos— y de esta putita.

—¿En serio me acabas de llamar «putita»? —intervino Lizzie—. ¿Se te ha ido la olla?

—Cariño, dicen que si hay pelito... —se burló Casey lanzándole a la amiguita de Shannon una de sus miradas

asesinas y derramando parte de su copa de vino—. Y desde luego diría que en tu caso lo hay.

—No me llames «cariño», zorra —le advirtió Lizzie bajándose de la isla de un salto—. Porque no sabes con quién coño estás hablando.

—Quieta parada —intervine mientras me situaba entre la amiga de mi hermana y la de mi novia—. No sé qué crees saber, pero te equivocas —afirmé dirigiéndome a Casey—. Es una amiga de mi hermana.

—Ya, seguro.

—Ya, pues es verdad —alegó Lizzie detrás de mí.

—Tú —ordené dándome la vuelta para mirar a Lizzie—. Lárgate.

—Pero...

—¡Que te largues! —grité a la espera de que Lizzie se fuera a paso ligero antes de centrarme de nuevo en Casey—. En cuanto a ti, Case —solté con cierta repulsión—, no sé qué te ha dado, pero no puedes tener la mente tan calenturienta.

—¡Estabas ahí dale que te pego con ella!

—Es una cría —le espeté—. Ten dos dedos de frente, ¿vale? ¡Joder! Y ya de paso deja de meterte en mis asuntos.

Haciendo justo lo contrario, levantó una mano y me dio una bofetada en la mejilla que me escoció de cojones.

—O si no qué, ¿eh? —Me empujó el pecho con una fuerza sorprendente teniendo en cuenta que apenas me llegaba hasta ahí—. ¿Qué vas a hacer si no lo hago, imbécil?

—Casey —le advertí retrocediendo unos pasos, los mismos que ella volvió a avanzar hacia mí—. Basta.

—¿Por qué lo hiciste, Joey? —exigió dándome empujones en el pecho hasta que me tuvo acorralado sin posibilidad de escape—. Podrías haberla dejado en paz —dijo arrastrando las palabras, tambaleándose sobre los tacones; y yo, por algún motivo que desconozco, extendí una mano para sujetarla.

En efecto, fui ese tipo de idiota que evita que la chica que

le está atacando se caiga. Para agradecérmelo, ella me abofeteó de nuevo.

«Todo un encanto».

—Mira, buenorro hijo de puta —balbuceó mientras me clavaba un dedo en el pecho—. Me la pela lo hábil que seas moviendo las caderas en el campo (o en la cama, por lo que a mí respecta); ambos sabemos que mi chica juega en una liga muy superior a la tuya.

—¿De qué cojones hablas? —pregunté sintiendo cómo me iba calentando—. Pareces una chiflada.

—Hablo de romperle el corazón a mi mejor amiga —me soltó hincándome de nuevo el dedo—. Aoife vale diez veces más que cualquiera de las chicas que hay en esta fiesta y si no lo ves es que eres imbécil.

—¿Crees que he venido a pillar cacho? —La miré boquiabierto—. ¿Estás mal de la cabeza?

—Sé que has venido a eso. Te acabo de pillar in fraganti.

—Sí, hablando —contrapuse—. Me has pillado in fraganti hablando con la amiga de la infancia de mi hermana.

—Puedes negarlo todo lo que quieras. Sé lo que he visto.

—No inventes.

—No seas gilipollas —continuó despotricando—. Aoife estaba bien con Paul. No tenía problemas. Su vida era estable. Coherente. Él era bueno para ella. Pero tú no podías dejarla en paz, ¿verdad? No, tenías que seguir desmenuzándole el corazón hasta conseguir que lo mandara todo a la mierda por ti. Y ya ves cómo le ha ido.

—Ahora me vas a escuchar tú a mí —repuse furibundo—. Si se te ocurre intentar clavarle tus tóxicas garras a Aoife y convertir esto en algo que no es, Case, te juro por Dios que no respondo de mis actos.

—Eso fue lo que hiciste cuando decidiste romperle el corazón a mi mejor amiga —espetó—. Aoife Molloy es lo mejor que te ha pasado en la vida, Joey Lynch, y todo el mundo lo sabe. Ella te quiere, gilipollas, a pesar de tu reputación y de todas las cosas horribles que has hecho, y,

en vez de tratarla con el amor y el respeto que se merece, le tiras encima toda tu mierda.

—Qué coño sabrás tú —gruñí furioso—. No tienes ni idea de lo que pasa entre nosotros, así que no empieces a darme la vara con temas que no te incumben.

—Sé que le soltaste no sé qué rollo de que necesitabas espacio y luego te fuiste de rositas sin mirar atrás —contestó con una furia similar.

—¡Casey, déjalo ya! —La voz dolorosamente familiar de Molloy resonó en mi cabeza haciendo que se me erizaran todos los pelos del cuerpo—. Para ahora mismo —ordenó arrastrando a su amiga lejos de mí—. No lo hagas.

—Se lo merece.

—No sabes de qué va esta historia. Así que para ya.

—Te ha hecho daño, eso es lo que sé.

—¡Casey! Lo digo en serio. Vámonos.

Me quedé sin palabras al ver a Molloy con un vestido rojo ceñido y sin espalda, y no pude más que contemplarla mientras me ignoraba por completo y se centraba en su amiga.

—Pero te ha hecho daño —seguía balbuceando Casey señalando hacia donde yo me encontraba—. Estás muy triste y comes muchísimo chocolate, y todo es culpa de él.

—Eso no importa —le dijo Molloy pasándole un brazo a Casey por la cintura y conduciéndola hacia la puerta, sin mirarme en ningún momento—. Venga —prosiguió mientras persuadía a la bruja de su amiga—. Haré que nos lleven a casa.

—¿Molloy?

—Ahora no, Joe.

El corazón me dio un vuelco en señal de protesta.

—Molloy.

—No —sentenció con voz ahogada saliendo a toda prisa de la cocina con Casey abrazada a ella—. No puedo hacer esto ahora, ¿vale?

Claro que no me valía. No me valía en absoluto.

Mis piernas se movieron tras ella antes de que mi cerebro llegara siquiera a procesarlo.

—Patrick Feely está fuera con el coche —le dijo su vecina mientras rodeaba a Casey con un brazo y ayudaba a Molloy a llevarla hasta un coche en marcha que estaba cerca—. Se asegurará de que lleguéis bien a casa. Es buen chico, Aoife. Puedes confiar en él.

—Gracias, Katie —le oí responder a Molloy mientras abría la puerta de atrás y se las arreglaba para meter a Casey—. Siento lo que ha pasado.

—Tranquila, nena —contestó Katie dándole un abrazo de lado—. No has hecho nada malo.

—No me quiero ir a casa —farfulló Casey dejándose caer en el asiento de atrás—. Me lo estoy pasando bien.

—Sí —refunfuñó Molloy—. Jodiéndome la vida.

—No te enfades conmigo —lloriqueó su amiga—. Solo intento cuidarte.

—Puedo cuidar de mí misma, Case.

—Pero ha hecho que estés muy triste.

—Hazte a un lado y déjame entrar. Ya hablaremos de esto.

—Molloy —interrumpí agarrando la puerta cuando ella trataba de subir al coche junto a su amiga—. No te vayas todavía.

—Debo hacerlo.

—¿Por qué?

—Intento jugar según tus reglas, Joe —dijo con un hilo de voz aún evitando mirarme—. Tú te centras en lo tuyo y yo en lo mío, ¿recuerdas?

—Eso —farfulló Casey desde el asiento de atrás—. Déjala en paz, gilipollas.

—Casey, todo está bien, para ya —murmuró Molloy con rubor en las mejillas—. Cállate, ¿vale?

—No te vayas —repetí haciendo caso omiso de la mirada asesina que me estaba echando su amiga—. No te marches, Aoife.

—Debo hacerlo —repuso con tranquilidad—. Está borracha

y debo asegurarme de que llegue bien a casa.

—Ya la llevo yo, Aoife —ofreció Katie haciéndome saber de inmediato a cuál de sus amigas prefería—. Si te quieres quedar y..., no sé..., hablar las cosas o lo que sea, estaré encantada de acompañar a Patrick y dejarla en su casa.

—Gracias, Katie, pero entonces tendrías que irte de la fiesta.

—No me importa —repuso Katie enseguida—. Creo que deberías quedarte y hablar con él. —Me dedicó una sonrisa... de advertencia—. Pero de buen rollo.

—Claro —dije alzando las manos para que supiera que estaba más que dispuesto a cumplir sus deseos.

—No... —gimoteó Casey—. No lo hagas, Aoife. Te va a meter un montón de mierda en la cabeza.

—¡Tú cállate! —soltó Katie subiéndose rápidamente al asiento de atrás con Casey antes de cerrar la puerta a toda velocidad.

El coche no tardó en alejarse por la carretera, dejándonos en un silencio forzado y tenso.

—¿Así que ibas a irte sin hablar conmigo?

—No quiero peleas, Joe —susurró Aoife envolviéndose la cintura con los brazos en gesto protector—. Estoy demasiado cansada.

—Yo tampoco quiero eso.

Asintió rígidamente con la cabeza sin apartar la vista de sus pies, realzados por unos tacones de aguja.

—¿Vas a mirarme?

—Ahora mismo no.

—¿Por qué?

—Porque duele demasiado.

Se me encogió el corazón.

—Nena...

Cambió de tema de inmediato y preguntó:

—¿Y qué haces en una fiesta del Tommen, Joey Lynch?

—No te lo vas a creer, pero me han invitado.

—¿Quién?

—Hugh Biggs —contesté antes de darle un rápido giro a la conversación—. ¿Qué haces tú en una fiesta del Tommen, Aoife Molloy?

—Me han invitado.

—¿Quién?

—Katie Wilmot.

Tuve que pensarlo un momento antes de darme cuenta.

—Espera, ¿Katie, tu vecina de al lado, está con Hugh Biggs?

—Sí —murmuró—. Ya te lo había dicho.

Recordaba vagamente a Molloy contándome que su amiga tenía un novio en el equipo de rugby del Tommen, pero en aquel momento estaba demasiado colgado como para prestarle mucha atención a lo que me explicaba.

—No, no, no, tú me dijiste que se llamaba Katie Horgan.

De eso me acordaba.

—Se llama Katie Horgan-Wilmot —contestó Molloy—. Sus padres no están casados, ¿te acuerdas? Su madre se apellida Horgan, y su padre, Wilmot. Tiene un apellido doble, aunque suele usar más el de su padre.

—Así que Katie está con Hugh.

—Sí, hace ya algún tiempo.

—Vale, entiendo.

Se me vino a la cabeza la charla que había tenido con Lizzie y una punzada de compasión me atravesó el pecho antes de deshacerme abruptamente de cualquier recuerdo que mi mente conservara al respecto.

«Nadie me ha dado vela en ese entierro».

—¿Y por qué decías que iba al Tommen? —pregunté buscando en mi cabeza y yéndome de vacío—. Es de Rosewood. Tampoco es que a sus padres les sobre el dinero. —Intentando no sonar demasiado como un imbécil, dije—: ¿No debería ir con nosotros al Ballylaggin?

—Joe, sabes por qué va al Tommen —musitó dándole una patada a una piedra con el pie—. Ya te lo he contado, ¿no te acuerdas?

«Sí, pero yo estaba en otro planeta y no podía oírte».

—Ah, sí —mentí sintiendo asco de mí mismo por la cantidad de formas que había encontrado de defraudar a esa chica—. Ya me acuerdo.

—¿Has bebido?

—Solo una copa en toda la noche.

—Vaya —dijo con suavidad—. Debe de ser todo un récord para ti.

«Esa ha dolido».

—Me lo merezco.

—No lo he dicho para hacerte daño —repuso moviendo la cabeza hacia los lados.

—Tampoco es que fuera a culparte si lo hicieras.

—Ya.

Se hizo otro tirante silencio entre nosotros y me sentí incómodo.

—Sabes que Casey se ha pasado como siete pueblos, ¿no? La chica con la que hablaba es una amiga de Shannon —me apresuré a explicarle mientras el corazón se me aceleraba—. Eso ha quedado claro, ¿verdad?

—Sí. —Su voz era apenas un susurro cuando dijo—: Katie mencionó algo de eso.

—Entonces ¿estás bien? —insistí con delicadeza—. Ya sabes que no estaba pasando nada.

—No, no estoy bien —contestó sofocada con la voz cargada de emoción—. Llevo semanas sin estar bien. —Esta vez sí que me miró, y el dolor que sentí al ver sus ojos llenos de lágrimas me atravesó como un cuchillo—. Pero parece que tú estás mucho mejor que antes, así que está claro que a uno de los dos le está funcionando esta ruptura.

—¿Lo dices en serio? —Di un paso atrás; sentía como si acabara de clavarme un puñal en las tripas—. ¿Crees que yo no estoy sufriendo?

—Yo ya no sé lo que sientes.

—Amor —reconocí—. Hacia ti.

—No...

—Para mí no ha cambiado nada, Molloy —la interrumpí desesperado por que lo supiera—. Nada.

—No puedo hacerlo —admitió con la voz rota—. No puedo.

—¿Hacer el qué? —pregunté presa del pánico—. ¿Hablar conmigo?

—Estar aquí contigo, pero sin estar contigo —dijo emocionada llevándose una mano a la frente—. Es demasiado. Demasiado duro. —Negando con la cabeza, se giró para irse—. No puedo.

—Aoife. —Una combinación jodidísima de culpa y miedo recorrió mi cuerpo mientras la veía marcharse—. Tan solo intento protegerte.

—No... —Se dio la vuelta y vino hacia mí como una loca—. No —repitió con los dientes apretados señalándome con el dedo—. Esto no es protegerme, Joey. Largarte no es protegerme. ¡Joder, dejarme no es protegerme! —Furiosa, parpadeó para deshacerse de las lágrimas y me fulminó con la mirada—. Así no se trata a la persona a la que amas, lo que demuestra que nunca me has querido como yo te he querido a ti.

—¿Que nunca te he querido? —La miré boquiabierto—. ¿Cómo coño puedes decir eso? ¡Eres la única persona del planeta a la que quiero!

—No —respondió sacudiendo la cabeza—. No puedes hacer eso. No puedes volver y destrozarme. —Me puso las manos en el pecho y me empujó cuando intenté atraerla hacia mí—. ¡No puedes decirme que me quieres y luego volver a romperme el corazón! —Lanzó otro angustioso gemido cuando tomé sus mejillas entre mis manos—. Tú no me quieres, Joey. —Agitando los párpados, se inclinó hacia mí y empezó a sollozar—. Tú no sabes querer a nadie.

—Tal vez no lo haga bien —dije con voz ahogada mientras se me hacía pedazos el corazón—. Pero sí que te quiero.

—Eres un cabrón.

—Ya lo sé.

—No puedo vivir así.

—Ya lo sé.

—No, Joey, de verdad. —Dejó escapar un suspiro y se apartó de mí con un escalofrío—. No aguanto ni un segundo más.

Acto seguido, giró sobre sus vertiginosos tacones y se dirigió hacia el interior de la casa murmurando las palabras «Duele demasiado» por encima del hombro mientras se iba.

Sabía que debía girar en dirección opuesta y alejarme de ella, pero no fue eso lo que hice.

No, lo que hice, como el cabrón enfermo y masoquista que era, fue seguirla hasta la casa de los Biggs, consciente de que Molloy no era de las que se quedaban de brazos cruzados cuando la menospreciaban.

No me cabía la menor duda de que su intención era hacérmelas pagar por no darle lo que quería, que casualmente era justo lo mismo que quería yo.

«Putá mierda de vida».

NO TE ENFADES, VÉNGATE

Aoife

Algunas rondas de chupitos más tarde, había dejado rápidamente de ir achispada y me tambaleaba más bien al borde de la embriaguez.

Meneando el culo con Katie, que había vuelto de acompañar a Casey, las dos bailábamos en la improvisada pista de baile con Ken y la Baby Spice mientras yo ignoraba con diligencia al gilipollas que pasaba un porro en la cocina.

Menos mal que estaba limpio.

«Gilipollas».

—Gibs, sabes que Hughie te va a matar, ¿verdad? —preguntó Katie devolviéndome al presente, en el que Gibsie Gibberson, o como se llamara, se había quedado en gayumbos al ritmo de «Barbie Girl», de Aqua.

Sin ningún tipo de vergüenza en su desenfreno, se había echado a su pareja al hombro y usaba su culo a modo de batería.

Chillando de puro gozo mientras él danzaba por la pista haciendo rebotar su cuerpo colgante en el aire, Claire se aferraba a sus bíceps como si le fuera la vida en ello.

Tras lanzarle a Katie una sonrisa traviesa, el grandullón siguió bailando con su amiguita, ajeno o quizá totalmente indiferente a las numerosas miradas de deseo que estaba recibiendo.

A ver, no hacía falta ser un genio para imaginarse por qué las chicas de su instituto lo miraban. El chaval era un armario empotrado, tenía los dos pezones agujereados y más músculos en el cuerpo que sentido común en la cabeza.

Con sentido común o sin él, desde luego ese tiarrón

parecía tener claras sus prioridades, y había puesto a su reina de cabello rizado en una sólida primera posición. Mientras que el resto de sus amigos habían abandonado hacía rato a sus novias y a sus citas, Gibsie no se había alejado a más de tres pasos de Claire en toda la noche.

—En serio, no se están acostando —apuntó Katie, que pareció leerme el pensamiento mientras ponía los ojos en blanco—. Siempre están igual. Son como dos extraños imanes de unicornio que se atraen el uno al otro.

Entre risas, le di un codazo y dije:

—Pues verás cuando follen; habrá fuegos artificiales.

—Si eso llega a pasar, será en el lecho nupcial —soltó Katie con una risita—. Porque Claire Biggs no va a abrir las piernas sin un diamante bien gordo y la promesa de eternidad de por medio.

—Hace bien —repuse, y luego le ofrecí una sonrisa burlona—. Parece que sigue el ejemplo de su futura cuñada.

—¡Oye! —El rostro de Katie ardía de rubor—. No hay nada malo en querer ser buena.

—Eso es verdad —razoné pasándole un brazo por encima del hombro—. Pero ser mala es mucho más divertido.

—Hablando de ser mala... —Agarrándome por el brazo, se inclinó hacia mí y preguntó—: ¿Vas a ir allí a hablar con Joey?

—No.

—Ay, déjalo ya —regruñó—. Estás dolida, lo pillo, pero hacer ver que no quieres acercarte a él es absurdo.

—En realidad no lo es —mentí—. Me siento genial aquí contigo.

—Dios, no podéis ser más cabezones ninguno de los dos.

—No, el cabezón es él —contesté—. Yo solo me protejo a mí misma.

—Venga ya, Aoife, no tires piedras contra tu propio tejado —suspiró profundamente—. Está claro por qué se ha quedado en la fiesta.

—¿Ah, sí? Si está tan claro, ¿por qué no ha venido hasta

aquí?

—Porque él ya ha intentado hablar contigo —me recordó—. Has sido tú la que te has alejado.

—Porque fue él quien rompió conmigo, Katie. —Noté que se me hacía un nudo en la garganta y me obligué a tragarlo enseguida antes de decir entre dientes—: Me abandonó. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Quedarme a oír la cantinela del «no eres tú, soy yo»?

—Bueno, hayáis roto o no, es evidente que no está buscando a otra —replicó señalando hacia la cocina—. Gretta Burchill es la sexta chica a la que he visto salir escaldada después de ir a hablar con él esta noche.

A desgana, me giré y me asomé por el arco, y vi a Joey reclinado sobre la isla de mármol de la cocina, con un cigarro de liar en la mano, hablando con un grupo formado por Alec, Podge, Hugh, Patrick, el conductor designado de la noche, Lizzie y otros a los que no conocía.

Una abrasadora furia me quemó por dentro cuando la morena de las piernas largas que estaba sentada en la isla junto a él se le acercó y le susurró algo al oído.

Ella era todo sonrisas coquetas y caricias nada inocentes mientras enganchaba a mi gilipollas por el cuello y lo arrastraba hacia atrás para que se colocara entre sus piernas. Sin retirarle la mano del pecho, le puso la barbilla sobre el hombro y le volvió a susurrar algo al oído.

«Y una mierda como un piano».

—Quieta ahí, Harley Quinn —dijo Katie cogiéndome de la muñeca cuando vio que me lanzaba a rajar a esa guarra—. Espera y verás.

En un abrir y cerrar de ojos, Joey cogió la mano de la chica y se escabulló hábilmente por debajo de su brazo, negando con la cabeza cuando ella trató de atraerlo de nuevo hacia sí.

—¿Lo ves? —gritó Katie por encima de la música—. No le interesan otras chicas, Aoife.

Yo estaba muy lejos como para oír lo que decían, pero la

mano que alzó para advertirle a la morena de que no se acercara, por no mencionar su expresión de desconcierto, consiguió ablandarme por un momento y saciar mi sed de sangre.

La chica elevó las manos y le dijo algo a Joey, y no sé qué le respondió él, pero ambos miraron hacia mí. Ella tuvo la decencia de ruborizarse cuando nuestros ojos se encontraron. Entretanto, Joey la miraba con suficiencia como diciendo: «¿Ves? Te lo dije».

Entorné los ojos y la miré fijamente hasta que se bajó como pudo de la encimera y se alejó de mi hombre, saliendo de la cocina con el rabo entre las piernas.

Mi mirada se encontró con la de Joey, verde sobre verde, que me guiñó un ojo desde la otra habitación.

Y así, sin más, me quebré.

—¡Acércate! —insistió Katie dándome un empujoncito en dirección a la cocina—. Eres Aoife Molloy. ¿Desde cuándo dejas que sea un chico quien tome las decisiones en tu vida?

—Yo no hago eso —murmuré antes de volver a centrarme en mi amiga—. Nunca.

—Exacto. —Sonrió—. Así que vete para allí y recupera a ese novio tan increíblemente sexy y escalofriante que tienes antes de que venga otra a intentar levantártelo.

—Joder, vaya si lo voy a hacer. —Entrecerré los ojos, me di la vuelta y me fui directa hacia el apuesto fumeta, pero me giré de nuevo en el último segundo para coger a Katie de la mano—. Aunque será mejor que sigas tu propio consejo y vengas conmigo porque parece que esa amiguita de Shannon con gesto enfurruñado quiere comerse al pijo de tu chico.

—¿Quién, Lizzie? —se rio Katie mientras caminaba detrás de mí—. Qué va. Pertenece a su superelitista círculo íntimo del instituto. No es más que una amiga.

—Ya, claro —entoné volteando las pupilas—. Regla número uno, mi inocente vecinita. Nunca confíes en una chica con

ese aspecto cuando esté cerca de un chico con ese aspecto.

—Uooo, hey, Piernas Sexis —jaleó Alec cuando Kate y yo nos unimos al pequeño círculo de humo que tenían montado en la cocina—. ¿Quién es mi chica favorita?

—Tío, no tienes a la suerte —señaló Podge riéndose entre dientes mientras le daba un codazo a Al en las costillas—. Tienes buen aspecto, Aoife.

—Gracias, Podge —respondí sintiéndome incómoda cuando Katie se fue directa hacia Hugh y me dejó sola frente a un grupo de chicos con los que normalmente no me hubiera costado el más mínimo esfuerzo charlar.

«Pero esto es diferente».

—Molloy.

En cuanto dijo mi nombre, un calor abrasador me inundó el vientre, y tuve que esforzarme para mirarlo.

—Joe. —Alcé una ceja y observé cómo expulsaba una nube de humo—. O sea que por el buen camino, ¿no? —Puse los ojos en blanco—. Ya, gilipollas, por eso huele así.

Frunció el ceño confundido mientras Podge dejó escapar un «ja» en voz muy alta.

—Molloy, un porro no cuenta.

—Claro que sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. —Frustrada y harta, hice un gesto de desaprobación y le di la espalda, determinada a no pelearme con él por eso—. Hola —dije centrándome en la rubia malhumorada—. Soy Aoife.

—Lizzie —contestó brindándome una sonrisa poco entusiasta y negando con la cabeza cuando Alec le ofreció el canuto—. Tu amiga se equivocaba, que lo sepas. Yo no estaba intentando pillar cacho con tu novio.

—No es asunto mío con quién se lee Joey —contesté dolorosamente consciente de lo cerca que estaba de mi espalda—. Es libre de hacer lo que quiera, igual que yo.

—Y una polla. —Me pasó la mano por la cintura y me apretó los dedos contra la piel mientras me arrastraba hacia

atrás para abrazarme—. No te pases.

—¡Hala! —farfulló Alec a través de una nube de humo—. ¿Estoy percibiendo problemas en el paraíso?

—¿Qué pasa, Joe? —me burlé reprimiendo la necesidad de estremecerme y hundirme contra él—. Si quieres que lo dejemos, tienes que enfrentarte a las consecuencias.

—Molloy.

—Calla. —Con el culo pegado a la parte delantera de sus vaqueros, me eché un largo mechón de pelo hacia atrás y le sonreí al extraño que le daba una calada al porro—. ¿Vas a compartir eso o qué, ojos azules?

El chico me guiñó un ojo y me tendió el canuto.

—¿Qué haces? —El tono de Joey era serio. Lanzando un gruñido de frustración, me extendió su enorme mano por el vientre—. Joder, deja eso, Molloy. Ahora mismo.

Sin tener ni idea de lo que estaba haciendo, me lo puse entre los dedos, lo apreté contra mis labios y le di una buena calada, intentando no echar los higadillos mientras se me iba la cabeza y los ojos me ardían.

—Molloy. —Joey me dio la vuelta entre sus brazos y me miró amenazante—. Te lo digo en serio.

Meforcé en exhalar lentamente y le sonreí.

—¿Cómo es el dicho, Joe? Si no puedes con ellos...

—¡Únete! —jaleó Alec tamborileando con las manos sobre la encimera que tenía detrás antes de detenerse de golpe al ver la mortífera mirada que le estaba echando Joey—. O no.

—¿Cuál es el problema, Joe? ¿Tú te puedes divertir, pero yo no? —dije con tono burlón llevándome de nuevo el porro entre los labios y aspirando hasta que los ojos se me pusieron llorosos.

—¡Molloy!

—Lynch, relájate.

—Tío, solo se está divirtiendo un poco.

—He dicho que no —me espetó arrancándome el canuto de la mano y dándoselo al desconocido que tenía detrás—. No, Aoife.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer, Joe —gruñí entre borracha y mareada—. No te pertenezco.

—¡Pues vaya puta mala suerte por mi parte, porque te aseguro que yo sí te pertenezco a ti!

Borracha o no, sus palabras me golpearon en el pecho como una bola de demolición. Sentí cómo el aire salía de mis pulmones con un zumbido, me lo quedé mirando y me atravesó un torrente de emociones.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque es verdad.

—¿Desde cuándo?

—Desde que tenía doce años.

A CORAZÓN ABIERTO

Joey

Nadie había colaborado tanto con el karma como Molloy.

Verla hacer algo tan mundano como darle una calada a un porro me había puesto el puto corazón del revés. Porque ella no hacía esas cosas. No le daba a la hierba.

Joder, si la única vez que la había visto llevarse un cigarro a la boca en los seis años que habían pasado que nos conocíamos había sido en primero, en una discoteca, cuando le dio una calada al porro de Rambo en la parte de atrás del Pav y acabó vomitando sin contemplaciones todo lo que llevaba en el estómago. En esa relación, el que estaba hecho mierda era yo, no ella.

Sin embargo, esa noche Molloy se había sacado un as de la manga y había conseguido doblegarme, dejando nuestros corazones a la vista de todos.

—Bien hecho, nena —suspiré lleno de frustración, le puse una mano en la cadera y la acerqué hacia mí—. Este asalto lo has ganado tú.

Mi vida era impredecible y mi futuro fúnebre, pero no me cabía la menor duda de que, dondequiera que acabara, esa chica siempre iba a influir en mí.

—¿Cómo que este asalto? —Desafiante como de costumbre, me miró con esos ojos verdes tan disparatadamente sexis y arqueó una ceja delineada a la perfección—. Yo siempre gano, Joe.

Sí, era cierto, incluso cuando no le hacía ningún bien.

Tenía el cuerpo apretado contra el mío, de modo que sus tetas me rozaban el pecho cada vez que respiraba. En ese momento aquello era demasiado para mí y me estaba costando mucho mantener la cabeza en su sitio. Oía a la

gente murmurar a nuestro alrededor, pero era incapaz de entender una sola palabra de lo que decían, porque toda mi atención estaba puesta en la chica que llevaba dándome guerra de una forma tan acertada desde el día que nos conocimos.

Porque la amaba con todo mi ser.

Lo bueno, lo feo y lo malo.

Me deleitaba en todas esas cosas.

Tenía el corazón enmarañado y la cabeza del revés.

Sin apartar sus ojos de los míos ni un solo segundo, me recorrió el estómago con sus largas uñas rojas hasta llegar a la hebilla del cinturón y luego tiró de mí para acercarme a ella.

«Joder...».

Sabía perfectamente lo que hacía cuando cogió la mano que yo le había puesto en la cadera y la colocó sobre su magnífico trasero. Poniéndose de puntillas, me rodeó el cuello con una mano y acercó mi cara a la suya.

—Eres gilipollas.

—Ya lo sé.

—Me has destrozado.

Dolor. Me golpeó de lleno en el pecho.

—Ya lo sé.

—Chico malo. —Su aliento impregnado de alcohol y cálido de la hostia me dio en la cara cuando susurró—: Dime que lo sientes.

Me rendí sin luchar; estaba demasiado cansado y enamorado como para oponerme a mis sentimientos.

—Lo siento.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—Buen chico. —Me había metido la lengua en la oreja y estrechaba su cuerpo contra el mío—. Ahora dime que me quieres.

—Te quiero.

Las palabras salieron de mi boca en un tiempo récord.

—Dilo otra vez.

—Te quiero.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—Mmm...

Tomó mi mano entre las suyas y me condujo hasta la pista de baile. Yo la seguí, como si fuera una costumbre de toda la vida, consciente de que esa chica era, con diferencia, mi mayor adicción.

—¿Qué haces?

—Me rompiste el corazón —dijo llevando mis manos a sus caderas mientras me rodeaba el cuello con los brazos y se acercaba aún más—. Lo mínimo que puedes hacer es bailar conmigo.

Estaba demasiado cansado como para ponerme a discutir y era demasiado débil como para resistirme, así que tiré de ella hacia mí, agradecido por el vodka que contenía mi estómago, pues no me sentía nada cómodo bailando. El caso es que esa chica... Bueno, al parecer yo hacía todo lo que me pedía.

Ebrio de vodka y arrepentimiento, me aferré con las manos a sus caderas, sintiendo su voluptuoso cuerpo contra el mío y a nuestro alrededor flotaba el melancólico sonido de «Lightning Crashes», de Live.

A medida que mi cerebro iba procesando la letra de la canción, una horrible y pesada energía se asentaba sobre mis hombros.

—¿Qué pasa? —preguntó Molloy, que había percibido mi malestar al instante.

—Nada.

—¿Joe?

—Es que... —Volví a sacudir la cabeza y exhalé un suspiro dolorido—. Es la canción.

—¿Qué pasa con la canción?

—Me recuerda a ella.

—¿A quién? —Sus ojos verdes se suavizaron—. ¿A tu

madre?

Apretando con fuerza la mandíbula, me esforcé en asentir.

—Estoy fatal, ya lo sé.

—No estás fatal. —Alzó las manos, me cogió la cara y la acercó a la suya—. Mírame.

Me dolía mirarla. Sentir tanto como sentía y saber que yo no era bueno para ella.

—Mírame —repitió atravesándome con esos preciosos ojos verdes mientras la canción sonaba a nuestro alrededor—. No apartes la vista de mí. —Temblando, me mantuvo cerca y dijo—: Haz que esta canción trate sobre nosotros.

Con un dolor sordo en el pecho, me obligué a obedecer. A darle a esa chica lo que me pidiera.

—Te quiero.

—Ya lo sé.

—No quiero hacerte daño.

Me acarició la mejilla.

—Eso también lo sé.

Exhalando un suspiro de dolor, dejé caer mi frente sobre la suya.

—Eres todo lo que quiero, Molloy.

—Demuéstramelo —susurró deslizándome los dedos sobre la piel—. Porque no puedes tenerme en este limbo.

—No es lo que intento.

—Puede que no, pero lo estás haciendo.

El dolor rompió contra mi pecho.

—Intento protegerte.

—Pues deja de hacerlo y empieza a intentar hacerme feliz —argumentó con los ojos clavados en mí—. Porque ha llegado el momento de que elijas veneno, Joey Lynch.

NO LO DIGAS SI NO LO SIENTES

Aoife

—Ha llegado el momento de que elijas veneno, Joey Lynch. Temblando, de pie frente al único chico al que había amado, el ultimátum se cernía sobre nosotros como una losa.

Lo que había dicho era verdad.

Realmente era incapaz de seguir viviendo así.

Necesitaba saber a qué atenerme con él.

No sabía enfrentarme a lo desconocido.

Me aterrorizaba.

—No hace falta que tome ninguna decisión —contestó con sus verdes ojos en llamas—. Ya sabes que te elijo a ti.

Su respuesta hizo que mi cuerpo se estremeciera de placer, pero mi corazón seguía desconfiando.

—No, no lo sé —dije con voz ahogada y el corazón a mil por hora. «Porque, si lo supiera, no estaría aquí poniendo en riesgo mis sentimientos y mi orgullo»—. No lo sé, Joey.

—Entonces deja que sea muy claro al respecto —contestó sosteniendo mi mejilla en el hueco de su mano—. Te elijo a ti, Molloy. —Me levantó la barbilla para que lo mirara—. A ti.

—No lo digas si no lo sientes.

—A ti —repitió bruscamente con los dedos anclados a mi cintura—. Te elijo a ti. Siempre.

—Va en serio —le advertí haciendo un gesto de negación con la cabeza—. Ya soy mayorcita y sabía lo que hacía cuando te besé aquel día frente a tu casa. Estás obsesionado con esa absurda idea de protegerme de tu vida, cuando en realidad no hay nada en ella que me haya sorprendido. Me metí en esta relación con los ojos bien abiertos, y ¿sabes qué? Todavía los tengo abiertos y todavía

quiero seguir.

—Yo también quiero seguir —respondió en tono grave—. Es solo que... —Dejó escapar una trémula exhalación—. Lo eres todo para mí —confesó con la voz cargada de dolor—. Ya sé que mi forma de expresarme es una mierda y que no lo demuestro como debería. Pero así es. No quiero hacer nada que te haga daño, aunque eso es justo lo que acaba pasando la mayoría de las veces.

Sus palabras, su tacto, su aroma... Se me hizo demasiado.

—Joe.

—Esta vez voy a quererte como es debido —susurró acariciándome la mejilla con su aliento—. Si me dices cómo.

Mi mano salió disparada a su antojo, lo agarró por la parte delantera de la camisa y lo acercó cuando debería haberlo apartado.

—Joe.

—Lo que hice en Navidad... Llegar hasta ese punto... Me hizo cagarme de miedo, y solo podía pensar que, si no te alejaba de mí, acabaría destruyendo mi mundo, porque eso es lo que eres para mí, Aoife. Eres todo mi puto mundo en el cuerpo de una sola chica. Así que, vale, puede que lo haya hecho todo mal, pero lo único que intentaba era protegerte.

—Exacto, Joe, y eso es buena parte del problema, porque nunca he necesitado tu protección —dije con un hilo de voz—. No soy tu madre, ni tu hermana. No soy otra chica más que necesita algo de ti. Soy la chica que te desea incondicionalmente. Que te ama incondicionalmente. Al hurler. Al mecánico. Al chico. Al protector. Al gilipollas. Al amante. Al adicto. —Sorbiéndome la nariz, añadí—: A todas tus versiones. En todas tus formas y colores. Las acepto todas. Así que me da igual lo mal que estés de la cabeza o lo mucho que te empeñes en que no eres bueno para mí. Si no puedes estar conmigo, con lo bueno y con lo malo, vete ahora mismo, porque no voy a volver a pasar por esto contigo.

—Lo entiendo, Molloy —respondió con tono forzado

mientras reposaba ambas manos en mi cintura.

—¿Sí? —Le imploré con los ojos que fuera sincero—. ¿De verdad lo entiendes, Joe?

Asintió lentamente con la cabeza.

—Lo entiendo, nena.

—Perfecto. —Temblando, cerré los ojos con fuerza, perdiendo la batalla contra mis emociones y contra mi orgullo mientras dejaba caer la frente para apoyarla en su pecho—. Porque esta vez no hay vuelta atrás, Joe. ¿Me oyes? No puedes volver a largarte por ninguna otra razón que no sea que no quieres estar conmigo y debes confiar en que yo haré lo mismo.

—Vale. —Me deslizó las manos de la cintura a los hombros y luego me rodeó la cara con ellas, enredándolas en mi pelo y evocando un escalofrío de placer como solo él era capaz—. Puedo hacerlo.

Un montón de sensaciones y sentimientos ilícitos salieron en estampida hacia la superficie cuando rozó su nariz contra la mía con la clase de afecto que sabía que guardaba solo para mí. Era igual de empoderante que aterrador.

—Te quiero.

Lo dijo con tanta facilidad que se me hizo extraño.

Se me escapó un trémulo suspiro de entre los labios.

—Te quiero —repitió despacio inclinándose para darme un dulce e inocente beso de los que llegan al alma.

—Basta de muros, Joe. —Le rodeé la cintura con los brazos y le clavé los dedos en la tela de la camisa mientras me aferraba a él como a una plegaria—. Basta de secretos y cortinas de humo, ¿vale? Ya estamos por encima de eso. Porque yo nunca he sido tu enemiga —logré decir—. Siempre he estado en tu equipo.

Se quedó rígido unos segundos antes de soltar un profundo suspiro.

—Entonces, para ser del todo sincero, supongo que debería decirte que no he venido aquí solo porque me hayan invitado.

—Vale... —Entrecerré los ojos, sospechando al instante—. ¿Qué has hecho?

Negando con la cabeza, me cogió de la mano y me llevó afuera, a una zona tranquila del jardín.

—No te pongas como loca.

Crucé los brazos sobre el pecho y lo fulminé con la mirada.

—No me des ninguna razón para ello y no lo haré.

Arrugó la nariz y murmuró:

—Le he vendido unos gramos a Biggs.

—¿De alegría?

Se retorció de incomodidad.

—De hierba.

—¡Por Dios, Joey!

—¡No he ido a ver a Shane! —se apresuró a contar—. No me he acercado a él desde aquella noche.

—Entonces ¿de dónde la has sacado? —pregunté—. ¿De tu alijo personal?

Se encogió de hombros avergonzado.

—¡Virgen santa! —Moví la cabeza hacia los lados—. ¿Qué estoy diciendo? Pues claro que tienes un alijo personal.

—Eso era todo lo que tenía, lo juro.

—No me mientas...

—No lo hago —me interrumpió—. Era todo lo que tenía. No hay más, Molloy. Lo juro.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Que por qué has hecho algo tan increíblemente estúpido como venderles droga a chavales de un colegio privado?

Me observó con recelo, pero no respondió.

—¿Por qué? —repetí sin achantarme.

—Porque me lo pidieron.

Le eché una mirada que decía: «Respuesta equivocada».

Gruñó de desesperación y lo intentó de nuevo.

—Porque necesitaba ese dinero.

Por fin llegábamos a alguna parte.

—¿Para qué?

—Para mi familia.

—¿Por?

Miró al cielo y negó con la cabeza antes de decir:

—Porque mi viejo se gastó hasta el último céntimo que tenía mi madre y, cuando acabó de fundirse su dinero, ella le dio el mío.

—¿Lo dices en serio?

—Es culpa mía —afirmó en tono resignado—. Siempre le doy a mi madre la mitad de mi sueldo a finales de semana para ayudar con las facturas y algunos pavos más por Navidad para que les compre a los niños lo que necesiten.

—Frunciendo el ceño, añadió—: Este año tu padre metió un par de billetes de cien extra en la paga de Navidad y, por imbécil o por ir colocado, no tuve en cuenta las consecuencias de dárselos a ella.

—¿Le diste todo tu dinero?

—Hasta el último céntimo —admitió antes de retractarse a toda prisa con gesto constreñido—: Bueno, primero te compré esas botas caídas que querías para Navidad. Las tengo debajo de mi cama.

Mi corazón se contrajo.

—Joe...

—No me he metido en líos, Molloy. De verdad que no —insistió—. Fue Hughie Biggs quien se acercó a mí. Él y sus amigos querían hierba y les sobraba más dinero que sentido común. —Se encogió de hombros antes de agregar—: Aproveché la oportunidad sin pensármelo y no pienso pedir perdón. Necesitaba el dinero para mi hermana y los chicos. Para el bebé. Seany no podía pasar sin él. —Sacudió la cabeza; para ser alguien que se negaba a disculparse tenía los ojos terriblemente llenos de arrepentimiento—. No soy un camello, Molloy. Sabes que no. Pero no podía hacerle ascos a una oferta única como esa. No me lo podía permitir.

—¿Por qué? —La curiosidad me pudo y pregunté—: ¿Cuánto te ofrecieron?

—Doscientos euros por una bolsa que me había costado sesenta.

—¿En serio? —Me quedé boquiabierta—. ¿Sabes cuántas horas tengo que trabajar en el pub para sacarme ese dinero?

—Lo sé. —Asintió con los ojos como platos—. Me pasa lo mismo en el taller. Yo pensé eso mismo. ¿Ves? Por eso te quiero. Tú lo pillas.

—Ya, lo pillo, pero esa no es la cuestión —me apresuré a añadir echándole una mirada de advertencia—. Se acabó toda esa mierda. —Entorné los ojos y dije—: Nunca más, ¿me oyes? Si tan siquiera te planteas...

—No te preocupes —intervino enseguida—, cometí el error de darle mi sueldo a un zángano por última vez.

Era mentira. En cuanto el siguiente sueldo cayera en sus manos, Joey iría otra vez directo a entregárselo a su madre. Ese era uno de los motivos por los que lo quería tanto. Y un buen motivo para despreciar a su madre.

—Bueno, me estoy pelando de frío aquí fuera —comenté señalando a nuestro alrededor.

—Hostia, claro —murmuró llevándose la mano al cuello de la sudadera, solo para darse cuenta de que esa era una de las pocas veces que no llevaba esa prenda—. ¿Tienes abrigo? —preguntó acercándose a él y frotándose su enorme mano por la espalda, que tenía descubierta.

—No, pero no lo necesito —contesté ya algo harta de tanta intensidad—. Porque tengo un suministro ilimitado de alcohol calentándome el estómago y a un gilipollas del que estoy más o menos enamorada para que me caliente el resto.

Sonrió satisfecho.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Venga, Tony Soprano. —Envolviéndole el brazo alrededor de la cintura, le deslicé la mano en el bolsillo de atrás y me recliné contra su cálido cuerpo—. Esta vez, voy a dejar que me cuides.

BASTA DE MUROS

Joey

Molloy había puesto las cartas sobre la mesa. Me había dado un ultimátum, y yo nunca había estado más agradecido. Nunca había sido de esas personas que se toman bien que las acorralen o les digan qué hacer, pero no sentí la necesidad habitual de enfrentarme a ella.

Había tardado años en pasar, pero mi cuerpo y mi mente ya no entraban de repente en modo de ataque cuando ella me decía que había hecho alguna gilipollez. Tampoco me ponía a la defensiva, porque había algo en mi interior que la reconocía como aliada.

Una compañera de equipo.

Nunca me había pasado algo así.

Con ningún otro ser humano del planeta.

Ni siquiera con mi hermana.

Pero esa chica tenía algo que hacía que ciertas partes de mi interior se calmaran.

No podía entenderlo, y menos aún explicarlo, pero, cuando estaba con ella, sentía como si me ahogara y respirara a la vez. Sentía que cabalgaba una ola electrizante y que daba igual si me caía o no, porque el golpe siempre sería sobre algo blando.

Esta vez no me iba a doler.

Porque Aoife Molloy no me haría daño. Había tardado seis largos años en aceptarlo. Cuando me dijo que me quería, lo decía de verdad, y era tan desconcertante como adictivo, porque, tan solo con que sintiera una quinta parte de lo que yo sentía por ella, era un cabrón con suerte.

—¿Sabes qué día fue ayer? —preguntó Molloy varias horas

e incontables copas después. Seguíamos en la fiesta, en la misma posición que durante la última hora: con mi espalda pegada a la pared del salón y su cuerpo bien cerca del mío.

—¿Qué día fue, Molloy? —contesté con indulgencia sin separar una mano de su cadera mientras con la otra le daba un trago a mi botella.

Ella estaba borracha, pero yo, de algún modo, había logrado controlar mi naturaleza impulsiva. Después de nueve botellas, iba con el puntillo, pero había desarrollado el nivel de tolerancia de un caballo. A diferencia de mi ligera compañera de copas, para tumbarme a mí se necesitaban más que unas cervezas.

—Ayer fue siete.

—¿Siete?

—Ajá. Nuestro aniversario —anunció con las mejillas teñidas de ese tono rosado tan adorable que le salía cuando estaba piripi—. Ayer hizo un año de nuestro primer beso.

«Me cago en la leche».

—No lo sabía.

—Pues sí —ratificó con una exhalación mientras se apoyaba con fuerza sobre mí—. Ayer hizo justo un año que me metiste por primera vez la lengua hasta la garganta.

—Eso no es del todo cierto —bromeé sonriéndole—. Si la memoria no me falla, fue tu lengua la que se metió en mi boca.

—Pero porque eras demasiado cobarde como para dar el primer paso.

Me reí.

—Estaba preparando el terreno.

Arqueó un ceja.

—¿Durante cinco años?

—No sé. —La acerqué más hacia mí—. Tenía que estar seguro.

—¿De qué?

—De que no ibas a salir corriendo.

—¿Y ahora estás seguro? —Me observó con atención—.

¿Ahora confías en mí?

—Sí, Molloy. —Asentí lentamente con la cabeza, me incliné y rocé mis labios contra los suyos—. Confío en ti.

—Vaya... —Expulsó un vibrante suspiro—. Creo que para mí eso significa más que cuando por fin reconociste que me querías.

—¿Cómo lo supiste?

—Venga ya. Siempre has estado enamorado de mí. Era muy evidente —repuso sin un ápice de duda o timidez, lo cual me encantó—. Pero nunca estuve segura de si alguna vez ibas a ser capaz de abrirte así con alguien.

—No con cualquiera, Molloy —le dije—. Solo contigo.

—Sabes que yo voy a guardarte las espaldas, ¿no? —indagó mientras me metía las manos por debajo del dobladillo inferior de la camisa y me acariciaba el vientre desnudo. Me arañó suavemente la piel con las uñas, lo que provocó una respuesta inmediata de mi polla mientras ella se ponía de puntillas y me daba un beso en la línea de la mandíbula—. Me tienes loquita, Joey Lynch.

Serpenteó hacia arriba con una mano para cubrir el tatuaje de mi pecho y, con la otra, desplazó la mano que yo le había colocado en la cadera hasta el tatuaje de su nalga. Inclinandose hacia atrás, me miró a los ojos y susurró:

—Juntos hasta el final, Joe.

«Hostia puta...».

Me atravesó un escalofrío y no pude evitar cogerle el culo y atraer su cuerpo bruscamente hacia mí.

—Juntos hasta el final, Molloy.

Estrelló sus labios contra los míos y en ese preciso momento supe que nunca iba a poder separarme de esa chica.

«Al menos en esta vida».

COMO BAMBI

Aoife

—Ya... hemos... hablado... de... esto.

—Lo sé, lo sé... —Entre gemidos, trataba inútilmente de no cerrar las piernas mientras mantenía un precario equilibrio sobre el borde de una lujosa bañera de hierro fundido y forma ovalada, con la espalda arqueada y el brazo estirado para agarrarme al borde del otro lado—. Perdona, es que... ¡Ah! ¡No puedo!

—Pues tienes que hacerlo. —Joey estaba arrodillado en el suelo, con la cara enterrada entre mis muslos y una de mis piernas sobre el hombro—. Porque vas a... estrangularme.

—¡No hables, Joe! ¡Ya casi estoy! —grité con voz ronca arqueando la espalda cuando noté su lengua en mi clítoris—. ¡Dios!

—Molloy —farfulló alzando la mano y retirando mi muslo de su cara—. Abre esas putas escaleras que tienes por piernas.

—¡No! —gemí desesperada al notar que se me escapaba la sensación que había estado persiguiendo—. ¿Por qué me haces eso? ¿Por qué paras?

Me fulminó con la mirada.

—Bueno, a lo mejor porque necesito oxígeno para respirar y tú estás ahogando la esencia misma de mi ser con tus piernas.

«¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!».

—No les hagas caso —ordené respirando con dificultad mientras alguien llamaba a la puerta—. Esta casa tiene más de un baño. —Arrugando el entrecejo, añadí—: Y creía que te gustaban mis piernas.

—Adoro tus piernas —confirmó Joey con el pelo

despeinado y sexy mirándome desde abajo—. Pero, si no empiezas a acordarte de mantenerlas abiertas cuando tengo la cabeza entre ellas, van a ser responsables de mi muerte.

—Es culpa tuya —dije resoplando, entre excitada y a la defensiva—. Y de esa lengua del demonio que tienes.

—Mantén las piernas abiertas, ¿vale? —me advirtió señalándome con un dedo—. Último aviso.

—¿O si no qué? ¡Oh, Dios mío! —Agitando los párpados, llevé una mano entre mis muslos y lo agarré del pelo—. Lo haces tan bien...

—¡Molloy!

—Perdona —dije sofocada obligándome a abrir las piernas—. ¡No pares!

«¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!».

—¡Lárgate! —le vociferé al cabrón desconsiderado que golpeaba la puerta del baño.

«¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!».

—¡Ha dicho que te largues! —bramó Joey muchísimo más fuerte que yo.

«¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!».

—¡Se acabó! —soltó furibundo mientras se ponía de pie y se dirigía hacia la puerta—. Como abra la puerta y esté ese rubio anormal, ¡le voy a dar lo suyo!

—Pero has sido tan bueno... —contesté reprimiendo una carcajada mientras me apresuraba a interceptarlo antes de que pudiera abrir la puerta—. No le des a él lo suyo... —dije con un ronroneo interponiéndome entre él y la entrada— cuando me lo puedes dar a mí.

Sus ojos echaban chispas.

—Molloy.

—Te prometo que será mejor conmigo. —Me alcancé las mangas del vestido y las deslicé por mis brazos, dejando que la tela me cayera sobre la cintura. Entonces me levanté la falda para que se uniera al resto de la pieza—. ¿Qué prefieres, Joe?

—Virgen. —Su abrasiva mirada se fue derecha a mis pechos desnudos y no pudo evitar lanzar un ronco gruñido —. Santa.

Me sentía poderosa. Lo guie hasta el lavamanos a toda prisa.

—Buen chico.

Elevó una ceja.

—No te burles de mí.

Con una sonrisa de satisfacción, le desabroché el botón de los vaqueros y luego le abrí la cremallera antes de bajarle los pantalones y los bóxers de un tirón hasta las caderas para liberar su durísima erección.

—Vaya un tiarrón.

—¡Molloy!

—Ya me callo —susurré llevando una mano entre nuestros cuerpos para acariciarlo.

—Hace algún tiempo que no lo hacemos —apuntó acercándose a mí mientras me agarraba por la cintura—. Puede que acabe enseguida.

—No pasa nada. —Le di la espalda, me recliné sobre la pila y me agarré a ella sin dejar de mirarlo a través del espejo que tenía delante—. Tú no apartes la vista de mí.

—Joder...

Sacudiendo la cabeza, se acercó y me invitó a abrir las piernas mientras me deslizaba suavemente una mano por la espalda y la instalaba en mi cadera. Con la otra mano fue introduciendo poco a poco su enorme polla dentro de mí, centímetro a delicioso centímetro.

«¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!».

Esta vez, cuando el intruso aporreó la puerta, Joey estaba demasiado concentrado en aporrear a mí como para que le importara.

—¡No pares! —chillé con voz quebrada aferrándome a la pila de porcelana como si me fuera la vida en ello mientras intentaba mantener firmes las piernas frente a sus deliciosamente adictivos envites—. ¡Dame duro!

—Hostia puta, Aoife —dijo con la respiración entrecortada. Mantenía sus ojos clavados en los míos a través del espejo y no dejaba de mover las caderas a un ritmo frenético—. Estás tan prieta...

«¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!».

—Pues aflójame —gemí luchando por mantener el contacto visual mientras todo mi cuerpo se agitaba y temblaba—. Hazme tuya.

—Ya eres mía —respondió metiéndome una mano entre las piernas para acariciarme el clítoris con el pulgar—. Cada centímetro de ti.

«¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!».

Estaba tan mojada que podía sentir cómo se deslizaba más y más adentro con cada empujón. La tenía tan grande, entraba tan dentro de mí, que casi dolía, pero, cuando esa palpitación familiar de placer y calor fue creciendo con cada envite de sus caderas, me encontré suplicándole que me penetrara con más fuerza.

«¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!».

Solo cuando Joey se inclinó hacia mí y me cubrió la boca con la mano, me di cuenta de que estaba gritando.

—Chisss, Molloy —me advirtió sin apartar sus ojos de los míos en el espejo—. Calla, nena...

«Ah, Dios...».

No pude soportarlo. Mi cuerpo no podía hacer frente a otra descarga de presión. Él amortiguaba mis gritos con su mano mientras el orgasmo me desgarraba, golpeándome tan adentro que mi cuerpo se tensó y las piernas amenazaron con ceder debajo de mí.

—¡Joder! —Con respiración rápida y entrecortada, Joey se hundió contra mí mientras su erección me palpitaba por dentro, inundándome de calor—. ¿Estás bien?

—Ajá —contesté riéndome, sin aliento, mientras me dejaba caer sobre el lavamanos—. ¿Tú?

—Sí, Molloy. —Con una sonrisilla, me apretó la cadera, salió de mí lentamente y se alejó para limpiarse—. Estoy

bien.

—Creo que me has roto un poco casi al final. — Tambaleándome sobre mis pies, me lavé como pude y me recoliqué el vestido antes de hacer balance de mi desaliñado aspecto—. Mira cómo tiemblo —dije señalando la visible agitación que me recorría las piernas—. Me has dejado como a Bambi.

—¿Qué te parece? —Del todo encantado, Joey se acercó y se arrodilló a mis pies—. Venga, Bambi. —Soltó una risita y me ayudó a meter los pies en el tanga y a subírmelo por los muslos—. Vamos a adecentarte.

Unos segundos después, cuando Joey abrió la puerta del baño para que pudiéramos salir, nos recibió una estrepitosa ovación.

—¡Puto semental! —declaró un chico al que no conocíamos mientras levantaba una mano para que Joey le chocara los cinco—. ¡Por Dios, hubo un momento en el que pensé que íbamos a tener que llamar a una ambulancia para tu amiga!

Joey le echó una mirada tan fulminante que el muchacho se encogió delante de él, retirando al instante la mano que le tendía.

—¿Qué coño le pasa a esta gente? —murmuró pasándome un brazo por encima del hombro—. No pueden ser más raros.

—Qué más da —respondí despreocupada—. Yo voto por comernos y bebernos sus generosas ofrendas hasta reventar.

Joey asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—He visto una botella de champán carísima en la nevera.

—Sí, yo también.

—Nunca he probado el champán.

—Yo tampoco —le dije—. Pero tengo un bolso en el salón lo suficientemente grande como para llevarnos una botella de contrabando a mi casa.

Se detuvo en el pasillo y se volvió hacia mí.

—¿Crees que deberíamos hacerlo?

—Alguien acabará bebiéndosela. —Me encogí de hombros —. ¿Por qué no nosotros?

Analizó mi cara un buen rato antes de tomar la decisión.

—Coge el bolso —ordenó—. Ya traigo yo la botella.

—Estoy en ello —respondí chocando mi puño contra el suyo antes de irnos en direcciones opuestas.

ME TOCABA A MÍ CUIDARTE

Aoife

Cuando abrí los párpados a la mañana siguiente, tenía una resaca de campeonato y una mano me palpaba la cara.

Ya despierta tras la pegajosa intromisión, analicé de un vistazo el entorno y me encontré enroscada entre las sábanas de una cama que me resultaba familiar mientras un pequeñajo igualmente familiar me toqueteaba con sus deditos pringosos.

El cuerpo se me tensó durante el más breve de los instantes cuando mi soñolienta mirada tomó consciencia del niño de ojos enormes que me observaba y el regazo en el que estaba sentado.

Sin camiseta y recostado contra la pared a la que estaba pegada su cama, Joey dormía con la cabeza inclinada hacia un lado.

Tenía una mano en un costado formando un puño, mientras la otra le colgaba flácidamente alrededor de la cintura de su hermano.

Protegiéndolo incluso mientras dormía.

—Hola, Sean —susurré con voz ronca intentando dibujar una sonrisa para él, una hazaña bastante difícil, teniendo en cuenta que me dolían hasta los labios.

—I-fa —dijo él con un hilito de voz; luego volvió a trepar tímidamente a la seguridad de los brazos de su hermano—. O-ui. —Rodeó el cuello de Joey con su bracito, se acurrucó junto a él y enterró la cara bajo el mentón de su hermano—. O-ui.

—Todo está genial, te lo prometo —musitó Joey con los ojos todavía cerrados mientras apretaba el brazo alrededor del pequeñín y mi corazón se encogía ante la escena—.

Cierra los ojos, renacuajo.

—O-ui, cacas.

Al oír esas dos palabras, Joey prácticamente salió catapultado de la cama con su hermanito bajo el brazo.

—Me cago en todo —murmuró acercándose a la puerta del dormitorio y arrastrando con una sola mano la cómoda para quitarla de en medio antes de girar la llave y abrir de un tirón—. Esta vez te vas a limpiar el culo tú solo —le advirtió al crío que llevaba en brazos mientras desaparecía hacia el descansillo—. Pero muy bien por decírmelo, chaval.

Yo estaba paralizada; las palpitaciones que sentía en la cabeza me aseguraban que no podría moverme ni aunque quisiera.

Poco después, Joey volvió a su cuarto, esta vez sujetando una lata de Coca-Cola en lugar de a su hermano.

—Buenos días. —Sus ojos bailaban risueños mientras cerraba la puerta de la habitación a sus espaldas—. ¿Qué tal la cabeza?

—Buenos días —contesté con voz ronca al tiempo que hacía un lamentable intento de sentarme—. Horrible. —Solté un gemido y me apreté la sien—. Creo que de esta no salgo.

Se acercó a la cama y se hundió en el borde.

—Qué va, fijo que vives —dijo riéndose entre dientes y encajándose la lata helada en las manos—. Bebe.

—No puedo —me quejé; y luego me entraron arcadas ante la sola idea de meter otra gota de líquido en mi pobre estómago—. En serio, creo que me voy a morir.

—No te vas a morir, pero te has metido en un lío.

—¡Puah! —gimoteé—. ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Fumar. —Me miró con dureza—. Muy mal, Molloy.

—Ya, claro —resoplé—. Mira quién fue a hablar.

—Te lo digo en serio. —Sus verdes ojos rebosaban sinceridad y preocupación—. Sé por qué lo hiciste, y funcionó, pero no vuelvas a hacerlo, ¿vale?

—No te preocupes —dije con un hilo de voz—. Ni se me pasa por la imaginación.

—Bien. —Moviendo la cabeza hacia los lados, alcanzó la lata, la abrió y me la acercó dulcemente a la cara—. Ahora, bebe o te sentirás peor.

A regañadientes, le di un sorbito a la lata y, cuando vi que eso no me mataba, le di otro sorbo mayor.

De pronto me percaté de lo sedienta que estaba, así que me bebí media lata de un trago sin dejar de mirarlo a los ojos en ningún momento.

Asintiendo en señal de aprobación, Joey se metió la mano en uno de los bolsillos de su chándal gris y sacó una cajita de paracetamol, y, del otro bolsillo, extrajo una bolsa de patatas fritas con sal y vinagre.

—Confía en mí —se apresuró a convencerme cuando lo miré con escepticismo—. Funcionará.

—Vale. —Con un suspiro de resignación, me tragué dos analgésicos y engullí rápidamente el resto de la lata antes de alcanzar las patatas—. Pensaba que íbamos a ir a mi casa —señalé incapaz de unir las piezas de lo que había ocurrido la noche anterior a través de la neblina de mi cerebro mientras masticaba las patatas.

—Yo también —afirmó—. Pero insististe en que volviéramos a la mía.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Mmm. —Mientras engullía el manjar de sal y vinagre,ladeé la cabeza y me paré a analizar el remedio sintiendo cómo el estómago se me asentaba por momentos—. ¿Azúcar, sal y paracetamol? Joe, déjame decirte que no es la manera más habitual de curar una resaca, pero sienta de maravilla.

—Es una receta familiar —fue su irónica respuesta—. Ventajas de criarse con un padre alcohólico y una madre aficionada a las benzos.

—Y de tener una novia borrachuza —propuse haciendo una mueca cuando mis ojos se detuvieron en el gran cubo para vomitar que había junto a mi lado de la cama—. Supongo

que eso era para mí, ¿no?

Joey dibujó una sonrisa de medio lado y yo dejé caer la cabeza entre las manos.

—Ay, Dios —farfullé—. Has tenido que limpiar mi vómito.

—Fue el champán —contestó con una risilla—. O eso me dijiste entre potada y potada mientras nos salpicabas a los dos con tropezones en el coche de ese tal Feely de camino a casa.

—No me digas...

—Sí. —Señaló con la cabeza la camiseta que yo llevaba puesta; una de las suyas—. Tuve que meterte en la ducha en cuanto llegamos.

—¡Madre del amor hermoso! —sollocé avergonzada—. Deja de reírte, Joe. No tiene gracia. Es horrible.

—No es para tanto —afirmó entre risas retirándome las manos de la cara—. Tú ya lo habías hecho por mí unas cuantas veces. —Encogiéndose de hombros, añadió—: Me tocaba a mí cuidarte.

—Pero no es lo mismo.

—¿Por?

—Porque eres mi novio.

—¿Y? Tú eres mi novia.

—Se supone que las novias son sexis.

—Molloy, te garantizo que eres increíblemente sexy.

—¿De verdad?

—Por supuesto —repuso justo antes de ahogar otra carcajada—. Sobre todo cuando te salen burbujitas de champán por la nariz.

—Ay, vete a la mierda —le solté cogiendo la almohada que tenía en la espalda y estampándosela en la cabeza.

—Me lo curré mucho con el pelo —prosiguió—. Pero nunca había lavado una melena tan larga como la tuya, así que si la cagué no me lo tengas en cuenta.

Se me encogió el corazón.

—¿Me lavaste el pelo?

—No me quedó otra —respondió—. También te habías

llenado la coleta de tropezones.

—Ay, Dios... —Me cogí la húmeda melena y me la pasé por encima del hombro para olerla, reconociendo al instante el aroma del champú que él usaba—. Puede que esa sea la cosa más románticamente asquerosa que nadie haya hecho por mí.

—Venga —dijo moviendo la cabeza hacia los lados—, que te hago un café.

—¿No va eso contra tus propias reglas? —le recordé mientras retiraba las sábanas y salía de la cama—. Quiero decir, ¿no prefieres que nos quedemos en tu cuarto cuando estamos aquí?

—Sí, bueno, eso era antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de anoche —respondió en tono serio—. Antes de abrir los oídos y escuchar de verdad, para variar.

—Así que los chicos pueden escuchar... —rumié reajustándome la goma de los bóxers que sin duda él mismo me había puesto la noche anterior—. Creía que no era más que una leyenda.

—Te escucho, Aoife. —Me cogió la mano y tiró de mí—. Y lo que dije de confiar en ti iba en serio.

—¿Sí?

—Sí. —Hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Este es mi mundo. Es una puta mierda, pero quiero enseñártelo, si estás dispuesta a quedarte.

—Para siempre, Joe —susurré envolviéndole los brazos a la cintura—. Para siempre.

Sin sujetador bajo su camiseta blanca y tapándome el culo solo con sus calzoncillos negros, me hice un moño improvisado en la parte superior de la cabeza y seguí a Joey escaleras abajo, demasiado hundida en mi resaca como para que me importara que mi aspecto fuera el de algo que el gato había arrastrado hasta la casa.

—Joey —saludó su madre desde su sitio habitual en la mesa. Luego me miró a mí y noté que le cambiaba el humor de golpe—. Aoife.

—Buenos días —contestó él.

Joey nos guio a ambos hasta el hervidor, sin separar la parte frontal de su cuerpo de mi espalda mientras se ponía a hacer café.

Estaba claro que la necesidad de ocultar la erección que me estaba perforando la espalda era el motivo de mantenerme tan cerca.

—Anoche despertasteis a media casa, con todo ese jaleo que hicisteis al entrar.

—Hola, Marie —contesté con una sonrisa, a pesar de que ella no parecía contenta de verme—. Lo siento.

—Vale —dijo Joey por encima del hombro mientras me clavaba el miembro entre las costillas—. La próxima vez potará más en silencio.

—Gilipollas —farfullé entre dientes mientras intentaba inútilmente hundirle un tacón en el pie, puesto que el cabrón tenía unos reflejos felinos.

—Ay —dijo su madre observándonos con recelo desde la mesa—, al no traer a Aoife por Navidad, pensé que quizá vosotros dos habíais partido peras.

«Ya te gustaría, zorra».

—Me temo que estoy aquí para quedarme. —Le brindé mi mejor sonrisa mientras echaba azúcar en la taza—. ¿Un café?

—No. Gracias. —Volvió a centrarse en su hijo—. He aceptado hacer el turno de limpieza de Betty Murphy en el hospital esta tarde. Estarás aquí para vigilar a Sean, ¿verdad?

—No.

—¿No? —Sus ojos azules se llenaron de confusión—. ¿Qué quieres decir?

—Pues que no. —Pasando a mi lado ahora que había conseguido controlar su tienda de campaña, Joey fue hasta

la nevera y cogió la leche—. Tengo planes.

—¿Qué planes?

—Planes, mamá —respondió Joey echando una cucharada de leche en cada una de nuestras tazas.

—¿Con quién?

—Con Aoife —dijo guiñándome un ojo cuando me tendió la taza.

El corazón me palpitó victorioso.

—¿Puedes cambiar de planes? —presionó su madre—. Ya le he dicho a Betty que le iba a cubrir el turno.

—No, no puedo —repuso Joey lentamente—. El domingo es mi único día libre y voy a pasarlo con mi novia.

«¡Ja, ja, ja, ja!».

Le dediqué una dulce sonrisa que decía: «Jódete», me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla a su hijo.

—Necesitamos ese dinero.

—No sé qué decirte, mamá.

—Bueno, ¿y qué se supone que voy a hacer con Sean?

Joey se encogió de hombros, pero no respondió.

—Shannon está en casa de la tata arreglándose el uniforme y tu padre ha llevado a Ollie y a Tadhg a ese torneo de hurling que hacen en el pabellón.

—Es tu hijo —fue la calmada respuesta de mi novio.

—Eso ya lo sé, Joey, pero te necesito.

—Mamá.

—Tienes responsabilidades.

Se le abrieron las fosas nasales.

—Lo sé muy bien.

—Podemos quedarnos aquí y ocuparnos de Sean por ella, Joe —decidí decir, emocionada por que me priorizara, pero consciente de que después se iba a sentir tan culpable que iba a estar todo el día con un humor de perros—. Tampoco es que tengamos nada mejor que hacer.

—¿Estás segura? —Unos ojos verdes dubitativos se posaron en los míos—. Molloy, no te has metido en esto para pasarte el domingo haciéndole de canguro a mi

hermano.

«No, pero tengo claro que me he metido para estar contigo».

—Estoy segura. —Asentí con entusiasmo antes de girarme hacia su madre—. Cuidaremos de su hijo.

A la madre de Joey yo no le caía bien, no me quería cerca de ninguno de sus hijos, pero la tenía entre la espada y la pared, y no pudo hacer otra cosa que asentir rígidamente con la cabeza y decir:

—Gracias.

—De nada. —Sin perder la sonrisa, le agarré la mano a Joey y lo arrastré fuera de la cocina—. Vamos.

—¿Has visto la cara que ha puesto? —se rio entre dientes mientras me seguía escaleras arriba, intentando no verter el café de las dos humeantes tazas que llevaba en las manos—. Está cabreadísima.

—Porque no me quiere en su casa. —Cerré la puerta de su cuarto detrás de nosotros, giré la llave en la cerradura y me acerqué a él contoneándome—. Distráigo a su abejita obrera, entrenada a la perfección.

Joey dejó las dos tazas sobre el poyete de la ventana, se volvió hacia mí y me echó una ardiente mirada.

—Si me vuelves a llamar «abejita», voy a tener que clavarte el agujón.

—Tentador...

Me agarré la camiseta, me la saqué rápidamente por la cabeza y no pude evitar reírme cuando gruñó:

—Joder.

—Venga, Joe. —Metí los dedos por dentro de la cintura de los bóxers que llevaba puestos y me bajé el tejido por los muslos—. Tengo el sitio perfecto para que claves tu agujón.

—Lo que tienes es una mente muy retorcida —dijo entre risas bajándose el pantalón del chándal—. Eres capaz de hacer que todo sea sucio, Molloy.

—Te encanta mi mente calenturienta.

—La verdad es que sí —admitió mientras se acercaba a mí

para hacerse con mi cuerpo—. Y me encanta tu culo. —Me levantó, me empotró la espalda contra la puerta y se inclinó hacia mi cara—. Y esos labios...

Me besó con intensidad, gruñéndome en la boca y rozándose contra mí hasta que la gruesa punta de su polla me sondeaba el clítoris.

—Hazlo ya, Joe —lo animé enganchándole las piernas alrededor de la cintura mientras deslizaba una mano entre nuestros cuerpos y le agarraba la polla—. Entra en mí.

—Tómame tú —susurró entre mis labios mientras se mecía suavemente al ritmo de mis caricias—. Méteme dentro de ti.

«Dios bendito...».

Estremeciéndome contra sus labios, incliné la pelvis, alineé mi cuerpo con el suyo y lo introduje poco a poco en mi interior, respirando con dificultad mientras me colmaba hasta el punto del dolor.

—Me lo agrandas tan bien...

—Como sigas hablando, se acabará antes de empezar —me advirtió haciendo girar las caderas contra las mías para crear lentamente un delicioso ritmo que implicaba hacer el mínimo ruido contra el marco de la puerta al tiempo que buscaba el máximo impacto en mi cuerpo.

—¿Te gusta mi coño, Joe?

—Me encanta tu coño.

—¿Cuánto?

—Molloy.

—Venga, Joe. Háblame.

—No puedo. —Lanzó un amargo gruñido y dejó caer la cabeza sobre mi hombro—. Mi madre está abajo.

—¿Y qué? —suspiré y atraje su cara hacia la mía para besarlo con fuerza—. ¿Desde cuándo nos preocupa lo que piense?

—No es eso... —convino uniendo sus labios a los míos en un glorioso beso mientras se mecía dentro de mí—. Pero estamos en su casa...

—Estamos en tu cuarto —lo interrumpí apretándome

contra él—. Y en tu cuarto me puedes follar, Joey. —Los ojos se le incendiaron—. Soy tuya —susurré entregándome a él por completo—. Puedes tenerme cuando quieras y donde quieras, porque te pertenezco.

—Dios...

—Cada centímetro de mi cuerpo —jadeé agitando el pecho contra el suyo mientras nuestros cuerpos chocaban—. Así que coge lo que es tuyo.

Soltando un bramido feroz, Joey reclamó mis labios con los suyos e hizo justamente eso.

PARTE 2

DE VUELTA A LA JODIENDA...
O SEA, AL BALLYLAGGIN

Joey

Estaba echo un puto manojo de nervios.

Apenas podía respirar de lo que me preocupaba la chica que había en el baño.

Era el primer día de Shannon en el Tommen y llevaba tanto rato encerrada ahí dentro que empezaba a plantearme la posibilidad de que se hubiera escurrido por el sumidero.

A ver, para ser sincero, tampoco es que ella fuera gran cosa.

No era tan difícil de imaginar.

Incapaz de estar ni un segundo más sin saber qué pasaba, abrí mi puerta, salí al descansillo lentamente y toqué a la puerta del baño con los nudillos.

—¿Shan? Date prisa, ¿vale? —Volví a llamar y mentí como un bellaco al añadir—: Me estoy meando.

—Dos minutos, Joey —contestó; yo apoyé una oreja contra la puerta y la escuché murmurar afirmaciones positivas para sí misma del otro lado.

«Pobre cría».

—Puedes hacerlo —la oí decir una y otra vez.

Joder, esperaba que así fuera, porque yo ya tenía más de dieciocho, un adulto ante la ley, lo que significaba que la próxima vez que me viera obligado a interceder por ella me iría directo a la cárcel de Cork.

Cuando por fin se abrió la puerta y me encontré frente a frente con mi hermanita, que vestía un uniforme de colegio privado, tardé unos instantes en procesar mis pensamientos.

—Estás...

Dejé que mi voz se fuera apagando y moví la cabeza hacia los lados al ver la americana. ¿Una americana? ¿Quién coño se pone una americana si no es para ir a una boda o a un entierro? Yo no entendía nada. Mi hermana se iba a adentrar en un mundo del que yo nunca podría formar parte.

—... preciosa —meforcé a decirle. Tampoco es que fuera mentira. A pesar de que parecía inquieta y aterrada, realmente estaba a la altura—. El uniforme te queda estupendo, Shan.

—¿Crees que me va a ir bien? —preguntó con un hilo de voz, los ojos como platos y un miedo apenas contenido—. ¿Crees que voy a encajar, Joey?

«No lo sé, pero espero que sí».

«Joder, de verdad que lo espero, Shan».

—Estoy la hostia de orgulloso de ti —respondí luchando para mantener a raya las emociones—. No sabes lo valiente que eres.

Era verdad.

Donde ella veía debilidad, yo veía fortaleza.

Donde ella veía miedo, yo veía resistencia.

A diferencia de mí, Shannon no necesitaba adular su mente para sobrevivir a nuestro mundo. Ella pensaba que era el eslabón más débil de la familia, pero nada más lejos de la verdad. Mi hermana era de titanio.

—Espera —dije volviendo a toda prisa a mi cuarto—. Tengo algo para ti. —Saqué mi cartera de los vaqueros que había tirados en el suelo, cogí dos billetes de cinco y volví al descansillo para dárselos—. Toma.

—No, Joey —se apresuró a protestar mirando hacia su mano horrorizada—. No puedo...

—Coge el dinero, Shannon —ordené—. Son solo diez pavos. Ya sé que la tata te dio dinero para el autobús, pero mejor que lleves algo más en el bolsillo. —Encogiéndome de hombros, añadí—: No sé cómo mierda funcionan las cosas en ese sitio, pero no quiero que vayas sin algo de pasta.

Me miró dubitativa.

—¿Estás seguro?

—Ven aquí. —Le pasé un brazo por sus huesudos hombros y tiré de ella para darle un abrazo—. Te va a ir genial —le aseguré sin saber si intentaba convencerla a ella o a mí.

Temblando, me devolvió el abrazo con todas sus fuerzas.

—Si alguien te da el más mínimo mal rollo, me envías un mensaje y yo iré y reduciré a cenizas ese instituto y a todos los pijos obsesionados con el rugby que hay en él.

—No habrá ningún problema —contestó con voz ahogada aferrándose a mí con todas sus fuerzas—. Pero voy a llegar tarde si no salgo ya, y eso es lo último que necesito el primer día.

Retiré el brazo que tenía sobre sus hombros, pero ella no se movió.

Siguió enganchada a mí como un monito a su madre.

«Tiene que hacerlo —recité mentalmente—, y tú tienes que dejarla».

Entré en pánico cuando por fin se armó del valor necesario para soltarme y ponerse el abrigo, así que me entretuve rascándome el pecho... Lo que hiciera falta para evitar echármela al hombro y encerrarla en su cuarto, donde podría mantenerla a salvo.

Shannon cogió la mochila, se la colocó sobre sus minúsculos hombros y me dedicó una esperanzadora sonrisa antes de lanzarse a correr escaleras abajo.

«Deja que se vaya —me exigí para mis adentros—, estate quieto y déjala hacer».

—Envíame un mensaje —no pude evitar decir mientras salía disparado tras ella. Me detuve a mitad de la escalera y contemplé impotente cómo abría la puerta principal—. Lo digo en serio. Si algo te huele a chamusquina, me avisas e iré a solucionarlo.

—Puedo con esto, Joe —repuso girándose para mirarme—. De verdad.

—Eso ya lo sé. —Me obligué a devolverle la sonrisa—. Es que... —Tras una impaciente exhalación, apunté—: Estoy

aquí para lo que necesites, ¿vale? Siempre estaré aquí.

El rostro que me había pasado la mayor parte de mi vida protegiendo me miró con unos ojos tan inocentes que casi se me parte el corazón. Tras asentir ligeramente con la cabeza, dio media vuelta y se fue, cerrando la puerta principal tras de sí.

De inmediato, oí cómo el aire salía silbando de mis pulmones.

—Joder.

Con una mano sobre el pecho, me apoyé en la barandilla y me dejé llevar por la ansiedad durante unos segundos, sopesando los problemas con los que mi hermana podría encontrarse y una infinidad de «y si...» hasta que sentí que iba a explotar.

Entonces me di la vuelta y subí corriendo las escaleras.

—¡¿Tadhg, Ols?! ¡Vamos, chicos! ¡Hay que ir al colegio! — grité mientras me ponía en modo papi y organizaba al resto de mi prole.

LO NECESITO COMO EL AGUA

Aoife

La relación había vuelto a su cauce, mi pelo estaba impecable, no llovía y esa noche no tenía que trabajar. En términos generales, parecía que el primer día de instituto después de las vacaciones había sido un triunfo.

Mi mundo volvía a marchar a la perfección, y esa fría tarde de enero disfrutaba contemplando cómo unos treinta chicos vestidos con los colores del Ballylaggin y del St. Colum's, un equipo vecino, se daban de hostias entre ellos con sus hurleys.

Suspirando de felicidad, me recliné contra la pared del instituto que tenía detrás haciendo equilibrios con el culo sobre mi mochila mientras observaba cómo Joey conquistaba el campo y a todos los que había en él. El nivel de talento que demostraba solo podría describirse con la palabra «prodigio». Rezumaba habilidad y clase a raudales sin realizar apenas ningún esfuerzo. Jugaba de defensa central en el equipo y llevaba el dorsal número seis, pero la verdad es que podría jugar en cualquier otra posición y seguir destacando.

Como mucho, en ese partido se estaba esforzando al sesenta por ciento, y aun así era mejor que el resto de los tíos del campo y había marcado ya tres goles y seis puntos para nuestro instituto. La velocidad a la que se escapaba del número que lo marcaba y salía zumbando por el campo corriendo en solitario, esquivando y haciéndole quiebros a la defensa del St. Colum's, era algo inigualable.

Me sabía fatal por Joey el hecho de que varias de las fotos de la época de Teddy Lynch en el equipo, las que iban de 1976 a 1981, siguieran colgando con orgullo en las paredes

del instituto, pero no tanto como las comparaciones que se veía obligado a soportar. Durante seis años a finales de los setenta y principios de los ochenta, su padre había estado al mando del equipo de hurling del Ballylaggin, lo que le había hecho granjearse una adoración eterna por parte del profesorado del centro, tanto de los miembros antiguos como de los actuales.

Fui testigo de esa mierda durante años. Daba igual lo que Joey consiguiera o cuántos campeonatos, títulos y medallas ganara para el instituto, porque su padre ya lo había hecho antes, y anda que no había gente más que dispuesta a recordárselo.

Las comparaciones le llegaban a Joey con frecuencia y de viva voz, y, cada vez que eso ocurría, su salud mental sufría un nuevo golpe irreparable, porque la voz de la paranoia con la que convivía a diario, esa que le aseguraba que era igualito que su padre, lo empujaba de nuevo a un lugar en el que se había pasado toda su juventud.

La adicción era consecuencia de haber sido criado por matones y camellos, en un entorno en el que el único sustituto disponible para el amor de una madre venía en forma de raya de cocaína o, peor, de aguja en el brazo. De algún modo, Joey había logrado sobrevivir a su infancia y primera adolescencia reemplazando la falta de cariño de su madre por el cálido y envolvente abrazo del éxtasis, y el constante flujo de luz de gas mental y abuso físico de su padre por la capacidad adormecedora de los opiáceos.

No estaba bien, todo lo contrario, pero era fácil de entender. Era fácil entenderlo a él.

Joey Lynch llevaba desde la tierna edad de los nueve o diez años llamando a la puerta de Shane Holland, tratándolo como si fuera su médico personal, buscando ayuda en él y encontrándola en la peor de sus formas. Y, como buen farmacéutico del mercado negro, Shane había estado más que dispuesto a aprovecharse de un niño vulnerable procedente de un hogar roto.

El simple hecho de que Joey estuviera intentando librarse del poder que las drogas ejercían sobre él, del manto de seguridad que le proporcionaban, no hacía más que demostrarme que ese chico valía todas y cada una de las noches en vela que me había hecho pasar, y todas y cada una de las lágrimas que había derramado por él.

—No veas qué velocidad... —dijo Casey uniéndose a mí.

—Ya —musité con los ojos clavados en Joe—. Parece una bala, ¿verdad?

—Y que lo digas. —Casey dejó su mochila en el suelo, a mi lado, se sentó encima de ella y estiró las piernas—. Seguro que folla igual de rápido —bromeó chocando su hombro contra el mío—. O, mejor aún, igual de duro que como juega.

—Te has pasado, Case —suspiré moviendo la cabeza hacia los lados—. Tres pueblos.

—¿En serio? —se rio—. Pues es una pena, porque al principio había pensado decir: «¿En la cama también dura sus buenos sesenta minutos, como en el campo?», pero decidí bajar un poco el tono.

—Tienes mucha personalidad para un cuerpo tan pequeño.

—Cierto —constató con una risita—. A ver, en una escala del uno al diez, ¿cómo de enfadada estás conmigo por la monumental equivocación que cometí el viernes por la noche?

—¿Yo? —apunté—. Un tibio uno y medio, pero no fue a mí a quien abofeteaste.

—Ya... —Sonrió dócilmente—. ¿Crees que está muy enfadado conmigo?

—¿Después de agredirlo y acusarlo de haberse acostado con una chica de la edad de su hermana pequeña?

Asintió con la cabeza.

—Ya han pasado tres días, así que creo que andará por un árido siete.

Arrugó la nariz.

—Me pasé un pelín, ¿no?

—Una pizquita de nada —repuse con una sonrisa—. Se te fue la pinza y te pasaste de la raya, pero me estabas cubriendo las espaldas, y por eso te quiero.

—Guay, porque no lo siento.

—Case.

—¿Qué? Es verdad. Puede que las formas no fueran las mejores, y no debería haberle pegado, pero se merecía una llamada de atención.

—Bueno, con llamada de atención o sin ella, no lo vuelvas a hacer.

Se rio.

—Vale, mamá.

—Te lo digo en serio. —Le eché una elocuente mirada—. Case, no vuelvas a ponerle la mano encima.

—Vale, Aoife —contestó en respuesta a mi tono de súplica (y de advertencia) mientras alzaba las manos—. No volverá a pasar.

—Nunca, ¿vale?

Hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza.

—Vale.

Con una exhalación, volví a centrarme en el partido.

—Parece que las cosas han vuelto a su sitio entre vosotros —señaló—. Hace un rato en el insti no paraba de toquetearte.

—Así es —confirmé aliviada por el peso que me había quitado de encima—. Todo marcha bien.

—Parece mucho más estable que antes de las vacaciones de Navidad —añadió con cautela—. ¿Está mejor?

—Sí. —Asintiendo, lancé un hondo suspiro—. Gracias a Dios.

—¿De verdad no vas a decirme nada más? —gimoteó—. Venga, Aoife. Quiero detalles. Siempre me has contado todo lo que te pasaba, pero, cuando toca hablar de él, eres como un libro cerrado. Tía, ni siquiera me dijiste que habíais roto.

—Bueno, ahora ya lo hemos arreglado —respondí—. Así que no hay mucho más que decir.

—Aoife.

—Casey.

—Sé que lo quieres —afirmó—. Y me alegro por ti, Aoife. Te lo digo de corazón. Pero no dejes que se convierta en el centro de tu vida, porque ya has visto que, si la cosa se tuerce, no tendrás nada a lo que aferrarte.

—No estoy haciendo eso.

—¿Ah, no?

—No es que no quiera contarte mis cosas —traté de explicar—. Es que... Yo... Y él es tan... Tenemos una relación tan...

—¿Intensa? —propuso con cariño.

—Uy, es superintensa —convine al tiempo que dejaba escapar un suspiro—. Pero también es supercomplicada y privada y...

—No tienes ganas de discutir, ¿eh? —Me guiñó un ojo—. Lo pillo.

—Sabes que te quiero —dije para apaciguarla agarrándome a su brazo—. Eres mi mejor amiga.

—Y él es tu mejor amigo.

Encogí los hombros con impotencia.

—¿Es eso tan malo?

—Es maravilloso —respondió en tono triste—. Si no se le va la olla.

—Casey.

—Ten cuidado, ¿vale? —se apresuró a decir—. Ya sé que lo quieres, Aoife, y sé que lo que hay entre Joey y tú no puede ser más real, pero también lo son sus problemas.

—Está mejor —me oí defenderlo.

—De momento.

—Te digo que está mejor, Casey —reiteré con voz emocionada—. No veo el futuro en una bola de cristal, así que «de momento» me suena a triunfo.

—Como quieras —suspiró profundamente y agregó—: Pero no vuelvas a dejarte engullir por él.

El árbitro pitó el final del partido antes de que pudiera

responderle, así que volví a centrarme en el campo justo en el momento en el que Joey se arrancaba el casco de un tirón. Respirando de forma rápida y agitada, se limpió la cara con la parte inferior de la camiseta, lo que me permitió entrever su tonificado abdomen mientras sus compañeros de equipo celebraban la victoria.

En cuanto se dio cuenta de que lo observaba, se le comenzó a dibujar una sonrisa.

Me coloqué las manos alrededor de la boca para amplificar el sonido y grité:

—¡Bonitos abdominales!

—¡Bonitas piernas! —gritó él guiñándome un ojo.

Y ya está. Ahí volví a perderme.

—Pero ¿qué estoy diciendo? —se preguntó Casey riendo con resignación—. Pues claro que vas a volver a dejarte engullir por él.

LA MISMA MIERDA, PERO EN OTRO
INSTITUTO*Joey*

El día había consistido en siete horas de instituto, un partido y otras cuatro horas más en el taller. Cuando entré por la puerta, poco después de las once de la noche, estaba exhausto y necesitaba un colchón sobre el que desplomarme. Sin embargo, por la cara que tenía mi madre, era evidente que dormir era lo último que iba a conseguir.

—¿Qué pasa? —pregunté dejando la mochila, la bolsa de deporte, el hurley y el casco en el recibidor antes de irme derecho hacia la cocina—. ¿Mamá?

—Ha vuelto a ocurrir —dijo sofocada con el rostro cubierto de lágrimas mientras dejaba caer la cabeza sobre las manos—. Shannon está en el hospital.

El corazón me dio un vuelco.

—No.

Mamá asintió para confirmármelo, y yo pensé que iba a explotar por el repentino torrente de sangre que se me había subido a la cabeza.

—¿Por qué? —Me quedé sin respiración—. ¿Qué ha pasado?

—Le han dado un golpe en la cabeza —explicó mamá hundida en la silla de siempre—. Va a pasar la noche en observación.

—¿Un golpe? —Me quedé boquiabierto—. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Qué cojones...?

—Un chico de bachillerato le ha dado con un balón de rugby durante el entrenamiento y sufrió una caída espantosa en el instituto. —Sorbiéndose la nariz, alcanzó la tela desgarrada que tenía delante y la sujetó para

mostrármela—. Al parecer también le ha roto la falda —añadió con voz ahogada—. Pero era un chico mayor, más o menos de tu edad.

—¿A propósito? —La ira comenzaba a apoderarse de mí—. Mamá, ¿lo hizo a propósito?

—Le juró y le perjuró al director que no tenía intención de hacerle daño —contestó en un tono lleno de desdén—. Fue él quien la llevó adentro cuando se desmayó y estaba acompañándola fuera del despacho cuando llegué, pero ya sabes cómo es esa gente —dijo mamá entre sollozos—. Pensé que esta vez iba a ser diferente para ella. Mejor. Es lo que necesita, Joey. Necesitaba empezar de cero y ahora todo se ha fastidiado.

—¿Qué dice Shannon al respecto?

—Ella también jura que fue un accidente —repuso mamá con aire cansado—. Pero ya sabes que a veces miente.

—Bueno, entonces igual lo fue —sugerí permitiéndome ser optimista por una vez en la vida—. El chico la llevó al despacho y se quedó con ella hasta que llegaste.

—Me espero ese tipo de ingenuidad de ella y de tus hermanos, pero no de ti —espetó mamá—. Tú sabes cómo son las cosas.

Sí, lo sabía, pero por una vez no quería que así fuera. Por una vez en mi vida, quería que mi madre se mostrara igual de considerada conmigo que con el resto de mis hermanos. Eso no iba a pasar, claro. Porque se suponía que mis sentimientos no debían aflorar.

Se suponía que debían ser de hierro.

«O inexistentes».

—¿Qué dice papá?

Sus hombros se desplomaron, pero ella no contestó.

—¿Qué opina de todo esto, mamá? —insistí.

—Que le está bien empleado por pensar que era mejor que el resto de vosotros.

—Qué capullo —murmuré frotándome la mandíbula—. No tiene ni puta...

—No empieces, por favor —me interrumpió con un sollozo—. Esta noche tu padre ya ha soltado por la boca más de lo que puedo soportar.

—Mamá... —empecé a decir, pero ella sacudió la cabeza y su repulsa me hizo callar.

Resoplando, se levantó de la mesa, se colocó una mano sobre el vientre, que no paraba de crecer, y pasó por mi lado dejando a sus espaldas una estela de decepción y menosprecio.

La puerta de la cocina se cerró tras ella, y sentí cómo crecía en mi interior esa familiar oleada de frustrada desesperación. Era el mismo sentimiento que no lograba saciar hasta que lo alejaba a la fuerza con lo que tuviera a mano.

Desamparado, me quedé inmóvil en la cocina, con las manos colgando muertas a los lados mientras absorbía las horribles sensaciones y sentimientos que me atravesaban con violencia. Determinado a no destensar los músculos por miedo a lo que era capaz de hacer, y aún más determinado a no accionar el botón de la autodestrucción de la vida que apenas había logrado recuperar, agaché la cabeza y respiré de forma lenta y profunda.

«No importa —intenté recitar mentalmente para tranquilizarme—, nada de esto importa porque te da igual, ¿recuerdas?».

«Te da igual».

«Te da igual».

«¡Te la pela!».

LA VISITA NOCTURNA

Aoife

Poco después de la medianoche, me desveló el sonido de la ventana de mi cuarto, que se abrió y luego se cerró de golpe. El corazón comenzó a latirme más deprisa cuando oí unos pasos amortiguados y noté que el colchón se hundía junto a mí. En silencio, me di la vuelta sobre la espalda y giré la cabeza para mirar a mi novio.

Porque no tenía ninguna duda de que era Joey.

Totalmente vestido y con el cuerpo rígido, se había echado por encima del edredón con la capucha puesta y las manos sobre el abdomen y miraba el techo de mi habitación. Respiraba demasiado lento y profundo, señal de que algo lo perturbaba y, en lugar de ir corriendo con Shane, había venido aquí.

«Conmigo».

En la oscuridad, iluminados solo por la tenue luna que brillaba a través de la ventana, permanecimos tumbados el uno junto al otro. Mi cuerpo rezumaba calidez, el suyo frialdad.

Como un reflejo de nuestras vidas.

Sin decir una palabra, cogí una de sus enormes manos entre las mías y la acerqué a mis labios. Joey necesitaba procesarlo. Ser él quien diera el siguiente paso. No podía hacerlo yo por él.

Besé con suavidad cada uno de sus castigados nudillos, sostuve su mano contra mi pecho y esperé. Después de lo que me pareció una eternidad, lanzó un suspiro cargado de dolor y entrelazó sus dedos entre los míos.

Giró la cabeza para mirarme, así que yo hice lo mismo.

—Necesitaba que en el Tommen le fuera mejor.

—¿A Shannon?

Asintió rígidamente.

Con el alma en los pies, cubrí nuestras manos con la que me quedaba libre.

—Me miró como si hubiera sido culpa mía.

—¿Tu madre?

Volvió a asentir con la misma tensión.

Se me encogió el corazón. Sabía que no tenía que bombardearlo a preguntas, y mucho menos ofrecerle compasión o consuelo, así que simplemente me lo quedé mirando, observando cómo sus claros ojos verdes se centraban en los míos.

—Me odia —acabó por decir admitiendo sus palabras con amargura—. Deberías ver cómo me mira.

Me invadió el dolor y me puse de lado, frente a él.

—¿Qué ves cuando yo te miro?

Se estremeció.

—Esa no es la...

—Joe, ¿qué ves?

—A ti —susurró de manera entrecortada—. Te veo a ti, Molloy.

—Ves amor —lo corregí dulcemente soltándole la mano para llevarla a su rasposa mejilla—. Aceptación.

Tragó saliva, pero no respondió.

—Somos espejos, Joe —le dije tomándole la mano y poniéndomela en la mejilla—. Todo lo que sientes por mí es recíproco. Lo ves reflejado en mí.

—Molloy.

—Puede que tu madre sea tan tonta como para despreciarte, pero conmigo nunca va a pasar eso —murmuré acercándome hasta que nuestras narices se rozaron—. Yo jamás rechazaré tu amor.

Dejó ir una bocanada de aire y musitó:

—Joder, te juro que me estoy ahogando, Aoife.

—No te preocupes, Joe. Eso no va a pasar —contesté frotando mi nariz contra la suya—. No voy a dejar que tu

cabeza se hunda.

—¿Me lo prometes?

Me incliné hacia él y le di un beso en los labios.

—Te lo prometo.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

—Voy a hacerlo bien, Molloy.

—Ya lo sé, Joe.

—No vas a largarte, ¿verdad?

—Me temo que no —sonreí en la oscuridad—. Hasta el anillo. El vestido blanco. La valla blanca. El lote completo.

—Joder. —Soltó una risita—. Qué presión.

—Siempre presiono, Joe.

—Por decirlo elegantemente, Molloy.

—Cuando nos comprometamos...

—No vamos a comprometernos.

—Quiero un anillo del tamaño de mi puño.

Dio un bufido.

—Suerte con eso.

—Y cuando nos casemos...

—No vamos a casarnos.

—Quiero un casoplón en el campo, con una cama enorme con dosel y una tele de esas gigantes con pantalla plana que cuelgan de la pared.

—¿Y de dónde quieres que saque el dinero?

Se me dibujó una sonrisa.

—Creía que habías dicho que no íbamos a casarnos.

—Y así es. —Se giró para mirarme—. No podremos porque estaré en la cárcel por haber robado un banco para pagar ese anillo del tamaño de un puño al que le has echado el ojo.

—Y cuando tengamos hijos...

—No vamos a tener hijos.

—Serán rubios y con los ojos verdes, como su padre.

—Estás fatal.

—Estoy enamorada.

—No voy a tener hijos, Molloy —susurró echándome una solitaria mirada—. No puedo ser padre.

—Joe.

—Eso está fuera de mi alcance.

—Vale. —Le brindé una sonrisa tranquilizadora y apunté—: Cero hijos. Mimaremos a una mascota.

—Hummm. —Mientras se giraba para mirar hacia el techo, inspiró profundamente—. Puede que también quieras bajar el listón respecto a la mansión en el campo.

—¿Por qué? —me reí—. ¿Qué tienes en mente?

—Nada —admitió—. Nunca pienso en esas cosas.

—¿En el futuro?

Asintió con la cabeza y dijo:

—Sí.

—Bueno, pues ya puedes ir empezando a hacerlo —bromeé—. Porque tú estás en el mío y siempre consigo lo que quiero.

—Sí. —Me apretó la mano—. Lo sé.

—A ver, ¿quieres seguir hablando? —Me incorporé como un muelle, me agarré la parte de debajo de la camiseta y me la quité de un tirón—. ¿O prefieres que nos desnudemos y nos pongamos a follar?

—Virgen santa. —Riéndose con dulzura, Joey me imitó y se sacó la sudadera y la camiseta por la cabeza—. ¿Pero tú de dónde sales?

—De tus sueños. —Cogí la goma de las bragas, me las bajé rápidamente por los muslos y me subí a horcajadas sobre él—. Hola, semental.

—Hola, reina.

—¿Reina? —Los ojos me hacían chiribitas mientras le alcanzaba la cinturilla del chándal—. Ahora hablamos el mismo idioma.

Levantó las caderas y se bajó el pantalón y los calzoncillos, liberándose a sí mismo y ofreciéndome un primer plano de su enorme pollón.

—Nunca había tenido algo así.

—¿El qué?

—Esto —susurró quitándose la ropa y pasándome un brazo por la espalda para acercarme a él—. Nosotros. —Presionando sus labios contra los míos, metió una mano entre nuestros cuerpos y alineó la punta de su grueso miembro contra mí—. A ti.

—Me alegro. —Temblando, bajé sobre él mientras me deleitaba en la maravillosa forma que tenía de agrandarme hasta el punto del dolor—. Porque soy completamente tuya.

Mis párpados se agitaron cuando subió las caderas y empujó hacia mi interior de la forma más perfecta.

—Yo también soy completamente tuyo. —Esas palabras eran una confesión en voz baja, apenas pronunciada, pero significaban mucho para mí porque sabía que exponerse así lo mataba—. Siempre lo he sido.

—Lo sé, Joe. —Con las mejillas sonrojadas y el cuerpo ardiendo de calor, le envolví los brazos en el cuello y apoyé mi frente en la suya mientras me movía sobre él—. Dios, podría tenerte dentro para siempre y aun así no sería suficiente.

—Te entiendo —soltó con las mejillas tan ruborizadas como las mías mientras me agarraba por las caderas y me penetraba a un ritmo delicioso—. Yo quiero estar dentro de ti constantemente.

—¿Habías sentido eso antes? —pregunté sin aliento mientras nuestros cuerpos se mecían al unísono—. Mmm...

Negó con la cabeza y me besó en los labios.

—Solo contigo.

—No vuelvas a dejarme, Joe.

El ritmo se volvió titubeante.

—Molloy.

—Mmm... No lo hagas.

Apretó las manos sobre mis caderas mientras me embestía más adentro.

—No lo haré.

—Mmm... Bien. —Exhalando un suspiro, reprimí un gemido

y le enterré la cara en el cuello—. Porque me veo casándome contigo.

—Joder, nena. —Me tumbó boca arriba con un rápido movimiento y volvió a colocarse entre mis piernas, acercándose a mi interior—. No juegues conmigo.

Sin aliento, me abrí por completo para que me tomara.

—No estoy jugando, Joe. —Le cogí la mano, la apreté contra mi pecho y contemplé su cara ruborizada—. No puedo sentir más por ti.

—Puedes tener lo que quieras de mí —susurró penetrándome muy adentro—. Te lo ofrezco todo. —Apoyándose sobre un codo, se inclinó más hacia mí y estampó sus labios contra los míos—. Porque solo vivo por ti.

CLASE DE INGENIERÍA

Joey

—¡Madre de Dios! —Alec se quitó el casco protector y lo tiró encima de mi proyecto de acceso a la universidad, lo que hizo que le quemara el casco hasta abrirle un puto agujero—. ¿Estoy muerto? ¿He ido al cielo?

—No sé si estás muerto, pero gilipollas ya te digo yo que sí —le solté cerrando la válvula del soldador que tenía en las manos y apagando la llama mientras el tufo a plástico quemado penetraba en mis sentidos—. Podría haberte arrancado la mano de cuajo. Vuelve a ponerte el puto casco antes de que te quedes ciego, imbécil.

—Ya estoy viendo las estrellas —repuso señalando hacia la parte delantera del aula cuando me quité la capucha de soldador.

Con una bata de laboratorio blanca sobre su minúscula falda del uniforme escolar y unas gafas protectoras colocadas en la parte superior de la cabeza, Molloy parecía salida de una película porno de médicos. Llevaba desabrochados los dos botones de arriba de la camisa y la corbata le encajaba a la perfección entre las tetas.

—Da hasta rabia la suerte que tienes.

—Ya —admití sin reservas—. Es verdad.

Se deshacía en sonrisas y bromas coquetas con nuestro profesor, Ballsy Goggin, que estaba encantado con la atención que recibía. Al cabrón no le importaba tener edad suficiente para ser su padre. La miraba igual que el resto de los capullos de la clase.

—Joder —gimoteó Alec a mi lado—. Ya sé que vas a matarme por decir esto, pero haría lo que fuera por meterme entre sus...

—Tienes razón. Acaba esa frase y eres hombre muerto.

Dejé el soplete en el suelo, me quité los guantes protectores y me fui derecho hacia ella mientras con la mente iba tomando nota de todos los babosos que le lanzaban silbidos. Ya me encargaría de ellos en otro momento.

—Hola, Joe —me saludó cuando llegué adonde estaba—. Le estaba preguntando al señor Goggin si podía dejarme a algún alumno durante veinte minutos para que me ayude con las prácticas de Biología.

«¿Qué coño...?».

Fruncí el entrecejo.

Ella respondió a mi gesto de perplejidad con una sonrisa que decía: «Sígueme el rollo».

—Hoy vamos a diseccionar corazones de vaca. Todo el mundo tiene un compañero asignado, señor, pero yo estoy sola en mi mesa de trabajo sin nadie que me ayude. Estoy tan nerviosa por tener que diseccionar algo que la profesora ha dicho que podía llevar a un alumno de otra clase para que me acompañe por si me desmayo —siguió diciendo mientras batía las pestañas de sus enormes ojos verdes en dirección al viejo Ballsy, que se estaba tragando la trola a pies juntillas.

—Claro, Aoife, sin problema —contestó dándome una palmada en el hombro—. Llévate a Joey.

—¿Está seguro, señor? —Molloy le dedicó su mejor sonrisa—. No quiero interrumpir demasiado su clase...

—No te preocupes —repuso dándome otro toquecito en el hombro—. ¿Te va bien él?

—Sí, señor, servirá... —dijo retirándose el pelo hacia atrás de un manotazo mientras me cogía la mano y prácticamente me arrastraba fuera de la sala de metalistería—. Lo traeré de vuelta en cuanto acabe con él, señor.

—¿Qué cojones estás tramando? —me reí en cuanto llegamos al pasillo—. ¿Biología? ¿Desmayarte? —La miré

fijamente—. Sería difícil encontrar alguna chica en este instituto a la que le fascinaran las vísceras tanto como a ti, Molloy.

—Ya, bueno, es que hoy tú trabajas por la tarde y yo por la noche.

—¿Y? Te llamaré cuando acabes.

—Yo quiero pasar tiempo contigo ahora.

Volvió a cogerme la mano y me arrastró por el pasillo antes de empujarme a través de una de las numerosas puertas distribuidas por el instituto que supuestamente eran solo para emergencias.

Esa puerta en concreto llevaba a una escalera mal iluminada que, si se seguía hasta el final, conducía al campo de juego.

—¿Aquí o en mi coche?

—¿Qué? —me reí mientras ella me apretaba contra su cuerpo—. Sabes que estaba en medio de algo, ¿no?

—¿Y no preferirías estar en medio de mis piernas?

«Madre de Dios».

Reclamó mi boca con la suya, me empujó bruscamente contra la pared que tenía detrás y llevó sus manos a la hebilla de mi cinturón.

—Estás loca —gruñí acercando las caderas hacia ella sin protestar ni lo más mínimo mientras veía cómo me desabrochaba los pantalones, me bajaba los bóxers y se ponía de rodillas.

—Espera, espera, espera. En tu coche. Es mejor que lo hagamos en tu... —Entorné los ojos parpadeando de gusto cuando me dibujó un círculo con la lengua en la punta de la polla—. Mmm... Da igual.

—Mmm...

Ronroneando como un gatito, me tomó en su boca mientras me acariciaba la polla con la mano.

—Eres un peligro de cojones —dije casi sin habla antes de lanzar un suspiro agudo cuando me apretó los huevos en señal de advertencia—. Eres perfecta de cojones.

—Mmm... —fue el ronroneo de aprobación que soltó mientras me hacía una garganta profunda como la campeona que era, ahogándose y atragantándose sin dejar de venir a por más.

Le entrelacé los dedos en el pelo con una mano y con la otra le limpié una lágrima solitaria que le resbalaba por la mejilla.

—No te vayas a ahogar, nena.

—Mmm... —gimió entre arcadas ejerciendo una presión en mi rabo que era un puta maravilla—. Mmm...

Decidida a no bajar el ritmo, subió la apuesta y me masajeó más fuerte y rápido mientras se atragantaba con mi polla.

—Me voy a correr.

—Mmm...

—Échate para atrás.

—Mm-mm...

—Me voy a correr en tu boca, Molloy.

Me agarró el culo y succionó más profundamente.

—Mmm...

—Ah, jodeeeeeer... —Sentía que todo mi interior se tensaba hasta el punto del dolor, así que eché la cabeza hacia atrás y le follé la boca hasta que la presión de mis pelotas se liberó con un espasmo repentino—. Cuidado con los dientes.

—Mmm.

Agitando las caderas salvajemente, me corrí a lo bestia en su boca mientras mis muslos se sacudían debido al alivio instantáneo.

—Dios...

—Buah... —dijo en una exhalación antes de apoyarse sobre los tacones y tomar varias bocanadas de aire—. He batido mi propio récord. —Limpiándose la comisura de los labios, se puso en pie y se reajustó la coleta mientras me guiñaba un ojo con gesto travieso—. ¿Te sientes mejor, semental?

—Sí. —Tan solo podía reclinar-me contra la pared y asen-tir con la cabeza ante esa poderosa chica que me había chupado la polla como un aspirador—. Eh... ¿Gracias?

—Bah. —Se encogió de hombros y movió una mano en el aire—. Pensé que te debía una.

—Yo... Eh... —Sacudí la cabeza para despejar la confusión de la lujuria, me llevé la mano a la polla y la aparté, sintiendo una oleada de calor al recordar su boca a mi alrededor. Al instante, volvía a estar medio empalmado—. Perdona por el..., eh..., estropicio.

—Anda ya. —Puso los ojos en blanco—. Si no hubiera querido que te corrieras en mi boca, te habría parado, y, si no me lo hubiese querido tragar, no lo habría hecho.

Hostia puta.

¿Qué podía decir ante eso?

—¿Gracias? —Parecía la frase más adecuada, ya que había hecho explotar mi mundo con su lengua—. En serio, gracias.

—Qué educado —se burló dándome una palmadita en la mejilla antes de dirigirse hacia la puerta—. No te preocupes, cielo. Ya me cobraré mi ficha del amor en otro momento.

—¿Ficha del amor? —Riéndome, la seguí hacia el pasillo—. ¿Debería saber qué significa eso?

—Significa que será mejor que te tomes unos cuantos Red Bull antes de venir a mi casa esta noche —respondió chocando su puño contra el mío antes de salir corriendo en dirección al laboratorio—. Porque no vas a dormir mucho, colega.

BÁSCULAS Y TABLAS DE OUIJA

Joey

—¿Qué coño haces? —pregunté de pie en la puerta del cuarto de Molloy mientras me recreaba viéndola sobre la báscula que su madre tenía en el baño vestida tan solo con un escueto sujetador rojo y unas bragas grises de abuela.

—Ah, qué bien que estés aquí. —Lanzando un suspiro, se acercó hasta la puerta dando fuertes pisotones y me arrastró hacia el interior de su habitación antes de cerrar con llave—. Tengo una crisis.

—¿Que tienes una crisis? —Yo no podía dejar de darle un repaso a su cuerpo con la mirada—. Yo sí que tengo una crisis con solo mirarte.

—Vale, no te vengas arriba, semental, porque tengo un problema de los gordos.

—¿Qué te pasa?

—He cogido peso.

—No es verdad.

—Sí que lo es —alegó retirándose un mechón de pelo de la cara de un soplido—. Se me han roto los vaqueros por el culo.

Tuve que apretar el puño contra la boca para no echarme a reír.

—No tiene gracia. —Entrecerró los ojos y me dio un manotazo en el hombro—. Y no digas nada sobre el tamaño de mi culo.

—Me encanta tu culo —dije para apaciguarla levantando las manos—. Seguramente los vaqueros han encogido porque tu madre los metió en la secadora.

—No, porque se lo he preguntado y me ha dicho que los secó en el tendedero —gimoteó mi novia con tono

dramático—. Y luego Kev ha dicho que tengo el culo como la cara de un pez globo.

Entonces sí que me reí.

Con ganas.

—¡Dios, menudo chaquetero! —gritó girando sobre sus talones y volviendo con gesto ofendido a la báscula que tenía en medio de la habitación.

—Oye, venga, Molloy. —Refunfuñando, dejé la bolsa de deporte en el suelo y fui hasta la cama—. No te estarás volviendo una acomplexada, ¿no?

—Peso más, gilipollas —replicó—. No he dicho que no fuera guapa.

—Así me gusta, superficial.

—Tres kilos, Joe —anunció agitando los brazos sin control mientras alternaba la mirada entre mi cara y la báscula mecánica sobre la que estaba subida—. ¡He engordado tres kilos desde Navidad! ¿Lo ves?

Sí, lo veía.

Llevaba con ella el tiempo suficiente como para conocer cada centímetro de su cuerpo, cada peca, cada cicatriz, cada curva... Así que el hecho de que últimamente luciera unos kilos de más no me había pasado desapercibido.

La ropa, cuando decidía llevarla, se le ceñía a las caderas y a los muslos de una forma diferente a la de hacía unos meses, pero ni de coña se me ocurría quejarme, sobre todo porque parecía que esos kilos se le habían ido directamente a las tetas y al culo.

Para ser sincero, la veía más sexy que nunca, pero no era tan kamikaze como para sacar a relucir el tema de la subida de peso. Más aún cuando yo ya pisaba un terreno bastante pantanoso.

Incluso a la hora de echarle un piropo, sabía cuál era mi papel en la relación y me había aprendido algunas respuestas de memoria...

«Oye, Joe, ¿he engordado?».

«¿Dónde? ¿En tu imaginación?».

«Oye, Joe, ¿se me mueve la barriga?».

«Para eso tendrías que tener barriga, y está claro que no es así».

«Oye, Joe, ¿crees que esa tiene mejor tipo que yo?».

«Nadie tiene mejor cuerpo que tú».

Las chicas eran criaturas peligrosas cuyas palabras ocultaban dobles sentidos, y Molloy no era ninguna excepción. Puede que fuera mi mejor amiga, y últimamente ya casi no le escondía nada, pero todavía conservaba las pelotas suficientes para saber que había dos temas cruciales que debía evitar a toda costa.

El primero era el peso. Su peso, para ser exactos, porque al parecer ella podía comentar mi aspecto a su antojo sin sufrir ningún tipo de consecuencia.

El segundo y más trascendental tema de conversación que no había que tocar bajo ningún concepto eran las relaciones anteriores, en mi caso, las chicas a las que me había follado. Sí, eso era un no como un piano.

Como decía, daba igual que yo tuviera que sentarme en clase con su exnovio, aun sabiendo que en un momento dado él había metido los dedos y la lengua dentro de su cuerpo. No, que yo me cabreara porque ella hubiera mantenido una relación de cuatro años con otro chico era algo del todo irracional, pero si se enteraba de que yo había estado con una chica, aunque hubiera sido solo un rollo puntual, parecía pecado capital.

«Porque tú a ella le metiste el pene» era la excusa que ponía siempre que yo señalaba el doble rasero.

«¡Y tú te metiste su pene en la boca!», me apetecía responderle a gritos, pero lograba mantener la boca cerrada y no abrir la caja de Pandora.

—No hay nada que ver, Molloy. —Me recliné sobre los codos, disfrutando a conciencia el espectáculo de ver a mi novia pavoneándose en ropa interior—. Eres increíblemente preciosa.

—Sí, eso ya lo sé —dijo resoplando mientras me cogía la

mano y me arrastraba hasta la báscula—. Pero ahora voy por ahí con tres kilos extra de preciosidad.

—La báscula se equivoca.

—¿Tres veces?

—¿Te das cuenta de que este suelo tiene desnivel? —apunté—. Aquí nunca obtendrás una lectura exacta, Molloy.

—¿Ah, no?

—No. —Traté de persuadirla con las gilipolleces que necesitaba que le dijera—. Te lo digo yo, joder. Me costó un huevo medir estas habitaciones para hacer los armarios. Toda la casa está torcida.

Me miró con expresión esperanzada.

—¿En serio?

—Claro, claro. —Asintiendo con la cabeza, le enganché un brazo a la cintura y la levanté de la báscula para dejarla en el suelo—. Venga, vamos a deshacernos de esta mierda.

—Voy a probar otra vez...

—No —le advertí cogiendo la báscula y dirigiéndome hacia la puerta—. Que no te vuelva a ver haciendo el tonto con esta cosa—. Abrí la puerta con la llave, salí al descansillo y metí la báscula en el estante superior del armario del calentador antes de volver con ella—. Joder, esos trastos hacen más daño a las chicas que los tableros de ouija.

Molloy se rio.

—¿Cómo vas a comparar una báscula con un tablero de ouija?

—Pues es fácil. —Se encogió de hombros—. Las dos cosas sirven para invocar demonios.

—Sigo siendo muy follable, ¿verdad, Joe? —preguntó con las manos en las caderas—. Todavía crees que soy la repanocha, ¿no? ¿Con kilos de más o sin ellos?

—Eres más que follable —dije en tono persuasivo acercándome a ella—. Y tu panocha es la única panocha a la que le quiero echar el diente.

—Muy agudo. —Sonriendo, me pasó un brazo por el cuello y atrajo mi rostro hacia el suyo—. Dame un beso.

—Hablando de echarle el diente a la panocha... —Bajé la mano hasta el elástico de sus enormes bragas de abuela y tiré de él—. Por favor, dime que no son las que creo que son.

—Me temo que sí —se rio contra mis labios—. Estoy manchando, lo que quiere decir que...

—Te ha venido la regla —refunfuñé dejando caer la cabeza hacia atrás—. Me cago en mi vida.

—Venga, semental. —Me cogió de la mano, tiró de mí hasta su cama y me guiñó un ojo con picardía—. Seguro que nos podemos poner creativos.

—¿Sabes? A veces... —suspiré y la seguí—. Adoro mi vida.

FLORES TARDÍAS

Aoife

Las visitas nocturnas y los encuentros furtivos se convirtieron en la norma y, a medida que los días se transformaban en semanas y el invierno abría paso a la primavera, el altísimo muro que Joey llevaba toda la vida erigiendo alrededor de su corazón seguía descendiendo.

No es que la vida en su casa se hubiera vuelto más fácil; en realidad era al contrario. Las broncas con su padre habían empeorado significativamente y le provocaban cambios de humor más profundos y moratones más oscuros, pero seguía teniendo los ojos cristalinos y la cabeza en su sitio.

La mayor parte del tiempo, ese sitio alrededor del cual gravitaba con tanta intensidad lo ocupaba yo, y la verdad es que no podía quejarme. Pasaba cada minuto de su tiempo libre conmigo, y tenerlo cerca me calmaba la ansiedad. Porque, cuando estaba conmigo, podía mantenerlo a salvo. Cuando estaba conmigo, permanecía sobrio e ileso.

—¿Qué coño haces? —preguntó mi hermano cuando entró en la salita el domingo por la noche.

Mamá y papá habían salido a tomar algo, y Joey y yo estábamos tirados en el sofá viendo *You're A Star* en la tele pública y discutiendo sobre quién pensábamos que debería ganar el concurso musical.

Yo esperaba que ganaran los hermanos de Westmeath, mientras que Joey esperaba tener un aneurisma que acabara con su sufrimiento, o eso decía todo el rato. Para sus adentros, yo creo que también le gustaban los hermanos.

—¿Qué? —dije confundida mirando a Kev antes de

echarme un vistazo a mí misma. Llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta holgada, y había puesto las piernas sobre el regazo de mi novio: no se me podía acusar de ir provocando—. ¿Qué he hecho ahora?

—No es lo que has hecho —regruñó Kev señalando el plato de comida que sostenía en mi regazo—. Es lo que estás comiendo. —Negó con la cabeza en señal de repulsa—. ¿Nachos y chocolate para untar? —Me contempló horrorizado desde la otra punta de la salita—. Dios, ¿estás mezclando el chocolate con mayonesa?

—Hay que probar antes de hablar —contesté tragándome la delicia que tenía en la boca—. Qué... rico...

—Estás enferma. —Miró a Joey—. ¿Tú tienes algo que ver?

—A mí ya no me sorprende nada de lo que haga tu hermana, tío —observó Joey estirando las piernas sobre la mesa de centro.

—¿Entonces no crees que lo que está haciendo es una guarrada?

—Mira. —Joey se encogió de hombros con gesto evasivo—. Que se meta en la boca lo que le dé la gana.

—Claro, por ti genial —repuso Kev reprimiendo un escalofrío.

Solté un bufido.

—No seas cínico, Kev. Estoy comiendo nachos, no chupándole la polla.

—Por mí, lo que tú quieras —intervino Joey con sonrisa burlona.

—Estáis enfermos —murmuró Kev dando media vuelta y largándose con aire ofendido—. Os lo digo en serio.

—Chócalos. —Levanté un pie descalzo y Joey frunció el ceño durante un buen rato hasta que cedió y me hizo el favor de chocar los cinco con él.

—Oye, no te vas a creer lo que pasó ayer mientras estaba en el campo con los niños.

—Uuuh, cotilleo —sonreí con malicia—. ¡Cuenta!

—Shannon salió con unas amigas.

—¿En serio?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Al parecer, se fue ayer por la tarde y no volvió hasta la noche. Pasó el día con Claire y Lizzie.

—Supongo que no es algo que ocurra a menudo.

—Más bien nunca —repuso cogiendo el mando a distancia y poniéndose a zapear—. Al viejo se le fue la pinza cuando la vio llegar a casa por la noche. Creo que justo acababa de entrar por la puerta cuando yo volvía de trabajar.

—Lo que explica esto —susurré con tristeza acariciándole el nuevo moratón que lucía en el cuello.

—No te preocupes —repuso enseguida quitándole importancia—. Controlé la situación. Shannon está genial.

—No estaba preocupada.

«Por ella, al menos».

—Tiene amigas, Molloy —dijo entonces en el tono más alegre que le había oído hasta la fecha—. Una vida social de verdad. Ya no se esconde en su cuarto a escuchar música y meter la nariz entre los libros. Sale por ahí.

—Así que le va bien en el Tommen... —sonreí—. Tanto preocuparte para nada.

—Ya veremos —respondió echándome una rápida mirada antes de volver a centrarse en el partido que con tanta sutileza había puesto en la tele—. Lleva poco tiempo.

—O a lo mejor es que tu hermanita ha empezado a sacar las uñas.

—Dios, espero que así sea.

—Sí. —«Yo también»—. Recuerda que tiene casi dieciséis años, Joe —señalé—. Con sus hormonas, sus sentimientos y sus propias ideas. —Le revolví el pelo y sonreí—. Tenía que suceder tarde o temprano.

UN REVOLCÓN SOBRE EL HENO

Joey

Era casi la medianoche de un viernes y, en lugar de hacer algo productivo, como dormir en una cama de verdad, estaba sentado sobre una pila de balas de heno con mi novia acurrucada entre las piernas y una suave manta rosa cubriéndonos a los dos.

La mayoría de nuestros compañeros de Sexto 3 estaban apiñados con nosotros en el cobertizo para el heno de Podge, tras habernos colado todos en la granja de sus padres en el remolque de un tractor. Siendo sinceros, no teníamos nada que rascar allí, pero, cuando esa mañana había surgido la idea en clase, se había ideado un azaroso plan y ahí estábamos.

La lluvia caía a mares sobre el tejado de hojalata, la bebida volaba, las canciones sonaban a todo volumen en el radiocasete a pilas de Neasa Murphy y nos lo estábamos pasando teta. La mayoría de los allí presentes llevábamos aguantándonos cinco días a la semana durante casi seis años, de modo que entre nosotros había un claro sentimiento de camaradería.

Habíamos crecido juntos, sufriendo todas las gilipolleces, broncas, putadas y dificultades típicas de la adolescencia. Joder, buena parte de los asistentes se conocían a un nivel íntimo, pero estar ahí en ese momento casi nos hacía sentir que habíamos cerrado el círculo.

El hecho de saber que en un par de meses cada uno seguiría su camino debería haberme provocado algo parecido a la tristeza y la ansiedad, pero no fue así. El resto de la clase podía salir pitando en la dirección que quisiera después de los exámenes de acceso a la universidad

siempre que esa chica no se fuera de entre mis brazos.

—¿A que nunca te habías pasado un viernes por la noche revolcándote en el heno, Tetas de diablesa?

—Te sorprendería saber lo que hago los viernes por la noche, Al —dijo Casey reajustándose el gorro de lana antes de aceptar el trago de vodka que él le ofrecía.

—Joder, tío, ¿cómo te has puesto esa parafernalia? —apuntó Podge señalando el abrigo reflectante que llevaba Alec—. No estás en el trabajo de los sábados, Al. Podías haberte dejado la chaqueta de albañil en casa.

—Mira este, con sus palabras difíciles —farfulló Alec encendiéndose un cigarro de liar—. Que te den, empollón. No tengo ni idea de qué me hablas.

—Ha dicho «parafernalia», Al —intervino Neasa con una risita—. Significa que no estás siendo muy discreto.

—¿Discreto sobre qué?

—Sobre el hecho de que se supone que no estamos aquí —razonó Podge—. Y tampoco deberías fumar. Las balas están secas, tíos. Una chispa descontrolada y este lugar prenderá como un árbol de Navidad.

—Déjame en paz con tus palabras difíciles y esa manera de imponer tus leyes, puto granjero tocapelotas. Si quiero echarme un piti, me lo echo.

—No se puede ser más garrulo...

—Prefiero ser un garrulo que un granjero paleta como tú.

—Oye, que no hay nada de malo en ser granjero —metió baza Casey guiñando un ojo—. Tienen un montón de dinero debajo del colchón.

—Y también un montón de ovejas.

—En realidad somos agricultores y ganaderos.

—¿Y?

—Pues que engordamos terneros, imbécil, no ovejas.

—Joe, me estoy poniendo mala —anunció Molloy distrayéndome de las gracietas de nuestros amigos. Me encajó su lata medio vacía de Dutch Gold en la mano y gimoteó—: En serio, se me está revolviendo el estómago.

—Bueno, tómalo con calma —contesté pasándole un brazo por la cintura y atrayéndola hacia mí—. No te preocupes por lo que hagan estos gilipollas. —Le rozaba la oreja con los labios al hablar—. Es un maratón, no un esprint.

Estaba la hostia de adorable con su anorak blanco y su gorrito rosa con borla, su bufanda y sus guantes a juego, y llevaba su larga melena rubia recogida en dos trenzas que le llegaban hasta la mitad de la espalda. La personificación de la moda, allá donde fuera, se había puesto un chándal azul claro al que se refería como su «Juicy falso» (a saber qué coño significaba eso) y un par de botas de agua negras.

—No se me está revolviendo por la bebida —regruñó girándose para mirarme—. Se me revuelve por tener que ver a esos dos.

Desvié la mirada hacia donde me señalaba y un profundo escalofrío me atravesó el cuerpo.

—Por Dios.

Desde donde estábamos sentados, podíamos ver perfectamente a Ricey y a Danielle.

—No sé si intenta besarla o comerse sus labios —dije en tono reflexivo ignorando el teléfono, que me vibraba en el bolsillo.

—Las dos cosas —confirmó Molloy riéndose—. Ufff, Joe, es horrible, ¿no?

—Sí, bastante, Molloy.

—Él tiene la lengua muy ancha —continuó diciendo como si fuera importante que esa información sobre su ex la tuviera su novio actual—. Lo cual sería una gran ventaja si supiera usarla. —Sonriendo, agregó—: Pero es de los que te dan tres lengüetazos en la pepitilla y se quedan tan panchos.

—Qué imagen tan maravillosa me has hecho visualizar —dije arrastrando las palabras en tono sarcástico—. La anchísima lengua de Ricey en el coño de mi novia.

Eché la cabeza hacia atrás y se partió de risa.

—Créeme, nunca fue una experiencia placentera.

—¿Quieres que eche las rabas? —pregunté en tono acusador—. Porque voy a acabar haciéndolo, Molloy.

—¡Anda ya! —resopló ella dándome un codazo—. Como si tú no les hubieras metido la polla a la mitad de las tías que hay aquí esta noche.

—¿A quién?

—A las de nuestro curso.

—¿A qué chicas?

—Hay para elegir. Has estado con la mayoría.

—¿Cuándo?

—Joey. —Me miró duramente—. No me mees encima y me digas que está lloviendo.

¿Qué iba a decirle? Desde luego nada que la hiciera ponerse en modo reina del drama conmigo, así que tuve la delicadeza de mantener la boca cerrada y le di un trago a su lata.

—Ja. ¿Lo ves? Ni siquiera puedes negarlo. Eres un putón —dijo metiéndome la mano por debajo de la sudadera para pellizcarme un pezón—. ¿Se lo has comido, Joe? —Entornó los ojos—. Pero ¿qué estoy diciendo? Pues claro que lo has hecho. Nadie se amorra al pilón tan bien sin haberle dedicado unas cuantas horas de vuelo.

Recuerdo muy bien cómo reaccionó Molloy cuando reconocí haberme acostado con Danielle en tercero. Estuvo semanas sin hablarme y por aquel entonces solo éramos amigos.

Aprendí lo bastante rápido como para saber que arrancarme el brazo a mordiscos dolería menos que adentrarme de forma voluntaria en un terreno tan peligroso. Era una trampa, y nada de lo que dijera iba a beneficiarme, así que hice voto mental de silencio y le di un beso en la mejilla.

—Mmm. —Exhalando un suspiro, Molloy me puso su mano enguantada en la mejilla y me lanzó una mirada severa—. Menos mal que te quiero.

Sí, menos mal.

Entonces esbozó una sonrisa y se inclinó para besarme, embadurnándome los labios con su pegajoso brillo labial.

—Odio esa cosa —refunfuñé recorriéndome el labio inferior con la lengua y saboreándola—. No necesitas ponerte nada. Ya tienes buen aspecto, nena.

—Eso ya lo sé. —Me sonrió y me dio un toquecito en la nariz con el dedo, todavía cubierto por el guante—. Lo llevo por mí, no por ti.

Me encogí de hombros.

—Bien visto.

—Entonces ¿todo en orden? —Molloy se giró para sentarse a horcajadas sobre mí, me rodeó el cuello con un brazo y se acurrucó en mi pecho—. ¿Estás bien, semental?

Sabía a qué se refería y asentí lentamente.

—Estoy bien, reina.

—¿Vas a contestar? —preguntó aludiendo al teléfono, que seguía vibrándome en el bolsillo—. Lleva sonando toda la noche.

No hacía falta ser un genio para saber que la que llamaba era mi madre, y por supuesto tampoco había que darle muchas vueltas para adivinar lo que quería.

—No —respondí consciente de que, si contestaba la llamada, lo más probable era que tuviera que salir pitando de allí.

La sorpresa se reflejó en sus ojos.

—¿No?

—No —confirmé estrechándola entre mis brazos—. Ahora estoy aquí contigo.

—Ah. —Me brindó una amplia sonrisa—. Definitivamente, esta noche me voy a poner muy cariñosa contigo.

—¿De verdad?

—Ajá. —Me pasó un brazo por el cuello, me acercó hacia ella y acarició su fría nariz contra la mía—. ¿Qué dirías si te propusiera que nos diéramos un pequeño revolcón en el heno?

—Que ejerces una mala influencia sobre mí —contesté riéndome contra sus labios.

—¿En serio? —ronroneó—. Porque yo diría que la influencia que ejerzo cuando estoy sobre ti y tú estás dentro de mí es de lo mejorcito.

—Si intentas ponérmela dura, misión cumplida, Molloy.

—Lo que intento es que me la metas.

—Joder, vaya boca tienes.

—¿Cómo dices? —bromeó con destellos de picardía en los ojos mientras se bajaba de mi regazo y me cogía la mano para tirar de mí hacia arriba—. ¿Que quieres hacerle qué a mi boca?

Sonriendo como un tonto, me bajé de la bala en la que habíamos estado sentados e, ignorando los silbidos de nuestros compañeros de clase, la seguí mientras me conducía detrás de una pila de balas, fuera de la vista de los demás.

—A ver. —Con la espalda apoyada en las balas, apretó mi cuerpo contra el suyo y me dedicó una enorme sonrisa—. ¿Por dónde íbamos?

—Yo me estaba portando bien. —Llevé las caderas hacia ella, le puse las manos ahuecadas alrededor del cuello y acerqué su cara para besarla—. Tú intentabas llevarme por el mal camino.

—No te portes bien, Joe —dijo respirando contra mis labios mientras se quitaba los guantes y buscaba la cinturilla de mis pantalones de chándal—. Me gustas mucho más cuando eres malo.

—Siempre soy malo, Molloy.

—Y por eso estoy tan enamorada de ti. —Deslizó la mano hacia el interior de mis calzoncillos para cogérmela—. Bueno, por eso y por la polla tan grande que tienes.

PILLADOS IN FRAGANTI

Aoife

—¡Aoife Christina Molloy! ¡Sé que estás aquí, zorra! ¡Estoy viendo tu mochila en el suelo!

—¡Mierda! —Horrorizada, abrí los ojos de par en par y me puse derecha de golpe, chocándome con el volante que tenía enfrente—. ¿Es Casey...?

—Chissss... —Una mano cálida me tapó la boca y mi novio tiró de mí hacia atrás para que me apoyara contra su pecho desnudo—. Menos hablar y más follar, Molloy.

—Pero está justo...

Mis palabras se interrumpieron cuando reclamó mi boca y siguió penetrándome desde atrás, rápido y profundo.

—Dios... —gemí apartando mis labios de los suyos mientras me dejaba caer sobre el volante, agarrándolo con fuerza, y movía las caderas sin descanso encima de su regazo—. No pares.

Metió una mano entre mis muslos, me localizó el clítoris, como el campeón que era, y me lo acarició con el pulgar aplicando la presión necesaria para que se me curvaran los dedos de los pies. Ese chico sabía justo dónde tocarme y cuánta fuerza debía hacer.

—Hey, imbéciles, aunque este lujoso Range Rover tenga los cristales tintados, se mueve igualmente.

—Vete, Case —grité sin aliento—. Estoy... ocupada.

—Sí, ocupada follando, guarrilla —refunfuñó mi mejor amiga—. Habíamos quedado para ir de compras después del insti, ¿te acuerdas? Llevo una hora esperando en la parada del autobús...

—¡Que te pires, Case! —vociferó Joey mientras me cogía una teta con la mano que le quedaba libre y aceleraba el

ritmo—. Joder, nena. Tu amiga es un puto desastre.

—¡Ignórala! —dije gimiendo.

—¿Cómo la voy a ignorar? —preguntó. Le temblaban los muslos, lo que quería decir que estaba a punto, y mi cuerpo recogía las vibraciones que él enviaba—. Ha puesto la cara contra la ventana.

—¡Madre de Dios, Casey, lárgate! —chillé persiguiendo el clímax mientras la necesidad hacía que mi cuerpo se moviera de un modo cada vez más frenético—. ¡Por favor!

—Vale, me voy —la oí responder—. Tony acaba de llegar con la grúa, pero como quieras.

—¡No, mierda!

Joey no tardó ni un segundo en salir de mí y me apartó de su regazo lanzándome hacia el asiento de cuero del copiloto mientras intentaba a duras penas volver a ponerse la ropa.

—Tu viejo había ido a Skibbereen a por un catalizador para el Subaru de Johnny Crowley —explicó jadeando y sin aliento—. Se supone que iba a tardar en volver por lo menos una hora más.

—Podías haber acabado —me reí mientras me ponía el sujetador y luego me abroché torpemente los botones de la camisa del uniforme antes de coger la falda—. Está de coña, Joe. Mi padre no está fuera.

—Hola, Casey, cielo —oí que decía mi padre—. Qué raro verte por el taller.

Los dos nos quedamos congelados.

Clavé los ojos en Joey.

—Uy...

—Mierda —soltó acabando la frase por mí con los ojos como platos.

—Hola, papi T. Solo he venido a buscar a Aoife.

—Ah, pues a estas horas de la tarde estará en el Dinniman. ¿Has visto por aquí al jovencito Joey?

—Virgen santísima... —dijo Joey casi gimoteando mientras volvía a meter apresuradamente los brazos en el mono, salía a toda prisa por la puerta del conductor y la cerraba

enseguida tras de sí, manteniéndome oculta tras los cristales tintados—. Estoy aquí, Tony.

—¿Qué haces dentro de la niña de los ojos de John Kavanagh, chaval?

—Nada... Eh... Solo quería saber qué se siente. —Hizo una pequeña pausa antes de añadir—: Es lo más cerca que voy a estar nunca de sentarme al volante de un Range Rover.

—Te entiendo, chaval.

—Has vuelto pronto.

—Es que me he olvidado la cartera, ¿te lo puedes creer?

—Qué desastre.

—No creas. Ven a la oficina a tomarte un café conmigo y te cuento la monería que he visto averiada a un lado de la carretera.

Unos instantes después, la puerta del pasajero se abrió de golpe y me encontré frente a frente con la sonriente cara de Casey.

—No hay moros en la costa. Tu papi se ha llevado a tu otro papi a la oficina.

—¿A mi otro papi?

—Era una broma, tía. Relájate.

—No tiene gracia, Case.

Lanzando un vibrante suspiro, me reajusté la falda y salí como pude del coche, encorvándome a medida que me arrastraba hacia la puerta y reprimiendo el impulso de tirarme al suelo y ponerme a rodar como plan de escape. Cuando llegamos al camino, se me escapó una risa de alivio.

—Dios, ha faltado poco.

—Mira —planteó Casey caminando a mi lado—. Debería estar mosqueadísima contigo por no hacerme caso por pasártelo a él por la piedra, pero por esta vez voy a dejar que te vayas de rositas porque pone una cara muy mona cuando se corre.

—No has visto la cara que pone al correrse.

—Puede que no, pero, viendo el rubor de sus mejillas, me

imagino el resto.

—Casey —le advertí—. No lo mires así.

—¿Así cómo? —se rio levantando las manos—. ¿Como si fuera la encarnación del sexo? Porque, déjame que te diga, Aoife, que ese chico es divino.

—Pues es mío —le espeté—. Así que búscate a otra encarnación a la que admirar.

—Oye, guárdate esas uñas. —Me enganchó un brazo al cuello y tiró de mí para darme un medio abrazo—. Sabes que no haría eso ni en un millón de años.

—Hummm. —Me saqué una piruleta del bolsillo de la falda y le quité el envoltorio—. A veces me pongo de los nervios, ¿sabes? —Me la metí en la boca, dejé caer la cabeza sobre la suya y musité—: Ha estado con un montón de chicas del insti, Case. Pero con un montón de verdad.

—O sea, que se lo ha pasado bien —dijo—. Dime a un tío de nuestro curso que no lo haya hecho.

—Case, una cosa es pasártelo bien y otra intentar abarcar demasiado.

—Cariño. —Se puso seria y me miró con comprensión—. No des cabida a ese tipo de pensamientos. Solo conseguirán joder tu feliz burbujita de amor.

—Sí, ya lo sé.

—¿De verdad?

Encogí los hombros.

Ella puso los ojos en blanco.

—Eres tonta.

—¿Cómo lo sabes? —dije entre risas.

—Porque deberías estar como loca de contenta —explicó—. No preocupándote de con quién ha estado antes de ti. Hay un motivo por el que esas chicas ya no están en su vida, Aoife. —Subiendo y bajando las cejas, añadió—: Además, dudo mucho que Danielle Long le haya hecho ver las estrellas en el asiento de delante de un Range Rover.

Sonreí con gesto satisfecho.

—Eso es cierto.

—Y puede que Danielle fuera su primer polvo, pero tú eres su primer amor —siguió diciendo mientras me daba un golpecito con la cadera—. Créeme, eso marca a fuego a un chico.

—Bueno, él también me ha dejado marca, Case.

—Ya... —acordó mi mejor amiga echándome una extraña mirada.

—¿Qué? —pregunté desconcertada por cómo me miraba—. ¿Por qué pones esa cara?

—Por nada, pensaba que ibas a añadir algo más —respondió todavía observándome con atención—. Sabes que puedes contármelo todo, Aoife.

—Ya lo sé —sonreí—. Lo mismo digo, Case.

JOU, JOU, JOU, JOE

Joey

—¿A quién le apetece chino? —anunció mi padre en tono jovial cuando entró tranquilamente en la cocina el sábado a última hora de la tarde con dos bolsas de papel marrón en los brazos—. He ganado en las apuestas y hay suficiente para todos.

Con el film de plástico de una lasaña congelada del súper en las manos, contemplé cómo mi madre y mis hermanos iban pasando a la cocina detrás de él.

—Venga, chaval —dijo dejando de golpe las bolsas sobre la mesa mientras mi madre se acercaba con una pila de platos—. Tira esa mierda —ordenó agitando una mano en el aire hacia donde yo me encontraba—. Aquí también hay un pollo al curri para ti.

Hice justo lo contrario y me acerqué hasta el cubo de la basura, tiré dentro el plástico y luego volví para meter la lasaña en el horno, tratando de ignorar la amargura que me invadió al ver al resto de mi familia, Shannon incluida, haciendo cola con un plato en las manos como si fuera una escena sacada de la Irlanda de 1840.

«No seáis tan flojos —quise gritar—. Su comedor social no os va a salir gratis».

—¿No me has oído, chaval? —bramó papá mientras todos se colocaban alrededor de la mesa como una gran familia feliz.

—Te he oído.

—Entonces ¿a qué esperas? —Sacó una silla de una patada para que me uniera a ellos—. Coge un plato y siéntate.

—No quiero de eso.

—Venga ya. Tienes que engordar un poco, chaval.

—He dicho que no quiero tu comida.

—¿Por qué no?

—Porque no lo haces de forma desinteresada, y antes me muero de hambre.

—Joey. —Mamá dejó el tenedor sobre la mesa y suspiró—. Por favor. No des problemas. Tu padre lo está intentando.

«Sí, eso es lo que me temía».

Me crucé de brazos y miré a mi padre mientras decía:

—No sé qué estás tramando, viejo, pero a mí no me la cueles con tus gilipolleces.

—Si no quieres comer con tu familia y no eres capaz de comportarte de forma civilizada con tu padre, puedes irte —ordenó mamá alargando el brazo por encima de la mesa para poner una mano tranquilizadora sobre el puño de mi padre.

Los otros cuatro permanecían rígidos en sus asientos, con la cabeza baja y tratando de centrarse en lo que fuera menos en nuestro padre.

—Me iré en cuanto se acabe de hacer mi comida —solté con la mandíbula apretada.

—Déjalo, Marie. Es imposible complacer a ese chico. Come —exigió papá.

Como un soldado bien entrenado, mi madre obedeció sus órdenes bajando la mirada y metiéndose el tenedor lleno de arroz en la boca.

Con los hombros encogidos por la tensión, les di la espalda y me concentré en la comida que tenía en el horno.

Veinte minutos después, alguien llamó a la puerta, y sentí que mi cuerpo se tensaba de ansiedad y a la vez se hundía de alivio. Se suponía que esa noche Molloy se quedaba a dormir. Yo no la quería allí, pero me estaba esforzando mucho por mantener abiertas las líneas de comunicación y hacer que no se sintiera desplazada.

Tan solo quería eso. No me había pedido nunca nada más que sinceridad.

Además, la verdad es que era algo que también parecía jugar a mi favor. Cuanto más me abría a ella, más me recompensaba. A veces me sentía como un puto perro que le traía un palito solo para que le frotaran la barriga, pero me había enganchado demasiado a su cariño como para pisar el freno.

Sabiendo que había un noventa y nueve por ciento de posibilidades de encontrármela al otro lado de la puerta principal, reaccioné antes que nadie y crucé el pasillo a toda prisa para abrirla.

—Chisss... —Se apretó un dedo sobre los labios cuando fui a saludarla. Sonriendo con malicia, se desabrochó el cinturón del largo abrigo negro que lucía, lo abrió tirando de las solapas y me guiñó un ojo.

Mis ojos recorrieron su cuerpo como locos, deleitándose en lo que llevaba puesto (o quizá debería decir en lo que no llevaba puesto): unas medias hasta los muslos, un liguero con volantes, un tanga de encaje que apenas se veía y un sujetador a juego, todo de color carmesí, me dieron la bienvenida sobre la que era, de lejos, la creación más perfecta que había llevado a cabo el de arriba.

Sus curvas eran el sueño húmedo de cualquier tío, con esa cinturita estrecha que se ensanchaba en un buen par de caderas y un magnífico culo redondeado. Sus piernas, que ya de por sí eran increíbles, se veían realzadas por las medias rojas. Tenía el pelo suelto y liso como una tabla, y le llegaba hasta el liguero con volantes, que se le ceñía como un guante.

¿Y sus tetas? Joder, si empiezo a hablar de su doble D no termino... Estaban embutidas en un minúsculo sujetador que apenas podía contenerlas.

De punta en blanco, perfectamente maquillada y con los labios pintados de rojo carmesí, parecía sacada de la portada de una puta revista, no de una puerta de Ballylaggin. El gorro de Papá Noel en miniatura que se había puesto en la cabeza era la guinda del pastel.

Yo sacudí la cabeza muy confundido.

—Qué. Cojones.

Sonriéndome, levantó las cejas y susurró:

—Jou, jou, jou, Joe.

—Molloy, la Navidad fue hace dos meses.

—Lo sé. ¡Pero lo he encontrado en una sección de saldos en la ciudad y estaba deseando probármelo! —exclamó claramente satisfecha mientras hacía un bailecito sobre sus tacones de aguja negros. Subiéndose el abrigo, se giró para ofrecerme una vista de trescientos sesenta grados, sin importarle una mierda que alguien la viera—. Quince euros, Joe. ¡De ochenta y cinco que valía! ¿Te lo puedes creer?

Lancé un suspiro de estupefacción que nada tenía que ver con el precio que me comentaba, mientras la polla se me ponía tan dura que hubiera podido cortar diamantes con ella.

—Madre de Dios...

—¿Y bien? —dijo efusivamente ofreciéndome a mí y a media calle otra vueltecita—. ¿Qué te parece, eh?

—Ahora mismo solo hay una cabeza pensando por mí, Molloy, y no es la que llevo sobre los hombros.

Echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír.

—Esa es justo la reacción que quería.

—Por Dios.

Di un paso hacia fuera, agarré rápidamente las solapas de su abrigo y las cerré de golpe antes de echar un vistazo por encima de su hombro para ver si algún mamón de mi calle andaba merodeando por allí. Si así era, mi chica le acababa de hacer el mejor cucutrás-quién-hay-detrás de su vida.

—Estoy dispuesta, depilada y ansiosa por empezar —declaró pasándome un brazo por el codo y tirando de mí para darme un beso—. En serio, he venido escuchando «Fade Into You», de Mazzy Star, de camino hacia aquí; por cierto, que sepas que es nuestra segunda canción, y ahora tengo ganas de desnudarme contigo.

—¿Te has metido algo?

Volteó las pupilas y me miró con cara de «ya te gustaría».

—Estoy contenta, ya está. Hoy me lo he pasado genial comprando con mis amigas y ahora estoy aquí contigo. Además, al final no pudimos practicar aquel sexo tan poco virginal por tu cumpleaños.

—Tienes razón.

Me volvió a besar, esta vez más profundamente, con los dedos anudados en mi pelo.

—Pero primero me tendrás que dar de comer.

—¿Te refieres a mi polla?

—Eso luego —se rio contra mis labios—. Primero dame de zampar porque me muero de hambre.

—Estoy cocinando algo dentro.

—¿El qué?

—Lasaña.

—Me encanta la lasaña.

—Lo sé.

—¿De dónde es?

—Del SuperValu.

—¿La de su propia marca?

—Es la única que me puedo permitir.

—¡Pues es la que más me gusta!

—Sí, Molloy, lo sé.

—Así que cocinas, limpias, cambias pañales, me arreglas el coche, me provocas orgasmos ilimitados... —bromeó. Dio un paso atrás, se sacó el gorrito de Papá Noel y se lo metió en el bolsillo del abrigo—. Si sigues así, puede que tenga que quedarme contigo, Joey Lynch.

—Lo que tú digas, Molloy —me reí, moviendo la cabeza hacia los lados—. Venga. —Cogí la bolsa de viaje que estaba en el suelo, me la eché al hombro y la conduje hacia dentro—. Déjame advertírtelo: mi padre está un poco raro.

SIEMPRE SERÉ TUYA

Aoife

La madre de Joey me ponía en pie de guerra, lo que me frustraba a varios niveles porque me habían educado para mostrar compasión por los menos afortunados. Y lo cierto es que Marie Lynch merecía que se apiadaran de ella. El problema era que, con la forma en la que trataba a su segundo hijo y su repugnante manera de favorecer a Shannon y a los chicos más pequeños, poco a poco había logrado desintegrar hasta la más mínima pizca de compasión que yo pudiera haber llegado a sentir por esa mujer.

Estaba enamorada de su hijo.

Joey era, en mi sesgada opinión, lo mejor que había salido del retorcido matrimonio entre Teddy y Marie Lynch, y el hecho de que su propia madre no fuera capaz de ver más allá de su brusco comportamiento me ponía furiosa.

Sin duda podía ser temerario e impulsivo, terco y de trato difícil, pero también era altruista y considerado, decidido y entregado. Su lealtad rayaba en la exageración y, aunque hacía todo lo posible por ocultárselo al mundo..., por Dios, tenía un corazón del tamaño de la luna.

El mayor error de mi novio, y ahí incluía también su adicción a las drogas, porque para mí ambas cosas estaban estrechamente relacionadas, fue ofrecerle fidelidad y amor incondicional a una mujer que nunca llegaría a merecerlos.

No me cabía la menor duda de que, a la mínima de cambio, Joey no tendría ningún reparo en echar a su padre a los leones (tanto física como metafóricamente) y luego pasárselo en grande meando sobre su tumba. Teddy Lynch era escoria, un cabrón despreciable sin un solo hueso

redimible en su cuerpo, pero no era el progenitor del que Joey no podía alejarse.

Marie era la única con acceso a ese privilegiado pedestal y, en vez de hacer lo que debía con respecto a Joey (a todos sus hijos), se empeñaba en mantenerlo encadenado a esa casa. Teddy era la casa en la que estaban atrapados, y Marie era la llave que se negaba a girar en la cerradura para liberarlos.

Porque, a pesar de sus defectos, Joey Lynch tenía los principios de un buen hombre. Su código moral jamás le dejaría abandonar a sus hermanos, y su lealtad nunca iba a permitirle abandonarla a ella. Así que, en cuanto a la compasión que podía sentir por Marie Lynch, yo era el desierto del Sáhara. Ni una gota.

Sacudí la cabeza para despejar la mente, esboqué una radiante sonrisa y seguí a Joey hasta la cocina, impresionada por el esfuerzo que sabía que había tenido que hacer para dejarme entrar. El ambiente que se respiraba en esa casa era siempre maligno y carente de alegría. Cada vez que cruzaba el umbral, el peso de la ansiedad se instalaba sobre mis hombros, pero para mí era importante que Joey supiera que lo aceptaba en todas sus facetas. No tenía nada de lo que avergonzarse, y nunca hizo falta que me ocultara nada.

Su familia estaba sentada alrededor de la mesa de la cocina cuando entré, y la frialdad que sus padres solían mostrar hacia mí me pareció especialmente ártica esa noche.

—¡Hola, Aoife! —canturrearon a la vez Tadhg y Ollie, mientras Shannon me brindaba un tímido saludo con la mano antes de agachar la cabeza y fijar los ojos sobre la mesa.

El pobrecito de Sean no dijo nada, pero, por el tamaño de sus ojos, era evidente que estaba bastante confundido. «Y asustado».

—Hola, chicos —respondí obligándome a sonreír y a

controlar mis sentimientos mientras mantenía la espalda pegada a la nevera y los ojos clavados a la mesa—. Hola, Shan.

—H-hola —susurró ella con un carraspeo ocultando la cara detrás de una montaña de pelo castaño.

—Aoife —me saludó Marie asintiendo ligeramente con la cabeza y luego mirando con ansiedad a Joey antes de centrar los ojos en su marido, que presidía la mesa y se comía mi cuerpo con los ojos sin ningún disimulo. El abrigo me llegaba casi hasta los pies, pero para ese hombre era como si fuese desnuda—. No sabía que ibas a venir esta tarde.

—La he invitado —intervino Joey de inmediato pasándome el pulgar sobre los nudillos antes de soltarme la mano y dirigirse hacia el horno—. Se va a quedar a dormir.

—Hubiera estado bien avisar de que íbamos a tener visita —dijo su madre con voz queda.

—Yo también pago esta casa —fue la gélida respuesta de mi novio.

—Tu padre y yo esperábamos que esta noche fuera familiar.

Si intentaba hacerme sentir lo suficientemente incómoda como para decir que me marchaba, no iba a funcionar. No pensaba irme a ningún sitio sin su hijo.

—Suenas genial —contesté brindándole una sonrisa de lo más falsa—. Nosotros tenemos una cita.

—Una cita —dijo su padre en tono de burla—. Y eres tú el que cocina para ella. —Movi6 la cabeza hacia los lados en señal de repulsa—. Esta te tiene comiendo de su mano, ¿eh, chaval?

—Tú la mano prefieres levantarla, claro. —Sacó una bandeja de lasaña del horno con un paño de cocina y enseguida se puso a colocar la comida en los platos—. Y, sobre lo de que Aoife se quede a dormir, no sabía que tenía que pedirte ningún puto permiso.

—No seas contestón, chaval —avisó su padre sin apartar

su retorcida mirada de mis piernas—. Esto no es una casa de putas.

—¿Ah, no? —contestó Joey con un tono que destilaba sarcasmo mientras me entregaba un plato de comida y un tenedor. Pasó una mano a mi alrededor, cogió un par de latas de Coca-Cola de la nevera y se metió una en cada uno de los bolsillos del chándal—. Joder, pues quién lo diría, teniendo en cuenta los embarazos no deseados que salen de aquí.

—¡Joey! —soltó su madre, muerta de vergüenza, mientras yo me mordía el labio para evitar que la sonrisa se me extendiera por toda la cara.

Por dentro, mi corazón lo animaba: «Venga, cariño, díselo bien alto a estos cabrones».

Tadhg cometió el error de reírse, lo que le valió que su padre le rugiera: «Me cago en la puta, chaval, no empieces» mientras estampaba el puño contra la mesa de la cocina y ejercía su poder.

Contemplé cómo cinco cabezas caían como fichas de dominó en señal de sumisión.

«O de miedo».

Menos la mía.

Menos la de mi Lynch.

Como un lobo solitario alejado de la manada familiar, Joey se negó a doblegarse o acobardarse ante el macho alfa.

—No empieces a venirme demasiado arriba, chaval —advirtió Teddy mirando con ferocidad a mi novio—. No me cuesta nada volver a ponerte en tu sitio.

—¿Quieres pelea, viejo? —Dejando el plato a un lado, Joey le hizo un gesto para animarlo a que empezara—. Venga, inténtalo. Aquí me tienes, joder.

—¡Joey! —volvió a intervenir Marie, esta vez con tono de reprimenda—. Para de provocar.

—No gastes saliva, Marie —soltó Teddy con los ojos aún clavados en su hijo, pero sin moverse de la mesa—. Ese mierdecilla no lo merece.

—Ya me lo imaginaba —repuso acaloradamente. Negando con la cabeza, volvió a centrar su atención en mí—. Venga, Aoife. —Señaló la puerta—. Vamos a dejarlos con su noche familiar.

Sabía que Joey iba a explotar en cuanto estuviéramos solos, así que no me sorprendió que nada más cerrar la puerta a nuestra espalda le diera dos patadas, lanzara un bramido de dolor y luego volviera a patearla otras cuatro veces antes de tirar su plato y las Coca-Colas sobre la cómoda y pasarse las manos por el pelo.

Tras maltratar la puerta de su cuarto, la misma contra la que me follaba habitualmente, la abrió de golpe y salió con gesto airado para volver unos minutos después con mi bolsa de viaje, un bote de mayonesa y una sed revitalizada por aporrear la puerta.

Le sonreí cuando me tendió la mayonesa, me acerqué a su cama y me hundí en ella, dejándolo a su bola para que procesara lo ocurrido mientras yo me dedicaba a devorar cada bocado de comida de mi plato.

Cuando ya le dolían los nudillos, respiraba con dificultad y se le había pasado la rabia, se desplomó junto a mí sobre la cama con su plato en el regazo y mirada alicaída.

Como no hizo ademán de comer, clavé mi tenedor en un trozo de su lasaña y se lo acerqué a la boca. Se me quedó mirando un buen rato hasta que por fin aceptó el ofrecimiento y dio un bocado. Volví a hacer lo mismo unas siete u ocho veces, dándole de comer cuando no lo hacía por él mismo, hasta que movió la cabeza hacia los lados y hundió los hombros en señal de derrota.

Dejé los platos sobre el poyete de la ventana que había junto a su cama, me acerqué hasta que nuestros hombros se tocaron y apoyé la mejilla sobre él.

Un buen rato después, soltó un suspiro de resignación y apoyó la cabeza sobre la mía.

—Normalmente ahora es cuando salgo y se me va la pinza. Tomé su mano entre las mías, entrelacé nuestros dedos y le di un apretón para reconfortarlo.

—Lo sé.

—No sé cuánto más voy a poder aguantar —admitió en voz baja, con la cabeza gacha y la mirada fija en nuestras manos—. Cuánto más va a presionarme ese hombre hasta que explote y lo mande todo a la mierda.

—Te queda otra noche —le dije dándole un beso en el hombro—. Puedes aguantar una noche más.

—¿Tú crees?

—Puedes hacerlo, Joey Lynch.

Le cogí la barbilla entre los dedos y lo obligué a mirarme.

La mirada solitaria que reflejaban sus ojos casi me destroza, pero me mantuve fuerte para que pudiera absorber de mí el consuelo, la fortaleza y cualquier otra cosa que necesitara. Porque bien sabía Dios que el cabrón de ahí abajo no iba a dárselos nunca.

—Puedes hacerlo —repetí implorándole con los ojos que me escuchara y creyera en sí mismo—. Y yo estaré aquí contigo.

—¿Sí?

Asentí con la cabeza.

—Sí.

Entonces puso sus labios sobre los míos, me abrió el abrigo con las manos y apartó la tela de mi cuerpo en busca del contacto físico que tanto necesitaba en ese momento para tener algo a lo que aferrarse. Con la respiración entrecortada, tiró el abrigo al suelo de su cuarto y se quitó la camiseta a toda prisa, sacándosela por la cabeza con un movimiento veloz.

Expectante y temblando de la emoción, me tumbé en su cama para darle acceso ilimitado a mi cuerpo. Cuando se abalanzó sobre mí, empujándome contra el colchón, sentí que me sumergía en lo más profundo de su mundo al tiempo que me ahogaba en mi amor por él, que a su vez se

ahogaba en el afecto físico que le habían negado toda la vida.

—Ponte boca arriba.

—¿Hum?

—No me he arreglado tanto para que me tapen las sábanas. —Le di un empujoncito en el pecho—. Quiero que me veas.

Obedeciendo sin hacer ninguna objeción, nos dio la vuelta hasta quedarse debajo, conmigo a horcajadas. Le sonreí con malicia y le recorrí el vientre con mis uñas recién pintadas.

—Hola, semental.

Curvó los dedos sobre mi cintura.

—Hola, reina.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

Se rio.

—No sé, Molloy, ¿quiero?

—Creo que sí.

—Vale. —Asintió con la cabeza—. Dime.

Doblando el dedo índice, le dije:

—Te tienes que acercar.

Se apoyó sobre los codos.

—Cuéntame.

—Más cerca.

—¿Cuánto quieres que me acerque?

—Así está perfecto —dije con aprobación envolviéndole los brazos alrededor del cuello cuando se sentó y rozó su pecho contra el mío—. Primero, dame un beso.

—Por Dios, Molloy, dímelo ya...

—Ah-ah-ah. Quiero un beso.

—Eres lo peor —farfulló deslizándose las manos para agarrarme el culo mientras se inclinaba y me plantaba un narcotizante beso en los labios.

—Mmm... —Me aparté antes de perderme en su boca, le limpié el pintalabios que le había dejado en los morros con el pulgar y sonreí—. Tengo una aberturita.

—Una aberturita.

—Ajá.

—¿Ese es tu gran secreto?

Sonriendo, asentí.

—¿Quieres verla?

Joey me miró fijamente durante un buen rato y luego dejó escapar un suspiro y se encogió de hombros.

—Sí, a la mierda. Quiero verla.

—Está aquí abajo. —Le cogí la mano, la puse entre mis muslos y me reí cuando me rozó ahí con los dedos—. ¿La notas?

—Eso no es una aberturita, Molloy —musitó Joey echándome hacia atrás para ver mejor—. Ahí no hay nada.

—Lo sé. —Aplaudiendo emocionada, me puse de rodillas y se lo enseñé—. Bragas sin entrepierna, Joe. ¿No te parece un invento de lo más útil?

—¿Sabes? A veces no sé si me utilizas como conejillo de Indias para probar todas las mierdas que se te pasan por la cabeza o si soy tu cómplice —reconoció investigando a fondo mi conjunto de ropa interior—. En cualquier caso, me apunto.

Encantada de haber conseguido que dejara atrás su mal humor, aproveché la oportunidad y fui a por todas.

—¿Quieres saber otra cosa?

—¿Mmm?

—Eres un tesoro, Joey Lynch. —Le cogí la cara entre mis manos ahuecadas, me incliné hacia él y lo besé con ternura—. Uno entre un millón.

—Ay, Dios. —Entre dientes, se rio contra mis labios mientras se levantaba y me entrelazaba la mano en el pelo—. ¿Debería preocuparme de hacia dónde nos lleva esto?

—No. —Negando con la cabeza, lancé un suspiro contenido y lo empujé hacia atrás por los hombros hasta que quedó tumbado boca arriba—. Solo quería que supieras que eres la persona favorita del mundo de alguien.

—No te me pongas tierna, Molloy —se burló, aunque su voz destilaba toda la emoción que intentaba ocultar.

Sonriendo, me incliné más hacia él y lo volví a besar. Esta vez, me dejé llevar sin reservas por la sensación de sus labios sobre los míos, de sus manos en mi cuerpo, piel con piel.

—Tú también eres la persona favorita de alguien —susurró un poco después mientras me ponía boca arriba y se acomodaba entre mis piernas.

—No me digas...

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No quiero ir por la vida sin ti, Molloy.

—No tendrás que hacerlo —contesté introduciendo la mano entre nuestros cuerpos para liberar su erección—. Siempre seré tuya, Joe.

—Y yo haré que quieras serlo —murmuró entrando muy dentro de mí.

EXCURSIONES A POR COMIDA Y CONVERSACIONES SOBRE EL FUTURO

Joey

Era domingo por la noche, Molloy, desnuda, dormía profundamente en mi cama con la cabeza apoyada sobre mi pecho y una pierna acomodada sobre mis muslos, y yo solo podía pensar: «Nunca llego lo suficientemente dentro de ella».

Era una sensación extraña, sobre todo porque no había pasado mucho tiempo fuera de su cuerpo desde la noche anterior, pero así me sentía. Ella había puesto uno de sus cd de mezclas al azar para que sonara de fondo y, mientras escuchaba «Iris», de los Goo Goo Dolls, me di cuenta de que estaba pensando en algo a lo que nunca le había prestado demasiada atención.

El futuro.

Con un brazo detrás de la cabeza y el otro sobre su nalga, me quedé mirando fijamente al techo de mi cuarto, sumido en mis pensamientos. Faltaban poco más de tres meses para los exámenes de acceso a la universidad. Después, tendríamos que mantener una conversación en la que pondríamos las cartas sobre la mesa y decidiríamos si nuestros planes coincidían.

¿Encajarían sus planes de futuro con los míos?

Si no era el caso, ¿conseguiríamos que lo nuestro funcionara?

¿Querría ella que así fuera?

¿Y yo?

Había querido estar con ella desde que tenía doce años y, ahora que por fin era mía, no había tardado en darme cuenta de que nunca dejaría de quererla. Solía sentirme

como un insecto atrapado en la inexorable telaraña de mentiras que mis padres habían tejido alrededor de mi vida, pero ahora sabía que esa telaraña nunca había estado a la altura de la que Molloy había tejido alrededor de mi corazón. También era dolorosamente consciente de que a principios de verano iba a nacer otro bebé.

«Otra Shannon».

«Otro Tadhg».

«Otro Ollie».

«Otro Sean».

Y, por mucho que me despreciara a mí mismo por ello, en el fondo sabía que no iba a ser capaz de volver a hacerlo. No podía criar a otro de sus hijos. Quería una vida propia. Más aún, quería una vida con la chica que dormía en mi cama.

Ella hacía bromas sobre anillos, bodas y bebés, pero yo no sabía si hablaba en serio... ni si yo era capaz de darle algo así. No quería casarme ni tener hijos, pero me mataba pensar que podía acabar haciendo todas esas cosas con alguien que no era yo. Pensar que dentro de unos años podría llevar el anillo de otro hombre en el dedo, o, peor aún, el hijo de otro hombre en el vientre, me quemaba por dentro.

En mi interior, sabía que todo se reducía a qué era aquello a lo que me parecía imposible renunciar. ¿Era capaz de casarme y tener hijos si en eso consistía su futuro? Tan solo sabía que no podía vivir sin ella. Eso no era una opción.

«Dios, esa chica me tenía bien pillado».

Cuando acabó la canción y se puso a sonar «Fade Into You», de Mazzy Star, noté cómo se agitaba contra mi pecho.

—Mmm... Me encanta esta canción. —Acurrucándose contra mí, me pasó un brazo por el abdomen y besó mi piel desnuda—. Te quiero.

Preguntándome cómo coño había conseguido, primero, estar con esa chica y, segundo, mantenerla a mi lado, incliné la cabeza para estudiarla. Desnuda como el día en

que nació y emanando ondas de satisfacción de su aura, Molloy no hizo ademán de cubrirse. Cómoda con su cuerpo y con mis sentimientos hacia ella, arqueó la espalda como un gatito estirándose y dejó escapar un bostezo sexy y quejumbroso.

Su rubio cabello estaba diseminado sobre nuestros cuerpos, y yo me enrosqué un mechón en el dedo de forma distraída mientras reflexionaba sobre cuál iba a ser mi siguiente movimiento. Pero ella se me adelantó al declarar:

—Me ruge el estómago.

—¿Es esa tu manera de decirme que levante el culo de la cama y vaya a la tienda a comprarte algo?

—Pues sí —concedió acariciándome el pecho con la mejilla

—. ¿Sabes qué me fliparía, Joe?

—¿Qué te fliparía, Molloy?

—Un polo Loop the Loop y una bolsa de patatas con sal y vinagre.

Cogí el teléfono y desbloqueé la pantalla.

—Son las diez y media.

—El Centra de Main Street está abierto hasta las once.

—¿Y no hay nada en la cocina con lo que te pueda tentar?

—¿Hay polos Loop the Loop y patatas de bolsa con sal y vinagre en la cocina?

Suspiré con resignación.

—Vale, deja que me levante.

—Eres el mejor. —Sonriendo victoriosa, se hizo un ovillo y suspiró de felicidad—. Puedes llevarte mi coche.

—Tenía claro que me lo iba a llevar —repuse poniéndome la ropa y cogiendo las llaves—. ¿Quiere algo más la reina?

—No, creo que eso es todo, mi noble corcel —me soltó sin más.

—Molloy, no soy un caballo.

—En la vida real, puede que no, pero, metafóricamente hablando, en la cama eres todo un semental.

—Que te den.

—Cuando quieras, semental. —Subió las cejas—. ¿Lo has

pillado?

—Sí, me parto de risa. —Moví la cabeza hacia los lados y me metí la cartera en el bolsillo—. Cierra la puerta cuando salga. Vuelvo en media hora.

—Lo haré. Ah, y pregúntale a Shan si quiere algo —gritó mientras cerraba la puerta a mi espalda.

Llamé a la puerta que estaba junto a la mía.

—Entra —dijo mi hermana, y al empujar la puerta me la encontré sentada en la cama con las piernas cruzadas y los libros de texto frente a ella—. ¿Qué pasa, Joe?

—Voy a la tienda, ¿quieres algo?

—¿Ah, sí? —Me dedicó una sonrisilla—. ¿Dónde está Aoife?

—En mi cuarto.

Se puso el lápiz detrás de la oreja y hojeó las páginas de su libro.

—¿Se queda a dormir?

—Sí —contesté impaciente—. ¿Quieres algo de la tienda o no? Va a cerrar pronto.

—¿Por qué vas tan tarde a la tienda? —Me observó con curiosidad—. ¿Qué es eso tan importante que necesitas?

Tras decidir que sería más divertido vacilarle un poco que admitir que mi novia me había enviado a por comida, sonreí con picardía y dije:

—¿De verdad quieres que te lo diga?

—No —gimoteó profundamente asqueada por lo que le había dicho—. Lárgate.

Riéndome, cerré la puerta detrás de mí.

—Buenas noches, Shan.

—¡Ten cuidado! —me gritó mientras me iba—. Soy muy joven para ser tía.

—No te preocupes por eso —gruñí reprimiendo un escalofrío.

—¡Tampones! —La puerta de mi habitación se abrió hacia dentro y Molloy sacó la cabeza—. Tráeme también una caja de tampones, ¿vale, Joe? Estoy muy hinchada y me va a venir la regla en cualquier momento. No he traído ninguno

en la bolsa y tu madre no tiene en el baño.

—¿Crees que Shannon...?

—No, ya se lo he preguntado alguna vez. Todavía no la tiene.

—Vale. —Adiós a mis planes para la semana siguiente—. ¿Quieres los palitos o las compresas?

—¿Palitos?

Encogí los hombros.

—Ya me entiendes. La caja azul de palitos. ¿Necesitas esos o las gasas que llevan pega por detrás?

—Lo que encuentres, Joe —respondió con una carcajada—. Eres el mejor.

Un tonto enamorado, eso es lo que era.

Joder, el viejo no iba mal encaminado: me tenía comiendo de su mano.

SIEMPRE TENGO CUIDADO

Aoife

—Tenemos que hablar —anunció Casey el lunes por la mañana plantada en medio del desértico vestuario de chicas del instituto mientras me fulminaba con la mirada. Teníamos una clase doble de Educación física y yo, como siempre la última en salir, estaba sentada en el banco de madera intentando atarme los cordones de las botas de fútbol para alcanzar al resto de la clase.

Entretanto, Casey ya se había puesto toda la ropa de entrenamiento, que incluía una camiseta, unos pantalones cortos blancos de la asociación de hurling, calcetines y botas. Llevaba su hurley en una mano y su casco rosa (quién me iba a decir que lo vendían en ese color) en la otra.

—He intentado no meter las narices —añadió poniendo los brazos en jarras—. De verdad. Supuse que me lo dirías cuando estuvieras lista, pero es que ya empieza a ser muy evidente.

—Voy un poco perdida, Case —reconocí ajustándome los calcetines de fútbol antes de coger mi casco de hurling, un elemento indispensable en el armario de cualquier persona irlandesa en edad escolar.

—Oye. —Se sentó a mi lado en el banco y dejó el hurley y el casco en el suelo antes de cogerme la mano y darle un reconfortante apretón—. Sabes que te quiero, ¿verdad? —Me brindó una de esas sonrisas de apoyo—. Y no hay nada en el mundo que no me puedas contar.

—Obviamente.

—Bien. —Me volvió a apretar la mano—. Entonces, si necesitaras contar algo para desahogarte, me lo dirías, ¿no?

—¿De qué va todo esto, Case? —pregunté con el ceño fruncido por el desconcierto.

—Dímelo tú.

Me la quedé mirando sin comprender.

—No tengo ni idea.

—Venga, Aoife —insistió escudriñándome con lo que intuyo pretendía ser una mirada elocuente, pero que tan solo la hacía parecer psicótica—. No pasa nada. Soy tu mejor amiga. No voy a darte la espalda cuando más lo necesitas.

—¿Darme la espalda sobre qué? —dije riéndome en total confusión, pero a la vez entretenida.

—¿Lo sabe tu madre? —inquirió dejando escapar un suspiro—. Supongo que Joe sí que lo sabe; lo doy por hecho. ¡Ay, Dios! ¿Lo sabe Katie? Porque entiendo que lo sepan Joey y tu madre, pero te juro que, si se lo has dicho a Katie Wilmot antes que a mí, me voy a pillar un rebote importante. Me da igual que viva en la puerta de al lado. Soy yo la que ha estado contigo desde el inicio de los tiempos, tía.

—Case, voy a necesitar que me expliques de qué leches me estás hablando, porque te aseguro que no te sigo, cariño.

Casey se me quedó mirando fijamente durante un buen rato antes de abrir como platos sus ojos azules y levantar las cejas.

—Claro que no lo saben —musitó llevándose una mano a la frente como si de repente tuviera migraña—. Porque tú tampoco lo sabes.

—¿Saber el qué?

—Aoife. —Mi mejor amiga se encogió de hombros con impotencia antes de decir—: Creo que podrías estar en estado de buena esperanza.

Cautivada por la comicidad de la expresión, me eché a reír a carcajadas.

—Aoife, te lo digo en serio.

—Ya lo sé —confirmé todavía entre risas—. Por eso me río.

—Aoife.

—Por Dios, no, Case. No estoy embarazada —afirmé sofocada mientras intentaba ponerme seria—. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

—¿Cuándo tuviste la última regla?

La miré boquiabierta.

—¿Qué?

—La última regla —reiteró en tono serio—. ¿Cuándo te vino exactamente?

—Debe de estar al caer —contesté.

—No. —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. No te toca.

—Creo que sé cuándo me tiene que venir la regla —repuse, ya a la defensiva, puesto que la gracia de la conversación se desvanecía por momentos.

—Eso te crees tú —farfulló presionándose las sienes con los dedos—. A ver, vamos sincronizadas desde primero. La tercera semana del mes. Como relojes.

—¿Y?

—Pues que o llevas dos semanas de retraso respecto a la del mes pasado o se te ha adelantado dos semanas este mes.

—Yo... No, eso no puede ser. —Moviendo la cabeza hacia los lados, metí la mano en mi mochila y cogí el móvil—. Me tiene que venir el... —Pulsando frenéticamente los botones de mi nuevo y reluciente Nokia 3510i, el regalo de Navidad del amigo invisible que me había hecho la abuela Healy, busqué entre las notas del calendario mientras el pánico me subía por el pecho a toda velocidad—. No tengo ningún retraso... ¡Gracias a Dios! —Al encontrar lo que buscaba, exhalé un agónico suspiro, le pasé el teléfono a Casey y destensé el cuerpo con gesto de alivio—. ¿Lo ves?

—¿Qué me estás enseñando?

—Sabía que no tenía ningún retraso —dije señalando la nota que había guardado—. Hace un par de meses se me alteró el ciclo y me vino antes de tiempo, pero estoy bien,

mira. La última me bajó el día 14.

—Sí, Aoife, de diciembre.

—¿Qué? —Sacudí la cabeza—. No, no, fue en enero.

—No, cariño —me corrigió dando toquitos con una de sus largas uñas sobre la pantalla de mi móvil—. Fue en diciembre.

—No puede ser...

—Dime que el mes pasado te vino la regla... —me suplicó con un punto de ansiedad en la voz parecido al sentimiento que iba tomando forma en mi interior—. Aoife, por favor. Dime que...

—Sí, me vino —la interrumpí recuperando mi teléfono y comprobando como una loca todas las notas de calendario y los mensajes salientes que encontraba... sin conseguir nada—. Claro que me vino. La tuve a finales de enero... Solo que...

—¿Solo que qué?

—Bueno, fue rara —solté notando cómo me subía el nivel de ansiedad—. Tuve superpoca y solo me duró uno o dos días. Manché un poquito y luego desapareció.

—¡Virgen santa! —gritó Casey dándose un toque con la mano en la frente—. Eso puede haber sido el sangrado de implantación.

—¿¿Qué coño es eso?? —exigí saber con los ojos llenos de terror—. ¿Implantación de qué?

—¡Del puto nadador más fuerte de Joey! —me espetó Casey—. En serio, sé de lo que hablo. Es como una regla mínima en la que se mancha y te puede hacer creer que estás menstruando. A mi prima Lisa le pasó. ¿Te acuerdas de Lisa? ¿La de los gemelos?

—Sí, joder, sé quién es Lisa —gimoteé—. Pero eso no me va a pasar a mí.

—Tenías muchas cosas en la cabeza durante las Navidades. —Mi mejor amiga me miró con preocupación—. Ya sabes, con Joey desatado y todo eso. A lo mejor se te olvidó tomar una pastilla o algo así...

—¡Casey, no estoy preñada! —chillé sintiendo cómo un torrente de sangre se me subía a la cabeza a velocidad de vértigo. El calor desbordaba mi cuerpo, inundándome las mejillas y haciéndome sentir la necesidad de salir corriendo a todo trapo para alejarme de esa conversación tanto como fuera posible—. No lo estoy, ¿vale? No puedo estarlo. Y nunca se me olvida tomar la píldora. Nunca.

—Ya lo sé. —Se apresuró a decir extendiendo el brazo para poner su mano sobre la mía—. Te creo. —Soltó una pesada exhalación antes de continuar—. Lo único que digo es que Joey y tú estabais pasando por un montón de mierdas al empezar el año, y tu cabeza no estaba muy fina. Se te pudo haber olvidado.

—No —espeté rechazando cualquier otra idea—. No se me olvidó nada. Tengo cuidado, Case.

—¿Estabas tomando antibióticos? —sugirió entonces—. Porque algunos pueden interferir con la píldora y hacer que sea menos eficaz. Así es como mi madre me tuvo a mí.

—No —dije con un hilo de voz, sintiéndome débil—. Nada de eso.

—¿Estuviste enferma? ¿Tuviste algún virus?

—¡Casey!

—Porque se te ha ido la regla, llevas dos meses comiendo como una lima y no hay duda de que te han crecido las tetas... —Se le fue apagando la voz y me agarró el bajo de la camiseta—. Y, no te ofendas, cariño, pero parece que has ganado un kilito en la zona del bajo vientre.

—¡Déjame en paz! —grité levantando una mano—. Para ya, ¿vale?

—Intento apoyarte, Aoife —se defendió.

—¡Pues no lo hagas! —chillé—. He hecho todo lo que tenía que hacer, Casey. He seguido las normas. Esperé al tío adecuado. Me tomé mi tiempo. No olvidé la puta píldora. Se supone que esto no debería pasarme. En serio, todo esto es un tremendo error.

—Es posible —señaló con una mueca—. Pero quizá

deberías plantearte pedir cita con el médico, porque, lo creas o no, Aoife, esto se parece mucho a...

—Chisss... No lo digas. Solo reza conmigo.

—¿A quién?

—A san Antonio —sollocé poniéndome de rodillas y juntando las manos—. ¿No es el santo al que se le reza cuando falta algo?

—Aoife, no creo que san Antonio pueda ayudarte a encontrar la regla que te falta.

—Nunca se sabe.

—El señor Ryan me envía para deciros que saquéis vuestros culos al campo ahora mismo —interrumpió Danielle entrando al vestuario—. Si no, os irá reservando un asiento en la sala de castigo para la hora de comer.

—Ya vamos —murmuró Casey, que no hizo ademán de moverse, con los ojos aún pegados a los míos.

—Ha dicho que ahora mismo.

—Ya vamos —espeté levantándome de golpe y corriendo hacia la puerta para dejar el tema todo lo atrás que pudiera.

—¡Aoife! —gritó Casey detrás de mí—. Espera.

No esperé.

Tampoco le contesté.

No podía.

El miedo me tenía paralizada.

NO ME HAGAS FAVORES, GILIPOLLAS

Joey

Estábamos haciendo los equipos en Educación física cuando Molloy por fin decidió honrar al resto de la clase con su presencia.

Preciosa con su casco y su larga coleta balanceándose al compás de sus movimientos, entró rápidamente al campo, con el hurley en la mano y Casey persiguiéndola.

—Aoife —dijo el cabrón de Ricey, eligiendo a mi novia para su equipo.

Ignorándolo por completo, Molloy se dirigió directamente hacia mi equipo, lo que levantó algunas risas y vítores a costa de su exnovio, además de la mirada asesina de Danielle, que se había vuelto a reunir con su equipo.

—Vale —aceptó con un bufido—. Casey, tú vas con nosotros.

—No —replicó Casey siguiendo el mismo camino que Molloy—. Voy con ellos.

—Entonces los equipos no son justos —se quejó Ricey fulminándonos con la mirada—. Así no se puede, joder.

—Aoife, al equipo de Joey —ordenó el señor Ryan—. Casey, al de Paul.

—Pero...

—No hay peros que valgan —bramó nuestro profesor—. Mueve el culo, Lordan. Venga.

—Ten cuidado —le advirtió Casey a Molloy antes de unirse a regañadientes a nuestros contrincantes.

Cuando todo el mundo tenía asignada su posición en el equipo, el profesor hizo sonar el silbato y la clase salió en fila al campo.

—¿Estás bien, Molloy? —pregunté chocando mi hombro

contra el suyo mientras se unía a mí en el centro del campo, con una expresión totalmente distinta a la de la sonriente chica junto a la que me había despertado esa mañana.

—Sí, estoy bien, Joe —respondió de una manera que hacía pensar justo lo contrario mientras miraba al vacío, distraída.

—¿Seguro?

—Seguro. —Moviendo la cabeza hacia los lados, se colocó en su posición, flanqueándome mientras yo me ubicaba al frente para el duelo de hurleys—. Todo en orden.

—No te preocupes, Lynchy —se burló Ricey situándose junto a Molloy—. Me portaré bien con nuestra chica.

Sus comentarios le hicieron ganarse un golpetazo de hurley en la espinilla, cortesía de «nuestra chica».

—No me haga favores, gilipollas.

Sí, estaba claro que no necesitaba mi protección.

Mi chica se las apañaba muy bien en el campo.

Molloy tenía todas las cualidades y el temperamento necesario para convertirse en una hurler de primera. Con un hurley en la mano y esa pétrea expresión en el rostro, estaba más claro que el agua que Ricey estaba jodido.

—Aoife, deja de cargar el hombro contra mí.

—Paul, deja de ser un mierda.

—Sigue así y te patearé el culo.

—Inténtalo y te meto el hurley por el agujero del tuyo.

Ahogando una carcajada, volví a centrarme en Alec, el jugador a quien marcaba, y esperé a que el señor Ryan pitara el inicio del partido.

—Trátame bien —farfulló mi amigo cargando contra mí para ponerse en posición de superioridad física—. Tengo una resaca del copón, Lynchy.

—No te preocupes, Al.

El cuanto sonó el silbato y se lanzó la sliotar, me puse en marcha.

—He dicho que me trates bien —protestó Alec perdiendo el hurley al chocarlo contra el mío mientras yo aseguraba la posesión de la sliotar para nuestro equipo desmarcándome

y echándome a correr—. ¡Chulo!

Media hora después, nuestro equipo iba ganando el partido y se había adelantado claramente en el marcador, lo que obligó al señor Ryan a tomar la decisión de hacer cambios en las posiciones.

—Joey, cámbiate por Alec.

—¡Vaya mierda! —exclamó Podge tirando el hurley al suelo—. Es nuestro mejor jugador, y ese puto holgazán de ahí apenas se mueve.

—¡Oye! Ya te he dicho que anoche no me sentaron bien las pintas —jadeó Al.

—Por eso —soltó Ryan—. Vamos a equilibrar un poco el partido.

—Me ofende, señor —dijo Alec sin resuello—. Tengo el agujero del culo como un anillo de cebolla volcánico. Tiene suerte de que haya podido ponerme el equipo.

—Paul, cubre a Alec —indicó nuestro profesor—. Joey, tú cubre a Aoife.

—¿Lo pone a cubrir a una chica? —soltó Podge indignado—. Por el amor de Dios, ¿cómo va a ser eso justo?

—No seas machista.

—No estoy siendo machista.

—Sí que lo estás siendo. El cambio es justo porque esa chica es su chica.

—¡Ah! —Los ojos de Podge se iluminaron—. Señor, retiro lo dicho. Es usted un genio.

—Ni se te ocurra ponérselo fácil a Aoife —me advirtió Ricey cuando pasaba corriendo por mi lado para colocarse junto a Alec.

—Que te follen —le respondí corriendo hacia donde se encontraba mi novia—. Molloy.

—Joey —me saludó—. Bonitos movimientos.

—Bonitas piernas.

—Si quieres volver a tenerlas envueltas a tu cintura,

échate para atrás.

—Eso es chantaje —bromeé evitando por los pelos un hábil golpe de su hurley sobre mis espinillas.

—Hummm —susurró empujándome con el hombro—. Prefiero cuando jugamos con tu otro palito.

—Lynch, ¡jojo!

Paul golpeó la sliotar en mi dirección y yo levanté la mano para cazarla al vuelo, pero no pude cumplir con mi objetivo porque Molloy me agarró por mi puta zona más precaria.

—Esa bola es mía, Joey Lynch —me advirtió apretándome los huevos lo suficiente como para hacerme saber que era capaz de más—. Y estas otras también.

—Joder —dije con voz ahogada levantando las manos en señal de rendición mientras mi némesis de pelo rubio se hacía con la pelota y pasaba zumbando a mi lado, riéndose con maldad.

Molloy logró recorrer unos quince metros por el campo antes de que un hombro chocara bruscamente con ella y la apartara de la pelota.

Dejándola aplastada sobre la hierba como a una tortita, Ricey recogió la sliotar y me la pasó. Si esa vez no atrapé la bola no fue porque estuviera distraído. Fue porque estaba demasiado ocupado quitándome el casco mientras avanzaba hacia ellos por el campo.

—Estoy genial —le decía Molloy a Casey, que parecía muy agobiada con lo ocurrido—. He dicho que estoy bien, Case.

—Se agarró a la mano de su amiga, se puso en pie tambaleándose y se ajustó el casco, que se le había quedado torcido—. Tranquila, ¿vale? Estoy bien.

—¿A ti qué cojones te pasa? —rugí mientras me acercaba a ellos, cada vez más furioso—. ¡La has tumbado!

—¡Ha sido juego limpio! —exclamó Ricey retrocediendo unos pasos—. Además ¿de qué te quejas? —Sonrió con mezquindad—. Tú y yo estamos en el mismo equipo, ¿recuerdas?

—¡Déjalo, Joe! —gritó Molloy—. Estoy bien.

—No, no, no —intervino el señor Ryan acercándose rápidamente para bloquearme—. Joey, ya sabes lo que dijo el señor Nyhan. Es tu última oportunidad, hijo. No más peleas o te expulsará para siempre.

—Me importa una mierda —bramé empujando las manos que me sujetaban—. Lo ha visto. Ha visto lo que le ha hecho a Aoife.

—Tres meses. —El señor Ryan, que, me gustara o no, era mi profesor favorito, me imploró con la mirada que le escuchara—. Solo tienes que aguantar eso, Joe.

Entendía que su motivación para intentar mantenerme en el instituto estaba mucho más relacionada con el siguiente campeonato de hurling en el que íbamos a competir que con cualquier otra cosa. Sin embargo, aparte de la señora Adams, él era el único profesor que había mostrado interés por mí en los seis años que llevaba en el Ballylaggin. Me había defendido en muchas ocasiones en todo ese tiempo, y por eso lo respetaba.

—Has llegado muy lejos —continuó persuadiéndome mientras me sacaba lentamente del campo caminando de espaldas y me alejaba de posibles problemas—. Te ha ido muy bien desde Navidad. Estás a nada de acabar. No lo echés todo por la borda peleándote por una chica.

—No es una chica cualquiera —le dije con el cuerpo ardiendo de frustración y pasándome una mano por el pelo mientras él miraba hacia atrás por encima de su hombro hacia el lugar en el que Molloy se sacudía las briznas de hierba—. Como dijiste antes, es mi chica.

—Lo sé.

—Tú no sabes una mierda.

—Escúchame, Joey. Soy profesor. Los rumores y cotilleos que corren por los pasillos no me pasan desapercibidos —explicó con tono persuasivo—. Lo sé todo sobre los continuos problemas que tienes con Rice. Así que piensa en lo bien que le vendría a él que te expulsaran del instituto. Le iría de perlas tenerte fuera del equipo y lejos de su camino.

Lo miré con severidad.

—¿Qué quiere decir?

—Que no le des el gusto a ese mierdecilla —respondió—. Está jugando contigo. No tiene nada que hacer contra ti en ningún sentido, así que está apretando el único botón que sabe con certeza que te hará liarla.

—Aoife.

—Aoife —confirmó con un suspiro cómplice—. No le des la razón, chaval. No le des esa satisfacción.

HACIENDO CÁLCULOS

Aoife

—¿Te acuerdas de esa fiesta en una casa a la que fuimos en Año Nuevo? —le susurré a mi mejor amiga al oído haciendo corrillo durante el almuerzo, con las cabezas inclinadas sobre la mesa y la comida intacta—. ¿La que organizaron los chicos del Tommen antes de que acabaran las vacaciones de Navidad? —Sintiendo que la frenética bestia peluda del pánico me atacaba por dentro, añadí—: Esa noche bebí un montonazo y estuve hasta el día siguiente echando la pota. Es lo único que se me ocurre.

—¿Y Joey? —preguntó acercándose a mí—. ¿Estuviste con él esa noche?

—Sí. —Ruborizada, dejé ir un suspiro—. Tuvimos un sexo de reconciliación espectacular y el resto del fin de semana volvimos a estar juntos bastantes veces.

—¿Se puso condón?

Negué con la cabeza.

—Mierda. —Casey soltó una exhalación—. Eso no está bien, Aoife.

—Pero no me olvidé de la píldora —traté de defenderme—. Me la tomé a la misma hora los dos días.

—En este caso da igual.

—No digas eso, Case —dije muy bajito cogiéndole la mano—. Por favor, no digas eso.

—Lo siento —susurró apretándome la mano—. No quiero hacerte sentir mal, pero tampoco puedo mentirte. —Me miró con preocupación—. La cosa no pinta bien, cariño.

—Ay, Dios... —Con la respiración agitada y mordiéndome el labio, pregunté—: ¿El vómito? ¿Crees que es eso lo que habría podido pasar?

Por la mueca que hizo, estaba claro que pensaba que sí.

—No puedo estar embarazada. —Los ojos se me llenaron de lágrimas y sacudí la cabeza, totalmente sorprendida—. No puede ser.

—Todo saldrá bien.

—¿Cómo? —pregunté sofocada notando que se me estrechaba la tráquea—. ¿Cómo puede salir bien esto?

—Pues va a ser así —me aseguró con una expresión tan cargada de incertidumbre como la mía—. Iremos a la farmacia después del instituto y conseguiremos un test, así al menos lo sabrás con seguridad.

—No quiero saberlo.

—Pero tienes que saberlo, Aoife.

—No. —Dejé caer la cabeza entre las manos y cerré fuerte los ojos mientras las lágrimas me humedecían las pestañas—. No.

—Tranquilízate —me dijo poniéndome una mano sobre la espalda—. Saldremos de esta.

—Case —gimoteé respirando con dificultad—. Mañana es 1 de marzo. Si lo que tuve el mes pasado no fue la regla, entonces...

—¿Mañana haría nueve semanas? —suspiró profundamente y me frotó la espalda haciendo suaves movimientos circulares—. Sí, Aoife, ya había hecho los cálculos.

—Esto no puede estar pasando —sollocé al borde de la náusea mientras me presionaba los ojos con la parte inferior de las manos—. No está pasando...

—¿Qué pasa, Molloy? —preguntó una voz dolorosamente familiar; luego, el cuerpo se me tensó cuando Joey se sentó en la mesa frente a mí—. ¿Se les habían acabado los Rolo en el quiosco?

Obligándome a apaciguar los nervios y mirarlo a la cara, me recliné en la silla y sonreí sin mucha convicción.

—¿Cómo lo sabes?

Me tiró un paquetito en el regazo y me guiñó un ojo.

El corazón me dio un vuelco al ver lo que era.

—Joe. —Parecía que tenía serrín en la garganta—. Qué bonito...

Él puso los ojos en blanco por mi excesivamente dramática reacción a su ternura y se centró en sus amigos, que se estaban uniendo a nosotras en la mesa.

—Qué va, joder —soltó Alec riéndose de algo que había dicho Podge—. Ahora mismo no tiene ni la más remota posibilidad de jugar en juveniles.

—Te lo digo yo, tío, tiene un pie dentro para la gira de verano —insistió Podge zampándose un sándwich mientras discutían sobre un jugador de rugby—. Incluso puede que vaya con la selección absoluta.

—Ni de coña —sostuvo Alec tirando una bolsa de patatas sobre la mesa—. Es más joven que nosotros. —Girándose hacia Joey, preguntó—. ¿Tú qué crees?

—Ya sabes lo que pienso de Kavanagh —dijo mi novio encogiéndose de hombros—. Se va a forrar.

—Gracias —contestó Podge antes de volverse hacia Alec con expresión engreída—. No tengo nada más que añadir.

Casey extendió el brazo, me apretó la mano para tranquilizarme y articuló las palabras «Todo irá bien» con los labios.

No pude devolverle su reconfortante sonrisa. Apenas podía respirar. Mientras miraba alternativamente a mi mejor amiga y a mi novio, sentía que las paredes del comedor se estrechaban a mi alrededor.

«Esto no está pasando».

«No puede estar pasando».

Pero ahí me encontraba, asomándome a lo innombrable y al borde del colapso mental.

—Hey. —La voz de Joey me sacó de mis frenéticos pensamientos y sentí que me cogía la barbilla con los dedos y me giraba la cara hacia él—. ¿Estás bien, reina?

—Sí. —Con un suspiro entrecortado, apoyé la mejilla en su mano, presa del pánico y de la calidez de su tacto en mi piel

—. Todo va bien, semental.

Sus verdes ojos, cristalinos y concentrados, rebosaban de un afecto no disimulado.

Su forma de mirarme estaba a años luz de cómo me miraba antes. Era evidente que confiaba en mí. Ya no intentaba ocultar sus sentimientos, y ver todo eso reflejado en sus ojos no hacía más que acrecentar el nudo que se me había formado en el estómago.

Se volvió hacia sus amigos; charlaba y se reía, pero mantuvo la mano en mi mejilla mientras me seguía el contorno de mi mandíbula con el pulgar. Agradecí mucho su contacto.

Acercándome más, apoyé la otra mejilla sobre el lateral de su cuerpo y cerré bien los ojos, inhalando su aroma y sintiéndome reconfortada por su inconmensurable fortaleza.

«En ese momento, al menos».

Porque sabía que en cuanto se lo contara a Joey, en cuanto le comunicara su mayor miedo, todo lo que habíamos construido con tanto esfuerzo saldría volando por los aires.

Su confianza.

Su comunicación.

Su sobriedad.

«No».

Apreté aún más fuerte los ojos y reprimí la necesidad de llorar.

«No podía dejar que eso ocurriera».

PARTE 3

CAMBIOS DE HUMOR Y SEÑOR RUGBY

Joey

Esa semana estaba siendo de lo más rara: algunas de las mujeres que me rodeaban se comportaban de un modo extrañísimo. Molloy, que no se había quedado sin nada que decir ni un solo día en su vida, apenas me había dedicado unas frases desde el día anterior, y su *partenaire*, que también había sido bendecida con el don de la palabra, había hablado aún menos.

Cuando el instituto acababa, le faltaba tiempo para alejarse de mí, y se iba farfullando cualquier parida sobre una cita con su peluquera antes de evaporarse en su coche con su amiga al lado.

Yo no era idiota.

Estaba claro que la había cagado en algún momento entre la mañana del día anterior, al dejarla en la puerta del vestuario para la clase de Educación física, y ese mismo día, pero me estaba costando saber en qué exactamente.

Había conseguido contenerme en Educación física y no hacer que me expulsaran. Joder, hasta me había escabullido de la clase de Construcción para pillarle un paquete de Rolo en el quiosco. Es cierto que a la hora del almuerzo me había ido con los chicos detrás del cobertizo, como hacía siempre, pero me había fumado un cigarro, no el porro perfectamente liado de Rambo Regan, por tentador que hubiera sido. En definitiva, me parecía que los dos primeros días de instituto de la semana habían sido productivos.

«Ni siquiera me habían castigado».

Sin embargo, la forma en la que Molloy había salido disparada en dirección contraria a la mía en cuanto había sonado el timbre el día anterior, igual que había hecho ese

mismo día, y los dos mensajes de texto a los que no me había contestado eran una señal inequívoca de que en algún momento yo la había cagado a lo grande.

—No sé qué decirte, Trish —dijo Tony entrando a la oficina con el móvil pegado a la oreja—. Hablaré con ella cuando llegue a casa. Sí, vale. Adiós, adiós...

Cortó la llamada y soltó un gruñido de cansancio.

—¿Todo bien, Tony?

—No lo sé, Joey, la verdad es que no lo sé —refunfuñó metiéndose de nuevo el teléfono en el bolsillo—. Hoy parece que le hayan echado algo al agua.

—¿Por qué lo dices? —pregunté girando la cabeza hacia atrás para mirarlo mientras añadía azúcar en dos tazas de café.

—Mi mujer —contestó con el ceño fruncido cogiendo la taza que yo le tendía—. Es la cuarta vez que me llama hoy para quejarse. Cuando no es el perro cagándose en el parterre, es un grifo que gotea, los calcetines que he dejado tirados en el suelo de la habitación o esa jovencita nuestra dando portazos y poniéndose contestona.

—¿Aoife?

Tony asintió con la cabeza y le dio otro sorbo al café.

—Al parecer, está en pie de guerra desde ayer.

Lo sabía. Joder, sabía que estaba de mal humor.

—¿Los martes no tiene turno de tarde en el pub?

Dijo que sí con la cabeza.

—Según Trish, por poco no arranca la puerta de las bisagras cuando se ha ido a trabajar.

—¿En serio?

—Joey, déjame darte un consejo —apuntó—. No te acerques a mi casa esta tarde. Me parece que las dos mujeres que viven allí están que se suben por las paredes.

—Madre mía... —murmuré frotándome el mentón.

—Buen chico —afirmó apretándome el hombro en señal de aprobación—. Es mejor poner tierra de por medio cuando una de mis chicas está a punto de estallar.

Me invadió la inquietud, seguida por una oleada de preocupación. Molloy me lo contaba todo.

Ella no funcionaba así. Cuando tenía un problema, yo era el primero en saberlo, sobre todo porque el problema solía ser yo.

—Voy a la parte de atrás a fumarme un cigarro —le dije a su padre cogiendo el teléfono de la encimera antes de dirigirme hacia la puerta.

—No lo hagas, hijo.

—¿El qué?

—Ponerte en el ojo del huracán llamando a mi pequeña —señaló detrás de mí con una risita—. Según me han contado, te engullirá por completo sin pensárselo dos veces.

Madre de Dios.

Aun así, como me va la marcha, salí a la parte de atrás, me encendí un cigarrillo y marqué su número, obviando la docena de mensajes que me había enviado Shannon.

Mi hermana podía esperar. Esta vez iba a darle prioridad a mi novia. Cuando oí los tonos, pero la llamada acabó en el buzón de voz, mi preocupación fue en aumento. Volví a marcar, me puse el teléfono en la oreja y le di una profunda calada al cigarro.

Me contestó después de cinco tonos.

—¿Hola?

—Soy yo.

—Sí, ya lo sé. —Hablaba con voz entrecortada—. He visto tu número.

—¿Qué te pasa? —le pregunté sin rodeos—. Estás cabreada. —No tenía sentido irse por las ramas—. Dime por qué.

—Nada. —Lanzó un suspiro al otro lado de la línea—. Todo va bien.

—No me trates como si fuera gilipollas. —Di otra calada, exhalé una nube de humo y dije—: Sé que pasa algo, Molloy.

—Joe.

—Dímelo.

—No pasa nada.

—Mentirosa.

Tras una larga pausa, a mis oídos llegó un sonido de cubiertos antes de volver a oír su voz al otro lado del teléfono.

—Oye, tengo que irme. Estoy en el trabajo.

—¿A qué hora acabas?

—A las diez y media —dijo con un hilo de voz.

—Te acompaño a casa.

—Tengo el coche.

—Vale. Iré caminando hasta el pub y te llevaré a casa en coche.

—Tú acabas a las nueve.

—Esperaré.

—Joe, necesito una noche para mí —dijo con tono fatigado—. Yo... Mira, simplemente la necesito, ¿vale?

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunté aborreciendo la sensación de impotencia que me comía por dentro—. ¿He hecho algo que te ha molestado? —Ahogué un gruñido antes de preguntar—: ¿Te has mosqueado porque no hice nada cuando Ricey te tumbó ayer en Educación física? Porque es lo que yo hubiera querido, Molloy. Estaba más que preparado para darle una buena paliza por haberte puesto las manos encima.

—¿Estás de coña? No, estoy muy orgullosa de ti por no haber reaccionado mal. Fue solo un empujón sin importancia, y te juro que no has hecho nada, ¿vale? —aseguró para tranquilizarme—. Te quiero, Joe. No estoy enfadada contigo, te lo prometo. Es solo que estoy lidiando con algo y necesito la noche para mí.

—Te quiero —me oí admitir en tono grave—. ¿Me oyes? Te quiero, Molloy.

—Ya lo sé, Joe —repuso con una voz rebosante de emoción—. Te veo mañana en el instituto, ¿vale?

—Sí. —Bajé la cabeza—. Vale.

—Adiós, semental.

—Adiós, reina.

—Así se empieza —se burló Tony uniéndose a mí en la parte de atrás—. Sigue consintiendo así a esa hijita mía y verás el problemón en el que te metes, muchacho.

«Ya me he metido en un problema».

—Bueno, la verdad es que quiero una vida tranquila, Tony —respondí encogiendo los hombros mientras le daba otra calada al cigarro y revisaba el móvil. Conté al menos veinticinco mensajes de Shannon que decían: «Llámame»—. ¿Qué coño pasa ahora?

—¿Algo va mal?

—Mi hermana —le expliqué marcando su número mientras otro tipo de pánico se apoderaba de mí—. Me va a reventar el teléfono a mensajes.

—¿Se encuentra bien?

—¡Shannon! —dije cuando por fin contestó—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo en el instituto?

El nudo que tenía en la boca del estómago dejaba claro que sí. La presión arterial me subía a un ritmo vertiginoso y tuve que tomarme un segundo para poder volver a hablar.

—Si uno de esos putos pijos te ha hecho algo, se me...

—Estoy bien. Estoy bien. Tranquilízate. He perdido el autobús y el próximo no pasa hasta las diez menos cuarto de la noche —me explicó al otro lado de la línea con una voz extrañamente calmada para alguien que me había reventado el móvil a mensajes.

¿Le habían hecho daño?

Parecía que no.

¿Estaba mintiendo?

Era casi imposible saberlo.

—Ya está oscuro y no quiero ir andando por si... —Hizo una pausa, y entonces oí unos crujidos antes de que volviera a hablar—. ¿Estás con Aoife? ¿Podéis venir a recogerme? Me he quedado tiradísima, Joe. No te lo pediría si no estuviera desesperada.

—Trabajo hasta las nueve —me oí decir presionándome el

palmar inferior contra la frente—. Y Aoife trabaja hasta las diez y media los martes. —Tampoco es que le fuera a pedir a la chica que me acababa de decir que necesitaba espacio que fuera a recoger a mi hermana—. ¿Has probado con mamá?

—Trabaja en el turno de tarde. Y no voy a llamar a papá.

—¡No! Por Dios, no lo llames —convine moviendo la cabeza hacia los lados—. Mira, cuelga y dame unos minutos. Llamaré a algunos de los muchachos, a ver si alguien puede ir a recogerte. —Seguro que Podge o Alec la llevan a casa por mí—. Te llamo en unos minutos.

—No, no lo hagas —se apresuró a decir—. El centro permanece abierto hasta tarde. Puedo esperar aquí hasta que llegue el autobús... No, no, no pasa nada.

Fruncí el entrecejo.

—¿Qué?

—No tienes que hacerlo —señaló hablando con otra persona.

—¿Hacer el qué? —Me picó la curiosidad y luego miré a Tony, que ni siquiera se molestaba en fingir que no estaba escuchando la conversación. De hecho, se había acercado un poco—. ¿Shan? ¿Qué es lo que está pasando? ¿Con quién estás hablando?

—Oh... Eh... Solo un chico del instituto.

—¿Un chico? —Las cejas de Tony subieron a la vez que las mías—. ¿Qué chico?

—Solo un chico que conozco —repuso toda tímida y esas mierdas—. De verdad, no pasa nada. No tienes que llevarme a casa.

—*¿Llevarla a casa?* —dijo Tony moviendo los labios en silencio mientras señalaba el teléfono—. *Pero si es una cría.*

—*Lo sé* —contesté de igual forma antes de volver a centrarme en mi hermana—. Espera, ¿quién te lleva a casa, Shannon? ¿Por qué estás hablando con tíos lo bastante mayores como para llevarte a casa?

—*Dile que tiene quince años* —le leí en los labios a Tony

mientras levantaba los pulgares.

—¡Tienes quince años! —me oí decir sintiéndome un puto hipócrita.

Si ese hombre supiera la mitad de las cosas que yo hubiera querido hacerle a su hija cuando tenía quince años, se cagaría en todo.

—Sé la edad que tengo, Joey —me espetó Shannon, y yo arqueé una ceja al oír la extraña chispa de fuego que reflejaba su voz—. Mira, relájate. Esperaré aquí hasta que llegue el autobús.

Sí, por los cojones.

No me había caído de un guindo.

«Y, si se parece algo a ti, no va a sentarse precisamente en el asiento de delante».

Mierda.

—Que se ponga al teléfono —le ordené encogiéndome de hombros.

—¿Qué? —preguntó Shannon—. ¿Quién?

—El chaval que es solo un chico al que conoces y que tiene coche.

—¿Por qué?

—Porque quiero hablar con él.

—¿Por qué quieres hablar con él?

Le eché a Tony una mirada de complicidad y dije:

—Porque quiero hablar con el cabrón que se ofrece a llevar a mi hermanita a casa en su coche, por eso.

Tony asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—Hola, soy Johnny —soltó una voz masculina con un marcado acento de Dublín al otro lado del teléfono unos instantes después.

—*¡No es ningún chico!* —articuló Tony con los labios en tono acusador, todavía boquiabierto ante el teléfono—. *¡Joder, esa voz es de hombre!*

—*Lo sé* —le respondí—. *Calla y déjame pensar.*

Tony acató mis palabras alzando los brazos.

—Johnny —acerté a decir fríamente esforzándome por usar

mi voz más amenazante—. He oído que conoces a mi hermana.

—Sí, conozco a tu hermana —contestó con una educación exquisita.

—¿Y eres solo Johnny del Tommen o tienes apellido?

—Kavanagh.

—¿El jugador de rugby? —preguntamos Tony y yo al unísono.

—Sí, soy yo.

—*Me cago en la puta* —musitó mi jefe moviendo los labios con los ojos muy abiertos por la emoción—. *¿El tío de la Academia?*

Si ese cabrón importante había encontrado un hueco en su apretada agenda para llevarla a casa es que mi hermanita había hecho algo más que ir saludando con la mano por el Tommen. Y eso podría provocar un puto tsunami.

—Vi tu último partido con los cadetes —me oí decir—. Estuviste impresionante.

—Gracias. Fue un gran partido en todos los sentidos —contestó hablando otra vez con esa puta finura.

—En mayo harás la gira de los juveniles con la selección irlandesa, ¿no?

—Probablemente.

—*Pídele algunas entradas* —dijo Tony moviendo los labios de forma exagerada mientras me daba un codazo.

—*No puedo hacer eso* —le respondí lanzándole una mirada asesina.

—*Hazlo.*

—*No.*

—*Pídeselas.*

—*Que no.*

—*Hazlo por tu jefe.*

—*No.*

—*Vale. Entonces hazlo por tu futuro suegro.*

Me quedé boquiabierto.

Él me sonrió.

—Eh... ¿Podrías conseguirme algunas entradas? —Cerré los ojos en cuanto esas palabras salieron de mi boca, sintiéndome gilipollas por habérselo pedido—. El padre de mi novia es muy fan.

—Claro, veré qué puedo hacer —respondió como si fuera algo que le preguntaran a diario—. Pero solo partidos en casa, y las entradas no salen a la venta hasta mayo. Aunque no debería haber ningún problema.

—*¿Qué ha dicho?*

Asentí con la cabeza.

—*¡Toma ya!* —Sonriéndome, Tony levantó ambos pulgares—. *Siempre he sabido que merecías la pena.*

Poniendo los ojos en blanco, volví a centrarme en la llamada telefónica.

—Eres consciente de que tiene quince años, ¿no? —dije con tono serio—. Mi hermana, Shannon. Solo tiene quince años. Así que espero que no te hayas hecho una idea equivocada porque es una buena chica.

—Soy muy consciente de ello —fue su gélida respuesta y, por primera vez, oí cómo se resquebrajaba esa puta cortesía exterior. Y no, yo no... Somos..., eh...

—¿Amigos? —propuse en tono jocoso.

—Sí —contestó con voz nerviosa—. Somos amigos. Sonreí de satisfacción.

—¿Solo amigos?

—Obviamente.

—¿Qué tipo de licencia tienes?

—Tengo el carnet.

—¿Tu coche es seguro?

—Sí.

—¿Qué edad has dicho que tenías?

—Diecisiete.

—Así que eres mucho mayor que ella.

—Lo sé —respondió antes de añadir—: Lo pillo.

—Eso espero, porque hay mucha diferencia entre una chica de quince años como ella y un tío de diecisiete de tu

posición.

—Sí —soltó sin echarse atrás ni rescindir la oferta—. Sé la diferencia.

—Vale, Señor Rugby, pues toda tuya —dije encogiéndome de hombros—. No la vayas a matar en ese coche que tienes, ¿me oyes?

«Y, por lo que más quieras, no le hagas daño».

—No lo haré —lo oí decir antes de cortar la llamada.

—Joder, Tony, muchas gracias —señalé deslizándome el teléfono en el bolsillo—. El chaval se ofrece a llevar a mi hermana a casa y yo acabo gorroneándole entradas para un partido.

Mi jefe se echó a reír.

—Bueno, ya sabes que, si al final nos trae las entradas, te dejaré venir conmigo.

DOS RAYITAS ROSAS

Aoife

Cuando llegué a casa del trabajo el martes por la noche, mi madre estaba sentada en su cama, doblando calcetines, y lo único que quería era hacerme una bola en su regazo y romper a llorar.

Con el estómago revuelto, merodeaba por la puerta de la habitación tratando inútilmente de encontrar las palabras que expresaran lo aterrorizada que me sentía en ese momento.

—¿Vuelves para el siguiente asalto? —preguntó mi madre desviando un segundo la mirada hacia mí en referencia a la monumental bronca que habíamos tenido esa misma tarde porque había entrado en mi cuarto sin avisar—. ¿O por fin estás preparada para decirme qué te pasa?

«Mamá, tengo miedo».

«Mamá, tengo un problema».

«Mamá, necesito un abrazo».

—¿Qué te preocupa, Aoife? —me presionó con los ojos llenos de preocupación—. Llevas diez minutos parada en la puerta; es evidente que estás intentando armarte de valor para decirme algo. Desembucha.

—Yo... —No me salían las palabras, así que sacudí la cabeza y lo volví a intentar—. Yo...

De nuevo, no pude hablar.

—Lo siento —logré musitar finalmente con voz contenida. Tenía las mejillas ruborizadas, me ardía la piel y el palito de plástico que llevaba en el bolsillo del abrigo me había provocado un paro cardíaco—. Por haberme puesto como una fiera antes.

—Tú no eres así, mi amor.

—Ya lo sé.

—¿Es por Joey? —preguntó dejando a un lado un par de calcetines y centrando en mí toda su atención—. ¿Volvéis a tener problemas? Porque yo pensaba que ya os habíais arreglado.

—Así es —contesté lanzando un profundo suspiro—. Estamos bien.

Mamá frunció el ceño.

—Entonces ¿a qué viene esa cara tan triste?

—Es que... Yo... —Sacudiendo la cabeza, me aclaré la garganta y murmuré—: Estoy cansada. Muy cansada, mamá.

—¿Seguro que es solo eso? —No parecía convencida—. Porque ya sabes que puedes contarme lo que quieras.

—Seguro.

Obligándome a sonreír, asentí con la cabeza y me fui derecha a mi cuarto.

Cerré la puerta detrás de mí, me dirigí hacia la cama y me metí debajo de las sábanas, completamente vestida, con zapatos y todo.

Con el edredón por encima de la cabeza, saqué lentamente el test de embarazo del bolsillo de mi abrigo. Había tardado veinticuatro horas en reunir el valor para usarlo.

Las dos flamantes rayitas rosas del cuadro indicador no se habían desvanecido ni un ápice desde que esa noche habían aparecido por primera vez en el baño del trabajo.

Y ahí estaba.

Mirándome directamente a la cara.

Mi vida se había acabado.

TU HERMANA ES UNA PUTA

Joey

Me olí que había problemas incluso antes de entrar por la puerta de casa después del trabajo. Lo notaba en el aire que tenía alrededor. Todo estaba mal y fuera de sitio.

También era terriblemente consciente de que ese día se cobraba el subsidio por los niños. El primer martes de cada mes, por el hecho de tener hijos, nuestro padre recibía del Gobierno un dinero que le caía del cielo, y luego se bebía hasta el último céntimo que le habían entregado antes de darles una paliza de muerte a esos mismos niños.

A veces, pensaba que ese subsidio mensual era el motivo por el que seguía reproduciéndose tanto.

—¿Cómo va, familia? —dije en un tono que destilaba sarcasmo al entrar en la cocina.

En cuanto llegué, noté el olor a whisky que desprendía el viejo mientras se tambaleaba en medio de la habitación.

—Joey —saludó cauteloso.

—¿Los chicos están en la cama?

Asintió con la cabeza, sin despegar los ojos de mí, observándome como si yo fuera un depredador peligroso dispuesto a atacar en cualquier momento. Y tenía toda la puta razón. Notaba las oleadas de miedo que desprendía mi hermana, que se protegía junto al fregadero presionándose la mano contra el cuello.

Shannon tenía la cara roja y los ojos inyectados en sangre.

Sabía que yo no era tonto. Estaba claro como el agua que había llegado justo a tiempo.

Tratando de no perder el norte, cogí una lata de Coca-Cola de la nevera. Era consciente de que debía ir con cuidado.

—¿Dónde está mamá? —pregunté dando un sorbo—.

¿Sigue en el trabajo?

—Tu madre está en el trabajo y esta de aquí ha vuelto a llegar tarde a casa —balbuceó papá fulminando a Shannon con la mirada—. Al parecer, ha perdido el autobús de los cojones.

—Lo sé —contesté con calma guiñándole un ojo a Shannon—. ¿Cómo va, Shan?

—Hola, Joe. —Nerviosa, tragó saliva e intentó sonreír—. Normal. Hambrienta. Iba a pillar algo de comer.

«Ibas a pillar, sin más».

Me acerqué a ella y, de broma, le choqué los nudillos contra la mejilla, pero solo para poder verle mejor las marcas del cuello. Ese cabronazo le había dejado los dedos impresos en la piel.

«Mierda».

—¿Aoife se ha quedado mucho rato cuando te ha traído a casa? —pregunté echándole un cable.

—Eh..., no. —Se le agrandaron los ojos en señal de gratitud y se apresuró a añadir—: Solo me ha dejado y se ha ido directamente a casa.

Tras hacerle un pequeño guiño de aprobación, cogí un paquete de galletas del armario y se lo di.

—Toma. ¿A que es esto lo que estabas buscando?

No era cierto. Ella nunca tocaría nada del estante superior en el que guardo mis mierdas, pero eso él no lo sabía.

—Esto no es una casa de acogida —gruñó mi padre.

—Esta comida es mía, viejo. —Me giré para mirarlo—. Se ha comprado con mi dinero. De mi trabajo.

—¡Esta es mi casa!

—Una casa que te dio el Gobierno —le espeté sin retroceder ni un solo milímetro ante el pedazo de mierda que tenía delante—. Por nosotros.

—No te hagas el listo conmigo, muchacho.

—Shannon, ¿por qué no te vas a la cama? —le dije, consciente de que ese cabrón estaba a punto de saltar e intentando alejarla de la línea de fuego.

Shannon se dirigió hacia la puerta, pero él se le puso delante y le bloqueó el paso.

—No he terminado de hablar con ella.

—Bueno, ella ha terminado de hablar contigo —dije con tono inexpresivo mientras lo empujaba con el hombro para sacarlo de en medio y le daba a mi hermana una vía de escape hacia la puerta de la cocina—. Así que apártate de su camino, viejo. Ahora.

Afortunadamente, Shannon aprovechó para salir huyendo antes de que él pudiera agarrarla por la coleta.

—Joder, ni se te ocurra —le advertí bloqueando la puerta cuando hizo ademán de ir tras ella—. No es tu puto saco de boxeo.

—¿Has visto esto? —Cogió un periódico y lo tiró hacia mí—. ¿Has visto qué escándalo, chaval?

Alisé la página y vi una foto de mi hermana con el mismísimo Señor Rugby.

—Joder... —musité sonriendo sin ganas al ver a mi hermanita bajo el brazo de la estrella emergente del rugby irlandés. Igual sí que se había hecho una idea equivocada.

—¿Te parece gracioso? —balbuceó mi padre arrancándome el periódico de las manos y rompiendo la página por la mitad—. ¿Tu hermana es una puta y tú no haces más que sonreír?

—Está claro que tenemos definiciones muy diferentes de la palabra «puta».

—Esa muñequita a la que te follas también lo es —me dijo—. Una putita rubia que va por mi casa enseñando las tetas, las piernas y hasta el agujero. Lo va pidiendo a gritos. Te lo digo yo, chaval, esa quiere que le echen un buen polvo...

Sus palabras se interrumpieron cuando le di un puñetazo en la cara.

—¡Mantén los putos ojos lejos de ella!

—¿Los ojos? —Eché la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas—. No son los ojos lo que le voy a acercar la próxima vez que la vea.

Y con eso fue suficiente para echar por tierra muchos meses de duro trabajo y autopreservación. Perdí los putos papeles en el acto; me abalancé sobre mi padre, dando y recibiendo puñetazos a la vez, y nos estrellamos contra la mesa de la cocina, tirando las sillas mientras nos peleábamos.

—¿Era virgen antes de que se la metieras, chaval? —preguntó para seguir atormentándome—. ¿Te la manchó de sangre? ¿Pero qué estoy diciendo? —se rio con crueldad—. No tienes nada entre las piernas que puedas meterle.

—Te voy a matar —rugí forcejeando contra la fornida mano que me había echado al cuello mientras me golpeaba la cara con el puño—. Si se te ocurre ponerle una mano encima... —Conseguí zafarme de él y lo empujé con todas mis fuerzas, impulsándonos a los dos hacia delante hasta que sus piernas cedieron y nos caímos al suelo—. Si vuelves a mirar a mi novia... —bramé con los puños en alto—. Si respiras demasiado cerca de ella, ¡tendrán que sacarte de esta puta casa en una bolsa para cadáveres!

—¡Joey! —oí la voz de mi madre y, al levantar la vista, me la encontré parada en la puerta de la cocina, aferrada a su redondo vientre y mirándome como si yo fuera el monstruo de la historia—. Suelta a tu padre.

El cabronazo que tenía debajo fue listo y dejó caer las manos a los lados, fingiendo ser inocente mientras gemía de dolor.

—¡Me va a matar, Marie!

—¡Suelta a tu padre! —repitió mamá endureciendo el tono mientras entraba tambaleándose en la cocina—. Y sal de mi vista antes de que diga algo que los dos tengamos que lamentar.

Indignado, le solté la camisa y me puse en pie. Con los nudillos manchados de sangre, señalé a mi madre con el dedo y sentencié:

—Eres tonta si no ves que eres la siguiente.

Me fui de la cocina y subí los escalones de dos en dos.

Cogí un buen trozo de papel higiénico del baño antes de entrar en mi cuarto hecho una furia dando un portazo detrás de mí. Después de quitarme hasta los calzoncillos, porque ese hombre había tocado mi ropa, me senté al borde de la cama. Apoyé los codos sobre los muslos, me desplomé hacia delante y presioné el papel contra mi boca.

Si en ese momento hubiera podido arrancarme la piel de los huesos, lo hubiese hecho. No quería que acercara sus manos a mi cuerpo. Joder, no podía soportarlo.

—¿Joe? —La puerta de mi habitación se abrió y vi a mi hermana de pie en el umbral—. ¿Estás bien?

—Estoy genial, Shan —contesté limpiándome la sangre de la boca—. Deberías irte a la cama.

—Estás sangrando.

«No me digas».

—Es solo un labio partido. —Impaciente, y bastante harto ya de toda esa gente, farfullé—: Vete a tu cuarto.

No se movió.

Se quedó en el puerta hasta que cedí y di unas palmaditas sobre el colchón a mi lado, ofreciéndole lo que necesitaba.

—Lo siento —dijo con voz ahogada corriendo hacia mí—. Lo siento mucho —siguió sollozando mientras me rodeaba los hombros con sus bracitos, poniendo más peso sobre mí del que podía soportar.

Parecía que mi vida era un bucle infinito de repeticiones, con reposiciones de la misma escena, el mismo dolor, día tras día, año tras año, hasta que me rompió. Aun así, meforcé en consolar a mi hermanita y asegurarle que no había sido culpa suya, lo cual era cierto.

Esa noche no era culpa de Shannon.

Ninguna de las otras noches de nuestro pasado lo habían sido.

Todas eran culpa de ellos.

Todas.

Tras calmarla unos cuantos cientos de veces, perdí toda esperanza de tener algo de tiempo para mí mismo. Los

temblores que la atravesaban me indicaban que no se iba a ir de mi cuarto.

«Me cago en mi vida».

Le cedí la cama y me quedé con el suelo, donde me instalé para pasar la noche mientras el tema de conversación (igual que la atención de mi hermana) cambiaba de nuestro padre a un chico hacia el que ella se empeñaba en fingir indiferencia.

Johnny Kavanagh.

Cuando me dijo que él era el responsable del golpe que había recibido aquel primer día, sentí que algo se relajaba en mi interior. Porque por fin tenía la confirmación de que lo que le había ocurrido no había sido más que un accidente. Ese tío era casi mecánico en su rigidez; sus modales eran impecables. La Academia había hecho de él un perfecto caballero.

De ninguna manera iba a arriesgar un futuro tan brillante como el suyo por un comportamiento infantil.

Olía sus trolas a la legua cada vez que negaba sus evidentísimos sentimientos, y sonreía mientras la escuchaba divagar sobre el chico que probablemente era su primer amor.

Como uno de esos hermanos mayores gilipollas que nunca había querido ser, me descubrí a mí mismo advirtiéndola, pero no porque no quisiera que encontrara a alguien.

Claro que quería.

Lo que no quería era que se hiciera ilusiones con un tío que tenía un futuro tan imponente como el de Johnny Kavanagh. No me cabía la menor duda de que en unos meses ella solo lo podría ver por la tele y, a riesgo de ser un gilipollas protector, no me apetecía que le hicieran daño a mi hermana.

TIENES QUE DECÍRSELO

Aoife

—Ha pasado más de una semana —exclamó Casey deslizándose sobre el taburete que había junto al mío en nuestra mesa de trabajo de Biología el viernes. Habíamos llegado pronto a clase y, salvo por unos cuantos rezagados que se encontraban en el extremo opuesto del laboratorio, por suerte estábamos solas—. Tienes que decírselo, Aoife.

Con los ojos fijos en mi estuche, ni siquiera intentaba detener el temblor de mis manos. No habían dejado de moverse desde que el mundo se derrumbó a mi alrededor.

—Lo sé.

—Y tienes que ir al médico.

—Lo sé.

—Puedo pedir hora y acompañarte.

Negué con la cabeza.

—No.

Ella suspiró profundamente.

—Aoife.

—No estoy preparada, ¿vale? —El temblor en las manos se acrecentó hasta impedirme abrir la cremallera del estuche—. De verdad.

—Sabes que tienes opciones, ¿no? —dijo en voz baja acercándose para abrirme el estuche—. Mierda de país. Pero siempre puedes ir a Inglaterra. Podemos coger un barco a Liverpool por la mañana, si es lo que quieres. Si quieres dejar esto atrás, podrías hacerlo.

—Ya lo sé —susurré mordéndome el labio.

—Entonces ¿lo has pensado?

—Claro que lo he pensado. —Parpadeando para evitar que se me cayeran las lágrimas, asentí lentamente—. Es lo

mejor para los dos. No soy idiota, Case. Sé que es lo mejor a largo plazo, pero ya es demasiado tarde.

—No es verdad —subrayó enseguida—. Si nos vamos mañana...

—No, no, lo digo por mí. —Con una vibrante exhalación, dejó caer la cabeza sobre las manos y enterré un sollozo—. Lo he estado pensando y no puedo hacerlo, Case. Simplemente no puedo, ¿vale?

—Vale —concedió con tono tranquilizador—. Vale, Aoife.

Tras una lenta exhalación, me concentré en respirar de forma regular, profunda y pausada, y en no sucumbir al pánico que me arañaba la garganta.

—Entonces ¿vas a pasar por esto? —dijo con voz suave—. ¿De verdad tendrás un hijo de Joey Lynch?

Las palabras me fallaron y cerré con fuerza los ojos, logrando a duras penas asentir con la cabeza.

—¿Y a quedártelo? —preguntó con cautela—. ¿Te lo vas a quedar?

—Sí —gimoteé mientras me llevaba la mano al vientre y, a medio camino, me lo pensaba mejor y decidía agarrarme al escritorio—. Supongo que sí.

—Pues aquí me tienes —respondió enganchando su brazo al mío mientras el laboratorio empezaba a llenarse de alumnos—. Te cubriré las espaldas. Siempre.

—Se supone que esta noche vamos al cine —le conté con tono tembloroso y los ojos clavados en la parte delantera de la sala—. Hace un rato me ha enviado un mensaje para confirmarlo.

—Entonces después igual podéis charlar —sugirió con voz esperanzadora.

—No va a poder soportarlo, Case —murmuré castañeando los dientes a causa de los nervios—. Volverá a ir por el mal camino.

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé. —Agitando las rodillas con ansiedad, parpadeé de nuevo para evitar otra tanda de lágrimas—. Lo

destruirá. Hasta ahora le ha ido bien. Mejor de lo que me había imaginado. Pero ¿esto? Esto lo va a hundir.

—Bueno, no lo retrases demasiado —murmuró—. Porque se te empieza a notar.

Esas palabras hicieron que todo lo que tenía dentro del estómago quisiera salir.

Salté del taburete y me fui corriendo de clase, sin detenerme hasta encontrarme de rodillas en el baño de chicas con la cabeza dentro de la taza y mi vida hecha añicos a mi alrededor.

ESTOY MUY ASUSTADA

Joey

—¿Seguro que no tienes hambre? —le pregunté a Molloy el viernes por la noche mientras tomábamos asiento en la fila central del cine.

Ella negó con la cabeza.

—¿Sed?

Otra negación.

Llevaba semanas dando la brasa con ir a ver *Boogeyman*. Por fin había conseguido librar una noche en el trabajo para acompañarla, y ella no podía parecer más desdichada.

No hablaba.

No comía.

No sonreía.

La chica que tenía sentada al lado no era la misma que había salido de mi cama la semana anterior, y empezaba a estar realmente preocupado.

—He oído un rumor esta tarde —decidí intentar, consciente de que Molloy no era capaz de resistirse a un buen cotilleo—. Según Mack, ese tal Johnny Kavanagh del Tommen le ha dado una paliza de siete pares de cojones al amiguito de Ciara Maloney esta tarde en el Biddies.

No me respondió, así que seguí parloteando con la esperanza de provocarle algún tipo de reacción.

—Al parecer, Ciara y Hannah se estaban metiendo con Shan, como de costumbre, y nuestro Kavanagh se puso como loco. Hasta tiró al suelo una mesa llena de bebidas. Le dio una buena tunda a ese tal Murphy —añadí metiéndome un puñado de palomitas en la boca—. Creo que hay algo entre Shannon y Kavanagh. Ella nunca lo va a admitir, eso está claro, pero no soy lerdo. A ver, primero la lleva del

colegio a casa, luego al pub, ¿y ahora defiende su honor en público y arregla asuntos pendientes con unas zorras que la han acosado durante años? A mí me parece que son algo más que amigos, la verdad.

Tan solo recibí un tibio «oh» después de tomarme tantas molestias.

Sin tener ni puta idea de qué hacer o decir a continuación, tamborileé con los dedos en el reposabrazos y decidí concentrarme en la pantalla que tenía delante. Aunque no me resultaba fácil. Y es que podía sentir en el cuerpo la ansiedad que emanaba de mi novia.

—¿Joe? —susurró al fin Molloy tras más o menos una hora de película—. Tengo que decirte una cosa.

—¿Sí? —Me giré para mirarla, aliviado de que por fin hablara conmigo—. Dime.

—Estoy... —Sus verdes ojos, abiertos de par en par, destilaban pánico—. Estoy...

—¿Estás qué, Molloy?

—Estoy asustada. —Lanzó un tembloroso suspiro y, moviendo la cabeza hacia los lados, me agarró el brazo y se lo pasó por los hombros mientras se apoyaba en mi costado—. Estoy muy asustada.

—Solo es una peli —susurré apretándola con el brazo—. No es la vida real. No tengas miedo.

—Ya lo sé. —Temblando, enterró su rostro en mi pecho y me agarró la parte de delante de la sudadera con la mano—. Aun así... sigo asustada.

Confundido, bajé la vista para ver cómo se aferraba a mí y me sentí todavía más inquieto. Su forma de actuar no tenía sentido. No me gustaba nada lo que estaba ocurriendo, porque esa era la misma chica a la que le encantaban las películas sangrientas y de terror.

—¿Quieres que nos vayamos?

Negó con la cabeza.

—Puedo llevarte a casa.
Otra negación.
—Es evidente que no estás bien.
—No quiero ir a casa.
—Entonces ¿qué quieres de mí, Molloy? —pregunté con impotencia—. ¿Qué puedo hacer?
—Puedes quedarte —dijo muy bajito, y luego la atravesó un escalofrío—. Quiero que te quedes conmigo, Joe.
—Vale —respondí soltando un suspiro de frustración—. No me voy a ir a ninguna parte.

Más tarde, durante el trayecto en coche desde el cine de Mahon Point, vi por el rabillo del ojo cómo Molloy miraba por la ventanilla del copiloto, claramente perdida en sus pensamientos, mientras en la emisora de radio local sonaba «Eve, the Apple of My Eye», de Bell X1.

—Te llevo a casa —le dije rompiendo el silencio—. Y luego iré a mi casa andando desde la tuya.

Ella desvió la mirada hacia mí.

—¿No te quedas a dormir?

—Esta noche no.

—¿Por qué?

—Porque, para que me ignoren, mejor me voy a mi casa —repose apretando el volante con fuerza.

—No es eso, Joe —masculló—. De verdad.

—Entonces ¿qué es, Molloy? —exigí saber con rudeza—. ¿Eh? ¿Qué te pasa?

—Nada —suspiró volviendo a su pose de mirar por la ventanilla e ignorarme—. Te quiero, Joe.

—Ya, y yo te quiero a ti —reconocí frustrado, cabreado y nervioso, todo a la vez—. Pero no entiendo qué pasa. Contigo. Entre nosotros. No me gusta, joder.

—No te vayas a casa esta noche —me pidió tras una larga pausa en silencio—. Por favor.

—No voy a quedarme en tu casa.

Se giró para mirarme.

—¿Por qué?

Moví la cabeza hacia los lados.

—Ya te lo he dicho.

—¿Y puedo quedarme yo en la tuya?

—Molloy. —Dejé ir un suspiro agónico—. Basta.

—Por favor. —Se reclinó sobre el salpicadero y me puso la mano en el muslo, sobre los vaqueros—. Sé que no soy la de siempre, ¿vale? Lo sé. Es solo que... —Soltó un gruñido de dolor, sacudió la cabeza y levantó una mano para secarse lo que supuse que era una lágrima de la mejilla—. Ufff, ¿por qué coño tengo que ser una chica?

—¿Estás llorando?

—No.

—¿Molloy?

—Estoy siendo imbécil.

Puse el intermitente y esperé a que el tráfico se interrumpiera para desviarme al arcén y encender las luces de emergencia. Apagué el motor y me giré hacia ella.

—Vale, tienes que empezar a hablar conmigo.

—Estoy bien, de verdad —gimoteó arrastrándose las lágrimas hacia la izquierda, la derecha y el centro mientras le resbalaban por las mejillas—. No sé por qué me he puesto a llorar —dijo medio riéndose y medio sollozando mientras las lágrimas le seguían cayendo por sus largas pestañas—. ¿Ves? —Secándose los ojos con el dorso de las manos, me sonrió desde su asiento y afirmó—: Estoy perfectamente.

—No, joder, no es verdad. —Empujé mi asiento hacia atrás todo lo que pude, me desabroché el cinturón y me acerqué a ella para desabrocharle el suyo y cogerla entre mis brazos—. Ven aquí.

—Estoy bien —dijo llorando a moco tendido mientras sollozaba descontroladamente y enterraba la cara en mi cuello—. Esto es ridículo.

—No estarás preñada, ¿no? —bromeé envolviéndola entre mis brazos.

—¿Te imaginas? —respondió ella aún llorando.

—Joder, no —espeté riéndome entre dientes—. Creo que antes abro la puerta y me tumbo entre el tráfico.

—Entonces menos mal que no lo estoy —repuso riéndose casi como una maniaca antes de romperse en otra tanda de sollozos—. Deben de ser las hormonas de la regla o algo así.

SOY UN DROGATA, TÚ ERES UNA CABRONA

Aoife

Mi penoso intento de contarle a Joey nuestro problemilla había acabado con la confesión indirecta de que preferiría jugársela con el tráfico de la autopista M8 a tener un niño conmigo. Estuviera o no de broma, no estaba dispuesta a correr ese riesgo, sobre todo un viernes por la noche, con un tráfico tan denso.

Para cuando llegamos a su casa, a mí se me habían acabado las lágrimas y a él la paciencia.

—No sé, Molloy —dijo aparcando el coche una vez que yo había acabado de explicarle con todo detalle las calamidades de la feminidad y el síndrome premenstrual, es decir, lo que fuera, con tal de ganar tiempo para no tener que contarle la verdad—. Tampoco es que sea un experto, pero seguro que te pueden dar una receta para eso.

—¿Crees que necesito una receta para los cambios de humor?

—No, no una receta en sí misma —insinuó bajándose del coche—. Más bien un tranquilizante flojito.

—Bueno, de eso tú sabes un rato —dije con un bufido saliendo del coche y dando un portazo—. ¿Verdad que sí?

—¿He dicho flojito? Igual mejor un tranquilizante para caballos —murmuró pasándome un brazo por encima del hombro—. Vamos, gruñona.

Suspirando, le metí la mano en el bolsillo de atrás y me recliné en su costado.

—Siento haber sido tan cabrona contigo.

—Bah. Yo soy un drogata, tú eres una cabrona —musitó acercándose hacia él—. Las relaciones no son perfectas.

Me reí.

—Pero la nuestra funciona, ¿no?

—Claro. —Sonriendo, se inclinó hacia mí y me besó mientras rodeábamos el muro del jardín y subíamos por el camino de entrada—. Los dos estamos muy jodidos.

—Hola, chicos.

Shannon nos saludó desde la puerta mientras Sean sollozaba en su cadera, y sentí que mi novio se ponía rígido cuando detuvo los ojos en su cara. La tenía muy negra y también muy azul.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Joey dirigiéndose hacia donde estaban sus hermanos.

Cogió a Sean en brazos y metió rápidamente a su hermana en el interior de la casa, mientras yo los seguía a toda prisa.

—Se ha vuelto loco —explicó Shannon crujiéndose los nudillos con ansiedad—. Ha sido por esa foto en el periódico en la que salgo con Johnny Kavanagh. No había manera de hacerlo parar, Joe. Por mucho que se lo rogara. —Con manos temblorosas, se acercó a la cocina de fogones y sacó un plato cubierto de papel de aluminio—. Luego vino mamá y me lo quitó de encima —susurró lloriqueando mientras retiraba el papel de aluminio y metía el plato en el microondas para calentarlo—. Pero entonces también le pegó a ella.

—¿Le ha pegado a mamá? —La voz de Joey mostraba una indiferencia mortífera—. Está embarazada de cinco meses.

—Lo sé —gimoteó Shannon frotándose las magulladuras de la mejilla—. Cuando se fue, se lo llevó todo. Cargó el coche con todo lo que pudo rapiñar. Incluso cogió la tele de la salita.

—La compré con mi dinero —soltó Joey con el cuerpo palpitante debido a la tensión, pero tratando de calmarse mientras el pequeñín que tenía entre los brazos se aferraba con fuerza a su cuello. Frotando la espalda de Sean con pequeños movimientos circulares, miró a su hermana y preguntó—: ¿Dónde está mamá?

—Los chicos están en la cama —se apresuró a decirle—. Al

final cayeron redondos, pero no consigo que este renacuajo deje de llorar el tiempo suficiente como para que se duerma.

—Yo me encargo de él —contestó Joey antes de repetir—: ¿Dónde está mamá?

Shannon se estremeció.

—Joe...

—Shannon, ¿dónde está mamá?

—Se ha ido —dijo casi sin voz—. Nos ha dejado.

—¿Te ha dejado? —Sacudió la cabeza—. ¿Qué quieres decir?

—Cogió una maleta y se subió a un taxi —confesó su hermana dando un respingo cuando el microondas sonó detrás de ella—. Más o menos una hora después de que se fuera papá. —Temblando, abrió la puerta del microondas y sacó un plato de espaguetis recalentados—. Eso fue sobre las seis y media, y desde entonces no ha llamado ni contesta al teléfono.

—Entonces ¿qué? —exigió Joey—. ¿Mamá se ha ido sin más y te ha dejado aquí sola con los niños? ¿Sin dar ninguna explicación ni nada? ¿Simplemente se ha levantado y se ha ido?

Le dedicó a su hermano una melancólica sonrisa y puso el plato, que sin duda era para él, sobre la mesa.

—Toma. Te he guardado algo de cena.

—Shannon.

—Cómetelo antes de que se enfríe.

—No tengo hambre. Contéstame.

—¿Estás seguro?

—¡Shannon!

—Sí —admitió en voz baja—. Supongo que sí.

—¿Por qué no me has llamado?

—Porque habías ido al cine.

—¡Shannon!

—No quería volver a molestarte. —Se encogió; las mejillas le ardían—. Me da la sensación de que es lo único que

hacemos todos últimamente.

—Soy tu hermano —espetó acercándose a ella y cogiéndola con el brazo—. Es lo que se supone que debo hacer.

Contemplé cómo Shannon y Sean se aferraban a Joey, de una forma muy similar a como lo había hecho yo antes en el coche.

—Llamadme y vendré corriendo —les dijo con tono grave con los ojos clavados en mí mientras hablaba—. Siempre.

RESPONSABILIDADES DE PAPI

Joey

Una vez más, estaba con la mierda hasta el cuello sin ningún progenitor que me mostrara el camino. Mi padre se había ido, mi madre había desaparecido, a mi hermana la habían molido a palos, a mis hermanos los habían abandonado y mi novia estaba poseída por algún tipo de demonio cabrón llamado «síndrome premenstrual».

Y ahí estaba yo, en medio de esa carnicería, tratando de seguir limpio y mantener la cabeza fría.

«Im-po-si-ble, joder».

Shannon se había quedado en casa con Sean y se suponía que yo debía estar en la ciudad, en uno de mis entrenamientos de las ligas menores, pero en vez de eso me encontraba en el pabellón de la asociación de hurling de Ballylaggin, con la atención repartida entre los partidos de las categorías base de mis hermanos.

Volver al patrón de toda la vida que me había llevado por el camino del que Molloy me había sacado en Navidades no era una opción, así que, en lugar de ahogar el ruido automedicándome, me conformé con fumarme un canuto.

Sentado sobre la hierba de la pendiente, lejos de todos los padres y seguidores que abarrotaban el recinto de la asociación, me lie un porro mientras esperaba que los chicos terminaran de competir en sus torneos de hurling base correspondientes.

Con los brazos laxos alrededor de las rodillas y la capucha subida para ocultar mi rostro, di una profunda calada y retuve el humo el tiempo suficiente como para sentir la quemazón en los pulmones y la neblina en la mente, antes de expulsar el aire poco a poco.

A Ollie no le interesaba mucho el hurling. Tuvo dificultades para entender el concepto del juego del mismo modo que Shannon solía tenerlas con el camogie antes de dejarlo. Tadhg, en cambio, parecía tener el gen que nos había transmitido nuestro padre a espuertas. Para él, el hurling era algo innato y, al verlo jugar, sabías que estabas contemplando algo especial.

A alguien especial.

Tenía la sensación de que, dándole el tiempo y el espacio adecuados para perfeccionar su técnica, y siempre que nuestro padre no le arrebatara la alegría de jugar, como había hecho conmigo, Tadhg podría llegar a ser el mejor de todos nosotros.

Ols lo intentaba, pero la verdad es que el crío no tenía ni la coordinación mano-ojo, ni la destreza, ni la actitud despiadada que iban de la mano de ese deporte y, en cambio, sí encajaban conmigo. Me importaba una mierda si alguno de mis hermanos jugaba o no. Para mí era un juego, simplemente, pero para nuestro padre el desarrollo de nuestra habilidad para jugar al hurling era un rito de paso inevitable que no nos podíamos saltar.

Desde los cuatro años, a todos nos ponían un hurley entre las manos, nos enviaban a ese campo y nos entregaban a los entrenadores de las ligas menores, con el permiso total de nuestro padre para doblegarnos, rompernos y convertirnos en los mejores jugadores posibles.

Era nuestro bautismo de fuego personal.

Listo pero no insolente, seguro de sí mismo pero carente de arrogancia, valiente sin llegar a ser audaz, Darren siempre había encajado en el papel de niño perfecto. Todas esas características, junto con su talante moderado y su naturaleza intuitiva, fueron los principales motivos por los que siempre fue el hijo preferido de nuestra madre y, hasta que supo de su orientación sexual, también de nuestro padre.

Pero lo más importante de todo era que, pese a que

Darren había sido un hurler habilidoso y competente, nunca fue excepcional. Nunca había eclipsado a nuestro padre y, por eso, el viejo nunca se sintió amenazado por él. Y es que, a ojos de nuestro padre, cuanto mejor hurler eras, mejor hijo también, a menos que fueses mejor que él. Entonces suponías una amenaza para su legado, y eso lo detestaba más que el hecho de que no fueras capaz de darle bien a la bola. Quería que recordáramos que él había sido uno de los grandes, y no al revés.

Si bien yo nunca había sido el hijo del que nuestra madre pudiera sentirse orgullosa, puesto que no tenía la labia de mi hermano mayor, había logrado encajar en el estereotipo necesario para ser aceptado y alabado por nuestro padre. Hasta la tierna edad de los once años, cuando cometí el imperdonable error de ser descubierto por los seleccionadores del condado, algo que mi padre no había conseguido hasta los trece y Darren hasta los catorce.

Cuanto más jugaba, él más me odiaba, y, cuanto más me odiaba, más me esforzaba por jugar bien tan solo para cabrearlo. Era un interminable ciclo vicioso de toxicidad que al final me hizo odiar el juego casi tanto como lo odiaba a él.

Me enseñó todo lo que sabía para luego mostrarse resentido conmigo por ponerlo en práctica, mientras que yo detestaba que me hubiera inculcado un don que nunca sería mío. Durante el resto de mi vida, fuera o no mejor que él, ese hombre se llevaría el mérito de todos mis logros. Pero yo seguía jugando, porque, la verdad, tampoco es que tuviera muchas otras habilidades.

—Hacía tiempo que no te veía —dijo una voz familiar mientras una alargada figura se sentaba junto a mí sobre la hierba—. ¿Cómo va todo, chaval?

Me tensé de inmediato, sujeté el canuto entre los labios y me giré para mirarlo.

—¿Qué haces aquí?

—Responsabilidades de papi. —Shane inclinó la cabeza hacia donde se jugaba el partido infantil—. ¿Ves a ese

chavalín de ahí? ¿El grandullón que lleva la pelota?

—Sí.

—Su madre es una churri que tuve hace tiempo —me contó extendiendo la mano—. Ha reaparecido hace poco, con una adicción y las manos vacías. Parece que es mío, o al menos eso dice ella.

Inhalé otra calada, le pasé el porro y exhalé un turbio suspiro.

—¿Cómo que «eso dice ella»?

—Para ese tipo de mujeres —se detuvo un momento para dar una calada antes de continuar—, decir que ese chaval es mío tiene tanto mérito como caerse en un montón de ortigas y ser capaz de señalar la que te ha picado.

Hice una mueca de disgusto.

—Como dar palos de ciego.

—Pero en plan puta loca violenta —convino con una risilla dejando ir el humo.

—Joder, no veas... —murmuré sin saber bien qué decir.

—¿Y dónde has estado, tronco? —preguntó dando otra calada—. Llevo tiempo sin verte por aquí.

—Manteniéndome ocupado —repuse molesto por cómo su aparición se había cargado la dulce paz que había estado disfrutando.

Ahora volvía a estar intranquilo.

Intranquilo y pensando demasiado.

Sin duda, el viejo dicho «ojos que no ven, corazón que no siente» daba bastante en el clavo, porque, con el tiempo, cuanta más distancia lograba poner respecto a mi vida anterior, más fácil me resultaba mantenerme alejado. Pero en ese momento tenía a mi vieja vida sentada junto a mí, y me di cuenta de lo rápido que pueden resurgir los viejos anhelos.

—¿Te lo sigues montando con la tía aquella que servía copas?

—Es camarera.

—Eso —se corrigió lanzando al aire otra nube de humo—.

El otro día vi a tu viejo en la ciudad.

—Me importa una mierda.

—Follándose a una tía que sirve copas al lado del Dinniman.

Me puse rígido.

—Se parecía un huevo a esa camarera tuya.

Me giré para mirarlo.

—¿Adónde quieres llegar, Shane?

—A ningún sitio —contestó levantando la mano—. Solo intento hacer una buena obra con un amigo.

—No era ella.

Se encogió de hombros.

—Podría estar equivocado.

—Lo estás.

—Aun así... —musitó—. Ya sabes cómo son esas tías que sirven copas...

—Camarera. Es camarera, y no pienso seguir escuchándote—. Me levanté y me giré para mirarlo—. Ya te he dicho que la dejes al margen.

Subió los hombros con indiferencia.

—Solo intento proteger a un amigo.

—Yo no soy tu amigo, Shane —le dije—. Solo soy el imbécil que te dio la mitad de su sueldo desde que tuvo edad para ganárselo.

—Siéntate, Lynchy.

—No, no me interesa.

—Siéntate, me cago en la puta —me advirtió con tono grave y amenazante—. Ahora mismo, chaval. No he acabado contigo.

Hubiera deseado por encima de todo seguir teniendo la dicha de ignorar lo que ese hombre era capaz de hacer, pero no era el caso, así que volví a sentarme a regañadientes, sabiendo que no había ningún nivel al que no estuviera dispuesto a rebajarse para conseguir lo que quería.

Mis hermanos pequeños estaban a tiro de piedra de él. No

me podía permitir ninguna temeridad. Porque, si como amigo ya era peligroso, convertirlo en mi enemigo sería infinitamente peor.

—Quieres que deje a tu churri al margen —dijo con calma chocando su hombro contra el mío—. Antes no te había hecho caso, pero ahora sí.

Con el cuerpo en tensión, asentí rígidamente con la cabeza.

—Queda fuera de la ecuación —ofreció—. ¿Qué te parece?

—¿Qué quieres decir?

—Que la saco de mi mente —respondió despreocupado—. O sea, que me olvido de ella por completo. Dónde vive. Su aspecto. Dónde trabaja. El taller de su padre. Todo. Borrado.

«Mentira».

El hecho de que estuviera diciendo todo aquello significaba que lo estaba usando contra mí. Me hacía saber, en términos inequívocos, que podía ir tras mi novia y que lo haría si yo no jugaba según sus reglas.

El único problema era que yo no sabía a qué juego estaba jugando.

—¿Qué quieres?

—Nada.

«Más mentiras».

Arqueeé una ceja.

—Vale —concedió con una risilla—. Quiero que vengas a verme otra vez.

En otras palabras, que retome donde lo dejé.

—No. —Luchando por contener mis emociones, sacudí la cabeza—. He dejado esa mierda.

—¿En serio? —preguntó con tono persuasivo—. ¿O es tu churri la que quiere eso?

Hundí los hombros y dejé caer la cabeza hacia delante, tratando desesperadamente de mantener la calma y no cagarla. Me las había apañado para perderme en un laberinto del que era casi imposible salir. Cada vez que intentaba escapar, me veía arrastrado a otro camino sin

salida.

—Ya he resuelto ese problema de suministros que tenía. — Metió la mano en el bolsillo, sacó una bolsita y me la puso en las manos—. Aquí tienes lo de siempre.

—Shane. —Con el pecho agitado, miré la bolsa de oxi que tenía entre las manos—. No puedo.

—Hacemos una cosa —propuso poniéndose en pie—. A esta invito yo. Si no vuelvo a saber de ti, no te guardaré rencor.

Se marchó antes de que pudiera decir nada más, dejándome solo con mi autocontrol colgando de un hilo.

REVELACIONES Y CHICOS QUE JUEGAN A
RUGBY*Aoife*

La noche siguiente, ninguno de los progenitores de Joey había vuelto a casa. Como Joey se había quedado completamente solo con la enorme responsabilidad que le habían echado sobre los hombros sin ningún tipo de miramiento, yo había estado intentando ayudarlo mientras él se encargaba de nuevo de criar a sus hermanos con una pericia que sería la envidia de cualquier adulto.

Los llevaba de un lado a otro a sus actividades extraescolares, cocinaba para ellos y limpiaba lo que ensuciaban, luego tocaba bañarlos y acostarlos... Verlo hacer todo eso resultaba agotador.

«No me extraña que prefiera meterse entre el tráfico antes que tener un hijo —pensé—. Si ya tiene cuatro».

Cuando Joey por fin se sentó, pasadas las once, con aspecto cansado y ya casi al límite, lo último que quise hacer fue darle el empujoncito final.

Sentado a la mesa de la cocina, apoyó la cabeza entre las manos y suspiró profundamente.

—Vaya una cita de mierda, ¿eh, Molloy?

—Bueno, no sé. —Me acerqué adonde estaba sentado, dejé dos tazas de café sobre la mesa y lo abracé por detrás—. Tampoco ha sido para tanto —respondí dándole un beso a un lado del cuello—. A ver, la compañía es brutal.

Soltó un gruñido y alzó una mano para apretar la mía.

—Bueno. —Me senté junto a él, cogí mi taza y soplé por encima del borde antes de dar un sorbo—. ¿Cuál es el plan?

—No hay ningún plan —reconoció con total sinceridad cogiendo su taza—. No tengo ni idea de lo que estoy

haciendo ni de cuánto tiempo tendré que hacerlo.

Pensé un buen rato en lo que había dicho antes de contestar:

—Creo que posiblemente seas el ser humano más increíble que haya conocido nunca.

Movió la cabeza hacia los lados y soltó una risita.

—Anda, que te pires.

—Nunca he dicho nada más convencida en toda mi vida —insistí—. Quién eres, lo que haces, las hostias que has recibido, los golpes que sigues encajando, lo mucho que quieres a esos críos, lo que te sacrificas para que ellos no tengan que hacerlo... —Moví la cabeza a uno y otro lado—. Es alucinante, Joe. Tu generosidad es asombrosa.

—No digas esas mierdas, Molloy —murmuró sorbiendo el café.

—¿Por qué? —lo presioné—. ¿Te da miedo que alguien me oiga y también descubra lo maravilloso que eres?

—Estoy muy lejos de ser maravilloso —repuso con tono tranquilo y las cejas arrugadas—. En serio. No me pongas en un pedestal. No estoy hecho para eso. Lo único que haré será defraudarte.

—Pues yo diría que se te da muy bien hacer lo contrario —sugerí—. Estoy muy orgullosa de ti, Joe.

—No lo estés, Molloy —me espetó—. De verdad que no. Porque no soy mejor que antes. No estoy curado. —Dejó escapar un trémulo suspiro—. Yo solo...

—Lo estás intentando, ¿no?

—Exacto. —Hundiendo los hombros, asintió lentamente con la cabeza—. Lo estoy intentando.

—Para mí eso es suficiente —le dije con la voz embargada por la emoción—. Tú eres suficiente.

—Tengo que contarte una cosa —afirmó entonces lanzando otro suspiro de frustración—. Hoy ha pasado algo importante en las instalaciones de la asociación de hurling.

—Hola, chicos.

En ese preciso momento, Shannon entró en la cocina y,

aliviados, los dos dejamos de mirarnos.

—¿Cómo tienes la cara, Shan? —preguntó Joey siguiendo el rastro de sus moratones con la mirada—. Madre mía...

Me quedé mirando su ojo morado e hice una mueca de dolor del asco que sentía.

—Estoy bien, Joe —contestó dedicándole una sonrisa cansada—. Parece más de lo que es.

—Joder, Shan, lo siento tanto... —Avergonzado, dejó caer la cabeza hacia abajo—. Debería haber estado aquí.

—No es culpa tuya —dijo ella adelantándose a mí—. Nada de lo que pasó anoche lo es. Tienes derecho a tener una vida, Joey.

Y era cierto, pero eso no le facilitaba las cosas.

—¿Has conseguido que Shane se durmiera? —pregunté en tono amable.

—Por fin —respondió Shannon—. Tadhg y Ollie están fuera de combate. Pero Sean... Uf, está fatal por mi madre. Ha estado llorando a moco tendido durante horas. Hasta que ha acabado durmiéndose.

—Malditos cabrones —gruñó Joey temblando de nuevo a causa de la tensión.

—Joe —susurré—. No digas eso.

—¿Decir qué, nena? —repuso—. ¿La verdad? Porque eso es lo que son. Un puñado de cabrones, joder.

—Sigue siendo tu madre —dije, aunque sentía lo mismo que él.

Pero sabía que sus palabras, independientemente de lo sinceras que fueran, después iban a perseguirlo, porque su madre ejercía un poder sobre él que yo nunca llegaría entender.

—Y es peor que él —soltó pasándose una mano por el pelo—. Por dejar a esos críos aquí solos. Podría coger el teléfono y hablar con ellos, pero no, como siempre, huye y esconde la cabeza debajo del ala.

Sí, sin duda ella era peor que él, pero Joey no pensaba así realmente. Estaba inquieto y asustado, y se sentía

acorralado. Reaccionaba al trauma usando las palabras como si fueran balas. Es lo que hacía siempre. Pero esas balas eran perdigones que también se astillaban y llegaban hasta él.

—Veamos cuánto tenemos —dijo vaciándose los bolsillos sobre la mesa de la cocina—. No vuelvo a cobrar hasta la próxima semana. Lo que nos deja exactamente con... —la voz se le iba quebrando a medida que contaba el dinero y apilaba las solitarias monedas— ochenta y siete euros con treinta céntimos para los próximos seis días.

—Eso es bueno, ¿verdad?

—Debería bastar.

—Sabes que ayudaría si pudiera —murmuró Shannon con gesto de culpa—. Pero papá no me dejará buscar trabajo...

—Para. Ni se te ocurra asumir la culpa de esto, Shan —le advirtió Joey con una mano alzada. Luego, guiñándole un ojo, añadió—: Revisa la nevera por mí. —Cuando lo hizo y nos mostró que estaba completamente vacía, vi que mi novio cerraba los puños y volvía a gruñir—: Malditos cabrones.

—Los armarios están igual —dijo Shannon con calma—. Mamá suele hacer la compra los sábados.

—Suele —repitió Joey con desprecio pasándose las manos por el pelo mientras se desplomaba sobre la mesa mirando los montoncitos de monedas.

—Ella no se iría así, Joe —señaló Shannon con tranquilidad mordiéndose el labio—. Jamás nos dejaría sin comida.

—Pues lo ha hecho —replicó Joey con tono acalorado y lleno de resentimiento—. Y estamos de maravilla, Shan. Nos las arreglaremos.

—¿Sí?

—Sí.

—Vale —contestó su hermana con cara disgustada y aire escéptico.

—Llamaré a Mark por la mañana —propuso Joey—. Tiene que hacer una galería en la ciudad la próxima semana. Le

preguntaré si necesita a alguien.

—De ninguna manera, Joey. —Mark era uno de los clientes del taller de papá. Cada vez que iba a que le arreglara algo, intentaba que Joey trabajara en la construcción para él. Volvía loco a mi padre—. No puedes faltar a clase. Son los exámenes de acceso a la universidad.

—No —contestó él con tono duro y firme—. No puedo dejar que los niños pasen hambre, y quién sabe cuándo volverá esa perra.

—Joe, yo puedo ayudarte con...

—No voy a aceptar tu dinero, Aoife —espetó con aspecto de estar mortalmente ofendido tan solo de pensarlo—. Así que, por favor, no te ofrezcas.

—Joey. —Moví la cabeza hacia los lados, confusa—. Quiero ayudarte.

—Y yo te quiero por eso, pero no aceptaré limosnas de mi novia.

Su expresión dejaba claro que para él el tema se acababa ahí.

—¿Sabes dónde está? —pregunté entonces—. Me refiero a tu madre.

—Supongo que ha ido a buscarlo —respondió Shannon, encogida y confusa.

—Chicos, no os enfadéis conmigo por esto —dije escogiendo las palabras con cuidado, totalmente consciente de que podía despertar a la bestia—, pero ¿no deberíais llamar a las autoridades?

Joey me fulminó con la mirada.

Shannon abrió la boca horrorizada.

—Él no puede seguir haciéndote esto —intenté explicarle disgustada y aborreciendo la mirada de sus ojos, que me acusaban de traición—. Y vosotros estáis aquí solos cuidando a tres niños pequeños. —Negué con la cabeza—. No es lo correcto ni justo para ninguno de los dos.

—No, no es lo correcto ni justo para nosotros, pero Shannon y yo ya hemos pasado por eso antes y ni de coña

vamos a volver a hacerlo, hostia ya —dijo Joey dejándome atónita.

¿Volver a hacerlo?

¿El qué?

—¡Joey! —soltó Shannon horrorizada por oírlo hablar con tanta libertad conmigo delante.

—Míranos, Shan —prosiguió con tono hastiado—. Hasta ella ve lo jodidos que estamos.

—¿Qué quieres decir? —pregunté centrándome por completo en mi novio—. ¿Volver a hacerlo? ¿A qué te refieres, Joe?

—Cuando éramos pequeños, antes de que nacieran los niños, cuando solo estábamos Darren, Shannon y yo, nos pusieron a los tres bajo tutela durante seis meses —reveló haciendo que me explotara la cabeza.

—Por Dios... No me lo habías contado.

—No es algo de lo que vaya hablando, nena. Además, solo tenía seis años por entonces —musitó pasándose una mano por el pelo—. Shan solo tenía tres años. Mi madre nos puso bajo tutela voluntariamente; dijo que estaba demasiado enferma para cuidarnos en ese momento. —Su tono destilaba repugnancia mientras hablaba—. Nos dejó allí y se piró tan pancha. Shannon y yo tuvimos suerte. Nos acogió a los dos juntos una buena familia. Darren tenía once años por entonces y no tuvo tanta suerte.

—Joe, por favor, no lo hagas —oí que le decía su hermana, rogándole que me dejara fuera de su mundo.

—Lo enviaron a un hogar de acogida donde le pasaron cosas —prosiguió Joey dándome su versión—. Cosas que no deberían pasarle a un niño.

—Estás diciendo que...

Asintió con la cabeza.

Automáticamente, me tapé la boca con la mano, un acto reflejo tras oír algo tan incomprensible.

—Oh...

—No —me indicó alzando una temblorosa mano—. No me

pasó a mí.

—Lo sé —gimoteé cogiéndole la mano—. Yo solo... Es horrible.

—De todos modos, cuando la salud de mi madre mejoró, fue al juzgado y logró recuperarnos —relató ignorando mi compasión—. Todo lo que pasó en el hogar de acogida salió a la luz allí, y, como nos había entregado voluntariamente debido a supuestos problemas de salud, recuperó la custodia de alguna manera.

—Dios mío...

Joey se encogió de hombros.

—Darren nunca volvió a ser el mismo, y tampoco nuestro padre. —Arrugando el entrecejo, se rascó la barbilla antes de añadir—: En realidad, no era tan mal tipo antes de eso. Pero, después de que todo lo que le pasó a Darren saliera a la luz, el viejo perdió la puta cabeza. No pudo superarlo y se dio a la bebida. Se le metió en la mollera la ridícula idea de mierda de que lo que le había pasado a Darren lo había cambiado de alguna manera. —Joey movió a un lado y a otro la cabeza—. Joder, si nos hubiera prestado un poco de atención mientras crecíamos, se habría dado cuenta de que no era así.

La cabeza me daba vueltas.

Sin parar.

Ahora todo tenía sentido.

Madre de Dios.

—No sé qué decir —confesé.

—Lo que pasa en esta casa no es lo correcto —dijo Joey aclarándose la garganta y tamborileando con los dedos sobre la mesa—, pero es mejor que lo que sucede en algunas de esas casas. Ni de coña voy a dejar que pongan a mi hermana y mis hermanos bajo tutela. Es que ni de puta broma. Al menos cuando están aquí, están todos en el mismo lugar y puedo mantenerlos algo seguros.

Después de todo, ese miedo irracional que le provocaba la idea de que las autoridades descubrieran la verdad no lo era

tanto. Porque a los niños Lynch los había abandonado tanto el Estado como sus padres de la peor de las maneras.

—¿Tenéis a alguien a quien llamar? —me oí preguntar—. ¿Un pariente o algún familiar amigo de la familia?

—La tata tiene ochenta y un años —expuso Shannon—. Está demasiado mayor y débil para...

—Shannon y yo nos tenemos el uno al otro. —Joey la interrumpió; su tono era brusco—. Eso es todo.

—Ya no —afirmé apretándole la mano—. Me tienes a mí. —Miré a su hermanita y sonreí con tristeza—. Todos vosotros.

Se quedaron callados un buen rato hasta que Joey me cogió la mano.

—Joder —murmuró dándome un beso en los nudillos—, cómo te quiero.

Era la primera vez que Joey admitía abiertamente sus sentimientos delante de otra persona, y la solemnidad de sus palabras me llegó a lo más profundo del corazón.

—Bueno. —Me puse en pie para no desplomarme y ponerme a llorar de tristeza por ellos, di una palmada y sonreí alegremente—. Me muero de hambre y sé que vosotros también. Por lo tanto, os voy a pillar algo de comer, y yo invito.

—Aoife —comenzó a decir Joey—, te he dicho que...

—Que yo invito —dije interrumpiéndolo y lanzándole una mirada de advertencia. Podía pelearse conmigo por todo lo demás, pero por esto no—. Bueno, ¿vienes conmigo?

—Claro que voy —murmuró poniéndose en pie—. No vas a conducir sola por la ciudad en plena noche.

—Bueno, al menos vuelves a comer —apuntó Joey media hora después, ya sentados en una de las mesas vacías del restaurante de comida rápida y devorando una bolsa de patatas de tamaño gigante—. Me tenías un poco preocupado.

—Créeme, Joe, teniendo en cuenta la cantidad de mierda

que hay en tu vida ahora mismo, mi apetito es el menor de tus problemas —le aseguré mojando una patata en mayonesa antes de metérmela en la boca.

—Kev tiene razón —musitó observándome con gesto curioso—. Esta nueva afición tuya a la mayonesa es rara de cojones, nena.

Sonrojada, aparté los ojos de los suyos, incapaz de profundizar en los orígenes de mis recién descubiertos antojos y, además, sin ninguna intención de hacerlo. Ya hablaríamos de eso otro día.

«Un día en el que la vida de tu novio no se esté desmoronando a su alrededor».

—¿No tendríamos que volver? —pregunté cambiando de tema—. ¿Con los niños?

Se encogió de hombros.

—Seguramente.

—¿Qué? —dije mirándolo con recelo al ver que seguía observándome sin hacer ademán de irse—. ¿Tengo algo en la cara?

Movió la cabeza lentamente.

—Solo estoy pensando.

«Ay, mierda».

—¿El qué?

—Lo diferente que estás.

«Mierda otra vez».

—¿En qué sentido?

—No sé —murmuró inclinando la cabeza hacia un lado y estudiándome con ojos afilados como cuchillas—. Pero así es.

—¿Y eso es malo? —pregunté con una risilla nerviosa.

—Nada relacionado con tu aspecto puede nunca ser malo, Molloy —contestó pensativo—. Es solo que estás como brillante.

Tragué saliva.

—¿Brillante?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Como si resplandecieras.

«Debe de ser tu bebé».

—Debe de ser mi aureola —bromeé mientras me levantaba a toda prisa y cogía todos los envoltorios de comida vacíos. Me dirigí a la papelera, tiré nuestra basura y me limpié las manos frotándolas entre ellas—. Brilla más que la tuya, ¿te acuerdas?

—Estás muy bien —me aseguró acercándome hacia él para apretarme el culo antes de conducirme hasta la puerta—. Muy sexy.

—Joe. —No hubiera podido reprimir el escalofrío ilícito que me atravesó ni aunque lo hubiera intentado—. No hagas eso.

—¿El qué? —ronroneó empujándome contra la pared que había fuera—. ¿Decirle a mi novia que es la hostia de sexy? —Atrapándome con sus caderas, me envolvió la cara con sus manos y me besó con fuerza—. Me vuelves loco —gruñó contra mis labios—. Pones mi mundo del revés, reina.

—Lo mismo digo, semental —dije sin aliento cediéndole todo el poder mientras le rodeaba el cuello con los brazos y lo atraía hacia mí.

—¿Qué te parece si esta noche nos despelotamos? —dijo contra mis labios.

—Joe, yo... —Respiré de forma entrecortada—. Yo...

—Me da igual lo que vayas a decir —me interrumpió—, necesito entrar en ti desesperadamente, Molloy.

—¡No sé quién coño eres! —retumbó una voz cercana. Ambos nos giramos a la vez y vimos a un tío gigante de la hostia desplomado contra el cristal del restaurante de comida rápida y hablando por teléfono mientras se zampaba una cantidad anómala de hamburguesas—. ¡No conozco a ningún Rey del Clítoris!

—¡Mierda! —exclamó Joey dando un paso hacia atrás—. ¡Es él!

—¿Quién?

—El tío al que Shannon le ha echado el ojo.

—¿El que dijiste que le había partido la cara al novio de

Ciara Maloney?

—El mismo.

—Vaya, no veas con Shannon —espeté al ver a ese chico tan ridículamente atractivo haciendo un intento ridículamente poco atrayente de tragarse una hamburguesa de cuarto de libra en dos bocados—. Tiene un polvazo, ¿no?

Joey resopló con desdén.

—No te preocupes —bromeé dándole unas palmaditas en el pecho—. No me atraen los cachas con pinta de tomar esteroides.

—¿Ah, no?

—No. —Sonriéndole, agregué—: Prefiero a los malotes delgados que esnifan cocaína.

Se le dibujó media sonrisa.

—Muy graciosa.

—Vamos a saludarlo.

—¿Qué? —Joey me miró con la boca abierta como si me hubieran salido tres cabezas—. ¿Por qué íbamos a hacer eso?

—Porque podría ser tu futuro cuñado.

Se le frunció el ceño.

—Y una polla.

—Venga —me reí mientras le cogía la mano—. Vive un poco, pero siendo majo... Ni se te ocurra asustarlo para que se aleje de tu hermana.

—Podría encontrar a alguien mejor.

—También podría encontrar a alguien mucho peor —repuse entre carcajadas—. Venga, Joe. Ve a decirle hola.

Me miró espantado.

—¿Por qué yo?

Hice un gesto de indiferencia.

—Porque es tu hermana, no la mía.

—¿Y?

—Y nada, ¡calla y hazlo de una vez!

—¿Por qué las mujeres que hay en mi vida no dejan de darme órdenes? —murmuró Joey caminando detrás de mí—.

¿Johnny Kavanagh?

—Nada de fotos esta noche, chicos —contestó el chico con los hombros hundidos—. Johnny está en tiempo muerto.

Joey me echó una mirada que decía: «Menudo capullo».

Yo lo animé a volver a intentarlo asintiendo con la cabeza.

—Hablé contigo por teléfono la semana pasada —señaló Joey mirándome con ojos punzantes—. Conoces a mi hermana, Shannon. La llevaste a casa.

El chico se centró rápidamente en cuanto oyó el nombre de Shannon, y observé cómo se disipaba la neblina que cubría sus ojos azul metálico.

—Tú eres el hurler... —Johnny enderezó los hombros, robustos como un armario empotrado—. ¡Joey! —Sonriendo con satisfacción, añadió—: Joey el hurler y Shannon como el río.

Joey me miró como diciendo: «¿Qué cojones dice?».

Mi respuesta fue partirme de risa.

—¿Como el río? —sonreí—. Madre mía, pero ¿cuánto has bebido?

—Todo el cauce, por lo que parece —apuntó Joey secamente chocando su hombro contra el mío—. ¿No crees que deberías irte a casa, tío? Pareces ir bastante pedo.

—Lo haría si pudiera —balbuceó Johnny con aspecto confuso—. No hay taxis.

Cuando abrí la boca para hablar, Joey negó con la cabeza y me echó una mirada que decía: «No lo hagas».

—Yo creo que podemos llevarte, ¿verdad, cariño? —dije igualmente mientras me recreaba en la cara de «vete a la mierda» que había puesto Joey—. Hemos aparcado al final de la calle.

—Estaría genial —contestó Johnny arrastrando las palabras, pero con los ojos llenos de alivio—. Gracias.

—Sí, claro —concedió Joey, inexpresivo—. No hay problema.

Se me escapó una risita.

Joey me lanzó una mirada asesina.

Yo le sonreí.

«Esto va a ser divertido».

—Soy Aoife Molloy, por cierto —me presenté mientras me entretenía observando cómo ese tiarrón gigante se esforzaba inútilmente por caminar en línea recta hacia el coche. Di la vuelta alrededor del vehículo, abrí la puerta de un tirón y, antes de subir, dije riéndome entre dientes—: La novia de Joey el hurler.

—Encantado de conocerte —respondió Johnny con unos modales exquisitos pese a que apenas podía mantenerse en pie.

—Tres puertas —explicó Joey indicándole con gestos a nuestro pasajero que iba a tener que maniobrar sobre el asiento delantero para acceder a la parte de atrás—. Vas a tener que abrirte paso hasta el asiento de atrás.

—No pasa nada, tío —respondió Johnny con mucha educación.

Y entonces fui testigo de cómo el chico más enorme que había visto jamás intentaba, a duras penas, llegar hasta el asiento trasero de mi pobre Opel Corsa.

Joey puso los ojos en blanco y lo metió de un empujón en la parte posterior gruñendo con impaciencia:

—¡Por el amor de Dios!

—Joder... —murmuró Johnny una vez dentro, ocupando todo el asiento tan solo con la espalda.

Joey se colocó en el asiento del conductor y lo reclinó al máximo hacia atrás, provocando un resoplido del chicarrón que nos acompañaba.

—¿Estás bien?

—Todo bien —afirmó Johnny con voz ahogada, claramente hecho polvo—. Gracias de nuevo por llevarme.

—No hay problema. —Joey se inclinó hacia mí y pronunció en silencio las palabras «Te voy a matar» antes de darme un piquito en los labios—. ¿Adónde vamos?

—A unos seis kilómetros y medio al otro lado del Tommen College —masculló Johnny—. Sal por la carretera principal a

la ciudad. Te avisaré del desvío cuando lleguemos.

Joey se acababa de incorporar a la carretera cuando tuvo que frenar en seco porque un enorme cabronazo rubio se había tirado contra el capó de mi coche.

—¿Qué coño...? —dijimos los dos al unísono mirando boquiabiertos al perturbado que abrazaba mi coche como si fuera Superman.

—¡Bájate del coche, gilipollas! —rugió Joey abriendo la ventanilla.

—¡Estás secuestrando a mi centro! ¡Devuélvemelo! —gritó el chico dando la vuelta por el lateral del coche para asomar la cabeza por la ventanilla del conductor—. Hey, capi. ¿Cómo va eso? —dijo sonriendo hacia el asiento de atrás, donde estaba Johnny—. Te he estado buscando por todas partes.

Joey y yo nos miramos en cuanto reconocimos a ese puto loco. Era ni más ni menos que Gibsie Gibberson, o como se llamara, de la fiesta del Tommen.

—¿Y este payaso es...? —preguntó mi novio, pese a saberlo perfectamente.

Me echó una mirada para indicarme que le siguiera el rollo.

—Es mi *flanker* —repuso Johnny con un gruñido mientras se inclinaba entre los asientos y espetaba—: ¡Gibs! ¡¿Qué cojones estás haciendo, tío?! ¿No se suponía que te habías ido a casa con Hughie?

Joey y yo volvimos a cruzar miradas. Supe que estábamos pensando lo mismo cuando los dos articulamos a la vez la palabra «champán» con los labios.

«Ay, mierda».

—¡La Gardaí lo ha parado por el seguro y el impuesto de circulación! —declaró Gibsie claramente borracho mientras se tambaleaba y se mecía sobre sus pies.

—¿Y? —refunfuñó Johnny—. Hughie tiene los papeles en regla.

—¡Me miró, Johnny...! ¡Me puso su enorme linterna de

mierda en toda la cara! —balbuceó Gibsie con los ojos como platos—. He entrado en pánico y he saltado del coche. Llevo corriendo por la ciudad desde entonces. ¡He intentado llamarte, pero no parabas de colgar!

—¿Tú eres el Rey del Clítoris?

—Ah, sí. Me había olvidado de eso.

—¿Y cómo aparece Hughie?

—Pelo Púbico Pelirrojo.

—Es rubio.

—Pero su novia no.

—Por Dios, Gibs...

—¿Qué quieres que haga con él? —preguntó Joey con un tono cansado que contrastaba con lo mucho que yo me estaba divirtiendo con sus payasadas.

—Probablemente debería llevármelo a casa —musitó Johnny frotándose el mentón—. O a un centro de custodia hospitalaria.

—Nos metes en unas mierdas... —me dijo Joey por lo bajini antes de abrir la puerta y salir del coche para mover su asiento hacia delante.

Sin la elegancia y la consideración que había mostrado su amigo al enfrentarse al reducido tamaño de mi coche, Gibsie se tiró hacia el asiento de atrás y se despatarró sobre el regazo de su amigo.

—¡Joder!

—Mierda, tío ¿te he dado en el rabo? Te llevaré hielo para las pelotas cuando lleguemos a casa.

—Quítate. De. Encima.

—La Virgen, este es el agujero más prieto en el que he estado desde hace meses...

—Espero que no haya ninguno más —murmuró Joey acomodándose en el asiento del conductor y arrancando—. El coche va sobrecargado por detrás.

—Lo siento —contestó Johnny claramente avergonzado.

—Es culpa suya, el muy gordaco —declaró Gibsie justo antes de volver a centrarse en su colega y preguntar—:

Oye, ¿tienes bien el rabo, tío? Lo siento mucho. Espero no haberte aplastado las pelotas.

—Vete a la mierda, Gerard.

—Estaba siendo sincero, Jonathan. Solo por eso, puedes ir tú solito a por el puto hielo esta noche... ¡Un momento! ¡Traidor! ¡Has ido a la hamburguesería!

—Sí, he ido, y estaba la hostia de bueno, y no me arrepiento.

—¿Qué te has pedido?

—Unas cuantas hamburguesas con queso y unas patatas al curri.

—¿A qué sabían?

—Mejor que el sexo.

Joey resopló y dijo en voz baja:

—Si prefiere una hamburguesa a follar, está claro que no tiene ni idea de sexo.

—Compórtate —lo regañé dándole un manotazo en el hombro.

—Yo no te cambiaría ni por todos los bistecs de Irlanda.

Sonreí.

—Con halagos se llega a todas partes.

Joey me guiñó un ojo y se centró en la carretera.

—¡Se supone que debemos estar a dieta! —exclamó Gibsie en tono acusador captando de nuevo mi atención con su cháchara—. ¿Me has comprado algo?

—Sí, una hamburguesa.

—Gracias, Johnny.

—Pero luego me ha dado hambre, así que me la he comido.

—¡Eres un monstruo!

—Sois muy raros —me reí, moviendo la cabeza hacia los lados mientras me giraba hacia mi novio—. ¿A que sí, Joey?

—Un poco sí —musitó negando con la cabeza y haciendo saber que las gracietas de su futuro cuñado le impresionaban más bien poco.

—Hey. —Gibsie se asomó entre los asientos para mirarnos

—. ¿Quiénes cojones sois vosotros? —preguntó pese a que su expresión dejaba claro que lo sabía perfectamente.

—¡Ni una palabra sobre la hierba! —susurró rogándome con los ojos que guardara silencio—. ¡Él es el capitán al que intenté drogar! ¡Me matará!

—La hermana de mi novio es amiga de Johnny —ofrecí echándole un cable.

—¿Hermana? —Ahora Gibsie parecía realmente confuso—. ¿Qué hermana?

—Shannon —intervino Johnny.

Los ojos de Gibsie se abrieron como platos.

—¿Shannon? —Mirando boquiabierto hacia el cogote de Joey, susurró—: Joder, ¿es su hermana? ¡Mi capi está obsesionado con ella!

Asentí con una risita.

—Sí, Shannon —espetó Johnny mosqueado.

—Ay, mierda —murmuró Gibsie antes de volver a girarse hacia su amigo.

Se enfrascaron en una conversación con un doble sentido más que evidente, con la que solo se estaban engañando a sí mismos en ese coche.

—Ufff, sí. —Me acerqué a Joey y le susurré al oído—: No hay duda de que ese gorila quiere estar dentro de tu hermana.

—Madre de Dios, ¿intentas que estampe el coche? —soltó Joey estremeciéndose—. ¡No me digas esas cosas tan horribles, nena!

—Pero es verdad —musité—. Igual hasta ya lo han hecho.

—Molloy.

—Ella es tan diminuta y él tan grande...

—¡Aoife!

MI HERMANA NECESITA UN AMIGO

Joey

Manipulado para que condujera durante kilómetros por lugares remotos ante la insinuación de que después iba a mojar el churro, me adentré a través de una impresionante puerta de hierro fundido de tres metros por un camino rural privado de kilómetro y medio que desembocaba en una casa de película.

De verdad, en cualquier otra circunstancia, me habrían disparado en el acto por colarme en una propiedad así. Casi me esperaba ver a algún tipo de guardia salir de entre los arbustos con una escopeta. Tuve que armarme de valor cuando aparqué delante de lo que solo podría describir como una puta mansión señorial.

¿Aquí es donde vivía Kavanagh?

Miré a Molloy, que contemplaba la casa ojiplática de forma similar a la mía.

—Y yo que pensaba que la casa de su amigo era un palacio —masculló con la cara presionada contra la ventana—. Madre mía, Joe.

—Ya ves, Molloy.

Esta gente poseía acres de tierra y terrenos que se extendían por todas partes.

«Virgen santa».

Tras ayudar a Kav a dejar a Gibsie en el sofá de un salón que podría haber sido una sala de baile antes de renovarlo, me detuve en la puerta principal, incapaz de largarme hasta que abordara el asunto que tanto me incomodaba.

—Oye. —Frotándome la parte posterior del cuello, me giré para mirarlo—. Sobre Shannon...

Kav pareció enderezarse allí parado en la entrada de su

impresionante casoplón e inclinó la barbilla para indicarme que siguiera adelante con la conversación.

—¿Qué pasa con Shannon?

No se echó atrás ni se puso en plan tímido. Tan solo se preparó para lo que le iba a decir.

—Es frágil —me oí decirle—. Vulnerable.

—Sí. Ya me he dado cuenta.

—Lo que intento decir es que te agradezco que cuides de mi hermana. Ha tenido unos años difíciles y el Tommen parece hacerle bien.

Asintió bruscamente con la cabeza.

—Así es.

Me molestaba sentirme impresionado por él, así que lo miré con severidad para ver si vacilaba o daba un paso en falso. Clavó sus ojos azules en los míos, determinado a no ceder ni un ápice.

«Mierda...».

El cabrón iba a permanecer firme.

No quería entrometerme en lo que fuera que mi hermana tuviera con ese tío, pero necesitaba decirle que tampoco iba a quedarme de brazos cruzados viendo cómo la puteaba, así que le dije:

—Supongo que espero que continúes pendiente de ella en el instituto, ya sabes, asegurándote de que nadie la molesta.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sin problema.

—Parece estar adaptándose al Tommen y siempre me dice que la gente es amable con ella, pero yo voy al instituto público Ballylaggin, así que no tengo forma de saber si está bien o no. —Moví la cabeza hacia los lados y suspiré—. Y ella nunca le cuenta a nadie lo que le pasa por esa cabeza suya hasta que es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde?

—Piques entre tías. —Odiaba sentir que me estaba desnudando tanto ante ese chico, pero esa era mi única

baza. Él iba al instituto con mi hermana. Tenía la capacidad de hacer lo que yo no podía. Era él quien se encargaba de mantener a raya a las matonas. Él tenía el control de la situación—. Mi hermana ha tenido una diana en la espalda desde que llevaba pañales.

—Joder... —Entonces una emoción cruda y desatada se reflejó en sus ojos y en su voz, y me di cuenta de que no era ni mucho menos el robot que estaba programado para ser—. Qué chungo.

—Los críos son crueles —señalé dándole una oportunidad perfecta para que me contara el altercado que él y Shannon habían tenido en el Biddies.

—Sí que lo son —fue todo lo que contestó.

No presumió.

No hubo concurso de meadas.

No dio explicaciones.

Tan solo un estoico silencio.

«Mierda...».

—¿No me lo vas a contar?

Silencio.

—El novio de Ciara Maloney... —dije dándole una pista y apretando los labios al ver que no tenía intención de responder—. Un tío del Tommen le dio de hostias ayer en la ciudad.

—¡Ah! —Se encogió de hombros de manera evasiva—. ¡No me digas!

Sonreí.

—Pues sí.

—Bueno, espero que lo dejara fino —soltó por fin cruzando los brazos sobre el pecho—. He oído que su novia es un cabrona.

—Yo he oído que él no tuvo un buen día —repuse sin aspavientos—. La nariz rota y varios puntos.

—Qué horror.

El tono de Kav destilaba desdén y sus ojos no mostraban ninguna empatía... Tampoco arrepentimiento.

—Bueno, solo quería que supieras que te agradezco que mi hermana tenga a alguien que la cuide cuando yo no puedo hacerlo.

—Sin problema.

—Un amigo —puntualicé lentamente mientras observaba su reacción—. Mi hermana necesita un amigo, Kavanagh. No necesita hacerse ilusiones con un chico que se irá en verano.

«Ni que le rompan el corazón».

—No voy a hacerle daño, Joey.

La sinceridad de su voz y la vulnerabilidad de su mirada me indicaban que el corazón de mi hermana no era el único que estaba en la cuerda floja; al suyo le pasaba lo mismo.

El pobre cabroncete se había dejado llevar por ese sentimiento tan antiguo.

Y hacia mi hermana, precisamente.

«Imagínate».

—Creo que tenías razón —dije cuando volví a acomodarme en el asiento del conductor.

—Me suele pasar —musitó Molloy mientras revisaba la pila de cajas de CD que tenía entre las manos—. Pero dame el gusto de todos modos.

—Ese cabroncete grandullón... —Me abroché el cinturón de seguridad, arranqué el coche y me giré hacia ella—. Sí, estoy bastante seguro de que se tira a mi hermana.

—¡No me digas! —Eché la cabeza hacia atrás y se partió de risa—. ¡Esa es mi Shannon!

—Tiene quince años.

—Venga ya. —Me puso los ojos en blanco—. Como si tú pudieras tirar la primera piedra.

—Exacto —espeté mientras conducía hacia la carretera por la autopista de tres carriles—. Todos sabemos el puto desastre que fueron los quince para mí. Shannon debería aprender de mis errores, no seguir mis pasos.

—Mañana cumple dieciséis —me recordó.

—Peor aún —regruñí—. Mis dieciséis también fueron pésimos.

—¡Oye! —Molloy cruzó los brazos sobre el pecho y lanzó un bufido—. Me ofende que digas eso.

—¿Por qué?

—Porque durante esos dos años yo ya estaba en tu vida.

—Sí, pero no me acosté contigo hasta los diecisiete —le recordé guiñándole un ojo—. Los diecisiete fueron un año mucho más productivo para mí.

—No, no te acostaste conmigo hasta los diecisiete —acordó cambiando el tono de repente— porque, si no recuerdo mal, estabas demasiado ocupado metiéndole el rabo a casi todas las chicas de Ballylaggin y al menos a un cincuenta por ciento de nuestro círculo de amistades del insti.

—Tiene gracia porque, si no recuerdo mal, fuiste tú la que tuviste una relación de cuatro años con uno de mis compañeros de equipo.

—Tres años y medio —me corrigió con un gruñido—. Y eso no tiene nada que ver.

—¿Cómo que no?

—Porque yo no me acosté con Paul. Yo solo he estado contigo.

—Ya, y yo nunca he querido a ninguna de las chicas con las que he estado, porque solo te he querido a ti.

—Vale, entonces ¿yo me quedo con tu corazón, mientras que tú te quedas con mi corazón y mi virginidad?

—Más o menos.

—No es justo.

—Mala suerte.

Por fin se decidió por un disco, uno de sus antiguos cd grabados con una etiqueta en la que se leía «JL 4:00 h 1999» en negro, y lo introdujo en el equipo de música.

Unos segundos después, «Joey», de Concrete Blonde, sonaba por los altavoces.

—Apaga eso —le advertí—. Lo digo en serio.

—No, me gusta, y no cambies de tema —argumentó—. Hablábamos sobre cómo te camelaste a la mitad de las chicas del instituto.

—¿Cómo hemos pasado de comentar la vida sexual de Johnny Kavanagh a pelearnos por nuestras respectivas vidas sexuales anteriores?

—Tu vida sexual anterior, Joe —corrigió acaloradamente—. Toda mi vida sexual, pasada, presente y futura, empieza y acaba contigo.

—Y mi vida sexual, presente y futura, empieza y acaba contigo.

—Pero no la pasada.

—No sé qué decirte, Molloy.

—¿Y si me dices la verdad?

—¿La verdad sobre cómo tus cambios de humor son de otro puto planeta? —le solté con la mandíbula en tensión—. Madre mía, ¿qué te pasa últimamente?

—Fue con Danielle Long, ¿verdad? —insistió ignorando mi acertada pregunta—. Ya sé que te acostaste con ella. Varias veces. Pero fue con la que perdiste la virginidad, ¿no?

—¿Por qué coño estamos hablando de esto?

—Porque quiero saberlo.

—¿Qué importancia tiene? —gruñí a sabiendas de que cualquier cosa que dijera o dejara de decir podría y sería utilizada en mi contra en el tribunal de justicia de Aoife Molloy. Era una conversación peligrosa que había conseguido evitar hábilmente hasta ese momento y que no tenía forma alguna de ganar—. Lo pasado pasado está.

—Sí, ya lo sé.

—Pues déjalo ya.

—Vale. De acuerdo.

—Venga, pues eso.

—Vale.

—Muy bien —repuse asintiendo—. Me alegro de haberlo arreglado.

Hizo un gesto de desdén.

—Sigues siendo un putón, pero bueno.

—¿En serio, Aoife? —Con la paciencia agotada, desvié la atención del parabrisas hacia ella—. ¿Vas a estar resentida conmigo por algo que no puedo cambiar?

—No —contestó con insolencia elevando la nariz—. Solo digo lo que hay.

—Tienes toda la razón, tengo un pasado —concedí ya mosqueado—. Y no te incluye. Sí, es verdad, me acosté con otras chicas. Tomé algunas decisiones cuestionables. No soy ningún ángel. Nunca he pretendido serlo.

—¿Pero fue con ella? —preguntó mordiéndose el labio justo cuando llegamos a la urbanización Elk—. ¿Con Danielle? ¿Fue ella la primera?

No quería contestar esas preguntas.

—Dímelo, Joe.

—No puede salir nada bueno de esta conversación.

—Por favor.

—Sí, ella fue la primera —admití a regañadientes mientras entraba en mi calle y aparcaba fuera de mi casa—. Era joven e imbécil, y yo estaba desesperado por recibir un poco de afecto. —Apagué el motor y me giré en el asiento para mirarla—. No significó nada y ni siquiera me acuerdo.

—Entonces, ella te tuvo primero.

—Aoife. —Solté un suspiro de cansancio—. No puedo cambiar mi pasado.

—¿Con quién más? —preguntó—. ¿Con cuántas?

—No. —Negué con la cabeza—. No voy a hacer esto.

—¿Por qué?

—Porque no quiero —gruñí perdiendo los nervios—. Porque no me acuerdo, joder. Igual se te ha olvidado, pero me he pasado la mayor parte de la secundaria fuera de mis cabales. Así que no puedo darte un número, Molloy, y tampoco puedo darte nombres porque no me acuerdo, hostia. —Dejé escapar un hondo suspiro antes de añadir—: Lo siento, ¿vale? Ya sé que oír esto debe de ser horrible,

porque, si yo estuviera en tu lugar y fueras tú quien me dijera estas cosas, me quedaría destrozado. —Sacudí la cabeza—. Pero es la verdad.

—Tenías razón, Joe. —Estremeciéndose, lanzó una trémula exhalación y se agarró el vientre; parecía enferma—. No puede salir nada bueno de una conversación como esta.

—Eres la única —me oí decirle pese a que era consciente de que no había manera humana de reparar el daño que le había ocasionado esa noche—. Desde que estamos juntos. Desde el día en que pusiste tus labios sobre los míos. Eres la única, Aoife.

—Sí, pero has estado fuera de tus cabales durante la mayor parte de nuestra relación. —Vi cómo le resbalaba una lágrima por la mejilla—. Y, si no eres capaz de recordar a las chicas con las que has estado antes de mí, ¿cómo puedes estar seguro...?

—Porque lo estoy. Porque lo sé. —Me acerqué a ella y le cogí la mano entre las mías, estremeciéndome al sentir los temblores que la atravesaban—. Porque estoy seguro de lo que siento por ti.

—Y yo estoy segura de lo que siento por ti —dijo con voz ahogada—. Pero me he pasado casi toda la vida viendo cómo mi madre perdonaba a mi padre por sus innumerables aventuras. —Negó con la cabeza al decir—: No voy a ser ese tipo de persona. No pienso convertirme en ella. Lo tengo clarísimo.

—¿Y crees que yo te haría eso? —pregunté—. ¿Crees que arriesgaría nuestro futuro por un polvo rápido?

—No —reconoció compungida—. Es solo que...

—Escúchame. —Inclinándome hacia ella, le metí el pelo detrás de la oreja y dije—: Ni yo soy Tony, ni tú eres Trish, ¿vale? Nunca te haría eso —prometí mientras ahuecaba una mano sobre su mejilla y reprimía el impulso de sacudirla hasta sacarle ese repentino ataque de miedo irracional y vulnerabilidad del cuerpo—. ¿Me oyes? Jamás te engañaría.

Alzó una mano para cubrir la mía mientras buscaba en mis

ojos una seguridad que nunca antes había necesitado de mí.

—Porque ¿ves esta cara? —Me acerqué y apoyé la frente sobre la suya, rozándole la nariz con la mía—. Tu cara es la única que veo desde que tenía doce años. Porque por muy fuera de mis cabales que haya estado estos años, por muy alejada de la realidad que haya estado mi mente, nunca he perdido de vista esta cara.

Temblando, lanzó una exhalación temblorosa y cogió mi rostro entre sus manos.

—¿De verdad?

—La única cara —confirmé asintiendo ligeramente con la cabeza—. La única chica.

—Futuro —susurró agitada colocando sus labios sobre los míos—. Has dicho «futuro», Joe.

—No —murmuré contra sus labios—. He dicho «nuestro futuro».

Se echó hacia atrás para mirarme.

—¿Quieres que lo tengamos?

La miré con atención.

—¿Tú no?

—¿Conmigo?

—¿Con quién si no, Molloy?

Parecía realmente perpleja.

—Pero tú nunca hablas sobre el futuro.

Se encogió de hombros.

—Nunca pensé que fuera a tener uno.

—¿Y ahora sí lo piensas?

—Pareces sorprendida.

—Porque lo estoy. —Sus ojos buscaron los míos mientras seguía sosteniendo mi rostro entre sus manos—. ¿Quieres un futuro conmigo, Joe?

—Sé que no quiero uno sin ti, Molloy —contesté inclinándome para rozar mis labios con los suyos—. Y eso reduce bastante las opciones, ¿no?

—Diría que sí —murmuró recorriéndome los pómulos con los dedos—. ¿Y sabes cómo podría ser ese futuro?

—Bueno, no incluirá ninguna mansión en el campo.

—Eso me da igual —susurró con ojos anhelantes—. Dímelo, Joe.

—Supongo que más bien pasará porque ambos acabemos el instituto —sugerí elevando los hombros—. Tú harás ese curso de peluquería en el St. John's y yo me meteré de aprendiz en el taller de tu padre.

—Ajá. —Los ojos le centelleaban de la emoción—. Sigue.

«Puede que la noche aún pudiera salvarse a pesar de todo».

—Y luego intentaremos ahorrar para un piso —afirmé encantado con su repentino entusiasmo y siguiéndole el rollo para hacerla feliz—. Que acabaré pagando yo porque tú te gastarás todo lo que ganes en ropa y maquillaje, igual que ahora, vaya.

—¿En serio? —chilló dejando atrás el mal humor mientras se revolvía en el asiento del copiloto—. ¿Nos ves viviendo juntos?

—No te emociones demasiado —le advertí—. Con un sueldo de aprendiz, tendremos que ir a un piso mierdoso de una sola habitación al fondo de la urbanización Elk, con las tuberías agrietadas y una plaga de ratones.

—Pfff. —Movi6 la mano en el aire como si esos detalles no tuvieran la menor importancia—. Para eso se inventaron los fontaneros y las trampas para ratones. —Me sonrió—. ¿Qué más hay en nuestro futuro?

—¿Además del sexo salvaje que tendremos en nuestro piso mierdoso?

—Sexo salvaje constante —aceptó con gesto de aprobación—. Sobre todas y cada una de las superficies.

—Se acabarán enseguida, porque será muy pequeño.

—Y estará infestado de ratones.

—Y lleno de humedades.

—Y será insoportable. —Sonrió—. Sigue.

—Después de un tiempo, nos haremos con uno de dos habitaciones.

—¿De dos habitaciones?

—Sí —me reí entre dientes—. Con sitio para que mi hermana y mis hermanos puedan esconderse. Si no, acabarán marcados emocionalmente de todo lo que vamos a follar tú y yo.

—Vale —se rio—. Así que vamos a adoptar a tus hermanos, ¿no?

—¿Qué quieres que te diga? —bromeé dibujando media sonrisa—. Es el rollo ese de que compras uno y te llevas cuatro.

—También podríamos echar a tus padres para siempre y quedarnos la casa —dijo cachondeándose—. Nos ahorraríamos una fortuna gracias al alquiler subvencionado por el ayuntamiento.

—No me tienes —gimoteé sonriendo de mala gana—. Y ahora que hemos establecido que un futuro junto a mí implica vivir en un piso en Ballylaggin y ser padres a los dieciocho...

Abrió los ojos de par en par.

—¿Padres?

—Sí. —Asentí con la cabeza—. Me compras a mí y te llevas cuatro críos gratis, ¿recuerdas?

—Tus hermanos.

—¿Quién si no?

—Claro —se rio—. Muy bueno.

—Entonces ¿hay algo que te eche para atrás? —pregunté metiéndole un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Algún cambio que quieras hacer respecto a nuestros planes de futuro, o lo tenemos claro?

—No hay nada que me eche para atrás —respondió enterrando su cara en mi cuello mientras me abrazaba con fuerza—. Quiero un futuro contigo.

QUÉDATE CONMIGO

Aoife

Joey había dicho lo correcto, había hecho lo que debía, así que me encontraba de nuevo atrapada en su colchón, con su enorme cuerpo encima del mío.

Con la ropa tirada por el suelo de su cuarto y nuestros labios embargados de un delirante frenesí, se movía entre mis muslos enterrándose muy dentro de mi cuerpo, llenándome hasta el punto del dolor y destrozando cualquier esperanza que yo pudiera albergar de sobrevivir a una vida sin él.

Su familia se hacía añicos a su alrededor y, en lugar de apoyarlo yo a él, era él quien me apoyaba a mí.

Yo sentía que de verdad estaba perdiendo la cabeza con cada uno de mis desequilibrios hormonales, pero me aferré a sus hombros, clavándole las yemas de los dedos en la piel, mientras él marcaba un ritmo con las caderas que coincidía exactamente con el glorioso ardor que crecía en mí. Se puso de rodillas, me cogió las caderas y comenzó a moverse más rápido, con embestidas intensas y febriles.

Incluso entonces, mientras mi cuerpo disfrutaba de las sensaciones maravillosas que él me provocaba, yo solo tenía ganas de romper a llorar, consumida por mis emociones y mi miedo al futuro. Tan solo quería que me abrazara y no me soltara nunca, porque la inestabilidad de mi vida, que en esos momentos se balanceaba precariamente cerca del borde del precipicio que era la maternidad, me tenía aterrorizada.

—¿Estás bien, reina? —Sus palabras fueron un jadeo sin aliento previo al momento en que estrelló su pecho con fuerza sobre el mío y enganchó mi muslo alrededor de su

cadera para conseguir un ángulo más profundo—. ¿Sigues conmigo?

—Sí. —Asintiendo vigorosamente, tiré de su cara hacia abajo y lo besé con intensidad—. Sigo contigo, semental.

—Te quiero.

Volvió a poner sus labios sobre los míos, con la lengua dentro de mi boca, mientras nuestros cuerpos se fundían.

—Te quiero —gemí entre beso y beso con el cuerpo ardiendo de placer y el corazón atenazado por el miedo.

Me quería en ese momento, pero ¿me querría mañana, al día siguiente o al siguiente, una vez que la verdad saliera a la luz? Cuando se diera cuenta de que le había arrebatado su futuro? ¿El que me había descrito antes?

Ya nunca viviríamos todo eso.

Tanto si trataba de ocultarlo como si no, sería imposible disimular su rencor. Toda su vida había sido una larga secuencia en la que le había tocado asumir grandes responsabilidades, y los métodos anticonceptivos eran una de las pocas cosas de las que yo me podía encargar por él.

Fue una responsabilidad que me eché con gusto a las espaldas, fortalecida por el nivel de confianza que le había supuesto renunciar a ese control. Fui yo quien se opuso a que usáramos condón la primera vez, demasiado absorta en mis sentimientos como para pensar en las consecuencias.

Él sugirió que usáramos los dos métodos la segunda vez... y la tercera, la cuarta, la quinta y la sexta. Cada vez que salía el tema, yo le aseguraba con total ingenuidad que estábamos protegidos. El patrón en el que habíamos caído desde entonces se cimentaba en su capacidad de confiar en mi capacidad de protegernos justo de eso a lo que nos enfrentábamos en la actualidad.

—Deja de pensar —gruñó Joey con dulzura frotando su nariz contra la mía mientras me daba otro beso y me devolvía al presente. A él—. No te vayas —me exigió clavándome sus ojos verdes—. Quédate conmigo.

—Estoy aquí —susurré—. Contigo, Joe.

Con los ojos abiertos de par en par y totalmente centrados en los suyos, aparqué mis miedos al fondo de mi mente y dejé que mi cuerpo pensara por mí mientras me ahogaba en lo que sentía por él.

Unas horas más tarde, mucho después de que se quedara dormido a mi lado, me escabullí por debajo de su brazo y, sin hacer ruido, cogí su sudadera con capucha y sus pantalones de chándal grises del rincón de su cuarto, me los puse y bajé las escaleras sigilosamente, con el teléfono en la mano.

Eran las tres y media de la madrugada y en su casa reinaba un silencio poco habitual. Entré a hurtadillas en la cocina y marqué un número de teléfono que me sabía de memoria, consciente de que, pese a la hora que era, mi llamada no iba a ser rechazada.

—¿Hola? —La soñolienta voz de mi madre se oyó al otro lado de la línea—. Aoife, cariño, ¿estás bien?

—Hola, mamá. —Cerré la puerta de la cocina detrás de mí, dejé ir un vibrante suspiro y me recliné contra ella—. No, no estoy bien.

Su tono se llenó de preocupación cuando preguntó:

—¿Dónde estás?

—En casa de Joey.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber—. ¿Os habéis peleado?

—No. —Negué con la cabeza—. No es eso.

—Vale. —El alivio inundó su voz—. Son las tres y media de la mañana, cielo.

—Lo sé, mamá. —Me mordisqueé las uñas con ansiedad—. Yo solo... —Solté una angustiada exhalación—. Necesitaba oír tu voz.

Hubo un largo silencio y escuché el roce de la ropa de cama, seguido por unos pasos prudentes.

—Vale, estoy sola en la cocina —dijo unos instantes

después—. Tu padre está arriba durmiendo. Podemos hablar.
Temblando de la cabeza a los pies, dejé ir un suspiro entrecortado.

—No sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio.

—Tengo un problema, mamá. —Lancé un sollozo y dejé que mi cabeza cayera hacia delante—. Y estoy muy asustada.

—Vale...

Moví la cabeza a un lado y a otro, incapaz de pronunciar las palabras.

—Aoife —suspiró profundamente al otro lado de la línea, y oí cómo la tetera burbujeaba de fondo—. ¿Qué tipo de problema?

—De los que tienen que ver con retrasos —declaré sofocada dejándome caer al suelo, mareada a causa de la ansiedad y el miedo—. Tengo un retraso, mamá.

—¿Un retraso?

Asentí débilmente con la cabeza.

—Un retraso.

—¿De cuánto? —preguntó de forma serena—. ¿Unos días?
¿Una semana?

Temblando, me pasé un brazo por las rodillas y espeté:

—Casi trece.

—¿Trece días?

—Semanas.

—Por Dios. —Oí a mi madre coger aire de repente, y eso me provocó una oleada de pánico que me atravesó como un cohete—. Aoife.

—No lo sabía, ¿vale? —Cerré con fuerza los ojos mientras sollozaba por teléfono—. No me di cuenta. Tuve la última regla el 14 de diciembre, y luego pasó todo aquello entre Joey y yo, y... perdí la cuenta, mamá. Volví a tener la regla a finales de enero. Pero no fue una regla normal. Solo manché un poco, pero lo achaqué a las hormonas, aunque Casey dijo que vomitar puede afectar a la píldora... El caso es que

eso no fue una regla de verdad, sino una cosa que se llama «sangrado de implantación». En Año Nuevo estuve enferma, mamá. Cuando Joe y yo estuvimos juntos. Estuve mal durante un par de días... Lo siento, mamá. ¡Lo siento mucho! Por favor, no me odies.

—No te odio, mi amor, nunca podría odiarte —se apresuró a tranquilizarme mientras el ruido de una silla arrastrada sobre las baldosas llegaba a mis oídos—. Solo necesito sentarme y pensar un momento.

—Vale —respondí sorbiéndome los mocos y asintiendo al tuntún con la cabeza mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas—. Tómame tu tiempo.

—¿Te has hecho un test de embarazo?

—Me he hecho cuatro.

—¿Y?

Rompí a sollozar.

—Los cuatro positivos.

—Ay, Aoife, cariño...

—Ya...

Impotente, me encogí de hombros.

—¿Se lo has dicho a Joey?

Dije que no con la cabeza.

—Aoife, ¿lo sabe Joey?

—Todavía no —contesté con un hilo de voz y el pecho agitado—. Y no se lo digas a papá tampoco, ¿vale? Ni a Kev, ni a la abuela. Todavía no. Hasta que hable con Joe.

—¿Y cuándo tienes pensado hacerlo?

—No lo sé. —Sentí cómo se me hundían los hombros—. Ya lo he intentado alguna vez, pero estoy muy asustada.

—Aoife, Joey debe cargar con esto igual que tú. Ya sé que tienes miedo, pero el chico tiene derecho a saberlo.

—Ya lo sé, mamá, ¿vale? —espeté respirando con dificultad—. Ya lo sé. ¡Dios! Llevo tiempo intentando decírselo...

—Es buen chico —me reconfortó de inmediato—. De verdad, Aoife. Es uno de los pocos que hay buenos, si es que no se lo has dicho por eso.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque tu padre y yo lo conocemos desde que tenía doce años —respondió—. Joey puede ser un poco bruto, pero nunca ha rehuido el trabajo duro ni la responsabilidad. No está en su naturaleza.

—Ya, mamá, pero esto es diferente —gimoteé parpadeando para no llorar—. Es un bebé.

—No te va a dar la espalda —me prometió—. Créeme. Soy tu madre. Mi labor en el mundo es preocuparme por ti, y, cuando me dijiste que tenías un retraso, se me pasaron millones de miedos e inquietudes por la cabeza. Pero en ningún momento dudé de la buena voluntad de ese chico para seguir a tu lado.

—Puede que tengas razón —afirmé con voz ahogada apoyando la cabeza sobre las rodillas—. Pero... necesito algo más de tiempo antes de decírselo.

Mamá se quedó callada un buen rato, sin duda dándole vueltas a mi revelación, hasta que por fin volvió a hablar.

—Mira, hoy es domingo. No hay mucho que podamos hacer. Llamaré al médico de cabecera mañana a primera hora. Te conseguiré cita lo antes posible, y a partir de ahí ya veremos.

—No, no, mamá, no puedo —sollocé con voz ronca—. No estoy preparada.

—Tendrás que estarlo —anunció en ese tono de voz tan práctico que ponen las madres y no admite discusión—. Tienes que hacerte un análisis de sangre y una ecografía de datación. Habrá que reunirse con un asesor y elaborar el plan hospitalario. —Mamá volvió a suspirar con tristeza—. Porque, estés o no preparada, el bebé que está creciendo en tu vientre no va a esperar a nadie.

—Mamá.

—Habla con Joey —insistió—. Habla con él, Aoife. Te lo prometo, te vas a sentir mejor.

—¿Te he decepcionado? —me atreví a preguntar.

Contuve la respiración por miedo a su respuesta.

—No me has decepcionado, mi vida. Más bien estoy decepcionada por ti —repuso amablemente—. Tienes dieciocho años, un futuro brillante ante ti y ahora... eso va a cambiar, claro. Tendrás que crecer demasiado rápido, y no soporto que te tengas que enfrentar a eso, pero tu padre y yo estaremos contigo en todo momento.

—Papá. ¿De verdad? —Me estremecí—. Se va a subir por las paredes, mamá.

—Deja que yo me encargue de tu padre —contestó—. No te preocupes ni por él ni por Kev. Eres nuestra hija y con nosotros siempre tendrás un hogar. —Hizo una breve pausa antes de añadir—: Y tienes mi apoyo incondicional.

—Lo siento mucho, mamá.

—Yo también, Aoife —repuso con pesar—. Yo también lo siento mucho, mi amor.

Finalicé la llamada y me dispuse a deslizar el teléfono en el bolsillo del pantalón de Joey, pero me detuve al rozar una bolsita de plástico con los dedos.

En tensión, me saqué la bolsita del bolsillo y me quedé mirando las pastillas que tenía en la mano. Mis ojos tardaron un rato en comprender lo que estaban viendo; a mi cabeza le costó un poco más ser consciente de la magnitud de lo que había ocurrido.

Temblando, abrí la bolsa lentamente y volqué el contenido en la palma de mi mano, al tiempo que contaba hasta unas treinta pastillitas de diferentes formas y tamaños. La mayoría llevaban grabados unos números diminutos: 512, D5, 325, M30, K9.

Superada por el miedo, volví a meterlas todas en la bolsa y la cerré antes de ponerla de nuevo en el bolsillo. Me subí las mangas de la sudadera hasta los codos y dejé caer la espalda contra la puerta de la cocina, respirando de forma cada vez más agitada hasta que estuve a punto de tener un ataque de pánico.

«No».

«No».

«No, Dios, ¡por favor, no!».

Me puse en pie tambaleándome, abrí la puerta y subí rápidamente a su habitación, con el corazón desbocado mientras luchaba por evitar que el miedo se apoderara de mí.

Cuando vi a Joey despatarrado boca arriba sobre la cama con el brazo cubriéndole la cara, aún dormido, dejé escapar un trémulo suspiro y cerré la puerta de su cuarto tras de mí sin hacer ruido.

Con dedos temblorosos, cogí la parte de abajo de la sudadera y me la pasé a toda prisa por la cabeza antes de quitarme también los pantalones de chándal. Desesperada por alejarlos de mi cuerpo, los lancé hacia el mismo rincón donde los había encontrado y luego me hundí en el borde del colchón.

Me entrelacé los dedos entre el pelo, apoyé los codos sobre los muslos y me permití caer hacia delante, obligándome a respirar lenta y profundamente para controlar mis emociones.

«No significa nada».

«Está claro que no la ha tocado».

«Está limpio».

«Sigue intentándolo».

«No te asustes».

«No se separa de ti».

«Si hubiera vuelto a consumir, lo sabrías».

«Hay una explicación lógica para esto».

«Tiene que haberla...».

Gimiendo en sueños, Joey se puso de lado y me buscó.

—Molloy.

Temblando, dejé que me tomara entre sus brazos y me diera un beso en la sien.

—¿Mmm?

—No te vayas corriendo —murmuró mientras dormía y me rodeaba con el brazo para abrazarme por detrás—. Quédate, nena.

—Me quedaré, Joe —susurré aferrada a su antebrazo con todas mis fuerzas—. Si tú quieres.

EL CUMPLEAÑOS

Joey

A la mañana siguiente, cuando me desperté poco después de las diez, estaba en una cama vacía y en una casa sin niños. La nota encima de la mesilla de noche, con la letra familiar de Molloy, me dijo todo lo que necesitaba saber.

Hey, semental:

Si te preguntas por qué estoy escribiéndote esto en vez de mandarte un mensaje al móvil es porque me he quedado sin saldo. Ah, y si te preguntas por qué la casa huele a lejía y he guardado todo tu dinero para esta semana en unos sobres muy monos es porque llevo despierta desde las cuatro de la mañana. Espero que no te importe.

Bueno, Sean se despertó y fue a tu habitación a eso de las seis, pero, como parecías tan agotado y es la primera vez que te veo descansar bien de verdad por la noche, decidí llevármelo a él y a los chicos para dejarte dormir más rato.

Hemos ido a comprar unas cuantas cosas. Ya lo hemos sacado de las bolsas y guardado en los armarios.

Ahora nos vamos al campo de la asociación de hurling. Tadhg quiere enseñarme sus «técnicas locas» y Ollie quiere ir luego a los columpios.

Volveremos a la una del mediodía, antes de que empiece mi turno y me vaya a trabajar.

No te olvides de entregarle a Shan sus regalos de cumpleaños. Y dale un gran achuchón de mi parte por esos dieciséis.

Sé que estás muy ocupado, pero ¿te puedes pasar por mi casa cuando los niños estén ya en la cama esta noche? Tengo que hablar contigo de algo urgente.

Te quiero,

Aoife. X

P. D.: No te rindas, Joe.

La casa estaba inmaculada, la nevera repleta, los armarios llenos, y se me revolvió el estómago. Fuera o no con buena intención, mi novia no tenía por qué cuidar de mi familia y poner la comida en la mesa. Tenía que encargarme yo y no necesitaba que se ocupara de mi mierda. Sobre todo, porque me costaba mucho entender por qué la tía quería

hacerlo.

Cualquier otra habría salido corriendo en cuanto hubiera notado la carga de mi exceso de equipaje.

Pero Molloy no.

No, ella se había metido en mi mierda con bolsas de la compra y soluciones para organizar el presupuesto semanal. Luego les había puesto el abrigo y el gorro a tres cuartas partes de dicho equipaje y se los había llevado a los putos columpios. Me había dejado tanto su coche como veinte pavos de su monedero para llevar a Shannon a desayunar por ahí el día de su cumpleaños. No entendía sus actos y menos aún las razones de dichos actos.

A Shannon, por otro lado, no le sorprendió lo más mínimo el comportamiento raro que te cagas de mi novia. Al contrario, parecía que disfrutaba de mi incomodidad, encontraba divertidísimo que en cierto modo estuviera bajo el puto control de una chica con más pelotas que yo. Y lo hacía pinchándome y atormentándome con anillos de boda y el «juntos para siempre», dejando bien claro que era muy fan de mi novia.

Su sonrisa de satisfacción desapareció cuando Gibsie nos llamó por teléfono y nos hizo volver a la casa del Amante para devolverle el móvil que se había dejado en el asiento trasero la noche anterior.

Sí, el humor de Shannon había cambiado drásticamente para cuando aparqué junto a aquel casoplón, y ahora me tocaba a mí disfrutar de su incomodidad. Se negaba en rotundo a bajar del coche, así que no intenté más convencerla de lo contrario y la dejé en paz.

Entré en el vestíbulo de la casa y seguí el sonido de unas voces por un impresionante pasillo hasta encontrarme al final a los dos chavales en la cocina, con poca ropa encima y mucha resaca.

—Deberíais tener un guía en la puerta principal —dije al entrar en la cocina de Kav, con el móvil en la mano—. Esta casa es como un museo.

—Pues sí —asintió Gibsie, saludándome con la mano de buen rollo, apoyado en una cocina superlujosa—. Bienvenido a la mansión.

La casa estaba bien. Si hubiera vendido entradas para visitar aquel sitio, la peña de donde soy habría ido en tropel.

—Gracias por venir. —Kav se levantó y se acercó a mí, que estaba junto a la puerta—. Agradezco que te hayas tomado la molestia de conducir hasta aquí —dijo más educado que nunca mientras se guardaba el móvil en el bolsillo.

Me encogí de hombros.

—Ya, bueno, me prometieron que habría comida.

Al verlo a la luz del día, admití a regañadientes que mi tamaño era mucho menos atractivo.

Con mi metro ochenta no estaba mal de altura, pero ese cabrón era enorme. Estaba claro que lo que fuera que le hubiera dado de comer su madre para crecer era un menú muy distinto al que yo había tomado.

—Y el Rey del Clítoris fue muy persuasivo —dije arrastrando las palabras, porque me hacía gracia el nombre con el que Gibsie aparecía en su teléfono.

—¿Cómo está mi comida, chef?

—Más caliente que una puta en un burdel, señor —respondió Gibsie por encima de su hombro, pillándola al vuelo—. ¿Un huevo?

—Chaval. —Negué con la cabeza, fijándome en su careto (y en los azulejos salpicados de grasa a su alrededor) mientras intentaba freír unas lonchas de beicon en una sartén—. ¿Tienes edad suficiente para usar la cocina sin tu mami?

—Lo dudo —contestó con sinceridad—. Es la primera vez que lo hago.

Otra salpicadura de grasa saltó a su cara, lo que le hizo gritar como un perro herido.

—Dame esa cosa antes de que te hagas daño —le ordené, cogiéndole la espátula—. Putos niñatos de colegio privado. —Limpié las salpicaduras con un trapo de cocina que había

ahí al lado, me lo eché al hombro y procuré rescatar la carne en la sartén—. Siempre os lo hacen todo.

—Mierda, Kav, me equivoqué. —Gibbie se rio, asomándose por encima de mi hombro como un crío esperando que le cortaran su trozo de pastel—. Este mamón es el padre.

—Dame unos platos —le dije, mosqueado por lo cerca que estaba, literalmente echándome el aliento— y un poco de espacio vital.

—Voy —se rio de buen rollo.

«Qué cabrón más raro».

—Hazme un favor —dije, mirando por encima del hombro a Kavanagh—. Ve a echarle un ojo a mi hermana, anda.

Se puso alerta enseguida y la resaca se le pasó de repente.

—¿A Shannon?

—Sí. —Asintiendo, cogí el plato que Gibbie estaba pasándome y empecé a apilar en él las lonchas de beicon—. Está fuera, en el coche.

—¿Por qué la has dejado en el coche? —preguntó—. Hace un frío horrible.

—Porque no quería entrar —respondí tranquilo—. Puedes intentar convencerla para que entre si quieres, pero no da su brazo a torcer.

No me contestó.

Porque estaba demasiado ocupado yendo hacia la puerta.

Sonreí.

—Chaval. —Gibbie se rio mientras me empujaba el hombro con el suyo—. Creo que mi mejor amigo está un poco obsesionado con tu hermana.

—¿Qué te he dicho del espacio vital? —solté, y luego esperé a que retrocediera un buen paso antes de cascar un huevo para echarlo a la sartén—. Pero sí, creo que mi hermana también está un poco obsesionada con tu mejor amigo.

—Ay, caray —dijo pensativo con ojos de pillo—. ¿No es divertido el amor juvenil?

—Hum —fue lo único que respondí.

—Ya, bueno, una advertencia, Joey el hurler —se rio—. Si la cosa se pone seria entre ellos, y me da la sensación de que ya es así, entonces el mundo de tu tímida hermanita está a punto de girar sobre su eje.

No me gustaba cómo sonaba eso.

Ni una puta pizca.

—Explícate.

—Kav no monta las olas a menos que esté seguro de la marea.

—Vale, ahora dímelo en cristiano.

—De acuerdo. —Gibbie sonrió—. Está claro que Kav quiere estar con tu hermana y que tu hermana quiere estar con Kav, pero puede que haya algo más que tan solo querer estar el uno con el otro. ¿Quién sabe? Sea como sea, tiene serias intenciones.

—¿Serias intenciones?

—Sí, serias —confirmó Gibbie—. Todo lo de Kav es serio, estable y elegido desde su nacimiento. Su futuro está grabado en piedra y sus planes están cimentados delante de él y no van a moverse ni un centímetro. Así que, si va a hacer espacio para ella, si está siquiera considerando ponerla en medio de esos planes, entonces no es un accidente. Es tan espontáneo como un cepillo y un recogedor, chaval. Y, si decide meterse en eso con tu hermana, seguro que ya habrá hecho una tesis de los pros y los contras de dar ese paso. Es muy cuidadoso, chaval, y estable, y cuando toma una decisión es a propósito y tiene permanencia en su cabeza.

Mientras escuchaba lo que me estaba diciendo, tuve la sensación de que, a su manera de mierda, Gibbie estaba tratando de transmitirme que podía confiar en que su amigo no iba a hacer daño a mi hermana y que no le pasaría nada malo a Shannon al estar con Johnny.

—Y ese es el mismo tío con el que ibas a fumarte un porro —bromeé con tono risueño—. ¿Ese chaval gigante, serio,

predecible y nada espontáneo es el que Biggs y tú creáis que podríais relajar?

—He dicho que Kav se lo piensa todo mucho. —Gibbie se rio, alzando las manos—. Pero yo soy espontáneo, joder.

—Tú lo que eres es raro —dije y después tuve que quitármelo otra vez de encima con la espátula—. Apártate, chaval.

—¿Por qué?

—No me gusta una mierda que me echen el aliento en el cuello.

—No te estaba echando el aliento en el cuello —respondió—, sino admirando tus habilidades culinarias.

—Bueno, pues admíralas desde lejos —dije—. A un metro a ser posible.

—Vale —gruñó—. ¿Vuelves a Ballylaggin después de comer?

—Vivo allí —contesté de manera inexpresiva—. Así que ese es el plan.

—¿Me llevas?

—¿Adónde?

—Al Biddies. Dejé allí el coche anoche.

—Vale, genial.

—Eres un buen tío —respondió, otra vez rondándome—, y ese beicon huele de puta madre. —Se inclinó sobre mi hombro para olisquear la sartén—. Dios, me muero de hambre.

—Lo estás volviendo a hacer —protesté y me lo quité de encima con brusquedad—. No me toques, joder. No pienso repetírtelo.

—¿Qué? —soltó a la defensiva—. No puedo evitar ser cariñoso.

—Bueno, pues yo no lo soy.

—¿No eres qué?

—Cariñoso.

—Ah, no lo sabía —se rio de nuevo—. Lleva un tiempo conocerse y creía que podíamos ser buenos amigos.

—Ni de coña. —Le lancé una mirada asesina—. Tú eres un puto pijo loco con una personalidad que, sinceramente, me saca de quicio. —Apagué el fuego y cogí los dos platos llenos de comida para llevarlos a la isla de la cocina—. Y yo soy un gilipollas con mal genio que no tiene la paciencia ni el carácter para tener a una persona como tú en su vida.

—Bueno, me parece que te equivocas —respondió Gibsie pasándome un tenedor, y se sentó en el taburete a mi lado—. Creo que nos queríamos mucho.

Me lo quedé mirando boquiabierto.

—Eres un puto friki.

—Oye, relájate —se rio—. Me refiero como hermanos.

—Ya tengo cuatro —dije con sequedad—, no necesito más.

—¿Lo ves? —se rio otra vez, partiendo una loncha de beicon por la mitad para metérsela en la boca—. Ya estás abriéndote a mí y hablándome de tu familia. Estamos creando un vínculo.

—No estamos creando nada —repliqué, clavando el tenedor en mi huevo frito—. Jamás tendremos un vínculo.

Por suerte, Kav regresó entonces a la cocina y, mira por dónde, acompañado de mi hermana.

—¡Anda, la pequeña Shannon! ¿Te ha convencido Johnny de que entraras, o ha sido el olor de mis increíbles dotes culinarias lo que te ha cautivado? —bromeó Gibsie.

—Está lloviendo —masculló Shannon, demasiado cerca de un tío que ella consideraba solo un amigo.

Mientras charlaba con el raro, observé cómo Kavanagh se preocupaba por mi hermana, y tuve que admitir que era la primera persona que veía que la hacía sonreír de verdad.

Hacían una pareja ridícula. Ella apenas le llegaba al esternón. Estaban en mundos diferentes y eran polos opuestos, pero la forma en que se miraban me aseguró que no les importaban una mierda esos pequeños detalles.

Sí, se olía la tensión sexual desde donde yo estaba. Era casi tan horrible como el olor a perro mojado que desprendía ella. Por lo visto, fuera se le habían echado

encima los perros del chico y la habían tirado al suelo.

Decidí joderles un poco más y le pregunté al Amante si podía prestarle ropa para que se cambiara, y me partí el culo al ver a un chaval que le daba una paliza a hombres adultos cada semana ponerse rojo como un tomate.

—Johnny, puede ducharse aquí, ¿no? —preguntó Gibsie, al que le hacía la misma gracia lo que estaba sucediendo delante de nosotros.

—¿Qué? —chilló Shannon, ojiplática y colorada.

—Eh... Sí, supongo —contestó Kav, aclarándose la garganta varias veces antes de añadir—: Si ella quiere.

—Buena idea —dije y añadí—: Quítate ese pestazo a perro mojado antes de meternos en el coche para volver a casa.

—No apesto.

—Sí —dijimos al unísono.

—Idos a tomar por culo los dos y dejadla en paz —vino al rescate el Amante y dijo—: No huele mal en absoluto.

—Tú no lo hueles porque eres inmune —respondió Gibsie—. Deja que el chucho duerma en su cama todas las noches.

Johnny entrecerró los ojos, enfadado.

—Como vuelvas a llamar chucho otra vez a mi perro, te comes esa sartén.

Gibsie levantó las manos y se rio.

—Mis más sinceras disculpas, chaval. No pretendía insultar a tu precioso perrillo.

—Lo siento mucho —dijo Shannon con dificultad, mirando a Kav como si el chico acabara de bajar de la luna—. No tengo que ducharme en tu casa...

—Uy, sí que tienes que ducharte, joder —la interrumpí, ganándome una sonrisita de ánimo por parte de Gibsie—. Lo digo en serio, así no te vas a subir al coche de Aoife. En ese estado, podrían hasta seguirnos el rastro.

—Para ya, coño —masculló Kav, cogiendo a mi hermana de la mano antes de desaparecer ambos por el pasillo.

—Ah, eso ha estado genial. —Gibsie suspiró satisfecho—.

Probablemente esté ahí arriba cagado de miedo porque esto no era parte de su plan.

Una sonrisa reticente me separó los labios y negué con la cabeza, concentrado en limpiar mi plato.

—Bueno, ¿y qué historia tenéis tú y la hermana de tu colega?

—¿Quién? —preguntó—. ¿Claire?

Asentí.

—Es mi prometida —dijo directamente, sin un ápice de vergüenza.

—¿Qué coño?

—Es verdad —insistió con los ojos muy abiertos y llenos de sinceridad—. Estamos prometidos.

—¿Desde cuándo?

—Desde que ella tenía cuatro años y yo seis, y le juré que me casaría con ella.

—En otras palabras, ¿vendiste tu vida por una promesa de la infancia?

—¿Qué quieres que te diga? —Se encogió de hombros antes de añadir—: Soy un hombre de palabra.

Lo miré con curiosidad.

—Explícate.

—Hugh y yo fuimos a primero en St. Paul's, un colegio masculino, y a Claire la mandaron a un colegio mixto en la otra punta de la ciudad.

—El Colegio Sagrado Corazón —completé la frase mientras asentía con la cabeza—. El mismo al que fuimos Shannon y yo.

—Lo recuerdo como si fuera ayer —dijo, sonriendo con cariño al hacer memoria—. Era el primer día de Claire en primaria y había llegado a casa hecha un mar de lágrimas. Yo estaba fuera, chutando una pelota con Hughie, cuando ella bajó del autobús escolar al final de la calle y lo único que vi fue una montaña de rizos rubios mientras corría hacia nosotros.

—¿Por qué lloraba?

—Al parecer, un imbécil de primaria mayor que ella le dijo que tenía que ser su novia. —Gibbie echó la cabeza hacia atrás y se rio—. Y, cuando respondió que no quería ser su novia, el niño le tiró del pelo y le dijo a toda la clase que se comía los mocos.

—Qué enano capullo.

Me reí.

—Estaba enfadadísima, chaval. —Gibbie sonrió—. Te lo juro, en tu vida has visto a nadie tan destrozado.

—¿Y qué hizo su hermano?

—Hughie le dijo que lo mandara a tomar por culo.

—Supongo que eso no fue lo que hiciste.

Gibbie, con los ojos brillando de picardía, abrió la boca para contestarme cuando Kav irrumpió en la cocina con cara de furia.

—Tengo una pregunta, Joey el hurler.

La evidente puta condescendencia en su tono de voz me sacó de mis casillas al instante.

—Adelante, Señor Rugby.

—Dame un minuto, Gibb —espetó Kav, y, sin mediar más palabra, el atontado de su amigo salió de la cocina, cerrando la puerta tras de sí—. Bueno. —Kav cruzó los brazos sobre el pecho y me fulminó con la mirada—. ¿Quién coño está poniéndole la mano encima a tu hermana?

«Ostras, mierda».

Nadie había tenido nunca los cojones de hacer una pregunta tan directa. Nadie había hecho esa pregunta porque no querían implicarse y, aunque lo hubieran preguntado, no querían saber la verdad. Así había sido desde que tenía memoria. Con los profesores, los entrenadores, los vecinos... Joder, ni siquiera la policía quería saberlo.

La única persona en nuestras vidas que se había tomado un tiempo para indagar, para ir más allá, había sido Molloy.

Hasta ahora.

—Sí, ya me has oído —insistió Kav, nada dispuesto a

dejarlo pasar como yo solía hacer—. Me la encontré el viernes a cuatro patas en el colegio, echando el hígado —continuó diciendo—. Le está pasando algo y quiero saber qué es.

—¿Por qué?

—Porque quiero solucionarlo.

—¿Por qué?

—¡Porque nadie debería ponerle la puñetera mano encima! —soltó, perdiendo su refinada compostura—. ¡Joder!

—¿Qué te ha contado?

—Que se cayó sobre los Legos. —Levantó las manos por la frustración—. Putos Legos.

—Si Shannon dice que eso fue lo que pasó, entonces eso fue lo que pasó.

—¡N-no! —rugió, perdiendo su temple por completo mientras levantaba una mano y luchaba por controlar su genio, lo que me resultaba muy familiar—. No me vengas con esa mierda. Esta no es la primera vez que la veo con marcas. ¿Qué le está pasando?

Me recosté en el taburete y estudié al chaval que se había metido en la vida de mi hermana, y potencialmente en la vida de nosotros cuatro. Estaba delante de mí, pidiéndome que le diera respuestas que no podía darle.

El tono de impotencia en su voz me tocó la fibra sensible.

Porque conocía ese tono.

Conocía esa desesperación.

Yo la sentía a diario.

—¿Quién está haciendo daño a tu hermana? —repitió, cuando la desesperación y la frustración se mezclaron en su interior.

Al cabrón le importaba.

Le importaba muchísimo.

—¿Son esas idiotas de tu instituto? —insistió—. ¿Fueron ellas? ¿Esas chicas? —La voz se le quebró y respiró hondo antes de preguntar—: ¿Se está haciendo daño a sí misma? —Los ojos se le endurecieron como el acero cuando me

soltó—: ¿Le estás pegando tú?

En ese momento solo pude arquear una ceja. Los tenía bien puestos para decirme eso a la cara, y la única razón por la que no me tiré a degüello ante aquella horrible acusación fue porque el tío llevaba escrito en la cara lo que sentía por mi hermana.

—Chaval, será mejor que empieces a hablar porque, seas su hermano o no, te voy a dar de hostias.

Que lo intentara.

Johnny Kavanagh puede que me sacara ventaja en el físico, pero me daba la impresión de que un tipo tan estable y equilibrado como él, al haber nacido en un hogar como ese, no había tenido que luchar para sobrevivir como a mí me había tocado hacer.

Se había criado como un puto príncipe, con un sinfín de retratos y fotografías de él adornando las paredes de la casa de su familia, mientras que yo había nacido en el infierno y me había criado en la calle.

Para sobrevivir me había hecho falta un instinto asesino y eso significaba que daba igual mi desventaja en una pelea. La única manera de que me echara atrás o me largase era si el corazón dejaba de latirme. Así que, si tenía pensado enfrentarse a mí, tendría que prepararse para matarme porque nunca dejaría de volver a levantarme.

Ni delante de mi padre.

Ni delante de él.

Ni delante de cualquier otro cabrón de este planeta.

El hecho de que la preocupación auténtica por mi hermana hubiera provocado su actitud amenazante me mantenía la cabeza de una forma jamás vista en mí. Aun así, algo en mi interior me ordenaba hacerlo.

No era mi enemigo.

Al menos hoy no.

—Tendrás que hablar con Shannon —dije finalmente—. Yo no puedo darte las respuestas que quieres.

—Sí que puedes —replicó Kav, implorándome con los ojos

que hablara—. ¡Abre la boca y suéltalo!

—No. —Negué con la cabeza—. Ni puedo hacerlo ni lo haré. Si ella confía lo suficiente en ti, te lo contará. Si no lo hace, pues no lo hará. Sea como sea, no es decisión mía.

—¿No es decisión tuya? —Pareció indignado al oírlo—. ¿Qué cojones se supone que significa eso?

—Exactamente lo que he dicho —contesté—. Significa que no es decisión mía. Pero te puedo asegurar que nunca le he puesto la mano encima a mi hermana. Ni a ninguna otra mujer para el caso.

—Quiero saber qué está pasando, Lynch. Si la están acosando o algo así, entonces puedo ayudar. Puedo arreglarlo si me lo cuentas.

—¿Tú puedes arreglarlo?

—¿Por ella? —Asintió con vehemencia—. Ya lo creo.

—Te gusta. —Incliné la cabeza hacia un lado, estudiándolo—. Tal vez incluso más que eso.

No lo negó.

Bien.

«Otro punto para él».

—Quiero saber qué está pasando —concluyó—. Necesito saberlo.

A lo mejor su colega tenía razón y este chaval se quedaba con mi hermana. Sus palabras sin duda demostraban cierto nivel de permanencia.

—Mira, me encantaría contártelo —respondí—. No tendría ningún puto problema en desembuchar. No tengo nada que esconder.

Mientras pronunciaba las palabras, me di cuenta de que eran mi verdad, porque algo había sucedido en mi interior, algo raro de cojones, y me estaba hartando de mentir.

De ocultar cosas.

De cubrirme constantemente las espaldas y cubrírselas a mis hermanos y a mi hermana.

Eso no era vida, ya no quería vivir así.

Nunca había querido vivir así.

—Pero ella no querría que te lo contara —intenté explicarle—. Shannon se moriría si creyera que alguien se ha enterado de sus asuntos. Después de toda la mierda que le pasó en el instituto de Ballylaggin, quiere hacer borrón y cuenta nueva en Tommen. Y yo también quiero eso para ella.

—Entonces sí que la están acosando —dijo Kav con dificultad, no acertando lo más mínimo y revolviéndosele todo por dentro solo con pensarlo—. Alguien de Tommen. —Negó con la cabeza, perdido—. O de su antiguo instituto.

Suspiré con fuerza.

—Mira, Kavanagh, si quieres saber qué pasa dentro de esa cabecita suya, entonces gánatelo.

—¿Que me lo gane? —Me fulminó con la mirada—. ¿Que me gane el qué?

Sabía muy bien a lo que me refería. Si quería entrar en la vida de Shannon, tan desesperado como parecía que estaba, tendría que ganarse el pase de Shannon.

Yo no podía dárselo. Aunque una parte extraña de mí lo deseaba con fuerza.

Porque, aunque hacía mucho tiempo que había dejado de protegerme y llevaba años sin conseguir proteger a mis hermanos, estaba empezando a aceptar la posibilidad de que no estaba haciendo por ellos lo correcto.

«Que callarme no era lo adecuado».

A lo mejor había recibido demasiados golpes en la cabeza a manos de nuestro padre, o a lo mejor Molloy se me estaba metiendo demasiado dentro de mi mente, pero mantener la boca cerrada estaba empezando a parecerme que protegía menos a mis hermanos y les permitía más a mis padres.

Sin embargo, el recuerdo de los maltratos a Darren continuaba aprisionándome, manteniendo el miedo vivo lo suficiente para mantener a raya mi lengua.

—Eres un tío listo —fue lo único que dije—. Seguro que lo averiguas.

Kav volvió a negar con la cabeza.

—No...

Me empezó a sonar alto el móvil en el bolsillo y el chaval se calló. Cogí el teléfono enseguida solo para que se me cayera el alma a los pies al ver el nombre que aparecía en la pantalla.

«Mi padre».

La furia se apoderó de mí y levanté una mano para avisar a Kavanagh de que mantuviera la puta boca cerrada mientras pulsaba el botón para contestar y me llevaba el teléfono a la oreja.

—Joey, soy yo.

—¿Qué cojones quieres? —pregunté con desdén totalmente asqueado por que pensara que podía llamarme.

El sonido de su voz me ponía de punta hasta el último pelo del cuerpo. No me importaba que sonara sobrio. Todo lo que tenía que ver con ese hombre, borracho o no, hacía que se me pusiera la carne de gallina.

Por poco me caí del taburete cuando le oí decir:

—Te llamo para avisarte de que voy a casa con...

—No, te dijeron que... —lo interrumpí caminando de un lado a otro de la cocina, tratando de contenerme mientras se me iba la olla. «Te dijeron que no volvieras a casa, joder»—. No hay vuelta atrás.

—Lo que pasó la otra noche fue un error —le oí decir—. No pretendía hacer daño a tu madre. Fue en caliente, ya sabes lo que es eso.

¿Que no pretendía hacerle daño a mi madre? ¿Que ya sabía lo que era eso? ¿Y qué pasaba con Shannon? ¿Pretendía hacerle daño cuando le dio un puñetazo en la cara? Pues claro que sí, joder. Creer que no tenía intención de hacer algo que llevaba repitiendo a lo largo de nuestras vidas sin parar era la definición de locura.

—Me importa una mierda lo arrepentido que estés.

—¿Te callas y me escuchas un segundo...?

—¡No!

La última vez que me había sentado a escuchar cómo

intentaba absolverse de sus pecados había sido hacía más de ocho años, poco después de presenciar cómo violaba de forma brutal a mi madre contra la misma mesa en la que nos obligaba a comer todos los días desde aquello. Había cogido un hurley en mi patético intento de protegerla, y la pelea que hubo a continuación había sido tan terrible que los vecinos habían llamado a la policía.

Como consecuencia, vinieron los trabajadores sociales y me vi obligado por la misma mujer a la que había intentado proteger a sentarme en esa misma mesa de la cocina que todavía estaba en nuestra casa y escuchar a su agresor soltar una historia convincente de cómo el anillo que llevaba su esposa en el dedo le daba a él el control sobre su mente y su cuerpo.

Inmediatamente dije que todo aquello era una gilipollez y entonces me detallaron paso a paso lo que le pasaba a un niño cuando estaba al cuidado de mi padre.

A Darren, al ser el hijo diligente y concienzudo, y al soportar el sufrimiento, le ahorraron la advertencia. Lo mismo les ocurrió a Shannon y los pequeños.

Pero a mí no.

No a la oveja negra de la familia.

El lastre.

El jodido.

Perdí mi infancia aquel día.

No es que hubiera tenido una, pero, si me quedaba algo de inocencia entonces, todas mis esperanzas y sueños de la niñez desaparecieron al instante. Marcado mental y físicamente hasta el punto de no poder imaginarme confiando en otro ser humano. Aterrorizado por los serios detalles de lo que me ocurriría si no mantenía el pico cerrado o, peor, lo que les pasaría a Shannon y a Tadhg, cedí ante la presión y mentí como el bellaco que me habían enseñado a ser.

La parte jodida fue que no veía lo que estaba empezando a ver ahora, que estaba intentando proteger a esos críos de

los violadores viviendo con uno. Porque eso era lo que era él, un puto violador.

Lo que hizo.

El dolor que causó.

Las vidas que arruinó.

No, nunca jamás volvería a escuchar una excusa de ese hombre.

—Tu madre está en el hospital —dijo mi padre, haciéndome regresar al presente y provocándome una ola de pánico—. Sangró la otra noche. Mucho.

Agarré el teléfono con tanta fuerza que la piel alrededor de los nudillos parecía que iba a romperse.

—¿Que está dónde?

—¿Estás sordo, Joey? He dicho que está en el hospital —gritó—. Desprendimiento de placenta, por lo visto.

«¡Dios santo!». Creí que iba a desmayarme cuando me llevé la mano a la frente.

—¿Cuándo pasó eso?

—El viernes por la noche —respondió, confirmando mis mayores temores—. Me llamaron del hospital para que estuviera con ella.

Se me cayó el alma a los pies. La llamé «puta» cuando se estaba desangrando en el hospital.

—Entró sangrando, pero, cuando fueron a examinarla, rompió aguas —añadió, sonando humano de verdad por una vez en su vida—. Estaba muy mal por el sangrado, así que se la llevaron al quirófano para arreglarlo. Según el especialista, le puede pasar a las mujeres mayores que han tenido muchos hijos, y a tu madre le hicieron la cesárea con Tadhg.

—¿Y el bebé? —me oí preguntar.

—¿Tú qué crees, imbécil? —soltó—. Está muerto, joder. Esa cosa no era más grande que mi mano.

«Dios santo».

—¿Esa cosa? —dije con dificultad, notando cómo me temblaban las piernas—. ¿Esa cosa?

—¿Cómo quieres que lo llame..., tu hermano? —inquirió.

Así que era un chico.

El bebé iba a ser mi hermano.

Dios.

—Se ha ido, joder, y ya está —soltó mi padre—. No tiene sentido calentarse por algo que no se puede cambiar.

No sabía qué decirle, pero que llamara al bebé «esa cosa» me ponía enfermo.

—Tu madre está mal —continuó diciendo—. Le quieren dar el alta, pero no se va a ir del hospital. —Exhaló, frustrado, antes de añadir—: No va a dejar aquí esa cosa.

«Deja de llamarlo “esa cosa”», quería gritar, pero como estaba acompañado me contuve.

—¿Qué coño quieres que diga?

—Bueno, lo primero es lo primero, deshazte de ese tono de voz afligido —soltó—. ¿Por qué ibas a estar triste? No es que te emocionara precisamente la idea.

—¿Por qué iba a estar triste? —Sacudí la cabeza por el asco que me daba. ¿Hablaban en serio?

—No querías que tuviera otro hijo y ahora ya no existe —dijo en tono acusador—. Te va de perlas, chico, así que podrías mostrar un poco de sinceridad.

Sí, no quería que tuvieran otro hijo, pero eso no significaba que deseara que mi madre perdiera su bebé.

No quería que muriera mi hermano.

Jamás querría algo así.

Sin embargo, no pude evitar decir más adelante las palabras «Es un alivio, joder, eso es lo que es», y era verdad, pero no por los motivos que él pensaba.

El bebé se ahorraría el dolor de cruzar el umbral del infierno que era nuestra casa. El bebé nunca sentiría las bofetadas de nuestro padre ni el dolor por la falta de emoción de nuestra madre. Habría un hermano menos al que proteger, del que preocuparse, al que alimentar, al que cuidar, y mentiría si fingiera lo contrario.

Aunque había estado resentido por el embarazo, eso no

significaba que no lo habría querido igual que quería a los demás. Mi corazón se habría expandido y habría extendido los brazos un poco más para que él cupiera entre ellos.

—Necesito que vengas aquí y hagas entrar en razón a tu madre —continuó mi padre—. Ya sabes cómo es, cómo se le va la cabeza bajo presión. Siempre has podido traerla de vuelta cuando se pone así.

—Vale —contesté con un tono tenso.

—Estamos en el St. Finbarr's, en la ciudad —añadió—. Sabes dónde está, ¿no?

—Sí, voy para allá.

—Genial —dijo con un suspiro de alivio—, porque no sé qué hacer con ella. No deja de llorar y mecerse, y es que cuando se pone así no se me ocurre qué mierda hacer con ella.

—He dicho que ya voy para allá, ¿no? —espeté, reprimiendo las ganas de gritar cuando me encontré con que Kavanagh estaba observándome como un halcón—. Voy para allá.

—¿Cuándo llegarás? —insistió mi padre—. ¿Cuándo estarás aquí? Porque no estoy de coña, chico, estoy a punto de perder la paciencia. Quiero irme a casa, afeitarme y darme una ducha. No puedo estar aquí sentado viendo cómo le llora a una caja.

—Voy de camino.

—Buen chico —dijo con tono aprobador—. Date prisa...

Ofuscado, colgué el teléfono y me lo metí otra vez en el bolsillo antes de mirar a Kavanagh.

—Tengo que marcharme.

—¿Marcharte? —preguntó—. ¿Adónde?

—Tengo que ir a un sitio —mascullé, vacilando del todo.

—Espera, joder —me dijo, bloqueando la puerta—. Tu hermana está arriba duchándose.

—Sí. —Negué con la cabeza y exhalé con dolor—. Voy a necesitar que te encargues de ella por mí.

—¿Que me encargue de ella? —Se me quedó mirando

como si hubiera perdido la chaveta—. ¿Quieres que me encargue de tu hermana?

—Eso es lo que he dicho, ¿no?

—No estás contando nada —dijo Kav entre dientes, furioso—. Ese es el problema. ¡No me estás contando una mierda!

—Ya te lo he dicho —gruñí, perdiendo ya la calma—. ¡Pregúntaselo a Shannon!

—Entonces ¿qué? —Los ojos se le salieron de las órbitas—. ¿La vas a dejar aquí?

Era mejor que la alternativa.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Sí, no lo sé, joder —espeté hasta los cojones de aquella mierda—. ¿Te molesta?

—No me molesta que esté aquí —se apresuró a decir Kav—. Lo que me molesta es que la dejes en mi casa y que yo no tenga ni puñetera idea de qué decirle.

—Muy bien. —Perdí la calma y solté—: Dile a mi hermana que ha llamado nuestro padre. Dile que nuestra madre tuvo un aborto el viernes por la noche y él se la lleva del hospital a casa ahora.

Kav tuvo la delicadeza de encogerse de miedo.

—Mierda.

—No tienes ni puta idea —solté, enfadado, y lo empujé al pasar para marcharme con paso airado por el pasillo y abrir la puerta principal—. Ni puñetera idea.

—¿Quieres que la lleve directamente a casa? —me preguntó, siguiéndome. El cabreo se le había pasado y lo sustituía una incómoda compasión. Que le dieran. No quería su compasión. Tampoco la necesitaba—. ¿O la llevo al hospital para ver a vuestra madre...?

—¡Quiero que te encargues de ella, joder! —grité, dándome la vuelta hacia él—. ¿Puedes hacerlo, Johnny Kavanagh? —Agarré la puerta con fuerza mientras lo miraba de frente—. ¿Puedes cuidar de mi hermana por mí? ¿O me

he equivocado contigo?

—Sí —asintió con rigidez—, sí puedo.

—Bien —asentí yo también con rigidez. Metí la mano en el bolsillo para coger el teléfono y se lo pasé—. Te llamaré cuando pueda organizar la recogida. Tú... Tú quédate con ella hasta que te llame, ¿vale?

Sin mediar más palabra, cogió el teléfono y añadió su número a mis contactos.

Asentí tenso y volví a meterme el móvil en el bolsillo antes de decir:

—Gussie, me voy, por si quieres que te lleve a la ciudad a por tu coche.

—¿Todo bien? —preguntó, asomando la cabeza por la puerta del salón.

Como estaba demasiado jodido para pensar con claridad, me di la vuelta y me marché, sintiendo que mis pies no me pertenecían. No sé cómo conseguí caminar por la gravilla y dejarme caer en el asiento del conductor del coche de Molloy.

—Soy Gibsie.

Me giré para verlo subir al asiento del copiloto a mi lado.

—¿Qué?

—Que me llamo Gibsie —aclaró mientras se ponía el cinturón de seguridad y se sacaba una caja de tabaco del bolsillo—. No Gussie.

—Ah, sí, Gibsie. —Puse en marcha el coche y salí por el camino de la entrada, aceptando el cigarrillo que había encendido y me estaba pasando—. Gracias.

—De nada, chaval —respondió, encendiendo un cigarrillo para él—. Parecía que necesitabas uno. —Se encogió de hombros y añadió—: Me temo que es solo nicotina.

—Ya va bien.

—Por ahora —bromeó con tono alegre.

—Sí —solté mientras el impulso carnal de desesperación y necesidad asomaba su horrible cabeza ante la idea—. Por ahora.

EL PEQUEÑO ALFA

Aoife

Sorprendentemente, pasar tiempo con los pequeños Lynch me ayudó a limpiar las telarañas de ansiedad que tenía en la cabeza.

El mayor de los tres parecía la viva imagen de mi novio tiempo atrás. El mediano resultó ser un duro rival en las conversaciones. ¿Y el bebé de la familia? Dios, Sean era tan mono que parecía ridículo.

Estaba demasiado ocupada respondiendo al torrente interminable de preguntas que salían del imaginativo cerebro de Ollie mientras no dejaba de darle abrazos al adorable niño de tres años que se chupaba los dedos de la mano, y no tenía tiempo para pensar ni para darles vueltas a mis problemas.

Las oleadas de actitud de macho alfa de puro preadolescente por parte de Tadhg era impresionante y, si no fuera por el hecho de que tenía matrícula de honor en tratar a cabroncetes con malas pulgas como él, me habría agobiado la hostia.

Sin embargo, el Pequeño Alfa demostró ser realmente el doble de su hermano al sucumbir al final —y por supuesto a regañadientes— a mi irresistible encanto e ingenio. Tampoco hizo daño que le pasara una sliotar.

Para cuando llegamos a su casa un poco antes de la una, estaba segura de que, tras la guerra que había estallado, me había ganado tres pequeños aliados. Lo único que había agitado la fiesta ese día era que Joey y Shannon aún no hubieran vuelto.

No tenía saldo en el móvil para contactar con Joey, y, aunque a Tadhg y Ollie no les habría pasado nada al

quedarse sin compañía de un adulto un momento, jamás podría haberlos dejado que se las apañaran solos con un niño de tres años y tener la conciencia tranquila.

Así que terminé esperando hasta la una y media antes de llamar a la puerta del vecino para usar su teléfono fijo y contactar con el trabajo para avisar de que estaba enferma y no podría empezar mi turno a las dos de la tarde, ya que el hijo de Joey solo recibía llamadas. También usé el teléfono de Fran para intentar localizar a Joey en su móvil, pero me salió directamente el buzón de voz.

Al principio, no me preocupó demasiado, pero, después de buscar música para los críos en su habitación —porque el gilipollas de su padre se había llevado el televisor— y al darme cuenta de que no estaban los pantalones de chándal con aquella bolsa de pastillas, enseguida me cambió el humor.

Estaba claro que Joe se los había puesto por la mañana antes de marcharse de casa, lo que significaba que, estuviera donde estuviese en esos momentos, iba por ahí con una bomba de relojería en el bolsillo.

—Bailo bien, ¿eh? —preguntó Ollie, apartándome de mis pensamientos mientras bailoteábamos por la cocina al ritmo de «The Ballad of Chasey Lain» de Bloodhound Gang, cortesía de la colección de música ridículamente explícita de su hermano mayor.

Sí, era una canguro excelente.

—Muy bien, Ols.

Me reí al ver que el niño ponía posturitas como si nadie lo estuviera mirando. Por suerte, Sean y él parecían ignorar alegremente el significado de la canción, demasiado ocupados girando y dando vueltas por la cocina como para darle importancia.

Mientras tanto, el Pequeño Alfa se tronchaba de la risa encima de la mesa de la cocina, bebía de la Coca-Cola de su hermano y estuvo a punto de ahogarse varias veces durante el transcurso de la canción.

—Espera, yo tengo una canción. ¡Tengo una! —declaró Ollie cuando terminó aquel tema y salió corriendo hacia la sala de estar para volver al cabo de un momento con un disco—. Es la música de mamá —explicó orgulloso, cambiando el disco en el pequeño estéreo de la cocina—. Me encanta.

Al cabo de un instante, «The Pill» de Loretta Lynn sonaba por los altavoces.

—Ay, venga ya —gruñó Tadhg, dándose con la mano en la frente—. ¿En serio, Ols?

—Ajá. —Cantando la canción palabra por palabra, Ollie bailaba por la cocina cogiendo las manitas de Sean—. Mamá nos canta esta canción.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió Tadhg, negando con la cabeza—. A la mayoría de los niños, cuando son pequeños, les cantan canciones infantiles. —Negó con la cabeza y señaló el estéreo—. Nosotros tenemos esto.

—Uf, mierda.

—Joe le regaló el álbum para el Día de la Madre hace unos años. —Sonrió antes de añadir—: Creo que intentaba decirle algo con esa canción.

Solté una carcajada, aunque era totalmente inapropiado, por no mencionar que también podía ser un poco hipócrita.

Con una sonrisa lobuna, Tadhg saltó de la mesa y se acercó al estéreo para cambiar el disco. Después de unos minutos pasando canciones, dejó «Girl All the Bad Guys Want» de Bowling for Soup.

Me guiñó el ojo a lo descarado y dijo:

—Esta es para ti, rubia.

«Uf, mierda».

Contuve la risa.

El Pequeño Alfa sabía montárselo.

HE VENIDO PARA LLEVARTE A CASA

Joey

—Gracias a Dios que has venido —me recibió mi padre en el pasillo del hospital.

Mientras salvaba el espacio entre nosotros, sujetaba con una mano una carpeta repleta de papeles, y con la otra, una bolsa de plástico que supuse que contenía la ropa de mi madre.

—No puedo con ella, Joey, hijo. No puedo. —Me puso la mano en el hombro con un movimiento que supuse que era una muestra de alivio ante mi presencia, pero que hizo que me quisiera arrancar la piel de los huesos—. Sé que está disgustada, pero es que tanto llorar no le hace nada bien.

—Sí, bueno, pues te jodes —le solté, quitándome de encima su mano de forma brusca—, porque fuiste tú el que la dejó preñada. Es responsabilidad tuya, papá. Está en esta situación por ti, así que pórtate como un hombre y cuida de ella.

—No te me pongas contestón, chico —me advirtió con un tono amenazador y me lanzó una mirada que decía «Lo pagarás por hablarme así», pero la verdad es que no me importaba—. Es muy fácil criticar cuando no sabes lo que he estado soportando aquí.

—No me importa lo que te haya pasado —espeté y lo seguí de mala gana por el pasillo hasta detenernos frente a una puerta cerrada—. ¿Está ahí?

Asintió con la cabeza.

—Te lo dejo a ti. Tengo que ocuparme de un par de cosas. Lo que significaba que le estaba esperando un taburete en el bar.

—Vale. —Levanté la barbilla, reacio a pedirle al cabrón que

no me dejara allí para limpiar su estropicio—. Haz lo que quieras.

Y luego se marchó, y me quedé solo, con la vista clavada en la puerta cerrada.

Un millón de emociones distintas se despertaron dentro de mí mientras me esforzaba para temprar los nervios y que no se me fuera la olla. No quería estar allí. No quería presenciar lo que sabía que iba a ver en cuanto abriera la puerta que tenía delante y entrara en la habitación.

En el trastorno mental de mi madre.

«Contrólate, gilipollas».

Con la capucha puesta y las manos temblando, me obligué a llamar antes de entrar.

Lo primero que vieron mis ojos fue una cortina azul clara que tapaba la cama, mientras el sonido grave de un lamento casi salvaje me atacó de inmediato los oídos. Era el sonido de una mujer con el corazón roto.

—¿Mamá?

El llanto cesó un breve instante y oí que cogía varias veces aire antes de decir con voz entrecortada:

—¿Joey?

—Sí —asentí, temblando—. Soy yo, mamá.

—Joey —gritó con voz ronca—. ¿Mi Joey?

—Sí, mamá —respondí y me aclaré la garganta—. ¿Puedo retirar la cortina para verte?

Al cabo de unos momentos, mi madre corrió la cortina y me recibió con el rostro surcado de lágrimas mientras se bajaba de la cama y se derrumbaba en mis brazos.

—¡Joey!

—Chisss, no pasa nada —traté de tranquilizarla, cogiéndola antes de que se cayera al suelo—. Estoy aquí.

—Se ha muerto —dijo gimiendo, agarrándose a mi sudadera con los dedos mientras se aferraba a mí con el cuerpo sin fuerzas, sacudido por la pena—. El bebé ha muerto y se lo han llevado. Se lo han llevado, Joey. Me lo han quitado.

—Ya lo sé, mamá —conseguí decir mientras la ayudaba a volver a la cama.

—Era tan pequeño —continuó llorando, negándose a soltar mi sudadera mientras yo me quedaba impotente delante de ella, con las manos a los costados para que cogiera de mí lo que necesitaba en ese momento—. Veintiuna semanas —siguió gimiendo—. Era tan diminuto.

No podía decirle que sabía cómo se sentía ni que entendía su dolor, así que simplemente me quedé allí, sintiéndome inútil.

—Ya no está —dijo entre lágrimas—. Tu padre dejó que se lo llevaran.

—¿Que se lo llevaran adónde? —me obligué a preguntar.

—Lejos —se quejó, llorando en mi pecho—. Lo enterrarán en el jardín del recuerdo del ángel en el hospital.

—¿Es lo que quieres?

—No lo sé —sollozó—. Tu padre dijo que era lo mejor.

No tenía nada que decir.

Dejó escapar un suspiro tembloroso antes de susurrar:

—Shannon. Los chicos. ¿Están bien?

—Están genial —me apresuré en tranquilizarla—. Están todos genial, mamá.

—Y tú estás aquí —dijo con debilidad, todavía aferrada a mí—. ¿Cómo es que estás aquí?

—Papá me llamó —respondí, apartando sus manos poco a poco de mi sudadera para sentarme a su lado en la cama—. Me pidió que viniera a verte.

—¿Ah, sí?

Asentí despacio.

—Sí.

—¿Dónde está ahora tu padre?

En el pub, lo más probable.

—Tenía que marcharse. —Inhalé profundamente antes de añadir—: Papá me dijo que los médicos te habían dado el alta, mamá. He venido a llevarte a casa.

—No, no, no. —Se le abrieron mucho los ojos por el miedo

—. No puedo irme. ¡Ni siquiera tiene nombre! Tan solo el bebé Lynch. Así lo llamaban.

—Mamá —suspiré, intentando sin éxito dar con las palabras adecuadas. Apenas podía hablar—. No puedes quedarte aquí —dije—. Los chicos te necesitan en casa.

—No quiero —protestó, dejando caer la cabeza en sus manos, y me recordó a una niña atrapada en el cuerpo de una mujer—. Por favor, no me obligues.

—No voy a obligarte a nada —la tranquilicé mientras miraba el pastillero en la bandeja que contenía lo que supe al instante que era una puta fabulosa combinación de Valium y diamorfina—. ¿Esto es para ti? —pregunté, cogiendo el dispensador de plástico con las manos temblorosas—. ¿Tienes que tomártelas, mamá?

Asintió con debilidad.

—Pero me dan mucho sueño.

—Para eso son. —Eché las pastillas en una de sus manos y luego le puse el vasito de poliestireno lleno de agua en la otra—. Trágate las y te relajarán.

—Joey, no...

—Tómatelas tú o me las tomo yo —la interrumpí—. Y entonces ambos estaremos jodidos.

Se sorbió la nariz y me miró con los ojos llenos de dolor antes de llevarse las pastillas a la boca y tragárselas con un sorbo de agua.

Una mezcla de devastación y alivio me inundó, y me incliné hacia delante.

—Buena chica.

—Quiero verlo por última vez —susurró, echándose sobre mi cuerpo—. Antes de irnos.

—Vale —contesté, y a regañadientes deslicé un brazo alrededor de sus frágiles hombros—. Estoy seguro de que una de las comadronas podrá llevarte a que lo veas.

—¿Te quedarás conmigo cuando lo traigan?

Me puse tenso.

—Por favor, Joey. —Se sorbió la nariz—. No me dejes sola.

—Vale —suspiré, resignado—. Me quedaré contigo, mamá.

SÁCAME DE ESTA CASA

Aoife

Era poco después de las ocho cuando Ollie se las apañó de algún modo para convencer a Sean de que subiera las escaleras y terminara quedándose dormido a su lado en la cama de Joey. Abajo, en la cocina, fregué los platos de la cena mientras Tadhg jugaba una partida al *Snake* en mi móvil en su habitación.

En general, estaba bastante orgullosa de lo bien que me las había apañado ese día, pero eso no me quitaba la ansiedad que no dejaba de aumentar en mi pecho porque Joey no se había puesto en contacto conmigo. No había vuelto a casa y tampoco me había llamado ni enviado un mensaje.

Le había pasado algo —estaba segura—, pero, aparte de mandar a por él a un equipo de búsqueda, lo que no era posible porque estaba claro que no tenía los medios para ello, no había nada más que pudiera hacer salvo sentarme a esperar a que regresara.

De espaldas a la puerta de la cocina y con los brazos hasta los codos de burbujas jabonosas, meneaba las caderas al ritmo de «Linger» de Cranberries mientras sonaba en la radio. Dando golpecitos con el pie al son de la música, tarareaba la canción.

Al cabo de unos instantes, cuando el sonido de la puerta principal abriéndose y luego cerrándose me inundó los oídos, me relajé aliviada.

—Ya era hora, tíos —dije por encima del hombro, dejando el plato en el escurridor y sacudiéndome el agua de las manos—. Creía que estabais muertos o algo así. —Fui a darme la vuelta, pero me topé con su enorme cuerpo, que

me empotró contra el fregadero—. Por Dios, Joe —me reí, de espaldas a él—. ¿Me has echado mucho de menos?

Después noté su boca caliente en el cuello, pero algo no estaba bien. Su afilada lengua húmeda recorriéndome el lateral del cuello no estaba bien.

«Mal, mal, mal», me aseguraba mi cuerpo.

Fue en ese momento cuando alcancé a ver el reflejo en la ventana encima del fregadero y se me heló la sangre.

—¡Ay, por Dios! —grité—. ¡Quítate de encima, joder, Teddy!

Me retorcí, pero me envolvió con sus fornidos brazos y el pecho, inmovilizándome contra el fregadero. El miedo se apoderó de mí rápidamente.

—Suéltame —intenté de nuevo, manteniendo el tono tan duro y fuerte como pude, cuando lo único que quería era chillar y llorar—. Ya, gilipollas.

—Quería probarte desde la primera vez que te vi —dijo el padre de Joey arrastrando las palabras con un sofocante olor a whisky en el aliento—. Mira qué cuerpo tienes. —Noté cómo se le ponía dura contra mí y me entraron ganas de vomitar—. Mi muchacho no sabe apreciarlo.

Llevó la mano a mi pecho y entonces se me fue la olla.

—He dicho que me quites las manos de encima —gruñí, intentando sin éxito liberarme de él—. Te juro por Dios que como estés pensando en...

Me dejó sin palabras cuando me agarró de la garganta con la mano y apretó. Paralizada por el miedo, arrastré los pies por las baldosas cuando me arrastró a la mesa de la cocina.

—Esto es lo que va a pasar, putita —masculló, golpeando el lateral de mi cara contra la mesa—. Vas a cerrar el pico y a recibir lo que voy a darte. —Llevó la mano a la cintura de mis pantalones de chándal y me los bajó por las caderas bruscamente—. Pavoneándote por mi casa, como si fueras un puto regalo divino.

—Que te... jodan —dije con dificultad. Con la mejilla contra la mesa, le clavé las uñas en la mano, intentando hacerle el

máximo daño posible mientras apretaba las piernas, desesperada por protegerme en aquella indefensa posición —. ¡No me toques!

—Siempre he querido tocarte el pelo —dijo arrastrando las palabras, soltándome el cuello solo para enroscar con violencia mi pelo en su puño hasta que la nuca me ardió de dolor—. Suave como la seda. Mmm, qué bonito.

—Por favor. —Se me revolvió el estómago y me entraron arcadas del asco—. ¡Suéltame!

Movió la mano hacia mis bragas y retiró con brusquedad la tela, mientras continuaba tirándome del pelo.

—Abre las piernas.

—¡Muérete!

Con un brazo rodeándome la cintura, me obligó a echarme hacia atrás.

—¡Abre las putas piernas, zorra!

—¡No..., no! —conseguí decir, asqueada por el tacto de sus manos en mi cuerpo mientras me separaba las rodillas para obligarme a abrir las piernas, dejándome vulnerable y expuesta a él—. ¡No-no lo hagas!

Noté la tela áspera de sus vaqueros contra mi piel desnuda y luego el sonido de una cremallera abriéndose me inundó los oídos.

—No —grité, sacudiéndome para liberarme—. No me toques...

Oí que se cerraba la puerta principal de golpe, seguido de una voz familiar diciendo «¡Quítale las putas manos de encima!» y me derrumbé contra la mesa.

No pasó ni un segundo y dejó de agarrarme. Me caí al suelo, temblando violentamente mientras me subía con dificultad la ropa interior y los pantalones de chándal. Entre lágrimas, vi a Joey pelearse con su padre, chocando contra la encimera de la cocina mientras se arrancaban la piel literalmente.

Gritaban, pero no oía ni una sola palabra. El pitido en mis oídos era ensordecedor y yo temblaba sin control al

sentirme violada.

—Aoife. —La señora Lynch se sorbió la nariz, con los ojos muy abiertos por el horror mientras corría hacia mí—. ¿Estás bien?

No, no estaba bien.

¿Cómo coño iba a estar bien?

Su marido había estado a punto de violarme.

—¡No me toques! —grité cuando me colocó una mano en el hombro. Me puse de pie como pude y me alejé lo máximo posible físicamente de aquellas personas—. ¡Apartaos todos de mí, joder!

Por desgracia para mí, la salida de aquel infierno se encontraba al otro lado de la cocina y, aunque estaba desesperada por marcharme, no podía hacer que se movieran mis piernas, porque avanzar significaba pasar por su lado.

—Molloy. —Ese era Joey. Estaba delante de mí con las manos en mis mejillas y unos ojos verdes frenéticos, y yo no iba a consentirlo—. Aoife, nena...

—No me toques —conseguí decir, apartando la cara de sus manos—, tan solo sácame de aquí.

—Aoife. —Volvió a acercarse a mí y por encima de su hombro vi a su padre retorciéndose y gimiendo en el suelo—. Por favor, no... Lo siento muchísimo.

—¡He dicho que me saques de aquí, Joey! —grité, pasándome las manos por el pelo mientras apartaba los ojos de aquel hombre y me obligaba a mirar a su hijo—. ¡Me quiero marchar ya!

La vista se me fue otra vez hacia el monstruo, que ahora se había incorporado, mientras su mujer le ponía un trapo húmedo en la mejilla.

¿La tía iba en serio?

¿Es que no había visto lo que acababa de intentar hacerme?

—Aléjame de esta gentuza, Joey —solté, fulminando con la mirada a mi novio—. Ya.

Con un suspiro tembloroso, Joey asintió y me rodeó los hombros con el brazo, tapándome la visión de su padre mientras me sacaba de la casa.

En cuanto estuve fuera, me aparté de él y corrí hacia mi coche, tomando bocanadas de aire frío nocturno mientras intentaba encontrarle sentido a la mierda que acababa de pasar.

—Aoife.

—¡No! —dije, apartándome de él—. No hables. Tú... Tú llévame a casa.

Estaba aturdida.

Tenía la mente en blanco.

El cuerpo, tenso.

Joey abrió la puerta del copiloto y me derrumbé en el asiento, respirando con dificultad, rápido, mientras me temblaba todo.

Él subió al asiento del conductor y me miró con los ojos angustiados.

—Molloy, lo sien...

—No. —Intenté sin éxito ponerme el cinturón de seguridad, me rendí y contuve las ganas de gritar, apretándome las sienes con los dedos—. Tú conduce.

Sin pronunciar palabra, Joey me colocó el cinturón de seguridad antes de poner el coche en marcha. Con las manos rígidas en el volante, inclinó la cabeza e inspiró varias veces antes de devolver su atención a la carretera que tenía delante y arrancar.

Me mordí el puño para evitar gritar, me retiré el pelo de detrás de la oreja y entonces me estremecí al recordar el tacto de la mano de su padre agarrándomelo con fuerza.

Intenté esforzarme por calmarme, pero no lo logré. Sentía que el cuerpo entero me zumbaba con una energía extraña y ansiosa, y no estaba segura de si era el miedo, el enfado o pura adrenalina lo que provocaba aquel malestar. Fuera como fuese, por lo visto no podía controlar mis extremidades. Tenían vida propia.

Cuando Joey giró a la izquierda al final de la carretera, en vez de a la derecha como era habitual para ir a mi urbanización, me entró el pánico. Al aparcar en la comisaría de Ballylaggin al cabo de unos minutos, el pánico que estaba sintiendo enseguida se convirtió en un ataque de ansiedad en toda regla.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

Apagó el motor y se quedó con la vista clavada en el parabrisas, con las manos agarrando con fuerza el volante.

—¿Qué estás haciendo? —repetí cuando no respondió. El corazón me iba a toda velocidad en el pecho—. ¿Joey? —Abrí mucho los ojos por el pánico—. Llévame a casa.

—No puedo llevarte a casa, Molloy —dijo finalmente con una voz apenas audible. Sin apartar la vista del edificio frente al que estaba aparcado, negó despacio con la cabeza—. Tengo que hacerlo bien.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con voz quebrada—. No voy a entrar ahí, Joey. No voy a entrar, ¿vale? Solo quiero irme a casa y ducharme.

—Tenemos que entrar —contestó, quitándose el cinturón de seguridad y llevando la mano a la manija de la puerta del coche—. No va a quedar impune después de ponerte las manos encima.

—¡No! —Alargué la mano para agarrar su puerta y cerrarla de golpe—. No. No quiero eso. Solo quiero irme a casa, ¿vale? A mi casa. Y ya está.

—Molloy. —Joey exhaló un gruñido de dolor y se giró para mirarme. Había dolor en sus ojos, estaba absolutamente destrozado. Parecía reflejar exactamente cómo me sentía—. Intentó violar... —Se le quebró la voz y negó con la cabeza antes de apartar enseguida la mirada. Inspiró, lleno de dolor y golpeó con una mano el volante—. Intentó violarte.

—No voy a entrar ahí —le advertí con los ojos llenos de lágrimas—. No voy a entrar.

—Tienes que contarles lo que te ha...

—No, lo que tengo que hacer es irme a casa —insistí,

interrumpiéndolo, y la piel se me puso de gallina por el malestar y la vergüenza—. Es lo único que te pido. Llévame a mi casa, joder.

—Aoife, por favor.

—¡Esto no es decisión tuya! —grité, tirándome del pelo por la frustración—. No lo decides tú, Joey. Sino yo. Es mi elección, mi decisión, y escojo no entrar ahí, ¿vale? Escojo olvidarlo. Es lo que elijo, joder. Lo único que quiero es irme a casa. No quiero que nadie lo sepa, ¿vale? ¡Solo quiero irme a casa, eliminarlo de mi cabeza y olvidar que he puesto alguna vez el pie en esa casa!

Joey se me quedó mirando durante mucho rato antes de soltar la manija de la puerta.

—¡Joder! —gruñó al final, golpeando el volante con la mano, y luego se inclinó hacia delante, rodeando el volante con los brazos y hundiendo la cara en ellos—. ¡Joder!

—¿Dónde estabas? —me oí preguntar, delirante de dolor y enfado—. ¡Tenía que ir a trabajar! Se suponía que no era yo la que debía estar ahí, sino tú... —Dejé de echarle la culpa de pronto, porque sabía que hablaba dolida, sin pensar en la realidad de la situación, y solté un grito—. Se suponía que tenía que estar trabajando. —Las lágrimas me nublaron la vista y enseguida me eché el pelo hacia atrás, porque no quería que me tocara el cuello—. Se suponía que no debía estar ahí.

—Lo sé —contestó y pareció que estaba físicamente muriéndose por dentro mientras se golpeaba varias veces la frente contra el volante—. ¡Joder, lo sé! Es que... Surgió algo, ¿vale? Y me olvidé de llamar...

—¿Surgió algo? —Levanté la voz sin dar crédito—. Ah, entonces no pasa nada, ¿no? ¡Si surgió algo!

—Lo siento, ¿vale? —Un sollozo de consternación seguido de un rugido angustioso salieron de su pecho y se echó hacia atrás para mirarme—. Déjame entrar ahí. —Las lágrimas bajaban libremente por sus mejillas mientras me imploraba con los ojos que diera mi brazo a torcer—.

Déjame hacer esto por ti.

—No. —Negué con la cabeza, refutando su súplica, y me enjugué con brusquedad las lágrimas—. Llévame a casa, Joe. Por favor.

—No sé qué hacer, Aoife —dijo con un hilo de voz y el pecho agitado—. Te escucho, de verdad que sí, pero no es lo correcto.

—Si te importo ni que sea un poco, llévame a casa —le advertí, levantando un dedo tembloroso—. Lo digo en serio. Si no mueves este coche, voy a bajarme para marcharme andando.

Cuando no hizo nada por respetar mis deseos, abrí mi puerta y fui a quitarme el cinturón de seguridad.

—¡Vale, vale! —Joey enseguida giró la llave en el contacto y el viejo motor rugió al encenderse—. Iremos a tu casa.

Me sorbí la nariz, cerré la puerta y mantuve los ojos llenos de lágrimas clavados en la carretera que teníamos delante.

Joey suspiró con fuerza y se alejó de la comisaría de policía para llevarme directa a casa sin más desvíos.

—Dejé a Shannon en casa de Johnny Kavanagh —dijo al final cuando se detuvo frente a mi casa y se pellizcó el puente de la nariz antes de añadir—: Tengo que ir a por ella. No, eh... No puedo dejarla allí. Si se enteran de que está con él...

—Vale. —Me quité el cinturón de seguridad, abrí la puerta y me bajé—. Puedes llevarte el coche.

Cerré la puerta del vehículo y crucé corriendo la calle para abrir la puerta del jardín, desesperada por meterme en la seguridad de mi hogar.

—Podrías acompañarme —me dijo mientras salía del coche y cruzaba la calle deprisa para alcanzarme—. No serán más que...

—No, me voy a casa —repetí, entrando y cerrando la puerta del jardín para dejarlo fuera.

—Te traeré el coche justo después.

—No pasa nada, no lo necesito.

—Vale. Vendré justo después —se ofreció, abriendo la puerta para seguirme.

—No. —Negué con la cabeza—. No tienes que hacerlo.

—Aoife. —Me agarró de la mano. El dolor en su voz era demasiado—. Por favor, no hagas esto.

—Ahora mismo necesito estar sola, Joe —conseguí decir, intentando sin éxito soltarme—. No puedo estar con...

—Sé lo que quieres decir, pero no lo digas, no... Por favor, guárdatelo —suplicó, implorándome con los ojos que le oyera—. No lo digas en voz alta. Esta noche no, ¿vale? Es que... esta noche no. Porque, si lo dices en voz alta, será cierto, y no puede ser cierto, Molloy, ¿vale? No puedo perderte.

Aparté la mirada y luego volví a mirarlo. Estaba rígido y me observaba con los ojos llenos de miedo. Intenté pronunciar las palabras que le habrían hecho sentirse mejor, pero no pude. No podía consolarlo en aquellos instantes. Estaba demasiado destrozada.

—Necesito tiempo —susurré al final—. Algo de espacio para aclararme.

—Lo siento muchísimo.

—Ya lo sé, Joe —dije, sintiéndome fatal—. Lo sé, ¿vale? Es que... —Me sorbí la nariz y me encogí de hombros, impotente—. Ahora mismo necesito no estar contigo, ¿vale?

—Aoife.

—Porque, cada vez que te miro, lo único que veo es...

—A él —terminó la frase y me soltó de inmediato—. Lo pillo. —Asintió con rigidez, retrocedió hacia la puerta y me miró más destrozado de lo que lo había visto jamás—. Te entiendo, Molloy.

Y entonces se dio la vuelta y se alejó.

Incapaz de quedarme viendo cómo se marchaba, entré corriendo a mi casa. Cerré la puerta de golpe, se me escapó un gran sollozo desgarrador y me derrumbé en el suelo.

—¿Aoife? —Mi madre asomó la cabeza por la puerta del salón y enseguida apareció a mi lado, de rodillas, con los

brazos rodeándome el cuerpo—. ¿Se lo has dicho?

Con la respiración atascada en la garganta, salió otro sollozo de dolor y negué con la cabeza.

—No he po-podido.

—Está bien, cariño —me tranquilizó mi madre, envolviéndome en sus brazos como hacía cuando era pequeña—. Todo saldrá bien. Ya lo arreglaremos.

AMARGA DECEPCIÓN

Joey

Pensaba que la peor imagen que vería ese día iba a ser mi madre acunando a su bebé prematuro, poco desarrollado, seguido del grito, del lamento y las súplicas que le había generado el dejarlo en el hospital. Había tardado horas en convencerla de que se lo quedaran allí. Creía que eso iba a ser lo peor. Lo peor que podía suceder.

Me equivocaba.

Entrar en la cocina esa noche y ver a mi padre con las manos encima de mi novia —ella echada en la mesa como un puto perro, con las bragas en los tobillos, y él con los vaqueros desabrochados— fue mucho peor.

Muchísimo peor.

Temblando violentamente en el asiento del copiloto, Molloy se había negado en rotundo a mirarme mientras se abrazaba y movía las rodillas, nerviosa.

«Aléjame de esta gentuza, Joey».

No hacía falta ser un genio para saber que me incluía a mí en ese sentimiento. No soportaba mirarme y no la culpaba lo más mínimo por ello.

Dios santo.

Al final había pasado. Mi vida de mierda al final la había destrozado. ¡Qué expresión tenía en los ojos! Joder, me había mirado como si yo también fuera el enemigo.

«Se suponía que tenía que estar en el trabajo...».

«Se suponía que tenía que estar allí...».

«¿Dónde estabas?».

Me echaba la culpa. No lo había dicho con esas palabras, pero sabía que me echaba la culpa.

Era culpa mía.

Estaba solo hasta que llegó Molloy. Entró en mi vida y de repente tenía pareja, una amiga, una auténtica igual que estaba dispuesta a arder en llamas conmigo.

Y mi padre me había arrebatado todo eso.

Me la había arrebatado a ella.

Todavía la olía en mi sudadera, en el coche, a mi alrededor, y aquel olor era demasiado para mí en ese instante. ¿Qué cojones estaba haciendo al creer que podía tener una relación sana y normal cuando mi vida era el polo opuesto?

Sintiéndome totalmente muerto por dentro, telefoneé a Kavanagh, muy a su pesar, y le dije que iba de camino a recoger a mi hermana. Cuando abrió la puerta principal al cabo de unos minutos, parecía estar a punto de darme de hostias, pero Shannon apareció enseguida y, si tenía esa idea, se disipó.

—¿Joe?

—Es hora de irse, Shan.

—¿Sí?

—Sí. Mamá necesita que le echés una mano con los niños.

Vi cómo una resignada tristeza aparecía en sus ojos.

—Vale.

—Puede quedarse —intervino Kavanagh y luego se giró hacia mi hermana—. Puedes quedarte.

—No, tenemos que marcharnos —espeté, demasiado agotado para meterme en otra discusión mientras llevaba a mi hermana al coche—. Gracias por tu ayuda, Kavanagh.

—Gracias, Johnny —dijo Shannon, mirando por encima de su hombro mientras se alejaba—. Por todo.

—Shannon, no tienes que...

—Vamos, Sha —solté, interrumpiéndolo—. Tenemos que llegar a casa.

No quería hacerlo. No quería llevarla de vuelta a aquel infierno, pero no me quedaba otra opción y, lo supiera él o no, le estaba haciendo a Kav un enorme puto favor al irme con mi hermana.

Los estaba protegiendo a ambos. Porque, si nuestros padres se enteraban de que estaba allí, llegarían un montón de problemas a su puerta. Dejarla allí abriría la caja de Pandora y no me apetecía tener que encargarme yo de las consecuencias.

No podía hacerlo.

Esa noche no.

Ya no.

Todo mi puto mundo se derrumbaba a mi alrededor y no era capaz de luchar por otra persona más tal y como tenía la cabeza. Habían sucedido demasiadas cosas en las últimas cuarenta y ocho horas para comprenderlo o tan siquiera pensar razonablemente.

Mi madre había dado a luz antes de tiempo y el bebé había muerto. Mi padre había intentado violar a mi novia. Y ahora mi novia no soportaba verme.

Quería espacio, y no la culpaba por ello. Era la causa directa de su dolor, el vínculo que la ponía en peligro. Estaba claro que era por mí.

Inquieto e imprudente, se me pasaron ideas por la cabeza, y noté el cambio, el lapsus antes de que ocurriera, y me odiaba a mí mismo por eso. Aun así, sabía exactamente adónde iba a ir en cuanto dejara a mi hermana en casa. Aunque lo aceptaba y estaba en paz con ello, seguía despreciándome por algo así.

—¿Fue eso lo que pasó? —preguntó Shannon, sacándome de mis pensamientos mientras trataba de mantener los ojos en la carretera y concentrarme en la conversación que intentaba mantener con mi hermana—. ¿Ha estado todo el fin de semana en el hospital y no lo sabíamos?

Asentí con la cabeza.

—Ay, Joey. —Se tapó la boca con la mano—. Estaba sola.

—Estaba con él —solté, agarrando con fuerza el volante—. Él estaba con ella y ahora lo tenemos en casa.

—¿Qué vamos a hacer, Joe?

—No lo sé. —Negué con la cabeza—. Ya no sé qué hacer,

Shannon.

—No pasa nada —se apresuró en tranquilizarme y me frotó el hombro—. No tienes que saberlo. Solo tienes dieciocho años.

Sí, tenía dieciocho años, pero eso era lo único en lo que tenía razón mi hermana. Porque sí que pasaba algo. Siempre había pasado algo y la situación no iba a arreglarse. Claro que tenía que saber qué hacer. En el fondo, siempre había sabido qué hacer.

Era cuestión de superar el miedo que me entumecía el cerebro y que me había acallado. Y el ver lo que le había hecho a Molloy esa noche había sido mi límite.

Nunca jamás iba a volver a cubrirlos.

Nunca más, joder.

—No puedo estar ahí, Shan —admití, sin querer entrar en detalles de lo que había ocurrido esa noche, acordándome de los deseos de Molloy—. No puedo vivir más así.

—Lo sé —contestó, pero era una respuesta genérica que no significaba una mierda.

Poniéndome rígido por la tensión, abrí la boca y pronuncié las palabras que sabía que provocarían el caos, pero necesitaba decirlas de todas formas.

—Creo que deberíamos considerar lo que dijo Aoife.

—¿Qué es lo que dijo Aoife? —preguntó enseguida, girándose para mirarme, aunque sabía exactamente a lo que me refería.

—Que informáramos de esto —declaré de todos modos y luego me preparé para la bomba que estaba seguro de que estallaría.

—Debes de estar de coña.

No podía contestarle. Apenas podía mirarla a los ojos. Lo que revelaban aquellos ojos azules, lo que ardía en ellos, era demasiado.

—No voy a ir a un centro de protección de menores —gritó Shannon—. A ti no te pasará nada, ya has cumplido los dieciocho. Te irás a vivir tu vida, a tu bola. ¡A mí me llevarán

al centro!

—Shannon —intenté apaciguarla, necesitaba que me escuchara.

Sabía que tenía miedo, igual que yo, pero aquello tenía que parar. No podíamos seguir viviendo así. Si no se hacía algo, alguien iba a morir en esa casa. Sería él o yo.

—Aoife estuvo hablándome ayer por la noche de mi futuro, y tenía mucho sentido...

—Tu futuro —soltó, como si fuera lo más asqueroso que podría haberle dicho.

—No, no solo mi futuro... No me he expresado bien. —Se me cayeron los hombros de la vergüenza—. No es solo por mí, Shannon. Es por todos nosotros.

—No puedo creerme que pienses en hacernos eso después de lo que le pasó a Darren —gritó, negando con la cabeza—. ¿Cómo puedes pensar en hacernos algo así, Joey?

Se me llenaron los ojos de lágrimas, nunca me había sentido tan perdido y desesperado.

Mi madre me tenía miedo.

Shannon sentía que la había traicionado.

Molloy no podía ni verme.

Las únicas tres mujeres a las que había querido en mi vida y las estaba decepcionando a diestro y siniestro. Por lo visto, ya no sabía hacer lo correcto.

«No dejas de cagarla, chaval».

—¡Si quieres irte, pues vete! —gritó Shannon en tono acusador—. ¡Márchate y déjanos! ¡Pírate con Aoife y tened una vida maravillosa juntos! Yo protegeré a los niños...

—¡No puedes protegerte ni a ti misma! —repliqué, perdiendo la calma mientras el dolor salía de mi cuerpo en palabras—. Soy yo el que te protege, Shannon. ¡Yo! ¡Soy el que intenta suavizar los golpes, pero no paran!

—Entonces a lo mejor papá y tú tenéis suerte y la próxima vez acaba conmigo —sollozó, dejando caer la cabeza en sus manos—. Te ahorraría preocupaciones, y a él, energía.

—No digas eso, Shannon, joder —espeté, encogiéndome

por el impacto de sus palabras y la idea de que sucediera. No podía haberme hecho más daño si me hubiera apuñalado el corazón.

—¿Por qué no? —Al coger aire, se agarró la garganta cuando la inundó el pánico—. Es la verdad.

—Shannon, respira. —Le froté la espalda—. Toma aire.

Se inclinó en el asiento, se agarró las huesudas rodillas y se esforzó por recuperar la respiración.

—Buena chica. —Aparqué el coche junto a la acera frente a nuestra casa, pero dejé el motor en marcha—. Así, despacio.

Se quedó en el coche hasta que se le estabilizó la respiración y, cuanto más rato estaba allí, más me pesaba la conciencia.

—¿Shannon?

Silencio.

—¿Me estás escuchando?

Asintió una vez, pero mantuvo los ojos al frente.

—Si vuelve a tocarte, Shannon, quiero que cojas el cuchillo más afilado que encuentres y se lo claves en el corazón.

Al final, se giró para mirarme, con los ojos llenos de desánimo.

—No vas a regresar, ¿verdad?

—No puedo —respondí, queriendo que entendiera que mi cordura pendía de un hilo—. Si vuelvo a entrar a esa casa, los mataré a los dos.

La expresión de su cara me aseguraba que no lo entendía.

La expresión de su cara me aseguraba que le había roto el corazón.

Mi hermana, con una amarga decepción respecto a mí, se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche.

—Adiós, Joey —fue lo único que dijo antes de cerrar la puerta de golpe y marcharse.

¡ESTOY BIEN!

Aoife

—¿Aoife? —Mi padre estaba en la puerta de mi habitación, con los ojos llenos de preocupación—. ¿Estás bien, cariño?

—Sí —contesté, dando vueltas por mi habitación como una loca mientras intentaba sin éxito procesar las últimas horas de mi vida—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—No parece que estés bien.

«Eso es porque no lo estoy».

—¿Qué quieres, que me someta a un puto detector de mentiras? —espeté, pasándome las manos por el pelo, solo para estremecerme con violencia por la sensación—. He dicho que estoy bien.

—Es que oigo desde la sala de estar el jaleo que estás montando aquí arriba yendo de un lado para otro y no me entero de la película que me he puesto.

—¿Y qué quieres que haga? —dije, alzando las manos—. ¿Cortarme las piernas y arrastrarme?

—Por Dios —masculló mi padre, frotándose la mandíbula—. Está bien. Voy a salir con tu madre a tomar una cerveza. Puedes quedarte ahí dando pisotones hasta hartarte.

En cuanto cerró la puerta de mi habitación, me recorrió el cuerpo entero un escalofrío y sacudí las manos, desesperada por quitarme de encima aquella horrible ansiedad.

Me desnudé, recogí el montón de ropa del suelo y, sin vacilar, la tiré por la ventana.

No era suficiente.

Notaba su aliento caliente en mi cuello.

Me daba asco.

Me ponía la carne de gallina.

Las lágrimas brotaron de mis ojos cuando me eché las manos a la espalda para desabrocharme el sujetador, dejándolo caer por los hombros antes de bajarme las bragas por las piernas para quitármelas.

Cogí la bata del interior de la puerta del armario, me la puse y eché a correr al cuarto de baño, decidida a eliminar de mi piel la sensación de aquel hombre.

LAS ONCE

Joey

De vuelta a casa de Molloy, luché una batalla interna dentro de mi cuerpo, donde dos partes de mi mente se peleaban por dominarme. Por un lado, estaba el demonio que vivía justo debajo de la superficie, esa horrible puta voz que controlaba los impulsos, las ganas y las reacciones que yo tenía.

Era el que me aseguraba que la vida se me había ido a la mierda, sin posibilidad de recurrir, y, si el único alivio que encontraba era en los narcóticos, pues que así fuera. Porque ya había hecho suficiente, luchado suficiente, ya me había esforzado suficiente por todos los demás.

Había pagado lo mío, había tragado bastante mierda como para ganarme mi rito de iniciación. No le hacía daño a nadie, la verdad es que no, y, si esta vez tenía cuidado, podría controlar mis impulsos en vez de que mis impulsos me controlaran a mí.

Por otro lado, sola y cada vez menos atractiva, estaba mi conciencia. Agobiándome con recuerdos e imágenes del pasado, me animaba a retroceder y a pensar en lo que estaba haciendo.

«No saldrá nada bueno de esto —decía mi conciencia—. Volverás a romperle el corazón. ¿Recuerdas la última vez? ¿Recuerdas su cara?».

«Tu padre ya la ha destrozado y tú fuiste quien la dejó en sus manos —susurraba el demonio—. ¿Quieres quedarte con la imagen de él abriéndole las piernas como si fuera una puta yegua para criar, o quieres olvidarte de todo lo malo que has visto, sentido y experimentado? Porque tu conciencia no hará eso. Ya sabes lo que sí funciona. Puedes

hacer que desaparezca todo. No tienes por qué sufrir así».

—Quiero olvidar —dije, con el pecho agitado, mientras aparcaba frente a la casa de Molloy y apagaba el motor—. Necesito olvidar.

Cerré su coche, entré en su jardín y me acerqué a la puerta principal para dejarle las llaves en el buzón. Me di la vuelta para marcharme, pero me paré, incapaz de lograr que los pies cooperasen.

«No lo hagas. —Mi inoportuna conciencia levantó la cabeza—. Solo tienes que seguir intentándolo. Una hora más, ¿recuerdas? Puedes hacerlo».

Exhalando, frustrado, di dos pasos hacia la puerta, antes de mascullar una serie de maldiciones y desviarme en dirección al cobertizo de su jardín.

«Mala idea».

«Mala idea».

«Mala idea».

Subí al tejado del cobertizo y pegué un salto por el lateral de la casa para agarrarme a la cornisa con una familiaridad que debería haberme preocupado. Usando toda la fuerza de la parte superior de mi cuerpo, e ignorando cómo me ardían los nudillos destrozados, me impulsé enseguida al alféizar de Molloy y me colé por su ventana abierta.

La habitación estaba vacía cuando entré, así que me acerqué a su cama y me senté con la necesidad de quedarme en ese cuarto y alejarme de los problemas. Aquella habitación y la chica a la que le pertenecía se habían convertido en mi tabla de salvación. Mi lugar seguro.

Pasaron varios minutos antes de que la puerta del dormitorio por fin se abriera y ella apareciera, envuelta en una toalla blanca y esponjosa.

En cuanto posó los ojos sobre mí, vi el miedo pasajero, el instante de horror, porque era como había dicho: le recordaba a él.

—Sé que quieres espacio. —Me levanté despacio, alcé las palmas de las manos y retrocedí hacia la ventana, dándole

el máximo espacio posible para tranquilizarla—. Te entiendo.

Tenía las mejillas coloradas, los ojos inyectados en sangre e hinchados de tanto llorar, y la bonita nariz chata estaba roja de sonarse. Agarró con fuerza la parte delantera de la toalla y se acercó a la cama para sentarse, sin apartar la vista de mí.

Ahora ya no había miedo, lo había sustituido la habitual familiaridad cariñosa que veía en sus ojos cuando me miraba, pero el hecho de que hubiera existido ese miedo antes me preocupaba más de lo que podría explicar jamás.

—¿Pero? —susurró, cruzando una de sus largas piernas sobre la otra.

Me encogí de hombros con impotencia.

—¿Cómo no iba a volver?

—Joe —se le quebró la voz y agachó la cabeza mientras los hombros se le agitaban con violencia al romper a llorar—. Estaba aterrorizada.

—Lo siento —me disculpé, salvando el espacio entre nosotros—. Lo siento. Lo siento. Lo siento muchísimo, nena.

Me puse de rodillas a su lado, llevé las manos a sus caderas y retrocedí horrorizado cuando se encogió al tocarla.

«Al tocarla yo».

—Dios, lo siento —repetí, hecho polvo por todo—. Dime lo que tengo que hacer. Dime cómo arreglar esto y lo haré.

Me apoyé sobre mis talones para darle espacio, pero ella se acercó y me agarró del brazo.

Lo interpreté como una luz verde para acercarme y le puse las manos en las caderas.

Esta vez no se encogió.

—Jamás debería haberte dejado allí —dije con voz ronca—. No te protegí y lo siento muchísimo por eso.

—Se supone que no tienes que protegerme así —repuso—. Se supone que no deberías preocuparte por lo que pasó. Se supone que los padres no hacen las cosas que hace tu padre, Joe.

Yo lo sabía.

Pues claro que lo sabía, joder.

—No soy él —dije porque necesitaba que me oyera, que me creyera—. No soy él, Aoife, te lo juro. —Le cogí la cara con las manos y acerqué su cabeza a la mía antes de susurrar—: No me parezco en nada a ese hombre.

—Sé que no te pareces en nada a él —reconoció llorando, inclinándose y apoyando su frente en la mía—. Pero yo no me parezco en nada a ti, Joe.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no puedo esconder algo así bajo la mesa como haces tú.

—No te estoy pidiendo eso —me apresuré a decir—. No. Yo mismo te acompañaré a comisaría, Aoife. No voy a cubrirle más, te lo juro, y no te pediré nunca que tú lo hagas.

—No me refiero a eso —susurró—. Iba en serio cuando dije que no quería denunciarlo. —Se sorbió la nariz y añadió—: En realidad no hizo nada. Bueno, aparte de bajarme las bragas y tirarme del pelo...

—¡Solo porque yo llegué a tiempo! No le quites importancia. No dejes que ese gilipollas se vaya de rositas por lo que te hizo —gruñí, temblando de rabia mientras mi mente me atormentaba con imágenes de lo que había visto al entrar—. Hizo lo suficiente, Aoife. Mirar en tu dirección ya fue pasarse.

—Pero es que no me refiero a eso.

—Entonces ¿qué? —Me encogí de hombros, perdido—. ¿A qué te refieres?

—¿Cómo vives? ¿Con quién vives? Creía que lo sabía. Creía que lo entendía, pero no es así, Joe. No tenía ni idea —admitió con voz ronca—. Yo no vengo de un hogar como el tuyo. Jamás he pasado por tener un miedo como ese. Se sorbió la nariz y me agarró la cara con sus manos antes de exhalar un sollozo—. Esta noche, sentí una clase de miedo que no quiero volver a sentir.

—No sé qué decir. —No podía cambiar de dónde venía o

cómo me había transformado en quien era—. ¿Qué quieres que diga?

—Yo solo... —Negó con la cabeza y soltó de nuevo el aire de forma entrecortada antes de decir—: Ahora veo muchas señales de alerta en nuestra relación. Unas señales que nunca había visto antes de esta noche, pero que no puedo quitarme de la cabeza desde entonces.

Me quedé mirándola sin putas palabras, incapaz de entender lo que fuera que estaba intentando decirme.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que tu vida me da miedo y que tal vez tenías razón cuando me dijiste que era una mala idea estar juntos.

Sus palabras fueron como una bofetada en la cara y retrocedí, sintiéndome como si me hubiera cortado y me estuviera desangrando a sus pies.

—¿Lo dices en serio?

—¿No? ¿Quizá? —Se sorbió la nariz y se encogió de hombros—. Ya no sé ni lo que quiero decir.

—Vale. —Helado hasta los huesos, me la quedé mirando un buen rato antes de negar con la cabeza—. Está bien, debería marcharme.

—¿Qué? ¡No, no, no te vayas! —Echada sobre mi regazo, me envolvió con los brazos y hundió la cara en mi cuello—. ¡No me dejes!

—No sé qué quieres de mí —admití con voz ronca mientras una ola tras otra de destrucción rompían contra mí, ahogándome—. No sé qué hago aquí, Aoife, porque me estás diciendo con tus palabras que me vaya y con tus acciones que me quede.

—Lo sé —dijo llorando, negando con la cabeza mientras me abrazaba el cuello y me rodeaba la cintura con las piernas—. Lo sé, lo sé. Lo siento, ¿vale?

—¿Estás rompiendo conmigo? —me obligué a preguntar—. ¿Es lo que intentas decirme?

—No sé qué estoy haciendo ni cómo me siento ahora

mismo. —Agarrándome la sudadera por delante, emitíó el sonido más desgarrador que había oído en mi puta vida—. Pero sé que duele y no quiero sentirlo. —Tenía los labios en mi cuello cuando soltó—: Este sentimiento me está matando. Me siento como si me estuviera muriendo, y no quiero.

Bueno, no era para nada un consuelo y sus palabras hacían que la tensión en mi tráquea empeorara significativamente.

—¿Qué necesitas de mí? —le pregunté. Estaba poco menos que suplicándole que me mostrara cómo hacer aquello bien—. Dime qué quieres que haga, qué necesitas, di lo que sea y lo haré.

Con los ojos llenos de lágrimas, se me quedó mirando un buen rato antes de exhalar de forma entrecortada y llevar sus labios a los míos. Me quedé helado, con las manos todavía en sus mejillas, inseguro y con un miedo de la hostia a hacer algo mal.

—Bésame —dijo contra mis labios—. Muéstrame cómo olvidarlo.

«Madre mía».

Temblando, hice justo lo que me pidió. La besé con todo lo que tenía dentro, nuestras lenguas, dientes y labios chocaron en un beso frenético que no se parecía en nada a como solíamos besarnos.

Me di cuenta de que era un beso de desesperación. Era una cuestión de necesidad, de necesidad de tener su boca en la mía tanto como ella necesitaba la mía en la suya. Ni la técnica ni la suavidad importaban en esos instantes porque la necesidad de consolar al otro era demasiado fuerte como para pensar en nada que no fuera tocar, sentir, besar, ser...

Cuando llevó una mano entre nuestros cuerpos y soltó la toalla, sentí que los hombros se me encogían de la tensión.

—No quiero hacerlo si tú no quieres —advertí, porque necesitaba que estuviera muy segura de lo que estaba pidiéndome.

Tenía la cabeza hecha un lío en esos momentos, y, por Dios, no la culpaba, pero yo no era el tipo de tío que la gente creía que era. Yo no era mi padre. Jamás tomaría nada que no me ofrecieran desde el fondo del corazón.

—Lo digo en serio —insistí—. No me folles si luego te vas a arrepentir.

—¿No me deseas? —preguntó, bajando la mano a la parte inferior de mi sudadera para quitármela por la cabeza con la camiseta de manga corta.

—Ya sabes que sí —respondí mientras mi polla se tensaba contra ella—, pero no quiero hacerlo si no estás en condiciones.

Recorriendo mi labio inferior con la punta de su lengua, se acercó aún más y me lamió la mía.

—Lo que quiero... —me empujó en los hombros para que cayera de espaldas y se deshizo enseguida de la toalla, a horcajadas sobre mis caderas— es que me hagas olvidar. —Recorrió con los dedos el tatuaje en mi pecho y se inclinó para pasar la lengua por la tinta—. ¿Puedes hacerme ese favor, Joe?

Se arrodilló y tiró de la cinturilla de mis pantalones de chándal. Levanté las caderas y le dejé que me los bajara sin delicadeza ninguna junto con los calzoncillos.

—¿Mmm? —En cuanto quedó libre, mi polla llamó la atención, esforzándose visiblemente por llegar a ella—. ¿Puedes ayudarme a bloquearlo como lo bloqueas todo?

Estaba diciendo todo lo adecuado, haciendo los movimientos adecuados, pero había algo en sus ojos que no estaba bien, la voz sonaba forzada, y el moratón que tenía en el cuello me decía que no debía hacer aquello.

—No creo que esto sea buena idea... —Mis palabras se transformaron en un gruñido de dolor-placer cuando me agarró con la mano el miembro y lo apretó con fuerza—. Joder.

—Te gusta, ¿eh? —susurró y con la mano libre me cogió las pelotas, mientras tiraba de mi rabo a un ritmo furioso—. Te

gusta cuando te toco así.

—Sí —conseguí decir y me llevé las manos a la cabeza mientras combatía las ganas de correrme allí mismo.

—¿Te gustan mis tetas, Joe? —Me soltó para acercarse más y me sujetó el miembro entre sus pechos desnudos—. ¿Te quieres correr en mis tetas, Joe?

«Dios santo».

—Aoife, para un poco —intenté razonar, mientras mis putas caderas traidoras se movían hacia ella—. Esta noche te ha pasado una mierda muy fuerte. No tienes que hacer esto...

Me rodeó la polla con los labios y sacó la lengua para pasarla por el capullo antes de metérsela dentro hasta que le tocó el fondo de la garganta y le entró una arcada.

—Joder —dije gimiendo, cerrando los párpados cuando la chupó más fuerte, se atragantó aún más y la siguió apretando, haciéndome sentir demasiado.

—Mmm —susurró mientras agarraba la base del miembro y tiraba—. Mmm.

—Aoife.

Con las caderas rebelándose contra mi voluntad, intenté tocarle con la mano la mejilla, pero me la cogió para apretarla contra su cuello.

—No. —Negué con la cabeza e intenté soltarme, pero mantuvo allí mi mano, tratando de hacer que apretara—. Aoife, para.

—Mmm.

—Aoife, he dicho que pares —ordené, retirando la mano, asustado, enfadado y excitado, todo en un respiro—. ¿Qué coño estás haciendo?

—Ya te lo he dicho —susurró cuando por fin se retiró para tomar aire, dejándome la polla reluciente por la saliva—. Quiero que me conviertas en ti.

—Creo que deberíamos parar un momento —dije inquieto mientras se sentaba a horcajadas sobre mis caderas y colocaba la punta de mi rabo contra los pliegues húmedos

de su coño—. Aoife, por favor, nena, es que...

—Esto es lo que quiero —dijo, metiéndose mi polla—. A ti dentro de mí. —Se le escapó un sollozo de dolor—. Solo a ti.

—Una lágrima le surcó la mejilla—. Solo a ti.

«Joder».

—Ven. —Me incorporé y la llevé hacia mi pecho, todavía con la polla totalmente dentro de ella—. Estoy aquí.

—Quiero que desaparezca —dijo llorando, aferrándose a mi pecho mientras me envolvía con los brazos y las piernas—. Que no esté.

No sabía cómo hacer eso por ella.

Si pudiera haber retrocedido en el tiempo y cambiar algo de mi vida, la habría dejado en su casa. Habría cambiado todo, lo habría perdido todo, por intentar que no hubiera vivido aquello, para borrar a aquel cabrón de su cabeza.

—No la saques —me rogó cuando me moví para hacerlo.

—Aoife...

—No, no, no. —Temblando mucho, dijo—: Quédate dentro de mí.

—Vale, pero te estás helando, así que déjame levantarme del suelo...

—No. —Negó con la cabeza—. Quédate dentro de mí.

«Dios santo».

De algún modo, no sé cómo coño lo hice, conseguí ponerme de pie y llevarme su cuerpo conmigo para trasladarnos a la cama.

—Tranquila —intenté calmarla, sentándome en el borde de la cama, con su cuerpo todavía envolviendo el mío, todavía unido al mío—. Te tengo, Molloy.

Con movimientos lentos y rígidos, moví nuestros cuerpos hasta estar en la mitad de la cama, yo de espaldas y ella encima.

—Te quiero, Joe.

—Lo sé. —Exhalando entrecortadamente, cogí el edredón y le envolví los hombros temblorosos—. Yo también te quiero.

—Pero a él lo odio.

—Lo sé. —Se me oprimió el pecho hasta el punto de no poder respirar—. Yo también.

—Joe —dijo, frotándome el cuello con la mejilla húmeda—. Sigues empalmado. Noto tus palpitaciones dentro de mí.

—Sí —murmuré, logrando no sé cómo mantener las caderas a raya sin flexionarlas—. Tengo el corazón destrozado, pero la polla está encantada.

Pareció reflexionar sobre eso un instante y luego empezó a mecer las caderas en un dulce movimiento circular. Se me escapó un gemido de dolor y a ella se le entrecortó la respiración.

Al cabo de un momento, repitió el movimiento.

Y lo hizo otra vez.

Y otra vez.

No dejaba de girar las caderas contra las mías en un movimiento que tensaba cada músculo de mi cuerpo.

—¿Qué estás haciendo?

—No lo sé —admitió, meciendo su cuerpo contra el mío.

Estaba muy mojada, podía sentir cómo entraba cada vez más dentro de ella con cada contoneo de sus caderas.

—Aoife.

—Mmm.

—Aoife.

—¿Mmm?

—Me voy a correr —le advertí, apretando las manos en sus caderas mientras las pelotas se me tensaban anticipándolo—. Aoife, tienes que parar o me voy a correr dentro de ti, y no creo que ahora mismo quieras eso...

Tapándome la boca con la mano, se inclinó hacia atrás, arqueando la espalda mientras se mecía y gemía encima de mí, sacudiendo las caderas de forma salvaje e imprudente y buscando esa familiar ola de calor, la misma que yo intentaba detener como un desesperado.

—Me voy a correr —gritó, con el coño apretándose contra mi polla hasta el punto de dolerme, mientras me agarraba las manos y las estrujaba contra sus tetas—. Joe, me corro,

me...

—¡Joder! —dije entre dientes, perdiendo el control a la vez que la ola de calor que amenazaba con consumirme se desbordó.

Me ardían las pantorrillas, los músculos de mis muslos estaban en tensión, y le agarré las caderas para bajarla hacia mí mientras empujaba con las caderas sin cesar.

Sentí cómo se corría en mi polla, apretándose contra mí, absorbiéndome cada vez más, tanto que no pude soportar la sensación.

Con un gemido gutural, sacudí y retorcí las caderas al correrme dentro de ella.

—Dios —dijo, y luego toda su expresión se desplomó—. Ay, Dios.

Con la cara contraída por el dolor, se echó el pelo por encima del hombro y se levantó de mi regazo. Sabía que había cometido un error porque se alejó de mí lo máximo que le permitía la cama y emitió un sollozo.

—¿Qué coño me pasa?

—Nada. —Respirando con dificultad, me volví hacia ella, pero estaba de espaldas a mí—. No te pasa nada, Molloy. Tranquila.

—¡Tu padre ha intentado follarme! —gritó, agarrando una almohada y llevándosela al pecho—. Y luego te dejo que me folles tú.

Jodido por su cambio de humor y confundido por demasiadas emociones que no sabía cómo gestionar, me incorporé y le acaricié el hombro.

—No —dijo, retirándome la mano—. Necesito espacio.

«Ya estamos otra vez».

Negué con la cabeza, me abracé las rodillas y me quedé mirando fijamente su espalda.

—¿En serio?

Vi cómo asentía despacio.

—Necesito estar sola ahora mismo.

—Hace dos minutos, me has dicho que necesitabas mi

polla dentro de ti —solté, pasándome una mano por el pelo, frustrado—. Me dices que me vaya y luego que me quede. Me dices que me quieres a tu lado y luego que no. Intento marcharme y me detienes. Me quieres follar y luego no, y además insistes otra vez hasta que lo hacemos y entonces, cuando ya lo hemos hecho, decides que no quieres estar conmigo. Dios santo. Aclárate de una puñetera vez, Molloy, porque no puedo más.

—Lo siento, ¿vale? —contestó—. Supongo que no me enfrento a los traumas tan bien como tú. Siento no ser un robot sin corazón ni poder activar y desactivar sentimientos. No a todo el mundo se le da de la hostia dejar a un lado las emociones como a ti.

—¿Te parece que he dejado a un lado mis emociones? —pregunté con un tono cargado de lo que me acusaba no tener—. Porque, tal como yo lo veo, estoy siendo transparente de la hostia con mis emociones, Molloy. Tú eres la que va de caliente a frío como un puto grifo.

—Y ahora te pones a gritarme.

—No te estoy gritando, joder —vociferé—. ¡Estoy intentando estar aquí por ti!

—Bueno, pues te dije que necesitaba espacio.

—Madre mía, Aoife, ya no sé si voy o vengo contigo. —Me llevé las manos al pelo—. Si tienes que decirme algo, hazlo de una vez.

Silencio.

—Estás enfadada conmigo.

Más silencio.

—Me echas la culpa.

No respondió y en su lugar decidió taparse los oídos con las manos.

—Dilo —le pedí, impotente y frustrado mientras se me agitaba el pecho—. Lo que sea que tengas que decirme, dímelo, Molloy.

—¡Muy bien, Joey, muy bien! ¿Quieres saber cómo me siento? ¡Estoy dolida! —gritó, poniéndose de rodillas y

tirándome la almohada—. Porque casi me violan esta noche. ¡Un hombre que se parece a ti! ¡Y me vi en esta situación por tu culpa! Porque no te importó lo suficiente para coger el teléfono y contarme lo que estaba pasando. ¡Porque no pensaste en mí cuando te marchaste y no volviste!

Ahí estaba.

Lo había sacado.

Me culpaba tanto como me culpaba yo.

—Estaba de espaldas a él cuando me agarró —dijo con la voz ronca—. Creía que eras tú... ¡Creía que eras tú, Joey! Pero no eras tú. No eran tus manos en mi cuerpo, ni tu lengua en mi piel, ni tus dedos en mi pelo, y ahora no sé qué sentir.

Me estremecí.

—Dios santo.

Justo cuando pensaba que no podía odiarme más, abrió la boca y me contó su verdad.

—Así que, sí, estoy enfadada contigo —dijo emitiendo un gran sollozo— y a lo mejor es irracional sentirme así y tengo las emociones descolocadas, pero me siento enfadada y dolida, y muy cabreada contigo. —Se le quebró la voz y sollozó de nuevo antes de admitir—: Porque esta noche estaba allí por ti. Estaba cuidando a tus hermanos por ti. Y porque en todas las horribles situaciones en las que me he encontrado en el último año y medio ha sido por ti. ¡No dejo de sufrir porque te quiero!

Olía su perfume en mi piel, sentía lo destrozaba que estaba mientras me miraba a los ojos y me arrancaba el corazón del pecho. Aquello era justo lo que intentaba evitar que sucediera.

No quería enamorarme de ella y me había enamorado. No quería dejarla entrar en mi vida y lo había hecho. Todo lo que no quería hacer lo había hecho con ella, por ella, porque la amaba. Porque se negaba a aceptar nada más.

No sabía qué decir para hacerlo bien.

No tenía palabras de consuelo para ella en esos

momentos.

No podía negar ni despreciar lo que estaba diciendo.

Aunque fuera duro oírlo, era la verdad.

Le hacía daño y ella me hacía daño a mí, al parecer, y ahora no podía mirarme sin ver a mi padre, y lo único que vi en ese instante al mirarla fue a mi madre.

Se me inclinó el cuerpo de dolor.

No podía respirar.

Decidí que era mejor mantener el pico cerrado en ese momento, me levanté de la cama y fui a por mi ropa.

—¿Qué estás haciendo?

No le contesté.

—¿Joey?

No podía. Ignorando el dolor que me atravesaba el pecho, que me bajaba por la tráquea, me centré en lo que me decía el cerebro.

«Apágalo».

«Deja de sentir».

Si hubiera escuchado a mi cabeza desde el principio, no habría estado en esa situación.

El corazón me había jodido y me había llevado a todo aquel sufrimiento innecesario.

Con el cerebro en el asiento del conductor y el corazón destrozado salpicando las paredes de su dormitorio, me centré en vestirme. Mis movimientos eran rígidos, incluso automáticos, mientras terminaba de ponerme la ropa e iba hacia la ventana de su habitación, ahogando el sonido de su llanto de dolor.

—No, no, no, no te vayas —me suplicó, levantándose de la cama y salvando el espacio entre nosotros—. Lo siento, Joe. ¡Lo siento! No pretendía... Es que... Necesito que te quedes.

—Iba en serio lo que he dicho —respondí, alejando mi cuello de sus labios cuando intentó besarme—. Si cambias de opinión respecto a ir a la Gardaí, te apoyaré en cada paso del camino.

—No te vayas.

—Lo siento. —Apartando con cuidado sus manos de mi cuerpo, se las coloqué a los costados y fui hacia la ventana, porque necesitaba estar lo más lejos posible de aquella chica antes de provocar más daños—. Te quiero.

—¡Joey!

—Nos vemos, Molloy.

Y después salí por la ventana y me adentré en la noche.

Un poco más tarde, me encontraba delante de una casa familiar, con las manos en el bolsillo delantero de mi sudadera, el corazón hecho trizas y la cabeza agachada por la resignación.

Exhalé frustrado y golpeé los nudillos contra el tablón pintado con grafitis que cubría el cristal roto de la puerta.

Cuando se abrió la puerta hacia dentro, el único juicio que recibí vino directamente de mi conciencia mientras gritaba «cabronazo» en mi cabeza.

—Lynch —me llamó Shane y movió el cigarrillo que tenía en los labios esperando que le explicara mi repentina reaparición.

—Necesito un sitio donde quedarme unos días —me oí decir, obligándome a mirarlo a los ojos.

—¿El viejo está haciendo de las suyas de nuevo?

Sabía que estaba buscando en mi cara los moratones habituales, los que me habían llevado a necesitar consuelo en su sofá más veces de las que podía contar durante todos aquellos años.

Sin decir palabra, asentí con rigidez.

—¿Por qué no te quedas con esa muñequita tuya?

—Hemos terminado.

—¡No me jodas! —Levantó las cejas y cogió con la mano el cigarrillo que sostenía en los labios—. ¿Y eso?

Me encogí de hombros, conteniendo las ganas de gritar.

—Se ha hartado de mi mierda. ¿Puedo quedarme aquí o no?

Exhalando una nube de humo, Shane se apartó y me hizo un gesto para que entrara.

«Da la vuelta y pírate».

«Vete, joder».

«¿Ir adónde?».

«¿A casa?».

«¿A la de Molloy?».

«No tienes otro sitio al que ir».

«No tienes nada, gilipollas».

«No tienes nada».

Con la cabeza gacha, resignado, entré.

PARTE 4

TU MADRE LO SABE MEJOR QUE NADIE

Aoife

No fui a clase durante unos cuantos días y dije que estaba enferma en el trabajo, porque me sentía demasiado triste y agotada para concentrarme en nada más que el caos en el que se había convertido mi vida.

Parecía que se me escapaba todo de las manos, en mitad de la locura, y la única buena decisión por lo visto era haber confiado en mi madre. Desde que le había contado lo del embarazo, mi madre había estado impresionante.

Al sentirme tan vulnerable, en plena caída libre desde el acantilado, ella había llegado para cogerme de la mano. Me ofreció un hombro en el que apoyarme y me guio. Sabía que la había decepcionado —me había dicho con tacto que lo sentía por mí—, pero al tenerla a mi lado la idea de mi futuro incierto era casi soportable.

Permitió que me retirara temporalmente de la vida filtrando las llamadas del director del instituto y de mi jefe, por no mencionar que interceptó las visitas espontáneas a casa de Katie y Casey. Mi madre dio la cara por mí y paró el mundo mientras intentaba asimilar el camino que había tomado mi vida. Incluso me acompañó a la temida cita, en la que tuve que sentarme frente al médico de cabecera, que me conocía desde que era pequeña, y decirle que había cometido el viejo error de quedarme preñada en el instituto.

Me confirmó lo que ya sabía, me hizo análisis de sangre y me dio la fecha estimada en la que saldría de cuentas, el 20 de septiembre. Luego me mandó a casa con un puñado de folletos sobre el embarazo en la adolescencia y ser madre joven, y me indicó que recibiría una cita por correo para una ecografía en el hospital público de maternidad.

Después estaba tan alterada que mi madre había sacado la tarjeta de crédito para emergencias de la que mi padre creía que ella no sabía nada y me había llevado de compras. Malgastamos una cantidad excesiva de dinero en nuestra peluquería y salón de belleza habitual, sin mencionar la renovación de mi armario entero con ropa que no podría volver a ponerme en mucho tiempo, pero mi madre se las había apañado para normalizar una situación que no tenía nada de normal.

Me mimó con tazas de chocolate caliente y platos de pastas recién horneadas, nos paseamos por la ciudad de Cork hasta que me harté de ver artículos rebajados o revolver en las ofertas. Fue todo un logro cansarme físicamente haciendo lo que más me gustaba hacer y enseguida me di cuenta de que era la manera de mi madre de llevarme mediante el agotamiento a un estado de mayor flexibilidad.

Sentada delante de mí en un sillón de cuero igual al mío, en una cafetería de la calle Patrick, con una pequeña mesa redonda y un montón de bolsas de compras separándonos, mi madre se acercó su espumoso café con leche a los labios y le dio un sorbito. Se la veía tan señora, con las piernas cruzadas por los tobillos y su precioso pelo rubio recogido en un moño suelto, que noté esa oleada familiar de fastidio.

Mi madre era guapa, por dentro y por fuera. Era inteligente, ingeniosa y leal. Se conservaba bien, tenía un cuerpo bonito y trabajaba mucho por su familia. Pero nada de eso parecía importarle a mi padre, porque continuaba repitiendo los mismos errores una y otra vez. No era una cuestión de que mi madre se hubiera dejado y mi padre se hubiese fijado en alguien mejor, porque no había nadie mejor.

—Bueno, ¿y qué ha pasado con Joey? —sacó por fin mi madre el tema que yo llevaba esquivando con prudencia todo el día.

—Nada —respondí, cogiendo mi taza de chocolate

caliente.

No había visto a Joey ni sabido nada de él desde la noche que había salido de mi habitación por la ventana. No había vuelto y desconocía si había intentado llamar o enviarme un mensaje porque sin quererlo me había olvidado el móvil en su casa aquella noche. Estaba tan desesperada por salir de esa casa que me lo había dejado con el cargador, el maquillaje, la bolsa para pasar la noche y, lo más importante de todo, mi collar, el que me habían regalado cuando cumplí los dieciocho años.

Me había quitado las joyas al ducharme y me había olvidado volver a ponérmelas después. Seguía en la mesilla de noche, junto a mi anillo de Claddagh y los pendientes. Podía sobrevivir sin todo lo demás que me había dejado allí, pero sin mi teléfono era un desastre, y sentía el cuello desnudo al no llevar el colgante. Estaba todo el rato acercando la mano al medallón, que se había convertido casi en el consuelo que ofrece una manta, y me inquietaba al recordar que ya no lo tenía.

Estaba desesperada por verlo, hablar con él y hacer las paces, pero en el frente Lynch había un silencio total.

—¿Nada? —Mi madre enarcó una ceja—. Hace días que no lo veo.

«Ni yo tampoco».

—Está muy liado.

Según Kev, que se había enterado por Mack, que se había enterado por Alec, Joey estaba desaparecido en combate.

Nadie lo había visto ni sabía nada de él desde el fin de semana.

Ni en el instituto, ni en el entrenamiento, ni en las instalaciones de la asociación de hurling, ni en el pub.

Sabía que eso no era del todo verdad, porque, aunque en el instituto nadie supiera nada de mi novio, sí se había puesto en contacto con mi padre.

Mi padre le había mencionado a mi madre que Joey le había llamado para pedirle unos días libres y mi madre me

lo había comunicado. Por lo visto, su madre había tenido un aborto en el segundo trimestre y lo necesitaban en casa para ayudar con los niños durante una o dos semanas hasta que la mujer se recuperara.

En cuanto me enteré de la noticia, me puse a vomitar con ganas al atar cabos y darme cuenta de que, cuando me había dicho que le había surgido algo el otro día, no estaba soltándome un rollo.

Lo decía de verdad.

Y yo le había hecho daño aquella noche.

Mucho.

Mis palabras lo habían destrozado, y me había arrepentido de ellas en cuanto habían salido por mi boca. No sentía de verdad nada de eso, pero en aquel instante me encontraba en un estado en el que no pensaba con claridad. Jamás en mi vida había sentido el nivel de miedo y degradación que experimenté en esa cocina.

El ataque a manos del padre de Joey no había durado más de noventa segundos, pero esos noventa segundos habían sido los más espantosos de mi vida. Teddy Lynch era el hombre más aterrador con el que me había topado y la desesperada necesidad de protegerme para no volver a toparme con él había acabado por apartarme de la única persona que sabía lo que sentía al temer a ese hombre. Me dio una idea del miedo que Joey y sus hermanos llevaban sintiendo toda su vida, y se me rompió el corazón al pensarlo.

—Debes hablar con él de ese tema lo antes posible —me dijo mi madre—. Y tu padre y yo tendremos que sentarnos con sus padres y tener también una conversación.

—No —respondí, con el corazón acelerado al pensar en mi madre acercándose a esa casa. La mujer no tenía ni idea de lo que me había pasado. Si lo hubiera sabido, estaría en una conversación muy distinta en esos instantes. Estaría hablando con la policía, que la habría arrestado por asesinato—. Sé que Joey y yo debemos hablar, y lo

haremos. Pero no hace falta que papá y tú tengáis una conversación con sus padres de nada, mamá. Su madre está fatal y su padre es un...

—¿Gilipollas?

Asentí con la cabeza y exhalé de forma temblorosa.

—Un gilipollas total.

—Nada nuevo para mí, cariño —contestó—. Me pasé seis años en secundaria aguantando a ese capullo insufrible.

—¿Capullo? —Levanté las cejas, sorprendida—. Tú no sueles decir palabrotas, mamá.

—Ya, bueno, es que a veces no hay otra palabra para describir a alguien —respondió, dedicándome una sonrisita—. Y para describir a ese hombre me quedo corta con «capullo».

—Se lo va a tomar muy mal —me oí admitir, mordiéndome el labio mientras me venía una oleada de ansiedad.

—¿Teddy? —Resopló—. No te preocupes por él, cariño. Tu padre y yo somos más que capaces de tratar con ese hombre.

Negué con la cabeza.

Los ojos de mi madre se ablandaron.

—Joey.

Asentí, ansiosa.

—Odia a su padre, mamá. Es que lo desprecia muchísimo. Va en serio, mamá. Se pone paranoico con que se va a convertir en él cuando sea mayor y está muy jodido.

—Qué triste —respondió mi madre—. Joey no se parece en nada a su padre.

—Lo sé. Pero, en cuanto le diga que estoy embarazada, que vamos a tener un bebé estando aún en el instituto, va a comparar nuestra situación con la de sus padres. —Me encogí de hombros, impotente, antes de añadir—: Me da mucho miedo que esto le haga perder los papeles.

No habíamos hablado nunca abiertamente de los problemas de Joey, pero mi madre no era idiota. Joey llevaba trabajando con mi padre años, desde antes de que

fuéramos pareja, y había estado en nuestra casa infinidad de veces.

Si yo sabía que tomaba drogas por aquel entonces, mis padres también. Aun así, mi padre no lo había despedido, y mi madre nunca le había cerrado la puerta. Es más, mantenían la puerta abierta a un chico al que los demás nunca le habían dado una oportunidad.

—Lo quiero, mamá —declaré, con la voz cargada de emoción mientras miraba a mi madre a los ojos desde el otro lado de la mesa—. Sí, lo quiero tanto que me ciega.

—Es lo que suele pasar cuando te enamoras por primera vez —respondió con tacto—. Nos pasa a las mejores, cariño.

—A ver, sé que está claro que no tenemos la relación perfecta. Nos alejamos mucho de eso. —Con los hombros caídos, sacudí una mano delante de mí antes de continuar—: Estar con él es un lío, es crudo, complicadísimo, pero también es emocionante, adictivo, y me parece lo adecuado. —Exhalé y me encogí de hombros, impotente—. No hay nadie más para mí, mamá. Lo sé. Tengo ese presentimiento.

—Te creo —contestó, acariciando la taza entre sus manos—. Siempre has sido una dramática...

—¡Oye!

—Déjame terminar.

—Vale. —Exhalé, enfadada.

Riéndose, mi madre lo intentó de nuevo.

—Lo que trato de decir es que, aunque siempre has tenido una vena dramática y eres peligrosamente impulsiva en tus acciones, nunca has sido imprudente con tu corazón.

—¡Vaya! —exclamé—. Qué cumplido más ambiguo.

—Anda ya. —Mi madre sonrió—. ¿Acaso miento?

No, no mentía.

—Vale, soy una dramática —reconocí, haciendo un gesto con la mano—, pero Kev es el que se muere por tu atención.

—Aoife —dijo mi madre riéndose.

—Es cierto —repliqué alegremente—. Se pone loco de

celos cada vez que pasamos tiempo juntas últimamente. ¿No te has dado cuenta de lo gruñón que está? No me sorprendería que tuviera una muñeca de mí en su cuarto con agujas clavadas.

—Pobre Kev —se rio.

—Pobre Kev y una mierda —repliqué, poniendo los ojos en blanco—. Lo has mimado mucho, mamá, y no lleva nada bien que otra persona tenga tu atención.

—Si he mimado a Kev es porque lo necesitaba.

—Puaj. —Fingí una arcada—. Claro.

—Es cierto. Tú nunca me necesitaste como me necesita él. Siempre has sido mi niña salvaje —continuó diciéndome—. Más difícil que tu hermano y también más rebelde. Kev, en cambio, siempre se ha escondido en la seguridad de la sombra, inseguro sobre sí mismo. Pero tú, mi querida niña, has disfrutado al sol. Te niegas a alejarte del mundo y abrazas todo lo que tenga la vida que ofrecerte.

—No estoy segura de si lo dices como algo bueno o no —admití, mirándola con recelo.

—Es algo bueno. —Mi madre se rio—. Sí, has provocado que me salgan unas cuantas canas estos años, y he tenido que frenar a veces esa vena temeraria, pero lo has hecho genial encontrando el equilibrio entre disfrutar de tu adolescencia y perderte en el proceso. Estoy muy orgullosa de ti por eso, tesoro.

—Eh... ¿Cómo? Estoy preñada, mamá —reaccioné de forma dramática, señalando mi barriga ligeramente abultada, una hinchazón que parecía más bien provocada por haber comido mucho—. Estoy a punto de convertirme en abuela antes de que cumplas los cuarenta y cinco. Creo que se puede decir que no lo he hecho genial encontrando el equilibrio entre nada, a menos que te estés refiriendo a mi capacidad para hacer equilibrios sobre la polla de Joey. En ese caso, tenemos todas las pruebas para confirmar que soy una profesional.

—¿Por qué me hablas así? —protestó mi madre, tapándose

la cara con las manos—. Soy tu madre, Aoife. Por Dios.

Me encogí de hombros.

—Supongo que mi vena temeraria está volviendo a asomar la cabeza, ¿eh, mamá?

—Sí, bueno, estoy de acuerdo con tener una conversación abierta y sincera con mi hija —dijo con una mueca—, pero, por favor, considera el hecho de que yo te parí y conozco a Joey desde que tenía doce años. No necesito una imagen mental de ti haciendo equilibrios sobre su pito ni tampoco indagar en ningún tipo de detalles íntimos. Guárdatelo para cuando hables con Casey.

—Pito —dije con una risita—. Di «polla», mamá.

—No voy a decir eso —respondió, sonrojada—. Es una palabra horrible.

—Para una maravillosa parte del cuerpo.

—¡Aoife!

—Vale, vale. —Levanté las manos—. Ya me callo. —Riéndome un poco, miré a mi madre y dije—: ¿Te acuerdas de cuando hace unos años te dije que nunca me volvería loca por un chico?

—Ah, sí. —Mi madre sonrió con complicidad—. Me parece recordar que insistías en que jamás te enamorarías de Paul ni dejarías, para el caso, que ningún chico te nublara el juicio.

Puse mala cara.

—Dios, menuda mojigata estaba hecha.

—En ese momento lo creías.

—Sí, la verdad es que sí.

—Claro, pero Paul Rice no fue nunca Joey Lynch, ¿eh?

«Eso segurísimo».

—No. —Exhalé temblorosamente y negué con la cabeza—. No lo era.

—Me ponía triste, ¿sabes? —Mi madre le dio otro sorbo a su café con leche antes de añadir—: Verte con Paul, obligándote a sentir cosas que sabía que no sentías, mientras estabas enamorada de otra persona.

Hice una mueca de dolor.

—¿Era tan evidente?

—Uy, sí —asintió mi madre—. Te pegaste cuatro años de tu juventud con la opción cómoda, conformándote con un chico que no tenía nada que ver contigo, mientras tu corazón no se alejó ni una vez del chico que hacía que se te iluminara la cara entera cada vez que te lo encontrabas. — Se le escapó un suspiro de melancolía—. Jamás te vi reaccionar así cuando estabas con Paul. No se te abrían los ojos cuando te miraba ni se te sonrojaban las mejillas si te guiñaba un ojo. Casi se te notaba desanimada cuando te llamaba para verte.

—Tres años y medio —solté con un gesto de dolor—. Sé que Paul era estable, mamá, venía de una familia con dinero y tenía un gran futuro por delante, pero nunca fui feliz con él.

—Si quieres dinero, puedes ganarlo tú —respondió mi madre—. No te hace falta un hombre para eso.

—Lo sé y estoy completamente de acuerdo —me apresuré a decir—. Pero Casey creía que estaba loca por dejarlo escapar. Bueno, a ella le gusta Joey ahora, pero durante un tiempo se planteó en serio si había perdido la cabeza.

—Sabes tan bien como yo de qué tipo de hogar viene Casey —respondió mi madre con delicadeza—. Ya sabes cómo es su madre, Aoife. Has visto a lo que ha expuesto esa mujer a su hija durante estos años. La clase de hombres que han cruzado su puerta.

—Sí —mascullé, estremeciéndome al recordarlo.

—Y también sabes lo escasos de dinero que andan en ese pequeño apartamento de la urbanización de Elk —continuó mi madre—. Así que supongo que, cuando Casey te vio rechazar a un chico con un futuro tan sólido como Paul por un chico con uno no escrito, le entró pánico por ti.

—Paul tampoco es que fuera la leche —murmuré—. Y nosotras tampoco es que estemos forradas, mamá.

—Puede que no tengamos dinero, Aoife, pero siempre nos

tendremos la una a la otra —aclaró mi madre—. Siempre hemos estado unidos en nuestra casa y esa es una forma de estabilidad y consuelo que ambas sabemos que Casey nunca ha tenido.

«Ni Joey».

—Tengo suerte de tenerte, mamá.

Arqueó una ceja.

—¿Qué? —me reí—. Estaba siendo sincera.

—Sí, bueno, estoy segura de que lo dirás de verdad sobre todo dentro de seis meses —se rio—. Cuando haya un bebé llorando por la casa y estés hasta arriba de caca y vómito, pidiéndole a tu madre a gritos que coja a su nieto. —Estaba claro que le divertían sus propias palabras y añadió—: Al menos tu cómplice tiene experiencia con recién nacidos, porque tú no has sostenido un bebé en tu vida.

—He cogido a Sean.

—Sean tiene tres años.

—Solo tenía dos la primera vez que lo cogí.

—Hay una gran diferencia entre un niño de dos años al que puedes llevar de la mano y un recién nacido indefenso que depende de ti totalmente para cada una de sus necesidades.

—Mamá.

—Necesitará que le des de comer, que lo ayudes a eructar, que lo cambies, que lo vistas, que lo consueles, que lo tranquilices... Todo eso y más. Dependerá de que le limpies las vías respiratorias con un minúsculo aspirador nasal cuando se resfríe, porque no será capaz de hacerlo por sí mismo. Esa diminuta personita dependerá completamente de su madre para sobrevivir. Y eso es solo la etapa de recién nacido, que, te lo creas o no, querida niña mía, es la etapa más fácil de la maternidad.

—Por favor, para —le supliqué, mareándome solo con pensarlo—. Me siento tan aterrorizada por lo que me espera que me sorprende estar operativa.

—Puedes hacerlo —me aseguró—. Vas a ser una buena

madre.

—Voy a ser un desastre —mascullé—. Apenas sé preparar una tostada francesa.

—Porque eres una princesita mimada que está acostumbrada a que se lo hagan todo. —Mi madre se rio—. Pero enseguida te pondrás al día, cariño. Para cuando llegue mi nieto o nieta, sabrás cocinar como para una boda y estarás lista para comerte el mundo.

—Ni se te ocurra dejarme, ¿vale? —le pedí—. Puede que esté a punto de convertirme en madre, pero eso no significa que no vaya a necesitar a la mía.

—Me temo que me tendrás que aguantar durante mucho tiempo. —Mi madre se rio y me guiñó el ojo—. Te guste o no.

—No me voy a mudar —le advertí, levantando un dedo tembloroso—. No me voy a ir nunca de casa, mamá. Me quedo donde haya una veterana de maternidad residente, y una veterana de la tabla de planchar.

Mi madre se volvió a reír.

—Esa es otra cosa que voy a enseñarte.

—No plancharé nunca.

—No te quedará más remedio.

—Ya lo creo que sí —repliqué—. Le compraré al bebé ropa que no haga falta plancharla.

—¿Y se puede saber quién te planchará a ti la ropa?

Puse los ojos en blanco.

—Mi madre, claro.

—Ay, Aoife, sí que me haces reír. —Y eso fue lo que hizo—. Todo va a salir bien, amor. Ya verás que sí.

—Espero que tengas razón, mamá —contesté—. Eso espero.

—Joey también estará bien —añadió—. Los dos estaréis bien. —Mi madre me dedicó otra de sus sonrisas perspicaces—. ¿Quieres saber cómo lo sé?

—Dígamelo, por favor, *sensei*.

—Porque el padre de tu hijo puede que sea tan cabezota y testarudo como tú a la hora de admitir sus sentimientos,

pero su corazón tampoco se ha alejado nunca de ti.

—No. —Negué con la cabeza—. Eso no lo sabes, mamá.

—Claro que lo sé —me corrigió en un tono suave—. Aparte de que os he visto a los dos crecer y he vivido de primera mano el tipo de cualidades que poseéis ambos, da la casualidad de que también tengo un par de ojos (y de oídos) que están en perfecto funcionamiento.

—¿Qué significa eso?

—Significa que, cuando retiras el montón de capas de tu relación con Joey, sacas el ligoteo, las hormonas alteradas y el aspecto físico de la ecuación, debajo de eso hay unos cimientos sólidos —me dijo—. Basados en la amistad, el respeto y la confianza. —Sonriendo cariñosamente, volvió a cruzar los tobillos, cambiando de posición e inclinándose hacia delante en el asiento—. Él es tu amigo, Aoife, y tú eres su amiga. No importa amarse, esa es la parte fácil, Joey y tú os caéis bien. Disfrutáis de vuestra compañía, y te prometo que todos esos maravillosos aspectos de vuestra relación, todas esas conversaciones naturales que mantienes con él o todos los momentos de silencio que habéis pasado a gusto juntos tan solo fortalecerán vuestra capacidad de superar la prueba del tiempo. Y, lo que es más importante, la prueba de la paternidad.

—¿Lo piensas de veras?

—Claro —respondió, dedicándome una sonrisa tranquilizadora—. Y recuerda que tu madre lo sabe mejor que nadie.

PIENSA EN TU FUTURO

Joey

—Joey.

Bum, bum, bum.

—Joey.

Bum, bum, bum.

—Joey.

Bum, bum, bum.

—¡Joey!

Soltando un gemido de dolor, me desperté despacio, parpadeando, sintiendo un peso que no era normal sobre el centro de la espalda mientras tenía la cara pegada al colchón.

El peso continuó rebotando en mi espalda y poco a poco identifiqué ese peso como mi hermano pequeño.

—O-ui, o-ui.

—Joder, renacuajo —gruñí, sacando una mano de debajo de mi cabeza para coger una almohada—. Deja de saltar encima de mi espalda, chaval. Me encuentro fatal.

Intenté sin éxito ahogar el ruido que atacaba mis sentidos por todos los ángulos tapándome la cabeza con la almohada.

—Sean, baja a jugar con Ollie. —La voz familiar de mi madre me atravesó la mente y me puse rígido al tensármeme el cuerpo—. Tengo que hablar con tu hermano.

Sean saltó unas tres veces más sobre mi espalda antes de obligar a mi madre a sacarlo de allí.

—No empieces —gruñí, dándome la vuelta—. Sea lo que sea, déjalo.

—No iba a empezar nada. —Cerró la puerta de mi dormitorio, se acercó a la cama y se sentó a mi lado—. Solo

quería ver si estabas bien.

Suspiró con fuerza y me retiró el pelo de la cara, y aquel pequeño acto de afecto me llevó a la otra punta de la cama, lo más lejos posible de ella.

—Querías ver si estaba bien —repetí mientras me recostaba contra la pared y la fulminaba con la mirada—. ¿Desde cuándo te importa una mierda cómo estoy?

—Desde el día que naciste.

—¿Qué? —Arrugué la frente por la confusión—. ¿Es que hay una trabajadora social abajo o algo de lo que no me haya enterado?

—No, Joey. —Mi madre suspiró y sus ojos azules llenos de tristeza me miraron mientras yo la observaba con desconfianza—. La pregunta iba en serio.

—Pues yo te digo en serio que estoy confundido —respondí—. ¿Qué quieres?

—¿Qué te hace pensar que quiero algo?

—Porque estás en mi habitación preguntándome cómo me encuentro —repliqué, tensando los hombros—. Así que, venga ya, dílo.

—No quiero nada de ti, Joey.

Me quedé callado y esperé a que fuera al grano.

No es que le hubiera dado de repente por comprobar mi bienestar emocional.

—No has ido a clase esta semana —dijo finalmente— y el señor Nyhan ha llamado dos veces.

—¿Y? Tampoco ha ido Shannon.

—Sí —asintió mi madre—, pero Shannon se ha quedado en casa esta semana y no ha ido al instituto para ayudarme.

—¿Al contrario que yo, el imbécil que no te ha ayudado ni un día en su vida?

—No, no estoy diciendo eso en absoluto.

—Entonces ¿qué estás diciendo? —solté—. ¿Qué quieres?

—Estoy preocupada por ti.

«Y una mierda».

Crucé los brazos por encima del pecho.

—¿Desde cuándo?

—Desde lo que pasó el otro fin de semana —respondió con un tono cansado.

—Ah, ¿te refieres a cuando mi padre intentó violar a mi novia? —espeté, temblando otra vez de rabia—. No, no, estoy genial, mamá. Eso no me jodió nada la cabeza.

—Ay, Joey —dijo mi madre temblorosamente—. Lo siento mucho.

—¿Por qué? —pregunté sin emoción—. No sabía que tú también intentabas follarte a mi novia.

—Joey.

—Ah, espera, es verdad. No intentaste tirarte a Aoife. No, solo te metiste en la cama con el que pretendía violarla.

Mi madre se encogió.

—¿Cómo está Aoife? ¿Está bien?

—No tengo ni idea —respondí con dureza—. No la he visto.

—¿Por qué no?

—Porque no soporta verme —contesté—. Le recuerdo demasiado a mi padre, el cabrón violador.

—No la violó.

—Te violó a ti.

Volvió a encogerse.

—Eso es distinto.

—¿Acaso le da un control automático sobre tu cuerpo que te pusiera un anillo en el dedo cuando todavía eras lo bastante joven como para jugar con muñecas?

—Joey. —Exhaló, dolida—. Ojalá pudieras entenderlo.

—Si te refieres a la pervertida fijación que tienes con ese hombre, olvídalo —le dije—. Porque jamás lo entenderé.

—No quiero pelearme contigo.

—¿Quién está peleándose?

—Tú, Joey —dijo con un suspiro—. Cada vez que intento acercarme a ti, cada vez que intento prestarte algo de atención, me atacas de inmediato.

—A lo mejor no lo haría si la experiencia no me fuera tan extraña.

Negó con la cabeza apesadumbrada.

—Ya estás otra vez.

—Por Dios, para ti nunca lo hago bien, ¿verdad?

—¿Quieres saber algo que no entiendo?

—Pues la verdad es que no. —Me encogí de hombros—. Esa lista es tan larga que estaríamos semanas con esto.

—No entiendo cómo un chico que desprecia tanto a su padre como tú le sigue por el camino de la adicción.

—No soy alcohólico.

—¡Eres un drogadicto, lo que es peor! —exclamó con la voz ronca.

—No lo soy —contesté, negando con la cabeza.

—Sí que lo eres —constató llorando y me cogió de la mano—. Tienes un problema, cariño. —Exhaló temblorosamente y añadió—: Sí, sé que has vuelto a las andadas. He encontrado las bolsas vacías en tus vaqueros.

Entrecerré los ojos.

—Te estás pasando de la raya.

—Déjate de chorradas, Joey —espetó—. Huelo la hierba en tu ropa.

—Sí, he fumado. Ya ves.

—¿Y?

—Y nada —solté—. Déjame en paz, mamá.

—Entonces ¿qué es esto? —preguntó, metiéndose la mano en el bolsillo para sacar un bolígrafo de plástico roto.

Me dio un vuelco el corazón, pero dominé mi reacción, demasiado avergonzado de mí mismo para admitir nada, y sobre todo delante de esa mujer.

—Parece un boli roto.

—¿En serio? ¡Porque yo creo que es una pajita improvisada! —La tiró en la cama—. Y puede que no sea la persona más lista del mundo, pero sé muy bien que eso no hace falta para la hierba.

Me encogí de hombros, evasivo.

—No sé qué decirte, mamá.

—¿Y si empiezas explicándome dónde está mi medicación?

—me preguntó con los ojos llenos de lágrimas—. Llevas mucho tiempo bien. Meses, Joey, ¡meses! Y ahora ¿qué? ¿Volvemos a la casilla de salida? ¿Por qué te haces esto, Joey, por qué?

—¿Cuándo te he puesto un dedo encima? —dije con el corazón saliéndoseme del pecho mientras retiraba la mano—. ¿O a Shannon? ¿O a los niños, para el caso?

—No estoy hablando de que le hagas daño o no a la gente, Joey —replicó mi madre—. Estoy hablando del daño que te haces a ti mismo. No entiendo cómo tiras tu vida por el retrete por un vicio que sabes que arruina la vida.

—¿Qué quieres de mí, eh? —dije, desesperado—. Dejas que ese cabrón se quede, sabiendo lo que intentó hacerle a mi novia, así que me marchó. Luego me mandas un mensaje al cabo de tres días, suplicándome que vuelva y te salve de él, así que vuelvo y hago eso exactamente. Ahora estás en mi habitación, interrogándome para saber por qué no voy a clase, acusándome de ser frío contigo y diciendo que soy un puto drogadicto.

Negué con la cabeza.

—Estoy aquí cuando no quiero estar aquí, cuando preferiría estar en cualquier otro lugar del planeta (y eso incluye un ataúd), pero estoy aquí porque me llamaste. Porque me necesitas. Porque ellos me necesitan. Aunque me entran ganas de arrancarme la piel al estar dentro de esta casa. Aquí estoy, joder. Si eso no te dice todo lo que necesitas saber, pues no sé qué más decirte, la verdad.

—Quiero que te quieras lo suficiente como para dejar de destruirte.

—¿Cómo esperas que eso suceda cuando la persona que me dio a luz no puede quererme?

Mi madre retrocedió como si la hubiera golpeado, y tal vez lo hice, pero con la verdad.

—Eso es mentira —gritó, retirándose el pelo—. No puedes creer algo así.

—Lo que tú digas. —Me levanté de la cama negando con la

cabeza y fui a vestirme—. No voy a hablar de esto contigo ahora. Tengo que irme a un sitio.

—¿Ese sitio es la casa de Shane Holland?

Le di la espalda, callado, mientras me subía los pantalones antes de ponerme la sudadera con capucha.

—No lo hagas —me suplicó, siguiéndome mientras me guardaba en el bolsillo el móvil y la cartera y me dirigía hacia la puerta—. Piensa en tu futuro.

—Yo ya no tengo de eso.

—Sí que lo tienes.

—No. —Negué con la cabeza y tiré de la puerta para abrirla—. Ese hombre me lo ha arrebatado.

Con un cigarrillo entre los labios, pasé una cantidad de tiempo excesiva tirado en los escalones de la comisaría, queriendo levantarme y entrar. Llevar mis piernas hasta allí y presentar mi declaración a la Gardaí.

«Cuéntales la verdad».

Mi padre debía estar entre rejas por ponerle las manos encima a Molloy, y el resentimiento que sentía al tener de nuevo las manos atadas a la espalda por una mujer a la que quería y que estaba desesperado por proteger me hacía mierda la cabeza como ninguna otra cosa. Llegué a mi límite aquella noche y la cagué, pero no estaba ni la mitad de arrepentido por drogarme que por permanecer callado.

Cuando le puso las manos encima a Molloy aquella noche, apuntó una flecha directa a mi punto débil y, cuando ella me rechazó, cuando me comparó con él, la flecha salió volando para atravesarme el talón.

Herido y sangrando, había renunciado a cualquier falso pretexto más para pasar página y empezar de nuevo, y había ido directo a lo único que sabía que me ayudaría a ahogar el ruido.

A ahogar el puto sufrimiento que me causaba todo.

Porque lo cierto era que no quería mentir más.

No quería esconderlo más.

Estaba harto de toda esa mierda y, si eso me convertía en un mal hijo y un hermano horrible, pues vale. Porque el viejo había sacado algo de mí esa noche. Una verdad de la que no me había dado cuenta hasta que me obligó a enfrentarme a ella.

El verla sacudió los cimientos de mi propio ser, pero lo cierto era que había cambiado algo dentro de mí durante ese año. Mis prioridades habían cambiado. Llegué a la conclusión de que Aoife Molloy se había convertido para mí en la persona más importante del mundo.

Aunque me desconcertara admitirlo, habría hecho cualquier cosa para protegerla. A pesar de que eso significase ir en contra de mi familia entera para hacer lo correcto por ella. Porque me daban igual las consecuencias que sufriera el resto de mi familia. Estaba dispuesto a protegerla, aunque tuviera que ir en contra de todo lo que me habían programado que protegiera. Aunque significase ir en contra de cada fibra de mi ser y no decir nada de lo que había hecho mi padre porque eso era lo que ella necesitaba.

Confundido y furioso, me quedé allí, en los escalones de la comisaría hasta que el cielo se oscureció y disminuyó la ira, haciendo hueco a la depresión. Joder, y la depresión era peor. Muriéndome por dentro y ardiendo por fuera, clavé la vista en las cicatrices que tenía en los nudillos y me obligué a fingir que me encontraba bien.

Que nada de eso me dolía.

Que no me importaba.

Por fin, cuando tuve el dolor bajo control, me sacudí la ropa y me marché, sintiendo el peso del mundo sobre los hombros a cada paso que me alejaba de hacer lo correcto.

¿QUÉ HAS TOMADO?

Aoife

Cuando finalmente regresé al instituto la mañana del lunes siguiente y me senté en tutoría, fue al lado de una silla vacía en el escritorio que me habían asignado para compartir con Joey desde principios de curso.

—¡Arrrjjj! —gritó Casey en la puerta del aula y se me quedó mirando horrorizada—. ¿Dónde coño has estado y qué mierda te has hecho en el pelo? —preguntó, señalándome con un dedo acusador—. Madre mía. —Abrió mucho los ojos por el espanto mientras dejaba caer su bolso por el hombro y se colocaba corriendo detrás de mi silla para verlo mejor—. Te lo has cortado.

—Yo también me alegro de verte, Case —me reí, pasándome una mano por el pelo cortado a la altura de los hombros—. Como respuesta a tu primera pregunta: estaba en casa. Necesitaba un par de días para aclararme la cabeza. Y, en cuanto a lo segundo, me hacía falta un cambio.

No, lo que me hacía falta era borrar de la memoria las manos de ese hombre de mi pelo y me había costado ochenta euros darme el gusto, pero ella no tenía por qué conocer los pequeños detalles.

Todavía lo tenía lo bastante largo para recogérmelo en una minúscula coleta, pero no tanto como para ponerme en la vulnerable posición de que un hombre me sujetara de él.

—¿Te gusta?

—¡No! —farfulló, horrorizada, mientras recogía su bolso.

—Vaya. —Puse los ojos en blanco—. Muchas gracias.

—Ay, cállate, todavía estás como un tren —respondió, echándole un vistazo a mi pelo y tirando de un mechón

suelto—. Pero es que nunca te lo he visto más corto que a mitad de la espalda, Aoife. Has llevado el pelo a lo Rapunzel desde la guardería. —Y, mirándome de reojo, añadió—: Por cierto, te he llamado mil veces.

—Me dejé el móvil en casa de Joey —le contesté—. Y la gente cambia.

—Sí, supongo que la maternidad inminente puede cambiar a una chica.

—¿Por qué no lo dices más alto? —dije entre dientes, dándome la vuelta para fulminarla con la mirada cuando se sentó en el escritorio detrás de mí—. Joder.

—Perdona. —Puso una mueca y levantó las manos—. Por cierto, ¿hay novedades al respecto?

—Se lo conté a mi madre.

Se le abrieron mucho sus ojos azules.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Mejor que yo, creo —admití con un suspiro de dolor—. Me acompañó al médico la semana pasada.

Se le abrieron más los ojos.

—¿Y?

Asentí con la cabeza.

—El 20 de septiembre.

—¿Cuando sales de cuentas? —Se le abrieron los ojos más aún—. Eso son dos días después de que cumplas los diecinueve.

—Chisss —le advertí, y luego asentí de mala gana—. Pero sí, es cuando salgo de cuentas. Recibí por correo la cita con el médico... para la primera ecografía.

—¿Cuándo es?

—Este viernes.

—¿A qué hora? Porque terminamos las clases a las doce en las vacaciones de Pascua y puedo acompañarte si...

—Te agradezco el ofrecimiento, pero no —respondí, negando con la cabeza—. Mi madre también se ha ofrecido, y tampoco quiero que vaya ella.

—¿Por qué?

«Porque solo quiero que esté Joey».

—Porque no —suspiré, frustrada—. No quiero y punto.

—¿Y cómo se lo ha tomado él? —preguntó entonces, con los ojos llenos de compasión—. Supongo que no muy bien, si tenemos en cuenta que tampoco ha venido a clase esta semana.

—No se lo he contado.

—¿Aún no? —Entrecerró los ojos—. Aoife.

—Lo sé, lo sé —refunfuñé, notando cómo se me estrechaba la garganta al pensar que no lo sabía y casi tanto por tener que decírselo—. ¡Buf!

—Al no aparecer ninguno de los dos por el instituto, estaba convencida de que se lo habías dicho —comentó Casey con el ceño fruncido—. Me figuré que no volveríais hasta después de Pascua.

Entonces sonó fuerte el timbre, interrumpiendo nuestra conversación y observé cómo el aula se iba llenando poco a poco. Cuando vi a Danielle y Paul entrando en clase agarrados por los hombros, puse los ojos en blanco.

—Puaj —interpuso Casey fingiendo que se metía un dedo hasta la garganta—. ¿Qué cree que pasará si no se pega a él durante una clase entera?

—Según parece, que se lo robarán —comenté, girándome en mi asiento para apoyarme en su pupitre—. Qué más da, son tal para cual.

—Sí, está claro que has hecho una gran mejora —reflexionó Casey y después sonrió, mirando detrás de mí—. Hablando del rey de Roma...

Señaló hacia la puerta del aula y me di la vuelta justo a tiempo de ver a Joey entrando en clase. En cuanto mis ojos se posaron en él, el corazón se me disparó en el pecho, al reconocer al instante a su compañero. Tenía el pelo como solía llevarlo, muy rapado por detrás y los lados, con una mata por arriba.

Sin el jersey del uniforme, vestía la camisa gris fuera de los pantalones, colgando de forma desaliñada por encima

de la hebilla del cinturón, y la corbata del uniforme puesta de cualquier manera. Iba remangado hasta los codos, revelando el impresionante dibujo a tinta negra que había estado aumentando sin cesar desde cuarto curso y que ahora le cubría ambos antebrazos.

Con su habitual expresión en la cara de que le den al mundo, se acercó al escritorio de la profesora y le entregó lo que sabía que era un informe de conducta, también conocido como el temido «libro rojo».

Era un cuadernillo tipo tarjeta que tenían los alumnos más alborotadores con los peores problemas de actitud, y tenían que firmárselo todos los profesores al llegar y al salir de clase. Al final de cada día, el director recibía en su despacho a los alumnos con el libro rojo para revisar él mismo en persona los comentarios, si es que había alguno. Como podéis imaginar, Joey había tenido más libros rojos que este a lo largo de los años.

Por lo general, un alumno, a pesar de lo mal que se portara, solo tenía que llevar el libro rojo durante una semana como mucho en un momento dado, pero recordaba especialmente ver a Joey con uno durante todo segundo y tercero sin interrupción.

Sin impresionarse en absoluto por lo que fuese que estuviera diciéndole la señorita Lane mientras señalaba el libro rojo encima de su escritorio, Joey se limitó a pasarle un bolígrafo y cruzó los brazos sobre el pecho, esperando su firma. Y luego eligió el momento preciso para recorrer con la vista el aula.

Sentí el peso de su mirada en cuanto se posó sobre mí. El aire perdió densidad a mi alrededor y empezó a costarme mucho llevarlo hasta mis pulmones. Temblando por la intensidad de la situación,forcé una sonrisita y un breve saludo.

¿Qué otra manera había de saludar al chico que amabas desde hacía años? Al chico cuyo padre había abusado de ti. Al chico al que habías arrancado el corazón la última vez

que lo habías visto.

«Madre mía».

Vi cómo Joey se tensaba, con los ojos clavados en mí. No sonrió. No me saludó. Tan solo se me quedó mirando fijamente.

Esto era demasiado. Era demasiado, joder. Había muchas palabras sin decir, muchas preguntas sin responder pendiendo del aire entre nosotros.

Sabía que él también lo notaba. Su expresión no me escondía nada. Estaba mostrándomelo todo en ese instante, cada pizca de confusión, dolor y enfado.

Finalmente, la profesora le devolvió el libro rojo a Joey y me quedé observando cómo caminaba hacia nuestra mesa, sin perderme de vista y todavía sin sonreír.

Dejó caer su mochila al suelo, al lado del pupitre, retiró su silla y se sentó en su sitio de siempre junto a mí. En cuanto lo hizo, el fresco olor dolorosamente familiar a Lynx y jabón inundó mis sentidos, provocándome un escalofrío.

—Joey —balbuceé, mirándolo con cautela, sin estar segura de cómo reaccionar por la manera en que habíamos dejado las cosas la última vez que habíamos hablado.

—Molloy —contestó, rozando el hombro contra el mío al echar hacia atrás la silla para tener más espacio donde colocar las piernas.

—Bonita camisa —susurré, dándole un empujoncito con el hombro y contuve la respiración mientras esperaba su respuesta de siempre.

«Dilo».

«Por favor, dilo».

«Las dos palabras».

«Es lo único que necesito».

Soltó el aire con tanta intensidad que vi cómo se levantaron y cayeron sus hombros antes de que negara con la cabeza en lo que pareció una rendición a regañadientes.

—Bonitas piernas.

«Ay, Dios, gracias».

—Esperaba que estuvieras hoy aquí.
—¿Dónde iba a estar si no?
—No viniste a clase la semana pasada.
—Tenía muchas cosas que hacer.
«Claro, por su madre».
—¿Cómo está tu madre?

Se encogió de hombros, evasivo, y se metió la mano en el bolsillo de los pantalones para sacar mi móvil y ponerlo en mi lado del pupitre.

—Te dejaste esto.

—Sí, eh... Lo sé. —Cogí el teléfono, tragando saliva, y me lo guardé—. Gracias por traérmelo.

Respondió con un asentimiento breve.

—De nada.

—También me dejé el collar —susurré—, en tu habitación. El que me regalaste para mi cumpleaños el año pasado.

—Te lo devolveré.

—Gracias —contesté, odiando la barrera que había entre nosotros—. ¿Estás bien?

Asintió con rigidez, con los ojos clavados en la puerta que teníamos delante.

—¿Y tú?

—Sí. —Me encogí un poco de hombros—. Bueno, eso creo.

—Eso está bien. —Tensó la mandíbula y vi que se le movía la nuez—. Me alegro. Estaba preocupado por ti.

—Yo también estaba preocupada por ti. —Temblando, llevé la mano por debajo del pupitre para colocarla encima de su muslo duro y musculoso—. Dios, Joe, te he echado muchísimo de menos.

Lo recorrió un fuerte estremecimiento, pero no reaccionó con ningún movimiento ni me devolvió el gesto cariñoso. En su lugar, se inclinó hacia delante, apoyó los codos en nuestro pupitre, dejó caer la cabeza en sus manos y murmuró algo para sí mismo, ininteligible.

—No volviste —me oí decir, con los ojos clavados en su espalda.

—Querías espacio —respondió categóricamente.

—Quería que volvieras.

—¿Y cómo se suponía que yo iba a saber eso?

—No tenías por qué saberlo —suspiré—. Es que... Da igual.

Un terrible silencio se hizo entre nosotros y me moría de ganas por deshacerme de él.

—¿Joe?

—¿Sí?

—¿Podemos hablar?

—Estamos hablando. —Su respuesta fue automática, casi robótica, mientras se tiraba sobre nuestro pupitre con la cabeza en las manos.

—Bien —insistí, crujiéndome los nudillos, nerviosa—. En privado.

Se encogió de hombros, desanimado, y soltó un suspiro de dolor, pero no respondió.

—¿Quedamos esta tarde?

—Tengo que trabajar. Ya he faltado una semana. No puedo saltarme más días.

—¿Y mañana?

No respondió.

—Quería saber si tienes planes el viernes para comer —me oí proponerle, con las palmas sudando, presa del pánico—. Porque tengo que ir a un sitio y esperaba, eh... Bueno, esperaba que pudieras acompañarme.

Más silencio.

—¿Joe?

Se puso derecho, miró a su alrededor, como si se hubiera asustado, antes de volver a desplomarse sobre sus codos.

—¿Sí?

—¿Tienes algo que hacer el viernes?

—Eh... No sé —murmuró como si estuviera agotado—. No estoy seguro.

—Bueno, ¿y estás ocupado hoy a mediodía? —probé—. Me refiero a si tienes entrenamiento o algo así. Porque necesito en serio hablar de algo contigo en privado.

—No quiero hablar en privado —contestó en voz baja—. Hoy no, Molloy.

—Pero ni siquiera sabes de qué quiero hablar contigo —logré decir—. Es importante.

—Sea lo que sea, ahora mismo no quiero hablar de ello.

—¿Por qué?

—Porque estoy demasiado cansado, Molloy.

—Tienes que saber que no lo dije en serio —solté, refiriéndome a la verdad incómoda—. Toda la mierda que te eché encima la última vez que estuvimos juntos... No era yo, Joe.

Se puso tenso.

—No lo dije en serio, ¿vale? —Le puse la mano en la espalda y fruncí el entrecejo al notar el calor que emanaba su cuerpo. Joder, estaba ardiendo—. Te lo juro, Joe. Ni una sola palabra iba en serio.

—Sí, sí lo dijiste en serio. —Los músculos de su espalda se tensaron bajo mi mano—. Y no pasa nada. No te culpo.

—No te echo la culpa por lo que pasó, Joe —le dije, sintiéndome dolorosamente vulnerable en ese instante—. Y no quiero espacio. Nunca he deseado alejarme de ti.

—Ni yo tampoco —contestó tranquilo—. Pero porque no queramos algo no significa que no lo necesitemos.

La ansiedad se agitó dentro de mí.

—¿Qué significa eso?

—Significa lo que significa, Molloy.

—Mírame.

No lo hizo.

—Joe.

—Déjalo, Molloy.

—Joey Lynch, será mejor que me mires.

Soltando un suspiro de dolor, se recostó en la silla, apoyó las manos en el regazo y me miró a regañadientes.

De repente todo tenía sentido.

La somnolencia.

El letargo.

La piel ardiendo.

Los ojos negros como el carbón.

—Ay, Dios mío. —Tomé aire de forma brusca—. ¿Qué has tomado?

—Nada —replicó antes de exhalar con dolor—. Hoy.

—¿Ayer?

Asintió despacio.

—¿Y el día anterior?

Asintió otra vez.

Se me rompió el corazón.

—¿Cuándo empezaste?

Silencio.

—¿Cuándo empezaste?

—Después de marcharme de tu casa.

«Ay, Dios, no...».

—Así que una semana...

—Más o menos.

—¿Qué ha sido? —me obligué a preguntar—. ¿Qué has tomado?

—No es lo que piensas.

—¿Qué has tomado, Joey?

—No es eso.

—No te he preguntado lo que no has tomado —dije entre dientes, con el corazón partido y furiosa—. Dime lo que has tomado, maldita sea.

Me miró directo a los ojos y se quedó así, concentrado en mí lo máximo posible, dado que sin duda se hallaba bajo la influencia de las drogas.

—Unas cuantas pastillas y esa mierda.

—¿Esa mierda? —Lo fulminé con la mirada—. ¿En qué consiste «esa mierda»? Porque llevo contigo lo suficiente para saber que, cuando dices «pastillas y esa mierda», el significado puede variar mucho.

—Molloy.

—Bueno, ¿de qué estamos hablando? ¿Un porro, una raya o una puta aguja? —Me sentí como si me hubieran

transportado a un lugar que no quería volver a visitar—. Ay, Dios mío. —Se me hizo un nudo en la garganta—. ¿Por qué, Joe, por qué?

—¿Por qué crees? —susurró de forma entrecortada, pero aún manteniendo el contacto visual obedientemente mientras le sostenía la barbilla con la mano—. Te hice daño.

—No, Joe, tú no me hiciste daño. —Negué con la cabeza y contuve las lágrimas que brotaron en mis ojos—. Yo te hice daño a ti.

—Es culpa mía. —Entonces apartó la vista, girando la cara—. Lo que te pasó fue por mí.

—Tú no hiciste nada malo.

—Te metí en esa casa —dijo entre dientes y se volvió para fulminarme con la mirada—. Te acerqué al peligro y el peligro te alcanzó.

—Estoy bien —conseguí decir, levantando la mano para acariciarle la mejilla, solo para sentir la punzada del rechazo cuando se apartó al rozarlo—. No lo hagas. No tires por tierra todo por lo te has esforzado tanto.

—No tengo nada, Molloy —fue su respuesta apagada—. Nunca lo he tenido.

—Me tienes a mí —susurré, con el pecho agitado, mientras intentaba mantener la compostura en un aula rodeada de nuestros compañeros—. Todavía me tienes a mí, Joe. No te echo la culpa, ¿vale? No te echo la culpa.

—Soy él.

—No, no lo eres.

—Sí que lo soy. —Se encogió de hombros—. Lo dijiste tú misma.

—Me salió por el dolor —contesté—. No lo decía en serio.

—Te salió del cerebro —me corrigió—. Era tu verdad.

—Joey, vamos.

—No. —Vi cómo lo recorría otro escalofrío—. No puedo hacer esto ahora mismo, Aoife.

—¿No puedes qué? —exclamé con las mejillas ardiendo y el pulso disparado—. ¿No puedes hablar conmigo? ¿No

puedes mirarme? ¿No puedes estar conmigo? ¿Qué?

—No puedo hacer esto. —Vi cómo se pasaba las manos por el pelo, frustrado—. Sí, está claro que no puedo hacer esto —masculó, echándose el pelo hacia atrás, cogiendo la mochila del suelo y poniéndose de pie—. Me largo.

—Siéntate, Joseph —le ordenó la señorita Lane desde su escritorio—. La clase está a punto de empezar.

—Sí, sin mí —respondió, yendo hacia la puerta del aula.

—Ni se te ocurra salir de la clase —le advirtió, levantando una mano—. Ya tienes un libro rojo. No empeores las cosas.

—¿Me puede decir cómo coño se puede empeorar esto? —dijo con desprecio, chocando con fuerza la palma contra la puerta, lo que hizo que se abriera con un zumbido—. Bueno, parece ser que lo acabo de hacer, ¿no?

—¡Joseph!

—Que la jodan, profe —dijo por encima del hombro y después se fue furioso.

—Ay, Dios.

Dejando caer la cabeza hacia las manos, contuve las ganas de salir corriendo tras él. Conseguí aguantar tres minutos hasta que no pude más, me levanté de la silla y fui hacia la puerta como si mi vida dependiera de ello.

—¿Adónde crees que vas, Aoife?

—Creo que va a que la jodan, señorita —terció Alec con una risita—. Pero en sentido literal, en este caso.

—Esa boca —le advirtió la señorita Lane a Alec, antes de volver su atención a mí—. No estamos en clase de teatro, Aoife. No hace falta que te pongas a interpretar *Bonnie y Clyde*. Vuelve a tu sitio.

—Pero...

—Ya, Aoife.

—Ay, señorita, no sea cortarrollo —intervino Alec, animado por los chicos de la clase—. ¿No ha visto cómo iba Lynchy? Usted solo tiene una clase con él, pero el resto de nosotros estaremos todo el día en la línea de fuego. Deje que vaya a tranquilizarlo. Estará mucho mejor el resto del día.

—Sal de mi clase —ordenó la señorita Lane, mirando a Alec con el ceño fruncido— y vete directo al despacho del director a por un libro rojo para ti.

Decidí entonces que era la oportunidad perfecta para escapar y eché a correr hacia la puerta.

Ignorando las risas detrás de mí, por no mencionar la voz de nuestra tutora de curso mientras me gritaba, o a Alec posteriormente diciendo «de nada», salí a toda pastilla del aula, dejando allí mi mochila y confiando en que Casey la recogería por mí al final de la clase.

Mi plan original era dirigirme a la parte trasera del pabellón de Educación física, pues sabía que era uno de los sitios que Joey frecuentaba, y, si no estaba allí, entonces intentaría buscarlo detrás de los cobertizos del instituto, pero el plan enseguida se fue al traste cuando llegué a la entrada principal y me topé de bruces con nada más y nada menos que Marie Lynch, que salía del despacho del director.

—Aoife. —En cuanto advirtió mi presencia, se acercó a mí, directa hacia la salida que estaba desesperada por alcanzar—. ¿Puedo hablar contigo, por favor?

Los pies vacilaron antes de detenerse de golpe, mientras la cabeza me decía que continuara caminando.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenía una reunión con el director —contestó cuando salvó el espacio entre nosotras y llegó a la puerta—. Sé que soy la última persona con la que quieres hablar ahora mismo.

—La segunda última.

—¿Perdona?

—Eres la segunda última persona con la que quiero hablar. Tuvo la decencia de poner una mueca de dolor.

—Sí, bueno, ¿te importaría caminar conmigo un momento para que podamos hablar? —me preguntó, señalando la puerta doble de la entrada—. Por favor. Es importante.

Como no podría ignorar siempre a la madre de Joey, asentí con frialdad y la seguí afuera, marchando a su mismo paso.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondí con un tono frío.

—¿Estás segura?

—¿De qué quieres hablar, Marie?

Al darse cuenta de que no iba a ningún sitio con ese tipo de preguntas, emitió un fuerte suspiro y se frotó la frente con su pequeña mano.

—Estoy preocupada por Joey.

«Sí, yo también».

—¿Por qué?

—Creo que otra vez ha vuelto a las andadas.

—Sí —suspiré con fuerza y me rodeé con los brazos mientras caminábamos, ignorando el chaparrón de marzo que estaba cayendo—. Me he dado cuenta.

—Entonces ¿está aquí? —El alivio inundó sus ojos—. ¿Ha venido al instituto?

—Estaba aquí —la corregí con tono seco—. Se fue de clase poco después de llegar.

—Ay, Dios, eso es lo que me temía —dijo con un hilo de voz—. No sé qué hacer con él, Aoife. No tengo ni idea. —Negó con la cabeza—. No sé cómo ayudarlo.

—No te ofendas, pero dudo que sea posible que lo ayudes cuando eres el origen de su dolor.

Se encogió ante mis palabras, pero no me lo discutió. Porque sabía tan bien como yo que era responsable de que su hijo se hubiera descarriado.

«Otra vez».

—Me lo merezco.

—No se trata de lo que te merezcas, Marie —espeté—. Se trata de la verdad.

—Me dijo que le habías pedido espacio —dijo, nerviosa—. Que no querías volver a verlo.

La desolación me inundó.

—Le dije muchas cosas que no sentía en realidad.

—Entonces tenemos algo en común —respondió con tristeza—. Somos culpables de dirigir nuestro enfado y

nuestro dolor a la persona equivocada.

—¿Por qué me estás diciendo esto? —exclamé y me paré de golpe cuando llegamos al aparcamiento y los ojos se me fueron al coche de su marido. Con su marido sentado en el asiento del conductor.

«Ay, Dios».

Solo con ver al hombre, me puse a temblar y me encontré retrocediendo sobre mis pasos.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo que te dije cuando nos vimos por primera vez —contestó, poniéndose delante de mí en lo que supuse que era un intento patético de taparme la vista—. ¿Sabes aquello de que tenías que apartarte de mi hijo? Bueno, pues me equivocaba.

Fruncí el entrecejo.

—¿Te equivocabas?

—Joey te necesita —continuó diciendo, con los ojos azules llenos de pura sinceridad mientras aumentaba la urgencia en su voz—. Más de lo que me necesita a mí, o a nadie más, para el caso. Durante la mayor parte de su vida, mi hijo ha estado tan empeñado en escapar de su mente que jamás se ha parado a pensar que estaba destrozándose en el proceso. Pero, desde que Joey está contigo, es diferente. No solo es que esté presente, sino que quiere estarlo. Calmas algo en su interior, algo de lo que su padre y yo somos responsables, y no quiero ver que se lo arrebatan de nuevo.

—¿Por qué estás diciéndome esto? —pregunté, mirando de su cara al coche que veía por encima de su hombro. La ansiedad me roía las tripas, y me hizo falta un esfuerzo sobrehumano para quedarme allí y no salir corriendo.

—Porque he cometido un error, Aoife —respondió con un tono tembloroso—. He cometido muchos errores en lo que respecta a mi hijo, pero espero poder arreglar este. —Entonces me miró a los ojos, implorándome que la escuchara decir—: No te des por vencida con él, Aoife. Por favor, no abandones a mi chico.

La sinceridad en su voz me dejó hecha polvo, y tardé unos instantes en aclarar mis ideas antes de contestar.

—Nada de lo que has dicho de Joey cambia nada para mí —me oí decir—. Sé que tu hijo se merece que lo quieran, que lo salven, aunque el resto del mundo no lo vea. —«Aunque no lo viera ni yo misma»—. Sé quién es, Marie, la clase de hombre que es, sé lo que vale, así que ten por seguro que nada de lo que tú... —me callé un momento para mirar con asco en dirección al coche antes de continuar—, tu marido o cualquier otra persona, para el caso, haya dicho o hecho se ha acercado a hacer mella en mis sentimientos por él.

Aunque estaba siendo malvada con ella y mi tono sin duda era de mala leche, vi que la madre se relajaba aliviada.

—Gracias —susurró— por querer a mi hijo. Sé que a veces no es fácil.

—Querer a tu hijo no cuesta nada —la interrumpí, retirándome el pelo mojado de la cara—. Lo difícil es lograr que se quiera a sí mismo.

Por supuesto, su marido decidió que aquel era el mejor momento para bajar la ventanilla del coche y gritar:

—Marie, termina ya, joder. Tengo que marcharme.

El miedo inundó a la mujer y vi cómo retrocedía mientras resignada se encogía de hombros.

—Siento lo que intentó hacerte —susurró—. Lo siento mucho.

—¿Me oyes, mujer? —vociferó—. O vienes de una puta vez o te vas caminando a casa.

Después se fijó en mí y se dio cuenta de quién era.

Al notar que se me ponía la carne de gallina porque me estaba mirando, pero negándome a echarme atrás, entrecerré los ojos y le devolví la mirada amenazadora a la vez que lo mandaba a tomar por culo levantándole el dedo.

Fue justo en ese momento cuando Joey decidió aparecer por detrás del pabellón de Educación física, con lo que supuse que era el final de un porro entre los labios. Dándole

una última calada, tiró la colilla al suelo y exhaló una impresionante nube de humo desde sus pulmones mientras su mirada borrosa se posaba en nosotros.

Parpadeando por la confusión, Joey miró primero a su madre, después a mí y luego a su padre, que estaba aparcado allí cerca. La confusión en sus ojos enseguida se transformó en furia.

—¡Pero qué cojones!

—Ay, Dios, no —dijo su madre, percibiendo el peligro potencial de la situación—. ¡No, Joey, no!

—¿Qué te he dicho de mirarla?

—Joe, espera. No pasa nada.

—¿Qué te he dicho respecto a que no te acerques a ella?

—Joey, por favor.

—¡Sal del puto coche, viejo!

Moviéndome por instinto, rodeé a Marie y corrí directa hasta su hijo mientras se lanzaba furioso hacia el coche.

—No. —Intercepté a Joey antes de que llegara a su padre y le puse las manos en el pecho—. No.

—Fuera. —El cuerpo entero le vibraba de tensión mientras se resistía contra mis manos, con la atención centrada en su padre—. Apártate de mi camino.

—No —espeté, y después, antes de que tuviera la oportunidad de contestar, subí las manos por el pecho sin parar hasta agarrarlo bien por el cuello—. He dicho que no —repetí, llevando con brusquedad su cara a la mía—. Pon tus ojos en mí y tu boca en la mía.

—¿Qué? —Negó con la cabeza, frustrado, mientras llovía a cántaros sobre nosotros—. No, Molloy, joder, no podemos...

Lo que fuera que estuviera a punto de decir se lo tragó cuando mis labios chocaron contra los suyos. Con mi boca en la suya, y agarrándole con una mano la parte delantera de la camisa del uniforme, guie con la otra su mano a mi cadera antes de colocar la otra en mi culo. La tensión que emanaba de él era ligeramente aterradora, pero sabía que no corría peligro con aquel chico.

Tras unos inquietantes instantes de estoica rigidez, sentí el cambio en él mientras cedía a regañadientes, soltaba la ira y correspondía a mi afecto. El sonido de un motor rugiendo y los frenos chirriando me inundó los oídos, y me relajé aliviada.

Su padre se había marchado.

Cayendo en nuestro beso, Joey movió su boca contra la mía mientras separábamos los labios y las lenguas se batían en duelo con saña. Joey estaba herido y me hizo saber cuánto en un beso duro y doloroso que me alborotó completamente las hormonas. Flexionó la mano en mi culo, me agarró con fuerza la cadera, llevando mi cuerpo con brusquedad hacia el suyo mientras tomaba de mi cuerpo lo que fuera que necesitase en ese momento para estabilizarse y centrarse.

Al necesitarlo con la misma desesperación, me puse de puntillas, le agarré el cuello con los brazos y le devolví con los labios todo lo que me estaba ofreciendo.

Tal como estaba allí, se fue, apartándose de mí como si mi beso le produjera algún tipo de dolor físico.

—No me hagas esto —advirtió Joey, respirando con dificultad mientras se limpiaba con el pulgar el brillo de labios que le había dejado mi boca en la suya y me fulminaba con la mirada—. No me confundas de esta manera, joder.

—¿De qué estás hablando? —exclamé jadeando, totalmente descolocada por su reacción—. No estaba intentando confundirte.

—Ese beso —soltó, retrocediendo unos pasos—. Manipulas mis sentimientos, Molloy. Ya he tenido suficiente de eso en mi puñetera vida.

—¿Vas en serio? —Entrecerré los ojos—. ¿Cómo puede ser un beso una forma de manipulación?

—Es una manipulación cuando usas mis sentimientos por ti contra mí —replicó, inflexible—. Lo hiciste esa noche y estás haciéndolo otra vez.

—¿Me estás echando la culpa por lo que pasé?

—¡No, me culpo a mí por eso! —rugió, lívido, pasándose una mano por el pelo—. ¡Me culpo por preocuparme demasiado por lo que quieres y dejar que mis sentimientos por ti me ataquen por la espalda y no me permitan hacer lo correcto!

—Te dije que quería olvidarlo.

—Y yo te dije que haría lo que quisieses que hiciera. —Una vena le palpitó en el cuello mientras me veía mirarlo—. Pero eso no significa que mi silencio no me esté comiendo vivo.

—Joey, no le permitas que nos haga esto. —Di un paso hacia él y lo cogí de la mano—. No le dejes ganar.

—¿No lo pillas, Molloy? —Joey apartó su mano de la mía y retrocedió—. Siempre gana.

Mientras veía cómo Joey se retiraba y se apartaba de mí, me di cuenta de que una pieza fundamental de él se había apagado aquella noche y, si dejaba que se marchara en ese instante, puede que no pudiera volver a llegar a él.

—Te quiero —me oí decir y vi que los hombros de Joey se tensaban y su paso vacilaba. Moviéndome por instinto, salvé el espacio entre nosotros y lo cogí de nuevo de la mano, porque no estaba dispuesta a dejarlo marchar dos veces—. Estoy enamorada de ti y eso será algo que él jamás podrá arrebatarte.

Lo recorrió un escalofrío.

—Molloy.

—No ha ganado, Joe. —No paré hasta estar sobre su pecho con las manos agarrando con fuerza la tela de la camisa del instituto y disfruté cuando cedió y bajó su cara hacia la mía—. Tú has ganado.

Emitió un gemido de dolor cuando mis labios chocaron contra los suyos y, en vez de apartarse esta vez, me rodeó con los brazos y me acercó más a él. Con nuestros labios fundidos, nos tambaleamos hacia el lateral del pabellón de Educación física antes de volver a entrar en el edificio.

Al cabo de un momento, toqué con la espalda la pared y

acto seguido su cuerpo chocó contra el mío.

—Ya no sé en qué punto estamos —admitió contra mis labios mientras llevaba las caderas hacia mí y dejaba los brazos caídos a los costados—. Tus cambios de humor me están volviendo loco.

—Lo sé, semental —susurré, dirigiendo la mano enseguida a su cinturón para desabrochárselo, así como el botón de los pantalones grises del uniforme—. Soy un desastre.

—Yo también —dijo con la voz pastosa por la necesidad mientras me veía sacarle la polla del confinamiento de los bóxers negros—. Soy un imbécil, reina. He vuelto a defraudarte.

—No pasa nada —susurré, metiendo la mano por la falda para bajarme enseguida las bragas por las piernas y quitármelas—. Lo solucionaremos.

—El pelo —dijo en vez de responderme, estudiándome con las pupilas tan dilatadas que sus ojos eran casi negros—. Te lo has cortado.

Sentí una punzada de dolor y rápidamente choqué los labios contra los suyos, desesperada por evitar los pormenores de aquella particular decisión.

—Joder. —Emitiendo un gemido de dolor, me agarró por la parte de atrás de los muslos y me levantó con un rápido movimiento.

Envolviéndole la cintura con las piernas, deslicé la mano entre nosotros y guie la gruesa cabeza de su polla hasta dentro de mi cuerpo.

—¿Vas a mandarme otra vez a paseo? —preguntó con un tono dolorosamente vulnerable, hundiéndose en mí—. Dímelo ya para que esté preparado.

Me dio un vuelco el corazón.

—No, Joe. —Con una mano en su mejilla sin afeitar, me incliné hacia él y rocé mis labios con los suyos—. No volveré a mandarte a paseo.

TODO SE JODIÓ DE NUEVO

Joey

—¿De qué coño estás hablando? —preguntó Alec en el descanso largo, mientras se quedaba mirando a Casey boquiabierto en la mesa del comedor—. «It's Been Awhile» de Staind es una canción perfecta.

—No he dicho que no fuera buena —respondió, pasándole el reproductor de MP3 que llevaban compartiendo todo el rato en el almuerzo—. He dicho que no era una canción de amor. Es demasiado deprimente.

—¿Y? La vida es deprimente —replicó—. Ahí está el asunto.

—Bueno, el amor no es deprimente.

—Nunca vamos a coincidir en eso, Al.

—Pues entonces, por favor, ponme en los oídos tu versión de una canción de amor.

Casey inclinó la cabeza a un lado, esforzándose por pensar una respuesta antes de coger el MP3 y pulsar unos botones.

—«Word of Our Own». —Casey le dedicó una dulce sonrisa—. De Westlife.

Con recelo, Alec se llevó el auricular al oído y se mostró reacio.

—Está claro que eres una chica.

—No finjas que no conoces la letra.

Sonrió con picardía antes de ponerse a cantar el estribillo.

—Lo sabía —se rio.

—¿Te vas a comer eso, Lynchy? —preguntó Mack, señalando el sándwich de jamón intacto delante de mí encima de la mesa.

Negué con la cabeza.

—Cómetelo tú, chaval.

—A tu salud.

Recostándome en mi asiento, me quedé mirando al vacío con aquella gente sentada a mi alrededor y la mente dando vueltas mientras tenía un nudo en el estómago.

—¿Estás bien? —preguntó Molloy, acercando su silla a la mía—. No has comido nada en todo el día. —Colocó la mano sobre la rodilla que no dejaba de rebotar para detener el temblor que me recorría el cuerpo—. Estás muy pálido, Joe.

—Estoy genial —respondí, girándome y obligándome a prestarle mi atención y a dejar de sacudirme—. Todo va bien, Molloy.

La mirada que me lanzó me aseguró que no se creía ni una palabra, pero no insistió. Probablemente porque ya sabía que la vida no me iba precisamente bien en esos momentos. Parecía que todo se estaba arruinando de nuevo y, en vez de mantenerla a salvo a cierta distancia, la había vuelto a meter en mi mierda.

Esa mañana, cuando me la follé justo en el pabellón de Educación física, tan solo demostró que era tan insensato con mi corazón como con mi cuerpo respecto a esa chica. Estaba loco por ella y ambos lo sabíamos.

El poder que tenía sobre mí era desconcertante. Saber que una chica podía doblegar mi voluntad para sus propios planes me parecía un concepto preocupante.

Al ver a mi padre en el coche esa mañana, con sus pequeños y brillantes ojos clavados en ella, hice las paces con el hombre de arriba.

Había querido matarlo.

En serio.

Hasta que ella se metió en medio de mi ataque de nervios y me tranquilizó. Había usado su cuerpo para manipularme y pararme, un movimiento femenino de lo más astuto que a mi novia se le daba de maravilla.

Incluso en esos momentos, sentados en la cafetería del instituto, almorzando y rodeados de nuestros amigos, sentía la ansiedad comiéndose por dentro.

Molloy mitigaba el dolor, pero no podía hacerlo

desaparecer del todo. La noche anterior, por ejemplo, sabía que mi viejo le había puesto las manos encima a Shannon. Lo sabía, joder. La manera en que mi hermana entró corriendo en su habitación y atrancó la puerta me decía todo lo que necesitaba saber sobre lo que había pasado entre ellos.

Le había hecho daño. Y yo no estaba abajo para protegerla. Estaba en mi dormitorio, colocándome.

Llamé a su puerta para ver cómo estaba tras oír que la había cerrado de un golpe, pero no abrió con una excusa de mierda.

Tenía que sacarla de esa casa.

Tenía que sacarlos a todos.

Estaba tan... harto, joder.

Me sentía vacío. Como si no me quedara nada dentro.

Cada vez que cerraba los ojos por la noche, me perseguía el sonido de los gritos de mi madre y de mi hermana. Y, si no eran sus gritos, era la imagen de él inmovilizando a mi novia en esa mesa.

Quería destrozar esa mesa. Quería coger un mazo y romperla en mil pedazos.

—¿Podemos ir a dar una vuelta por ahí después de clase?
—sugirió Molloy, devolviendo mi atención a ella—. O podrías venir a mi casa. —Me pasó el pulgar por el moratón que tenía en la mejilla y me dedicó una breve sonrisa—. Me da lo mismo, pero es que..., en serio, tenemos que hablar.

El teléfono me vibró en el bolsillo y me puse rígido, sin atreverme a sacarlo mientras ella me vigilara de cerca.

—La verdad es que esta tarde tengo mucho trabajo —me oí decir y luego me sentí como una mierda cuando la decepción inundó su rostro.

—Es importante, Joe.

Sabía que lo era. Sabía que tenía que soltarme mierda para sacársela del pecho. No había nada claro entre nosotros, acabábamos de caer en el mismo puto patrón de afecto físico, pero no tenía la energía para otro asalto con

ella.

Con quien fuera.

Estaba demasiado agotado como para hacer nada más que simplemente funcionar en esos momentos. Levantarme de la cama por la mañana era como escalar el Everest. Me cansaba tan solo ir al instituto. El esfuerzo monumental que me resultaba caminar de una clase a otra era abrumador.

No podía mantener conversaciones profundas. No tenía la fuerza suficiente.

—En serio, tenemos que hablar —insistió, con los ojos llenos de inseguridad—. Por favor, Joe. No es que pueda esperar precisamente.

—Puedo pasarme mañana por la noche después del trabajo —dije con debilidad, sabiendo que era lo último que necesitaba, pero dándole de todas formas lo que quería—. Si estás libre.

—Estaré libre.

Asentí, me incliné hacia ella y le di un beso en la mejilla antes de ponerme de pie.

—Te veo luego, ¿vale?

—¿Qu-qué? ¿Por qué? —Los ojos se le llenaron de ansiedad—. ¿Adónde vas?

—Nyhan quiere verme.

«Mentiroso».

«Mentiroso».

«Puto mentiroso».

—No me lo habías dicho.

—Me olvidé.

—Ah.

No parecía convencida.

—Nos vemos luego —murmuré, acariciándole la barbilla cariñosamente con los nudillos para girar sobre los talones con brusquedad y marcharme.

Necesitaba alejarme de la persona que despertaba mi conciencia como nadie más.

«Necesito un puto respiro de esta vida».

Esperé hasta estar fuera de la vista, saqué el móvil del bolsillo y comprobé el mensaje que me había llegado.

Holland: Estoy fuera. Vámonos.

Suspiré desanimado, escribí una respuesta y volví a guardarme el teléfono en el bolsillo.

Lynchy: Voy para allá.

DIOS AMA A QUIEN SE ESFUERZA, PERO
AOIFE AMA A JOEY

Aoife

—Vale, han pasado tres semanas —declaró Casey el martes por la mañana durante Francés, cuando nuestro profesor, el señor Brady, salió del aula. Cerró su libro de golpe y se giró en su asiento para mirarme—. Dime que hoy va a ser el día.

—Sí —susurré, moviendo las rodillas sin descanso debajo de la mesa mientras mantenía los ojos clavados en la espalda de mi novio—. Hoy es el día.

Estaba sentado dos filas delante de mí, con Neasa Murphy, tirado en su silla, y parecía hacerle cierta gracia lo que fuera que le estuviera contando.

—¿Puedes dejar de mirarla como si se hubiera meado en tus cereales? —susurró Casey entre dientes, devolviendo mi atención a ella mientras apartaba mis dedos del lápiz que estaba apretando con fuerza—. Se tiene que sentar con ella. Es el asiento que le ha tocado, cariño.

—Estaba antes con ella.

—¿Y? Eso fue hace millones de años.

—La odio.

—No, no la odias —se burló—. Están hablando tus hormonas.

—No, va en serio. —Me giré para mirar a mi mejor amiga—. Odio a todas las chicas con las que ha estado.

—Pues entonces odias a muchas tías en esta clase.

Casey se rio.

—Qué graciosa.

—Entonces ¿de verdad vas a contárselo?

Ignorando la ansiedad que me arañaba la garganta, asentí

con la cabeza.

—Esta noche. Cuando vaya a mi casa después del trabajo.

—Madre mía, menudo momentazo —exclamó—. ¿Has preparado un discurso?

—Es más bien una súplica en plan «mi anticonceptivo falló, vas a ser papá; por favor, no me dejes».

—Aoife. —Me puso una mano en el brazo—. No va a dejarte.

—¿Ah, no? —Exhalé, ansiosa—. Espero de verdad que tengas razón, Casey.

Nos interrumpió Charlie, que se inclinó sobre su escritorio detrás de nosotras para darle unos toquecitos a Casey en el hombro.

—Mack quiere saber qué le pasa a Alec.

—¿Eh?

—Alec —repitió—. ¿Estás saliendo con él o qué?

Casey y yo nos miramos, confundidas, antes de volvernos hacia Charlie.

—No estoy...

—¿Por qué quiere saberlo Mack? —pregunté, apresurándome a ponerle una mano en la boca a mi mejor amiga—. ¿Qué le importa a él con quién se ve Casey?

—¿Por qué crees tú? —Charlie guiñó el ojo—. Sigue coladito por ella.

—¿Ah, sí? —La miré—. ¿Has oído eso, Case? Cha dice que Mackie todavía está coladito por ti.

—Sí, bueno, le puedes decir a Mack que me estoy viendo con alguien —respondió Casey, apartando mis dedos de su cara—, así que será mejor que se quede en su lado de la ciudad.

—¿Es Alec?

—No.

—Pues ¿con quién sales? —preguntó Charlie, acercándose.

—Eso lo sé yo, pero tú tendrás que averiguarlo —contestó, dándose unos golpecitos en la sien.

—No, en serio. —Fruncí el entrecejo—. ¿Con quién te estás

viendo?

Me lanzó una mirada que decía «cíñete al guion» antes de poner los ojos en blanco.

—Bueno, pírate. —Le hizo un gesto para que se marchara, se volvió a su asiento y me llevó a mí con ella—. No estoy viéndome con nadie, pero no tiene por qué saberlo.

—Pero te gusta Mack.

—Bah.

—¿Y Alec?

Se encogió de hombros.

—Tantos chicos y qué poco queda de curso.

—Eres terrible —bromeé.

Esta vez me tocaron a mí en el hombro.

—¿Me llamaba? —dije imitando la voz de Lurch mientras me giraba en mi asiento para encontrar a Charlie mirándome con expectación—. ¿Qué pasa, Cha?

—Tengo un amigo que ha oído el rumor de que Lynch y tú ya no estabais juntos. —Sonriendo, añadió—: Y mi amigo quiere saber si es verdad.

—Ah, sí. —Sonreí—. ¿Y por qué quiere saber tu amigo eso?

—Porque mi amigo cree que eres sin duda la chica más guapa del instituto.

—¿Tiene tu amigo un deseo antes de morir? —bromeó Casey—. Porque el novio de mi amiga os matará, Cha. Te digo que estáis muertos.

—Así que sigue siendo tu...

—Puedes decirle a tu amigo que me siento halagada, pero sigo muy pillada.

—Y puedes también decirle a tu amigo que tiene unos cojones bien gordos al intentar robarle la novia a Joey Lynch.

—Casey soltó una risita—. Lo digo en serio.

Charlie se encogió de hombros avergonzado.

—Tenía que intentarlo.

—Dios ama a los que se esfuerzan —dijo Casey llenos de picardía—, pero Aoife ama a Joey.

Me tomé un rato para volver a entrar a mi última clase del día, después de ir un momento al baño, y me entretuve fuera de los lavabos de las chicas, admirando la estética propuesta artística en el vestíbulo principal, cortesía de la clase de Arte del último curso.

Reacia a regresar a mi clase de Economía, porque mi gestión de calidad y costes era igual que la gestión de mi vida, arrastré los pies, deteniéndome cada poco a inspeccionar uno de los cuadros que colgaban de las paredes o haciendo que leía las últimas novedades.

Cuando pasé por el lavabo de los chicos y oí a alguien tosiendo, me detuve en seco, esta vez sin entretenerme con ningún propósito.

No, porque había reconocido esa tos.

Hecha una gamberra, me colé en el baño y pasé de puntillas por una fila de cubículos vacíos. Ignorando el hedor a orina que provenía de los asquerosos urinarios manchados de amarillo, llegué al cubículo del fondo, el que tenía acceso a la ventana. La puerta estaba entreabierta y la empujé ligeramente hacia dentro hasta que alcancé a ver a Joey. Sin embargo, lo que quedara de mi travesura enseguida se desvaneció cuando vi lo que tenía delante.

Joey se inclinaba hacia el alféizar, con una rodilla encima de la tapa bajada del váter, y, con el billete de cinco enrollado en la mano, inhalaba una raya de polvo blanco por la nariz.

Paralizada por el horror e incapaz de emitir sonido, observé mientras apoyaba los codos en la ventana y dejaba caer la cabeza entre las manos, sorbiéndose la nariz y frotándose la mientras exhalaba un horrible suspiro que parecía de alivio.

Los minutos pasaron mientras yo seguía allí, mirándolo mientras se le relajaban poco a poco los hombros y empezaba a mecerse. Un ligero gemido escapó de sus labios y se impulsó más hacia la ventana, apoyando todo su peso contra ella ahora.

Mientras le subía y cada vez tenía el cuerpo más flojo, noté que el corazón se me marchitaba y moría en el pecho. No podía volver a pasar por aquello con él. No ahora que había un bebé.

La mano se me fue al vientre un poco hinchado y, por primera vez desde que me había dado cuenta en el lío en el que estaba metida, sentí una oleada de algo peculiar dentro de mí.

Algo que se parecía muchísimo a querer proteger al bebé que crecía en mi interior.

Algo que se parecía muchísimo al amor.

Algo que con cada respiración se calentaba más y era más fiero.

El sentimiento de protección era tan fuerte, tan dominante y potente, que parecía casi de naturaleza carnal, pues eclipsaba el miedo que me había hecho enterrar la cabeza en la arena las semanas anteriores.

«Estoy embarazada», me di cuenta de repente, como si mi cerebro hubiera registrado en ese mismo instante que iba a tener un bebé.

«Su bebé», se oyó en mi mente, mientras seguía mirando horrorizada al chico que la estaba cagando a lo grande en el cubículo.

«Míralo».

«Mira a lo que te has atado».

Tomándome un minuto para recobrar la compostura, para absorber la multitud de sentimientos que me recorrían, me aclaré la garganta y abrí la puerta lo suficiente para avisarle de que estaba ahí.

Balanceándose contra el alféizar, Joey se giró para mirarme.

—Molloy —dijo con la voz pastosa y apretó los labios mientras entrecerraba los ojos, esforzándose por concentrarse en mi cara.

—No voy a pasar por esto otra vez contigo.

Frunció despacio el entrecejo e inclinó la cabeza a un lado,

sin duda tratando de encontrarle sentido a mis palabras en medio de su confusión mental. Tardó más de lo habitual en asimilar lo que había dicho antes de negar lentamente con la cabeza.

—No es lo que parece.

—Ah, sí, claro, porque he malinterpretado todo lo que he visto aquí —dije, señalando donde estaba tirado—. No puedo. —Negué con la cabeza, notando mis emociones amenazando con salir a la superficie, desesperadas por salir de mí en una gran explosión—. No puedo volver a pasar contigo por esto.

—Pues sigue caminando —masculó, todavía balanceándose mientras intentaba ponerse derecho, sin conseguirlo, y terminó cayendo sobre el váter con la tapa bajada—. Porque soy lo que soy.

Sus palabras fueron como una bofetada en toda la cara y me encogí.

—¿Eres lo que eres?

—Sí. —Negando con la cabeza, intentó de nuevo ponerse de pie y, esta vez, lo logró—. Así que pírate, Molloy.

«Ay».

—Me estás diciendo que me vaya cuando ni siquiera puedes caminar en línea recta. —Entrecerré los ojos, indignada—. Mira en qué estado estás.

—Has dicho que no puedes volver a pasar por esto conmigo —dijo arrastrando las palabras, mientras andaba con dificultad para salir del cubículo y se agarró a la pared para estabilizarse cuando perdió el equilibrio—. Pero yo siento lo mismo. —Frunció el ceño, negó otra vez con la cabeza, colocado hasta las cejas mientras intentaba sin éxito concentrarse en mi cara—. No puedo tampoco pasar por esto contigo.

Ya no era una bofetada sino una puñalada.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que debería haberme alejado de ti cuando lo dejamos en Navidad —respondió balbuceando,

apuntando con las palabras a mi corazón como si fueran balas—. En vez de arrastrar esta mierda durante otros tres meses.

—Y la mierda a la que te estás refiriendo supongo que soy yo. —Me tragué el nudo que se me había hecho en la garganta antes de decir entre dientes—: Pues que te den, Joey Lynch.

Me di la vuelta entonces para marcharme, pero me detuve en seco cuando me rodeó con un brazo la cintura tirando de mí contra su pecho.

—Lo siento. —Exhaló con fuerza y apretó el brazo contra mi cuerpo—. La he cagado.

—Sí —logré decir, temblando de pies a cabeza mientras contenía las ganas de echarme contra él, porque, siendo realistas, apenas se mantenía recto en ese instante—. Eres un puto gilipollas.

—Lo sé. —Un gemido de dolor se escapó de sus labios y dejó caer la cabeza encima de mi hombro—. Lo sé, nena.

—Me estás haciendo daño.

Gimió de dolor.

—Chisss, deja de decir eso.

—Esto me hace daño, Joey.

Emitió otro gemido de dolor.

—No, no, no. Yo jamás te haría daño.

—Te haces daño a ti y eso es lo mismo —espeté—, porque cuando te haces daño me haces daño. Cuando ardes, yo ardo en llamas contigo. Estamos unidos, Joe. Somos espejos. ¿No lo has pillado aún?

—Ay, joder. —Me apretó contra él, temblando muchísimo—. Siento hacerte daño, Molloy.

—Escúchame, Joe. Necesito que arregles esto, ¿vale? —Me estremecí al sentir sus labios rozándome la oreja y cerré con fuerza los ojos para intentar controlar los nervios—. Porque ¿recuerdas cuando dije que no te necesitaba antes? —Apreté los ojos y conseguí decir—: Bueno, pues ahora sí que te necesito, ¿vale?

—No —masculló mientras llevaba una mano hacia mi vientre, provocando que se me retorciera todo por dentro—. Yo soy la mierda, Molloy. Soy la puta mierda de esta relación. Tú traes todo lo bueno, y yo, todo lo malo.

—Eso no es cierto.

—Sí.

—Aun así —dije—, necesito poner punto y final a lo que coño sea esto y que vuelvas conmigo, ¿vale? Porque voy a, ah... —Exhalé de forma entrecortada, echando la cabeza hacia atrás, y me quedé mirando al techo mientras intentaba encontrar las palabras—. Voy a tener... Bueno, vamos a tener... —«Ay». Temblé con intensidad, prácticamente escupiendo las palabras «un bebé» por la boca de forma apresurada.

—Un bebé —repitió despacio, arrastrando las palabras—. ¿Dónde está el bebé?

—Aquí —balbuceé y puse mi mano sobre la que había estado acariciándome el vientre.

—¿Dentro de ti?

Con mi cuerpo entero rígido por la tensión, me obligué a asentir.

—¿Y qué hace ahí?

—Tú lo has puesto ahí, Joe.

—¿Yo?

—Sí. —Solté el aire, temblando—. Tú.

—Vaya, mierda —farfulló, rozándome el cuello con la nariz—. Lo siento, Molloy. No era mi intención.

—¿Estás enfadado?

—¿Hum?

—Que si estás enfadado, Joe —repetí, tragándome un ataque de histeria—. ¿Estás enfadado?

—No, no estoy enfadado —murmuró, somnoliento.

—¿Me estás oyendo?

—¿Hum?

—¿Joe?

—¿Hum?

—Te acordarás de esto, ¿verdad? —Me di la vuelta para mirarlo, le agarré la cara con las manos y lo obligué a mirarme—. De esta conversación —reiteré cuando no respondió. Cuando sus ojos negros se quedaron fijos en mí—. ¿De mí?

—Claro. —Me pasó un brazo por la cintura, volvió a hundir la cara en mi cuello y soltó un suspiro de satisfacción—. Hueles a casa.

Era inútil.

No estaba allí.

Al menos, no estaba su mente.

—Vamos. —Me aclaré la garganta y dije—: Te llevaré a algún sitio para que duermas la mona.

—Creía que habías cortado conmigo —contestó, dándome un beso muy suave en el cuello—. Creía que él me había alejado de ti. —Exhaló un gemido de dolor y hundió su cara en mi cuello—. La he vuelto a cagar, Molloy.

—No he cortado contigo, Joe —dije, temblando—. No pasa nada. Te pondrás bien.

—Y tú también. —Rodeándome el cuerpo con fuerza, incluso en su alterado estado mental, se las apañó de algún modo para decir lo correcto—. Porque yo cuidaré de los dos.

Se me cortó la respiración.

—¿Lo prometes?

Asintió con la cabeza.

—Lo prometo.

Al cabo de unos instantes, a Joey le fallaron las piernas y se desplomó contra el suelo.

NO PUEDO ENTRAR AHÍ

Joey

Consciente a ratos, oía dos voces familiares que iban y venían.

—Este coche es un montón de mierda.

—Lo sé.

—En serio, tu padre es mecánico y ¿esto es lo mejor que ha podido encontrar?

—Cállate y conduce, Podge.

—Ya me callo.

—Molloy. —Apreté los labios, giré la cabeza a un lado y solté un gruñido de aprobación cuando me abrí camino con la nariz entre sus cálidos muslos—. Hum.

—Chisss, Joe, no pasa nada —me tranquilizó, acariciándome la mejilla con la mano mientras me sostenía la cabeza en su regazo con la otra—. Tú duermes, ¿vale?

Para complacer a la maravillosa puta voz que pertenecía a la mejor cara que había visto en mi vida, cerré los párpados y me acurruqué en su cálido regazo, sintiéndome más a salvo que en muchos años.

Tal vez que nunca.

—Contigo me siento a salvo.

—Ay, Joe.

—Te quiero tantísimo que duele, joder.

—Lo sé, cariño. Yo también te quiero.

—No vuelvas a apartarme de ti, Molloy.

—No lo haré. —Sus manos volvían a estar en mi pelo—. Ahora, calla y duerme, cariño.

—¿Qué ha tomado?

—Algún tipo de polvo.

—¿Oxicodina machacada?

—No lo creo. Algo más fuerte.
—¿Coca?
—Estaría brincando por las paredes.
—Cierto.
—Creo que podría ser heroína.
—Ni de coña. No está tan loco.
—¿Se puede esnifar la heroína?
—Joder, Aoife, no lo sé.
—Yo tampoco.
—Mierda.

—Oye, necesito que hagas algo por mí. Necesito que vayas a registrar su habitación. Revisa todos los bolsillos de todos los vaqueros que encuentres. Busca en su armario. En sus cajones. En su mesilla de noche. En todos los cajones. En cada centímetro de su cuarto. En su mochila. Su bolsa de entreno. Hay un agujero en el lateral de su colchón. Mira ahí también. Está drogándose otra vez, lo que significa que tendrá un alijo. Lo que sea que encuentres, tíralo por el váter. ¿Puedes hacerme ese favor?

—¿Tú no vas a entrar?

—No puedo entrar en esa casa y no puedo llevarlo a la mía así. No estando mi madre.

—Genial, Aoife. Yo cuidaré de él. Ya sabes cómo va esto. Necesita dormir. Estará bien después de una siestecita de varias horas.

—No lo dejes solo, ¿vale? Por favor, Podge. No estando así.

—No lo haré.

—Lo digo en serio. Porque podría ponerse a vomitar durmiendo y se ahogaría con...

—No lo dejaré solo, te lo prometo.

DE MAL EN PEOR

Aoife

Mi madre me estaba esperando en la puerta de casa cuando llegué del instituto el martes por la tarde.

—¿Y bien? —preguntó, con un tono de esperanza, mientras se apartaba para dejarme entrar—. ¿Se lo has contado? ¿Va a venir?

«Sí, se lo he contado, pero estaba en otro planeta y no oyó ni una palabra de lo que le dije».

Negué con la cabeza, dejé caer la mochila en el vestíbulo y colgué el abrigo de la barandilla, totalmente desanimada.

—Aoife. —Puso cara de decepción—. Tienes que contárselo al chico.

—Lo sé —la interrumpí enseguida, yendo hacia la cocina mientras el cuerpo se me agitaba por la ansiedad—. Lo he intentado, pero está liado.

«Liado perdiendo la cabeza».

—Todos estamos liados, Aoife —repuso mi madre, cerrando la puerta de casa y siguiéndome—. Nunca va a ser el momento adecuado para tener esa conversación, pero tienes que hacerlo.

—Lo sé —repetí, con los hombros agarrotados por la tensión.

—¿Quieres que hable yo con él por ti?

—¿Qué? —Cerré la puerta de la nevera de golpe y me di la vuelta para mirarla boquiabierta—. No, mamá. ¡Por Dios!

—Si no se lo dices pronto, lo único que conseguirás será empeorar muchísimo más las cosas.

Entrecerré los ojos.

—Lo estoy intentando, mamá, pero no es algo que puedas soltar tan alegremente, ¿vale? ¿Qué se supone que tengo

que hacer, eh? ¿Decírselo en medio de la clase?

—Deberías llamarlo —dijo mi madre, acercándose para colocarme una mano tranquilizadora en el hombro—. Si no puedes decírselo a la cara, pues hazlo por teléfono.

Tragándome el nudo en la garganta, le imploré con los ojos que lo entendiera. Ya me sentía fatal por la mierda de aquella tarde sin que mi madre me metiera presión.

—Déjalo, ¿vale?

—Tienes que hacerlo, Aoife —insistió—. Vas al hospital el viernes y Joey tiene que acompañarte. Es importante que sepa que está a punto de convertirse en padre. Es su derecho, ¿sabes?

—¿Padre? —inquirió Kev, y me di la vuelta para encontrármelo en la puerta de la cocina.

—Kev, no deberías estar escuchando a la gente a escondidas —lo amonestó mi madre, llevándose la mano al pecho mientras regañaba a mi hermano—. No está bien.

—Joey Lynch va a ser padre —repitió con los ojos clavados en los míos—. Lo que claramente significa que tú vas a ser madre.

—No —mentí, nerviosa y con la cara colorada mientras rodeaba a mi madre para ir a por la tetera—. No seas tarugo.

—No soy tarugo —se apresuró a replicar mi hermano, entrando en la cocina—. Da la casualidad de que soy tu mellizo, ¿sabes? Llevaba un tiempo sintiendo que te pasaba algo. —Negó con la cabeza—. Y ahora todo tiene sentido. —Se giró y miró con mala cara a nuestra madre—. Las dos lleváis unos días inseparables, susurrando y cuchicheando —dijo con desdén—, porque está embarazada.

—Deja de decir eso —dije con debilidad—. No es cierto.

—Chorradas —replicó con tono vehemente—. Hace semanas que es una pesadilla vivir contigo. Esto parece la casa de los bruscos cambios de humor, por no mencionar todos los días que mamá te ha permitido saltarte las clases. —Me miró de arriba abajo, con los ojos entrecerrados por la

repulsión—. ¿Es porque has dejado que ese gandul te deje preñada?

—Ya basta, Kev —le advirtió nuestra madre, hablando por mí al no poder hacerlo yo—. Será mejor que lo dejes estar, jovencito. Esto no tiene nada que ver contigo, basta, para ya.

—¿No tiene que ver conmigo? —espetó, furioso—. ¿Estás de broma? Yo vivo aquí también, ¿sabes? Tengo derecho a saber si va a traer a un bebé a esta casa. Y también lo digo por papá.

—Basta —supliqué, notando cómo me quedaba pálida—. Cállate, Kev.

—Al principio, creí que habías engordado, pero ahora tiene sentido. Todas esas cosas raras que has estado comiendo es por los antojos del embarazo.

—¡Kevin!

—Ni siquiera puedes negarlo, ¿a que no? —siguió hablando, ignorando las protestas de nuestra madre y manteniendo sus furiosos ojos clavados en mí—. Porque no se puede negar esa barriga que intentas ocultar.

—¡Kevin! —exclamó nuestra madre—. ¡Te he dicho que basta!

—Sí, la veo. No estoy ciego y mucho menos soy estúpido —soltó mi hermano, mirándome con el ceño fruncido—. A diferencia de ti. La imbécil que se tumbó y dejó que un bala perdida como Lynchy la dejara embarazada.

—Que te jodan —logré decir, notando cómo las lágrimas me brotaban de los ojos al darme mi hermano una dura dosis de realidad—. No tienes ni idea, Kev. Ni puñetera idea.

—Felicidades, hermana —continuó con desdén—. Has dejado que ese gilipollas te haya convertido en otra estadística de embarazo adolescente. Bien hecho. Puedes despedirte de tu futuro ahora que te has unido a la larga lista de chicas inútiles de nuestro instituto que fueron lo bastante idiotas para abrirse de piernas a tipos como ese.

—He dicho que ya basta, Kevin —gritó mi madre,

interponiéndose entre nosotros—. No me importa lo sorprendido o disgustado que estés. Ni se te ocurra volver a hablarle así a tu hermana ni a ninguna otra mujer. ¿De dónde has sacado esos modales? Tú has recibido una educación.

—Sí, y ella también —replicó a la defensiva—. Pero por lo visto solo uno de nosotros se acuerda de eso.

—Eso no es justo —respondió mi madre con la voz cargada de emoción—. No entiendes por lo que está pasando tu hermana.

—No, porque da la casualidad de que tengo un cerebro entre los oídos —dijo, furioso—. A diferencia de esta idiota.

—¡Kevin!

—Joder, siempre he sabido que no eras la más lista del mundo, pero ¿esto? —me acusó mi hermano, entrecerrando los ojos, desafiante—. ¿Quedarte embarazada cuando estás aún en el instituto? ¿Y de una escoria como Joey Lynch? Ostras, mira que conformarte con mezclar tus genes con los suyos... ¡Ese pobre crío va a salir adicto a la cocaína y con el coeficiente intelectual de un osito de goma!

—¡He dicho que basta! —gritó nuestra madre, abriendo la puerta del armario de la cocina para cerrarla de golpe. Lo hizo tres veces más hasta que captó la atención de mi hermano—. Tú —dijo entre dientes, señalando a mi hermano a la cara—. Ni una palabra más.

—Pero...

Nuestra madre dio otro portazo.

—Ni una puta palabra más, Kevin, o lo próximo que voy a chocar es mi mano contra tu cara.

—¿Así que ella es la que está embarazada y yo el que recibo la amenaza de una bofetada? —Mi hermano resopló y cruzó los brazos sobre el pecho—. Hablando de favoritismos...

—Esto no tiene que ver con favoritismos y sí con decencia humana —gruñó nuestra madre, tocándole el pecho con el dedo—. Y te lo digo ya, jovencito, será mejor que no digas

nada de esto a nadie. ¿Me oyes, Kevin? Ni a un alma.

—Pues se lo pienso decir a papá.

—Si sabes lo que te conviene, mantendrás el pico cerrado —le advirtió nuestra madre con un extraño tono amenazador—. No es una noticia que tengas que dar tú, Kevin. No es asunto tuyo. Es asunto de tu hermana, y Aoife tiene derecho a ser ella la que se lo cuente a tu padre, y a todos los demás, cuando esté preparada.

—¿Estás loca? Estamos hablando de Aoife. Nunca va a estar preparada para tener un hijo —respondió mi hermano, mencionando uno de mis mayores miedos—. Ni siquiera es capaz de limpiar lo que ensucia Spud, y ella es la que os suplicó que quería un perro. ¿Cómo se supone que va a cuidar a un ser humano? —Me miró y dijo—: Deberías hacerte un favor y abortar. Arregla este desastre mientras puedas.

—¡Vete a tomar por culo! —Aparté a mi hermano de un empujón, con lágrimas corriendo por mis mejillas, y salí disparada escaleras arriba.

—Sabes que tengo razón —dijo Kevin detrás de mí—. No aguantarás ni un día de maternidad y harás que nuestra madre se responsabilice.

Unos golpecitos en la puerta de mi habitación apartaron mi atención de la almohada en la que intentaba ahogar mi agudo lamento de *banshee*.

—Aoife, amor, soy mamá. ¿Puedo entrar a hablar contigo?

¿Por qué no, coño? Para ser sincera, nada de lo que quisiera hablar mi madre podía empeorar aquella situación.

—No he echado la llave —dije, sentándome en la cama, con la almohada pegada a mi vientre.

La puerta se abrió hacia dentro y apareció mi madre, con los ojos llenos de ganas de ayudar.

—¿Estás bien?

Me encogí de hombros.

—Pues no.

—Bueno, he hablado con tu hermano, y me ha dado su palabra de que no dirá nada hasta que estés preparada para contárselo a la gente.

—¿Le crees?

—¿Tú no?

—No lo sé. —Exhalé, cansada—. Antes se ha pasado bastante.

—Tu hermano se ha portado como un imbécil. —Mi madre se acercó a mi cama, se sentó en el borde y me cogió de la mano—. No te preocupes por nada de lo que ha dicho, Aoife. No deberías tomarte a pecho ni una palabra.

—No sabía que me odiaba tanto, mamá —confesé, con ganas de llorar de nuevo cuando el cerebro me recordó las horribles palabras que mi hermano había pronunciado—. Entiendo que esté molesto por lo del bebé, pero lo que me ha dicho... Había auténtico odio en su voz.

—No era odio lo que has oído, Aoife. Eso eran celos —me corrigió mi madre con un triste suspiro—. Y créeme, eso tiene mucho más que ver con tu padre que contigo.

Fruncí el entrecejo, confundida.

—¿Con papá?

—Entre tu padre y tu hermano no hay conexión. Nunca la han tenido. Se quieren, sí, pero no tienen nada en común.

—¿Y qué tiene eso que ver con que yo vaya a tener un hijo?

—Porque, en la mente de tu hermano, el chico con el que vas a tener el bebé es el mismo chico que supone la mayor amenaza para la relación con vuestro padre.

—¿Joey?

—Joey —confirmó con una triste sonrisa antes de continuar—: ¿Puedes imaginarte cómo debe de haberse sentido Kev durante estos seis años? ¿Al ver que tu padre estrechaba lazos con un chico de su clase mientras apenas reconocía los logros de su propio hijo?

—Vale, pero ¿por qué es culpa de Joey?

—No es culpa de Joey —respondió con tacto mi madre—. Ni tampoco es culpa tuya. La culpa es de papá por no esforzarse más con tu hermano estos años.

—Mamá, sé que Kev es tu niño, pero no puedes justificar el arretrato que ha tenido con que es problema de papá —dije. «He visto en persona los problemas de papá y eso no es lo que le pasa a mi hermano»—. Te puedo garantizar que es un buen padre.

—Tienes razón, es un buen padre —estuvo de acuerdo—, pero has de reconocer la falta de armonía en su relación.

—Bueno, a papá le gustan los coches, y a Kev, los ordenadores. Papá es un hombre fácil de tratar y Kev es un milenial introvertido —me obligué a admitir—. No son compatibles. ¿Y qué? Ninguno de nosotros lo somos, pero a mí no me ves ir por ahí de esa manera, porque sé que aun así tú me quieres, igual que papá quiere a Kev.

Abrió mucho los ojos por la sorpresa.

—¿No crees que nosotras seamos compatibles?

—¿Sinceramente?

Asintió con la cabeza.

—No, mamá, no lo somos. —Quitó una pelusa de la almohada y me encogí de hombros—. Kev siempre ha sido tu niño bonito, mientras que yo siempre he sido demasiado..., bueno, demasiado yo para ti.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es. —Sonreí tristemente—. A decir verdad, creo que hemos hablado más en la última semana que en los últimos tres años, y eso seguramente es porque ahora por fin tenemos algo en común.

El dolor envolvió el rostro de mi madre y me sentí como una mierda por lo que había dicho.

—Eso no significa que no me sienta querida —me apresuré a añadir, cogiéndole la mano y dándole un apretón para tranquilizarla—. Solo que sé cómo es no estar en sintonía con tu madre, pero aun así sentirme apoyada y saber que ella se preocupa por mí. Quiero decir que no estoy resentida

contigo ni nada por el estilo. No albergo rencor ni tengo problemas con mi mami.

—Lo siento mucho —susurró mi madre, horrorizada de verdad—. No me había dado cuenta de que te sentías así.

—Mamá. —Puse los ojos en blanco—. Contrólate, ¿vale? No es para tanto.

—No tengo preferencia por tu hermano —soltó—. No, te lo juro. Os quiero a los dos por igual.

—Ya lo sé —le dije y así era—. Y también sé que no pasa nada si te llevas mejor con Kev. Eso no tiene nada que ver con el amor, mamá. Es simplemente que la personalidad de Kev encaja mejor con la tuya que la mía, y por mí está bien. No me afecta, mamá, en serio.

—Lo dices de verdad, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—Sí, de verdad.

Se me quedó mirando durante un buen rato antes de soltar el aire con fuerza.

—Vas a ser una mamá maravillosa. ¿Lo sabes, mi niña?

—Sí —mascullé—. Seguro.

—Lo eres —insistió mi madre—. Ahora lo veo. Ahora lo veo todo mucho más claro.

—¿Qué ves?

—A ti —respondió—. A la mujer en la que te estás convirtiendo. Ese carácter de acero que hay detrás de ti. La razón por la que se siente tan atraído hacia ti.

—¿Quién?

—Joey.

Me subió el calor a la cara.

—Ah.

—Es obvio que eres una chica guapa.

Resoplé y moví la mano delante de mí.

—Es obvio.

—Y modesta —se mofó mi madre antes de continuar—: Pero eres mucho más que una cara bonita. Eres cálida, Aoife. Ese pobre chico jamás tuvo una oportunidad de

resistirse a ti, ¿no? No cuando todo lo que nunca ha tenido fluye de ti como una cascada.

—No, soy una dramática, ¿recuerdas? —dije avergonzada.

—Eso también —estuvo de acuerdo mi madre con una sonrisa—. Pero, ¡por Dios!, esa calidez que emanabas debajo de ese exterior pícaro tuyo... Es contagiosa.

—Ah, eso debe de ser por el embarazo, mamá.

—¿Puedes dejar de esquivarlo y aceptar el cumplido?

—Sí, bueno, no puedo evitarlo. —Hice una mueca de protesta—. Es raro.

—No tienes ningún problema de aceptar cumplidos respecto a tu cara.

—Sí, bueno, cada vez que quiero validación respecto a mi físico, puedo mirarme a un espejo —contesté sin complejos—. Pero no puedo abrirme y ver toda esa confusa calidez contagiosa en mi interior, ¿no?

—Bueno, créeme, está ahí —contestó, sonriendo—. Y ni se te ocurra perderla.

¿CÓMO HE LLEGADO AQUÍ?

Joey

Parpadeé despacio mientras me despertaba con un dolor de cabeza de campeonato. Me aterrorizó ver que estaba tumbado boca abajo sobre unas sábanas de flores que no conocía, sin recordar cómo había llegado allí.

Preso del pánico, me incorporé enseguida sobre los codos y miré hacia abajo, aliviado por encontrarme totalmente vestido con el uniforme del instituto. Incluso tenía los zapatos puestos.

Al darme en la cabeza con la barra de una litera que me resultaba familiar, me di cuenta de que estaba en mi cama, pero habían cambiado las sábanas. Shannon, sin duda.

—Así que estás vivo —dijo Podge mientras se sentaba en el colchón con una botella de agua vacía en la mano—. ¿Qué coño has hecho, Joey? Creía que lo tenías controlado.

—¿Qué haces aquí? —murmuré, sentándome con cuidado mientras parecía que la habitación flotaba a mi alrededor. Me retiré el pelo mojado de los ojos y pregunté—: ¿Por qué estoy contigo?

—Te he traído yo —respondió—. Te desmayaste en los lavabos del instituto esta tarde, gilipollas. Aoife te encontró y fue a buscarme. Tienes una suerte que te cagas de que Nyhan no te haya pillado o estarías en la calle.

—¿Esta tarde? —La confusión retumbó en mi mente y el corazón se me disparó en el pecho—. ¿Qué hora es? —Negué con la cabeza—. ¿Dónde está Aoife?

—Son más de las dos.

—¿De la tarde?

—No, chaval, de la madrugada. —Podge suspiró con fuerza—. Llevas fuera de combate diez horas, Joey. Así que repito,

y no le puedo poner más énfasis: ¿qué coño has hecho?

«Madre de Dios».

—No sé. —Poniéndome de pie sin mucha estabilidad, me retiré el pelo de la cara otra vez—. ¿Por qué tengo el pelo mojado?

—Tenía que despertarte de alguna manera —se defendió, tirándome la botella de agua vacía a la cabeza. No me molesté en esquivarla y decidí que el plástico chocara contra mi cabeza—. Llevas tanto tiempo dormido que estaba empezando a creer que podrías estar muerto.

—Sí, bueno, está claro que no estoy muerto.

—Esta vez —me soltó, pasándose una mano por el pelo—. Joder, ¿cuándo has empezado otra vez con esto?

—Ha sido algo puntual.

—Y una mierda.

—Cállate, Podge —mascullé—. La he cagado. Lo pillo. No hace falta que me des un sermón.

—Por la cara de Aoife y la cantidad de lágrimas que ha derramado, creo que esta vez has hecho algo más que cagarla.

Me tensé por los nervios.

—¿Eso qué significa?

—Pues es como si te importara una mierda cualquier cosa que no pase en tus narices.

—¿Qué significa eso, Podge?

—Significa que la has cagado pero bien con tu novia —susurró entre dientes, poniéndose de pie—. No sé qué le has hecho, o qué coño has dicho, pero jamás había visto a nadie tan destrozado.

—¿A qué te refieres? —Asustado, cogí el móvil y no encontré ninguna notificación de Molloy. Enseguida marqué su número, pero me salió directamente el buzón de voz—. Joder, ¿qué he hecho?

Cruzó los brazos sobre el pecho y me miró con dureza.

—Tú sabrás.

—Hostia, no te lo preguntaría si lo supiera —gruñí,

perdiendo los nervios mientras caminaba de un lado a otro del cuarto—. ¿Has dicho que estaba llorando? —Lo miré, asustado—. ¿Le he hecho daño?

Se me quedó observando un buen rato antes de negar con la cabeza, resignado.

—No, Joe, no le has hecho daño en ese sentido. No le has puesto nunca la mano encima y jamás lo harías, así que relájate.

Exhalando temblorosamente, me dejé caer contra la pared de mi habitación y me tomé un minuto para recuperar la compostura.

—Joder.

—Te importa —declaró Podge, observándome con detenimiento—. Más de lo que te ha importado nada o nadie. Lo he visto..., cómo has cambiado, y también Alec. Ha habido un cambio. Te da esperanza. Hostia, todo el puto mundo ve lo buena que es esa chica para ti, tío. Pero estás tan empeñado en autodestruirte que no te estás fijando en lo que le estás haciendo a ella.

Negó con la cabeza antes de añadir:

—Si no te preocupas de ti, y está clarísimo que no lo haces, entonces piensa en lo que tus acciones le hacen a ella. Porque ¿sabes qué, cabrón? Aoife Molloy te quiere. ¿Me oyes, suertudo hijo de puta? Sin duda alguna, la chica más guapa de nuestro instituto, y es posible que del pueblo entero, y que tiene la mejor conversación, te quiere.

—Suenas muy sorprendido, ¿por qué no?

—No es que esté sorprendido —replicó sin vacilar—. Te he visto ligarte a un montón de tías buenas. No soy tan inseguro para negar que eres un mamón guapo. —Se encogió de hombros—. Los dos sois muy atractivos. Tiene sentido que ella esté contigo.

—¿Sabes? No sé si me gusta cómo está yendo esta conversación —le advertí—. Porque, si esta es la parte en la que me dices que sientes algo por mi novia, me vas a cabrear mucho, y, si me dices que sientes algo por mí,

entonces me vas a traumatizar, joder.

—Claro que me siento atraído por tu novia —respondió Podge—. Como cualquier otro chaval del instituto.

—Sí —asentí para mis adentros—. Estoy cabreado.

—Pero, dejando a un lado la apariencia física, eres un puto desastre —dijo—, y yo lo sé bien. Me he pasado los últimos catorce años viéndote meter la pata, y me he quedado a tu lado por el mismo motivo que ella. Porque ella ve lo mismo que yo: una buena persona debajo de toda esa mierda. Pero estás traspasando esa línea, Joe. Hoy lo has hecho y tienes que arreglarlo —dijo, levantando un dedo—. Te quiero como a un hermano, siempre te he querido así, pero uno de estos días vas a derrapar tanto que ninguno de nosotros podremos alcanzarte.

Sus palabras me calaron y me encontré reaccionando por instinto.

—No tiene que alcanzarme nadie —repliqué entre dientes, nervioso—. No te necesito a ti, ni a ella, ni a nadie para que me ayude con esta mierda.

Entrecerró los ojos.

—Sigue comportándote así y nadie querrá ayudarte.

Yo también entrecerré los ojos.

—Pues vale.

—Sigue, Joe. Continúa apartando a la gente que te quiere de verdad —arguyó con un tono de enfado y los ojos llenos de decepción—. Continúa echándonos de tu vida y terminarás solo con Shane Holland y sus sanguijuelas chupándote la vida.

—¿Ya has terminado el sermón? —Me acerqué a la puerta, la abrí y lo fulminé con la mirada—. Porque entonces puedes marcharte.

—Chaval, se te ha ido la olla si crees que voy a sacar mi culo a esta calle tuya llena de matones a las dos de la madrugada. —Echándose en mi cama, Podge se colocó mi almohada detrás de la cabeza y se puso cómodo—. No, esta noche me quedo aquí —dijo, bostezando—, porque tengo la

sensación de que será donde vayas a pasar más tiempo por ahora.

—Tengo que ir a verla...

—No, tío, tienes que tumbarte antes de meterte en más problemas —me ordenó mi amigo, lanzándome un cojín—. Deja que la pobre chica duerma por la noche. Puedes ir a su casa a primera hora de la mañana.

Transigí y me tiré al suelo, tapándome la cara con el brazo.

—¿Quieres saber una cosa?

—Si tiene que ver con la persona de mierda que soy, pues no, chaval —mascullé.

—Ya me ha quedado claro.

—Charlie Monaghan lo ha intentado hoy con Aoife en el instituto.

—¿Qué coño...? —Retiré el brazo de la cara para mirar a Podge boquiabierto—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Se lo oí a Rambo, que se enteró por Becca.

—¿Qué le dijo?

—¿Te crees que leo la mente? Te digo que se lo oí a Rambo, que se enteró por Rebecca. No tengo puta telepatía, chaval.

—Ese montoncillo de mierda.

—Se le ha pegado, por lo visto. —Podge se rio—. Así que me parece a mí que tienes que sacar la cabeza del hoyo y mejorar tu estrategia si quieres seguir con esa chica.

—A mí me parece que tengo que romperle la jeta a Charlie Monaghan.

—Sí. —Mi mejor amigo se rio—. Eso también.

ÉCHAMELA

Aoife

Con la camisa del uniforme abierta y tan solo el sujetador y las bragas tapando mi dignidad, me puse frente al espejo de cuerpo entero en mi habitación el miércoles por la mañana y estudié cada centímetro de mi piel, prestando especial atención a las partes del cuerpo donde había cambios evidentes.

Tenía los pechos enormes y eso era mucho porque nunca me había faltado volumen en esa parte de mi cuerpo. En serio, estaban tan hinchados y pesaban tanto que parecía que llevara dos bolas de bolos en el sujetador.

Mis pezones habían decidido volverse diez tonos más oscuros y se me notaban mucho las venas azules en ambos pechos.

«Qué asco».

Y la ligera hinchazón en el vientre, la que había conseguido hasta entonces hacer pasar por una inflamación, ya no era tan ligera. La zona del abdomen debajo del ombligo se había convertido en una pequeña pero evidente panza.

Solo con verla se me disparaba el pulso. La llamaba «panza» porque me negaba a decir «barriguita de embarazada». Sí, no me acercaba ni siquiera un poco a estar preparada para eso.

No iba a ser capaz de ocultar mi situación durante mucho más tiempo. Los cambios en mi cuerpo ya habían sido drásticos y predecía que me quedaba otro mes como mucho antes de que todo el mundo lo supiera.

Las vacaciones de Pascua empezaban el viernes. Tendríamos dos semanas de fiesta y a una gran parte de mí

le preocupaba inflarme en ese periodo de tiempo y terminar volviendo al instituto como una ballena varada.

Era un concepto aterrador.

Me giré de un lado a otro para estudiar mi aspecto, tocando y apretando con suavidad el vientre donde se hallaba la extraña entidad que se me había metido en el útero.

«Ay».

«Útero» definitivamente era otra palabra que odiaba, al igual que «placenta», «conductos mamarios», «parto», «barrido de membranas» y, la peor de todas, «coronación».

Tenía dificultades con el concepto de que estuviera creciendo un bebé dentro de mi cuerpo, por no mencionar que saliera de mi vagina su gran cabeza calva y unos hombros del tamaño de los de Joey Lynch, y me estremecí con violencia, sacudiéndome allí mismo mientras contenía las ganas de vomitar.

«Vacía la mente».

«Respira hondo».

«Olvídate».

«Aún eres guapa».

«Nada te ha atravesado aún la vagina».

«Tu cuerpo todavía no tiene estrías».

«Todo va bien».

Controlando la ansiedad, me puse a maquillarme la cara y a pasarme el rizador de pelo, porque había decidido ir ese día al instituto con ondas surferas.

Estaba hurgando en mi neceser cutre de maquillaje, en el que guardaba todos los productos rechazados de los sets de belleza que me regalaban en mi cumpleaños y Navidad, buscando un tono bronceado y maldiciéndome mentalmente por no comprar dos de cada artículo que usaba, cuando un par de antebrazos tatuados familiares me rodearon la cintura, llevándome hacia un pecho incluso más familiar.

—En una escala del uno al diez, ¿cuánto estás de cabreada

conmigo?

—Hostia puta, Joe —espeté, a punto de mandarlo todo a la mierda del susto tremendo que me había dado—. ¿No puedes entrar por la puerta o qué?

—¿Por qué romper la costumbre de toda la vida? —Rozó los labios contra mi oreja al hablar y clavó los ojos en los míos en el espejo que teníamos delante—. Y diría «bonitas piernas», pero entonces le estaría hacía un flaco favor al resto de ti.

Suave como el pecado, llevó las manos de mi cintura a mis caderas y metió los dedos bajo la tela de encaje de las bragas por un brevísimo instante antes de dejar que la cinturilla elástica volviera a su sitio para después poner otra vez las manos en mis caderas.

—Bonito todo, Molloy.

Aquel movimiento hizo que todos los músculos al sur de mi ombligo se tensaran por la excitación.

—Gracias.

—¿Y bien? ¿En una escala del uno al diez?

Los párpados se cerraron por sí mismos, una reacción inevitable a las caricias de este chico, y dejé escapar el aire de forma temblorosa.

—Once.

—Sí. —Me rozó el cuello con los labios e inhaló profundamente antes de soltar un fuerte suspiro—. Me lo figuraba.

Como al cordero que llevan a la matanza, me apoyé en él mientras mi cuerpo gozaba de sus manos en mi piel.

—¿Eso es lo único que tienes que decir?

—Soy un gilipollas —respondió, dándome un beso en la mejilla—. No te merezco. —Cambió de lado y me besó la otra mejilla—. Lo siento. —Otro beso en la curva de la mandíbula—. Te quiero.

—No te acuerdas de nada, ¿verdad? —le pregunté, dándome la vuelta justo a tiempo de recibir un dulce beso en la comisura de la boca—. De lo que hablamos ayer.

—Me acuerdo de que la cagué.

Puse cara de circunstancias.

—Siempre la cagas.

—Oye. —Agarrándome la cara con las manos, se acercó más, con aquellos ojos verdes clavados en los míos—. Lo digo en serio. —Me acarició la nariz con la suya, me dio un beso en la punta y suspiró—. Siento lo de ayer.

—¿Qué parte?

—La parte en la que el gilipollas de tu novio te hizo llorar.

—¿Sí? —Odiando lo mucho que me gustaba su atención y mareada ante la desesperación con la que mi cuerpo ansiaba su tacto, me apoyé en sus manos, sin poder evitar lo enganchada que estaba a él—. Bueno, si ves por ahí a ese capullo, asegúrate de decirle que no lo perdono.

—No deberías. —Volvió a rozar su nariz con la mía—. He oído que es un desastre.

—Sí, menudo desastre —estuve de acuerdo, devolviéndole el beso cuando sus labios rozaron ligeramente los míos—. Si no fuera por esa gran polla suya, lo dejaría tirado.

—¿Ah, sí?

—Ajá —asentí—. A mí solo me interesa su polla.

—Entonces menos mal que sabe cómo usarla, ¿eh? —bromeó, con los labios cerca de los míos mientras me agarraba el cuerpo para frotarlo contra el suyo—. Y los dedos. —Se me cortó la respiración cuando deslizó la mano por debajo de la cinturilla de mis bragas—. Y su lengua.

Y tal que así, me derretí como una tonta, con los labios contra los suyos en un beso que me alteraba las hormonas más de lo que ya estaban.

Totalmente consciente de que era tan peligroso para mi mente como las drogas para la suya, interrumpí el beso antes de que afectara más a mis sentimientos.

«Por él».

Retirándome antes de perder el control del todo, llevé mis manos a su pecho para apoyarme y dije:

—No te vas a librar tan fácil.

—No lo había pensado.

—¿Por qué estás aquí, por cierto? Creía que habíamos quedado en el instituto, como siempre.

—Porque tenía que pedirte disculpas —explicó, pasándose una vez más el pulgar por la boca para limpiarse el brillo de labios que le había dejado antes de acercarse a la ventana y volver a bajar por ella.

Transcurrieron unos cuantos segundos antes de que su mochila atravesara volando mi ventana, seguido de su palo de hurling, el casco y la bolsa con mis cosas que había dejado en su casa.

—¿Me has traído el collar? —pregunté, mirando cómo volvía a entrar por mi ventana con destreza—. Me siento como si fuera desnuda sin él.

—Lo tengo —respondió, sacándose la cadena de plata del bolsillo mientras salvaba el espacio entre nosotros—. Date la vuelta.

Le obedecí y me retiré el pelo del cuello para que me lo abrochara.

—Gracias, semental.

—De nada, reina.

—Todavía tienes problemas.

—¿No los tengo siempre? —masculó, dándome un beso tierno en la curva del cuello antes de acercarse a mi cama para sentarse—. Vale, soy todo oídos.

—¿Eh?

—Querías hablar. —Se recostó sobre los codos, poniéndose demasiado cómodo en mi cama y demasiado sexy—. Hablemos.

—Cierto —contesté y la ansiedad cobró vida dentro de mí mientras me apresuraba a abotonarme la camisa—. Pero se suponía que ibas a venir anoche para hablar. —Me callé y fruncí el entrecejo—. De lo que está claro que te olvidaste.

—Bueno, estoy aquí ahora, así que también podemos hacerlo.

—¿Hacer... el qué? —me oí decir sin aliento, incapaz de

ocultar la casi histeria que amenazaba con dominarme.

—Habla, Molloy —me animó—. Vamos.

No estaba preparada.

A diferencia del día anterior, cuando estaba fuera de sí por lo que se hubiera tomado, mi novio ahora estaba sentado en mi cama con la cabeza despejada y me miraba expectante.

«Ay, mierda».

—Puede esperar —intenté conseguir un poco más de tiempo— hasta la hora de comer, o después de clase, ¿no? —vacilé, nerviosa, con las manos temblorosas—. Después del trabajo también está bien. O mañana. Joder, mañana me va bien. No tiene por qué ser en este justo instante.

—Oye, ya sé cómo va a ir esta conversación —me interrumpió Joey—. Tienes mierda que soltarme, y además me la merezco, así que échamela.

—¿Que te la eche? —Me recorrió la confusión—. Joe, creo que no estamos hablando de lo mismo.

—Ayer —soltó, con un fuerte suspiro y frotándose la mandíbula—. Como estaba... Lo que viste... Sé que te decepcioné, ¿vale? La cagué y lo pillo, pero no tienes que preocuparte. No fue como otras veces, Molloy. No soy la misma persona que era antes de Navidad, y no tengo intención de volver atrás. Esta vez está controlado, ¿vale?

Las drogas.

Estaba hablando de las drogas.

Y, aunque por supuesto tenía que hacer algo respecto a su comportamiento del día anterior, no estaba en el puto orden del día de hoy.

Porque, a pesar de lo ridículo que sonara, teníamos un problema más grave.

—Cuando dices que lo tienes controlado —dije con recelo—, lo que quieres decir en realidad es que tuviste un lapsus mental durante unas semanas, pero que ya has entrado en razón y no lo volverás a hacer más, ¿no?

«Dilo».

«Por favor, tan solo dilo».

«Dime que lo estás intentando de nuevo».

«Lo único que necesito es que sigas intentándolo».

—Estoy bien, Molloy —insistió con un tono despreocupado—. Todo va bien. No tienes que preocuparte por nada. Lo tengo controlado.

«Lo tengo controlado».

Me inundó la desolación. Se me rompió el corazón en el pecho.

—Eso no es lo que te he preguntado, Joey.

—Todo está bien.

Dolor.

Amenazaba con tragármeme entera.

—Dilo —le pedí con la voz ronca—. Dime que lo estás intentando otra vez.

No respondió.

—Dime que lo estás dejando, Joe. Mejor aún, dime que ya lo has dejado.

—Solo te digo que estoy bien —respondió con un tono cortante al levantarse para ir a la otra punta de la habitación y hacer un pobre intento de comprobar una de las puertas que había colgado en mi armario—. Deja de preocuparte, ¿vale? Todo va bien.

—¿Bien? —dije entre dientes, cogiendo la falda del uniforme para ponérmela—. Ya he estado antes contigo en esta situación, ¿recuerdas? Ya he recorrido contigo este camino mil veces y, si te estás drogando otra vez, pues no estás bien, y, si lo de ayer no fue nada, entonces no controlas una puta mierda.

—Te equivocas —espetó, todavía examinando la puerta—. Estás exagerando.

—Y tú lo flipas —repliqué, poniéndome el jersey del uniforme por la cabeza—. Además de ser un puñetero mentiroso.

—Molloy.

—No. —Negué con la cabeza—. No me hagas esto,

gilipollas. No me vas a camelar con palabras para librarte de esta. No me parece bien que te drogues, nunca me ha parecido bien y nunca me lo parecerá.

Se encogió de hombros, cerró la puerta del armario y se dio la vuelta para mirarme.

—Pues no sé qué decirte.

—¿Y si empiezas explicándome qué te dio para volver a tomar este camino? —le dije, muy dolida por sus acciones—. Y ni se te ocurra justificarlo con lo que intentó hacerme tu padre, porque encontré tu alijo el día antes de que sucediera, Joey.

Se puso tenso.

—¿De qué estás hablando?

—Encontré una bolsa de pastillas en el bolsillo de tus pantalones de chándal.

Entrecerró los ojos.

—¿Por qué me registras la ropa, Aoife?

Yo entrecerré los míos al mirarle.

—No te estaba registrando la ropa. Estaba buscando algo que ponerme. Pero a lo que vamos, ¿qué hacía eso ahí, Joseph?

—Esas pastillas no eran mías.

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué estaban en tu bolsillo?

—Te estoy diciendo Molloy que no las compré yo.

—No te creo.

—Muy bien. —Negó con la cabeza y exhaló un gruñido de frustración—. Créete lo que quieras.

—No sería la primera vez que me engañas.

—Bueno, no te estoy engañando esta vez, joder —espetó, levantando las manos al aire por la frustración—. La lie, ¿vale? Lo pillo. La cagué. Creía que me habías dejado y tiré la toalla. La cagué pero bien, porque, por si no te has dado cuenta, Molloy, aparte de ti, no tengo mucho más. Yo creía que me habías dejado y no veía motivo para mantener esa fachada de mierda.

—¿Qué fachada de mierda? —pregunté.

—Pues la de pretender ser alguien que no soy —contestó—. Todo lo que he hecho, lo que he cambiado, lo he hecho por ti. Y entonces te fuiste, así que... —Lanzó las manos al aire, derrotado—. Dejé de resistirme a mi naturaleza.

—¿Tu naturaleza? —Lo miré con acritud—. Esa no es tu naturaleza.

Se encogió de hombros, pero no respondió.

—Así que, como estamos pasando por una mala racha, ¿te lo tomas como una luz verde para tirar los últimos tres meses a la basura?

—Mi padre intentó follarte, Molloy —gruñó con la voz ronca—. Y, al mirarme, lo veías a él, ¿recuerdas? Yo creo que eso es algo más que una mala racha.

Y así era.

El motivo detrás de cada mala decisión que tomaba mi novio era siempre su padre.

—Me hizo daño —intenté razonar con la parte de él que estaba empeñada en la autodestrucción—. Estaba asustada. Me quedé en shock. Estaba aturdida, joder, Joey. Ni una palabra que dije aquella noche iba en serio y lo sabes, así que deja de hacerme sentirme mal por ello.

Se encogió como si le hubiera pegado.

—Si me conoces un poco, y probablemente seas la única, sabes que jamás te haría algo así —soltó, herido—. Me merecía esa noche todo aquello. Me merecía eso y más, hostia.

—Sé que no lo harías —suspiré, llevándome una mano a la frente cuando las emociones continuaron aplastándome—. Lo sé, Joe.

—No intento que te sientas mal por nada —siguió diciendo—, pero me has pedido una explicación y estoy tratando de dártela.

—Bueno, está claro que no he terminado contigo —dije para que me escuchara—. Tu padre hizo algo terrible, eso es cierto, pero no es culpa tuya. Nada ha cambiado entre nosotros, ¿vale?

—No lo sabía. —Sus palabras apenas se oyeron cuando tragó con fuerza—. No lo sabía.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes —lo animé—. Así que para ya, ¿me oyes? Necesito que dejes esa mierda y sigas intentándolo.

—Ya te he dicho que esta vez lo tengo bajo control.

—¿Lo ves? Eso no me basta, Joe —me oí replicar—. No quiero que me asegures nada. Te quiero sobrio.

—Y así me tendrás.

—Quiero que estés sobrio ahora.

—No sé si eso te lo puedo dar.

Se apoderó de mí el pánico.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero mentirte —contestó—. Te prometo que no será como antes.

—No. —Negué con la cabeza, notando cómo se me rompía el corazón—. No, Joe.

—Molloy. —Bajando los hombros, derrotado, Joey suspiró con resignación—. Soy lo que soy.

Otra vez lo mismo.

Esa puta frase horrible.

«Soy lo que soy».

Odiaba esas cuatro palabras cuando salían de su boca.

—Sí, y lo que tú eres es muchísimo mejor que la persona que tengo delante poniendo excusas de por qué hace algo que sabe que casi se lo carga —espeté, con las manos en las caderas, mientras lo fulminaba con la mirada—. Eres mejor hombre que esto, Joey Lynch.

—Quizá pensaba que lo era.

—Y lo eres —protesté, luchando con el pánico y el dolor—. Eres mejor que el estilo de vida al que te empeñas en volver y estoy segurísima de que eres mejor hombre que Shane Holland, y lo sabes.

—Esto no tiene nada que ver con Holland.

—Esto tiene todo que ver con él.

—¡No es tu puto problema! —Vi que Joey inhalaba con

fuerza, sin duda tratando de contener su genio, y se pasó una mano por el pelo antes de volver a intentarlo, esta vez con una voz relativamente más calmada—. Oye, no quiero pelearme contigo. —Salvó el espacio entre nosotros, me colocó las manos en los hombros y se me quedó mirando—. No quiero hacerte daño, Molloy.

—Bueno, pues me lo hiciste —respondí, afectada—. Estás haciéndome daño, Joe.

El dolor se reflejó en sus rasgos.

—Lo siento.

—¿Pero? —logré decir.

—Es que... —Negó con la cabeza, se frotó la mandíbula y exhaló con fuerza—. Tengo la cabeza fatal ahora mismo y necesito que me dejes solucionarlo a mi manera.

—¿Tomando drogas? —dije inexpresiva—. ¿Destruyéndote?

—No. —Negó con la cabeza—. No es lo que estoy haciendo.

—Sí, Joey, sí es lo que estás haciendo. —Se me inundaron los ojos de lágrimas—. Y me estás pidiendo que de nuevo haga la vista gorda. —Se me quebró la voz e inspiré de forma temblorosa—. Lo hice antes y por poco te mata y me destroza. Ahora me pides que lo haga otra vez y no puedo. No puedo ver cómo te pierdes otra vez. No puedo perderte, Joe.

—No, Molloy, no estoy diciendo eso para nada. No me vas a perder, ¿vale? Yo te quiero, joder. Seré tuyo durante todo el tiempo que quieras estar conmigo. —Me acarició los hombros con los pulgares, rompiéndome el corazón con la dulzura de su gesto, que contrastaba mucho con la cortante punzada de sus palabras—. Es que... necesito que no me odies por superar mi mierda de la única manera que conozco.

—Conoces otras maneras —le recordé con el tono lleno de amargura—. Maneras mejores.

«Maneras que no ponen en peligro tu vida ni me rompen el corazón».

—Muy bien. —Joey respiró con dolor, sin mirarme a los ojos—. Pues de la única manera que me funciona.

—Así que ¿ni siquiera lo vas a intentar? —inquirí, destrozada por el súbito cambio en él, al ver que no estaba dispuesto a intentarlo—. ¿Ni siquiera vas a mentirme y fingir que vas a intentarlo?

—Lo estoy intentando —replicó con la voz forzada—. Lo intentaré. Lo solucionaré, ¿vale? Voy a hacerlo, Molloy. Es que... necesito un tiempo.

—¿Un tiempo para colocarte antes con tus colegas drogatas?

—No. —Y añadió con un tono duro—: No voy a volver allí, te lo juro.

—¿A volver allí? —Sorbiéndome la nariz, me enjuagué una lágrima de la mejilla—. Si te estás metiendo de nuevo, ya estás allí, Joe.

—Molloy.

—¿Me quieres?

—Ya sabes que sí.

—Pues para —le supliqué, agarrándole el cuello—. Para, Joe. Por favor.

—Lo haré.

—No. —Negué con la cabeza y me aparté de él—. No digas que lo harás. Di que lo dejas ya.

—Molloy...

—Me pones en una situación difícil —dije—. No me das otra opción.

—No es esa mi intención.

—Bueno, pues sea tu intención o no, eso es lo que está pasando —repuse, a pesar de lo lamentable que sonara—. Ayer, me acusaste de manipularte al usar tus sentimientos por mí en tu contra, y ahora estás haciéndome exactamente lo mismo.

Frunció el entrecejo.

—No es verdad.

—Sí lo es —me costó decir—. Porque ¿qué voy a hacer,

Joe? ¿Marcharme? —Eché las manos hacia arriba totalmente resignada—. No puedo convencerte con nada. Tan solo soy aquí la tonta que se supone que tiene que quedarse sentada a esperar cómo te destrozas la vida y eso es justo lo que va a ocurrir, porque ambos sabemos que te amo demasiado para siquiera contemplar cómo te largas.

—Te prometo que esta vez será diferente —volvió Joey a asegurar, ignorando la verdad de mis palabras en su intento por mentirme y empapelar su sentido común—. Tan solo necesito unas semanas más. Ya está, Aoife. Tan solo son unas semanas más de esto y habré acabado.

—Lo que tú digas, Joe. He terminado con este tema. —Me aparté de él, harta hasta la saciedad, y recogí mi mochila del suelo, incapaz de seguir dándole vueltas al asunto, después de recibir tantos golpes en el corazón—. Vámonos a clase.

LOS PÁJAROS, LAS ABEJAS Y EL DUBLINÉS

Joey

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Shannon al entrar en su habitación a la hora de comer el miércoles por la tarde, rompiendo el extraño silencio en el que estaba inmerso, porque el resto de mi familia había salido de casa.

—Sean se ha meado en mi cama —le expliqué, exhalando una nube de humo con la vista clavada en el techo de su dormitorio mientras me entraba el bajón del colocón—. He puesto las sábanas a lavar.

—Ah. —Dejó caer la mochila al suelo, se quitó los zapatos y se acercó a la cama—. Échate para allí.

Obediente, me acerqué más a la pared y me puse un brazo detrás de la cabeza mientras se tumbaba en su pequeña cama individual a mi lado.

—Es hora de comer, Shan. ¿Qué haces en casa en vez de en el instituto?

—Mira quién habla. —Clavándome su huesudo codo en el costado, me imitó—: Es hora de comer, Joey. ¿Qué haces en casa?

—Estoy castigado.

—¿Por Aoife?

—Sí.

—¿Es eso hierba?

—No.

—¿Estás mintiendo?

Inhalé otra bocanada de humo y la retuve un buen rato antes de exhalar despacio.

—Sí.

—Porrero.

—Vaga.

—¿Y qué has hecho? —preguntó, apartando con la mano una nube de humo—. ¿Para que te haya castigado? —Inspiró con fuerza antes de que pudiera responder y dijo entre dientes—: Por favor, dime que no le has puesto los cuernos. Porque esa chica es increíble y tienes que casarte con ella.

—¿Qué coño...? —Entrecerré los ojos y exhalé una nube de humo—. No, por Dios, no le he puesto los cuernos. Yo no pongo los cuernos, Shan.

—Perdona. —Se encogió de hombros avergonzada—. Es que... Bueno, en el instituto Ballylaggin, solía oír a muchas chicas en el baño hablar de ti y tus..., eh... Bueno, de tus habilidades en la cama.

—Mis habilidades en la cama. —Resoplé—. ¡Por Dios santo! Las chicas están fatal.

—Las chicas están fatal —estuvo de acuerdo mi hermana pequeña sinceramente—. No las entiendo en absoluto.

—¿Sabes? Dicen que los tíos hablan, pero es al revés —me quejé—. Son las chicas las que hablan. —Giré la cabeza para encontrármela mirándome con los ojos muy abiertos—. Las chicas cuchichean mucho, Shan.

—Sí, lo sé.

Suspiró.

—La mayoría de lo que dicen son gilipolleces, ¿sabes? —decidí añadir, resentido—. Solo he estado en la cama de una chica.

Abrió los ojos mucho.

—Entonces ¿solo has estado con una?

—Solo he estado en la cama de una chica —repetí.

—Joey. —Mi hermana entrecerró los ojos—. Eso no es lo mismo.

—Mira quién habla —contesté usando sus palabras de antes—. La que se metió en la cama del Señor Rugby la otra semana. Supongo que el que hayas venido ahora a casa tiene algo que ver con él.

—¿Qu-qué?

—No vayas de tímida conmigo —me reí—. Sé muy bien

cómo eres.

Se acurrucó bajo mi brazo y suspiró con fuerza.

—No he venido a casa antes por Johnny.

Me puse tenso.

—Entonces ¿por quién?

—Por Bella Wilkinson.

—¿Qué ha hecho?

—No importa —respondió Shannon, negando con la cabeza

—. Olvídalo.

Fruncí el entrecejo y me giré para mirarla.

—¿Te ha hecho daño?

—No.

—¿Te ha dicho algo?

Se puso tensa.

—Así que te ha dicho algo.

Asintió con la cabeza.

—¿Qué te ha llamado?

—Lo de siempre —admitió en voz baja—. Y luego se ha burlado de mí por ser de la urbanización de Elk.

—Putas zorras —gruñí, dando otra calada antes de incorporarme al notar que me estaba calentando—. Sabes por qué estas chicas van a por ti, ¿no?

—Porque me odian.

—Porque se sienten amenazadas por ti —la corregí—, porque irradian bondad y te lanzan mierda para arrebatarte el brillo que tienes. No las dejes ganar, Shan.

—¿Qué tal te va en el Ballylaggin? —preguntó, sin duda intentando apartar el foco de ella y llevando la conversación hacia mí.

—El instituto es el instituto, Shan —respondí, mirando por la ventana—. La misma mierda, días diferentes.

—Ya sabes la verdadera razón de por qué he venido a casa antes —contestó—. ¿Cuál es el motivo real para que tú estés aquí?

—Ya te lo he dicho. —Me encogí de hombros y le di otra calada al cigarro—. Estoy castigado.

—¿Por qué tengo la impresión de que es mentira?

Me volví a encoger de hombros.

—Me daba pereza quedarme allí.

—¿Por qué no hablas conmigo, Joe? —me preguntó entonces con un tono de tristeza—. Yo siempre confío en ti, pero tú no haces lo mismo.

«Porque no puedo. Porque te haría pedazos. Porque tengo que protegerte».

—Ya me conoces, niña —respondí, levantándome de su cama para acercarme a la ventana. Me di la vuelta y le dediqué una sonrisa—. Yo soy a prueba de balas.

Se me quedó mirando, con inseguridad, durante un buen rato antes de susurrar:

—Si te cuento algo, ¿prometes no enfadarte?

Empujé la ventana para abrirla y le di otra calada al cigarrillo antes de tirar la colilla.

—Depende.

—Prométemelo, Joe.

—Vale, lo prometo.

Mordiéndose el labio inferior, mi hermanita se retorció, incómoda, antes de levantar las manos y soltar:

—He besado a Johnny Kavanagh.

Bueno, mierda.

No esperaba eso.

Las cejas se me dispararon hacia arriba por la sorpresa.

—Has besado a...

—Johnny Kavanagh —terminó la frase asintiendo, con las mejillas coloradas.

—Vale —respondí despacio mientras intentaba apañármelas en aquel nuevo puto territorio al que mi hermanita estaba arrojándome sin ceremonias. No era una conversación que necesitara tener con su hermano mayor. Era una conversación para una hermana mayor. O una conversación entre madre e hija. Pero yo era a quien tenía. «Me cago en mi puta vida». Podía sentir cómo el pedo se me pasaba a gran velocidad—. ¿Fue eso todo lo que hiciste

con él?

«Por favor, di sí».

«Por favor, Dios, no me cuentes nada más».

—Sí —afirmó, asintiendo con entusiasmo.

—¿Cuándo?

—El lunes por la noche. En su casa.

—¿En su casa? —Enarqué una ceja—. ¿En qué parte de su casa exactamente?

—En su dormitorio.

Entonces levanté las dos cejas y también me subió la tensión arterial.

—¿En su dormitorio?

—Pero no me devolvió el beso —respondió, retorciéndose las manos—. ¡Y cuánta vergüenza me dio todo el asunto, Joe!

—¿Por qué no te devolvió el beso?

—Dijo que no sería justo empezar nada conmigo cuando está a punto de marcharse. —Se mordió el labio y pareció muy joven e insegura—. Pero entonces se pasó por aquí ayer después de clase.

—Se pasó por aquí. —Abrí mucho los ojos—. Por esta casa. Asintió con la cabeza.

—Me ayudó con los deberes.

—¿Pasó algo entonces?

—Nos abrazamos.

Contuve la carcajada que amenazaba con escapárseme.

—Os abrazasteis.

—Ajá.

Desesperado por intentar mantener la cara seria, pregunté:

—¿Fue un buen abrazo?

Suspiró melancólicamente y se llevó las manos al pecho.

—Fue el mejor abrazo que me han dado en la vida.

Entonces sí me reí.

—¡Joey!

—Lo siento. Lo siento. —Me aclaré la garganta, me froté la

cara con la mano y lo volví a intentar—. Entonces, el dublinés da buenos abrazos, ¿eh?

—Sí. —Asintió otra vez de forma insegura y se encogió de hombros sin poder remediarlo—. Pero yo quería que fuera algo más que un abrazo porque..., es que me gusta mucho, Joe. Y entonces, hoy, a la hora de comer, le dio un puñetazo al novio de Bella en la cara porque ella estaba diciendo esas cosas tan terribles sobre mí. Eso me asusta, porque ya sabes lo que opino de la violencia, pero no es que me dé miedo él, ¿sabes? Es una buena persona. Va en serio, es muy buena persona. Perfecto, de hecho. Lo sé bien. Y me gusta, Joe. Me gusta tantísimo que me cuesta respirar cuando está cerca de mí. Pero es que... Y él no... Y yo no... ¡Ay, Dios, ayúdame!

Joder, necesitaba otro porro para eso.

—¿No podías haberte encariñado de un chico de por aquí?
—Negando con la cabeza, volví a sentarme en la cama y suspiré—. ¿Tenías que escoger al irlandés internacional?

Se retorció, incómoda.

—¿Lo siento?

—No lo sientas, Shan —me reí, frotándome la mandíbula—. No puedes evitar que te guste quien te gusta. Y, para que conste, me parece que tú también le gustas a él, niña.

—¿Qué hago, Joe?

—¿Me lo preguntas a mí?

—¿A quién más se lo voy a preguntar?

—Joder. —Me apreté las sienes con los dedos e intenté pensar una respuesta adecuada para ese momento—. Dame un segundo para pensarlo.

—¿Qué harías si estuvieses en mi lugar?

Sí, no iba a decirle lo que yo haría.

—¿O Aoife? ¿Qué haría ella en esta situación?

Y tampoco iba a decirle lo que haría Molloy.

—Tómate tu tiempo. Sé su amiga y deja que lo que tenga que pasar suceda de forma natural —decidí decir al final, sabiendo que era una gilipollez, pero no estaba dispuesto a

darle a mi hermanita consejos sobre cómo seducir a un tío —. Si pasa, pasa; y, si no, pues también está bien. Y, por favor, por el amor de Dios, no le pidas consejo a Aoife — añadí, estremeciéndome ante la idea de las sugerencias que estaría contenta de darle Molloy—. Solo tienes dieciséis años, Shan. Todo esto es nuevo para ti. Debes llevar este asunto con Kavanagh a tu propio ritmo y no al de nadie más.

—Eso puedo hacerlo —susurró, mirándome como si le estuviera dando un consejo sagrado—. Gracias, Joe.

—De nada.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

—¿El qué?

—¿Cuántos años tenías? —Puso una mueca antes de añadir—: ¿La primera vez que..., ya sabes?

La miré con recelo.

—¿Es necesario tener la charla?

Abrió los ojos mucho.

—¿La charla?

—La charla —confirmé, serio—. Has tenido ya la charla, ¿verdad?

—Eh...

—Mamá ha tenido la charla contigo, ¿no? —insistí mientras me sudaban las palmas de las manos.

—No. ¿Tuvo ella la charla contigo?

—Joder, no, lo aprendí sobre la marcha —solté.

—Ah. —Se le incendiaron las mejillas—. Vale.

—Pero tú no lo hagas —añadí al cabo de un segundo—. No lo aprendas con la práctica.

—¿Con la práctica?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Eh... —Tenía la cara coloradísima—. La verdad es que no. «Dios santo».

—Bueno, sabes cómo funciona el asunto, ¿no? —pregunté entonces y después cambié de postura, incómodo—. El sexo y la intimidad, los anticonceptivos y toda esa mierda.

—Eh... Sí. —Exhalando de forma entrecortada, asintió, vacilante—. Sé lo suficiente.

—¿Sí?

—Bueno, creo que sí.

Eso claramente significaba que no.

«¡Ay, joder!».

—¿Quieres...? Eh... —Me callé mientras me rascaba la mandíbula, ganando unos segundos más antes de forzarme a pronunciar las siguientes palabras—. ¿Quieres preguntarme algo sobre este tema?

—¿Como qué?

—No tengo ni puta idea, Shan —espeté—. ¿Algún consejo? Tienes tres minutos para preguntarme lo que quieras y luego me las piro de aquí, y esta conversación no volverá a repetirse.

—¿Es como en las películas? —Se retorció, incómoda—. ¿El sexo? ¿Duele?

—Sí, la primera vez a una chica puede dolerle —respondí, conteniendo las ganas de arrastrarme hacia un rincón de la habitación y empezar a mecarme—. Pero no debería dolerte después. Si sucede es porque él lo está haciendo mal.

—¿Sangramos?

—Eh... Sí, las chicas podéis sangrar la primera vez, pero no les pasa a todas.

—¿Por qué no?

«¡Y yo qué mierda sé!».

—Porque es diferente para cada una.

—¿Y qué hay de los chicos? ¿Les duele a los chicos la primera vez?

—No, es más cuestión de intentar mantener la cabeza.

—¿La cabeza?

—La calma —me corregí con una mueca—. Es cuestión de mantener la calma y controlarse.

—¿Qué pasa si no puedes mantener la calma?

—Entonces termina antes de que empiece.

—¿Termina?

—Termina —confirmé, serio—. La fiesta habrá terminado.

—Ah. —Se le sonrojaron las mejillas—. ¿Y si, bueno, si es demasiado grande? ¿Y si no cabe, hum, bueno, ya sabes?

—Te digo que cabe. —Dejé caer la cabeza en mis manos y gruñí—. Siempre cabe.

—Pero ¿cómo?

—Magia.

—Joey.

—Pues cabe, joder, Shan —respondí—. En cuanto la chica se relaja y no está nerviosa ni se siente presionada... —Me callé para mirarla serio—. Nadie te presiona, ¿verdad?

—Ay, Dios, no —se apresuró a decir—. Es que... tengo curiosidad.

—Vale. Bien. Me alegra oírlo. —Reprimiendo un estremecimiento, enseguida continué—: Por Dios, no puedo creerme que estas palabras estén saliendo de mi boca, pero los preliminares ayudan mucho.

—¿Los preliminares?

—Sí, Shan.

—¿Qué son los preliminares?

—Bueno, abrazarse no, eso te lo aseguro.

—Ah. —Se sonrojó—. Entonces ¿te refieres a besarse y eso?

—Y eso —contesté, a pocos segundos de tirarme por la ventana de su habitación.

—¿Como tocarse?

—Sí, como tocarse, saborearse y... Ay, mira, ¿sabes qué? —Dando una palmada sobre mis rodillas, me levanté y me puse a caminar de un lado a otro del cuarto—. Deberías seguir con los abrazos. Abrazarse es perfecto. Abrazarse es suficiente hasta que cumplas los veinte.

—¿Cuántos años tenías tú, Joe? La primera vez que...

—Era demasiado joven.

—¿Cuándo fue?

—Era más joven que tú.

Se le abrieron mucho los ojos y tosió sorprendida.

—Joe.

Puse una mueca.

—Sí, lo sé.

—Y... ¿cómo fue tu primera vez?

—Terrible —admití enseguida—. No estaba preparado.

Los ojos de mi hermana se abrieron más aún.

—¿Y por qué seguiste adelante, entonces?

—Eh... —Abrí la boca para responder, pero no encontré las palabras—. Eh... —Negué con la cabeza, devanándome los sesos por hallar la respuesta que necesitaba, pero no lo conseguí.

Sus ojos azules se llenaron de preocupación.

—¿Joe?

—No lo sé, Shan. —Dejé caer los hombros, me senté en la cama al lado de mi hermana y apoyé los codos en los muslos—. Creo que...

—¿Crees qué, Joe?

—Creo que estaba... —Exhalé de forma forzada mientras luchaba con mis recuerdos borrosos, intentando encontrarle sentido a una noche que nunca había tenido mucho sentido para mí—. Creo que no estaba en mi propio cuerpo, si es que lo entiendes.

—¿A qué te refieres?

—Iba muy colocado esa noche y, bueno, me acuerdo un poco de lo que pasó —admití, crujiéndome los nudillos—, pero no recuerdo cómo ni por qué ocurrió.

—No lo entiendo —susurró, dándose la vuelta para mirarme—. ¿Me estás diciendo...? —Mi hermana pequeña, tragando saliva, nerviosa, me cogió de la mano y la apretó—. ¿No querías que sucediera, Joe?

—No lo sé, Shan —me obligué a reconocer en voz alta por primera vez—. Bueno, sé que me gustaba la chica con la que sucedió, y sé que luego no estaba disgustado, pero no me acuerdo de cómo pasó.

—Pero Joe... —Me apretó la mano—. Eso suena a que, en realidad, no consentiste.

—Puede ser —mascullé, rascándome la cabeza—. Pero debí de disfrutarlo porque repetí muchas veces durante años. En realidad, era una amiga mía en aquella época.

—No importa que lo hicieras mil veces con mil chicas distintas —dijo Shannon—. Ambos tenéis que estar siempre de acuerdo, Joe.

—Joder —murmuré, negando con la cabeza—. ¿Cómo se ha vuelto tan profunda esta conversación?

—¿Lo sabe Aoife?

—¿Si Aoife sabe qué?

—Lo que te pasó en tu primera vez...

—No, porque no me pasó nada, Shannon —me apresuré a puntualizar, cerrando la conversación antes de que fuera a un lugar en mi mente que no tenía intención de visitar—. Me coloqué, me follaron, lo superé y luego, cuando me volví a colocar, me follaron un poco más. Y vuelta a empezar. Ese era mi mantra. Así que sí, era demasiado joven y demasiado imprudente con mi cuerpo —admití, mirándola con acritud—. No cometas mis errores, Shan. No te entregues a la primera persona que te muestre un poco de afecto. Tómate tu tiempo. Te prometo que la persona adecuada merece la espera, ¿vale?

—Joe, no creo que tú...

—Ya vale, ¿me oyes? —Enfadado, me levanté y me dirigí hacia la puerta—. No me conviertas en una víctima, Shan. No es la narrativa de mi historia.

—¿Te habría gustado que Aoife fuera la primera? —Cambió por suerte el tema con esa pregunta.

—Por supuesto —reconocí encogiéndome de hombros—. Es una puta mierda saber que has perdido algo que significa tanto con la persona incorrecta. Y es incluso peor que ella lo sepa.

—Entonces ¿ella te esperó a ti?

—No te voy a hablar de Aoife, Shan —respondió—. Un chico tiene sus límites, ¿de acuerdo? Pregúntame lo que quieras sobre mi vida sexual, pero no de la de mi novia,

¿vale?

—La quieres de verdad, ¿eh?

—No se trata solo de amor, sino de respeto.

—Y compatibilidad.

—Y amistad.

—Y lealtad.

—Exacto.

—Ostras —murmuró Shannon—. Eres muy dulce bajo ese exterior de capullo, ¿no?

—Tengo hambre bajo este exterior de capullo —mascullé, desesperado por huir del tema de los pájaros y las abejas—. ¿Quieres prepararle algo de comer a tu hermano favorito antes de que se tenga que ir al trabajo?

—Vale —suspiró con fuerza, se bajó de la cama y caminó hasta mí para rodearme con sus brazos flacuchos la cintura—. Pero solo porque eres mi hermano favorito.

NO TE TENGO QUE PEDIR PERMISO

Aoife

Joey: ¿Vas a hablar conmigo?

Aoife: No.

Joey: Vamos, Molloy. No seas gruñona.

Aoife: Cállate y mira la peli.

Joey: No estoy hablando. Te estoy escribiendo.

Aoife: Sí, bueno, puedo oír tu estúpida voz en mi cabeza.

Joey: Bruja.

Aoife: Gilipollas.

Joey: No me quedo si no me vas a hablar.

Aoife: ¡Ja! Intenta marcharte. Si te atreves.

Joey: Muy bien, pero no voy a abrazarte.

Aoife: Vale. No quiero que me abras. Apestas a hierba.

Joey: Una pena que no te relaje.

Aoife: Chiss. ¡¡¡Estoy intentando ver la película!!!

Joey: Vale.

Aoife: Deja de jugar al Snake en el móvil.

Joey: Deja de ser una zorra.

Aoife: ¡Lo haré en cuanto dejes de ser un gilipollas!

—Me cago en la puta. —Joey tiró su móvil al colchón entre nosotros, cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó mirando con el ceño fruncido el techo de la habitación—. Esta manera de ignorarme es una mierda.

No, no era una mierda.

Era una consecuencia directa de su mierda.

Con tan solo la iluminación de la pantalla de mi televisor portátil, vi por el rabillo del ojo cómo Joey soplabla y resoplabla como un toro frustrado. Mi novio estaba siendo un gilipollas, y tenía la intención de hacérselo saber.

Sorprendentemente, el silencio estaba fastidiándolo muchísimo más que mis palabras.

—Molloy. —Sin camiseta, se puso derecho en mi cama y se pasó una mano por el pelo—. Vamos, hoy no he hecho nada malo.

—El hecho de que tengas que añadir la palabra «hoy» a la frase «no he hecho nada malo» lo dice todo, Joe.

—Ya te he pedido perdón.

—Lo sé.

—Entonces ¿qué quieres de mí?

—Te quiero sano.

—Estoy sano —gruñó, tumbándose de nuevo en el colchón—. Joder.

Sabía que estaba tambaleándose al borde de los problemas otra vez y me negaba a dejarlo caer por ese precipicio de nuevo. Era horrible el hecho de que no recordara ni una palabra de la conversación que habíamos mantenido el día anterior cuando le había contado todo.

Me había costado muchísimo sacar esas palabras y no las había oído. Y aún era más aterrador saber que llevaba a su hijo nonato dentro mientras él jugaba con su vida.

—No voy a volver a pasar por esto, Joe —le dije—. No voy a dejarte que lo hagas otra vez.

—A dejarme —escupió las palabras como si fueran ofensivas—. No te tengo que pedir permiso para nada, Aoife. Yo decido mis cosas.

—Ajá, claro, gilipollas —me burlé, subiendo el volumen del televisor con el mando a distancia—. Por cierto, tiré al váter tu alijo.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—No tengo ningún alijo.

—¿Ah, no? —Le devolví la mirada de ojos entrecerrados—. Entonces ¿de quién eran las pastillas con receta que había en el bolsillo delantero de tu mochila?

—¿Me has registrado la mochila?

—Sí. —Sonreí con dulzura—. Pues claro.

—Me cago en la puta —masculló, frotándose la cara con la mano—. ¿Dónde has puesto la bolsa, Molloy?

—La bolsa está en mi papelera. El contenido de la bolsa estará en algún lugar del mar.

—¿No dirás en serio que has tirado al váter mis pastillas?

—Pues claro que sí, semental.

—Dios santo. ¿Sabes cuánto me ha costado eso? —Mi novio se volvió a poner derecho, dejó caer la cabeza en sus manos y contuvo un rugido—. Joder, Aoife, te dije que lo tenía bajo control.

—Y yo te he dicho que no voy a permitir que lo hagas otra vez.

—Estoy bien.

—Pues yo me voy a asegurar de que sigas así.

—Esto es absurdo —se quejó, girándose para mirarme—. Sabes que otro tío no aguantaría esta mierda de su novia.

—¿Qué mierda exactamente? —Tirando el mando a distancia, me incorporé para mirarlo—. ¿Lo de que estoy intentando mantenerte vivo?

—No me estoy muriendo.

—Podrías morir... —Se me quebró la voz, inspiré fuerte, desesperada por controlar mis gestos faciales, mientras lo miraba a los ojos—. Te quiero.

—Lo sé. —La emoción se coló en los ojos de Joey y este inclinó la cabeza—. Yo también te quiero.

—No. No lo entiendes. Tú eres el amor de mi vida —espeté, agarrándolo de la barbilla para obligarlo a que me mirara—. Lo que siento por ti, lo mucho que te quiero, es una puta locura, Joe. Así que, sí, voy a hacer lo correcto por ti siempre, aunque te cabree, porque te quiero aquí conmigo. En el planeta Tierra. Durante mucho tiempo.

—No me voy a ninguna parte —susurró, levantando la mano para cogerme la mía—. No te voy a dejar nunca, Molloy.

—¿Ves? Sé que te lo crees —contesté con un tono cargado de emoción—, pero cada vez que esnifas una raya o te

tragas una pastilla, estás jugando a la ruleta rusa con tu vida y con mi corazón.

EL HURACÁN MOLLOY

Joey

La ira que emanaba de la chica en el asiento del conductor me aseguró que no solo estaba castigado de forma permanente, sino que me había ganado el título de rey de los imbéciles.

Para cuando llegamos al instituto el jueves por la mañana, la tensión silenciosa que aumentaba entre nosotros era insoportable.

Como ninguno de los dos quería ceder un ápice, yo la dejaba con su cabreo mientras que ella me permitía cocerme en mi culpabilidad.

Después de su cuarto pésimo intento de dar marcha atrás en un estrecho hueco para aparcar, y esta vez casi llevándose el parachoques de un coche vecino, Molloy gruñó furiosa. Echó el freno de mano, puso en punto muerto el cambio de marchas, salió del vehículo y lo abandonó en medio del tráfico.

Sin mediar palabra, bajé también, me dirigí hacia el asiento del conductor mientras Molloy cruzaba los brazos sobre el pecho, daba golpecitos con el pie, expectante, y me lanzaba una mirada asesina.

Di marcha atrás para aparcar donde ella pretendía, apagué el motor, volví a bajarme del coche y fui al maletero.

Lo abrí, cogí nuestras mochilas y me las eché al hombro, antes de ir a por mi palo de hurling y el casco.

Bajé de golpe la puerta del maletero, cerré el coche y le lancé las llaves.

Las cogió en el aire, se las guardó en el bolsillo y luego, con la barbilla levantada, se acercó y me quitó su mochila del hombro.

Vale.

Tú misma.

Con una ceja levantada, me quedé mirando a Molloy mientras se echaba la mochila al hombro y se marchaba contoneándose hacia la entrada principal, manteniendo al menos diez pasos de distancia entre nosotros y mostrándome una vista gloriosa de su culo estupendo mientras meneaba las caderas con genio.

—¿Lynchy? —oí a Rambo llamarme y apartó mi atención del fantástico trasero de mi novia.

Me di la vuelta para verlo mientras él me señalaba con la mano que me acercara al lateral del pabellón de Educación física y casi le salía humo de detrás de la manga de su jersey.

—¿Vienes, chaval?

Asentí brevemente, cambié el rumbo y los pies se movieron en dirección a mi colega, cuando una mano me cogió la mía y me hizo detenerme.

Me di la vuelta para encontrarme a Molloy allí, con mi mano entre las dos suyas, fulminándome con la mirada antes de sacudir la cabeza.

Todavía se negaba a hablar conmigo, pero no estaba dispuesta a marcharse, y se quedó allí, con el ceño fruncido, dándome un ultimátum con los ojos.

«Hazlo —me retó mentalmente— y verás lo que pasa».

Más que irritado, le lancé una mirada asesina, igual de decidido a no ser el primero en ceder y hablar.

Me soltó la mano, me miró por última vez con acritud antes de retroceder unos pasos y entonces, con esa barbillita sexy levantada, giró sobre sus talones y se marchó.

«Vale».

Con un gruñido de frustración, me di la vuelta y caminé hacia el pabellón de Educación física, pero solo conseguí avanzar cinco pasos antes de girarme.

«¡Maldita mierda!».

Oí a Rambo y a los chavales partirse de risa, imitando el sonido de un látigo mientras seguía a mi novia como un puto perrito.

«Joder».

Cuando la alcancé en la puerta, no se volvió a mirarme mientras se quitó la mochila del hombro y la sostuvo en la mano.

Apreté la mandíbula, cogiéndola a regañadientes, y me la eché al hombro.

Se aclaró la garganta, cruzó los brazos sobre el pecho y señaló la puerta con la barbilla.

Reprimiendo un gruñido, la rodeé para sostenerle la puerta abierta.

—Hum —resopló con remilgo antes de pasar adentro.

Conteniendo las ganas de cerrarle la puerta en el culo, apreté los dientes y seguí a la chica dueña de mi corazón... y de mis pelotas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alec, tirándome un cigarrillo cuando fui a fumar con él en la parte trasera del pabellón de Educación física—. ¿Piernas Saxis sigue haciéndote el vacío?

—Digamos que las mujeres de mi vida me tienen la cabeza loca, chaval —farfullé, subiéndome al muro a su lado—. Gracias, Al —mascullé con un cigarrillo entre los labios mientras cogía el mechero que me pasaba para encenderlo—. Estoy fresco como una rosa.

—Las tías te joden el coco, Lynchy.

—Uf, créeme, yo lo sé demasiado bien.

—¿Cómo le va a tu hermana con la élite de Tommen?

—Bien —le dije, exhalando una nube de humo—. Le va de la hostia, Al.

—Me alegro —respondió, empujando su hombro con el mío—. Siempre fue demasiado pura para este lugar.

Asentí al estar de acuerdo y le di otra calada al cigarrillo antes de decir:

—Está con un tío.

—¿Uno de esos pijos que juegan al rugby?

—Sí.

—Vaya, mierda —se rio—. ¿Tenemos que darle una advertencia?

—No, parece un chaval bastante majo.

—Debe de serlo si no lo has colgado de los huevos.

—Ah, es todo muy inocente —musité, dando otra calada e ignorando el timbre que indicaba que había terminado la pausa—. Mientras se lo monte bien con ella, no lo molestaré.

—Bueno, si no se porta bien con la chica, habrá una cola de candidatos esperando para sustituirlo. —Me dio una palmada en el hombro—. Porque odio decírtelo, Lynchy, pero esa hermana tuya está muy buena.

—Por Dios —gruñí, incapaz de detener el escalofrío que me recorrió—. ¿Por qué tienes que arruinarme la vida diciendo eso?

—¿Qué? —se rio—. Es verdad. Todos lo pensamos. Ninguno ha ido nunca a por ella por respeto a ti.

—Es mi hermana pequeña, puto perverso.

—No es pequeña, chaval —dijo riéndose—. Shannon Lynch tiene dieciséis años y está para comérsela.

—Te mataré.

—Yo solo te lo digo.

—Bueno, pues no me lo digas. —Volví a estremecerme—. Ni siquiera lo pienses, joder.

—Tiene unos ojos azules de ensueño.

—Yo tengo un gancho de ensueño.

—Pues guárdatelo para el tío que se tire a tu hermana y no lo dirijas al que la admira desde lejos —dijo, riéndose.

—No se la está tirando.

—Aún no.

—Cállate.

Capeando el temporal que acompañaba al huracán Molloy, logré mantenerme fuera de su radar y de los problemas durante las primeras cuatro clases. Hasta las dos horas de Matemáticas antes de la pausa para la comida, donde no solo tendría que enfrentarme a su ira, sino que estaría sentado a su lado.

Molloy entró en clase con cara de pocos amigos cinco minutos tarde, lo que no era normal en ella, y le contó una milonga al profe de que tenía que ir al lavabo. Con todos los ojos clavados en ella, y sus largas piernas a la vista de los babosos que la miraban —que, afrontémoslo, era casi la clase entera—, mi novia se paseó hasta nuestro escritorio con las tetas subidas hacia arriba, contoneando las caderas.

Era una de las características de Molloy —una de las primeras cosas de las que me había enterado de ella—, que cuando se cabreaba se ponía muy sexy. Aunque eso no significaba que no fuera tremendamente sexy todos los días. Era más como si nunca fuese más consciente de su supremacía femenina que cuando tenía algo que demostrar, como en ese instante, por ejemplo, en el que me hacía saber que estaba en el primer puesto de su lista negra, y mucho que decir si no seguía el programa y continuaba con lo mío.

—Molloy —decidí romper el silencio llamándola cuando tomó asiento a mi lado—. Bonitas piernas.

Movió los labios hacia arriba a regañadientes, pero enseguida dejó el gesto y volvió a fruncir el ceño mientras ponía los libros y el estuche encima de nuestro pupitre.

—¿Podemos...?

Negó con la cabeza, dejándome claro que no iba a izar una bandera blanca. Menudos cojones los suyos. Si alguien tenía derecho a estar cabreado era yo, el cabrón desafortunado al que le habían tirado por el puñetero váter su alijo la noche anterior.

Me encogí de hombros ante su actitud, me recosté en mi silla con el lápiz en la mano y me quedé mirando por la

ventana, observando la lluvia de marzo aporrear el cristal desde fuera. Sumido en mis pensamientos, ahondé en el desastre de mi vida, preguntándome por qué coño la chica sentada a mi lado, bueno, seguía a mi lado.

Sí, dejando aparte el tema del alijo por el váter, sabía que estaba jodiéndola.

Y en el mal sentido.

Estaba cagándola en todo.

Otra vez.

Había faltado a mi palabra.

Otra vez.

La había decepcionado.

Otra vez.

Nada de nuestra relación se inclinaba ya a mi favor y, sinceramente, además de mi capacidad de usar bien la polla, no veía qué atractivo tenía estar conmigo.

Creía que me había dejado aquella noche.

Esperaba que me dejara.

Mi padre la había atacado, por Dios santo.

Ninguna relación, daba igual cuánto amor y lealtad hubiera, continuaba tras un golpe como ese. Pero allí estaba ella, enfadadísima, colocándose bien los guantes de boxeo para otro asalto conmigo.

No sabía cómo me quería Molloy después de lo que le había hecho y mucho menos por qué deseaba estar conmigo. Ni siquiera yo soportaba verme.

—Joseph, ¿necesitas ayuda con algo? —me preguntó nuestra profesora, apartando mi atención de la ventana para centrarla en la parte delantera de la clase.

Me quedé mirándola fijamente.

—¿Eh?

—Página 457 —dijo y suspiró, cansada—. Los ojos en el libro, por favor.

Puse cara de circunstancias y centré mi atención en el libro de texto de Molloy que estaba abierto sobre nuestro pupitre, el que había estado utilizando desde principios de

curso, y fruncí el ceño cuando me fijé en un auricular.

El cable comunicaba con un reproductor de MP3 sobre el regazo de Molloy debajo del pupitre, mientras que el otro auricular colgaba de su oreja derecha.

Lo cogí, me lo llevé discretamente a la oreja izquierda y escuché «She Hates Me» de Puddle of Mudd.

Genial.

Qué forma más bonita de cantarle a tu novio.

«Me cago. En. Mi. Puta. Vida».

Al pasar la página del libro, vi que Molloy escribía algo antes de pasármelo.

Eres un gilipollas.

Suspiré con fuerza, cogí el lápiz que tenía detrás de la oreja y enseguida le puse una respuesta.

¿Y ahora te das cuenta?

Leyó mis palabras y se apresuró a contestar.

Me cegaba tu enorme polla.

Negué con la cabeza, me acerqué la página y escribí.

Me escribes notas y me pones canciones de amor. ¿Significa eso que ya no estoy castigado?

Frunció el ceño al leer mi pregunta y escribió una respuesta furiosa.

No, imbécil, sigues castigado. Considera esta nota mi versión de lanzarte un hueso. Y en cuanto a la canción de amor... ¡Ja! Ya te gustaría tener esa suerte.

Sonreí y escribí una respuesta.

Sí, buena, pues este imbécil te quiere.

No puedes escribir ese tipo de cosas.

¿Por qué no?

Porque intento estar cabreada contigo.

¿Y? Siempre estás cabreada conmigo y ya siempre te quiero.

Vale, ahora estás dorándome la pildora.

¿Las que me tiraste por el váter?

Ay, Dios, qué pesada.

Pues anda que tú.

—¡Aoife! ¡Joseph! —Una mano apareció entre nosotros para coger el cable de los auriculares y tiró del reproductor de MP3. La señorita Murphy estaba delante de nuestro pupitre con el reproductor en la mano—. ¿Qué os he dicho a vosotros dos de distraeros en clase?

—¿Que lo hagamos en voz baja? —sugirió Molloy con una de sus sonrisas ganadoras de premios grabada en la cara, el tipo de sonrisa que la sacaba de apuros habitualmente—. Es lo que estamos haciendo.

—Que no os distraigáis —la corrigió la señorita Murphy, echando chispas por los ojos—. Sinceramente, vosotros dos sois ya lo bastante mayorcitos como para saber que no está bien escuchar música en clase. Es vuestro último año —dijo suspirando, harta—. Tenéis solo unos meses para repasar todo lo posible antes de los exámenes de acceso a la universidad.

—Parece ser que estos dos no necesitan practicar Matemáticas, señorita —soltó Ricey desde la parte delantera de la clase—. Por lo que he oído, se les da muy bien multiplicarse.

—Paul, vuelve a tus ejercicios, por favor —lo reprendió la señorita Murphy.

Vi cómo Molloy se quedaba boquiabierta y erguí la espalda al instante. Los ojos de Molloy se fueron a Casey, que estaba en el pupitre delante de nosotros, y esta se encogió de hombros, confundida, y le articuló a mi novia las palabras «Te juro que no he sido yo».

—¿De qué coño estás hablando, gilipollas? —inquirí, fulminando con la mirada al lameculos que nos estaba mirando.

—Tu hermano es un bocazas —continuó Paul.

—¿Kev? —musitó, y la expresión de dolor en sus ojos fue preocupante—. ¿Te lo ha contado Kev?

—Se lo ha contado a todo aquel que lo escuchara.

—No —dijo Molloy, negando con la cabeza—. No, no, no, no. —Dejó caer la cabeza en sus manos—. Esto no está

ocurriendo.

—Esquivé una bala contigo, ¿eh? En qué puto cliché te has convertido —dijo con desdén—. Buen trabajo arruinándote la vida, Aoife.

¿Un cliché? ¿Se nos daba muy bien multiplicarnos?

Noté que me quedaba sin aire en los pulmones a toda prisa.

—Qué. Coño...

—Eh..., no... —Molloy exhaló de forma entrecortada y ahogó un sollozo—. Ay, Dios.

El corazón se me disparó en el pecho mientras centraba mi atención en la chica sentada a mi lado.

—Molloy.

No era un imbécil.

—Molloy.

Empecé a caer en la cuenta.

—Molloy.

Mierda, oía el sonido de los latidos de mi corazón en mis oídos.

—¡Aoife!

—Joe —susurró Molloy, mirándome aterrorizada—. Yo...

—Parece que le cuestan las Matemáticas —intervino Danielle, riéndose—. Ya te echo yo una mano, Joe —añadió, muy contenta por aportar su granito de arena a la ecuación—. Tu pene más su vagina igual a un bebé.

Todos los de la clase se callaron de repente. Aparte de un par de inspiraciones fuertes, se habría oído el vuelo de una mosca.

Mientras tanto, el corazón me iba a toda pastilla en el pecho mientras el puto mundo entero se derrumbaba a mi alrededor.

—Te dije que no llegarías a la graduación sin un bebé en la barriga —dijo Danielle con desdén— y parece que tenía razón.

—Ay, Dios —exclamó Molloy con un sollozo de dolor, retiró su silla hacia atrás para apartarse del pupitre y dirigirse

hacia la puerta de la clase más rápido de lo que pude procesar lo que coño estaba ocurriendo.

—¡Aoife! —la llamó la señorita Murphy antes de volver hacia mí sus ojos muy abiertos por el horror—. No lo sabía.

—Ni él, por lo que parece.

—¡Cállate, Paul! —gritó la señorita Murphy con la cara roja mientras continuaba mirándome fijamente, expectante—. Joseph, lo siento muchísimo. No lo sabía.

Sin comprender ni una palabra de lo que estaba saliendo de su boca, me levanté y, aunque me sorprendió aguantarme de pie, salí del aula, ignorando el sonido de los murmullos que se propagaban a toda velocidad, sin duda.

Tenía el cuerpo entero en llamas, sacudido por un temblor nervioso cuando llegué al pasillo y posé los ojos en Molloy.

Me fallaron las piernas cuando la vi apoyada en la pared frente a la puerta del aula en el pasillo vacío, claramente esperándome.

—Joe.

—¿Qué pasa?

—Lo siento... —Conteniendo el sollozo, me miró con los ojos llenos de lágrimas—. Muchísimo.

—¿Por qué? —No reconocí mi propia voz mientras la observaba mirándome, desconcertado y en vilo—. ¿Qué coño está pasando? ¿De qué estaban hablando?

—He intentado decírtelo —dijo mientras se metía el pelo detrás de las orejas—. Y te lo dije, pero te olvi... —se le quebró la voz—, te olvidaste. —Inspiró varias veces de forma entrecortada antes de intentarlo otra vez—. Lo siento muchísimo, Joe. —Agarrándose la cara con las manos, negó con la cabeza y sollozó—. Por favor, no me odies.

—Deja de decir que lo sientes, Molloy —espeté, levantando una mano temblorosa mientras contenía las ganas de gritar—. No te odio, pero tienes que... Bueno, dime qué pasa.

La miré con el corazón en la boca y un horrible presentimiento en el estómago mientras mi novia se llevaba la mano a la frente y emitía las palabras que pondrían mi

vida patas arriba.

—Estoy embarazada.

—Embarazada. —Jamás sabré cómo pronuncié esa palabra, pero la dije y además conseguí mantener un tono de voz tranquilo—. Estás embarazada.

Siguió con la mano en la frente como si fuera un escudo y asintió, temblando.

—Embarazada.

Se le escapó un sollozo de dolor.

—Sí.

—Estás embarazada.

—Sí.

—Me estás diciendo que estás embarazada —me oí repetir como un idiota, mientras el corazón se me encogía en el pecho—. Embarazada, con un bebé. Embarazada.

—Sí, Joey, estoy diciendo que estoy embarazada, que voy a tener un bebé —me confirmó y luego volvió a sollozar—. Así que deja de decir la palabra «embarazada». ¡Por Dios!

—Lo siento, es que... —Incliné la cabeza a un lado, con una mezcla de incredulidad y confusión mientras esperaba que dejara de actuar y gritara «¡Es broma!»—. ¿Te estás quedando conmigo?

—Sí, me quedé contigo follando muchas veces —soltó, nerviosa—. Ese es justo el problema.

—No lo dices de coña, ¿verdad? —logré decir, totalmente trastornado mientras apoyaba la espalda en la pared—. Va en serio... —Negué con la cabeza y la miré boquiabierto—. ¿Embarazada?

Las lágrimas en sus ojos me aseguraban que no era broma.

«Joder».

Fruncí el entrecejo cuando una oleada de puro terror concentrado me recorrió las venas.

—¿Cómo?

Me lanzó una mirada que decía «¿Tú cómo crees?».

—Pero tomas la píldora.

—Lo sé y no me la he saltado ningún día, te lo juro —contestó Molloy, con la mano aún tapándose la cara—. Pero fue en esa fiesta. La que dieron aquellos chicos de Tommen. —Se estremeció antes de añadir—: Me pasé toda la noche vomitando. Y a la noche siguiente también, ¿te acuerdas? Después de pedir comida china cuando nos quedamos cuidando a Sean. ¿Recuerdas que me puse muy mala luego? Debí de fallarme entonces el anticonceptivo.

—¿La fiesta de los de Tommen? —El corazón se me disparó contra la caja torácica—. Joder, Aoife. Eso fue hace meses.

Se encogió.

—Lo sé, Joe.

Exhalé temblorosamente y me pasé la mano por el pelo, flipando del todo.

—¿Cómo de preñada estás?

—Joe.

—Dímelo.

—De tres meses y medio.

—¡Tres meses y medio! —Los ojos se me abrieron mucho y el pánico que sentía se multiplicó por los tres meses y medio—. ¿Tres putos meses y medio y me entero ahora?

—Tenía miedo, ¿vale? —gritó a la defensiva—. Y yo misma no lo supe hasta hace unas semanas. Te juro que intenté contártelo un millón de veces, pero estaba muy asustada, Joe. Me aterrorizaba hundirte de nuevo. Te iba tan bien y es que... No quería arriesgarme. Pero luego pasó lo de tu padre y te hundiste de todas formas...

—Ay, puta mierda. —Se me revolvió el estómago y me tuve que llevar una mano al pecho para estabilizarme—. ¿Te hizo eso mientras estabas embarazada de mi bebé?

—Joe...

—Te hizo eso. —El corazón me aporreó el pecho y solté—: Te hizo daño cuando estabas..., estando... ¡Madre mía, estás embarazada!

—Cuando por fin reuní el valor para decírtelo, ni siquiera estabas presente.

—¿Qué? —pregunté con la voz ronca—. ¿Cuándo?

—El otro día —admitió, destrozada—. Pero estabas drogado.

Con el corazón palpitando a toda velocidad, intenté controlar mi puto pánico mientras las palabras de una conversación que no podía recordar aparecían en mi mente.

«Vamos a tener un bebé».

«¿Dónde está el bebé?».

«Aquí».

«¿Dentro de ti? ¿Y qué hace ahí?».

«Tú lo has puesto ahí, Joe».

—¿Y no podría ser un error? —pregunté por pura desesperación—. ¿Estás segura de que estás embarazada?

—Me he hecho un montón de test y todos han salido positivos —respondió con los ojos muy abiertos y llenos de incertidumbre—. Además, mi madre me llevó al médico de cabecera la semana pasada para confirmarlo.

—¿Tu madre? —Sus palabras fueron como una bofetada en la cara—. Para el carro. —Negando con la cabeza en un intento desesperado de encontrarle sentido a esa locura, alcé una mano y dije—: ¿Se lo contaste a tu madre antes que a mí?

Hizo una mueca y asintió brevemente.

—Lo siento.

—¿A quién más se lo has dicho?

—Joe.

—¿Quién más lo ha sabido antes que yo, Aoife?

—Casey lo sabe —admitió en voz baja—. Pero solo porque lo adivinó. Te lo juro, no se lo habría contado si no lo hubiera averiguado.

—Espera, espera, espera, a ver si lo entiendo bien. —Me apreté las sienes con los dedos para intentar calmarme mientras el puto mundo se hacía pedazos a mi alrededor—. ¿Tú, Casey y Trish habéis ido por ahí las últimas semanas, sabiendo que íbamos a tener un bebé, cuando yo no tenía ni idea?

—No ha sido así, Joe.

—¿Lo sabe tu viejo?

—No. —Negué con la cabeza—. Te lo juro.

—¿Qué hay de Ricey y Danielle? —pregunté con la voz rota—. Supongo que esos dos también están al día, teniendo en cuenta los comentarios que han lanzado en clase. ¿Se lo has contado a tu ex también antes que a mí?

—No —espeté—. Por supuesto que no. No seas ridículo.

—Me acabo de enterar de que estás embarazada en la puta clase de Matemáticas, Molloy. ¿Cómo se supone que tengo que reaccionar?

—No sé cómo se ha enterado Paul —gritó, negando con la cabeza—. Kev ha debido de contárselo.

—¿Kev? —Se me salían los ojos de las órbitas—. Kev. ¿El puto Kev?

Abrió los ojos, horrorizada.

—Joe.

—¿Lo sabe tu hermano? —Negué con la cabeza—. No me lo puedo creer.

—Deja de gritarme, gilipollas.

—No te estoy gritando —volví a gritar levantando las manos—. Estoy sufriendo un ataque de pánico.

—Pues tranquilízate, Joey.

—Ya estoy tranquilo. Esto es lo más tranquilo que puede estar un tío al descubrir que es el último en enterarse de que ha dejado embarazada a su novia —prácticamente bramé.

—Lo siento, ¿vale? Estaba intentando protegerte —respondió con voz ronca—. Es lo único que intentaba hacer.

—Eso no era cosa tuya —repliqué, temblando—. Tenía derecho a saber qué estaba pasando.

—Sí, bueno, pensaba que estaba haciendo lo correcto —insistió, cabezota—. Además, le está ocurriendo a mi cuerpo.

—Es mi hijo —me emperreé, y entonces flipé al darme cuenta de lo que acababa de decir—. Ay, Dios —exclamé

jadeando y, al sentir que el corazón se me encogía, creí que tal vez me daba un ataque—. Es mi hijo. —Me llevé la mano al pecho, solté el aire e intenté controlar la respiración acelerada—. Uf, joder.

—Lo siento mucho, Joe. —Molloy echó las manos al aire, giró sobre sus talones y se alejó de mí—. Por favor, no me odies.

Sabía que tenía que ir tras ella, pero no conseguía que los pies cooperaran.

Logré dar dos pasos en su dirección y me caí al suelo de culo, totalmente alucinado.

Embarazada.

Estaba embarazada.

Iba a tener un bebé.

Mi bebé.

«Levántate y cuida de ella».

«Deja de pensar en ti mismo, puta nenaza».

«Ni se te ocurra fingir que no te importa».

«Es tuyo y te importa».

«Es tuya y te importa».

«Sí, te importa y te preocupa».

PARTE 5

LA OVEJA NEGRA DE LA FAMILIA

Aoife

—¡Mamá! —grité, abriendo la puerta principal e irrumpiendo en mi casa el jueves por la tarde. La única explicación de cómo había llegado a mi casa en coche desde el instituto sin tener un accidente era mi desesperación por estar en un lugar seguro. Por estar con mi madre—. ¡Mamá!

—¿Aoife? —Mi madre apareció en la puerta de la cocina con un trapo en las manos y cara de asustada—. ¿Qué pasa?

—¡Mamá! —grité, yendo directa a ella—. Mintió.

—¿Quién mintió? —quiso saber, abrazándome mientras me dejaba caer contra ella—. ¿Qué ha pasado, Aoife? ¿Quién mintió, cariño?

—Kev. —Llorando mucho, de forma desagradable, le eché a mi madre los brazos al cuello y me aferré a ella con todas mis fuerzas—. Se lo contó a Paul, mamá. Se lo contó a todos los del instituto.

—¿Que hizo qué?

—Joey lo sabe. Se enteró en clase —dije llorando, agarrándola con más fuerza mientras mi cuerpo entero se retorció y se sacudía por los sollozos—. Ni siquiera tuve la oportunidad de ser yo quien se lo contara.

—Ay, Dios mío. ¿Cómo se lo ha tomado?

—¿Tú qué crees? —grité—. Horrible. Está furioso conmigo por no haberle dicho nada.

—Ay, Aoife.

—No se lo merecía, mamá —sollocé—. No se merecía que se lo dijeran así delante de todo el mundo. —Me estremecí ante el recuerdo—. Fue espantoso.

—Me lo puedo imaginar.

Al cabo de unos instantes, se abrió la puerta principal y apareció mi hermano, con la cara roja y nervioso.

—Aoife. —Kev levantó las manos y se acercó con cautela—. Antes de que digas nada, que sepas que no sabía que Paul iba a...

—¡Cabronazo! —Sin darle la oportunidad de que terminara de hablar, me di la vuelta y me abalancé sobre mi hermano, arañándole la cara, con un nivel de desesperación que no había alcanzado en toda mi vida—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Te lo has hecho a ti misma —replicó Kev, agarrándome de las muñecas para sostenerme los brazos a los lados—. Deja las manos quietas, Aoife.

—Te odio —grité, soltándome las manos para empujarlo en el pecho—. ¿Me oyes? Te odio, Kevin, joder.

—Sí, bueno, tú tampoco me vuelves loco.

—Parad los dos —espetó nuestra madre, poniéndose entre ambos—. Ya basta.

—Ella es la que está dando bofetadas.

—Porque le ha contado al instituto entero que estoy embarazada.

—No se lo he contado a todo el instituto. Solo a unos cuantos amigos íntimos.

—¿Desde cuándo mi ex es tu amigo íntimo?

—Desde siempre —replicó mi hermano.

—Y una mierda —solté—. Paul solo era simpático contigo porque salíamos juntos.

—De verdad te lo crees, ¿no?

—Porque es cierto.

—Tú no controlas de quién soy amigo, Aoife —dijo Kev con desdén—. Y, si no te creyeras el ombligo del mundo, verías lo que pasa a tu alrededor y sabrías que soy amigo de Ricey desde primero. De hecho, nos hemos hecho muy íntimos este último año.

—Me pregunto por qué. —Puse los ojos en blanco—. Eres

un imbécil.

—No todo gira en torno a ti, Aoife —espetó Kev—. Él se para a charlar conmigo, a diferencia de ese gilipollas al que te has pegado, que apenas reúne la energía para reconocer ni que existo.

—¿Por qué debería Joey saludarte? —inquirí—. Para empezar nunca intentas ser algo amable con él. Nunca has sido amable con él. Cada vez que viene, vas de superior, siempre, y es asqueroso. En serio, hablas de que yo me creo el ombligo del mundo cuando tú vas de guay por la vida, creyendo que eres mejor que nadie.

—Soy mejor que él.

—¿Porque sacas buenas notas y él no? ¿Porque irás a la universidad y él no? ¿Porque te han dado el lujo de poder concentrarte en tus estudios, mientras que él trabaja desde los doce años? ¿Crees que eso te convierte en mejor que él?

—¿Ves? Intentas insultarme cuando lo único que enumeras son rasgos característicos positivos.

«Buf».

—Kevin, Aoife —trató de intervenir nuestra madre—. Paremos un momento a respirar.

—Noticia de última hora, gilipollas, hay todo un mundo ahí fuera al que no le importa una mierda tu puntuación en el examen de acceso a la universidad ni cuáles son tus notas en el instituto —grité, ignorando la petición de mi madre—. Y, si continúas con esa actitud de ser más papista que el papa, te garantizo que no vas a durar ni una semana en el mundo real. Así que puedes seguir pensando que eres mejor que mi novio, pero la verdad es que no le llegas ni a la suela de los zapatos —solté—. Eres un niño mimado y consentido, mientras que Joey es un hombre de verdad. ¡No llegarías a su nivel ni aunque lo intentaras toda la vida!

—Si no estar a su nivel significa no pasarme el resto de mi vida con la cabeza bajo el capó de un coche, con las manos manchadas siempre de aceite, por una mierda de sueldo al final de mes que no cubriría una hipoteca decente, entonces

no me oirás quejarme.

—Madre mía, menudo esnob estás hecho —grité, alzando las manos.

—¿Por qué? —dijo Kev—. ¿Porque soy realista? ¿Porque estoy exponiendo los hechos? ¿Porque me cabrea que mi hermana haya arruinado su futuro por un gilipollas de la urbanización de Elk sin ninguna posibilidad?

—Porque eres un desagradecido —interpuso nuestra madre, más que herida—. Todos esos juegos caros de ordenador que llenan las estanterías de tu cuarto están pagados por unas manos manchadas de aceite. Cada puntada de la ropa que llevas puesta y cada trozo de comida que te has metido en la boca desde que naciste vienen de esas mismas manos. Las manos de tu padre. Tu padre es el mecánico que ha pasado la mayor parte de su vida partiéndose el lomo para darles a sus hijos una vida mejor que la que él tuvo.

—Y por eso exactamente deberías alabarme por apreciar los sacrificios que papá y tú habéis hecho por nosotros y regañarla a ella por tirároslos a la cara.

—¿En qué momento se los he tirado a la cara?

—Al ser tan tonta para dejar que ese drogadicto de mierda se te metiera entre las piernas —gruñó Kev—. Te das cuenta de que el padre de tu nieto es un puto yonqui, ¿no, mamá?

—Calla la puta boca, Kevin —dije entre dientes, abalanzándome sobre él de nuevo.

—Basta —advirtió nuestra madre, separándonos otra vez—. Cálmate, Aoife. Esto no te va nada bien.

—Él no le va nada bien —dijo entonces mi hermano.

—¡No tienes ni puta idea de lo que hablas!

—Mírate —bramó mi hermano—. Mira en qué estado te encuentras. Buscando pelea en tus circunstancias. Sabes por qué, ¿no? Es porque te lo está contagiando. Lo tenías todo y lo has tirado a la basura. —Negó con la cabeza, indignado—. Por él.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó entonces nuestro

padre, entrando en la cocina, con una fiambarrera en las manos y, sí, con manchas de aceite de motor. Miró a Kev después de hacerlo hacia mí y frunció el entrecejo por la confusión—. ¿Por qué estáis gritando? —Dirigió los ojos a su mujer—. Es la hora de comer, Trish. ¿Por qué los mellizos no están en clase?

—Nada —se apresuró nuestra madre en intervenir, acercándose a su marido—. No pasa nada, Tony.

—Disfruta convirtiéndote en su madre —continuó Kev, ignorando a nuestros padres mientras me fulminaba con la mirada—, porque la ciudad entera sabe cómo se deja pisotear. A ver si te da algunos consejos porque eso es a lo que aspiras ahora.

—Cállate, Kevin —le ordenó nuestra madre—. Ni una maldita palabra más.

—¿En su madre? —Nuestro padre parpadeó, confundido—. ¿La madre de quién?

—Esto es culpa tuya —espetó Kev, dirigiendo su mirada acusadora hacia nuestro padre—. Tú lo trajiste a nuestras vidas.

—Por favor, mamá —le pedí, dejando caer la cabeza en mis manos, mientras ella intentaba sin éxito acallar a mi hermano furioso—. Haz que se calle.

—¿A quién? —preguntó nuestro padre, totalmente desconcertado—. ¿De qué estás hablando?

—¡Aoife está preñada! —bramó Kev, señalándome con un dedo, y con esas palabras hizo añicos mi mundo. Otra vez—. Por culpa de ese mierda en el que te empeñas en ver algo bueno.

Mi padre retrocedió como si las palabras que hubiera dicho mi hermano lo hubieran golpeado físicamente.

—Kevin —dijo nuestra madre, que enseguida se volvió hacia su marido para ponerle las manos en el pecho—. Tony, respira. No pasa nada, amor, tú respira.

—Sí, tu niño no te parece tan perfecto ahora, ¿eh? —lo provocó Kev, más enfadado de lo que lo había visto en la

vida—. Ahora que le ha hecho un bombo a tu hija, ¿verdad, papá?

—¿Qué estás...? —Los ojos llenos de pánico de mi padre se posaron en mí—. ¿Aoife?

—Papá, no quería... Lo siento —sollocé, con las manos colgando sin fuerza a mis costados. Miré a mi hermano y negué con la cabeza—. Te odio.

—Intenté advertirte sobre él —continuó Kev gritando, dirigiendo su dolor a nuestro padre en ese momento—, pero no me escuchabas. ¡Te dije qué tipo de persona era, pero insististe en contratarlo, en tratarlo como el hijo que siempre quisiste y que jamás encontrarías en mí!

—Kevin.

—Pues felicidades, papá —dijo con la voz quebrada—, por fin se ha hecho tu sueño realidad. Dentro de poco tendrás un nieto de él que consolidará su unión a esta familia. Por fin tendrás al hijo que siempre quisiste.

Incapaz de soportar un segundo más viendo cómo el mundo se derrumbaba a mi alrededor, salí corriendo de la cocina, ignorando las súplicas de mi madre y los gritos de mi padre mientras iba directa a la puerta principal, desesperada por escapar.

—Aoife —me llamó Kev, corriendo detrás de mí—. Espera.

—No me toques —espeté, soltando el brazo de su mano y fulminándolo con la mirada—. Y no vuelvas a hablarme en la vida.

—No... —empezó a decir mi hermano, pero entonces levantó la barbilla desafiante y dijo entre dientes—: Tenía que saberlo.

—No te correspondía a ti decírselo —repliqué, temblando al sentir la máxima traición por parte de la persona que había compartido un útero conmigo—. No te correspondía a ti contárselo a nadie. Era yo quien debía hacerlo y me has quitado esa opción.

El arrepentimiento apareció en sus ojos.

—Tienes tantos celos de Joey por su relación con papá que

has echado a los leones a tu propia melliza para sacarle ventaja.

—Aoife.

—Literalmente me has destrozado la vida, Kevin. —Negué con la cabeza, sin molestarme en enjugarme las lágrimas de las mejillas. Las nuevas encontrarían su sitio—. ¿Por qué?

—No... —Se pasó una mano por el pelo y suspiró—. Mira, al menos ya ha salido a la luz. En todo caso, te he hecho un favor.

—Se lo has contado a mi padre antes de que yo pudiera hacerlo —dije con el pecho agitado—. Y se lo contaste a Paul, que se lo contó al padre de mi hijo antes de que yo pudiera hacerlo.

La confusión le inundó los ojos.

—¿Joey no lo sabía?

Negué con la cabeza.

—No tenía ni idea —suspiró con fuerza y fue a cogerme la mano—. Mierda, Aoife, yo no...

—No. —Levanté una mano como advertencia—. Ni te me acerques.

—Aoife.

—Va en serio —espeté—. Me avergüenza que seas mi hermano.

—¿Y crees que yo estoy orgulloso de que seas mi hermana? —respondió, con las mejillas coloradas—. ¿Que estoy orgulloso de tener una puta en la familia? Eres una vergüenza, Aoife. Tú eres la que se ha rebajado, tú eres el desastre, y no yo —soltó a la defensiva—. No es culpa mía que no se lo dijeras a ese tío. Él es al primero a quien se lo tendrías que haber contado.

—¿No es culpa tuya? —Me quedé mirándolo boquiabierta—. Todo esto es culpa tuya. Puede que seas un lumbreras para las cosas del instituto, pero eres un cabrón cruel, malcriado y celoso sin un poquito de corazón, y jamás te perdonaré por esto. ¿Me oyes, Kevin? ¡Jamás te perdonaré!

—Muy bien —contestó desafiante, con el tono cargado de

emoción—. Ya ves lo que me importa.

—Ya te importará, ya, rencoroso mierdecilla —gruñí por el sendero del jardín hacia la puerta de la verja—. Y te arrepentirás.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó tras de mí—. ¿Mandarme a tu perro guardián? ¿Otra vez?

—La última vez lo detuve, pero no creas que cometeré el mismo error —fue mi respuesta acalorada.

—Y yo la última vez dejé que se fuera de rositas —me recordó mi hermano—. No creas que cometeré el mismo error.

—No, Kev, no voy a enviar a mi novio a por ti —dije entre dientes, abriendo la puerta del jardín—, porque, a diferencia de ti, no me hace falta que otros luchen por mí mis batallas.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que tú nunca has luchado tus propias batallas ni un día en tu puñetera vida —grité prácticamente—. Estás demasiado ocupado escondiéndote en las faldas de mamá.

—Y una mierda.

—Ah, ¿crees que has pasado sin esfuerzo la secundaria basándote solo en tu personalidad estelar? —inquirí—. No, gilipollas, llevas seis años en una burbuja porque yo te he guardado las espaldas todo el tiempo.

—Nunca te he pedido que hicieras eso por mí.

—No tenías que pedírmelo —solté—. Eso es lo que hace la familia. Se cuidan unos a otros. Se protegen entre ellos. Se guardan las espaldas. —Me encogí de hombros—. O, al menos, eso es lo que creía que éramos, pero está claro que me equivocaba.

—Estás exagerando —masculló, frotándose la mandíbula.

—No, tú estás subestimando el daño que le has hecho a nuestra relación —lo corregí, señalándole con el dedo—. Ya no te voy a cubrir más las espaldas, Kev. Ya no soy tu hermana. Eso termina hoy. Y buena suerte con que mamá se ponga de tu parte ahora que por fin ha visto cómo eres de verdad... ¡Un puto mimado!

—Estaba enfadado —intentó defenderse, levantando las manos en el aire—. Mamá y tú os contabais secretitos y estabais pasando mucho tiempo juntas...

—Y al pobre de Kev le entró la pataleta porque no tenía toda la atención de su mami, como suele tener a todas horas desde el día en que nació —acabé la frase con un tono lleno de sarcasmo—. Ay, qué puta penita me das, imbécil. Mamá me prestó una pizca de atención por una vez después de dieciocho años que llevas monopolizándola. ¡Vete a tomar por culo!

—¿Como ha hecho tu novio con nuestro padre?

—Si tienes un problema con la relación de papá con Joey, tómala con papá —contesté, enfurecida—. No me arruines la vida porque quieras poner una barrera entre ellos.

—Eso no es lo que intento hacer.

—Eso es justo lo que intentas hacer —repliqué—. Y, sí, puede que lo hayas conseguido, pero también has perdido a una hermana en el proceso.

—Aoife, vamos —me dijo—. Lo siento, ¿vale?

—No te me acerques, Kev —le dije por encima del hombro mientras me alejaba de mi hermano por la acera—. No querrás que los vecinos te asocien con la puta de la familia.

—¿Qué le has dicho, imbécil? —Corriendo hacia el jardín, con mi madre pisándole los talones, mi padre me llamó—: Aoife, vuelve aquí, que en tu estado...

—No te vayas corriendo así —añadió mi madre—. Vuelve dentro, amor. Tu padre no va a gritarte.

—¡Dejadme en paz! —vociferé, echando a correr por la acera por la necesidad de alejarme de mi familia lo máximo posible.

Porque no podía con aquello.

Era demasiado.

No podía con todas las emociones que me abordaban.

Estaba demasiado al límite como para recibir otro golpe.

Sin embargo, al doblar la esquina al final de mi calle y chocar contra un pecho duro, fue exactamente lo que

sucedió.

—Hostia puta. —Un par de manos familiares me rodearon, me agarraron de los hombros para sostenerme—. Molloy. —Joey respiraba rápido y con dificultad, sin duda había llegado hasta allí corriendo desde el instituto—. ¿Adónde coño vas?

No pude responderle porque no tenía ni idea de adónde pretendía ir. Solo sabía que estaba justo donde necesitaba que estuviera.

—Joe. —Incapaz de soportar yo sola un segundo más aquel peso abrumador, me desplomé contra él, con la necesidad de sentir sus brazos a mi alrededor en ese instante más de lo que necesitaba respirar—. Joe.

—No pasa nada. —Me rodeó con los brazos, con fuerza, llenándome de consuelo mientras me atraía hacia él—. Chisss. No pasa nada.

Hundí la cara en su jersey del uniforme, me agarré a la tela de su espalda y dejé que sostuviera mi peso, aceptando todo el apoyo que me ofrecía. Porque necesitaba su apoyo. Lo necesitaba a él.

—Te tengo, Molloy.

—Por favor, no me odies.

—No te odio.

—Siento muchísimo no habértelo contado antes —dije llorando—, que te hayas enterado de esa manera.

—Escúchame. —Con las manos en mis mejillas y los dedos enredados en mi pelo, me obligó a mirarlo—. No te disculpes. Lo entiendo, ¿vale?

—¿Lo entiendes?

—Sí, entiendo —asintió despacio— por qué no me lo contaste. Lo que intentabas hacer. No me gusta, pero lo comprendo. —Exhaló temblorosamente—. Solo siento la hostia ser el tipo de persona a la que crees que tienes que proteger cuando debería ser al revés.

Incapaz de apartar los ojos, miré cómo Joey asimilaba la peor parte de lo que acababa de lanzarle, de lo que

acababa de llegar a su vida. Lo veía en sus ojos. Todo lo que él quería decir, todo lo que yo quería decir, pero nunca nos diríamos.

Todo el miedo.

El arrepentimiento.

El daño.

La culpa.

Soltando el aire con dolor, Joey bajó la cara hacia mí y apoyó con cuidado su frente contra la mía.

—Lo siento mucho, Molloy.

Las lágrimas bajaron por mis mejillas y la respiración se me entrecortó cuando coloqué mis manos sobre las suyas.

—Yo también lo siento, Joe.

—No sé qué decir —admitió con un tono ronco—. Tengo un puto miedo horrible ahora mismo, así que me imagino cómo te habrás sentido tú. Pero estoy aquí, ¿vale? —Se encogió de hombros sin poder remediarlo—. Estoy aquí y no me voy a ninguna parte.

—¿Sí?

—Sí —asintió despacio, con los ojos clavados en los míos—. No voy a salir corriendo.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro —respondió Joey con un tono cargado de sinceridad—. No te dejaré sola en esto.

—Pues eso es lo único que hace falta que digas —sollocé, acariciándole la mejilla con la mía—. Porque es lo único que necesito saber.

TE ACOMPAÑARÉ

Joey

Después de un total de setenta y tres magníficos minutos para asimilar el hecho de que mi novia alojaba una bomba atómica en su barriga, con el cincuenta por ciento de mis genes, la sostuve en mis brazos e intenté consolarla, mientras el cerebro me funcionaba a toda leche.

¿Qué coño íbamos a hacer? Estábamos aún en el instituto. Ella tenía todo el futuro por delante. Se suponía que saldría al mundo y dejaría una marca en neón, pero yo le había colgado encima un bebé.

¡Un bebé!

«Por Dios santo».

Era como ver desarrollarse a mi alrededor mi peor pesadilla y estaba demasiado paralizado para detenerla. Saber que era el único responsable de arruinarle su futuro me dejaba bloqueado.

«Bueno, al final lo hiciste, gilipollas —dijo una voz en mi cabeza—, por fin cerraste el círculo y te convertiste en tu padre».

Con demasiadas emociones en ese instante, sintiéndome muy expuesto y vulnerable, intenté sin éxito mantener la calma. Era inútil. El pánico y la incertidumbre retorciéndose en mi interior no se parecían a nada que hubiera experimentado antes.

Podía notar la ansiedad de Molloy. Era palpable. Reflejaba la mía.

—Tengo miedo, Joe —no dejaba de susurrar una y otra vez mientras hundía su rostro en mi pecho y se apoyaba en mí—. Tengo mucho miedo.

No podía tranquilizarla una mierda. No cuando no tenía ni

idea de cómo se desarrollaría aquella situación. Lo único que podía hacer en ese momento era abrazarla. Porque no sabía cuáles eran las palabras para arreglarlo, para hacer lo mejor para ella.

Lo único de lo que disponía era mi cuerpo.

Mi presencia.

Mi capacidad de estar.

Se sorbió la nariz y me miró con los ojos rojos e hinchados.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por demostrar que tenía razón.

Confundido, fruncí el ceño.

—¿Cómo he demostrado que tenías razón exactamente?

—Bueno, para empezar estás aquí —dijo, dedicándome una sonrisa—. Y has puesto el grito en el cielo.

—Molloy, no te has quedado embarazada tú sola —contesté—. Yo soy el gilipollas responsable, así que no voy a poner el grito en el puto cielo. Esto es más culpa mía que tuya, ¿vale? —Negué con la cabeza, sintiéndome perdido y frustrado—. No caí en que tu método anticonceptivo podía no funcionar. Ni siquiera lo pensé cuando te pusiste a vomitar ese fin de semana. Me debería haber puesto un condón. Debería haber cuidado de ti mejor.

—Y yo debería habértelo contado antes.

Sí, tendría que habérmelo contado antes, pero lo entendía.

—Mañana tengo cita en el hospital —dijo, y se me fue todo a la mierda—. Es para la ecografía, es un escáner fetal. —Temblando, añadió—: No quiero ir sola.

—No estarás sola. Yo te acompañaré.

—¿Sí?

—Por supuesto —contesté, sintiendo demasiado en ese instante—. También habría ido al médico contigo, ¿sabes? Si lo hubiera sabido. Soy muchas cosas, Aoife, pero no soy un cobarde y no salgo corriendo.

—Llevo días intentando pedírtelo —susurró—. Intentando reunir el valor para decírtelo.

—No pasa nada. —La acerqué más a mí—. Todo va a salir bien.

—Voy a ser la comidilla del pueblo, Joe —admitió en voz baja, con un aspecto dolorosamente vulnerable—. Probablemente ya lo sepa todo el instituto a estas alturas. Paul y Danielle se habrán asegurado de ello. ¿Cómo se supone que podré cruzar las puertas del Ballylaggin?

—Vamos a volver al instituto con la cabeza bien alta, y, si alguien tiene algo que decir, tendrán que vérselas conmigo —respondí mientras se me erizaba el vello de la nuca—. Que les jodan, Molloy.

—¿Que les jodan?

—Que les jodan —confirmé.

Se sorbió la nariz.

—Kev se lo ha contado a mi padre.

El alma se me cayó a los pies.

—Kevin es un bocazas de mierda.

—No quiero ir aún a casa. —Se mordió el labio—. No estoy preparada para enfrentarme a mi padre y, como vea a mi hermano, lo mato.

Ya seríamos dos.

—Pues no vayas aún a casa —respondí—. Quédate conmigo.

—¿Qué vamos a hacer, Joe?

«No tengo ni puta idea».

—Ya lo solucionaremos.

Compartir una bolsa de patatas fritas en las instalaciones de la asociación de hurling probablemente no era lo que Molloy tenía en mente cuando me dijo que no quería irse a casa, pero, en honor a la verdad, ¿qué otra cosa se suponía que iba a hacer?

No tenía un coche en el que meterla. No tenía una casa a la que llevarla donde estuviera a salvo. Tampoco tenía un gran futuro por delante como su ex ni tampoco una familia

que me sostuviera como él. Solo tenía un total de trece euros en el bolsillo y las posibilidades de una rata de alcantarilla.

«Jodido» ni siquiera se acercaba a definir el problema en el que estábamos metidos. La única ventaja para mí, de la que la mayoría de los chavales que conocía en posiciones similares no disponían, era el hecho de que la chica que llevaba a mi hijo en su interior daba la casualidad de ser mi mejor amiga.

En cierto modo, eso hacía que estar embarazada fuera mucho peor, porque la culpa era demoledora. Mi conciencia pesaba sobre mí de una forma que Dricko ni ninguno de los tíos que conocía con hijos había jamás experimentado.

Porque, para mí, no era mi futuro el que había fastidiado, sino el de ella.

Y lo lamentaba porque la quería.

La quería tantísimo que había sido imprudente y le había arruinado la vida.

No la había conocido por capricho y le había metido la polla después de dos o tres semanas tonteando para convertirnos en una familia improvisada de la noche a la mañana. Llevaba acumulados seis años de amistad con Molloy. Conocía a aquella chica por dentro y por fuera, igual que ella me conocía a mí.

Habíamos crecido juntos. Nuestras vidas estaban entrelazadas. Nunca había sido alguien con quien pasar el rato hasta que apareciera otra persona mejor. Ella era el rato, lo mejor, la meta, las nueve yardas enteras. Cualquier futuro que me había atrevido a imaginar para mí siempre la tenía a ella en el centro.

Jamás había querido ser padre —los bebés nunca habían sido parte de mi plan—, pero si hubiera sido un factor decisivo para Molloy, mucho más adelante en el futuro, a lo mejor me habría convencido. Ahora nos había caído encima a ambos.

—Ni se te ocurra, Houdini —me oí advertirle una hora más

tarde cuando vi que mi novia miraba el imponente muro que rodeaba el pabellón de la asociación de hurling. Era un muro que la había visto escalar sin esfuerzo miles de veces.

Pero ya no iba a subirse por ahí.

—Va en serio, Aoife —la advertí—. Mantén esos pies en el suelo.

—Estás siendo un poco dramático.

—Se llama ser sensato.

Puso los ojos en blanco.

—¿Desde cuándo las palabras «Joey Lynch» y «sensato» van de la mano?

—Desde que las palabras «Aoife Molloy» y «embarazada» unieron fuerzas —respondí, pasándole mi jersey del uniforme—. Sienta el culo en la acera.

Obedeciendo a regañadientes, cogió mi jersey, lo plegó por la mitad y luego lo puso encima del cemento antes de sentarse.

—Gracias por la comida, Joe. —Con sus piernas larguísimas estiradas delante de ella, dejó la bolsa marrón caliente de patatas humeantes en su regazo y suspiró—. No tengo ni un duro ahora mismo y me salté todos los turnos en el trabajo la semana pasada, así que no dispongo de dinero para estas semanas.

Ambos estábamos sin blanca, pero, si no podía comprarle a mi novia embarazada una triste bolsa de patatas, entonces más valía que me pegaran un tiro.

—No te preocupes por el dinero —respondí, preocupándome yo por los dos mientras me sentaba a su lado—. Ya buscaré alguna solución.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que, si tu padre no puede contratarme a jornada completa en el taller, buscaré otra cosa para sacarnos del apuro. —Me encogí de hombros—. Te dije que iba a cuidar de ti y lo haré, ¿vale? El dinero es lo último que te debe preocupar ahora mismo. Déjame hacer eso por nosotros.

—¿Y el instituto?

—¿Qué pasa? —Me rodeé las rodillas con los brazos, suspirando con fuerza—. Los bebés no son baratos, Molloy.

—No. —Sacudió la cabeza—. Ni hablar, Joe. Tienes que terminar el instituto.

—No, tú tienes que terminar el instituto —la corregí—. A mí no me hace falta un trozo de papel para ganar dinero. Ya puedo ganarlo ahora.

—Ya oíste a mi padre —sostuvo—. Estaba de acuerdo con tenerte de aprendiz, pero solo después de que terminaras los estudios e hicieras los exámenes de acceso a la universidad.

—Aoife, ¿qué voy a hacer con ese papel? ¿Limpiarme el culo? —Negué con la cabeza—. Es un examen que no significa una mierda para mí. Para ti, sí, por supuesto, pero ¿para mí? Nada, nena.

—No salgo de cuentas hasta septiembre —se apresuró a añadir—. Ambos podemos terminar el instituto antes de que tengamos que pensar en nada más. Solo nos quedan dos meses, Joe. Dos meses y se acabó Ballylaggin.

—¿En septiembre? —Dios santo—. Sales de cuentas en septiembre.

Asintió con la cabeza.

—El 20.

—¿Justo después de mi cumpleaños?

Asintió.

Eché el aire.

—¿De cuántas semanas estás ahora?

—Hum, catorce semanas y dos días, creo.

—Dios, ya estás en el segundo trimestre, Aoife.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Estoy aterrada.

—Tranquila —intenté calmarla, y mentalmente entraba en modo pánico mientras trataba de asimilar el constante flujo de información que me iba a cambiar la vida y parecía que no dejaba de llegarme.

—Si sales de cuentas a finales de septiembre y la semana

que viene es abril, entonces tenemos cinco meses y medio para ver cómo nos las apañamos.

—¿Cómo nos las apañamos?

—Sí —asentí—. Para ahorrar algo de dinero, Molloy.

Entrecerró los ojos.

—No vas a dejar el instituto.

—Escucha, no tiene sentido desperdiciar dos meses en un aula trabajando en algo que ambos sabemos que jamás necesitaré. No cuando podría estar trabajando de verdad a cambio de un dinero que está claro que vamos a necesitar —intenté razonar—. Vamos, Molloy, piénsalo. Sabes que es así.

—Ya lo he pensado —replicó—. No he hecho otra cosa en las últimas semanas, y no vas a dejar el instituto, Joe. Comenzamos en el Ballylaggin juntos y terminaremos juntos.

—Tú aún puedes hacerlo —contesté—. Quiero que lo hagas. Lo único que estoy intentando es empezar con buen pie en esto, Molloy. Necesitaremos un montón de cosas y todo cuesta dinero. Dinero que ninguno de los dos tiene. Habrá que comprar para el bebé una cuna, ropa, pañales y leche de fórmula. Hay una larga lista de mierda que vamos a necesitar y no puedo hacerme cargo de todo eso con un sueldo de media jornada en el taller.

—Ya te partes el lomo a trabajar.

—No es suficiente.

—Mi madre me ha dicho que puedo quedarme en casa —comentó, como si fuera algo que quisiera oír—. No tenemos que preocuparnos de adónde ir cuando nazca el bebé.

Me opuse.

—No voy a vivir separado de ti y de mi hijo.

Abrió mucho los ojos.

—¿Ah, no?

—Joder, no. —Negué con la cabeza—. Conseguiré un apartamento para nosotros, Aoife.

—Joe, si es a expensas de tu educación, no quiero.

—Tienes que dejar que me preocupe yo de la pasta —le pedí—. Me ocuparé yo de todo.

—¿Estamos juntos, Joe?

Puse los ojos en blanco.

—Obviamente.

—¿Vamos a hacer esto juntos?

La miré con dureza.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Somos un equipo o no? —preguntó.

—Sí, joder, somos un equipo —admití.

—Pues los dos vamos a acabar el instituto —declaró—. Juntos.

—Oye, no quiero pelearme contigo por esto.

—Pues no lo hagas —me interrumpió—. Porque, por mi parte, asunto terminado. Terminarás el instituto y ya está. Los pisos y las casas vendrán más adelante.

—No estás pensando con claridad.

—Y tú no estás pensando directamente.

—Molloy.

—Lynch.

Frustrado, cogí la bolsa de papel marrón en su regazo, saqué una patata empapada en vinagre y puse una mueca en cuanto me tocó la lengua.

Sabía a mierda.

Con la boca llena de patatas fritas, Molloy me dedicó una sonrisa, avergonzada.

—¿Demasiado vinagre?

Le lancé una mirada que decía «siempre» antes de preguntar:

—¿Cómo estás?

—¿Por el vinagre?

—No, listilla, por el embarazo.

La ansiedad apareció en sus ojos y vi que le recorrió un breve escalofrío.

—Ah, creo que se puede decir que estoy aterrorizada hasta lo más profundo de mi ser. ¿Y tú?

«Ah, yo igual».

—Bien.

—Bien. —Arqueó una ceja sin creérselo—. Y una mierda.

Claro que estaba mintiendo, pero tenía los medios para no revelar el miedo que tenía a la chica que sin duda había sacado la pajita más corta en este juego.

—¿Estás enfadado? —preguntó, pero esta vez se mordió el labio, nerviosa, antes de añadir—: ¿Por el hecho de que vaya a tenerlo?

—¿Por tenerlo? —Frunció el entrecejo—. Así es como funciona este rollo.

—No siempre.

—No vayas por ahí.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Sí, lo sabía, y no me gustaba nada adónde quería llegar.

—Jamás te pediría que lo hicieras.

—Pero ¿si pudieras elegir? —Tragó saliva, nerviosa—. ¿Lo preferirías?

—No, Molloy. —Negué con la cabeza—. No querría que lo hicieras.

—¿No? —dijo con un tono de esperanza en la voz.

—Jamás.

Sus ojos reflejaron alivio.

—¿En serio?

—En serio —confirmé—. Si no quisieras tener a mi hijo, lo entendería. Joder, te daría la mano durante todo el camino, pero sé que no es lo que realmente deseas.

—A lo mejor debería haberlo hecho, Joe.

La miré con acritud.

—¿Ah, sí?

Me devolvió la mirada durante un buen rato, antes de soltar el aire y negar con la cabeza.

—Quiero tenerlo.

—Exacto —respondí, empujándole el hombro con el mío—. Parece que vamos a ser padres.

—Sí —suspiró con fuerza, me agarró del brazo y apoyó la

mejilla en mi hombro—. Eso parece.

—Podremos con ello, Molloy —intenté tranquilizarla—. Lo solucionaremos.

—Tú... Tú quédate conmigo, Joe —dijo en voz baja—. Como ahora. Esta versión de ti. Necesito que se quede este tío.

—No me voy a ir a ninguna parte.

—No es eso a lo que me refiero.

Sí, ya sabía a lo que se refería.

—Ahora hay mucho en juego y no puedo hacer esto sin ti —admitió, acariciándome el hombro cariñosamente—. No te pierdas otra vez, Joe.

Los hombros me pesaron por la vergüenza y dejé caer la cabeza para apoyarla contra la suya.

—No lo haré.

—Necesito que lo dejes —insistió—. Como después de Navidad. ¿Recuerdas esa voluntad y esa determinación? Necesito que la vuelvas a encontrar, Joe. Necesito a ese tío.

—Lo sé —afirmé, sintiéndome un trozo de mierda por ponerla en una situación en la que debía tener ese tipo de conversación conmigo—. También solucionaré eso, Molloy.

—Dejándolo —añadió—. Solúcionalo dejándolo, Joe. Ni mañana ni la semana que viene. Ahora mismo.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —me oí decir, consciente de que jamás sería bastante, pero que era lo único que tenía—. No hay nada que no hiciera por ti en esta vida, Molloy. Nada.

—Pues termina con las drogas y esa mierda —suplicó—. Hazlo por mí.

—Lo haré.

—Se supone que no tienes que decir eso —susurró con tristeza—. Se supone que tienes que decir que lo dejas ya.

—Lo arreglaré —me oí decir con debilidad, intentando darle a esta chica todo lo que necesitaba de mí, pero era como sacar de donde no hay. Podía saborear la mentira en mi lengua y, al parecer, ella también—. Lo solucionaré.

—Quiero creerte —respondió Molloy, acercándose más—.

Me encantaría creerte.

Yo también. Al sentirme tan al puto descubierto, me aparté de ella y me levanté.

—Escucha. —Me metí la mano en el bolsillo de los pantalones del uniforme y saqué un paquete de cigarrillos para encender uno enseguida—. No sé cómo va a ir esto. —Retrocediendo unos pasos para que no le llegara el humo, di una fuerte calada antes de soltarlo—. No tengo una bola de cristal con la que ver el futuro. Ojalá pudiera decirte que todo va a salir perfecto a partir de ahora, pero ambos sabemos que sería venderte una trola.

—Suéltame todas las trolas que se te ocurran —gruñó, dejando caer una patata de nuevo a la bolsa y limpiándose la mano en el muslo—. Yo también puedo inventarme unas cuantas.

«¿Nos íbamos a poner así los dos?».

—La verdad es que tengo un miedo que te cagas, Molloy.

—No ayuda.

—No me da miedo dar el paso, Molloy. Lo que me da miedo es no ser suficiente —me obligué a continuar..., a admitir—. Lo que me aterra es decepcionarte.

La emoción se vio en sus ojos.

—Joe.

Negué con la cabeza, me di la vuelta y clavé la vista en el campo vacío, porque necesitaba un minuto para poner en orden mis pensamientos antes de seguir.

—Estar ahí por ti no es el problema. —«Lo que me cuesta es ser lo suficiente para ti»—. Es que... ojalá no fuera quien soy. —Dejando caer la cabeza hacia atrás, di otra calada y me quedé mirando al cielo que oscurecía—. Ojalá fuera otra persona por ti. —Exhalé una nube de humo—. Alguien mejor.

—No. —Se acercaron a mí unos pasos y noté sus brazos rodeándome la cintura—. No querría que fueras otra persona distinta a la que eres ahora —dijo, apretando la mejilla contra mi espalda—. Solo quiero que estés sobrio.

—Lo estoy intentando, Aoife —le dije, bajando una mano para ponerla sobre las suyas—. Lo he estado intentando.

—Lo sé, Joe —me tranquilizó, acariciándome la espalda con la mejilla—. Y te quiero por hacerlo.

—Yo también te quiero. —Se me disparó el corazón en el pecho y le di una última calada al cigarro antes de tirar la colilla y girarme para mirarla—. Te quiero, Aoife. —Exhalé temblorosamente y le puse las manos en las caderas—. Te adoro, joder.

Me rodeó el cuello con los brazos, suspirando con fuerza, y me sonrió con tristeza.

—¿Pero?

—A veces no puedo controlarlo —reconocí con tono angustiado—. Es como si algo se apagara en mi cabeza y dejo de pensar. Dejo de sentir. Dejo de acordarme de todos los putos motivos que tengo para continuar adelante y empezar a pensar en todos los motivos por los que debería abandonarlo.

—Joe.

—Me da miedo estar en mi cabeza, Molloy —confesé con la voz entrecortada mientras me recorría un escalofrío—. Me aterroriza mi puta incapacidad para controlar mis propias acciones, y lo peor es saber que, en algún momento, puedo terminar yendo demasiado lejos y apartándote de mí. Podría alejar a la única persona, la única puta persona a la que le he importado. —Exhalé de forma entrecortada, destrozado, abriéndome totalmente a esta chica—. No quiero volver a lo de antes, a como yo era antes. Sé lo que está en juego. Te veo. Te veo aquí delante de mí y el corazón me grita que continúe y ponga orden a mi vida. Y quiero hacerlo. Lo quiero con toda mi alma, pero es que es...

Frustrado, me apreté las sienes con los dedos, intentando que me salieran las palabras para que ella le encontrara sentido, lo que era imposible si se tenía en cuenta que ni siquiera yo lo entendía. Aun así, lo intenté, consciente de que ella no se merecía menos.

—Es como si tuviera a otra persona en la cabeza, una voz completamente distinta, aunque sé que soy yo. Es mi voz, pero es una puta voz destructiva que asoma la cabeza cada vez que estoy estresado.

—Lo que es constantemente —terminó la frase con conocimiento de causa.

Solté el aire y asentí.

—Cuanta más mierda se mete en mi vida, más alto habla esa voz, más alto, más alto, más alto hasta que literalmente está gritando en mi cabeza, y yo entonces no puedo concentrarme en nada más que hacer lo único que sé que la acallará.

—Automedicarte. —Tragó saliva—. Perderte.

—Me preguntaste por qué la cagué y cedí después de tres meses. Pues fue porque ya no podía más. —Me encogí de hombros, impotente—. Y ahora viene un bebé y tengo tanto que perder que me da un miedo que te mueres mandarlo otra vez todo a la mierda. Sé que debo poner orden en mi vida, y lo haré. Pero ahí está el problema, porque te puedo decir que me pondré bien, y va en serio cuando te lo digo, pero no me fío de mí mismo, Aoife. —Bajé los hombros y exhalé, abatido—. Es que no me fío.

No me gritó ni me regañó. Tampoco me dio una bofetada y salió corriendo. En su lugar, se quedó allí, con los ojos clavados en los míos, mientras asimilaba mi dolorosa verdad.

—Ahora mismo... —dijo al final—. ¿En qué estás pensando ahora mismo?

—¿En qué pienso?

—Sí, en qué piensas.

—En ti —reconocí—. En ti y el bebé.

Asintió, temblando, y me abrazó con más fuerza el cuello.

—¿Y tu cabeza? ¿Dónde tienes la cabeza, Joe?

—En el mismo lugar en el que siempre ha estado —respondí—. Centrada en ti.

—Te creo.

Me dolió oír las palabras y me encogí.

—Molloy.

—Creo. En. Ti —dijo despacio—. No espero que seas perfecto, Joe. Joder, no quiero eso, porque está claro que yo no soy perfecta tampoco. Así que lo único que necesito que hagas es ser sincero, tener fe y seguir intentándolo.

—¿Y si no me lo merezco? —me atreví a preguntar—. ¿Si no me merezco que creas en mí? ¿Si todo esto se va a la mierda y termino decepcionándote otra vez? ¿Qué pasará entonces?

—Verás, no estás teniendo en cuenta mis sentimientos por ti —dijo, acariciándome las mejillas con los pulgares—. Y sé que para ti que te quieran es un concepto extraño, pero no viene con ataduras ni condiciones. Es incondicional, Joe.

La miré, totalmente perdido.

—No lo entiendo.

—Sé que no lo entiendes. —Asintiendo, se puso de puntillas y me dio un beso en la comisura de la boca—. No pasa nada.

—Todo el mundo tiene un límite, Molloy —dije—. Un día de estos, tú llegarás al tuyo conmigo.

—¿Tú me quieres, Joe?

Me aparté para mirarla con el ceño fruncido.

—Ya sabes que sí.

—¿Tienes pensado mentirme?

Me encogí de hombros.

—No más de lo habitual.

Levantó una ceja antes de preguntar:

—¿Tienes pensado ir follándote a otras chicas a mi espalda?

Puse los ojos en blanco.

—¿En serio?

—¿Piensas hacerlo o no?

—No, Molloy —gruñí—. Valoro mi polla.

—Buah. —Me dio un manotazo en el pecho—. Respuesta equivocada.

—¿Qué te parece que no voy por ahí follando con otras porque consumo todo el tiempo y la energía que tengo intentando lidiar con todas tus personalidades brillantes?

—Prueba de nuevo, gilipollas.

—Vale. No tengo pensado follarme a otras porque no quiero estar con nadie más. Porque no me veo con nadie más.

—¿Y?

Me la quedé mirando.

—¿Y?

—Y —insistió, mirándome expectante.

Solté el aire, frustrado, me ablandé y dije:

—Y porque no hay ninguna otra chica en el planeta tan sexy ni tan creída como tú.

—Perfecto. —Asintiendo con aprobación, añadió—: Y, por último, ¿tienes pensado desaparecer de la faz de la Tierra cuando llegue el momento? ¿Tienes pensado dejarme colgada?

Le lancé una mirada que le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Pues acabas de responder a tu propia pregunta —contestó—. Merece la pena que crea en ti, Joe. Merece mucho la pena.

SUENA LA ALARMA

Aoife

Cuando se oscureció el cielo y el frío comenzó a calarnos hasta los huesos, Joey y yo regresamos a mi urbanización. Con una gran cantidad de incertidumbre todavía sobre mi cabeza, y el inminente interrogatorio de mi padre, me alegraba de tenerlo a mi lado. La manera familiar en la que me pasaba el brazo por el hombro en cierto modo significaba más para mí que cualquiera de las otras miles de veces que me había agarrado así. Porque teníamos problemas y él seguía allí, apoyándose como un fiel compañero.

Ambos sabíamos que, respecto a lo que tuviera pensado decir mi padre de nuestra situación, la culpa inevitablemente caería sobre mi novio y, aun así, no vacilé en ningún momento. Le estaba muy agradecida por ser el tipo de persona que hacía honor a su palabra.

Joey decía que estaría ahí, y estaba. Sabía que tenía miedo a lo desconocido. A su capacidad para estar limpio y mantenerse limpio.

Se había abierto más esa tarde de lo que lo había hecho en mucho tiempo y, aunque los demonios que lo poseían me asustaban muchísimo, daba las gracias por que estuviera dispuesto a dejarme entrar. Daba las gracias por que hubiera encontrado la manera de confiar en mí, incluso cuando él no se fiaba de sí mismo.

—¡Pero qué coño...! —exclamó Joey cuando doblamos la esquina de mi calle y vio el viejo y familiar Honda Accord aparcado delante de mi casa.

El corazón se me disparó en el pecho al verlo y se me abrieron mucho los ojos por el horror.

—¿Es el...?

—¿El coche de mi viejo? —Asentí, furioso—. Voy a matarlo.

—No —dije, girándome para mirarlo—. Oye, oye, Joe. —Le cogí de la cara y lo obligué a que me mirara—. Chisss, cálmate un segundo, ¿vale?

—¡Está en tu casa, Molloy! —Lleno de furia, Joey empezó a caminar hacia la puerta del jardín, agarrándome con un brazo, llevándome consigo cuando no me aparté de en medio—. ¿A qué coño está jugando?

—No importa, Joe. ¿Me oyes? —Clavando los talones en la acera, le puse las manos en el pecho—. No pasa nada. No me da miedo ese cabrón.

—¡Bueno, no lo quiero cerca de ti!

Yo tampoco quería que estuviera cerca de nosotros, pero tenía la impresión de que si su padre estaba allí era más por mi padre que por otra cosa.

—Respira, ¿vale? Tú respira.

Se le salían los ojos de las órbitas por la ira.

—¿Estás pirada o qué?

—No emplees ese tono conmigo, cabronazo —espeté, dándole en el pecho para atraer su atención de nuevo—. Deja de caminar y respira.

Joey soltó un gruñido de frustración y se detuvo a regañadientes en un patético intento de controlar su genio.

—¿Lo ves? —bramó, inhalando exageradamente—. Estoy respirando.

Sí, estaba respirando fuego.

—Si tus padres están aquí es porque los míos los han invitado —traté de hacerle comprender—. Necesito que te calmes, ¿vale? Lo digo en serio, Joe. Que no te afecte. Por favor.

—¿Por qué? —preguntó con la voz ronca, echando las manos hacia arriba—. ¿Por qué tus padres iban a invitar a su casa a los míos, por el amor de Dios?

—Lo más seguro es que para hablar.

—¿De qué?

Puse los ojos en blanco.

—Eh... Ostras, no sé, Joe. ¿A lo mejor sobre que sus hijos van a tener un bebé?

Joey se me quedó mirando como si no entendiese una palabra de mi lógica y se me partió el corazón. De verdad no entendía cómo se debían comportar los padres. Jamás había experimentado ni de lejos un acto de amor por parte de los suyos.

—Escúchame —le dije acariciándole el cuello—. Esto no es una emboscada, ¿vale? No te van a atacar. Mis padres no saben nada, ¿eh? Lo único que saben de tu padre es que es un mierda y que están a punto de tener un nieto en común. Eso es lo que está pasando, Joe, se han sentado a hablar.

—Es un mierda, sí —afirmó mi novio, con la voz llena de dolor—. Un mierda total.

—Por eso tienes que mantenerte calmado ahí dentro, ¿vale?

—No puedo.

—Por favor, Joe —le supliqué—. Tranquilízate, ¿vale? —Al no llegarle mis palabras, lo agarré del brazo y lo llevé hacia mi vientre—. ¿Notas esto? —le pregunté, con los ojos clavados en él—. Es nuestro.

—Molloy.

—Este bebé es tuyo —continué y me estremecí al notar sus dedos en mi barriga—. Pero este bebé no eres tú, del mismo modo que tú no eres él. Así que vamos a entrar ahí y nos vamos a tragar toda la mierda que nuestros padres nos echen encima, porque ambos sabemos que nada de lo que digan o hagan cambiará en absoluto lo que tenemos. Porque yo te apoyo y tú me apoyas. —Poniéndome de puntillas, lo cogí de la barbilla y lo besé con fuerza—. Somos un equipo, Joey Lynch, y ese cabrón no tiene ni una posibilidad contra nosotros.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—Joder.

—¿Estás conmigo?

Asintió despacio.

—Estoy contigo, Molloy.

Saber exactamente a quién me encontraría en la mesa de la cocina hizo que me costara más caminar de la puerta principal hasta ella. La idea de enfrentarme a mi padre ya me provocaba un ataque de pánico silencioso como para que encima añadiéramos a los padres de Joey al asunto. Hallaba una fuerza inmensa en el chico que me agarraba de la mano con seguridad y conseguí reunir el valor para llevar mi culo hasta dentro y enfrentarme a todos.

A mis padres.

A sus padres.

A mi hermano.

Hasta Spud estaba allí despatarrado, con una modorra, encima del felpudo de la puerta trasera.

—Ay, gracias a Dios —rompió mi padre el silencio mientras dejaba su taza encima de la mesa y soltaba el aire, aliviado—. Has vuelto.

Con el corazón a toda velocidad en el pecho y la tensión que rezumaba mi novio, nos quedamos en la puerta de la cocina, de la mano, contemplando los cinco pares de ojos que se posaron sobre nosotros.

—Trish —saludó tranquilo Joey—. Tony.

—Joey —dijeron mis padres al unísono.

—Aoife —terció Marie en voz baja y luego miró a su hijo—. Joey.

Le hice un gesto con la cabeza.

—Marie.

Joey se puso rígido a mi lado, pero no le dijo nada a su madre, porque toda su atención estaba en el hombre que lo fulminaba con la mirada.

Su padre.

—Vaya, ha resultado que eres el desastre que le dije a tu madre que eras —dijo Teddy con desprecio, yendo directo al

grano, con la atención centrada en mi novio—. Justo cuando creía que no podías decepcionarnos más, lo llevas a otro nivel.

Joey inspiró con fuerza, pero por suerte no hizo ademán de responder. En su lugar, se quedó rígido a mi lado, en un acalorado duelo de miradas con el hombre que, por lo que a mí respectaba, era el diablo en persona.

—Eso no es necesario, Teddy —intervino mi madre, incómoda—. No hace falta regañar al chico.

—Nos habéis traído aquí para decirnos que nuestro hijo ha dejado en estado a vuestra hija, ¿y no creéis que necesite disciplina? Diría que le hace mucha falta —soltó el hombre y, dirigiéndose a Joey, añadió entre dientes—: ¿Estás satisfecho contigo mismo, imbécil? ¡Qué hijo de puta, solo piensas con la polla! —Negó con la cabeza, asqueado—. Ya puedes despedirte del hurling. ¡No tendrás tiempo para eso con todo lo que vas a tener que currar para pagar los pañales!

—Teddy —susurró Marie, poniendo una mano sobre la de su marido—. Por favor.

—No empieces a joderme, mujer —le advirtió, quitándose su mano de encima con brusquedad—. Es culpa tuya que el chico sea tan...

—Basta —lo interrumpió mi madre, fulminando con la mirada al padre de Joey desde el otro lado de la mesa—. No sé cómo funcionan las cosas en tu casa, Lynch, pero ahora estás en la mía y bajarás ese tono.

«¡Vaya!».

«Vamos, papá».

Teddy le lanzó una mirada amenazadora a mi padre, pero no respondió, lo que demostró lo que pensaba, que ese hombre solo servía para pegar a mujeres y niños. Cuando se enfrentaba a alguien de su tamaño, enseguida reculaba.

—Cretino —mascullé para mis adentros al mismo tiempo que Joey.

Nos miramos el uno al otro.

Le apreté la mano.

Él me apretó la mía.

—Vale, vosotros —dijo entonces mi padre, dirigiéndose a ambos—. Sentaos. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Quiero que él se largue —declaré, ignorando a todos salvo a mi padre—. Échalo. —Señalé donde estaba mi hermano en la mesa, junto a la madre de Joey, como si tuviera todo el derecho a participar en aquella conversación—. Esto no tiene nada que ver con él.

Kev abrió la boca para protestar, pero nuestra madre se apresuró a interrumpirlo.

—Vete arriba, Kevin.

—Eso no es justo.

—O te vas arriba o te vas fuera —espetó nuestro padre, dándose la vuelta para mirar a mi hermano con mala cara—. Lo que no vas a hacer es quedarte en la cocina.

—Esto es una mierda —gruñó mi hermano y después se giró hacia mí en busca de ayuda—. Aoife, vamos. Ya sabes que no pretendía que nada saliera como ha salido.

Sí, claro. El único arrepentimiento de Kev era por el hecho de que ahora mis padres estaban a malas con él.

Joey se erizó como un tigre enjaulado a mi lado. Vi cómo miraba a mi hermano y noté que se enfurecía. Joey no dijo una palabra, pero la mirada que le lanzó a Kev hizo que se levantara de la mesa, dejando su valentía anterior.

Joe se negó a apartarse para que mi hermano pasara más fácilmente y se quedó en la puerta, obligando a Kev a pasar junto a él de lado. Con la cara colorada y los hombros encogidos, pasó con la vista clavada en el suelo para evitar la mirada mortal que le estaba echando.

«Que te jodan —pensé—. Vete arriba a cambiarte los calzoncillos, mierdecilla».

Cuando mi hermano se fue y cerramos la puerta de la cocina, me acerqué a la mesa, pero me detuve a mitad de camino cuando el chico que me sujetaba con fuerza la mano se negó a moverse.

Sabía por qué se negaba. No me quería cerca de su padre. Ni yo tampoco quería estar ahí, pero no iba a acobardarme un asqueroso como ese. No retrocedería por ese hombre. Porque no pudo conmigo esa noche y nunca podría.

Era una batalla de voluntades y jamás ganaría.

Jamás.

Podía llamarse valor o simple terquedad, pero me negaba a darle un segundo más a ese hombre en mis pensamientos. Teddy Lynch me era irrelevante y, al estar allí, mirándolo, se lo hacía saber. Estar por encima de él era una manera de desafiarlo que le resultaba extraña y, se diera cuenta Joey o no, podíamos hacerle mucho más daño a su padre mostrando un frente unido.

Le di un tirón a Joey para intentarlo de nuevo y esta vez cedió. Me siguió hasta la mesa, donde nos sentamos frente a sus padres, con mi madre y mi padre en los dos extremos de la mesa.

—No me alegro de esto —dijo mi padre directamente, rompiendo aquel silencio horrible—. A decir verdad, estoy destrozado, pero lo hecho hecho está, así que ponerse a dar gritos no cambiará nada.

Sus palabras me golpearon con fuerza y me encogí.

—Papá.

—Lo siento, Tony —me interrumpió Joey y dijo, dirigiéndose a mi padre—. La he cagado.

—Con eso te quedas corto —terció Teddy con desdén—. Eres un lumbreras.

Podía notar la rodilla de Joey rebotando sin cesar contra la mía mientras vibraba apenas conteniendo la ira. Por debajo de la mesa, entrelacé mi pie con el suyo y llevé su mano grande y nudosa hacia mi regazo, agarrándola con las dos mías. Mi novio, con la mandíbula apretada, hizo justo lo que le había pedido que hiciera e ignoró a su padre, centrándose en mí.

—La he cagado —repitió Joey con el tono cargado de emoción y los ojos clavados en mi padre, mientras ignoraba

el despotrique del suyo—. Os he decepcionado a ti y a tu mujer, pero no decepcionaré a vuestra hija. —Tragó con dificultad y dijo—: No decepcionaré a vuestro nieto.

—Joey, chico. —Los ojos de mi padre se cargaron de emoción—. Yo no...

—El camino al infierno está lleno de buenas intenciones —interpuso Teddy, al que parecía no afectarle la sinceridad en la voz de su hijo—. Las palabras se las lleva el viento. Está genial que digas que estarás ahí, pero no tienes ni idea de lo que se te viene encima, chico.

—No voy a abandonarla —continuó Joey, ignorando a su padre—. Voy a estar ahí. Para todo. No voy a huir, Tony.

—Yo tampoco hui —le recordó su padre—. Yo también me quedé a todo, chico, y mira adónde he llegado.

—No soy él —logró decir Joey mientras se le hinchaba una vena en el cuello por lo mucho que le estaba costando no contestar a las provocaciones de su padre. Se giró hacia mi madre, se encogió de hombros, impotente, sin duda con la intención de que le creyera—. No soy él, Trish.

—Lo sé, cariño —oí susurrar a mi madre.

—Esto no es una relación de aquí te pillo, aquí te mato —decidí intervenir, desesperada por darle un respiro a Joey y cargar con parte de la presión—. Joey es mi mejor amigo. —Miré a los de la mesa, implorando a nuestros padres que me escucharan—. Nos conocemos desde los doce años. Así que, cuando dice que estará ahí por mí, lo creo y vosotros también deberíais. Porque es fiel a su palabra.

Sorprendido por mi discurso, mi novio se giró para mirarme con unos ojos verdes ardiendo de emoción tácita. Era casi como si le doliera oír a alguien hablar tan bien de él. Le era extraño y eso me rompía el corazón.

—Es la mejor persona que conozco —añadí, sin apartar mis ojos de los suyos mientras hablaba—. Y le confiaría mi vida.

—Entonces eres incluso más tonta que mi mujer —soltó Teddy, negando con la cabeza—. Porque este hijo mío es un desastre con patas. —Y, mirando a mi padre, añadió—:

Sabes que se le va la olla la mitad del tiempo, ¿no, Molloy?

—Teddy —dijo su mujer, llevándose una mano a la frente—. Por favor.

—Cállate, Marie —le advirtió Teddy—. El hombre tiene derecho a saber qué clase de bicho ha dejado preñada a su hija. —Volvió su atención a mi padre—. No es ningún secreto que he estado la mayor parte de mi vida luchando con la bebida, pero este mamón... —Se recostó y silbó—. Este mamón está en otro nivel.

—El chico lleva bien lo del alcohol —oí que lo defendía mi padre—. Y, si te estás refiriendo al poco de hierba que fuma, no se lo tengo en cuenta.

—¿Hierba? —Teddy echó la cabeza hacia atrás y se rio—. No seas tan ingenuo, Tony. Este chaval es un drogadicto en toda regla.

Las dos madres emitieron un grito ahogado mientras Joey dejaba caer los hombros y agachaba la cabeza, todavía callado, aunque le estuvieran haciendo pedazos delante de todos nosotros.

—No —me oí defenderle (y mentir), agarrando con fuerza la mano con el puño cerrado en mi regazo—. Ha cometido unos cuantos errores en el pasado, pero eso ya se acabó.

—He estado en tu lugar —dijo su madre, mirándome directamente desde el otro lado de la mesa, con tantas palabras sin pronunciar brillando en sus tristes ojos azules—. Sé adónde va esto y creo... —Hizo una pausa, respirando superficialmente y con vacilación se metió su pelo oscuro detrás de las orejas antes de continuar—. Creo que deberías considerar interrumpirlo.

—Así que me estás diciendo que, si pudieras volver atrás, ¿harías eso mismo? —le pregunté, furiosa y decidida a no echarme atrás—. ¿Habrás abortado a Darren?

—Quizá a Darren no, pero a él seguro que sí —soltó Teddy, y, si cualquier otro padre le hubiera dicho eso a su hijo, estoy segura de que habría habido un gran estallido, pero Joey ni parpadeó ante su crueldad. Estaba acostumbrado.

—¿Lo que debería haber hecho tu madre contigo, Teddy?
—me oí decir.

—¡Aoife! —exclamó mi madre, sorprendida—. No le hablamos así a la gente.

—A la gente, no —estuve de acuerdo—, pero es que esto ni siquiera es una persona, mamá. —Miré enfadada a cada uno de nuestros padres y dije—: No importa lo que ninguno de vosotros piense. No me importa si estáis de acuerdo o no con mi decisión. Lo siento, papá, pero eso te incluye a ti. Joey y yo lo hemos hablado y vamos a tener el bebé.

—¿Estás segura? —insistió Marie, devastada.

—Sí —afirmé entrecerrando los ojos—. No hay nada de lo que haya estado más segura que de tu hijo.

—Estás cometiendo un error —dijo Marie sollozando y dejó caer la cabeza en sus manos—. Es un error.

—Todos hemos cometido errores —comentó mi madre, intentando ser la voz de la razón—. Ninguno de los que estamos sentados a esta mesa es perfecto y creo que es admirable por parte de nuestros hijos que...

—¡Ay, por el amor de Dios, mujer, ya vale! —espetó Teddy, golpeando con el puño la mesa, enfadado—. No hay nada admirable en que dos adolescentes se vayan a vivir juntos para jugar a las casitas. Si quieres ver cómo van a acabar, échanos un puto vistazo a nosotros.

—No le levantes la voz a mi mujer —le advirtió mi padre con un tono de voz glacial—. Y se llama Trish, no «mujer».

—Bueno, pues hazla entrar en razón —protestó, mirando a mi padre como si no pudiera entender por qué dejaba que mi madre llevase la conversación—, porque tiene la cabeza en las nubes si cree que esto va a funcionar.

—¿Que la haga entrar en razón? —A mi padre se le puso la cara roja.

—Cálmate, Tony, amor —lo interrumpió mi madre, guiñándole el ojo a su marido con complicidad desde el otro lado de la mesa—. Estamos aquí por nuestra hija, ¿recuerdas?

Mi padre suspiró, le hizo un gesto cariñoso con la cabeza y soltó el borde de la mesa que tenía agarrado con fuerza.

—Así que vais a tener el bebé.

Nos miró a mí y a Joey para que se lo confirmáramos.

Asentimos al unísono.

Supuse que para mi padre pareceríamos un dúo de focas moviendo la cabeza. O un par de ciervos inmóviles ante los faros de un coche.

—Vale, acepto vuestra decisión y respeto vuestra voluntad de seguir adelante con vuestro plan —respondió después de una larga pausa de silencio—. Pero ambos tenéis que ser conscientes de que, al final de este embarazo, habrá que cuidar de un niño, y ese niño os unirá. —Soltó el aire con fuerza y añadió—: Un hijo no es una relación que puedas dejar, ni un matrimonio que pueda disolverse. Es un compromiso de por vida. Estaréis para siempre vinculados. Ese bebé os necesitará a los dos el resto de vuestras vidas. Estéis juntos o no. El bebé necesitará a su madre y a su padre en igual medida.

—Ahora mismo, ambos tenéis dieciocho años y estáis enamorados —comentó mi madre—, pero no siempre seréis jóvenes y puede que no estéis enamorados eternamente.

—Si así es, fantástico, no tenéis de qué preocuparos —apuntó mi padre, dedicándole a mi madre una sonrisa de complicidad—. Pero si dejáis de estar enamorados, si os distanciáis, ¿estáis seguros de que estaréis ambos preparados para enfrentaros a las consecuencias?

—Quiero a vuestra hija desde hace seis años —dijo por fin Joey—. Y puedo quererla sin problema otros dieciocho más.

«Ostras...».

Me dio un vuelco al corazón.

No estaba tratando de decir palabras bonitas.

Estaba tratando de sonar convincente.

Aun así, estaba a punto de darme algo.

—¿Amor? —dijo Teddy con desdén—. ¿Creéis que amarse es lo único que hace falta para que esto funcione?

—Así la mitad de la batalla está ganada —respondió mi madre con un tono cortante.

—Chorradas —descartó su opinión, dejando claro cada vez que abría la boca que no le importaba lo que dijera una mujer sobre nada—. Te digo una cosa, Tony —continuó, mirando a mi padre—. Puede que tu mujer lleve unas gafas con los cristales rosas, pero sé que en el fondo tú ves la realidad de todo esto: un montón de mierda. Este hijo mío no está en posición de criar un bebé. Tiene un billete a ninguna parte, y, si no quieres que tu hija vaya al mismo sitio, la mandarás a Inglaterra para que corte todo contacto con él.

—¡No va a irse a la puta Inglaterra! —estalló Joey soltando la furia sobre su padre—. Menudos cojones tienes al estar sentado a esta mesa dando consejos paternales y acusándome de que voy a ser incapaz de criar a un niño.

—Joey, hijo...

—No, Tony, déjame terminar, porque esto tiene que decirse —arguyó, levantando una mano en dirección a mi padre, mientras se centraba en Teddy Lynch—. Puede que hayas tenido seis hijos, pero ni de coña los has criado.

—Joey —dijo Marie, agobiada—. Por favor, no vayas por ahí.

—Y tú desde luego no nos has hecho de madre —espetó con un tono acusador mientras la fulminaba con la mirada—. Darren nos crio a mí y a Shannon. No tú, ni él. Fue Darren quien nos crio... Hasta que tu marido literalmente lo echó del puto país. Y luego los demás me los dejasteis a mí. ¡Así que no vengáis a sentaros aquí a decir que soy incapaz de ser un buen padre con mi hijo cuando eso es justo lo que llevo haciendo con los vuestros desde que tenía doce años!

No abrí la boca para detenerlo, porque aquellos gilipollas se merecían oír su dolor. Se merecían oír la verdad.

—No soy él y Aoife no es tú —continuó Joey diciéndole a su madre—. Y puedes decir lo que quieras de mí, viejo —añadió, dirigiéndose a su padre—, pero no tienes ni

puñetera idea del tipo de persona que soy.

—Sé muy bien quién eres —replicó su padre, inflexible—. Eres yo hace veinticuatro años.

Nada más de lo que pudiera haber dicho podría haberle hecho más daño a Joey que esa comparación y noté su mano sin fuerzas en la mía mientras se recostaba en su silla, sin aliento.

—No es cierto —me apresuré en decir para tranquilizarlo—. No te pareces en nada a él.

Y esta vez, al decir las palabras, también me referí al físico, así como a cualquier otro sentido. Durante mucho tiempo, creía que Joey tenía un asombroso parecido con su padre, y, para cualquiera que no se fijara lo suficiente, era verdad. Pero allí sentados, al mirar al padre y al hijo bajo la clara luz de la cocina, las diferencias eran evidentes.

Teddy, aunque no estaba gordo, era un hombre fornido con barriga por un consumo excesivo de alcohol y pesaba considerablemente más que su hijo.

Joey mostraba una dulzura en los ojos de la que carecían los de su padre. Me fijé en que su nariz era como la de su madre, y también sus pómulos prominentes. Como su hermana, tenía unos labios carnosos que sin duda habían heredado también de ella. Y, sí, aunque los dos eran altos, anchos de hombros, rubios y de piel morena, Teddy Lynch tenía unos ojos castaños fríos, muertos, sin emoción, mientras que unas brasas de fuego color esmeralda ardían en los ojos de su hijo.

Eran como el fuego y el hielo. Tenía mucho más de su madre en él de lo que la gente podía apreciar.

—Que todo el mundo se calme —intervino mi madre, levantando las manos—. No estamos aquí para hablar del pasado. Todo eso se puede discutir otro día. Ahora mismo tenemos que hablar de este embarazo, porque, en poco más de cinco meses, nuestros hijos van a tener un bebé, un bebé del que los cuatro seremos abuelos.

—Si alguien en esta mesa cree que voy a dejar que se

acerque este a mi hijo, estáis todos pirados —soltó Joey, fulminando con la mirada a sus padres—. Por encima de mi cadáver.

—Joey —sollozó su madre con la voz quebrada—. Por favor.

—Sí —decidí meter baza, por el simple hecho de que supiera que lo apoyaba en esa lucha—. Opino lo mismo que Joe.

—Aoife —dijo mi madre negando con la cabeza—. No estás ayudando.

Le lancé una mirada en plan «¿y?».

—¿Crees que me importa una mierda? —Teddy se rio con crueldad—. Nunca quise verte la cara, chico, y sigo sin querer hacerlo. Así que ¿qué te hace pensar que querré ver lo que sea que venga de ti?

—Me partes el corazón —dijo Joey alargando las palabras con sarcasmo.

—Lo que te voy a partir es la cara.

—Por Dios santo, Teddy —espetó mi padre, pasándose las manos por el pelo—. Estás hablando de tu hijo.

—Que se calme todo el mundo —ordenó mi madre, dirigiéndose a la mesa entera—. Esto no tiene que ponerse personal.

—¿Sabes qué? Creo que ya es personal —declaró Joey mientras retiraba la silla y se levantaba—. Lo siento, Trish, de verdad que sí, pero no me voy a sentar aquí y hablar de un bebé del que no quiero que estos dos cabrones lo echen a perder.

—¿Con quién coño te crees que estás hablando? —Su padre se puso de pie, furioso, rodeó la mesa y sujetó a su hijo por la nuca con su mano fornida—. Siéntate, imbécil —le ordenó, obligando a Joey a sentarse.

Con la mandíbula temblando, vi cómo mi novio mantenía las manos a los lados, negándose a derramar sangre en mi hogar familiar mientras dejaba que su padre lo maltratara.

Era degradante.

Era asqueroso.

—¡Oye! —Incapaz de contenerme, dejándome llevar por el impulso de proteger al chico que amaba con todo mi ser, clavé las uñas en la mano que Teddy estaba usando para agarrar del cuello a Joey—. Quítale tus sucias manos de encima.

—¡Aoife!

—Ni la mires —gruñó Joey, incorporándose para ponerse delante de su padre y que no me viera cuando el hombre abrió la boca para responder.

—Joey —dijo su madre entre sollozos—, por favor...

—No voy a hablar más con vosotros —le dijo a su madre con tono tembloroso—. Se acabó. —Se giró hacia su padre y dijo—: Yo no huyo de mis responsabilidades, me voy para evitar cargos por asesinato. —Exhaló, frustrado, y me inclinó la barbilla hacia arriba con ternura antes de decir—: ¿Estás conmigo?

Me levanté de la silla al instante y fui hacia la puerta con la mano entrelazada firmemente con la suya.

—Estoy contigo del todo.

—Esperad —nos llamó mi madre—. Ni se te ocurra ir por ahí de noche en tu estado. Sube con Joey a tu habitación hasta que hayamos terminado aquí.

—¿Arriba? —murmuró mi padre—. ¿En serio, Trish?

—¿Qué van a hacer, Tony? —susurró mi madre—. ¿Quedarse otra vez embarazada? Antes de tener otro tendrán que sacar a este.

—Dios, no les des ideas.

—Menudos huevazos ha tenido al venir aquí —soltó Joey mientras caminaba de un lado a otro de mi habitación—. Ese cabrón beato se ha creído que tiene derecho a sermonearme sobre la paternidad. ¡El mamón no ha cambiado un pañal en su vida y te puedo asegurar que tampoco ha pagado uno!

Había pasado más de una hora desde que habíamos

subido a mi cuarto, dejando a nuestros padres abajo discutiendo, y Joey continuaba caminando de un lado a otro como un loco.

—Toda la parte de su familia es igual —continuó despotricando con el pelo de punta en cuarenta direcciones distintas por el simple acto de tirarse de él debido a la frustración—. Son unos gilipollas todos.

Vestido con el uniforme y al parecer demasiado a gusto en mi dormitorio, Joey andaba por el cuarto como una fuerza motriz, deteniéndose cada pocos minutos para poner recto un póster torcido en la pared o para doblar alguna de las muchas prendas de ropa que tenía desperdigadas por el suelo.

—Si hubieras conocido al gilipollas de su padre y a los cabrones de sus hermanos, sabrías a qué me refiero —gruñó, doblando otro par de vaqueros tirados—. ¿Y su madre? —Negó con la cabeza y se estremeció—. No me hagas hablar de ese puto demonio de mujer.

—¿Tu abuela? —pregunté desde la cama mientras me hacía una pedicura francesa chungu—. Creía que era amable.

—No, no, esa es la abuela Murphy —me corrigió, llevando a mi armario un montón de ropa recién plegada—. Es del lado de mi madre. La tata es buena persona. Tú la has conocido.

—¿La que tiene una permanente muy mona?

—Sí, es la que me dio aquella Medalla Milagrosa de Knock que te regalé cuando cumpliste los dieciocho.

—Ay, sí, me encanta tu tata.

—Sí, deberíamos ir a verla —murmuró, frotándose la mandíbula— y darle nosotros la noticia.

—¿Del bebé?

—Sí —asintió—. La tata es una santa. La bruja es la madre de mi padre —volvió a aclarar—. Es una tirana, Aoife. No has visto una persona tan fría en... Espera. ¿Puedes usar esa cosa? —Dejó de despotricar para coger el frasco de laca de

uñas y mirarlo con recelo—. ¿Esta mierda no tiene productos químicos que pueden ser malos para el bebé?

—Será malo para ti si no me dejas darme la última capa —gruñí, alargando la mano para recuperar el frasco—. No te pongas en plan obsesivo, Joe.

—Oye. —Levantó las manos—. Solo lo pregunto porque me preocupo por el niño.

—Qué decente.

Puso los ojos en blanco.

—Volviendo a la bruja.

—La bruja —repetí con un resoplido—. Es una conversación que me encantará que tengas con nuestro hijo. —Me reí y, poniendo su voz grave, dije—: Eh, chaval, esta es tu bisabuela, la bruja, y estos son tus abuelos, los gilipollas.

—Y este es tu abuelo, el violador, el cabrón alcohólico. —Gruñendo, Joey dejó de caminar para darse en la frente con la puerta del armario—. Pobre niña, está jodida y ni siquiera ha nacido aún.

—A lo mejor es un chico.

—Dios, espero que no.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Quieres una niña?

—No quiero nada que se parezca a mí —respondió, y su sinceridad me destrozó—. Si es todo tú, seré feliz.

—Pues yo sí que quiero que sea como tú —contesté.

Me fulminó con la mirada.

—¿En serio, Molloy?

—¿Qué? —dije—. Eres leal, eres fuerte, eres atlético, tienes talento y eres guapo. —Me encogí de hombros—. ¿Por qué no iba a querer que nuestro bebé fuera como tú?

—Porque soy un desastre.

Sonreí.

—No todo el tiempo.

—Ah, entonces vale —respondió con el tono cargado de sarcasmo—. Si no es todo el tiempo...

—Por no mencionar el hecho de que eres mucho más listo

que yo.

Resopló.

—Estás loca.

—Eres probablemente el tío más listo de nuestro curso, y, si hubieras nacido en otra familia, estarías en la clase de los cerebritos, con Kev y los demás empollones.

—Apenas presto atención, Aoife —dijo, nervioso—. Apruebo por los pelos.

—Pero apruebas y por eso lo digo —reiteré—. Porque si Kev, o Paul, o cualquier otro de nuestro curso tuviera que pasar a diario por lo que pasas tú, te garantizo que se derrumbarían —respondí—. Niégalo cuanto quieras, pero tienes una mente privilegiada dentro de esa mollera tuya —consideré mientras me cubría el meñique del pie con una última capa de pintaúñas antes de cerrar el frasco. —Bueno —le sonreí con dulzura, me recosté sobre los codos y moví los dedos de los pies—, sopla.

Joey me miró como si me hubiera crecido otra cabeza.

—Estás como una puta cabra si crees que voy a soplarte los dedos de los pies.

—Vamos, Joe —le pedí gimoteando, moviendo los dedos—. Estoy embarazada.

—¿Y? —dijo, sintiéndose insultado.

—No quiero que se estropee el esmalte.

—Pues no lo estropees.

—Sopla.

—No.

—Sóplame los pies.

—Ni de coña.

—Joey Lynch.

—Aoife Molloy.

—Dijiste que estarías ahí por mí.

—Como novio y padre de tu bebé —farfulló, alzando las manos—. No como tu puto esteticista.

—No hubo estipulaciones cuando hiciste tu promesa —argüí—, así que ven aquí a soplar.

—Esa frase es mía.

—Tú haz esto por mí y yo haré otra cosa por ti.

—Hostia puta. —Joey puso los ojos en blanco, se sentó en el borde de la cama y se puso mis pies en el regazo—. Me has transformado en un idiota.

—Eres el mejor —canturreé, victoriosa—. He tenido mucha suerte con que seas el padre de mi hijo.

—Hum —gruñó Joey, nada impresionado conmigo, mientras me soplabla cada uno de los dedos de los pies para secar la laca de uñas antes de dejarlos caer de nuevo en la cama sin ningún cuidado para acercarse a la ventana.

—Vaya, buen trabajo, Joe —lo felicité admirando mis dedos—. La próxima vez puedes ayudarme a pintar...

—No te pases —refunfuñó, abriendo la ventana y sacándose un paquete de cigarrillos del bolsillo—. Necesito fumar.

Se sentó en el alféizar con una pierna por encima de la cornisa, que dejó colgando fuera mientras mantenía la otra dentro de mi habitación, y encendió el cigarrillo.

—¿Y tienes el morro de sermonearme porque me estaba pintando las uñas? —Arqueé una ceja—. Deberías pensar en dejarlo.

—Estoy dejando un montón de cosas últimamente. Permíteme algo a lo que agarrarme, ¿vale? —dijo el listillo mientras se inclinaba hacia fuera—. ¿Crees que siguen abajo con tus viejos?

«Sí». Me encogí de hombros.

—No he oído la puerta principal cerrarse de golpe.

—¿De qué coño estarán hablando? —masculló, agobiado y nervioso—. No me gusta esto, Molloy.

«Ni a mí tampoco».

—Todo saldrá bien, Joe.

—Tienes razón. —Dio una profunda calada y se asomó por la ventana para echar el humo de los pulmones antes de añadir—: Irá genial. Si el niño es tan persuasivo como su madre y da puñetazos como los de su padre, entonces

estamos de suerte.

Arqueeé una ceja.

—¿El niño?

—El niño. La niña. —Movié la mano sin dirección—. Lo que sea.

—¿Quieres saberlo?

—¿Saber el qué?

—El sexo.

—¿Mañana? —Se giró para mirarme con el ceño fruncido y los labios sosteniendo el cigarrillo—. Porque no lo saben tan pronto, Molloy. —Volvió a asomarse por la ventana para exhalar otra nube de humo antes de añadir—: Tendrás que esperar a la ecografía morfológica.

—¿La ecografía morfológica? —Lo miré boquiabierto—. ¿Qué coño es eso y por qué suena como si fuese a ser doloroso?

—¡Por Dios, qué dramática eres! —se rio, frotándose la mandíbula—. No duele. Es una ecografía detallada que se hace alrededor de las veinte semanas.

—¿Dónde? —Abrí mucho los ojos por el miedo—. Porque vi un horrible documental en el que un médico le ponía un preservativo a una cámara con forma de consolador gigante y literalmente se lo metía por el coño a esa pobre chica...

—Te hacen una ecografía del vientre —se rio, interrumpiéndome—. Vamos, Molloy. Eres una chica. ¿Cómo es que no sabes estas cosas?

—Bueno, lo siento, susurrador de bebés —repliqué de mal humor—. No todos venimos de una familia que supera los jugadores de un equipo de fútbol. No todos conocemos los espeluznantes dolores del embarazo.

—Pues será mejor que los conozcas, y rápido —respondió Joey, exhalando otra nube de humo—. Porque ya llegan.

—Dios. —Me recorrió un escalofrío—. Oye, Joe.

—¿Hum?

—¿Todavía me querrás cuando esté como una ballena?

—Molloy —se rio entre dientes—. Joder.

—Va en serio.

—Ya lo sé. —Negó con la cabeza, tiró el cigarrillo fuera y volvió a entrar—. No te vas a poner como una ballena.

—Pero ¿y si ocurre?

—No va a ocurrir.

—A lo mejor sí.

—Vas a tener un bebé, Molloy, no a comerte una ciudad.

—Pero dicen que pasa.

—Dios santo. —Echó la vista hacia arriba—. Sí, todavía te querré.

—¿Cómo?

—¿Cómo? —Frunció el entrecejo, confundido, mientras salvaba el espacio entre nosotros—. ¿A qué te refieres con «cómo»?

—¿Cómo vas a encontrarme aún sexy cuando esté enorme y toda hinchada? —Me señalé el cuerpo y suspiré—. Mírame, Joe. ¿No echarás de menos mi cuerpo?

Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Oye, no te rías de mí, gilipollas. —Entrecerré los ojos—. Me siento vulnerable.

—Eres la chica más vanidosa que he conocido en mi vida.

—No es vanidad cuando es cierto —apunté—. Entonces solo es sinceridad.

Todavía riéndose, negó con la cabeza, porque sin duda le resultaba divertido.

—Dios, te quiero. —Sonriendo, se sentó en el colchón a mi lado y estiró el brazo para que dejase que me abrazara. En cuanto me acurruqué contra su brazo, me acercó más a él y suspiró, satisfecho—. No la pierdas nunca, Molloy.

—¿Perder el qué?

—La chispa de fuego que te hace tan increíblemente tú —respondió, apretando el brazo contra mí—. Da igual lo que cambie tu cuerpo, porque siempre volveré a ti. Porque puede que me guste tocar todo esto —explicó recorriéndome el cuerpo con los dedos hasta llegar a mi cara y dar unos golpecitos en mi sien—. Pero estoy colgado

de esto.

—¿Mi mente? —preguntó con incredulidad—. Qué chorrada.

—Es verdad —insistió—. Nadie me vuelve tan loco como tú y eso no tiene nada que ver con tu cuerpo, Molloy.

—Vale —me di por vencida con una sonrisa de medio lado. Me giré y deslicé la mano por debajo de su camisa para dejarla sobre la piel desnuda de su estómago—. Menudo piquito de oro tienes.

—Soy famoso por mis momentos —bromeó, poniéndose de lado para mirarme—. Cuando no la cago.

—Vamos a estar bien, ¿verdad? —me oí preguntar.

—¿No lo estamos siempre?

—Hablo en serio. —Le acaricié con la mano la mejilla—. Todo va demasiado rápido.

—Sí. —Puso una mueca—. Parece que es la costumbre en lo que a mí respecta.

—En serio, Joe, la cabeza me da vueltas con todas estas curvas.

—No tengo ni idea de cómo resultará todo esto —admitió sinceramente—, pero, vaya como vaya, yo te apoyo.

—Y yo a ti.

—Entonces saldrá bien —respondió con un breve asentimiento.

—¿Sí? —pregunté en voz baja, observándolo desde cerca.

Sus ojos verdes ardieron de franqueza al decir:

—Sí.

Entonces llamaron a la puerta de mi habitación y vi cómo el cuerpo entero de Joey se ponía tenso antes de retirar a regañadientes el brazo de detrás de mí y sentarse al borde de la cama.

—Pasa —dije, sin querer que nadie ni nada del mundo exterior entrara en mi cuarto y estallara nuestra burbuja.

Solo quería estar con él.

—Se han ido los padres de Joey —anunció mi madre al entrar en mi habitación, recorriéndonos con la mirada, sin

duda para ver si nos estábamos comportando—. ¿Estáis bien?

—No deberías haberlo hecho, mamá —me oí decir, sentándome derecha—. ¿Por qué los has traído aquí? ¿Por qué esa emboscada?

—No he sido yo —se apresuró mi madre en corregirme, mirándonos primero a uno y después al otro—. Tu padre quería hablar con el padre de Joey.

—Sí, bueno, seguro que ahora sabéis que no se puede hablar con él —respondió Joey con un suspiro—. Solo oye lo que quiere, Trish.

—Sí —asintió mi madre con tristeza—. Escucha, Joey, si hemos empeorado la situación para ti en casa...

—Está bien —dijo enseguida mi novio, quitándole importancia—. Entiendo por qué teníais que hablar con mis padres. Lo pillo. —Se levantó, fue a por su mochila apoyada en mi armario y metió dentro su uniforme—. Va en serio lo que he dicho —añadió, cerrando la cremallera y poniéndosela a la espalda—. No soy él, Trish.

—Sé que no lo eres, cariño —lo tranquilizó mi madre enseguida.

Joey asintió con rigidez y me miró.

—Será mejor que me vaya.

Se me cayó el alma a los pies.

—Podrías quedarte... —Miré a mi madre con esperanza—. Se podría quedar a pasar la noche, ¿no, mamá?

Mi madre se mordió el labio.

—Bueno, sí...

—No, tengo que irme a casa —la interrumpió Joey, metiendo ambos brazos por las asas de la mochila—. ¿A qué hora es la ecografía mañana?

—A la una y media.

—Terminamos las clases a las doce, así que podemos ir directamente al hospital desde allí. —Se retiró unos pasos de mi cama y se inclinó para darme un beso en la mejilla—. Te veo por la mañana.

—Puedes quedarte —le supliqué, cogiéndole de la mano.

Me la apretó un poco y me guiñó el ojo antes de soltarme.

—Te veo mañana, ¿vale? —dijo por encima del hombro mientras se dirigía a la puerta.

—No conozco los detalles de lo que pasa en tu casa —soltó mi madre, haciendo que mi novio se detuviera en seco en la puerta de mi habitación—, pero he oído suficientes historias y he visto suficientes morados en tu cuerpo para saber que tiene que parar.

—¡Mamá!

—Deberías saber que he llamado a la Gardaí y he informado de tu padre.

—Mamá —dije, dejando caer la cabeza entre las manos—. ¿Qué coño?

—Y deberías saber que no es la primera vez que informo de él, pero nunca había tenido pruebas suficientes.

—Ay, Dios mío, mamá.

—Pero esta noche ha amenazado con hacerte daño delante de mí —continuó diciendo, con los ojos clavados en mi novio—. Y puede que no sea asunto mío, pero me niego a quedarme sentada sin hacer nada.

—Joder, mamá —solté, notando los fuertes latidos de mi corazón en el pecho mientras esperaba que Joey estallara.

—Supongo que irán a visitar tu casa esta misma noche —añadió mi madre con la cara roja—. Lo siento, amor, de verdad que sí, pero no podía llevarlo sobre mi conciencia.

—Genial, Trish —fue lo que Joey respondió, sin volverse para mirarnos a ninguna de las dos—. Lo entiendo.

—Puedes quedarte —repitió con el tono cargado de emoción—. Siempre habrá un lugar para ti en esta casa.

—Gracias —suspiró con fuerza, negó con la cabeza, resignado, y dijo—: Pero tengo que irme a casa. —Y se marchó.

Se oyeron unos pasos ligeros que bajaban las escaleras, seguidos al cabo de unos instantes de la puerta principal abriéndose y cerrándose.

Negué con la cabeza y fulminé a mi madre con la mirada.

—¿Qué has hecho, mamá?

—Lo correcto, Aoife —respondió mi madre—. He hecho lo correcto.

SOLO ESTA VEZ

Joey

Cuando llegué al final de la carretera, el coche patrulla se marchaba de mi casa. Como sabía que la Gardaí de esa ciudad no necesitaba muchos motivos para meterme en una celda últimamente, me escondí en el callejón de al lado hasta que pasaron de largo.

Cuando se fueron, tiré la colilla del cigarrillo detrás de mí y me acerqué a mi casa al trote, pues necesitaba otro arresto en mi historial tanto como un agujero en la cabeza.

Porque eso sería lo que sucedería. Daba igual lo que Trish Molloy le hubiera dicho a la policía. Mi padre no recibiría ningún castigo. Nunca lo recibía.

La culpa recaía en mí.

Siempre lo mismo.

Cuando crucé la puerta principal al cabo de unos minutos, me dio la bienvenida el puño de mi padre en la mandíbula.

—Hostia. —Desprevenido y sorprendido por el ataque inesperado, retrocedí a trompicones y aterricé de culo en el pasillo, con un latigazo de dolor recorriéndome la cara—. Puta.

—Subnormal de mierda —me llamó, encima de mí—. Te vas de la lengua con esa gente y les cuentas nuestros asuntos privados. Vas corriendo a la madre de tu novia a llorarle. ¿Qué creías que iba a pasar?

Quería levantarme y pelear, de verdad que sí, pero el pómulo me dolía tanto que se me revolvió el estómago.

Me puse a cuatro patas y eché el hígado en el suelo, incapaz de ocultar mi sufrimiento mientras me ardía la cara.

—Que te... jodan.

A continuación, me pegó con la bota en el estómago,

quitándome el aire de los pulmones.

—Si no quieres estar bajo mi techo, chico, ya sabes dónde está la puerta. Nadie te impide marcharte si no quieres estar aquí.

—Teddy, no. —Esa era mi madre. Oí que le suplicaba que dejara de darme patadas, pero no paró. No hasta que me dio media docena más—. Por favor, para. No es más que un niño.

—Hazle las putas maletas —le ordenó mi padre mientras yo estaba hecho un bulto en el suelo, intentando respirar con aquel dolor—. ¡Quiero a este imbécil fuera de casa!

Sabía que debía volver a levantarme, pero no me quedaban fuerzas.

Aun así, ese fuego del autosabotaje orgulloso continuaba ardiendo intensamente en mi interior, exigiéndome que me pusiera en pie y no me quedara allí tumbado hasta que el corazón resistiera.

—¿Crees que estás preparado para ser padre? —bramó, y le oí desabrocharse el cinturón, un sonido que me era demasiado familiar—. Pues claro que sí, idiota. Primera lección para ser padre: saber cuándo poner a raya a tus pequeños cabrones.

Un gruñido de dolor se me escapó cuando noté el latigazo del cuero en la espalda.

—¡Teddy, no!

Volvió a darme con el cinturón. Más fuerte esta vez.

—¡Por favor, Teddy, no!

Temblé con violencia y me mordí el labio tan fuerte que saboreé la sangre, pero me negué a gritar ni a suplicarle a aquel hombre nada.

—¡Joey! —Ese era Tadhg.

Lo oí llorar por allí cerca.

Otro chasquido del cinturón que me cortó la piel y una bocanada de vómito salió entre mis dientes.

—¡Sube esas escaleras y vete a la cama o serás el siguiente!

La hebilla metálica se me clavó en la carne y reprimí un grito. Sacudiéndome violentamente, me retorcí hasta ponerme de lado para taparme la cabeza con las manos.

—¡Papi, no, no le hagas daño! —se filtró la voz de Ollie en mis oídos.

—Es..., es-to-toy bien —intenté decirles, mientras se me hinchaban las fosas nasales y me obligaba a respirar a pesar del dolor—. Id a la ca-cama.

No sabría decir cuántas veces me azotó el cuerpo con ese cinturón, porque debí de desmayarme del dolor y, cuando volví en mí, todo estaba en silencio y mi padre se había marchado.

Entumecido hasta la médula, me quedé justo donde estaba, demasiado hecho polvo para levantar ni un dedo, mientras evaluaba lo que había sucedido esa noche. Finalmente, cuando no pude soportar más el frío que me estaba calando en los huesos, me obligué a incorporarme, soltando el aire con dificultad cuando noté un terrible dolor en la espalda.

—Joey. —Apartándose del último escalón de las escaleras, donde debía de estar sentada, mi madre se arrastró hacia mí—. Ay, Joey.

Como estaba demasiado cansado para quitármela de encima, dejé que me cogiera la cara con sus manos pequeñas y me acribillara a besos la mejilla, mientras con la manga me limpiaba la cara.

—Lo siento, tesoro. Lo siento muchísimo. Se ha ido fuera. Se ha marchado.

—¿Me das un cigarrillo?

Frunció el entrecejo mientras unas lágrimas gigantes continuaban brotando de sus ojos.

—¿Un cigarrillo?

Asentí con la cabeza.

—Me he quedado sin tabaco.

Los ojos se le llenaron de dolor y negó con la cabeza antes de sollozar y asentir.

—Te voy a buscar uno.

—Gracias.

Se puso de pie con dificultad, corrió a la cocina y volvió al cabo de un instante con un paquete de veinte Rothmans y un encendedor. Temblando, sacó despacio un cigarrillo del paquete y me lo puso en los labios antes de encender una pequeña llama con su mechero.

Me incliné hacia la llama y lo encendí antes de dar una buena calada.

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza.

—¿Tienes algo roto?

«Probablemente».

—¿Dónde están los chicos? —pregunté después de otra profunda calada.

—En la cama.

Llevó las manos a mis hombros y me recorrió la piel comprobando los daños.

—¿Dónde está Shan?

—En la cama. Con los auriculares puestos.

—Menos mal, joder.

Cuando levantó el dobladillo de la camisa del uniforme, soltó un sollozo de dolor.

—Tenemos que limpiarte eso. ¿Puedes levantarte?

Con unos movimientos lentos, rígidos y calculados, me obligué a ponerme de pie y a seguirla hasta la cocina.

—Quítate la camisa —me indicó, yendo a por el hervidor—. Tengo que lavarte esos cortes antes de que se infecten.

«Dios».

No quería ni ver el aspecto de mi espalda.

Sosteniendo el cigarrillo entre los labios, me desabroché los botones de la camisa antes de quitármela con cuidado por los hombros, y puse una mueca de dolor al ver las rayas de sangre que manchaban la tela.

—¿Está muy mal?

Mi madre inspiró otra vez con fuerza.

«Sí, está mal».

—Ten —dijo, pasándome un paquete de verdura congelada envuelto en un trapo—. Póntelo en la mejilla. Ayudará con la hinchazón.

—Voy a necesitar una camisa nueva para el instituto —mascullé, dando una calada—. El cabrón me ha estropeado esta.

—Hay una en el armario del calentador. —Puso las manos en mi espalda, apretando una tela húmeda sobre la carne en llamas—. No te muevas y déjame limpiarte esto.

—¿Estoy aún sangrando?

—Un poco.

—¿Necesito puntos?

—No lo creo. Esta vez no.

Negando con la cabeza, le di otra calada al cigarrillo mientras mi madre me limpiaba.

—Si quieres que me vaya, me piraré.

—Yo no quiero que te vayas.

—Pero no voy a dejar aquí a Shan y los niños —continué, ignorando sus palabras—. Si me marchó, se vendrán conmigo.

—Joey.

—Lo digo en serio.

—Nadie se va a ninguna parte.

Ese es el problema.

—Sé que estás de acuerdo con él.

—¿Que estoy de acuerdo respecto a qué?

—Aoife.

Sus manos se quedaron quietas en mi espalda.

—No quiero esta vida para ti.

—Sí, yo tampoco quiero esta vida para ti.

Mi madre suspiró, cansada.

—Joey.

—Voy a estar a su lado, mamá. Es mi novia y, lo creas o no, da la casualidad de que la quiero mucho. —Conteniendo un estremecimiento cuando sus dedos tocaron una parte de

la espalda particularmente delicada, solté—: Voy a estar a su lado y lo haré muchísimo mejor de lo que él lo hizo contigo.

—¿No tienes miedo?

«Estoy aterrorizado».

—Me da miedo por ti —dijo cuando no contesté—. Ojalá no te estuviese pasando esto.

—Pues es lo que hay.

—Ojalá reconsiderarais ambos...

—Calla —la interrumpí—, eso no es lo que quiere Aoife.

—¿Y qué hay de lo que tú quieres, Joey?

—Yo quiero que esté bien.

—Eso no es una respuesta.

—Sí, bueno. —Me encogí de hombros y tiré el paquete de verdura congelada sobre la encimera de la cocina, antes de girarme para mirarla, haciendo una mueca cuando posé los ojos en la toalla manchada de sangre que tenía en las manos—. Es lo único que tengo.

—Necesito que agaches la cabeza durante unos días —susurró, con los ojos cargados de culpa—. Mantente fuera de su camino hasta que se calme. No les cuentes a los chicos lo de Aoife. No se lo cuentes a Shannon. Dame... Dame un tiempo para convencer a tu padre, ¿vale?

—¿Hablas en serio?

—Joey, es complicado.

Esta vez, cuando fue a tocarme, retrocedí.

—Siempre va a ser él. Siempre vas a elegirlo a él.

—No estoy eligiéndolo a él. Estoy intentando mantener a esta familia unida. —Dio otro paso hacia mí y yo me alejé tres de ella—. Joey, por favor.

—¿Tienes algo para el dolor? —pregunté, ya que no estaba dispuesto a seguir con una conversación en la que terminaría yo teniendo la culpa de todo—. La cara me está matando.

—Hay paracetamol en el armario.

—Mamá.

—No, Joey.

—Te estoy pidiendo ayuda —solté, notando el ansia por el alivio arañando sin cesar mi garganta—. Por favor, mamá.

—Joey.

—Por favor —le pedí—, me duele mucho.

—Te he dicho que tengo paracetamol en el armario.

—Por favor —le rogué, reprimiendo las ganas de gritar «Que le den a tu paracetamol»—. Solo esta vez y no te lo volveré a pedir.

—Joey.

—Te lo suplicaré de rodillas si hace falta.

—No supliques.

—Por favor, mamá. Por favor, joder.

—Vale. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Solo una vez.

—¿Qué tienes?

Se sorbió la nariz antes de susurrar:

—Clonazepam.

«Menos mal, joder». Suspiré aliviado.

—¿Dónde?

Se le contrajo la cara por el dolor y dijo gimoteando:

—En mi bolso. —Se acercó a la mesa para coger el bolso que estaba colgando del respaldo de su silla—. Coge una y ya.

—Necesito más, mamá —le pedí, yendo detrás de ella—. Por favor. Una no me hace una mierda.

—Son muy fuertes. —Sorbiéndose la nariz, desenroscó el frasco y me puso dos C2s en la mano que tenía abierta—. No me pidas que repita esto.

—No lo haré —contesté, aunque ambos sabíamos que era mentira.

MI CORAZÓN ESTÁ DENTRO DE ELLA

Aoife

—Bueno, está claro que sabes cómo causar sensación — dijo Podge el viernes por la mañana cuando se sentó conmigo en nuestra mesa habitual del comedor en la pausa del desayuno—. Todos están hablando de ti, Aoife.

Sí, todo el alumnado del instituto Ballylaggin estaba hablando de mí. Algunos de los más atrevidos incluso me hicieron preguntas que no eran asunto de nadie. Joder, hasta uno de los profesores sustitutos me preguntó si era verdad.

Lo peor de todo es que Joey no estaba.

No se había presentado.

—¿Ya ha llegado? —quise saber, sin molestarme en reconocer lo obvio—. ¿Estaba fuera cuando saliste a fumar al principio de la pausa?

Podge negó con la cabeza, haciendo una mueca.

—Aún no. Pero vendrá.

Miré el reloj en la pared y noté cómo aumentaba la ansiedad.

—Son las once y diez, Podge. Ya se ha saltado las tres primeras clases. El instituto cierra a las doce. Solo nos queda una clase después de comer.

—Debe de haber pasado algo en su casa. —El mejor amigo de mi novio volvió a ofrecerme otro gesto de incomodidad—. Escucha, sé que pinta mal, pero Lynchy no te dejaría colgada ni de coña a menos que fuera por algo importante.

—Sí. —Se me revolvió el estómago y golpeé con los dedos la mesa, reprimiendo las ganas de gritar—. Por eso estoy preocupada.

Porque tenía suficiente fe en mi novio para saber que no

iba a dejarme tirada. Joey era un montón de cosas, pero no un cobarde. Jamás en su vida le había dado la espalda a una responsabilidad, lo que solo hacía aumentar la ansiedad que supuraba en mi interior.

Mi madre había llamado a la Gardaí la noche anterior para informar sobre Teddy y no hacía falta ser un genio para saber que la ausencia de Joey en el instituto tenía que ver con eso.

—Es ella —susurró un grupo de novatos de primer año mientras pasaban por nuestra mesa corriendo, apiñados—. La embarazada de sexto.

—¿El tío con el que está sentada es el padre?

—He oído que no sabe quién es el padre.

Maldita señorita Lane por castigar a Casey durante la hora de la comida. No había sido tan malo cuando estaba conmigo durante las clases. Hablaba como un camionero y tenía una respuesta para cualquiera que fuese lo bastante imbécil para acercárseme en el pasillo. Pero esa boca la había hecho terminar castigada, lo que significaba que yo estaba sola y sangrando en el tanque de los tiburones.

Agradecía que Podge hubiera venido a sentarse conmigo. Todos los demás que supuestamente eran mis amigos me trataban como si el embarazo fuese contagioso. Aparte de Casey, solo los chicos de mi clase eran amables.

Las chicas eran horribles.

Todavía no me habían llamado al despacho del director para la temida charla, pero sabía que era cuestión de tiempo que se enterara de los rumores de mi rebeldía.

—¿Cómo se ha tomado Lynchy la noticia? —me preguntó Podge, trayéndome de vuelta al presente—. Le he llamado un par de veces, pero no contesta.

—Mejor de lo esperado. —Solté el aire de forma entrecortada—. Sobre todo, por cómo lo descubrió.

—Tu hermano se ha portado como el culo —comentó— al decírselo a Ricey antes de que Lynchy lo supiera. Joder, eso es caer bajo.

—Ya —gruñí, todavía dándome de todo con solo pensarlo—.
—No quiero saber nada de Kev.

—Entonces ¿cuál es el plan?

Parpadeé.

—¿El plan?

—Sí —asintió Podge—. ¿Vas a tenerlo?

—Sí —respondí, sintiéndome extrañamente a la defensiva—, pues claro.

—Bien por ti. —Asintiendo para sus adentros, Podge cogió una cucharada de yogur y se la metió en la boca—. Hará lo correcto contigo.

—Sí —susurré—, sé que lo hará. Es que... es todo un lío, ¿sabes?

—No quiero ni pensarlo.

—No me extraña.

—Oye. —Desde el otro lado de la mesa del comedor, me apretó el hombro en señal de apoyo—. No eres la primera en tener un bebé con un chaval del instituto, Aoife —dijo—, y seguro que no vas a ser la última, joder. Pronto será noticia pasada.

—Sí, Podge, gracias y eso —mascullé, notando que las mejillas me ardían por las miradas intensas que estaba recibiendo—, pero de algún modo dudo que esto pase pronto.

—Eh, Piernas Sexis, le acabo de dar una paliza a tu hermano —declaró Alec, sentándose en la mesa delante de nosotros—. Espero que no te importe.

Abrí mucho los ojos.

—¿Ah, sí?

—Claro. —Me guiñó el ojo—. Lynchy recibió el último aviso y no podía hacerlo. Y yo no podía dejar que Cerebrín le hiciera esa jugada a mi chica favorita.

—¿Dónde está ahora?

—¿Quién? ¿Cerebrín? —Alec se encogió de hombros—. Sospecho que llamando por teléfono a vuestra mami.

—Ay, Al... —No pude evitar la sonrisa que apareció en mi

cara, encantada de que al mierdecilla lo hubieran puesto en su sitio—. Gracias, colega.

—De nada —respondió con una sonrisa—. Y solo para que lo sepas: aunque tengas una barriga enorme, seguirás siendo muy follable.

—Qué bonito, Al. —Podge se rio—. Justo lo que quiere oír cualquier chica.

—Me pido ser el padrino —dijo Alec.

—No puedes pedirte ser el padrino, gilipollas.

—Lo acabo de hacer.

—Bueno, pues no cuenta. —Podge resopló—. Si alguien va a ser el padrino, ese soy yo.

—No, mira, Piernas Saxis va a nombrar madrina a Tetas de diablesa, lo que le da rienda suelta a Lynchy para decidir quién será el padrino de su vástago.

—Sí, porque referirse al hijo nonato de nuestro mejor amigo como «vástago» es algo que haría un padrino.

—Mira, Pelo Púbico Pelirrojo, va a pasar, así que retírate de una puta vez y ni se te ocurra robarme el protagonismo en esto.

Podge se encogió de hombros.

—Sí, bueno, prefiero tener el pelo púbico pelirrojo que una polla infestada de ladillas.

Alec soltó un grito ahogado.

—No tengo ladillas.

—Ya no.

—Nunca he tenido ladillas. —Entrecerró los ojos—. ¡Me rascaba porque me había afeitado las pelotas y picaba de la hostia!

Me reí.

—¿Te afeitaste las pelotas, Al?

—Ay, sí, a Al le va mucho la depilación masculina —dijo Podge cuando sonó el timbre que indicaba el final de la pausa.

—¿Qué queréis que os diga? —Alec se levantó y me dedicó una sonrisa de medio lado—. Soy un caballero.

—¿Quieres venir con nosotros, Aoife? —me preguntó Podge, poniéndose de pie—. Todos tenemos Irlandés con Dineen.

—Ahora os veo, chicos —dije, despidiéndome de ellos con la mano—. Tengo que ir a hacer pis.

—Mantén la cabeza alta, Piernas Sexis —me animó Alec por encima del hombro mientras salía del comedor con Podge—. Y mantén esas piernas cerradas hasta que mi ahijado esté hecho del todo.

—Gracias, Al —suspiré con fuerza, ignorando las miradas que estaba recibiendo—. Muchas gracias, colega.

Estaba saliendo del lavabo, de camino a clase de Irlandés, cuando mi hermano me paró en el pasillo.

—Tenemos que hablar.

Lo ignoré cuidadosamente, lo esquivé y continué caminando.

—Aoife, para. —Me agarró del brazo y tiró hacia él—. Por favor. Tenemos que hablar de esto.

—¿Qué ocurre, Kev? —espeté, caminando a su lado a regañadientes por el pasillo hacia mi clase—. ¿También me echas la culpa por tu labio partido?

—Me ha pegado el esbirro de tu novio.

—Sí, bueno, los soplones reciben lo que se merecen, gilipollas.

—Lo siento, ¿vale? —Con las manos alzadas delante de mí, Kevin intentó razonar con una parte de mi corazón que ya no existía. Al menos, para él no—. Sé que me lo monté como el culo, ¿vale? No estuvo bien, Aoife. Ahora lo entiendo.

—Demasiado tarde.

—Aoife, por favor —suspiró con fuerza—. Vamos.

—No. Ya has oído lo que va diciendo la gente de mí —contesté, deteniéndome en la puerta de mi clase—. Ya has visto cómo me tratan. Tú has provocado eso, Kev. Has

orquestrado todo este rollo. Así que métete tu disculpa por el culo, porque no me soluciona nada.

—Lo que dijiste ayer sobre Joey... Tenías razón —admitió, frotándose la mandíbula con la mano—. No me gusta. Representa una amenaza para mí. Y, sí, lo hice para hacerle daño.

No me estaba diciendo nada que ya no supiera.

—Pero no tuve en cuenta lo que te harían a ti mis acciones —añadió, sonando arrepentido de verdad—. No pensé y punto.

—Lo que hiciste no puede arreglarse con una disculpa —respondí, sin estar dispuesta a ceder—. No puedes detonar una bomba en la vida de una persona y luego decir «uy» cuando todo se ha ido a la mierda.

—¿Cómo está el futuro tío? —preguntó Paul, cuando salió de nuestra clase. Echó un brazo por encima de los hombros de mi hermano y me sonrió con crueldad mientras se dirigía a Kevin—. ¿Todo bien, Kev?

Avergonzado, mi hermano se encogió de hombros, violento, antes de mascullar:

—¿Todo bien, Ricey?

—Ay, lárgate, Paul —gruñí, harta de tanta chorrada—. Estoy intentando tener una conversación privada con mi hermano.

—¿Privada? —me dijo con desdén como si yo fuera una mierda en su zapato—. No hay nada tuyo que sea privado, ¿eh, Aoife?

Lo fulminé con la mirada y lo mandé a tomar por culo con el dedo.

—Que te den.

—Te dije que te arruinaría la vida —insistió con crueldad— y ahora mira en qué estado te encuentras. —Me recorrió con la vista, deteniéndose en mi barriga antes de negar con la cabeza—. Ya estás engordando.

—Ricey —dijo mi hermano, intentando defenderme—. Déjala en paz.

Fue un triste intento, porque, en cuanto notó la presión de la mirada de Paul, se derrumbó y bajó los hombros.

—¿A ti qué te importa, chaval? —Paul se rio—. Lo dijiste tú mismo. Tu hermana es una puta.

Le lancé una mirada asesina a mi hermano, que tuvo la decencia de agachar la cabeza, avergonzado.

—¿Crees que me importa tu opinión, Paul? —repliqué, decidida a defenderme yo misma frente a la provocación de aquel gilipollas—. Lo mejor que hice fue alejarme de ti.

—No, eso fue el mejor favor que me hiciste a mí —dijo con desprecio—. Pero fue lo peor que te hiciste a ti misma, porque ahora lo único que serás es la madre del bastardo de ese yonqui de mierda.

—Repítelo.

Me quedé sin respiración en un vertiginoso instante cuando una familiar voz amenazadora se introdujo en mis oídos. Bajé los hombros y sinceramente sentí que me iba a desplomar por la oleada de alivio que me recorrió el cuerpo.

—Repítelo, gilipollas —volvió a decir Joey, que se acercó por detrás de mí.

Tiró el palo de hurling y el casco al suelo, se quitó la mochila de los hombros y me rodeó con uno de sus fuertes brazos la cintura antes de llevarme contra su duro pecho.

—A que no te atreves.

Temblé cuando su mano me acarició el pequeño bulto en mi vientre y me entraron ganas de llorar cuando movió el pulgar con cuidado de arriba abajo.

—Ahora es cuando sales corriendo —le dije al gilipollas de mi ex—. Rápido.

Mi hermano abrió la boca para hablar, pero Joey se le adelantó.

—Deberías escuchar a tu hermana.

Fue casi gracioso lo rápido que ambos chicos se fueron, dirigiéndose en direcciones opuestas.

—Sí, corre —le dije a mi hermano, disfrutando totalmente de su incomodidad mientras me apoyaba en el pecho de mi

novio—. Nenaza.

—Siento muchísimo haber llegado tarde —murmuró Joey cuando estuvimos fuera del alcance de su oído—. Me quedé dormido.

—Me alegro mucho de que hayas venido —respondí, dándome la vuelta en sus brazos—. No creía que fueras a presentarte... ¿Qué coño te ha pasado en la cara?

Me quedé boquiabierta mirando el horrible morado y la hinchazón en el lado izquierdo de su rostro.

—Dios santo, Joe. —Levanté la mano para tocarle—. La mejilla.

—Sí, creo que está rota —masculló, retirándome la mano con cuidado mientras cogía el palo y la mochila.

—No la toques, ¿vale? Está delicada de la hostia.

—¿Rota? —Tragué el nudo que tenía en la garganta mientras se me partía el corazón.

Su padre le había dado otra paliza.

Tenía otro hueso roto.

Otro trocito de su corazón que se perdería para siempre.

—Te lo ha hecho él —se me quebró la voz—. ¿Por mí? ¿Por el bebé?

—No, no fue por el bebé —respondió con un tono suave—. Fue porque es un capullo. —Abrió la puerta del aula y me invitó a entrar yo primero—. Esto no ha sido por tu culpa.

—¿Qué horas son estas? —exclamó el señor Dineen cuando entramos en clase.

—Perdón por llegar tarde, señor —declaré antes de que el profesor la tomara con mi novio como de costumbre—. Estamos en plena crisis.

—¿Crisis?

—Náuseas matutinas —dijo algún gilipollas fingiendo tos al fondo de la clase, lo que provocó un coro de gritos y silbidos.

—Muy bien, os la dejo pasar esta vez —respondió nuestro profesor con las mejillas coloradas mientras nos indicaba que tomáramos asiento.

Corrí hacia el fondo de la clase y me senté en la última fila mientras veía a Joey esperando a que el señor Dineen le firmara el libro rojo en su escritorio.

De camino a nuestro pupitre, sus movimientos eran rígidos y supe muy bien que las marcas que llevaba en la cara no eran las únicas que le había dejado su padre en el cuerpo.

Se me partió el corazón al pensarlo.

—Joe —susurré cuando se sentó con cuidado a mi lado.

—Todo va bien, Molloy. —Tiró el palo y el casco al suelo delante de sus pies antes de girarse para prestarme toda su atención—. Estoy bien. —Sus ojos verdes cálidos estaban llenos de cariño cuando se inclinó hacia mí y susurró—: ¿Tú cómo te encuentras?

—Estoy bien.

—¿Sí? —Deslizó la mano bajo el escritorio y me apretó el muslo—. Bueno, se te ve muy bien, nena.

No podía entender cómo era tan bueno conmigo, tan considerado, cuando él estaba pasando un infierno.

—Te quiero —susurré, poniendo la mano encima de la suya—. Muchísimo.

—Lo sé. —Exhaló con dolor y entrelazó los dedos con los míos—. Lo sé, Molloy.

—Ya está mal que ambos hayáis llegado tarde a clase, pero encima tenéis el morro de ponerlos a hablar —bramó el señor Dineen mirándonos mal—. Joseph, ¿te importaría decirle a la clase qué estáis susurrando? En tu lengua materna, si quieres, puesto que he pasado seis años intentando enseñarte el idioma.

—*Ceart go leor, a mhúinteoir* —respondió mi novio, encogiéndose de hombros con despreocupación mientras respondía en gaélico—. *Bhí mé ag rá le mo leannán go bhfuil grá agam di.*

El corazón me golpeó con fuerza el pecho mientras traducía mentalmente las palabras.

«Muy bien, profesor. Le estaba diciendo a mi novia que la quiero».

—*Dúirt mé léi freisin go bhfuil cuma álainn uirthi* — continuó diciendo Joey, sin vacilar. «También le he dicho que está preciosa». —Encogiéndose de hombros, añadió—: *Agus go bhfuil mo chroí istigh inti.* —«Y que mi corazón está dentro de ella».

—*Go hiontach* —respondió el señor Dineen, arqueando una ceja. «Impresionante»—. *Le haghaidh buachaill nach n-éisteann sa rang.* —«Para un chico que nunca atiende en clase».

—*Sea.* —Joey sonrió—. *Tá a fhios agam.* —«Sí, lo sé».

ACÓGETE A LA QUINTA ENMIENDA

Joey

Apenas habíamos calentado el asiento en Irlandés cuando sonó el timbre de megafonía y la voz de la secretaria del instituto dijo por el altavoz:

—Joseph Lynch y Aoife Molloy, por favor, preséntense en el despacho del director inmediatamente.

—¿Pueden expulsarlo por dejarla preñada? —preguntó Alec desde el pupitre al lado del nuestro, y, si no hubiera sido porque lo decía en serio, le habría dado una hostia—. Porque tenemos un partido y estamos jodidos sin él.

—No lo creo, Al. —Podge se rio a su lado—. Pero nunca se sabe.

Cogí mis libros y los metí en la mochila antes de levantarme, ignorando los «uuuh» y «ay, mierda» que decían algunos de nuestros compañeros. Me dirigí a la puerta, la abrí y esperé a que mi cómplice moviera el culo y saliera conmigo.

—Buena suerte —dijo Alec, levantando los dos pulgares con entusiasmo cuando Molloy llegó a la puerta—. Acógete a la quinta enmienda.

—¿Qué crees que nos va a decir el señor Nyhan? —preguntó Molloy, cogiéndome de la mano mientras marchaba a mi paso—. ¿Es que se le permite tocar el tema?

—¿Cómo coño voy a saberlo yo?

—Bueno, tú eres el que se pega la mayor parte del tiempo en su despacho.

—Solo porque tú eres demasiado astuta para que te pillen.

—Bueno, está claro que esta vez me han pillado.

—Qué graciosa.

—¿Y si me grita, Joe?

—Si te grita, le partiré la nariz.

—No le partas la nariz —se apresuró a decir—. No tienen que expulsarte, ¿vale? Ni arrestarte. Sí, necesito que no te ocurra ninguna de esas dos cosas.

—Muy bien. Haré lo que pueda.

—Ay, Dios. Me encuentro mal —se quejó cuando llegamos a la puerta de cristal esmerilado del despacho—. ¿No podemos escaquearnos y marcharnos antes?

—No. —Negué con la cabeza mientras abría la puerta y tuve que meterla dentro literalmente—. Venga, Molloy. Acabemos con esto de una vez.

—Vuestras madres están en el despacho con el señor Nyhan. Podéis entrar directamente —anunció Betty, sin levantar la vista de su ordenador mientras escribía a toda velocidad en el teclado que tenía delante—. Buena suerte.

—¿La madre de quién?

—De los dos.

—¿Mi madre está aquí? —Fulminé con la mirada a la secretaria, a quien llamaba por el nombre de pila—. ¿Por qué?

—¿Por qué no entras ahí y lo averiguas, Joseph? —respondió Betty, sin perder el tiempo—. Ya sabes qué puerta es.

Sí.

La tercera a la derecha.

—Buena suerte, Joe —susurró Molloy, apretándome un poco la mano—. Te quiero.

—Sí. —Exhalé y le mantuve abierta la puerta del despacho para que pasara—. Igualmente, Molloy.

Me senté más que incómodo en un lado de la mesa de reuniones, al lado de mi madre, mientras Molloy y Trish estaban situadas enfrente de nosotros.

A un lado de la mesa estaba sentada la señorita Lane, nuestra tutora de curso, y en el otro, el señor Nyhan,

nuestro director, que estaban haciendo un magnífico trabajo hablando de nosotros en vez de con nosotros.

No era que Molloy yo fuéramos los afectados directos por el embarazo ni nada parecido. Uy, no, era más pertinente dirigirse a nuestras madres cuando se trataba de tomar decisiones sobre nuestro futuro.

«Cretinos».

Como no podía rozarme nada la espalda, me incliné hacia delante y apoyé un codo en la mesa, mientras dejaba caer la mano libre en el regazo.

Cuando el director le hizo a mi madre una pregunta y la mujer se giró para prestarle toda su atención, aproveché la oportunidad para introducir discretamente la mano que tenía apoyada en el regazo en su bolso, que estaba en el suelo entre nuestras sillas. Apenas respirando, rebusqué en el interior hasta tocar con los dedos el familiar frasco de pastillas circular.

Cerré la mano sobre él y me lo metí enseguida en el bolsillo, sintiendo una oleada de alivio por el cuerpo por no tener que enfrentarme a otra noche infernal en mi casa.

Ignorando sus voces y la inquietante necesidad de escapar al baño para tomarme unas cuantas pastillas, concentré toda la atención en mi novia, que se mordía por los nervios la uña del meñique, mientras miraba con los ojos muy abiertos a los adultos en la sala.

—¿De cuánto tiempo estarás, Aoife?

Los ojos de Molloy, atormentados por la culpa, se dirigieron al señor Nyhan.

—¿Hum?

Puse de inmediato la espalda recta.

No tenía que sentirse culpable por nada.

Eso era cosa mía.

—¿De cuánto estarás cuando sean los exámenes de acceso a la universidad en junio, Aoife?

—Ah. —Se le pusieron coloradas las mejillas y se aclaró la garganta con fuerza antes de lanzar una mirada nerviosa en

mi dirección—. ¿Qué fecha de junio?

—El día 7.

—Ah. —Tragó saliva, nerviosa—. Creo que para entonces estaré de veinticinco semanas.

—¿Tú crees?

—Sí, eh... Bueno, verás, no lo tengo claro.

—¿No lo tienes claro?

—Bueno, todavía no me han hecho el escáner fetal —se apresuró en explicar—. De hecho, lo tengo hoy.

—¿Por qué la estás presionando con eso? —espeté, irritado por que la estuviera interrogando—. Ya te ha contestado. Dale un puto respiro, ¿no? Por Dios.

—Joey —soltó mi madre, dándome un codazo mientras Molloy me dedicaba una sonrisa.

El señor Nyhan decidió ignorar mi estallido, que, para ser sincero, fue un poco decepcionante, y devolvió la atención a mi madre.

—Sé que Teddy y tú estáis muy ocupados con este, Marie, y odio sacar el tema en estos momentos difíciles, pero tengo que preguntarte por Shannon. Espero sinceramente que le esté yendo bien en Tommen.

—Le va muy bien, gracias —respondió mi madre—. Y, en cuanto a mi hijo, le va mucho mejor en clase desde Navidades.

—Sí, bueno. —Sin molestarse a terminar la frase, se dirigió a Trish—: Por favor, ten en cuenta que, aunque en el instituto público Ballylaggin desaconsejamos firmemente las relaciones entre alumnos, no la rechazaremos en estos momentos de necesidad.

—¿Rechazarme? —soltó Molloy, frunciendo el ceño—. ¿Qué significa eso?

—¿Estos momentos de necesidad? —intervine, negando con la cabeza—. ¿Qué coño de afirmación es esa?

—Joey —volvió a llamarme mi madre la atención—. Basta.

—No viene al instituto en burro, buscando refugio —refunfuñé—. Quiere recibir una educación, no oro, incienso y

mirra.

Mi madre dejó caer la cabeza en sus manos y suspiró, cansada.

—Ay, Joey.

—Hay muchas cosas que tener en cuenta, Joseph —terció la señorita Lane con un tono altanero—. Antes que nada, está la cuestión de si el seguro del centro cubre o no tener a una alumna embarazada en el instituto.

—¿Qué está diciendo? —exclamó Aoife, poniéndose pálida—. ¿Que, si el seguro no me cubre... —miró a su madre—, entonces me echan?

—No vais a echarla del instituto —gruñí, sentándome recto—. No estamos en los putos años cincuenta. Ni de coña voy a permitir que la rechacen como si fuera una mujer de moral distraída o algo por el estilo. Yo soy el que va por el puto mal camino.

—Joey.

—En serio, yo estoy tan preñado como ella.

—Joseph, por favor.

—¿Qué? —dije—. Es cierto. Soy el padre. Yo le puse ese bebé ahí. Si queréis echarle la culpa a alguien, echádmela a mí, no a ella. Solo le quedan poco más de dos meses para dejar el instituto y lo va a terminar. Por encima de mi cadáver le quitaréis eso.

—Joey, cálmate. Aoife, respira. Nadie va a echar a nadie —intentó calmar Trish la situación, con los ojos clavados en el señor Nyhan—. Es discriminación, por no mencionar que está totalmente en contra de la ley no permitir a una alumna que asista a clase por el único motivo de estar embarazada. No es cierto, ¿Eddie?

—Bueno, sí, por supuesto. —El cabrón intentó dar marcha atrás—. Nadie está sugiriendo que se vaya a echar a tu hija del instituto.

—Igual que no se sugirió que se echara del instituto a Samantha McGuinness ni a Amy O'Donovan o a Denise Scully. Todas chicas de mi urbanización —comenté con desdén,

lanzándole una mirada que decía «Sí, gilipollas, sé cómo funciona»—. Si ese es el caso, entonces explícame a qué viene eso de que el seguro del instituto no va a cubrir que Aoife venga a clase.

—No he dicho que no lo cubra. Solo estaba diciendo que...

—Estabas intentando intimidar a mi novia para que se vaya en silencio y no se monte un escándalo en el instituto —la interrumpí—. Sí, conozco vuestro juego. No nací ayer. Sé que para la junta de profesores es mucho más fácil cuando las chicas preñadas desaparecen. La diferencia es que esas chicas estaban solas. —Hice una pausa para señalar a Molloy antes de añadir—: Pero Aoife me tiene a mí, y yo no tengo intención de marcharme en silencio.

Si podía hacer algo por ella era ponerme delante y soportar la presión, la decepción y el dolor. Podía recibir los golpes por ella, y lo haría.

Me quedé ahí sentado, con la espalda bien recta, los músculos en tensión, y recibí su decepción en la barbilla, consciente de que ella no estaba en condiciones para recibir otro golpe.

—Joey. —Mi madre me puso una mano en la rodilla que no paraba de moverse y la apretó—. Por favor, tranquilízate, ¿vale?

—Sí —afirmó el señor Nyhan, lanzándome una mirada asesina—. No hay nadie luchando contra ti.

—Solo porque he hecho un ataque preventivo —dije entre dientes—. ¿Qué es lo que estamos haciendo aquí? —Miré a las caras de los que estaban presentes—. Aoife está embarazada. Yo soy el padre. Va a tener al bebé cuando ya hayamos terminado el instituto, así que no entiendo la necesidad de esta mierda de reunión.

IR A LA GUERRA POR TI

Aoife

Si tenía alguna duda sobre si Joey Lynch estaba dispuesto a estar a mi lado antes de esa reunión, había desaparecido. Porque allí, sentada en el despacho, oyendo a mi novio ir a la guerra por mí contra nuestra tutora de curso y el director, lo único que podía pensar era «Gracias a Dios de que es mío».

Que añadieran mi nombre a la temida lista de las chicas que se quedaron embarazadas en el instituto fue, con diferencia, uno de los momentos más vergonzosos de mi vida, pero no sentí nada más que orgullo respecto a la persona con la que iba a tener aquel bebé.

Joey, guapo y agobiado, estaba sentado enfrente de mí, con su madre a su lado, y parecía que estaba a tan solo unos segundos de lanzar la mesa por los aires. Sí, era descarado, y sí, era malhablado como un camionero, pero sus palabras significaban más para mí que ningún discurso bien preparado. Porque él hablaba con el corazón. Cada palabra que pronunciaba iba en serio, y ese sentimiento calmó algo muy dentro de mí.

A lo mejor sí nos iba a ir bien.

A lo mejor sí podía hacer esto de verdad.

Con él.

La situación en la que me encontraba era más que aterradora, pero, a diferencia de las otras chicas del instituto que habían sido víctimas de la misma desgracia de nueve meses con las hormonas alteradas, mi cómplice estaba a mi lado.

De alguna manera extraña, me sentía como Rose de *Titanic*, cuando las demás chicas estaban ahogándose, pero

Jack la mantuvo a flote. Joey no sería ningún ángel, pero era leal y responsable, y mejor hombre de lo que creía cualquiera de esa sala.

Me sentía mejor estando en su presencia.

Ese tipo de persona era.

Escuché a nuestras madres hablar con el señor Nyhan y la señorita Lane durante unos minutos más. Hablaron de mis restricciones en Educación física, etcétera, pero, a decir verdad, Joey había dado en el clavo.

Aquella reunión era un despropósito. Lo único que saqué de ella fue que me subiera la tensión y que me doliera la barriga.

—¿Quieres que vayamos a tomar café? —oí que le preguntaba mi madre a la de Joey cuando llegamos al aparcamiento del instituto después—. Hay una bonita cafetería en la esquina de Main Street. Podríamos charlar nosotras un rato. De madre a madre.

—¿Café? —susurró Joey—. ¿Qué coño?

—Ni idea. —Puse los ojos en blanco—. Quizá sea un gesto de paz.

—O podríamos volver a mi casa. Tengo un pastel de Madeira recién hecho en la panera —sugirió mi madre, abriendo la puerta del conductor de la furgoneta de mi padre—. ¿Qué me dices, Marie? ¿Café y pastel mientras analizamos nuestro futuro como abuelas?

La madre de Joey parecía como si le acabaran de pedir que explicara el último teorema de Fermat.

—¿Café? —Abrió y cerró la boca varias veces antes de susurrar—. Eh... No sé.

—¿Has venido en coche?

—No. —Con unos ojos azules inseguros, muy abiertos, miró a mi madre y negó con la cabeza, y aquel movimiento la hizo parecerse mucho a su hija—. Eh... He venido caminando desde el trabajo.

—Bueno, pues venga —la animó mi madre, subiéndose al asiento del conductor de la furgoneta—. Ven a casa a tomar

café y luego te acerco a la tuya.

La madre de Joey miró a su hijo y se encogió de hombros, sin saber qué hacer, casi como si le pidiera permiso.

—¿Qué quieres hacer, mamá?

—Yo, eh... —Se calló y miró a su alrededor, nerviosa, antes de dar un paso hacia la furgoneta—. Eh... —Puso rectos sus frágiles hombros y abrió la puerta del copiloto—. Gracias.

—Vosotros dos —dijo mi madre mientras bajaba la ventanilla—. Id directos a casa después del hospital, ¿me oís? Ni os imaginéis que os habéis librado ya. El sermón que tengo que echaros ni siquiera ha empezado.

—No sé cómo tomarme eso —señaló Joey mientras veía cómo nuestras madres se marchaban en la furgoneta de mi padre—. Me hace sentir incómodo de la hostia, Molloy.

—Sí, lo sé —coincidí con un suspiro y le rodeé la cintura con el brazo—. Pero ¿quieres saber qué me hace sentir muy cómoda?

—¿Hum?

—Tú, Joe —le sonreí—. Lo que hiciste en el despacho del señor Nyhan, lo que dijiste, significa mucho para mí.

Me miró con el entrecejo fruncido.

—No hice nada, Molloy.

—Sí que lo has hecho —repliqué, apoyándome en su costado mientras nos acercábamos a mi coche—. Y lo significó todo.

—No sé qué decir —contestó—. ¿Conduces tú, nena?

—No. —Negué con la cabeza y le lancé las llaves—. ¿Puedes hacerme un favor?

—Dime.

—Quédate conmigo esta noche.

Suspiró con fuerza.

—Molloy.

—No me digas que no. —Me senté en el asiento del copiloto y tiré la mochila que llevaba al hombro hacia el asiento trasero antes de volver a centrar mi atención en Joey, que estaba encendiendo el motor—. Di que sí.

—¿Y los críos?

—¿Y tú? —repliqué, encendiendo la radio del coche con un asentimiento de aprobación cuando sonó «Underneath It All» de No Doubt por los altavoces—. Esta habla de ti, Joe.

—Para ya con las canciones —masculló—. Y estoy genial.

—Tu cara no dice lo mismo.

—Aoife.

—Joey. —Le puse la mano sobre la que tenía en el cambio de marchas—. Por favor.

No me contestó hasta salir del instituto y estar en la calle principal. Solo entonces dejó escapar un suspiro y le dio la vuelta a la mano.

—Tú ganas, Molloy. —Entrelazó los dedos con los míos—. Otra vez.

—Yupi.

—Bueno, ¿estás preparada? —preguntó, con la atención entre mi cara y la carretera delante de nosotros—. ¿Para ver al bebé?

—No —admití en voz baja—. ¿Y tú?

—No. —Me apretó la mano—. Pero esto está hecho, Molloy.

¿DEBERÍAMOS HABERNOS CAMBIADO DE ROPA?

Joey

«Joey, soy yo, Shannon. Voy de camino a Dublín con el instituto. No volveré hasta tarde esta noche. ¿Puedes decírselo a mamá? Tiene mi móvil, así que no llames, ¿vale? No podrás localizarme, pero estoy bien, Joe. No te preocupes por...».

Reproduje por tercera vez el mensaje de voz que me había dejado mi hermana y me planteé cómo coño iba a suavizar esto en casa. Borré el mensaje del móvil, me lo guardé en el bolsillo y me pasé una mano por el pelo en señal de frustración.

—Igual deberíamos habernos cambiado de ropa —susurró Molloy devolviéndome al presente.

Nos encontrábamos en la abarrotada sala de espera del hospital materno-infantil, rodeados de mujeres en avanzado estado de gestación y sus maridos..., todos susceptibles de ser confundidos con nuestros padres.

—No te preocupes —respondí apoyándole la mano sobre la rodilla para que dejara de moverla arriba y abajo—. Yo te cubro, Molloy.

—Sí, Joe, a eso me refiero —murmuró—. Aquí todos saben lo bien que me cubres.

Me reí porque, la verdad, ¿qué otra cosa iba a hacer en un momento así? No se equivocaba.

Llevábamos puestos los uniformes del Ballylaggin y atraíamos diversos tipos de miradas de la gente que había alrededor.

Pena. Asco. Compasión. Sorpresa...

La lista no acababa ahí.

—Que les den —le dije lanzándole una mirada de advertencia a un futuro padre especialmente pervertido que tenía los ojos clavados en las piernas de mi novia—. No nos conocen.

—Joe, somos los únicos adolescentes —siguió divagando con tono de pánico—. Aquella chica de allí parece que tiene veintipocos años, pero ya está. Todas estas mujeres son mucho mayores que yo.

—No pasa nada, Molloy —traté de calmarla—. La edad es solo un número.

—Tienes razón —acordó alisándose el bajo de su falda plisada—. Tienes toda la razón, Joe. —Me alcanzó la mano y se acercó hasta pegar su costado contra el mío—. Dios, me estoy meando.

—Aguanta —contesté—. Ya has leído el formulario. Dice que la vejiga tiene que estar llena.

—Ya, pero es muy incómodo. —El malestar la hizo retorcerse—. Distráeme.

—¿Cómo?

—Dime quién estaba al teléfono.

—Shannon —repuse suspirando profundamente—. Se ha ido a Dublín con el instituto.

—¿En serio? No me lo habías dicho.

—Porque no lo sabía —admití—. Sí, va a ser divertido explicárselo al viejo cuando se entere.

—No. —Apretó su mano alrededor de la mía—. No, no, no, no tienes que explicarle nada, ¿vale? Tú mantente alejado de ese gilipollas. Deja que se encargue tu madre.

—Molloy.

—Lo digo en serio, Joe —dijo con voz ahogada llevando mi mano hacia su regazo—. No soporto saber que te hace daño...

—¿Aoife Molloy? —gritó una enfermera con aspecto de estar hecha polvo poniéndole fin a la conversación—. Te toca, cariño.

—Ay, Dios. —Como un conejo ante los faros de un coche,

Molloy se puso en pie y me arrastró con ella—. No te vayas, Joe —susurró cogiéndome la mano con una fuerza letal mientras seguíamos a la enfermera—. No te alejes de mí.

—No lo haré —prometí dejando que tirara de mí hacia una sala de luz mortecina—. No me iré a ninguna parte.

—Me llamo Margaret y soy la ecografista —se presentó la mujer cerrando la puerta a nuestra espalda—. Has venido a hacerte la ecografía de datación, ¿verdad?

—Eh... Sí... —dijo Molloy con un hilo de voz soltándome la mano a regañadientes cuando la mujer la condujo hasta la mesa de reconocimiento—. Eh... Él es el padre, ¿se puede quedar conmigo?

—Claro, el papá puede sentarse en la silla que tienes al lado.

«Papá».

Hostia puta.

—¿Joe? —gimoteó Molloy mirándome fijamente desde la mesa en la que estaba tumbada boca arriba y con la mano extendida hacia mí.

—Mierda, claro.

Sacudí la cabeza para deshacerme del pánico, me acerqué a ella, me hundí en la silla que había junto a la mesa y le cogí la mano.

—Según tu ficha, este es tu primer embarazo —dijo la ecografista mientras lubricaba el vientre de mi novia con una botella de gel transparente—. El primer día de tu último ciclo menstrual fue el catorce de diciembre, ¿es correcto?

—Eh... Sí —dijo Molloy con voz entrecortada—. Así es. Manché un poco a finales de enero, pero mi amiga me dijo que eso podría ser...

—El sangrado de implantación —completó la ecografista asintiendo con la cabeza—. Ajá. Y tienes un hermano gemelo, ¿no? —Tras meterle un montón de pañuelos de papel a mi novia por debajo de la cinturilla de la falda, se puso a manipular el equipo de ultrasonidos que había junto a la mesa, toqueteando los botones y escribiendo en el

minúsculo teclado—. ¿Bivitelino? ¿Dicigótico?

—Pues... —Molloy me miró y yo me encogí de hombros; no tenía ni puta idea de lo que significaba eso—. Sí... Creo...

—Bueno, vamos a echar un vistazo. —Sacó la vara del aparato y se la pasó a mi novia por la tripa—. Vas a sentir mucha presión en la parte baja del abdomen y la zona pélvica, pero no debería doler.

Concentrado en la pantalla que teníamos delante, vi cómo la oscuridad se transformaba en un extraño orbe blanquecino con un fuerte movimiento palpitante que procedía de su centro.

—Precioso —comentó la ecografista mirando alternativamente hacia la vara y hacia la pantalla mientras usaba el teclado y cambiaba de ángulo—. Sí, no hay duda de que estás embarazada.

—Mierda —soltamos Molloy y yo al unísono acercándonos para ver mejor la pantalla.

—¿Es eso? —preguntó Molloy apretándome la mano mientras observábamos cómo esa criaturita con forma de alien flotaba por la pantalla—. ¿Eso es el bebé?

—Sí, y escuchad esto. —La ecografista se calló, pulsó unos botones del monitor y la sala se llenó de un ruido trepidante—. Tiene un latido fuerte y hermoso.

—Parece un caballo al trote —suspiró Molloy—. ¿De verdad es su latido?

—Ajá, y, a juzgar por el tamaño de esta habichuelita, tus fechas son exactas. Estás de catorce semanas y tres días, de modo que la fecha estimada del parto es el 20 de septiembre de 2005. Enhorabuena, mamá y papá.

—Dios, Joe... —susurró Molloy girándose para mirarme—. Fue en la fiesta del Tommen.

—Sí —logré balbucir, pese a que mi corazón retumbaba diez veces más rápido que el de la criatura que llevaba mi novia en el útero—. Puto Gibsie y sus *acanutilados* de Moher...

—Y el champán.

—Puto champán.

—¿Perdón?

—Nada —canturreamos a la vez.

Sacudiendo la cabeza, pregunté:

—Entonces... Eh... ¿Ahora qué?

—Bueno, le daremos a la mamá una cita con la comadrona para repasar el historial médico, familiar y esas cosas, y a partir de ahí ya veremos. —Siguió explorando el abdomen de Molloy mientras hablaba—. Como sabréis por lo abarrotados que están los pasillos y la sala de espera, esta tarde estamos bastante saturados, así que te enviaremos los datos de la cita por correo postal la semana que viene, más o menos.

—¿Qué busca? —preguntó Molloy con recelo mientras observaba cómo la ecografista le desplazaba la vara por el abdomen.

—Eres una gemela; intento asegurarme de que no haya ninguna sorpresa oculta.

—¿Qué? —exclamé con el corazón martilleándome el pecho—. ¿Hay más? —Clavé los ojos en los de mi novia—. ¿Más aún?

—No, no, no —dijo Molloy con una risilla nerviosa alejando la mano de la ecografista—. Con una sorpresa basta, gracias. Joder, no nos busque más problemas.

—No te preocupes. Solo veo un saco membranoso fetal.

—Gracias a Dios —espeté echándome hacia atrás en la silla y presionándome una mano contra el pecho—. No me dé esos sustos.

LOCA POR TI

Aoife

—¿Estás bien? —preguntó Joey cuando aparcamos en el sendero que había fuera de mi casa esa misma tarde.

Nos habíamos pasado la mayor parte del camino de vuelta del hospital en silencio dándole vueltas a la cabeza. Él no había despegado los ojos de la carretera en todo el rato y yo no había podido dejar de mirar la tira de imágenes de ultrasonido que la ecografista nos había imprimido.

Era real. Había oído el latido. Tenía un bebé diminuto creciendo en el interior de mi cuerpo.

—¿Molloy? —Tras apagar el motor del coche, Joey se desabrochó el cinturón de seguridad y se giró hacia mí—. ¿Te encuentras bien?

No estaba segura. Todo era muy surrealista. No sabía qué hacer ni cómo sentirme.

—¿Y tú?

Hizo un gesto de impotencia.

—Me ha llamado «papá», Molloy.

—Ya... —Aliviada al ver que él también parecía alucinado, asentí vigorosamente con la cabeza y me giré hacia él para repetir sus palabras—. Me ha llamado «mamá», Joe.

—Es que he sido consciente cuando estábamos allí, ¿sabes? —musitó frotándose el mentón—. Vamos a ser padres.

—De una persona —convine mordiéndome las uñas con gesto nervioso—. Un ser humano de verdad.

—El año que viene por estas fechas ahí detrás habrá una criatura —añadió señalando hacia la parte de atrás del coche—. Hecha por nosotros.

—Qué dices del año que viene —gimoteé—. Para este

Halloween ya habrá un bebé. —Abrí los ojos como platos—. Para Halloween, Joe. Tendremos que hacer el truco o trato.

—Y por Navidad celebrar que viene Papá Noel.

—Y en primavera, el conejito de Pascua.

—Y yo no tengo ni casa ni coche ni ningún puto título. —Se restregó la mano por la cara—. La situación nos supera, nena.

—Tú no tienes problema —razoné—. Se te dan de miedo los bebés. La que está en un aprieto soy yo. El único bebé que he tenido en brazos es la cría de jerbo de mi primo, y adivina qué le pasó, Joe... Se me cayó. Ajá. Tal cual. Esa cosita cayó de narices en su jaula cuando yo me quedé a su cargo.

—Vale, pero comparar tu capacidad para cuidar de nuestro bebé con hacerte cago del roedor de tu primo no tiene sentido, Molloy.

—Tal vez no, pero tampoco es que dé el perfil de madre responsable...

—¿Y yo sí?

—¡Anda ya! —Puse los ojos en blanco—. Tú has ejercido de padre toda la vida. Dominas incluso la amenaza esa de «como suba para arriba...».

—Guau. Gracias.

—Lo digo en serio, Joe. Tú lo tienes controlado. Yo estoy jodida.

—Déjame verla otra vez —murmuró arrebatándome la ecografía del bebé de la mano y acercándosela a la cara—. Joder, creo que veo una polla.

—¿Qué? No es verdad. —Boquiabierta, le quité la imagen y escudriñé la zona donde me señalaba—. Eso no es una polla, es una pierna.

—No, esto es una pierna —me corrigió dando unos golpecitos sobre la ecografía—. Y esto, la otra. Y eso de ahí es una polla.

—Es el cordón umbilical.

—Es una polla, Molloy. —Dejó caer la cabeza sobre el

volante, masculló algo incomprensible entre dientes y, en voz alta, gruñó—: Es un niño.

—Pero dijiste que aún era pronto para saberlo.

—Ya, bueno, no sé qué decirte, porque eso es una polla.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Créeme, he visto demasiados putos sonogramas de esos a lo largo de los años. Reconozco una polla cuando la veo.

—¿Qué pasa si te equivocas?

—Espero que así sea.

—Joey. —Le di un guantazo en el brazo—. No digas eso.

—No le pongas mi apellido —murmuró con la cabeza apoyada sobre el volante—. Por favor, Aoife, ponle el tuyo y rompe el ciclo.

Sus padres.

Al final todo se reducía a ellos.

—No hay nada que romper, Joey —contesté acariciándole el pelo—. Ni tú eres él, ni yo soy ella.

—Escúchame, por favor. No quiero que lleve mi apellido —repitió en voz baja—. Ni mi nombre, pero mucho menos mi apellido. No quiero que ese crío tenga nada que le haya llegado de mí.

—Joey, venga ya. Ni siquiera sabemos si es un niño.

—Lo es —refunfuñó echándose hacia atrás para mirarme—. En cualquier caso, lo tienes que convertir en un Molloy. No le pongas mi apellido.

—Joey. —Mi corazón se aceleró—. Eres el padre de este bebé y es algo de lo que estoy orgullosa. —Levanté una mano para acariciarle su magullada mejilla—. Estoy orgullosa de ti. Nunca me he avergonzado de quién eres ni de dónde vienes, y nuestro bebé tampoco lo hará.

La emoción centelleaba en sus ojos verdes.

—¿Qué pasa si me convierto en él?

—Eso no va a pasar.

—Pero ¿y si pasa? ¿Y si ya soy como él?

—Eso es imposible.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo conozco a él y te conozco a ti. —Le acaricié la mejilla—. Él es un abusón y tú eres un hombre. No se os puede comparar. Sois polos opuestos. Teddy y tú no sois la misma persona, Joe —susurré—. Ni de lejos.

—Yo nunca te haría daño.

—Lo sé.

—Lo digo en serio. —Me agarró la mano y se la llevó a la mejilla—. Nunca te pondría ni un dedo encima, Aoife Molloy. Nunca. Ni a ti ni a nuestro hijo.

—Lo sé —repetí acercándome para apoyar mi frente sobre la suya.

—Lo haré bien por ti —juró con voz grave—. Te lo prometo.

—No tienes que convencerme, Joe. —Me acerqué y le di un beso antes de susurrarle—: Estoy loca por ti desde los doce años.

Me contempló durante un buen rato y luego dejó escapar un amargo suspiro.

—Te quiero, Aoife.

—Yo también te quiero, Joe.

—¿Me puedo quedar una? —preguntó sosteniendo la larga tira de ecografías.

—Claro —respondí con el corazón a mil por hora mientras lo observaba cortar una con cuidado y metérsela en la cartera—. Es tu bebé, Joe.

—Sí. —Asintiendo con la cabeza, se guardó la cartera y sonrió—. Es mi hijo.

PON TU MANO SOBRE LA MÍA

Joey

—Dame una canción, Joe.

—¿Hum?

—Una canción.

Eran poco más de las diez. Estábamos refugiados en su habitación, tratando de pasar desapercibidos para Tony, que iba de un lado a otro del piso de abajo como un oso con dolor de cabeza, y Molloy se las había arreglado para convencerme de que viera otra de las películas de terror de su colección. Hoy tocaba *Destino final 2*.

Confundido de la hostia por todo lo que había sucedido durante las últimas veinticuatro horas, hacía lo posible para aliviarle la tensión a mi novia. Para que no sintiera que pasaba por aquello sola. Porque, aunque era ella la que llevaba dentro a nuestro bebé, la responsabilidad de la paternidad se nos venía encima a los dos.

Solo de pensarlo el corazón me daba un vuelco.

¿Qué coño iba a hacer?

Tenía que cuidar de una chica y de un bebé.

Pero también estaban Shannon y los niños.

Y mamá.

«Por Dios bendito».

—¿Que te dé una canción? ¿Qué quieres decir? —pregunté encajándome otra almohada por detrás para aligerar la presión de la espalda y mitigar el dolor que recorría mi carne—. Yo no canto, cariño.

—Ya sabes que no me refiero a eso —repuso acurrucada entre mis piernas con la espalda apoyada contra mi pecho—. Dame una canción para nosotros.

—Para nosotros —repetí con tono reflexivo mientras

rodeaba su centro con un brazo y atraía su cuerpo hacia mí.

—Sí, para nosotros.

—No tengo ninguna canción.

—Bueno, pues encuentra una porque la necesito.

—Vale. —Reposando mi mano sobre su abdomen, dije—: Madonna.

—¿«Like a Virgin»?

—«Papa Don't Preach».

Molloy resopló.

—Muy buena. Nos viene que ni al pelo.

Sonreí.

—Gracias.

—Pero en serio. —Zafándose de mí, se giró hasta quedar a horcajadas sobre mi regazo—. Dame una de verdad.

—Me pones en un aprieto.

—¿Y? —Acercándose, frotó su nariz contra la mía—. Eres increíble bajo presión.

Con un fuerte suspiro, la agarré por la cintura.

—Molloy.

—Porfa...

—Vale. —Moviendo la cabeza hacia los lados, me devané los sesos tratando de encontrar algo, lo que fuera, que apaciguara a esa chica, hasta que al final se me ocurrió—: «The Way», de Divine Inspiration.

—¿Del festival de Kerry? —Sus ojos verdes brillaron cuando cayó en la cuenta, y me sonrió—. ¿Te acuerdas de eso?

—¿Te sorprende?

—No, es que... —Negando con la cabeza, arrugó la nariz antes de reconocer lo que estaba pensando—: Esa noche ibas bastante pasado de alcohol.

No solo iba pasado de alcohol.

Iba pasadísimo de rosca.

—Aún me acuerdo de cómo bailabas en ese campo, con las botas de agua amarillas y unos pantaloncitos vaqueros —me oí decir recordando el momento con nitidez. Mis recuerdos más claros eran los de las noches que había

pasado con ella. Las únicas que quería recordar—. Arriba solo llevabas un sujetador minúsculo y se te salían las tetas —seguí contándole para que supiera que siempre iba a atesorar ese recuerdo—. Enseñabas los cachetes del culo, y te juro por Dios que me volvía medio loco con solo mirarte.

—¿En serio?

—Sí, claro —le confirmé reflejando su sonrisa como si fuera un espejo.

—Y tú bailaste —se burló mientras alargaba una mano para pellizcarme de broma la mejilla buena—. El chico que se niega a bailar movía el esqueleto como un fiestero.

—No me quedaba otra... —contesté—. Era más seguro unirse a la locura. Tú llevabas esa pintura por todo el cuerpo...

—¡Ay, sí, la pintura corporal! —Lanzó una carcajada—. Tú también.

Claro, porque ella me la había restregado por todas partes.

—Y, cada vez que parpadeaban las luces estroboscópicas, te iluminabas como los fuegos artificiales.

—¿Sí?

—Sí, Molloy. —Con un suspiro de satisfacción, levanté una mano y le metí el pelo detrás de la oreja—. Esa noche iba ciego, pero tú me hiciste ver las estrellas.

—Qué ingenioso.

—Bueno, solo soy sincero.

—Fue un verano inolvidable, Joe. Yo giraba en torno a ti. —Se detuvo mirándome un buen rato antes de soltar un nostálgico suspiro—. Supongo que ahora todo eso ha quedado atrás para mí, ¿no?

—No, Molloy. —Se me aceleró el corazón—. Volveremos a hacerlo.

—Ya —respondió murmurando de forma poco entusiasta—. Con un bebé en brazos.

—Volveremos a hacerlo —repetí cogiéndole la barbilla con la mano y obligándola a que me mirara.

—¿Sí? —susurró esperanzada.

—Sí —confirmé con voz grave—. Y tú serás igual de temeraria. —Se inclinó hacia mí y le rocé los labios con un beso—. Y yo iré un poco menos puesto.

VACACIONES DE PASCUA

Aoife

—¿Adónde vas? —le pregunté a mi padre el sábado por la mañana desde la puerta de mi cuarto mientras lo observaba bajar las escaleras con el gesto torcido—. ¿Papá?

—A trabajar —vociferó mi padre sin darse la vuelta—. ¡Así que vete diciéndole a ese novio tuyo que saque el culo de tu cama!

«Uy, mierda».

—Joey no está aquí.

—Sé que se quedó a dormir.

«Cierto».

—Se fue hace un rato.

—Bueno, entonces espero que esté en el taller, porque si no será mejor que se vaya buscando a otro con quien trabajar; yo ya estoy harto de tonterías.

—¡Espera, papá! —Corrí tras él escaleras abajo y lo perseguí hasta el exterior de la casa, donde tenía aparcada la furgoneta—. No le pegues, ¿vale?

—No voy a pegarle.

—¿Me lo juras?

—Si quisiera pegarle al chaval, lo habría hecho la otra noche —farfulló mi padre mientras se subía al vehículo—. Entra ya, que hace frío y no quiero que encima te pongas enferma.

—Tampoco lo despidas —supliqué agarrando la puerta de la furgoneta para impedir que la cerrara—. Por favor, papá. Necesita su trabajo.

—Pues claro que necesita el puto trabajo —espetó mi padre—. Tiene que pagar los gastos de la criatura que viene de camino, ¿no?

Estaba claro que consultarlo con la almohada no le había hecho ningún bien a mi padre. Parecía más enfadado que cuando se enteró.

—Pero el otro día nos apoyaste cuando los Lynch...

—Joder, porque eres mi hija. Claro que te apoyo. Siempre estaré contigo frente a los demás para beneficiarte. Pero no me gusta, Aoife —gruñó arrancando el motor—. ¡Mi niña va a tener un niño con otro niño cuando ella misma aún es una niña! Esto no me parece bien, pero tampoco es que ahora pueda decir nada al respecto, claro. Es demasiado tarde. ¿Qué sentido tendría que le rompiera el cuello al muchacho a toro pasado? No puedo retroceder en el tiempo y ponerle un condón a ese imbécil en la polla, ¿a que no?

No podía responderle a eso, así que solté la puerta y me quedé mirando mientras él la cerraba de golpe y se largaba. Volví a entrar a toda prisa y subí corriendo las escaleras para coger el teléfono y avisar a mi novio de que mi padre estaba en pie de guerra.

Aoife: Código rojo. Código rojo. Evita el taller a toda costa.
Mi padre está sediento de sangre.

Joey: Siento haberme ido sin despertarte.
Tenía que ir a ver cómo estaban los niños antes del trabajo.
¿Cómo te encuentras? X

Aoife: ¿Yo? Bien. Eres tú el que me preocupa.
¿Los niños están bien?

Aoife: ¿Joe?

Joey: Todo en orden.

Aoife: ¿Y Shan?

Joey: Aún no ha vuelto de Dublín. X

Aoife: Ay, mierda.

Joey: Sí, lo sé. X

Aoife: Mantente alejado de tu casa, Joe. Te puedes quedar en la mía unos días. No quiero que corras peligro.

Aoife: ¿Joe?

Aoife: ¡Joey!

Joey: Todo en orden. No te preocupes. Estoy en el trabajo, así que hablamos luego.

X

Aoife: Joe, lo de mi padre iba en serio. He visto unos alicates oxidados en el asiento del copiloto de su furgo. Creo que se podría estar planteando castrarte.

Joey: Ya me las arreglaré con Tony. Tú ten cuidado, ¿vale? No vayas por ahí subiéndote por las paredes ni haciendo mierdas locas de esas. Te veo esta noche.

X

Aoife: Te quiero. X

Joey: Yo también te quiero. X

—Bueno, las cosas como son —dijo mamá cuando entró en la cocina después de llevar la comida de mi padre al taller—. El padre de tu bebé los tiene bien puestos.

Me levanté de la silla como un resorte.

—¿Joe?

—Ajá. —Mamá asintió con la cabeza—. Ha ido a trabajar.

—¿De una sola pieza?

Mamá hizo una mueca.

—Más o menos.

—Por Dios, mamá. Dime que papá no le ha pegado.

—Según tu padre, le ha tirado a Joey una llave inglesa a la cabeza, pero no ha tenido nada que ver con el moratón de su ojo.

—Dios mío —sollocé sentándome de nuevo y dejando caer la cabeza entre las manos—. Me quiero morir.

—A tu padre se le pasará —repuso en tono reconfortante—. Los dos estarán bien, cariño. Con el tiempo se arreglarán. Ya llevan mucho tiempo trabajando juntos. Son casi un viejo matrimonio.

—Deberías haberlo oído esta mañana, mamá —gimoteé viendo a mi madre corretear de un lado a otro de la cocina—. Era tan hostil...

—No es que sea hostil, mi amor, es que tiene roto el corazón.

—Eso es aún peor —logré decir—. Se lo he roto yo. Por eso huyó de mí como de la peste anoche cuando llegó de trabajar. Me odia.

—¿Podemos hablar? —preguntó Kev entrando en la cocina con las manos alzadas—. Civilizadamente.

—Kev —suspiró mamá hastiada—. No creo que sea el momento...

—Tenemos que solucionarlo, Aoife —insistió ignorando el comentario de mi madre—. Venga. Vamos a sentarnos y a hablarlo. No podemos estar ignorándonos todo el rato.

—Puedes hablar con él todo lo que quieras —le dije a mi madre mientras me ponía en pie y cogía las llaves de mi coche de encima de la mesa—. Me voy a casa de Casey.

—Aoife —dijo Kev con un hilo de voz cuando pasé por su lado—. Por favor.

—Vete a la mierda, Kevin.

PADRES Y ABUELOS

Joey

Aunque me dolían sitios que no sabía que podían llegar a doler, encajé el mal humor de Tony en el trabajo sin quejarme y navegué por las peligrosísimas aguas en las que me veía inmerso tratando de no desplomarme a causa del dolor que me atravesaba.

La espalda me dolía hasta el punto de que casi me daba miedo quitarme la camiseta y mirarme al espejo. No quería ver el tipo de daños que me había provocado ese cinturón la otra noche.

Sabía que mi desnudez solo iba a conseguir estresar aún más a mi embarazada novia, así que, pese a sus sospechas, la noche anterior me había ido a la cama en camiseta y pantalón de chándal. Me dormí enseguida, gracias a un par de benzos de las que le prescribían a mi madre que me había tragado en el baño después de que Molloy se quedara frita, pero por la mañana volví a sentir lo mismo.

Aun así, saqué el culo de la cama y me las arreglé para estar puntual en el taller, pues era consciente de que había llegado el momento de demostrarle mi valía a Tony Molloy. Y es que, por primera vez en la vida, estaba a malas con mi jefe, y no era algo que me hiciera sentir bien.

No me había dicho ni una sola palabra desde la noche en la que nos sentamos alrededor de la mesa de su cocina con mis padres, y la presión iba en aumento.

Cuando esa mañana vino al taller y me vio esperando en la puerta, yo no estaba muy seguro de cómo iba a ir la cosa. Al no mandarme directamente a la mierda, me quedé por ahí y esquivé todas las llaves inglesas y de carraca que me lanzaba. Y cuando digo que me las lanzaba me refiero a que

me las tiraba a la cabeza.

Estaba más que furioso, y no lo culpaba. Además de decepcionarlo, había arrastrado a su hija conmigo.

Soportando su silencio y los misiles voladores, agaché la cabeza, ignoré el móvil y trabajé hasta la hora de comer, determinado a no darle más motivos para que me largara del trabajo.

No me importaba cómo quisiera gestionarlo. Tampoco es que yo tuviera mucho a lo que aferrarme. Le había jodido la vida a su hija. Si el bebé que crecía dentro de Molloy fuera una niña y acabara enamorada de un mierda como yo, a mí también se me iría la castaña, como le había pasado a Tony.

Eran poco más de las cinco de la tarde cuando por fin dejó de hacerme el vacío y plantó una taza de café en el carrito que había junto a mí. Sin atreverme a decir nada que lo mosqueara aún más, hice ademán de llevarme la taza a los labios, pero me detuve en seco mientras miraba el borde con recelo.

—Relájate, no está envenenado —farfulló antes de darle un sorbo a su taza y cambiarla por la mía para demostrármelo—. No quiero dejar a mi nieto sin padre.

Eso decían sus palabras, pero su expresión mostraba claramente que lo había pensado.

—Gracias —murmuré antes de probar la bebida.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Me he dado contra una puerta.

Movió la cabeza hacia los lados, pero no insistió; prefirió darle otro sorbo al café.

Agradecido por su pequeño acto de misericordia, yo también le di un trago al mío.

—Entonces ¿vamos con ello?

—¿Quieres hacerlo ahora?

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

—De acuerdo —dijo mirándome con dureza.

—De acuerdo —contesté manteniendo el contacto visual en señal de respeto, pero gritando por dentro: «Que

empiece el espectáculo. Prepárate para el dolor».

—Me has defraudado, Joey.

Mierda, oírlo decir eso en alto me dolió más de lo que había pensado.

—Ya lo sé, Tony.

—Pero lo peor es que has decepcionado a mi hija.

—Sí. —Tensando la mandíbula, asentí con rigidez—. Eso también lo sé.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Dar un paso al frente.

—Un paso al frente.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—Voy a hacer lo que Aoife quiera que haga.

—¿Y qué pasa con lo que Trish y yo queremos que hagas?

—Eso también. —Me encogí de hombros—. Siempre que se ajuste a lo que quiere tu hija.

—¿Vas a estar a su lado?

—Sí.

—¿Vas a casarte con ella?

—Si es lo que quiere, sí.

—¿Tú qué quieres?

—A ella.

Se me quedó mirando un buen rato y luego lanzó un suspiro cargado de frustración.

—Me cago en todo, Joey, esto sería mucho más fácil si no me cayeras bien.

«Sí, lo sé».

—Puede que ella vaya a tener a tu bebé, pero sigue siendo mi bebé —espetó—. Siempre lo será. Moriría por ella. Mataría por ella. Sé que eres buen tío, pero te aviso, de hombre a hombre, si alguna vez se te pasa por la cabeza ponerle un dedo encima a mi hija o a esa criatura...

—No tendrías que matarme, Tony —lo interrumpí—. Lo haría yo mismo.

—No digo que vayas a hacerlo, pero sabes por dónde voy, ¿verdad? Yo voy a tener tiempo para ti, chaval, lo sabes, y

sé que quieres a mi hija, pero el hogar de donde procedes y el hombre que te ha criado... —Se le quebró la voz y dejó ir un profundo suspiro antes de echarme una mirada de advertencia—. ¿Me sigues?

Ofendido y con sensación de haber sido acuchillado por la espalda, me obligué a tragar el amargo sabor de la traición.

—Sí, Tony, te sigo.

—No digo que lo vayas a hacer —matizó—, pero eres...

—Soy hijo de mi padre —dije con rotundidad completando la frase—. Lo pillo.

—¿Y bien? —inquirió Molloy al otro lado de la línea mientras yo volvía a casa caminando esa misma tarde—. ¿Cómo ha ido? ¿Se ha pasado mucho? ¿Estás bien? ¿Te ha pegado? Dime que no te ha pegado...

—Molloy, respira. Estoy genial —dije interrumpiéndola antes de que se pusiera a interrogarme con todas las de la ley—. Estoy a punto de llegar a casa. Me ducho, compruebo cómo se encuentran los niños y luego me paso por tu casa.

—Entonces ¿de verdad estás bien?

Ni de coña.

—Sí, Molloy, todo fantástico.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha preguntado si tenía intención de casarme contigo.

—Dios mío... —gimoteó de forma muy dramática—. ¿Y tú qué le has dicho?

—Que ya nos habíamos casado en secreto y que, en lugar de un anillo, te habías tatuado mi nombre en el culo.

—¿No le habrás dicho eso a mi padre...?

—Claro que no —me reí—. ¿Cómo estás?

—Igual que la última vez que preguntaste —musitó—. Cálmate, Joe, sigo siendo yo.

Menos mal, joder.

—Bueno, estoy algo más abajo de tu calle —añadió—. Tengo el coche, así que llámame cuando estés listo y me

paso a recogerte.

—¿Estás donde Casey?

—Sí. Le estoy haciendo unos reflejos. Tenía que salir de mi casa, si no iba a apuñalar a mi hermano con una cuchara.

—Si vas a apuñalarlo, usa algo más afilado.

—¿Un cuchillo, por ejemplo?

—Mejor un tenedor. No queremos que el bebé nazca en la cárcel.

Se echó a reír al otro lado del teléfono.

—Las rayas me sentarían de muerte.

—No lo dudo —coincidí—. Oye, cuelga, te llamo luego.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Finalicé la llamada, me metí el móvil en el bolsillo y lo saqué de nuevo en cuanto se puso a sonar.

Sin leer la pantalla de visualización, le di a Aceptar y me puse el teléfono en la oreja.

—No, Molloy, las rayas no te hacen gorda; no, tampoco has ganado peso y, sí, aunque así hubiera sido, yo te querría lo mismo que ahora...

—Joey, ven a casa. ¡Ven rápido! —gritó Ollie al teléfono—. Por favor, ven. ¡Papá la va a matar!

—¿A quién, Ollie? —pregunté mientras mis piernas rompían a correr en dirección a casa—. ¿A mamá? —El corazón se me replegó en el pecho—. ¿Le está haciendo daño a mamá?

—¡A Shannon! —gritó Ollie—. ¡Está matando a Shannon!

ÉL O NOSOTROS 2.0

Joey

Corriendo más rápido que en toda mi vida, hice un esprint durante el resto del camino, con el corazón desbocado y la mente a la deriva.

«No pasa nada».

«No será para tanto».

«Respira».

Al rodear el jardín, vi a Ollie en la puerta principal, haciéndome señas como un loco para que me diera prisa. Sabía que estaba gritando y que las lágrimas le resbalaban por las mejillas, pero no fui capaz de decirle nada.

Mientras me tambaleaba al cruzar la puerta de entrada y seguía un rastro de sangre que llevaba hasta la cocina, tan solo oía el atronador rugido de mi pulso. Mi cerebro tardó un rato en asimilar lo que veían mis ojos.

Había sangre impregnada en los azulejos de la cocina.

Shannon permanecía inmóvil en el suelo.

Tadhg cubría el cuerpo de nuestra hermana con el suyo.

Tenía sangre en la cara.

Mamá estaba de pie, gritando.

Y él.

Él.

En medio de esa carnicería se encontraba nuestro padre.

La bolsa de deporte se me cayó del hombro y el ruido que hizo al chocar contra el suelo pareció despertarme del trance que me asfixiaba. Sentía como si se me hubiera cerrado la garganta. El corazón se me secó y murió dentro de mi pecho.

Volví a mirar a Shannon, y el dolor que sentí al ver su cuerpo machacado fue demasiado para mí. Joder, todo

aquello era demasiado.

—¡Hijo de puta! —Las palabras rasgaron mis labios como un grito de guerra y noté que me movía, abalanzándome sobre él con el corazón clamando venganza—. ¡Puto animal asqueroso!

—¡Espera, Joey!

No esperé. No podía.

—Pégame. —Lo tiré al suelo con más fuerza de la que creía poseer y le estrellé la cabeza contra las baldosas antes de volver a ponerme en pie y arrastrar conmigo a ese pedazo de mierda inútil—. Vamos, cabrón. Pégate con alguien de tu tamaño, joder.

—¡Joey! Por favor, no...

—¡Cierra la puta boca! —rugí perdiendo los papeles cuando mi madre trató de hablarme. Mi hermana estaba inconsciente en el suelo y, en lugar de ir con ella, a esa mujer tan solo se le ocurría proteger a su marido—. Eres la madre más patética que ha pisado la faz de la tierra.

Soltando todo tipo de improperios, se echó hacia atrás para coger impulso y me encajó su fornido puño en la mandíbula.

—Mocososo de mierda...

—¿Has visto eso? —pregunté clavando los ojos en nuestra madre, ya ajeno incluso al propio dolor. Sabía que debería dolerme (su puño era como un puto bulldócer), pero la adrenalina que corría por mis venas me proporcionaba una fortaleza sobrenatural—. ¿Has visto cómo me pegaba?

—¡Yo te enseñaré modales, niñato! —balbuceó papá lanzando otro puñetazo.

Pero esa vez falló, lo que me dio la oportunidad de devolverle el gesto.

—¿No ves lo que les está haciendo a tus hijos? —Le enchufé el puño en el puente de la nariz y la sangre nos salpicó a los dos mientras se caía sobre su culo—. ¿Estás ciega o qué cojones te pasa?

—Joey, ¡para! —oí decir a mi hermana con un hilo de voz.

Pero ya sobraban las palabras—. No se merece que vayas a la cárcel por él.

Porque no podía parar.

Al menos hasta hacerlo parar a él.

Para siempre.

Había que pararlo.

Joder, tenía que hacer que todo parara.

—¡Quítate de encima! —me suplicó mi madre—. Joey, para, ¡que lo vas a matar!

—¡Mejor!

Mis puños siguieron moviéndose con voluntad propia en una frenética escena desenfocada en la que mis nudillos desgarrados manaban sangre sobre los dos. Por una vez me dejé llevar por mi corazón y me dispuse a acabar lo que había empezado.

Si tenía que cumplir condena, que así fuera.

Alguien debía ponerle fin a todo aquello.

Y debía ser yo.

—Joey, lo... prometiste... —Una manita me tiró del brazo, rompiendo mi concentración—. Me prometiste que... nunca... me... abandonarías.

La voz de Shannon atravesó la rojiza neblina de mi mente y me eché hacia atrás, dejando caer las manos a los costados mientras sus palabras seguían filtrándose en mi dañado cerebro.

Shannon.

«Pam, pam, pam».

Shannon.

«Pam, pam, pam».

Shannon.

«Pam, pam, pam».

Anestesiado por completo y con la mente a mil por hora, me bajé de golpe de mi padre y me alejé.

—Teddy, Dios mío... —sollozó mamá corriendo hacia él—. Teddy, ¿qué has hecho?

Y ahí estaba.

Esa era ella.

Corriendo directamente hacia él.

Me destrozó.

Lo que fuera que me hubiera mantenido entero los últimos dieciocho años se hizo añicos y me cortó por dentro. Con ojos desorbitados, miré a mi alrededor tratando de encontrarle sentido a esa zona de guerra en la que nos habíamos criado. La zona de guerra en la que me encontraba.

Sangre y lágrimas.

Dolor y presión.

Era demasiado.

—Ollie. —Centrando mi atención en el punto en el que estaba encogido junto a Shannon, le hice señas con el dedo y le dije—: Ve arriba y trae a Sean.

Porque no me cabía la menor duda de que el bebé se estaba escondiendo debajo de mi cama. No lo culpaba. Yo mismo hubiera querido estar ahí debajo con él.

—¿Por qué?

—¡Porque nos vamos! —Temblando de la cabeza a los pies, anuncié—: No nos vamos a quedar en una casa con este pedazo de mierda ni un día más.

Afortunadamente, Ollie hizo lo que le pedía y se fue directo hacia las escaleras sin dudar ni un segundo.

—Tadhg. Ve con Ollie.

—Pero yo...

—Por favor —pedí con voz ahogada y sintiendo cómo se me agitaba el pecho al ver la sangre que ensuciaba su rostro—. Sube y coge vuestras cosas, chaval.

Después de intimidarlo con la mirada durante diez segundos, cedió y se fue a toda prisa hacia las escaleras. Ya sin los niños más pequeños a la vista, pude centrarme en mi hermana. No quería. Me hubiera gustado salir corriendo y esconderme, pero me obligué a mí mismo a contemplar los daños que había sufrido su cuerpo.

—Estás bien... —mentí dejándome caer de rodillas a su

lado, sintiéndome más roto en ese momento que en cualquier otro de los que tuviera recuerdo—. Estoy aquí. — La levanté con suavidad entre mis brazos—. Estoy aquí, Shan.

Se tiró hacia mí como una muñeca de trapo, y el pánico me abrasó porque supe que esa vez había sido la peor. Esa vez le había hecho más daño que nunca.

—Estás sangrando —se lamentó mamá—. Ay, Dios, Teddy...

No me hizo falta más.

Esas palabras fueron suficiente para hacerme perder el poco autocontrol que había logrado reunir.

—¿Estás ciega, hostia? Ella también está sangrando. Shannon. ¡Tu hija!

—Shannon. —Mamá se puso a parpadear rápidamente como si saliera de una especie de abotargamiento, y le cambió la expresión—. Ay, cariño, tu cara...

—No te atrevas a venirle con «cariño»... —espeté ayudando a mi hermana a ponerse en pie.

Titubeaba y se caía contra mí como un potrillo recién nacido, y su falta de equilibrio y coordinación no hacían más que aumentar mi pánico.

Porque no era buena señal.

Era una puta mierda de señal.

—Estás bien... —traté de persuadirla mientras la llevaba hasta la mesa y la sentaba en una silla—. Estás bien. Estoy aquí. —Cogí un paño de cocina y lo presioné contra un lateral de su cara, del que parecía venir la mayor parte de la sangre—. Estoy aquí, Shan.

—Shannon, no quería...

—¡Ni se te ocurra hablarle, joder! —rugí colocándome protectoramente frente a la silla en la que estaba desplomada mi hermana cuando ese malnacido intentó decirle algo—. ¡Te mato! ¿Me oyes? ¡Como vuelvas tan siquiera a mirar a mi hermana te corto el puto cuello!

¿Cómo se atrevía a mirarla? ¿Cómo cojones se atrevía a

decir que no quería hacerle daño?

Todo lo que había hecho ese hombre en la vida estaba orquestado con una malicia y una crueldad intencionadas. Decía que lo sentía porque era tan consciente como yo de que esa vez había ido demasiado lejos. Lo que acababa de hacer en esa cocina no se podía esconder ni enterrar. Estaba acabado, y el cabrón lo sabía.

En lugar de alegrarme, me puse de los nervios. Porque Teddy Lynch nunca era más peligroso e impredecible que cuando estaba acorralado, y ahora ese malnacido tenía el culo pegado a una pared.

Los chicos volvieron a la cocina poco después con las mochilas cargadas de ropa y juguetes, y me destensé aliviado al ver el rostro impoluto de Sean.

Estaba bien.

«El bebé está bien».

—Vale, esto es lo que va a pasar —dije cuando mis tres hermanos se pusieron corriendo detrás de mí—. O encuentras algún instinto maternal en lo más profundo de ese puto corazón de piedra que tienes y echas a ese hijo de puta de una vez por todas —le planteé a mi madre—, o me llevo a estos niños de casa para siempre.

—Joey, lo siento mucho...

—No te disculpes —la interrumpí antes de soltar—: Protege a tus hijos y échalo.

—Joey, yo...

—Decídete, mamá. —Para mis adentros, deseé que hiciera lo correcto por una vez en su vida. Sabía que tenía miedo. Yo también lo tenía. Pero esos niños se merecían algo mejor. Ella debía ser mejor, hostia, porque aquella versión de lo que era una madre no bastaba para mantener a salvo ni a una camada de gatitos—. ¿Él o nosotros?

—Joey, si te calmas un momento...

—¡No te atrevas a venirme con palabrería! —Estaba furioso; el corazón se me resquebrajaba un poco más cada segundo que tardaba en elegirnos—. Haz lo correcto por una

vez en tu puta vida y échalo.

—Joey, ¿no podríamos simplemente...?

—Él o nosotros —sentencié castañeando los dientes del dolor que desgarraba mi cuerpo y trataba de ignorar con desesperación—. Él o nosotros, mamá.

Silencio.

Miradas vacías.

Nada.

Seguía sentada a su lado, contemplándome con la mirada perdida.

—Quiero que sepas algo —logré articular conteniendo las lágrimas que se acumulaban en mis ojos—. Quiero que sepas que en este momento te odio más de lo que nunca lo he odiado a él. Quiero que sepas que ya no eres mi madre, aunque tampoco es que haya tenido ninguna jamás.

—Por favor...

—No. —Sorbiendo un sollozo, negué con la cabeza y dije—: A partir de ahora, estás muerta para mí. Tú te gestionas tu mierda. La próxima vez que te pegue no estaré aquí para protegerte. La próxima vez que se gaste todo el dinero en prisa y no tengas para darles de comer a los niños o para pagar la luz, encuentra otro gilipollas a quien sacarle la pasta. La próxima vez que te tire por las escaleras o te rompa un puto brazo en uno de sus rebotes de borracho, me haré el loco como tú lo has hecho aquí mismo, en esta cocina.

—Joey.

—A partir de hoy, no estaré aquí para protegerte de él, al igual que tú no has estado aquí para protegernos a nosotros.

—No le hables así a tu madre. —Poniéndose en pie a duras penas, el imbécil intentó amenazarme—. Eres un desagradecido, pedazo de...

—¡Ni se te ocurra hablarme, pedazo de mierda asqueroso! —grité sin intención de seguirle el rollo ni un segundo más—. Puede que comparta tu sangre, pero eso es todo. Tú y yo

hemos terminado, viejo. Por mí, puedes arder en el infierno. De hecho, espero sinceramente que lo hagáis los dos.

—¿Crees que puedes hablarme así? —refunfuñó limpiándose la sangre de la cara—. Relájate de una puta vez, niño.

—¿A mí me llamas «niño»? —Eché la cabeza hacia atrás y me reí con cinismo—. ¿A mí? ¿Al que se ha pasado media vida criando a tus putos hijos? —Señalé a los niños que se escondían detrás de mí—. ¿Al que ha estado arreglando vuestros problemas, cumpliendo con vuestras responsabilidades, sustituyendo a dos padres que no valen para una mierda? —Y justo habían sido ellos los que habían decidido que yo no iba a ser un buen padre. Hipócritas de mierda—. ¡Puede que solo tenga dieciocho años, pero soy más hombre de lo que tú serás jamás!

—No te pases, Joey. Te lo advierto...

—¿O qué, joder? —Lo fulminé con la mirada—. ¿Me vas a pegar? ¿A darme puñetazos? ¿Patadas? ¿Te vas a sacar el cinturón? ¿Vas a partirme las piernas con el hurley? ¿A reventarme una botella en la cabeza? ¿A acojonarme? Adivina. Ya no soy un niño asustado, viejo. —Moví la cabeza hacia los lados como puta señal de desprecio por aquel hombre—. No soy un crío indefenso, ni una adolescente aterrorizada, ni tampoco tu mujer maltratada. Así que, me hagas lo que me hagas, te aseguro que te lo devolveré multiplicado por diez.

Él lo sabía. La única manera de mantenerme a raya era matándome. Porque nunca iba a retroceder ante él. Mientras tuviera aire en los pulmones, mi firmeza sería inquebrantable.

No dejaría de luchar.

—Fuera de mi casa —exigió, lo que me hizo saber que me había oído alto y claro—. ¡Ahora, niño!

—¡Teddy, para! —Mamá se apresuró a interceptarlo—. No puedes...

—¡Cierra la puta boca, mujer! ¡O te parto la cara! ¿Me

oyes?

—No puedes echarlo... —lloriqueó encogida ante él—. Por favor. Es mi hijo...

—Ah, ¿así que ahora soy tu hijo? —Asqueado, moví la cabeza hacia los lados. Era demasiado tarde—. No me vengas con favores.

—Esto es culpa tuya, niña —dijo entonces mi padre con tono acusador dirigiendo su cabreo de borracho de nuevo hacia mi hermana—. ¡Zorreando por toda la puta ciudad y trayéndole problemas a esta familia! Tú eres el problema aquí...

—Ni se te ocurra —le advertí poniéndome delante de ella para que no la mirara—. ¡Que no la mires, joder!

—Es la verdad —continuó diciendo para provocar, centrándose en Shannon al ver que conmigo no llegaba a ningún sitio.

La sangre que yo había derramado era de tipo físico, pero nuestro padre quería algo más. Se moría por tener alguna prueba de la angustia mental que nos infligía. Como en ese sentido no iba a obtener nada de mí, lo intentó con mi hermana.

—No eres más que una inútil y siempre lo has sido. Le conté a tu madre lo que haces y ella no quiso escucharme. Pero yo lo sabía. Te calé incluso cuando eras pequeña; eres una puta enclenque. No sé de dónde has salido.

—¡Eso es mentira, Teddy! —fue el patético intento que hizo mi madre por protegerla—. Shannon, cariño, eso no es...

—Nunca te hemos querido. ¿Lo sabías? Tu madre te dejó una semana en el hospital, pensando si abandonarte o no. Hasta que la culpa pudo más que ella. Pero yo nunca cambié de opinión. Ni siquiera soportaba mirarte, ¡cómo iba a quererte!

—Shannon, no le hagas caso —exhorté al ver cómo palidecía a mi lado. La estaba volviendo loca, que era lo que pretendía, y eso me paralizaba. Tal vez no pudiera dañarme, pero, joder, al lastimarla a ella, me hacía pedazos a mí—. No

es verdad. Es un hijo de puta desquiciado. Ignóralo. ¿Me oyes, Shan? Ignóralo.

—Tampoco te quería a ti —dijo intentándolo de nuevo conmigo.

—Me rompes el corazón —le solté en un tono que destilaba sarcasmo.

Sus palabras no podían herirme. Eso solo podía hacerlo la mujer que tenía al lado.

—Bueno, nosotros sentimos lo mismo por ti —espetó Tadhg—. ¡Ninguno de nosotros te quiere!

—Tadhg, cállate —le advertí entrando en pánico cuando mi hermano pequeño se puso en plena línea de fuego—. Yo me encargo de esto.

—No, no voy a quedarme callado, Joe —sostuvo—. Él es el puto problema de esta familia y alguien tiene que decírselo.

Estaba totalmente de acuerdo con él, pero tenía que cerrar la boca y dejarme hablar a mí. Yo podía enfrentarme a la mierda que lanzaba nuestro padre. Podía soportar los golpes. Pero Tadhg no era más que un crío. Debía estarse quietecito y, sobre todo, permanecer ileso.

—¡Sácalo de mi vista! —rugió nuestro padre señalando a mi hermano—. ¡Ahora, Marie! Llévate a este pequeño hijo de puta antes de que acabe con él.

—Me gustaría verte intentarlo —masculé empujando bruscamente al pequeño bocachanca detrás de mí antes de que volviera a hablar—. Venga, viejo.

—¡No! —Mamá se interpuso entre nosotros—. Eres tú quien se va.

—¿Qué has dicho? —farfulló—. ¡¿Qué coño has dicho?!

—Vete —susurró mamá sin aliento con aspecto de estar a punto de caerse de narices contra el suelo—. Se acabó, Teddy. Estoy harta. Hemos terminado. No puedo... ¡Necesito que te vayas!

—¿Estás harta? ¿Crees que me vas a dejar? Eres mía, Marie. ¿Me oyes? Eres mía, joder. ¿Crees que puedes echarme? ¿Alejarte de mí?

—¡Que te vayas! ¡Quiero que te vayas, Teddy! Sal de nuestras vidas.

«Tienes que irte».

«Quiero que te vayas».

«Sal de nuestras vidas».

Se lo decía a mi padre, pero yo no sentía nada. Porque sus palabras ya no significaban una mierda. Era demasiado tarde. El daño estaba hecho. El momento de enfrentarse a él había pasado hacía tiempo. Cualquier cosa que hiciera ahora no era por miedo a lo que pudiera pasarles a sus hijos, sino a ella misma.

—¿Crees que tienes vida sin mí? —siguió diciendo en tono de burla—. ¡No eres nada sin mí, perra! ¡La única forma en que me vas a dejar es en una caja! Te mataré antes de permitir que me abandones. ¿Me oyes? Quemaré esta puta casa contigo y tus retoños dentro antes de dejarte ir.

—¡Para! —sollozó Ollie agarrándose a mi pierna—. Haz que pare. Por favor.

—¿Ahora eres una niña? —se burló papá mirando a su segundo hijo más joven—. ¡Échale huevos, Ollie, hostia ya!

—¡Ya basta, Teddy! —intentó de nuevo mamá—. ¡Vete!

—Esta es mi puta casa —gruñó con obstinación—. ¡No voy a ir a ninguna parte!

—Muy bien —dije en un tono de voz extrañamente calmado, teniendo en cuenta que en ese momento estaba de todo menos calmado—. Ollie, sal fuera y llévate a Sean contigo. —Me metí la mano en el bolsillo, cogí el teléfono y se lo di—. Toma, coge esto y llama a Aoife, ¿vale? Llámala y vendrá a buscarnos.

Odiaba meter a Molloy en aquello.

Joder, me despreciaba a mí mismo por hacerla volver a esa casa.

Pero no me quedaba otra.

No tenía a nadie más.

Ella era la otra parte de mi «juntos hasta el final» y, fuera o no lo mejor, sabía que vendría.

—¡No, no, no! Joey, por favor, no me los quites. —Presa del pánico, mi madre corrió hacia mí—. Le he pedido que se vaya. Se lo he pedido, Joey. —Con los ojos fuera de las órbitas, me puso la capucha y me rogó que hiciera algo que ambos sabíamos que yo no podía hacer—. ¡Por supuesto, por supuesto que os elijo a vosotros! Por favor, no hagáis esto... Por favor, Joey. No te lleves a mis hijos.

—¿De qué les sirves si no puedes mantenerlos a salvo? —Cada centímetro de mi cuerpo se sacudía y temblaba mientras yo luchaba contra la imperiosa necesidad de consolarla. Pero no podía volver a hacerlo. Esa vez no—. Eres como un puto fantasma en esta casa. No pintas nada, mamá. Tan pasiva... ¡No nos haces ningún bien!

—¡Joey, espera, espera! Por favor, no hagáis esto. —Me cogió las manos, se puso de rodillas frente a mí y yo me quise morir—. No me los quites.

—No puedo dejarlos aquí —dije con voz ahogada. Lo sentía tanto por ella que el corazón me martilleaba en el pecho—. Y tú has tomado una decisión.

Así era.

Podía negarlo, pero lo había elegido a él.

Siempre iba a elegirlo a él.

Pero esa vez yo elegía a mis hermanos antes que a ella.

—No lo entiendes —lloriqueó—. Tú no lo comprendes.

—Entonces levántate, mamá. —Los ojos se me llenaron de lágrimas y, en serio, fue como si ella me atravesara el pecho con la mano y me envolviera con ella mi corazón—. Levántate y sal de esta casa conmigo.

—No puedo. —Sacudió la cabeza con ojos suplicantes—. Me matará.

«¡También los matará a ellos!», quise gritar.

¿Qué parte de eso no entendía? ¿Cómo cojones podía justificar que se quedaran en esa casa? Eso no era amor. Era algo enfermizo. Estaba tan enferma como él y yo no quería seguir formando parte de eso.

—Entonces muérete —fue todo lo que respondí.

—Deja que se vaya, Marie —ordenó mi viejo—. Volverá con el rabo entre las piernas. El cabrón es un inútil. No aguantará ni un día por su cuenta...

—¡Cállate! —Con las manos levantadas, mi madre gritó a pleno pulmón—. ¡Cállate ya! Esto es culpa tuya. Me has destrozado la vida. Has destrozado a mis hijos. Eres un puto loco...

La golpeó tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar.

Le encajó el puño en la cara y vi cómo mi madre se estrellaba contra el suelo como un saco de patatas. Se desplomó sobre las manos y las rodillas, igual que otros tantos cientos de veces en otros tantos cientos de peleas que habían tenido lugar en esa misma puta cocina.

—¿Crees que puedes hablarme así? —masculló plantándose delante de ella—. ¡Tú eres la peor de todos, puta asquerosa!

«No lo hagas».

«No lo hagas».

«No lo hagas».

—¡Quítale las manos de encima a mi madre, joder! —me oí rugir reaccionando con la inercia de toda una vida mientras lo apartaba del destrozado cuerpo de mi madre de un empujón y avanzaba hacia ella—. Mamá...

Sentí que me rompía; mi voz, mi autocontrol, mi corazón. Todo explotó en mil pedazos. Me arrodillé junto a ella, y me dolió ver que mi contacto le asustaba tanto como el de él, cuando lo único que yo intentaba era protegerla.

—Deja a este hombre... —Le aparté el pelo de los ojos. Se parecía tanto a Shannon mientras me miraba... Era igual de asustadiza e infantil—. Ya se nos ocurrirá algo, ¿vale? Lo arreglaremos, pero no podemos quedarnos aquí. Yo cuidaré de ti...

—¿Quién coño te crees que eres? —gruñó mi padre agarrándome por la parte de atrás del cuello con su poderosa mano—. ¿Crees que lo sabes todo, niño? ¿Crees que eres mejor que yo? —Su contacto me trajo los horribles

recuerdos y flashbacks de toda una vida—. ¿Crees que puedes apartarla de mí? —Subyugándome con su fuerza, me obligó a ponerme de rodillas—. ¡No se va a ir a ninguna parte!

Aumentó la presión sobre la parte de atrás de mi cuello y me hizo tumbarme boca abajo.

—Te he dicho que te enseñaría modales, puto desagradecido de mierda. —El peso que ejercía sobre mí era insoportable y me dejaba completamente indefenso frente a su ataque—. ¿Todavía crees que eres un hombre, niño? —Luego me clavó la rodilla en la espalda y tuve que reprimir un grito cuando el dolor se propagó por la ya machacada zona—. ¡Enséñale a tu madre la clase de hombre que eres, llorando de rodillas como una pequeña perra!

—¡Para! —suplicó mi madre implorante—. Quítate de encima, Teddy.

—Soy más hombre que tú —logré decir tratando con desesperación de retirar la cara del suelo sobre el que pretendía aplastarme.

—Ah, ¿eso crees? —Riéndose con crueldad, me agarró del pelo y me echó la cabeza hacia atrás antes de golpearme bruscamente la cara contra las baldosas—. Eres un pedazo de mierda, chaval.

Sentí una calma siniestra en mi interior durante unos instantes, pero luego una repentina ráfaga de calor y dolor me recorrió el rostro, trayendo consigo el familiar sabor metálico de la sangre en mi boca.

En mi esfuerzo por zafarme de él, escupí un coágulo de sangre y vomité sobre las baldosas mientras intentaba desesperadamente quitármelo de encima.

Implacable, me dobló la cabeza hacia atrás y volvió a estamparla contra el suelo.

Una y otra vez.

Sin parar.

—¡Suéltalo! ¡Teddy, lo vas a matar!

Me quedé aturdido.

—¡Mejor! ¡Y tú eres la siguiente, puta traidora!

El dolor me rebotaba por dentro. Sentía cómo el hueso de la nariz se desplazaba de lado a lado con cada golpe que me daba. En cierto modo, estaba aliviado, porque pensé que por fin se acababa todo.

«Al fin se termina».

—¿Eso es todo lo que tienes? —gruñí todavía luchando por zafarme de su llave inquebrantable; porque nunca iba a ceder ante ese hombre. Para eso él primero tendría que hacer que mi corazón dejara de latir—. ¡Ya no eres como antes, viejo!

Solo podían pasar dos cosas. O él me mataba, o lo mataba yo a él. Al menos, si era él quien acababa con todo, eso me permitiría descansar. Podría tener paz.

«No te rindas».

«Tienes una novia y un bebé que dependen de ti».

«Vuelve a ponerte en pie, hostia».

«No la dejes sola con esto».

Lleno de furia, seguí peleando, provocando... Seguí adelante, joder. Hasta que de algún modo logré ponerme de lado y lo tiré al suelo junto a mí. Pero mi cuerpo estaba demasiado débil y exhausto como para defenderse.

Luchando desesperadamente por mi vida, traté de infligirle el máximo dolor posible, pero mis manos eran como bloques de hormigón. Me costaba mucho levantarlas, no digamos lanzar un puñetazo.

Sacando de nuevo lo mejor de mí, mi padre se puso a horcadas sobre mi pecho y me echó la mano al cuello, cerrándome las vías respiratorias y limitando la capacidad de mis pulmones.

Oía a los chicos llorar, a mamá sollozar, y sabía que Shannon necesitaba ayuda, pero en esos momentos solo podía pensar en mi novia. En todas las mierdas que había hecho, en todas las putas situaciones horribles en las que la había puesto a lo largo de los años. Sentía cómo las lágrimas me caían por las mejillas mientras mi cuerpo se iba

debilitando.

«Te quiero —le dije mentalmente—. Perdóname. Joder, de verdad que lo intenté».

Quería cerrar los ojos. Que todo parara. Pero algo captó mi atención entre el desconcierto. Fue Shannon. La veía. Al otro extremo de la cocina. Desplomada y sangrando por la boca. El pánico me desgarró por dentro.

«Se muere».

«Se muere».

«Levántate».

«Levántate y ayúdala».

—Ayúdala... —traté de gritar, pero mis palabras fueron apenas un susurro—. ¡Ayúdala..., joder!

—¡Deja a mi hermano! —El grito de Tadhg se filtró en mi mente momentos antes de que se redujera la presión de mi garganta.

Respirando con dificultad, tiré de la mano que seguía envuelta a mi cuello. Había dejado de estrangularme, pero aún no me había soltado.

—Tadhg, baja el cuchillo —oí decir a mi madre con voz sofocada—. Por favor, cariño.

—¡Vete a la mierda! —contestó a gritos—. Deja. A. Mi. Hermano.

—No seas estúpido, muchacho.

—No soy estúpido, y yo no soy Joey. No pararé porque Shannon lo diga.

Mareado y agotado por lo mucho que me estaba costando que mi corazón siguiera latiendo, desvié mi borrosa mirada hacia mi hermano pequeño, que sostenía un cuchillo contra la garganta de nuestro padre presionándole la afilada punta precariamente cerca de la yugular.

—Tadhg —logré balbucear cuando el viejo aflojó un poco más la mano—. No pasa nada. Tranquilo...

—Sí que pasa, Joey. —Con lágrimas resbalándole por las mejillas, movió la cabeza hacia los lados—. Pasa, y mucho.

—¿Qué vas a hacer, muchacho? —lo provocó el muy

imbécil—. ¿Apuñalarme?

—Sí.

El viejo se lanzó a por el cuchillo, pero mi hermanito se agachó y dio un paso al frente, todavía blandiendo el arma.

—¡Hostia puta, Tadhg! —berreó mi padre trasladando las manos de mi garganta a la suya mientras le chorreaba sangre del corte que le había provocado el cuchillo—. Me has cortado.

—Se acabó —gruñó Tadhg sujetando el cuchillo con más firmeza de la debida para un chico de su edad—. Quítate de encima de mi hermano y lárgate de esta casa para siempre o te corto el puto cuello.

REFLEJOS Y ANGUSTIA

Aoife

—Eres la reina de todo lo relacionado con el pelo y el maquillaje —afirmó Casey dando un giro de trescientos sesenta grados para echarse un buen vistazo en el espejo—. Es de locos, Aoife. ¡Tus habilidades con el maquillaje son lo más de lo más, tía!

Con el equipo de música de su cuarto a todo volumen, mi mejor amiga bailoteaba al ritmo de «Give It Up», de KC & The Sunshine Band, mientras hacía posturitas frente al espejo de cuerpo entero que había pegado a la parte de atrás de la puerta de su habitación.

Después de pasarme casi todo el día en casa de su madre, me notaba mejor. Casey tenía una capacidad innata para hacerme sentir que mi vida no se iba a la mierda. No es que fuera demasiado optimista; era más bien que su locura complementaba la mía.

Encajábamos como el beicon y la col.

O el vodka y la Coca-Cola.

—Me gustaría darle las gracias a la academia... —Hice una dramática reverencia antes de volver a meter las brochas de maquillaje en la mochila—. Y también a mí misma, porque, a ver, soy increíble y todo eso...

—Te podrías sacar bastante pasta maquillando y peinando a la gente.

—Ya. —Me tiré en su cama y suspiré profundamente—. Ese es el plan, Case.

—Espero que tengamos una niña —dijo—. Así podremos inculcarle toda nuestra sabiduría sobre el delineado y la moda.

—Joey quiere una niña.

—¿Sí?

—Sí, y ese es perfecto —sentencié viendo cómo se reajustaba el cortísimo vestido negro que se estaba probando para su cita de esa noche—. En serio, Case. Estás cañón.

—Hum... —Con aire escéptico, estudió su aspecto en el espejo durante un buen rato antes de negar con la cabeza y sacarse la prenda por encima de la cabeza—. Voy a llevar el vestido rosa.

—Te equivocas —opiné—. El negro te hace unas piernas kilométricas.

—Pero el rosa me hace unas tetas brutales.

—¿Y qué? —resoplé—. Alec te ha visto las tetas miles de veces. Ya sabe lo brutales que son.

—Esta noche no voy a salir con Alec.

Se me iluminaron los ojos.

—¿Con Mack?

—No.

—¿Con Rambo?

—No.

—¿Con Charlie?

—Con nadie de nuestro curso, Aoife.

—Entonces ¿con quién?

—Con Patrick.

—¿Patrick? —Fruncí el ceño con gesto confundido—.

¿Quién coño es...? Ay, Dios. —Abrí los ojos como platos—.

¿Ese tío de la fiesta del Tommen?

Sonriendo, se mordió el labio y asintió.

—No está nada mal para una chica de Elk, ¿eh?

—Espera. —Ahogué una carcajada de sorpresa—. ¿No va como a cuarto?

—Tiene diecisiete y está en bachillerato. Y mira quién fue a hablar —se rio—. ¿El papi de tu bebé no es más joven que tú?

—Uy, sí, tres meses enteros. —Puse los ojos en blanco—. Estoy hecha una asaltacunas.

—Ya, bueno, disfruta esta noche desarrollando a tu criatura con el culo pegado al sofá, que yo me voy de caza.

—Oye, no te metas con hacer vida en el sofá —gruñí—. ¿Adónde vais?

—A la parte trasera de su coche, si tiene suerte.

—Guau. Haz que se lo curre un poco, ¿no?

—Frena esas hormonas de embarazada cabrona, impúdica Virgen María.

—Tengo más pudor que tú —dije con un bufido—. Por lo menos solo he tenido un rabo dentro de mí.

—Ya —resopló—. Un rabo sin protección y demasiado productivo.

Sonreí.

—Prefiero su rabo antes que el de Dicky el Pegajoso.

—Oye, deja en paz a Dicky el Pegajoso. —Movié las cejas—. No todo se centra en el tamaño del barco, Aoife. El movimiento del mar también es importante.

—Guarra.

—Qué blasfemia. —Fingió ahogar un gritito—. ¿Quién es la que vive en pecado aquí? Ten un poquito de vergüenza, Molloy. ¿Qué pensaría la hermana Alphonsus si te viera ahora mismo? —dijo antes de chasquear la lengua.

—Estamos fatal de lo nuestro, ¿verdad?

—Probablemente —convino con una risita—. Yo te culpo a ti.

—Y yo a ti.

—Así que a Joey le pareció bien lo del bebé, ¿no? —preguntó poniéndose seria mientras se subía a unos tacones de quince centímetros—. ¿Te apoyó?

—Se lo tomó muy bien, Case. —Lancé una exhalación—. Me daba mucho miedo su reacción.

—Qué va, yo ya sabía que él iba a estar a tu lado. —Movié una mano en el aire sin rumbo—. Ese chico tendrá lo que quieras, pero se le dan bien los niños.

—Eso es verdad —coincidí entre suspiros—. Prácticamente ha criado a su hermano pequeño.

—Bueno. Al menos uno de los dos sabrá lo que hace —contestó tumbándose a mi lado en la cama—. ¿Y ya sabes qué harás con lo de tu hermano?

—Déjalo, Case —farfullé notando cómo una oleada de ira me subía por las entrañas con tan solo mencionar a Kev—. No quiero tener nada que ver con él.

—No puedes hacer eso, Aoife —repuso con un suspiro de cansancio—. Además de tu hermano, es tu mellizo. Compartisteis útero.

—Ya lo sé, y por eso es aún peor —solté arrugando el ceño—. Me ha jodido pero bien, Case.

Entonces me sonó el teléfono y me alegré de la interrupción. Como no quería hablar sobre Kevin, y mucho menos perdonarlo, metí la mano en el bolsillo del vaquero y sonreí al ver el nombre de Joey parpadeando en la pantalla.

—Es Joe. —Me puse de pie de un salto, cogí la mochila y me la eché al hombro—. Ya puedo ir a recogerlo.

—Vale. —Casey volteó las pupilas y me dijo adiós con la mano—. Abandóname por el papi de tu bebé.

—Pásatelo bien en tu cita —dije ya de espaldas a ella mientras abría la puerta de su cuarto y atravesaba corriendo su pequeña sala cocina hasta llegar a la puerta principal—. Mañana envíame un mensaje con los detalles.

—Lo haré.

—Y usa condón.

—Siempre —anunció con voz cantarina—. No soy como tú.

Riéndome para mis adentros, cerré la puerta de la casa detrás de mí antes de pulsar Aceptar y ponerme el teléfono en la oreja.

—Hola, semental.

—Aoife —dijo una voz infantil al otro lado de la línea antes de sorberse los mocos—. Aoife, ¿puedes venir a buscarnos?

—¿Ols? ¿Eres tú? —Con el ceño fruncido, me re Coloqué la mochila en el hombro y bajé a toda prisa la escalera comunitaria hasta llegar a la planta baja del edificio—. ¿Estás bien? Parece que estás llorando. ¿Dónde está Joey?

—*Tenes* que venir a buscarnos —gimoteó al otro lado del teléfono—. Por favor, Aoife, por favor. *Tenes* que venir rápido.

—Vale, vale, voy de camino —le dije entrando en pánico mientras corría hacia el exterior del edificio, donde había aparcado—. Me estoy metiendo en el coche, Ols. En dos minutos estoy en tu casa.

Un par de minutos más tarde, cuando llegué a casa de Joey y me bajé del coche, el corazón me palpitaba tan fuerte que parecía que se me iba a salir del pecho. No quería entrar, pero el terror en la voz de Ollie me empujó a hacerlo. Con las palmas de las manos sudorosas y el pulso acelerado, me dirigí hacia la puerta principal, sintiendo que el pánico crecía a cada paso que daba.

—I-fa. —Con la cara llena de lágrimas, Sean vino corriendo hacia mí y por el camino se tropezó con el umbral de la puerta—. I-fa.

Dios mío...

Había pasado algo grave.

Algo grave de la hostia.

—Hola, Seany, chiquitín —dije con voz ahogada cogiéndolo en brazos mientras seguía caminando hacia la puerta—. ¿Estás bien?

—I-fa. —Llorando, hundió su cara en mi cuello y, al sentir cómo le temblaba el cuerpecito, el miedo me heló el corazón—. O-ui.

—He llamado a una ambulancia —susurró Tadhg, que me esperaba en la entrada—. Creo que está muerta.

—¡La ha matado! —gritaba Ollie desde el pasillo—. ¡Papá ha matado a Shannon!

Al borde del desmayo, entré a trompicones por la puerta principal con Sean en los brazos y me encontré con una escena que parecía sacada de *La matanza de Texas*.

Había sangre por todas partes.

—Joey —grité mareada deteniéndome en la puerta de la cocina con los ojos completamente cerrados para no ver qué había más allá.

Si le había pasado algo, no sería capaz de soportarlo.

—¡Joey! —Se me quebró la voz y me aferré más fuerte a su hermanito—. ¡Joey, por favor, dime que estás bien!

—Molloy —lo oí contestar, y el sonido de su voz me dio el valor que necesitaba para cruzar el umbral y entrar en la cocina.

Sabía que estaba a punto de presenciar algo horrible, pero nada podría haberme preparado para ver a mi novio embadurnado de sangre y desplomado en el suelo de la cocina acunando en sus brazos el cuerpo sin vida de su hermana.

El hecho de no ver a Teddy por ninguna parte no me consoló demasiado en ese momento. Porque sabía que había estado allí. Esa brutalidad llevaba su nombre escrito en mayúsculas.

—¿Qué le pasa? —pregunté a punto de que Sean se me cayera de los brazos del susto que me había llevado al ver la carnicería que tenía delante—. Dios mío, ¿por qué está sangrando por la boca?

—¡Se está muriendo! —gritó Tadhg sacudiendo los hombros de su madre, que estaba sentada en el suelo de la cocina presionando una bolsa de guisantes congelados contra el pecho de su hija como si fuera la solución a todo—. ¡Ha matado a mi hermana y no estás haciendo nada!

—Shannon, respira... —sollozó Marie—. Respira, Shannon. Respira, cariño. La ambulancia está de camino.

—Todo va bien, todo va bien... Te tengo. —Ignorando a su madre, mi novio seguía susurrándole cosas al oído a su hermanita—. Te quiero. Te quiero, Shan. Aguanta un poco por mí, ¿vale?

—¡Shannon!

—¡Por Dios, Shannon!

—Estoy aquí. Estoy aquí, Shan —siguió diciendo Joey

mientras la mecía adelante y atrás en sus brazos como haría una madre con un niño pequeño.

No sabría decir cuál de los dos sangraba más.

Sospechaba que Joey.

Pero Shannon... Su cuerpo parecía inerte.

—¿Respira? —pregunté entrando en acción mientras dejaba a Sean en el suelo y me acercaba a ellos.

—No lo sé, no lo sé. —Joey ahogó un grito y fue el peor sonido que jamás había oído salir de su boca.

Parecía tan joven...

Tan asustado...

Tan profundamente destrozado...

—¿Me oyes? —gimoteó sosteniendo su rostro ensangrentado entre las manos—. Voy a sacarte de aquí, ¿vale? Shannon, ¿me oyes? ¿Shan? Venga, háblame.

—Aléjate de ella —le advertí a Marie apartando bruscamente la bolsa de guisantes del cuerpecito de su hija mientras le buscaba el pulso—. ¡Vas a provocarle un shock!

—¡Perdón, perdón! —gritó su madre entre llantos—. Solo intento ayudar.

—Vale —suspiré aliviada al sentir la tenue vibración del pulso de Shannon en las yemas de los dedos—. Tiene pulso, pero es débil.

—No sé dónde está la ambulancia —lloriqueó Marie dejando caer la cabeza entre las manos—. Ya debería haber llegado.

—Deja de llorar y haz algo útil —le ordené combatiendo un arranque de furia dirigido por completo hacia ella. Porque esa mujer... Bueno, es que no sabía ni por dónde empezar. Colapsaría—. Quítate de en medio, Marie. Ve a coger a Sean, trae una manta, lo que sea.

Esperé hasta que se hizo a un lado y me acerqué a mi novio, que seguía acunando el cuerpo inmóvil de su hermana entre los brazos.

—Voy a conseguir ayuda, ¿vale? —le susurraba Joey a Shannon al oído mientras le daba un beso en la frente,

refregando y mezclando su sangre con la de ella—. No me dejes.

Ella lo miraba con ojos vidriosos y ausentes, y el espantoso gorgoteo que salió de su garganta, junto con los coágulos de sangre que expulsó al intentar responderle, sería algo que me perseguiría en sueños durante el resto de mi vida.

—Aoife. —Sollozando, puso la mejilla sobre el rostro de su hermana y murmuró algo que no alcancé a oír antes de lanzar un suspiro entrecortado y darle un beso en el moflete —. Dame tus llaves. —Respirando con dificultad, dejó ir un agónico berrido y espetó—: A la mierda la ambulancia. La llevaré yo mismo.

—Joey, no la muevas —insistí consciente de que ninguno de los dos estaba en posición de que lo desplazaran. Shannon parecía que se estaba muriendo, y a Joey tampoco debía de faltarle demasiado—. Podría tener daños intern...

—¡Dame las putas llaves, nena! —me cortó con la voz rota mientras se ponía en pie tambaleándose con su hermana entre los brazos. Había recibido tantos golpes en la cara que apenas podía reconocerlo—. Ayúdame.

Se dirigió hacia la puerta principal antes de que pudiera contestarle. Antes de que me diera tiempo de suplicarle que se sentara porque iba a desmayarse.

El pánico se me arremolinaba en el estómago, retorciendo mi corazón en una turbulenta oleada de miedo y temor. Mientras corría tras él, sabía que no era buena idea, pero lo acompañé igualmente porque me necesitaba. Porque, por primera vez en su vida, había pedido ayuda.

Una palabra.

«Ayúdame».

Nunca antes la había oído salir de su boca y sabía que quizá fuera la última vez, pero tenía que ayudarlo.

¿Cómo no iba a hacerlo?

Rodeé el coche a toda prisa, abrí la puerta del conductor y tiré el asiento hacia delante para que él pudiera subirse a la parte trasera.

No lo hizo.

—Conduzco yo.

—No, Joe. —Moví la cabeza en gesto de negación—. No es buena idea. Yo...

—Conduzco yo —dijo con voz ahogada—. Voy más rápido y no puedo... —Se le quebró la voz y aspiró de forma entrecortada—. Por favor, sujétala por mí. Necesito no... Eh... Solo necesito... —Tambaleándose, se reclinó contra el lateral del coche y se aferró al cuerpecito de Shannon—. Molloy, estoy muy asustado.

Se me partió en dos el corazón.

—Vale, Joe, cariño. Conduce tú. —Me abrí paso hasta el asiento de atrás, extendí los brazos y le hice un gesto para que me la pasara—. Tengo a Shan. La mantendré a salvo. Te lo prometo.

PARTE 6

RESPIRA, CARIÑO, RESPIRA

Joey

—¿Joe?

Sentía sus manos en mi cara.

—¿Joey, cariño?

Su olor me envolvía.

Tenía sus manos en mi cara.

—Respira.

No sentía mi cuerpo. No sentía nada, tan solo sus manos.

Sabía que intentaba sentarme. Era consciente de que mis piernas trataban de apartar las sábanas, pero mi cabeza no estaba activada. No me funcionaba el cerebro.

Todo estaba destrozado, joder.

—Molloy. —Arrastraba las palabras. Le rozaba el cuello con los labios al hablar—. ¿Dónde está?

—Se encuentra bien. —Me abrazó más fuerte, cubriéndome con un apretado manto de calidez y confort—. Shannon está bien, Joe. La han operado y todo ha salido perfecto. Los chicos también están genial. Todo va bien, cariño.

Me recliné hacia delante y me dejé caer sobre mi novia. Sabía que no debía ponerle peso encima, pero fui incapaz de detenerme.

—El bebé...

—El bebé está bien. —Me besaba la frente—. Los dos estamos bien.

Ella era lo único que parecía real en ese momento. Estaba allí y era real. Podía olerla, tocarla, sentirla.

«Solo a ella».

—¿Qué hora es?

—Sobre las seis y media.

—¿Qué día es?

—Domingo por la mañana, Joe.

—Mi cabeza... —mascullé enterrando la cara en su cuello cuando el dolor me atravesó—. Mis ojos...

—Chisss... Tranquilo. No intentes ponerte de pie. —Sentí sus labios en la sien y luego su mano en la parte de atrás de mi cabeza, acariciándome suavemente el pelo—. Quédate en la cama. Estoy aquí contigo, Joe.

¿Cama? Ni siquiera me acordaba de haberme subido a una.

—¿Dónde estoy?

—En un box de los servicios de urgencias. —Volvió a besarme en la sien—. Has estado entrando y saliendo.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Te han hecho muchas pruebas. Un TAC, unas radiografías y una resonancia magnética. —Noté que se le entrecortaba la respiración y oí el sollozo que intentaba ocultar—. Pero vas a estar bien, ¿vale? No voy a dejar que te pase nada.

—No llores, Molloy. —Mientras le acariciaba el cuello con la nariz, traté de llevar las manos hasta su cara para consolarla, pero pesaban de la hostia y solo conseguí colocárselas débilmente alrededor de la cintura—. Sabes que me mata verte llorar.

—No estoy llorando. —Sorbiéndose la nariz, me dio otro beso en la cabeza y luego me acunó la cara contra su pecho—. Todo va bien, Joe.

—¿Y Shannon?

—Está a salvo. —Molloy se apresuró a tranquilizarme—. Ya te lo he dicho, ¿te acuerdas?

No.

No me acordaba de una mierda.

—Te quiero —balbuceé—. Eso es todo lo que recuerdo.

—Yo también te quiero —contestó con voz emocionada—. Más de lo que te puedas imaginar.

—Joder, mis ojos... —gruñí haciendo un gesto de dolor

cuando la luz que me rodeaba se me hizo demasiado intensa—. ¿Dónde está Seany?

—En casa, con la tata Murphy. —Otro beso—. Igual que Ollie y Tadhg. Todos están bien.

—Tadhg estaba... Eh... —Moviendo la cabeza hacia los lados, me agarré a su cintura; en ese momento necesitaba aferrarme a ella porque sentía que mi cuerpo se desmoronaba—. Tenía un cuchillo.

—No está herido, Joe —susurró—. Chisss, cariño. No digas nada más, ¿vale? Espera a sentirte mejor. Ya lo hablaremos entonces.

Asentí débilmente y lancé un gruñido cuando la presión que notaba en la cabeza alcanzó unas cotas épicas.

—¿Llevo pantalones?

—No, cariño. Llevas tus bóxers y una bata de hospital. Tuvieron que quitarte la ropa para la resonancia.

—Buah, mierda.

—¿Por qué?

—Tengo una piedra de hachís en los vaqueros —murmuré somnoliento—. Me vendría muy bien un peta.

—Ay, Joe... —Se le escapó una risa entrecortada—. Mira que pensar en colocarte estando como estás...

—¿Puedo pasar? —preguntó una voz desconocida. De repente, nos bañó una anómala cantidad de luz mientras oía cómo se descorría una cortina—. ¿Es usted un pariente cercano?

—Sí.

—¿Está por aquí su madre o algún tutor legal?

—No, solo yo.

—Puedo volver cuando su madre...

—Ya ha cumplido los dieciocho —la oí decir—. Yo le llevo el papeleo como pariente cercano. Es el padre de mi bebé. Somos familia. —Me cogió la cara ahuecando las manos y la atrajo hacia sí—. ¿Me ves, Joe?

Gesticulando a causa del dolor que las luces me provocaban, meforcé por centrarme en el único rostro

que veía desde los doce años.

—¿Molloy?

—Ha venido el médico, Joe. —Sonrió y empecé a ver borroso, hasta que posé la vista en sus ojos verdes—. Vamos a hablar con él, ¿vale?

—Vale. —Me obligué a asentir con la cabeza y luego me retorcí de dolor—. Lo que tú digas, reina.

—Los resultados de la resonancia indican tres fracturas lineales independientes en el cráneo —le explicaba la voz—. Tiene una fractura nasal, una fractura orbital y una pequeña fractura en el hueso cigomático izquierdo.

—¿Cigo qué? —oí preguntar a Molloy—. Doctor, por favor, hámbleme en cristiano.

—Aparte de tres pequeñas fracturas en el cráneo, Joseph también tiene un pómulos roto, la nariz rota, la cuenca del ojo rota y un golpe en la cabeza de grado tres —escuché que explicaba el hombre—. La resonancia también muestra varios golpes antiguos y daños importantes en el húmero, por no mencionar los signos de fracturas metafisarias-epifisarias que parecen haberse curado bastante bien sin producir ninguna deformación grave ni debilitación de la estructura esquelética.

—No tengo ni idea de lo que significa —oí decir a mi novia con un hilo de voz—. ¿A qué se refiere cuando dice que se han curado bastante bien?

—¿Puedo ser franco?

—Sí, sí, por supuesto.

—Joseph, ¿puedo ser franco?

—Haga lo que le salga del nabo, doctor. Yo no mando sobre usted —murmuré tan a gusto sintiendo los dedos de Molloy sobre mi pelo que me acerqué más a ella y le apoyé la barbilla en el hombro—. Usted sea Franco y yo seré Joey.

—No, Joe, lo que quiere decir... Da igual. Siga, doctor.

—En casos como el de Joseph...

—Joey —farfullé—. Es Joey, Franco.

—En casos como el de Joey, cuando los pacientes se

presentan en estas circunstancias, suele haber un largo historial de violencia doméstica y, para simplificarlo, digamos que los resultados de las pruebas que le hemos hecho a su pareja revelan un patrón de maltrato infantil que claramente se remonta a la infancia.

Mi novia soltó un sollozo de angustia.

—¿Infancia?

—No, no, no —traté de consolarla rozándola con la nariz—. No llores, Molloy.

—Estoy bien, Joe —susurró acariciándome—. ¿Cómo lo sabe, doctor?

—Los resultados de las pruebas indican de forma concluyente que sufrió fracturas de consolidación viciosa que no se trataron ni se curaron bien. Se ha detectado una fractura mal curada en la parte media del húmero derecho. Por desgracia, esto suele darse en niños de menos de dieciocho meses que han sido expuestos a maltratos físicos. En el caso de su pareja, aunque los huesos se han curado con el tiempo, muchas de las heridas que sufrió su cuerpo han dejado lesiones residuales. Manchas, si lo prefiere.

—¿Quiere decir que esto le ocurre desde que era un bebé?

—Lo que digo es que hay pruebas que llevan a creer que su pareja ha sufrido un tremendo nivel de maltrato físico durante un amplio periodo de tiempo.

—¿Desde que era un bebé?

—Es posible.

—Dios mío... —Molloy lanzó un sollozo y me acercó más a ella—. ¡Dios mío!

—La verdad, es un milagro que esté aquí sentado.

EN LAS BUENAS Y EN LAS MALAS

Aoife

Habían pasado veinticuatro horas desde nuestra acelerada entrada a Urgencias; Joey con su hermana en brazos y yo pidiendo ayuda a gritos.

En honor a la verdad, la ayuda había llegado de inmediato, pero en cuanto se llevaron corriendo a Shannon en una camilla, rodeada por el trajín de los médicos y el personal de enfermería, Joey se desplomó abruptamente en el suelo de la sala de espera.

Decir que estaba aturdida sería quedarme corta si tratara de describir lo que sentía en esa silla junto a la cama de mi novio, detrás de una cortina azul pálido en medio de una sala de urgencias abarrotada, mientras esperábamos a que alguna cama quedara libre en el piso de arriba. Lo que fuera que le hubieran dado para mitigarle el dolor unas horas antes lo había dejado fuera de combate, y yo me sentía aliviada.

Cuanto más durmiera, más tiempo estaría a salvo.

«Más tiempo estaría protegido del dolor que lo iba a devorar».

Porque, en el fondo, yo sabía que, una vez que se le pasara el efecto de la medicación y su pobre y maltrecho cerebro volviera a tomar consciencia de sí mismo, se levantaría y saldría de ahí. Poco iba a importarle que necesitara descansar o que le hubieran dado una paliza despiadada. Joey se iría directo a la cabecera de la cama de su hermana sin pensar en las consecuencias, ni en sí mismo.

Y después de visitarla a ella... No quería ni pensarlo.

Con los codos apoyados en su cama, seguí llorando y

viéndolo dormir.

Apenas se le reconocía la cara bajo las gasas, los esparadrapos y los vendajes. Su ojo izquierdo quedaba oculto tras un apósito blanco y tenía vendado el puente de la nariz. Los moratones y la hinchazón alrededor del ojo derecho eran tan descomunales que resultaba difícil saber si estaba despierto.

Me mordí el labio, ahogué un sollozo y me incliné hacia él para apartarle el pelo de la frente, dejando a la vista más hematomas. Estaban por todas partes. Cada centímetro de su piel narraba una brutal historia de maltrato a manos de un monstruo.

Las marcas en carne viva que le había descubierto en la espalda la noche anterior mientras lo ayudaba a desvestirse me habían revuelto el estómago. No había manera de ocultar lo que le había ocurrido. El cinturón de su padre había dejado una profunda impronta en su piel.

Obligándome a ser fuerte por él, me quedé a su lado, determinada a no dejarlo solo más tiempo del que tardaba en sacar un té de la máquina expendedora. Mi madre me había llamado muchísimas veces, suplicándome que volviera a casa para ducharme y comer algo decente, pero no podía hacerlo.

No podía dejarlo.

Nunca lo haría.

La Gardaí había venido y se había ido, ya que mi novio no estaba en condiciones de hacer las declaraciones que buscaban. También habían hecho acto de presencia algunos asistentes sociales, un agente de la Gardaí del servicio de atención a las víctimas y muchas otras autoridades.

La tata Murphy se las había arreglado para conseguir mi número de teléfono y había llamado varias veces para preocuparse por su bisnieto y para que le diera algún que otro mensaje a Joey, pero eso era todo. Ella había sido la única.

No había vuelto a ver a Marie Lynch ni una sola vez desde

que se lo llevaron en silla de ruedas a triaje. Entendía que Shannon no estaba bien, la tata me había dicho que había sufrido un colapso pulmonar, pero Joey también estaba herido, joder.

¡Por el amor de Dios, tenía tres fracturas en el cráneo! Era asombroso que el cerebro no se le hubiera hecho papilla. Ya lo había dicho el doctor: era un milagro que siguiera vivo.

—Molloy. —Soltando un gruñido de dolor, Joey cubrió mi mano con la suya y abrió el ojo bueno—. ¿Qué te he dicho sobre lo de llorar?

Sollozando,forcé una sonrisa y susurré:

—Hola, semental.

—Hola, reina. —Tenía la voz áspera y rota—. Bonitas piernas.

Ahugué un sollozo.

—Bonito todo.

—No llores por mí.

—No lo hago. —Me esforcé en sonreír aún más—. Vuelves a tener la nariz aplastada como una tortita.

—Hum... —exhaló con un bufido—. Vaya novedad.

—Me parece sexy. —Entre sollozos, acerqué su mano a mi boca y le besé todos y cada uno de sus magullados nudillos—. Le has pillado muy bien el punto al look de tipo duro malote.

—¿Cómo está mi bebé?

—Haciéndose.

—¿Y mi otro bebé?

—Estoy bien, Joe —dije—. Los dos estamos bien.

—Me alegro. —Su ojo parpadeó hasta cerrarse—. Necesito que estéis bien.

—Lo estoy, Joe.

—Los dos.

—Los dos lo estamos.

—Pues necesito que siga siendo así —murmuró apretándome la mano—. Es importante para mí.

Luchando desesperadamente contra la necesidad de

subirme a la cama y abrazarlo, me levanté y me acerqué a él.

—Tú eres importantes para nosotros. —Reclinándome, le di un largo beso en la frente, que estaba húmeda y pegajosa —. Lo eres todo para nosotros.

—Quiero a ese bebé, reina.

Asentí mientras me sorbía la nariz.

—Lo sé, semental.

—Oí el latido de su corazón.

—Claro que sí.

—Está ahí de verdad.

—Ajá.

—Hemos hecho un bebé.

—Sí, Joe, así es.

—Tengo miedo.

—Ya lo sé. Es normal.

—¿Cuándo podré salir de aquí, Aoife?

—Los médicos quieren que te quedes unos días en observación —le expliqué rastreándole con los dedos las heridas de la cara—. Estamos esperando a que haya libre una cama en el piso de arriba.

—No —gruñó negando con la cabeza—. No, no, a la mierda. Me voy a casa.

—Tú te quedas aquí —le advertí cogiéndole la mano con la que iba a intentar sacarse la vía intravenosa—. Tienes una conmoción tremenda, Joe. El médico me lo ha explicado. Debes quedarte aquí, ¿vale?

—Tengo que ver a Shannon.

«Ya tardaba».

—Shannon está bien —dije tratando de calmarlo mientras me hundía en el borde de su cama y le sujetaba las manos sobre el pecho con ternura para evitar que se hiciera daño —. La están cuidando muy bien en la planta de arriba.

—Ya, pero necesita verme —intentó argumentar con voz tosca y quebradiza—. Tú no lo entiendes. Debo estar allí cuando se despierte. Va a estar asustada. No sabrá qué

decir. He de ir a verla.

—Joe. —Le cogí la cara entre las manos, me incliné hacia él e hice que me mirara—. Te juro que Shannon está bien. —Le di un suave beso en la comisura de la boca tratando de evitar los puntos que tenía en el abultado labio inferior y mentalmente le rogué que dejara de pensar en los demás—. Confías en mí, ¿verdad?

Asintió despacio con la cabeza.

—Vale. —Le acaricié el pelo y volví a darle un beso—. Entonces créeme cuando te digo que lo mejor que puedes hacer por Shan es descansar y ponerte bien.

—¿Joey? —La apesadumbrada voz de Marie nos llegó desde detrás de la cortina, y los dos nos pusimos tensos—. ¿Puedo hablar contigo?

—No, no, no —masculó cogiéndome la mano—. No puedo lidiar con ella ahora.

—No pasa nada —le susurré acariciándole la mejilla buena contra la mía—. Estoy aquí, Joe. Yo te cubro las espaldas.

—Mierda. —Lanzando una amarga exhalación, asintió rígidamente con la cabeza—. Vale.

—Entra, Marie.

La cortina se descorrió y apareció su madre, tan diminuta y frágil como la última vez que la había visto.

—Joey. —Con los ojos hundidos, hinchados de tanto llorar, dio un paso hacia nosotros con aire vacilante—. Aoife.

—Marie —la saludé con frialdad.

Desvié la mirada hacia el hombre alto de pelo oscuro que tenía detrás. Llevaba un traje demasiado ostentoso para ser asistente social, así que me imaginé que sería abogado.

«Bien sabía Dios que necesitaba uno».

—Joey, cariño...

Sorbiéndose la nariz, su madre fue hasta la cama, pero se detuvo cuando se dio cuenta de que yo no tenía ninguna intención de apartarme.

No habría podido ni aunque hubiera querido.

Joey me cogía la mano como si le fuera la vida en ello.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Marie—. Tu pobre cara...

Mi novio no respondió. No movió ni un solo músculo. Su rostro no mostraba ningún tipo de emoción mientras contemplaba a la persona que había entrado detrás de su madre.

—Hola, chaval —dijo el hombre emocionado con la vista fija junto a mí, centrándose en mi novio—. Cuánto tiempo.

«¿Cuánto tiempo?».

Con el ceño fruncido, desvié la mirada hacia ese hombre y estudié sus rasgos, que me resultaban familiares.

Pómulos altos.

Pelo moreno.

Labios carnosos.

Ojos de color azul oscuro.

—Ostras —balbuceé sumando enseguida dos más dos y llegando a la conclusión de que era un rollizo Darren—. Eres tú.

Entonces se centró en mí y le noté en los ojos que me había reconocido.

—Y eres tú.

Arrugué el entrecejo, porque sabía a ciencia cierta que no había visto a ese hombre en mi vida.

—¿Qué?

—Así que lo hiciste igualmente, ¿eh, Joe? Te tiraste a la piscina —musitó, esta vez dirigiéndose a mi novio—. Bueno, no se te puede acusar de ser un veleta.

—En serio. —Pestañeeé en señal de confusión—. ¿Qué?

—No importa —contestó Darren asintiendo con la cabeza—. ¿Cómo te encuentras, Joey?

—¿Qué haces aquí? —repuso Joey de forma brusca y fría—. ¿Qué quieres?

—Mamá me ha llamado.

—¿Qué quieres decir con que te ha llamado?

—Oye, Joe, ya sé que hay muchas cosas que...

—¿Qué quieres decir con que te ha llamado, Darren? —

repitió con un tono cargado de veneno—. ¿Qué mierda dices?

—Quieto —le advertí colocándome de forma protectora frente a mi novio cuando su hermano hizo ademán de acercarse—. No te acerques, amigo.

—Aoife, no te metas en esto.

—¿Por qué sabes su nombre? —Joey soltó mi mano y se arrastró hasta sentarse, respirando de forma agitada mientras miraba a su madre y a su hermano como si fueran el enemigo—. ¿Por qué cojones sabe este el nombre de mi novia?

—Lo he llamado —masculló su madre poniéndose una mano sobre el pecho.

—Lo has llamado —dijo sin expresión—. ¿Así, sin más? ¿O sea que has tenido su número todo este tiempo? —preguntó con voz ahogada, temblando—. ¿Los últimos cinco años y medio? Estabas en contacto con él y no me lo dijiste.

—Joey, escúchame...

—¡Que no me hables, joder! —rugió mi novio señalando con el dedo a su hermano, ausente durante tanto tiempo—. ¡Ni me mires! —Girándose de nuevo hacia su madre, le espetó—: Entiendo que no se lo dijeras a papá, ni tampoco a los niños y a Shannon, pero ¿a mí? —Le tembló el labio y sentí que se me partía en dos el corazón cuando preguntó —: ¿Por qué no me lo dijiste?

—Siento no habértelo dicho —trató de explicar Marie, pero a Joe ya le daba igual.

—¡Cállate! —Me pasó un brazo alrededor de la cintura, me acercó a él y noté la intensidad con la que temblaba—. ¡Fuera de aquí! ¡Los dos!

—Joey, por favor...

—Ya le habéis oído —solté con una mano en alto para advertir a su madre—. Tenéis que iros.

—Aoife, no te metas donde no te llaman —dijo Darren mirándome con frialdad—. Sé que tienes buenas intenciones, pero esto es un asunto familiar.

—No le hables así, gilipollas. —Joey salió de inmediato en mi defensa—. Ella es mi familia.

—Joey —sollozó Marie—. Yo soy tu madre.

—Y ella es la madre de mi hijo. Así que ni se te ocurra ir por ahí —contestó con desdén—. Porque gana ella. Siempre.

—Eso —puntualicé asintiendo vigorosamente con la cabeza mientras me cruzaba de brazos y miraba a su madre como diciendo «ja».

—Esto no es un concurso, chicas —medió Darren alargando las palabras—. Aoife, ¿te importa salir un momento mientras nuestra madre habla con su hijo?

—Vamos, ni de coña —espeté sintiendo que se me ponían los pelos de punta—. Soy yo la que ha estado sentada al lado de su cama desde que lo ingresaron. Soy yo la que consta como su pariente cercano porque ninguno de vosotros os habéis dignado venir hasta ahora, gilipollas. ¿Dónde coño estabais?

—Eso no es justo —gimoteó Marie—. Shannon estaba...

—No me digas lo que es justo —estuve a punto de gritar—. Mírale la cara.

—Aoife, por favor.

—¡Mírale la cara! —repetí subiendo la voz a medida que crecía mi rabia—. Mírasela bien, Marie. Porque es tu hijo. —Furiosa, señalé a mi novio—. Es tan hijo tuyo como Shannon, los niños o él.

—Ya sé que es mi hijo.

—¡Pues actúa en consecuencia, joder! —protesté irritada entornando los ojos—. Deja de tratarlo como a un segundón. No lo es, ¿vale? ¡No puedes venir aquí a intentar imponer nada cuando no te has preocupado en ningún momento por él! No funciona así, y no me voy a quedar con los brazos cruzados y dejar que le claves las garras más profundo de lo que ya lo has hecho...

—Molloy.

—No, Joe, alguien tiene que decírselo. —Ahogando un grito, enjuagué mis lágrimas de cabreo y señalé a su madre

con el dedo—. Él es lo mejor que ha salido de tu matrimonio y tú eres demasiado idiota para verlo. No es tu guardaespaldas. No es tu cuenta bancaria. No es tu niñera. No es tu puto marido. ¡Es tu hijo! —Hecha una furia, clavé la mirada en su hermano—. Y tú... Bueno, aún no te conozco muy bien, pero me da la impresión de que este es un buen momento para mandarte a la mierda. ¡Así que vete a la mierda!

—¿Ya has acabado con la rabieta? —preguntó con calma el mayor de los Lynch arqueando una ceja—. Porque no me pienso ir hasta que hable con mi hermano en privado.

—Entonces supongo que nos quedamos todos —repliqué, inflexible.

—Molloy. —Sentí la mano de Joey en la cintura—. No te preocupes.

Presa del pánico, me di la vuelta para mirarlo.

—No tienes por qué hablar con ellos, Joe. ¿Me oyes? No tienes por qué escuchar ni una sola palabra más de esta mujer.

—No te preocupes —susurró apretándome la cadera con gesto tranquilizador—. Vete a casa y come algo. Yo estaré bien aquí.

—No voy a dejarte.

—Estaré bien.

—Joe, no me voy a ir.

—En algún momento tendré que hablar con ellos.

—Pero yo...

—No pasa nada, nena. Dame unas horas, ¿vale? Estaré bien.

Sí, claro que pasaba algo. Que todo iba mal. No quería a esa gente a su alrededor.

—Joe. —Mordiéndome el labio, le imploré con los ojos que no lo hiciera—. ¿Estás seguro?

No parecía estarlo. No parecía que se encontrara lo suficientemente recuperado como para lidiar con ellos. Aun así, asintió con la cabeza y me soltó la cintura.

—Vale. Son las tres —apunté echando un rápido vistazo a la pantalla de mi teléfono antes de volver a metérmelo en el bolsillo—. Me iré a casa, me daré una ducha y a las seis estaré de vuelta, ¿vale?

—Tómate tu tiempo —contestó—. No hay ningún problema. Mentira.

En mi interior todo gritaba: «¡Mal, mal, mal!».

Pero ¿qué iba a hacer?

No podía echar a su madre y a su hermano del hospital a la fuerza, y, si Joey quería hablar con ellos, yo no podía detenerlo. Aunque de ningún modo quería que estuviera cerca de esa gente.

—Te quiero —le dije ignorando a su familia mientras me inclinaba sobre él y le daba un beso en los labios—. Volveré.

SOY TU HERMANO

Joey

—¿Dónde está? —pregunté en cuanto mi novia hubo desaparecido tras la puerta con millones de pensamientos arremolinándose en mi mente. Aunque mi corazón exigía muchas respuestas, era una pregunta la que sobresalía entre la neblina de las demás—: ¿Dónde está papá?

—La Gardaí no ha sido capaz de encontrarlo.

Claro que no. El viejo no iba a dejarse ver hasta el momento adecuado. Era más listo que el hambre. Sabía mejor que nadie cómo jugar con el sistema.

No quería que Molloy escuchara nada de esto. No quería que ese hombre contaminara su vida más de lo que ya lo había hecho.

—Lo encontrarán, Joey —continuó diciendo Darren. «O mintiendo, más bien»—. La Gardaí lo está buscando por el campo. No va a salirse con la suya. Esta vez no.

—Esta vez no —repetí sus palabras lentamente, desviando la mirada de Darren a mamá—. ¿Qué te hace pensar que esta vez va a ser diferente?

Habían estado en contacto todo este tiempo. En los últimos cinco años y medio no había intentado hablar conmigo ni una sola vez.

Pensé en Shannon y en cómo le afectaría que yo desapareciera durante cinco años y sentí un rechazo físico. Sería incapaz de dejarlos. El hecho de saber que él sí había podido, que lo había hecho, me hizo sentir tanto puto rencor que casi me ahogué en mi propio odio.

Entendía que había necesitado irse, como todos, pero eso no cambiaba la forma en que lo había hecho. Ahí estaba, yendo de puto salvador de los Lynch, y yo lo despreciaba

por ello.

—Porque mamá está preparada para dejarlo. —El tono de Darren destilaba sinceridad, lo que indicaba que realmente se creía la mierda que soltaba por la boca—. Esta vez de verdad, Joe.

—No está preparada —contesté con rotundidad ignorando la forma en que mi madre asentía vigorosamente con la cabeza como un perro fiel—. No lo dejaré hasta que él la meta en una caja, y eres imbécil si piensas lo contrario.

—Eso no es verdad, Joe —dijo tratando de convencerme mientras se acercaba hacia mí y ocupaba el espacio que había dejado libre mi novia—. He ido al juzgado. Ha habido una vista urgente y me han concedido una orden de alejamiento.

Palabras.

No eran más que palabras.

Las había oído ya un millón de veces.

Significaban tan poco ahora como siempre.

Mucho prometer y poco cumplir.

Todo gilipolleces.

—¿Y tú? —Me centré en el cabrón traidor al que llevaba sin ver desde la pubertad—. ¿De qué vas?

Darren frunció el ceño.

—¿Que de qué voy?

—¿Qué quieres? —pregunté sin mostrar ninguna emoción—. ¿Qué haces aquí?

—He vuelto para ayudar —contestó aclarándose con fuerza la garganta—. He venido por mi familia, Joe.

—Tu familia.

—Sí, mi familia. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Te he echado mucho de menos, chaval.

Había acumulado tanto resentimiento en mi interior que la verdad es que me daba miedo abrir la boca por miedo a lo que se me pudiera escapar. Menos mal que iba medicado a más no poder, si no igual me habría abalanzado sobre ese capullo.

—¿Has hablado con la Gardaí? —inquirió mamá sacándose un pañuelo de papel de la manga de la chaqueta de punto y limpiándose la nariz.

—¿Por qué?

—Porque creo que tendríamos que ajustar nuestras historias —respondió Darren por ella. Otro hombre respondiendo por ella. Otro puto jefe—. Deberíamos pensar cómo le planteamos esto a la Gardaí.

—No hay que ajustar ninguna historia —dije—. No voy a mentir por ninguno de los dos. Nunca más. Por lo que a mí respecta, ella es tan responsable como el viejo de lo que le ha pasado a Shannon. Así que vosotros planteaos lo que cojones queráis, pero dejadme fuera de vuestras maquinaciones de mierda.

—Venga, Joe, ya sé que ahora estás dolido, pero no eres la única víctima. Mamá también lo es.

—¿He dicho yo que fuese una víctima?

—No, soy yo el que lo dice...

—Tú no sabes una mierda de mí —le solté interrumpiéndolo—. No sabes por lo que he pasado, así que no vengas aquí a poner palabras en mi boca y a plantarme una etiqueta en la frente. Se acabó. —Me giré hacia mi madre y me reafirmé en lo dicho—. Y contigo también se acabó.

Así era.

Lo decía en serio.

«Joder, lo decía muy en serio».

No iba a volver a darle la oportunidad de que me defraudara.

—Sé que has estado un tiempo yendo por el mal camino —tuvo el valor de decir Darren—. Y también sé que pronto tendremos a un pequeño Joey.

—Las buenas noticias vuelan —repuse con frialdad—. ¿Te enteraste en una de vuestras llamadas entre mami e hijo?

—Es la chica del muro, ¿verdad? A la que le echaste el ojo en primero.

—¿Qué cojones sabrás tú...? —gruñí apretando la mandíbula—. No estabas aquí cuando hice primero. Te habías largado, gilipollas.

—Recuerdo cómo reaccionaste al verla ese día.

—Bien por ti.

—¿La has dejado preñada estando todavía en el instituto, Joe? ¿En serio? —Su tono destilaba condescendencia cuando dijo—: ¡Hablando de seguir los pasos del viejo y repetir el puto ciclo!

—Ni se te ocurra darme lecciones, gilipollas —espeté decidido a no mostrar lo mucho que me habían herido sus palabras—. ¡Ni yo soy nuestro viejo ni ella es asunto tuyo, hostia!

—¿Y Shane Holland? —continuó retándome con una dura mirada—. ¿Tampoco es asunto mío? Por el amor de Dios, Joey, ¿qué te dije sobre juntarte con ese tío?

—Joder, Dar, no me acuerdo. —Me encogí de hombros—. ¿Cuánto hace que no hablamos? ¿Cinco años, seis?

—Joey... —suspiró hastiado—. Ya sabes por qué me tuve que ir.

—A mí no me vengas con esas —dije con aspereza—. No puedes volver como si nada y ponerte a dirigir el cotarro. No eres el patriarca de la familia, imbécil.

—¿Y tú sí?

—Lo he hecho lo mejor que he podido con las cartas que tenía —repliqué—. Así que no menosprecies mis decisiones. Al menos yo estaba aquí.

—Por favor, no os peleéis —suplicó mamá poniéndole una mano a Darren en el hombro—. Somos familia.

—No. Vosotros dos no sois mi familia —mascullé con voz grave—. Mi familia se acaba de ir.

—¿Qu-qué quieres decir?

—Joe, esa chica no es tu familia. Tu familia somos nosotros.

Ni me preocupé en contestarles. Tiré de los cables y los tubos conectados a mi cuerpo y me puse en pie

tambaleándome.

—Joey, ¿qué haces?

—Shannon —gruñí mientras buscaba mi ropa en la pequeña estancia—. Aoife dijo que estaba en la planta de arriba. ¿En qué habitación?

—Joey, detente —lloriqueó mamá cuando me arranqué la aguja del brazo y fui a por mis vaqueros, que colgaban sobre el respaldo de la silla que había junto a la cama—. Túmbate y descansa. No deberías levantarte de la cama.

Me quité la bata del hospital y me quedé en calzoncillos, temblando y con la cabeza a punto de estallar, pero decidido a moverme porque la idea de estar ahí era impensable.

—Por Dios —oí que decía Darren con voz ahogada cuando me giré y me vio la espalda—. ¿Qué le ha hecho papá, mamá?

«Darren».

Puto Darren.

—Shannon —fue lo único que logré decir mientras la cabeza me daba vueltas y trataba de centrarme. Acostado no era para tanto, pero al ponerme en pie me quedé como embotado—. Tengo que ver a mi hermana.

—Joey, no te puedes ir.

—Vete a la mierda.

—Te tiene que dar el alta un doctor, y no estás en condiciones de ir a ningún sitio.

—He dicho que te vayas a la mierda.

—¡Joey, por favor!

—¿Dónde está mi hermana? —Mareado, metí las piernas torpemente en los vaqueros y me los subí por las caderas antes de coger la sudadera, todavía manchada de sangre—. ¿Dónde está Shannon?

No tenía ni puta idea de dónde estaba mi camiseta, pero en ese momento tampoco es que me importara. Solo quería salir de allí y alejarme de esa gente.

—No te vas a ir. —Dos manos me agarraron por los

hombros y estuve a punto de perder la cabeza—. Acuéstate y descansa, ¿vale?

—Quítame las putas manos de encima —bramé apartándome de ese fantasma del pasado—. ¡No vuelvas a tocarme!

—Soy yo. —Levantando las manos en son de paz, Darren me observó con recelo—. Joe, sabes que nunca te haría daño. Lo sabes.

—No sé quién eres —le solté arrancándome las vendas del ojo, que no me dejaban ver con claridad ni protegerme—. ¡Ya no sé quién cojones eres!

—Joe. —La emoción se reflejó en sus ojos—. Soy tu hermano.

—Tú no eres mi hermano —gruñí justo antes de hacer una mueca cuando el dolor me atravesó los ojos. Joder, las luces me hacían un daño de la hostia—. Así que las manos quietas. Porque me la suda el cuerpo del que hayas salido, igualmente voy a... —Tambaleándome hacia los lados, me sujeté contra la pared para mantener el equilibrio—. ¡Que me dejes en paz!

—¿Qué pasa aquí? —preguntó la enfermera que llevaba cuidándome todo el día tras abrir la cortina—. Joseph, cariño, tienes que volver a la cama.

—No, tráeme los papeles que haya que firmar, porque me piro de aquí —contesté reclinándome con fuerza contra la pared mientras me calzaba las zapatillas—. Joder, ¿dónde están mis calcetines?

—¡Joey, no te puedes ir!

—¡Te he dicho que te vayas a la mierda! —Gesticulando por el dolor, me agarré la cabeza e intenté evitar que siguiera dando vueltas—. Tengo que ver a mi hermana. Asegurarme de que está bien.

—No es buena idea —afirmó la enfermera con tono persuasivo acercándose a mí—. ¿Por qué no le decimos a tu familia que se vaya a casa y nos sentamos a hablar un poco? Los dos solos.

—Me voy —espeté estremeciéndome de asco cuando me cogió el codo con su pequeña mano—. ¿Tengo que firmar algún formulario de alta o algo así?

—¿Por qué no avisamos a tu novia? —sugirió tratando de hacer que volviera a la cama—. ¿Eh? ¿Cómo se llamaba?

—Aoife.

—Eso. ¿Qué te parece si te metes en la cama y yo voy a avisar a Aoife? Ha dejado su número de teléfono en el puesto de enfermería. Tú descansa y yo me encargo de llamarla por ti, ¿vale?

—No, no, no —farfullé sacudiendo la cabeza cuando me invadió una oleada de confusión—. No la llames. Tiene que descansar. Tan solo ayúdame a salir de aquí.

—Joey, por favor, túmbate y descansa.

—¿Qué tal si le damos a Joey un poco de espacio? —oí que exigía la enfermera—. Buen chico. Cógeme la mano y todo irá bien.

—Joey, cariño, ¿estás bien?

—Mis ojos... —gemí parpadeando rápidamente al notar que la vista se me nublaba y no podía enfocar—. Les pasa algo...

—Te vas a sentir desorientado durante unos días —me explicó la enfermera mientras me devolvía a mi prisión—. Por eso tienes que descansar y dejar que te cuidemos, ¿vale?

—¿Se va a poner bien?

—Fuera —oí que ordenaba la enfermera—. Ahora mismo, por favor.

—Dígale que volveremos luego.

—Váyanse, por favor. O llamaré a seguridad.

—Mierda —gruñí sintiendo que me desmayaba—. No quiero verlos.

—No tienes por qué —dijo la enfermera—. Bueno, he hablado con la jefa de la tercera planta y arriba hay una cama disponible para ti. El celador vendrá enseguida para subirte.

—No quiero ir a la planta de arriba —balbuceé mientras me hundía en la cama—. Quiero ir a casa.

—Buen chico —dijo con voz persuasiva ahuecándose las almohadas de la espalda—. ¿Qué le has hecho a tu pobre brazo, eh?

Entre gemidos, me pasé una mano por los ojos e hice una mueca de dolor.

—Ni puta idea.

—Te voy a poner otra vía.

—No quiero ninguna vía —murmuré cerrando fuerte los ojos cuando la habitación empezó a dar vueltas—. Solo... quiero algo para el dolor.

—Vale. Ahora te lo traigo, Joseph —oí que contestaba—. ¿Dónde te duele más? ¿En la cabeza?

—No, aquí —susurré frotándome el pecho—. Es el peor de todos.

—¿En el corazón?

Asentí rígidamente con la cabeza.

—Vale, cielo —contestó la enfermera con suavidad—. Tú cierra los ojos y descansa un poco. Iré a buscarte algo para el dolor.

VUELVO CON ÉL

Aoife

—¿Cómo te encuentras, cariño? —me preguntó mi madre esa misma tarde cuando entré en la cocina recién duchada y sintiéndome como algo que Spud había cagado.

—No preguntes —farfullé de camino a la lavadora para dejar la toalla—. No creo que puedas quitarles las manchas —añadí levantando mis vaqueros y mi sudadera, que estaban llenos de sangre—. ¿Crees que debería tirarlos?

—Por Dios bendito. —Mamá dejó la plancha y se cubrió la boca con la mano; tenía los ojos llorosos—. Sí, tíralos, mi amor. La semana que viene iremos a comprarte unos nuevos.

—No quiero ir de compras, mamá —respondí con un suspiro cansado mientras me dejaba caer sobre una de las sillas de la mesa de la cocina—. Lo único que quiero es que la Gardaí encuentre a ese hijo de puta, lo encierre y tire la puta llave.

—¿Cómo está Joey?

—Destrozado. —No podía ocultar el dolor en mi voz—. Tanto física como mentalmente.

—Ay, Aoife, cariño...

—Nunca me quitaré de la cabeza esa imagen de Shannon y Joey en el suelo de la cocina.

—Me lo imagino.

—No, mamá —dije negando con la cabeza—. No te lo imaginas y deberías estar agradecida por ello.

—Aoife, ¿tú cómo estás?

—Como si me hubieran hecho papilla el corazón y lo hubieran puesto en una camilla de urgencias.

—Cariño...

—Odio a sus padres, mamá. —Con los ojos ardiendo entre lágrimas, dejé caer la cabeza entre las manos y reprimí un gruñido—. Odio a esos putos monstruos.

—Mi amor, ya sé que estás disgustada. —Se acercó a mí y me puso una mano en el hombro—. Pero tienes que mantener la calma y cuidarte. Llevas un bebé en el vientre. No puedes alterarte.

—¿Alterarme? —Se me rompió la voz—. Mamá, joder, estoy desolada.

—Ya lo sé. —Me envolvió entre sus brazos y me atrajo hacia su pecho—. Ya lo sé, cariño.

—Es mi mejor amigo —sollocé girándome en la silla para abrazarla—. Olvídate de la parte romántica y toda esa mierda. Es mi amigo más cercano de todo el planeta y esto me está matando. —Sorbiéndome la nariz, agarré su jersey y me dejé caer contra ella—. No entiendes lo mucho que me duele verlo pasar por todo eso y sentirme completamente inútil.

—No eres inútil, mi amor —dijo mi madre tratando de calmarme y estrechándome entre sus brazos—. Eres como un chaleco salvavidas para ese chico, por así decirlo.

—No es verdad.

—Claro que sí. Llevas años manteniéndolo a flote.

—Pero no es suficiente, mamá —contesté llorando con la voz rota—. No puedo seguir viéndolo sufrir. Tengo mucho miedo por él. No lo entiendes. Me paraliza. Estoy tan asustada de lo que pueda pasarle que apenas puedo respirar. Uno de estos días se hundirá, y yo no voy a poder volver a levantarlo.

El teléfono me sonó a todo volumen en el bolsillo. Ahogando un grito, me separé de mi madre, lo cogí y pulsé Aceptar de inmediato mientras me lo ponía en la oreja.

—¿Hola?

—Hola, ¿hablo con Aoife?

—Sí, soy yo.

—Hola, Aoife. Me llamo Stephie Hubbard. Soy la enfermera

que se ocupa de Joey esta tarde.

—¿Está bien? —pregunté al borde del desmayo—. ¿Ha pasado algo?

—Se encuentra bien —me aseguró enseguida—. Estaba algo desorientado tras la visita de su madre y de su hermano, así que le dije que te llamaría. Tenemos una cama para él en la habitación de la planta de arriba, pero insiste en que quiere el alta.

—¿Su madre y su hermano siguen ahí?

—No, como estaba cada vez más angustiado, les pedí que se fueran.

—Bien. —El corazón me retumbaba dolorosamente en el pecho—. Dígale que voy de camino, ¿vale? Salgo para allá ahora mismo. Tardaré media hora.

—Ay, Aoife —sollozó mamá en cuanto colgué—. Ya sé que estás preocupada por Joey, todos lo estamos, pero yo también me preocupo por ti. ¿No podrías echarte un rato antes de volver al hospital? Por el bebé. Puedo ir yo al hospital a ver cómo está.

—No. —Negando con la cabeza, me levanté y endurecí las facciones—. Me vuelvo con él.

—Entonces le diré a tu padre que te lleve en coche —contestó mi madre con aire desmoralizado—. No estás en condiciones de conducir hasta la ciudad.

—¿Tienes saldo en el teléfono para llamarme después para que te lleve a casa? —preguntó papá un poco más tarde cuando aparcó en una plaza del aparcamiento del hospital—. ¿Llevas algunas monedas en el bolso por si te entra hambre o quieres un té?

—Tengo saldo, papá. —Me desabroché el cinturón de seguridad y me dispuse a abrir la puerta—. Y no necesito dinero. No tengo hambre.

—Aoife, espera. —Inclinándose sobre los asientos, mi padre cerró la puerta del coche—. Siéntate y hablemos un

momento.

—¿De qué quieres hablar, papá? —repliqué atontada.

—¿Estás bien?

—No, no estoy bien —dije con voz ahogada—. ¿Cómo iba a estarlo cuando él...? —Un sollozo me rasgó el pecho—. Podría haber muerto, papá.

—Por Dios.

—La cara... —logré decir notando la familiar punzada de las cálidas lágrimas—. Apenas se lo reconoce.

—Pobre chaval.

—Y no sabes ni la mitad.

—Es un chico con problemas.

—Es un buen hombre.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Ya basta, papá. —Llorando, miré a mi padre—. Ya sé que estás enfadado por lo del bebé, pero no seas duro con él. Es demasiado. Ya tiene demasiada mierda en su vida. Simplemente... trátalo bien.

—Aoife. —Los ojos de mi padre destilaban emoción cuando susurró—: Temo por ti.

—Y yo temo por él —repuse abriendo la puerta del coche y saliendo hacia el exterior—. Gracias por traerme, papá.

—¡Aoife, espera!

No esperé.

No podía.

Cerré la puerta del copiloto de la furgoneta de mi padre y caminé a toda prisa hacia la entrada del servicio de urgencias.

Parpadeé para enjugarme las lágrimas que quedaban y esbocé mi sonrisa más radiante cuando crucé la zona de triaje y me dirigí por el atestado corredor en dirección a los cubículos de admisión, sin detenerme hasta que llegué al box de Joey.

—Me han dicho que has estado dando problemas —bromeé apartando la cortina—. ¿Planeando la escapada, semental?

Mi sonrisa seguía en su sitio, pero el corazón se me cayó al suelo al ver la cama vacía. La manta estaba tirada sobre la cama, mientras que la ropa y los zapatos habían desaparecido de la silla que había al lado. Del soporte de suero colgaba una bolsa llena de líquido transparente y la vía que debía estar conectada al brazo de mi novio se encontraba en el suelo, goteando líquido transparente sobre un charquito.

Presa del pánico, miré como loca a mi alrededor buscando frenéticamente su cara en el abarrotado pasillo, aunque en el fondo sabía que la búsqueda era inútil.

Porque mi novio se había ido.

¿Esa cornisa de la que había intentado bajarle con tanta desesperación?

No me cabía la menor duda de que se había ido dando trompicones sobre ella.

PARTE 7

LA LISTA DE DESAPARECIDOS

Aoife

Después de buscar a Joey por todo el hospital y no encontrarlo, llamé a nuestros amigos para que vinieran a recogerme, porque necesitaba cuerpos sobre el terreno que me ayudaran a dar con él antes de que se hiciera daño.

Aoife: Dime que estás bien. Por favor. Me estoy volviendo loca.

Aoife: ¡¡¡CONTESTA EL TELÉFONO, GILIPOLLAS!!!

Aoife: ¿Cómo te atreves a desaparecer? ¡Mierda, Joe!
¡Lláname, joder!

Aoife: ¿Dónde estás? Venga, Joey, por favor.

—Lo encontraremos. —Podge intentó calmarme mientras permanecía sentada en el asiento del copiloto de su Ford Fiesta con todo el cuerpo temblando por los escalofríos durante la vuelta a Ballylaggin—. Solo han pasado un par de horas desde que salió del hospital, Aoife.

—Exacto —ratificaron Alec y Casey desde el asiento de atrás—. No puede haber ido muy lejos.

—No lo entendéis —dije sofocada haciendo rebotar con ansia las rodillas mientras intentaba llamarlo a su teléfono por millonésima vez, solo para volver a oír el buzón de voz—. No está en sus cabales.

Su hermana se encontraba en una cama de hospital con un pulmón colapsado. Él estaba demasiado herido como para andar dando tumbos por las calles, pero eso era justo lo que estaba sucediendo. En el fondo de mi corazón, sabía que había un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que hubiera hecho una locura. Esperaba con todas mis fuerzas estar equivocada, pero el miedo seguía enconado en mi interior.

—¿Y qué? Lynchy nunca ha estado muy fino —opinó Alec

—. Igual se tira el ochenta por ciento del tiempo fuera de sí y eso nunca le ha impedido cuidarse.

—No estás ayudando, Al —gruñó Casey.

—Tiene una conmoción cerebral —dije alterada retirándome el pelo de la cara—. Una muy chungueta, y la cabeza le ha quedado destrozada. No debería estar fuera de la cama, y menos aún deambulando solo por ahí.

—No hagas eso aquí —soltó Casey y, cuando me giré, vi que le daba un manotazo al cigarrillo apagado que Alec llevaba en la mano—. Está embarazada, imbécil.

—Mierda, es verdad. —Rebuscó el cigarro por el suelo del coche—. Perdona, Piernas Sexis.

—¿Me puedes dejar en la urbanización Elk? —le pregunté a Podge—. Comprobaré si está en su casa y hablaré con sus vecinos.

—Sin problema —contestó Podge—. Yo iré hasta las instalaciones de la asociación de hurling y buscaré por allí.

—Vale, y yo miraré en el Biddies —propuso Casey.

—Voy contigo —intervino Alec.

—No, Al, tú tienes que ir al cuchitril de Shane Holland —lo interrumpió Podge—. Mira a ver si Joey ha estado allí.

—¿Qué? Ni de coña —protestó Alec con vehemencia—. Ese cabrón es un psicópata. Hay tantas posibilidades de que me apuñale como de que hable conmigo.

—Venga, Al.

—¿Por qué yo?

—Porque tú eres... Bueno, tú eres tú —estableció Podge—. Venga. Sabes que Lynchy lo haría por ti.

—Vale —resopló—. ¡Pero, si me pasa algo, será culpa tuya, Pelo Púbico Pelirrojo!

Casey: No está en el Biddies, cariño.

Podge: Ni rastro de él en el pabellón.

Alec: En casa del psicópata no hay nadie.

Inquieta, respondí con dos palabras y le di a Enviar antes de meterme el teléfono otra vez en el bolsillo.

Aoife: Seguid buscando.

El aire nocturno me azotaba la cara frente a la puerta principal de la casa de los Lynch mientras yo golpeaba sin descanso con el puño sobre el panel esmerilado.

—¿Qué has hecho? —pregunté cuando Darren por fin abrió la puerta—. ¿Qué le has dicho?

—Quizá deberías calmarte...

—No me toques las narices, Darren.

Furiosa, lo empujé para abrirme paso y entré en la casa; no estaba dispuesta a tolerar las mierdas de nadie, sobre todo estando Joey al borde del abismo, como yo sabía que estaba.

—Tú —solté al irrumpir en la cocina y encontrarme de frente con la mujer que lo había traído al mundo—. Siempre tú.

—Aoife... —Marie abrió los ojos como platos—. ¿De qué hablas?

—¡Tu hijo se ha ido!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Darren uniéndose a nosotras en la cocina—. ¿Se ha ido del hospital?

—Sí, se ha ido del hospital —espeté—. Ha hecho que le den el alta y quiero saber qué coño le habéis dicho.

—No tenía por qué hacer eso —sollozó Marie hundiéndose en su silla de fumar en la mesa—. Ay, Darren...

—¿Qué le has dicho esta vez, eh? —dije con desdén y los brazos en jarras centrando mi atención en ella—. Y ni se te ocurra soltarme ningún rollo, porque sé que esto es culpa vuestra. Puede que tu pose de pobrecita te funcione con tus hijos, pero yo te tengo calada, Marie.

—Hace un rato se presentó en la habitación de Shannon en el hospital. —Mirándome con recelo, Darren añadió—: Hablamos, nos dijimos algunas cosas y se fue cabreado. Supuse que había vuelto a su cama.

—¿Que os dijisteis algunas cosas? —rugí notando cómo la temperatura me subía a la vez que la ansiedad—. ¿Qué tipo

de cosas?

—Tiene un problema de actitud importante.

—¡Pues claro! —contesté con desprecio alzando las manos—. ¿Cómo quieres que esté? No sabes con lo que ha tenido que lidiar estos últimos seis años.

—Te estás pasando, Aoife.

—¿Qué le has dicho? —presioné—. ¡Algo lo ha llevado al límite y quiero saber qué ha sido!

—Sé que tienes buenas intenciones, pero no tengo por qué darte explicaciones.

—Ya, bueno, dáselas a tu conciencia —repliqué temblando—. ¡Porque si le pasa algo habrá sido por tu culpa!

—Vamos a dejarnos de gilipolleces. Solo hay un motivo por el que Joey ha hecho que le dieran el alta en el hospital —se apresuró a contraponer Darren—. Va en busca de su próxima dosis.

—Cállate —le advertí levantando una mano—. Cierra la puta boca.

—Es un adicto, Aoife, y eso no es culpa mía.

—No es tan fácil, Darren —me oí decir con voz sofocada—. No nació siendo un adicto. Él no es así. Sus problemas de adicción se derivan directamente de llevar dieciocho años en este infierno de casa, con esas terribles personas a las que por desgracia ambos tenéis que llamar padres.

—¡Para ya, Aoife!

—Y tú no me tires de la lengua, Marie. No te mereces llamarlo hijo —gruñí dándome la vuelta para mirar a su madre—. ¡Nunca has merecido su amor y nunca lo merecerás! —Parpadeé para enjugarme las lágrimas y cargué mi dolor contra la mujer que le había creado tanta confusión a mi novio—. Todo el mundo piensa que tu marido es el progenitor que lo maltrata, pero yo he visto lo que le haces a tu hijo. —Me di un golpecito con la mano en la sien; estaba furibunda—. Sé cómo eres, Marie. A mí no me engañas.

—No le hables así a mi madre —me advirtió Darren

colocándose delante de ella para defenderla—. O hablas civilizadamente o te vas.

—Eres ridícula —continué, señalándola con el dedo—. Llevas años comiéndole la cabeza a Joey, cambiando su forma de pensar y cargándote su confianza. Convenciéndolo de que es la reencarnación de su padre. ¡De que es peligroso, una carga, una decepción!

—¡Cómo te atreves!

—Sí, sé lo que has hecho con él —dije con desdén sin el menor rubor—. Y puedes esconder la cabeza bajo tierra cuanto quieras, pero aquí la maltratadora psicológica eres tú. Lo has destruido, Marie. Le has causado más daño a Joey con tus palabras que su padre con los puños. ¡Eres una zorra que le ha hecho dudar de su propia cordura!

—Mira quién fue a hablar.

—Lo único que yo he hecho siempre ha sido querer a tu hijo.

—¡Demasiado! —gritó estallando contra mí mientras se agarraba la cabeza con las manos—. ¡Si quieres echarle algo en cara a la persona que le ha jodido la vida a mi hijo, solo tienes que mirarte en un espejo! Porque la que se está cargando su futuro eres tú, Aoife. ¡Eres tú la que va a endosarle un bebé que él no quiere tener!

—No tienes ni idea de lo que dices —respondí en un hilo de voz como si me hubiera clavado un atizador al rojo vivo en el pecho con sus palabras—. Él quiere ese bebé.

—¡Quiere hacerte feliz! —me vociferó en la cara—. No es lo mismo que querer ser padre.

—Dime una cosa —decidió intervenir Darren—. Si sabías que mi hermano estaba tan mal, ¿por qué no intentaste protegerlo?

—Que te follen, Darren —le espeté—. No sabes nada de ninguno de nosotros dos.

—Sé que mi hermano no está bien —repuso con calma—. Y tú también lo sabes. Entonces ¿por qué cojones lo engañaste para ser padre?

—Yo no lo engañé. —Me puse rígida y sentí que se me erizaba el vello y el corazón se me partía con la primera inhalación—. Ni que lo hubiera hecho a propósito...

—Ah, ¿no ha sido así?

Se me heló la sangre.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Venga ya, Aoife. —Me miró con severidad al preguntar—: Es un tío atractivo. ¿Cuántas de las veces en que lo has dejado entrar en tu cuerpo estaba fuera de sí?

—¿Perdón?

—Oye. —Levantó las manos—. Si quieres venir como una apisonadora a esta casa, armada hasta los dientes, y echarnos la culpa de la crisis de Joey, por mi parte estaré encantado de ponerte un espejo delante.

—Yo nunca le haría daño a Joey —me oí decir negándome a retroceder ante aquella manipulación emocional. Puede que esa mierda surtiera efecto con sus hermanos, pero conmigo no—. Lo quiero.

—No, yo lo quiero, Aoife —argumentó con vehemencia—. Así que no te equivoques cuando te digo que estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para protegerlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Digo que, si quieres a mi hermano tanto como dices, entonces harás lo mejor para él y harás que desaparezca el problema.

—¿Con «el problema» te refieres a tu sobrina o sobrino?

—No nos pasemos de dramáticos poniéndole etiquetas a un feto —contestó ecuánime—. Mira, mi madre me ha dicho que no vienes de una familia adinerada. Si lo que pasa es que no puedes pagarte el viaje a Inglaterra, yo estoy más que dispuesto a ocuparme de la parte económica.

—Piénsatelo, Aoife. —Marie metió baza, con tono desesperado, mientras me suplicaba—: Si no quieres darle prioridad a tu propio futuro, dásela al de mi hijo.

—Joder, no me lo puedo creer. —Ahogando una irónica carcajada, me limpié una lágrima de forma brusca—. Cada

vez que pienso que no podéis caer más bajo, vais y os superáis.

—Aoife, sé razonable.

—Estoy siendo razonable —solté fulminando a Darren con la mirada—. ¿Te das cuenta de que a Joey lo mataría saber que me has ofrecido eso? Lo entiendes, ¿verdad? Esto no es más que otra traición que añadir a la larga lista.

—No estoy traicionando a mi hermano —razonó—. Intento protegerlo. Y, a mi modo de ver, solo saldrá herido si tú te vas de la lengua. En ese caso, serías tú la que lo destrozaría, Aoife, no yo.

Me tenía contra la espada y la pared, y lo sabía.

«Cabronazo».

—Ya, bueno, vamos a quedarnos al bebé —solté notando cómo mi mano bajaba hasta mi vientre ligeramente abultado mientras me invadía una oleada de instinto maternal—. Está todo hablado. Ya hemos tomado la decisión.

—Querrás decir que tú has tomado la decisión.

—No, quiero decir que la hemos tomado entre los dos —repliqué decidida a no dar un paso atrás ni a dejarme comprar por ese gilipollas—. Y absolutamente nada de lo que digáis ninguno de vosotros va a cambiar eso. No podéis pagarme ni sobornarme porque no me voy a ir.

—Entonces le vas a arruinar la vida.

—Al menos lo arruinará el amor y no el dolor.

DÍAS BORROSOS Y NOCHES DE COLOCÓN

Joey

Mi cuerpo flotaba. Recobraba la consciencia y la perdía. No sentía nada.

Y era la puta hostia.

Por extraño que parezca, la única realidad a la que mi cerebro insistía en aferrarse era la letra de aquella canción.

La de Mazzy Star que Molloy ponía en bucle.

Con los ojos en blanco y las piernas sufriendo espasmos esporádicos, permanecía tumbado de lado, tratando de centrarme en la aguja que tenía en el brazo.

«Despacio».

«Despacio...».

«No corras».

«Despacio es mejor».

El letargo se apoderó de mi cuerpo rápidamente, llevándome con despreocupación hacia el olvido.

La euforia inundó mis venas, arrastrando con ella todos y cada uno de mis problemas hasta que no quedó nada más que oscuridad.

Vacío.

Ausencia de dolor.

Indiferencia.

TODAVÍA TE QUIERO

Aoife

Aoife: Joey, por favor. Han pasado dos días.
Escríbeme y dime que estás bien.

Aoife: ¿No puedes siquiera decirme si estás bien?

Joey: Lo siento.

Aoife: ¿Joe? ¡Gracias a Dios! ¿Estás bien?
¿Dónde estás? Dime dónde estás e iré a recogerte.

Joey: La he cagado, nena.

Aoife: Eso da igual. Tú dime dónde estás e iré a buscarte.

Aoife: No estoy enfadada, Joe. Solo quiero verte.

Aoife: ¡Joey, por favor!

Joey: No sé, Molloy. Mi cabeza... Yo...
Eh... El teléfono casi no tiene batería.

Joey: Lo siento. Te quiero.

Aoife: No pasa nada, Joe. Todo va bien.
Yo también te quiero. Solo dime dónde estás, cariño, y me paso a recogerte.

Aoife: ¿Estás bien?

Aoife: Si no tienes batería en el teléfono, ¿puedes pedirle uno a alguien y decirme
dónde estás?

Aoife: ¡Joey!

Aoife: Cuatro días, Joe. Cuatro putos días.

Aoife: Han llamado del hospital. Me han programado aquella visita.

Aoife: ¡Necesito que vengas a casa, Joey!

Aoife: Han pasado cinco días.

Aoife: ¿Cómo puedes hacerme esto?

Aoife: Tengo una visita en el hospital el lunes.

¿Tienes pensado venir?

Aoife: Todos preguntan por ti, ¡¡¡y yo te estoy cubriendo las espaldas sin saber
siquiera si estás VIVO!!! Por favor, Joey. ¡Han pasado seis días! Llámame. ¡POR
FAVOR!

Aoife: Siete días. Espero que tengas las manos rotas, gilipollas, porque no hay

ninguna excusa para no haberte puesto en contacto conmigo.

Aoife: Por favor, vuelve conmigo, Joe.

Aoife: Día ocho; voy al hospital. Tengo la visita con la comadrona.
Se suponía que tú también ibas a estar aquí.

Aoife: Tengo miedo.

Aoife: Todavía te quiero.

¿TE SIENTES SEGURA?

Aoife

Muy cohibida, me subí a la báscula médica de la sala de exploraciones 3B del hospital materno-infantil y observé cómo la comadrona toqueteaba la varilla de medición.

Tenía el corazón desbocado, y cada una de las gotas de sangre que parecía poseer había decidido precipitarse hacia mis mejillas. Odiaba que me pesaran. Odiaba aún más estar ahí. Pero lo peor de todo aquel calvario era tener que hacerlo sola.

Hacía ocho días que Joey se había escaqueado y yo había llegado a mi límite.

—Eres una chica muy alta, ¿eh? Por encima de un metro setenta y cinco —musitó la comadrona distrayéndome de mi colapso interior—. ¿Es alto el padre del bebé?

—Eh... Sí —contesté bajándome de la báscula y volviendo a ponerme las zapatillas—. Mide alrededor de un metro ochenta y cinco.

—Entonces llevarás un bebé bien alto en los brazos. —Soltó una risilla y anotó algo en la carpeta roja que me habían dado en la recepción—. Bueno, ya has entregado la muestra de orina y te han hecho los análisis de sangre, así que ¿por qué no nos sentamos y repasamos tu historial médico?

—Vale.

—¿Nos va a acompañar el padre del bebé?

—Eh... No... Él... Eh... —Con voz entrecortada, me hundí en la silla antes de añadir—: Le hubiera encantado venir, pero no ha podido dejar su puesto de trabajo.

La mentira se deslizó por mi lengua y se unió al resto de las mentiras que había contado la semana anterior para

explicarle la ausencia de mi novio a la gente de mi entorno. Porque decir la verdad quedaba descartado.

Solo había podido contarle el secreto a Casey.

—No te preocupes —respondió la comadrona sentándose frente a mí—. Puedes contestar tú todas las preguntas que sepas sobre el historial familiar de tu pareja y, si luego él tiene algo que añadir, podrá hacerlo cuando quiera.

—Vale. —Junté las manos sobre el regazo, asentí y forcé una sonrisa—. Adelante.

—¿Primer día de tu último ciclo menstrual?

—El 14 de diciembre.

—¿Y cuántos días te dura el ciclo?

—Entre veintiocho y treinta y cinco días, normalmente.

—¿Tiene tu pareja o algún miembro de la familia antecedentes de diabetes, hipertensión, cardiopatías, trastornos autoinmunes, epilepsia o cualquier otra enfermedad grave que no haya mencionado?

—Eh... No... —Me aclaré bruscamente la garganta—. Que yo sepa.

—¿Algún miembro de tu familia o de la familia de tu pareja tiene síndrome de Down, distrofia muscular, espina bífida o cualquier otra enfermedad genética grave que no haya mencionado?

—No —exhalé con el corazón palpitante—. Nada.

—¿Antecedentes de gemelos?

—Yo soy melliza —contesté—. Tengo un hermano mellizo. La tía de mi madre tiene dos pares de mellizos. Eso es todo, que yo sepa.

—¿Hay alergias en tu familia o en la de tu pareja?

—Tengo intolerancia a las tonterías, ¿eso cuenta?

Sonrió.

—No, eso está bien.

Me encogí de hombros; la cara me ardía.

—Vale.

—¿Algún aborto recurrente o muerte del feto en el parto en la familia?

—No, al menos en la mía.

—¿Y en la de tu pareja?

—Bueno, su madre perdió un bebé en las últimas etapas de su último embarazo.

Los ojos de la comadrona parpadearon con compasión.

—Siento oír eso. ¿Sabes por casualidad cuál fue la causa?

—Creo que tuvo un desprendimiento de placenta —logré decir, nerviosa—. No estoy muy segura. Ha tenido muchos niños. Diría que ese iba a ser el séptimo.

La comadrona arqueó las cejas con cara de sorpresa.

—¿Y tu pareja? Él es el número...

—Dos —dije completando la frase—. Es el segundo hijo.

—Una familia grande.

«Una familia de mierda».

—Sí.

—Parejas sexuales...

—Solo he estado con él —la interrumpí—. Llevamos juntos desde quinto, pero somos amigos desde primero.

Me sonrió con calidez.

—¿Y tu pareja?

—Bueno, él ha tenido otras parejas sexuales, pero desde que estamos juntos solo ha estado conmigo.

—Ajá. ¿Y fumas?

—No.

—¿Tu pareja fuma?

—Eh... Sí.

—¿Y tu consumo de alcohol?

—Tengo dieciocho —repuse encogiendo los hombros—. Cuando salía, lo daba todo.

—¿Y durante el embarazo?

—No, por Dios —farfullé—. No bebería a propósito estando embarazada.

—¿Y el padre del bebé?

—No. —Me empezaron a sudar las manos—. No es muy bebedor.

—¿Qué me dices de los métodos anticonceptivos?

—Yo tomaba la píldora —le expliqué—. Obviamente, dejé de hacerlo en cuanto me enteré.

—¿Usáis preservativo?

—No.

—¿Tomas alguna vitamina o suplemento?

—He estado tomando ácido fólico y un multivitamínico para el embarazo que compró mi madre en la farmacia.

—¿Qué me dices del consumo recreativo de drogas?

«Ay, Dios, allá vamos».

—Nunca en la vida me he tomado nada más fuerte que un paracetamol.

—Ajá —murmuró anotando todo lo que le decía en mi carpeta—. ¿Y tu pareja?

Me asaltaron las dudas.

—Aoife, no estoy aquí para juzgarte —dijo al percatarse de mi reticencia—. Todo lo que pregunto es por el bien de tu bebé. —Su mirada reflejaba calidez y bondad cuando dijo—: Es información confidencial.

—Él está bien —musité con el corazón martilleándose salvajemente en el pecho—. O sea... Tonteó un poco con esas cosas, pero ahora está bien.

—¿Y con qué cosas tonteó?

Me encogí de hombros, incapaz de lograr que mi voz obedeciera porque hablar implicaba traicionarlo, y todas las fibras de mi corazón se negaban en redondo.

—Aoife, si hay algún patrón de consumo de drogas en el historial de... —Hizo una pausa para escudriñar sus notas antes de añadir—: Joey, esa información es importante para tu futuro bebé.

—Algo de hierba —dije por fin tras decidir que esa droga era el mal menor en este caso—. Pero, como le he dicho, ahora está bien.

—Vale. —Dejó la carpeta en la silla que tenía al lado, se inclinó hacia delante y puso los codos sobre las rodillas—. Voy a hacerte algunas preguntas y quiero que seas del todo transparente conmigo.

—Vale.

—¿Tiene tu pareja antecedentes de consumo de alcohol u otras sustancias?

—No, ya le he dicho que no es muy bebedor.

—Aparte de la marihuana, ¿consume tu pareja otras sustancias ilegales? —insistió—. ¿Sustancias que podrían ser un peligro para ti?

—¿Como cuáles?

—¿Se droga por vía intravenosa, por ejemplo?

—No —musité con voz agitada—. O sea, ya no.

—¿Ya no?

—Solía hacerlo.

—De acuerdo. —Sus ojos se llenaron de preocupación—. ¿Y ha sido tu pareja alguna vez violento contigo?

—¿Qué? —exclamé indignada—. No.

—¿Te ha hecho daño o te ha provocado dolor físico?

—Es la misma pregunta —espeté—. Y la respuesta sigue siendo no. Nunca me ha puesto ni un dedo encima y nunca lo haría.

—¿Te sientes en peligro?

—No, por Dios —le solté rebotando las rodillas con ansiedad—. Él no me tocaría ni un pelo.

—Vale. —Se acercó y me apretó la rodilla en señal de apoyo—. No quiero que te pongas nerviosa, y esto es algo puramente protocolario en el hospital, pero vamos a tener que enviar un análisis de sangre más exhaustivo.

—¿Para qué?

—Para eliminar potenciales enfermedades de transmisión sexual que no hayan sido detectadas en tu análisis anterior.

—¿Por qué? —pregunté—. Joey y yo solo estamos el uno con el otro.

—Muchas veces, los consumidores de drogas suelen utilizar agujas infectadas. Por no mencionar la falta de inhibición que tienen cuando se encuentran bajo los efectos de las sustancias. No es raro que las mujeres embarazadas en circunstancias similares presenten enfermedades de

transmisión sexual, incluso cuando solo han estado con su pareja. Por eso, no me cansaré de insistir en lo importante que es que te protejas durante el coito.

—No es ningún guarro —afirmé con voz ahogada y totalmente confundida a causa de la información que estaba recibiendo—. Es un chico estupendo. Listo y responsable, va al instituto y tiene un trabajo. Es un hurler de Cork, por el amor de Dios.

—Tenemos disponible un servicio en el hospital para madres jóvenes que creo que podría ayudarte mucho...

—No, gracias. —Moví la cabeza hacia los lados—. No lo necesito.

—Voy a derivarte allí de todos modos y haré que algún miembro del equipo se ponga en contacto contigo cuando llegue el momento. —Ignorando mis deseos, la comadrona alcanzó la carpeta y continuó realizando anotaciones antes de levantarse y desplazarse hasta la puerta—. Necesito que esperes aquí, Aoife. No tardaré mucho.

Ay, Dios.

La cosa no pintaba bien.

No pintaba bien en absoluto.

Me saqué el teléfono del bolsillo, marqué rápidamente el único número que sabía que siempre iba a contestarme y me puse el aparato en la oreja.

—Aoife, cariño, ¿estás bien?

—Mamá. ¿Puedes venir al hospital? —Cerré con fuerza los ojos, dejé ir una exhalación entrecortada y luego susurré—: Te necesito de verdad.

DÉJAME FUERA, CON LA BASURA

Joey

El sonido de mi propio pulso retumbándome en los oídos fue el primer indicio de que no estaba muerto. El segundo fue la voz de mi hermana.

—¿Shan?

La oía. Sentía sus manos en mi cara. Su aliento en mi mejilla. Pero... Joder, no era capaz de centrarme.

—¿Qué te has metido? —Volvía a oír su voz junto a mi oído—. Sé que estás borracho, y he notado que hueles a hierba, pero hay más, ¿no? ¿Qué ha sido? ¿Qué te han dado?

No podía contestarle. Porque no recordaba lo que me había metido. Ni siquiera sabía dónde estaba. Mierda, ni siquiera parecía que me funcionaran los labios.

Estaba con la bajona de después del colocón y descendía a todo trapo. Entre violentos temblores, intenté hacerme un ovillo y morir. Tal vez si aguantaba la respiración, el dolor desaparecería. Mi corazón se daría por vencido.

—Lo siento —murmuré con una mueca de dolor cuando su decepción cayó sobre mí como balazos verbales—. Por favor, no me odies.

Escupiendo vómito y bilis, luché contra las náuseas que atacaban mis sentidos mientras trataba por todos los medios de sobrevivir a la agonizante sensación de ardor que recorría mi organismo.

«No me odies».

«Me odio».

«Me odio».

«Me odio».

A medida que se disipaba la niebla de mi mente y poco a

poco comenzaba a percibir lo que había a mi alrededor, me di cuenta de que estaba en pelotas en el cuarto de Johnny Kavanagh con el rarito de su flanker sacándome de la ducha.

—¡No me toques, hostia! —gruñí mientras me apartaba de él tambaleándome, solo para acabar desplomado sobre mi culo.

Me hablaban, y hasta me gritaban, joder, pero yo no era capaz de entender una sola palabra. Sabía que les respondía porque movía los labios, pero no tenía ni puta idea de lo que salía de mi boca. Estaba en una situación vulnerable, tan trastornado que no era capaz de controlar lo que decía.

Todo era muy intenso.

Todo dolía.

Con el cuerpo sacudido por los temblores, intenté controlar la respiración mientras poco a poco me iban llegando flashbacks de las dos semanas anteriores.

«Papá».

«Shannon».

«Molloy».

«Mamá».

«¡Darren!».

«Shane».

«Dolor».

«Dolor».

«Puto dolor».

Aguantándome las ganas de gritar, me agarré la cabeza con las manos en un intento de que la habitación dejara de dar vueltas. El dolor que sentía entre los ojos era tan fuerte que pensaba que me iba a desmayar. Oía al dublinés poniéndome a parir, hablándome con desprecio, como si fuera un pedazo de mierda, y tenía razón. Sin duda, lo era.

«Este tío quiere a tu hermana —me decía mi cerebro a través de la niebla y el síndrome de abstinencia—. Ya no está sola».

Confuso, traté de relacionar todo lo que decía con los acontecimientos que habían tenido lugar, pero la puta cabeza no me daba para tanto. Mi lengua escupía veneno y le contaba demasiados secretos familiares a ese tío, pero yo ya no tenía el control. Me había perdido por el camino.

Lo único que recordaba era a Shannon tirada en el suelo de la cocina y la sangre que le salía de la boca.

Había sido un inútil.

Un puto paquete.

No había hecho una mierda por protegerla.

Le había fallado a mi hermana.

Otra vez.

Y luego la cara de Molloy se iluminó como una señal de neón en un primer plano de mi mente. La culpa y el dolor que sentí al pensar en ella anegaron todo lo demás. La oscuridad que siempre sentía en mi interior no era nada comparada con el eterno pozo de noche en el que me encontraba.

Quería salir.

Necesitaba salir.

Ya no podía aguantarlo más.

—¿Puedo ayudar? —La voz de Kavanagh atravesó mis aterrados pensamientos—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí, déjame algo de ropa.

Necesitaba salir de ese lugar, joder. Agarrándome al lavamanos que tenía al lado, me obligué a ponerme de nuevo en pie.

Sin decir una palabra, Kavanagh salió del baño y regresó poco después con un montón de ropa, que me lanzó desde la puerta. Aturdido, la revolví y enseguida me enfundé unos pantalones de chándal grises y una camiseta blanca por la cabeza. La ropa me agobiaba, pero me importaba una mierda.

Tenía un frío de la hostia.

Me calaba hasta los huesos.

Temblando, salí del baño y me metí en una habitación en

la que cabría toda la planta baja de mi casa.

—Gracias por la ropa —logré enunciar con coherencia antes de preguntar—: ¿Tienes algún teléfono que pueda usar?

Oí el titubeo en su voz al preguntar:

—¿Por qué?

—Porque tengo que llamar a mi novia.

El recelo le titilaba en los ojos.

—¿A tu novia?

—Sí, a mi novia —solté conteniéndome para no perder la paciencia con él, con todo lo que me había ayudado—. ¿Puedo usar tu teléfono o no?

—No hace falta que te vayas —dijo Kavanagh poniéndome un móvil en las manos—. Te puedes quedar, tío. Todo el tiempo que necesites.

No, no podía

Tenía que largarme.

Mi padre seguía por ahí fuera.

¿Y Molloy?

Madre de Dios, había pasado de ella.

—Joder, venga ya... —solté al ver que mis manos no cooperaban y los dedos no querían pulsar los putos botones.

—¿Cuál es su número? —preguntó cogiendo el teléfono—. Dilo en voz alta y te lo marco.

Dejé escapar un agónico suspiro y me esforcé por echarle un buen vistazo al imponente chaval que tenía delante. Yo no confiaba en él, pero estaba claro que Shannon sí, lo que me parecía extraño. Me hacía dudar de mis instintos.

Johnny Kavanagh se encontraba en el mismísimo centro de toda mi mierda familiar y no se iba corriendo. Había algo en él que me recordaba a Molloy y eso me hizo fruncir el ceño.

—Advertí a mi hermana sobre ti, ¿sabes? —me oí decir con el entrecejo arrugado mientras trataba de enfocar la vista—. Le dije que te largarías. —Con una mueca derivada del dolor que sentía en el cráneo, sacudí la cabeza y me centré en él—. Que no se hiciera ilusiones contigo.

No reaccionó.

Tampoco parecía sorprendido por mis declaraciones.

Simplemente, me preguntó:

—¿Cuál es su número?

Presionándome la frente con la parte baja de la mano, recité el número de teléfono que tenía memorizado desde primero, el único que guardaba en mi mente, antes de decir:

—No la decepciones. —Tratando de mantenerme recto, lo miré a los ojos y le espeté—: No sé qué estás haciendo aquí, Kavanagh, pero no jodas a mi hermana.

Tecleó el número en su teléfono antes de devolvérmelo. Con los ojos llenos de una emoción incontenible y un tono cargado de sinceridad, me miró fijamente y juró:

—No lo haré.

BALA PERDIDA

Aoife

—Aoife, te prometo de todo corazón que nadie va a llevarse a tu bebé —dijo mi madre por enésima vez al entrar en casa después de haberme pasado gran parte del día en el hospital dejándome tocar, pinchar, frotar con bastoncillos e interrogar—. Ya nos lo han explicado. Nadie te está cuestionando. Solo velan por tu bienestar, corazón.

—Bueno, pues yo no se lo he pedido —dije sofocada y aturrida tras las idas y venidas del día—. Es evidente que estoy bien, mamá. Estoy sana, me cuido, vengo de un hogar cariñoso y seguro... Así que no entiendo por qué tienen que poner mi vida en el punto de mira.

—Lo que les preocupa no es tu estilo de vida —repuso dejando el bolso debajo de la mesa—. Por el amor de Dios, Aoife, deberías haber acudido a mí.

—¿Con respecto a qué?

—A Joey.

Me dio un vuelco el corazón.

—Joey se encuentra bien —me oí defenderlo—. Ahora mismo está lidiando con muchas cosas en su familia, pero va a estar bien, mamá.

—Aoife. —Se giró hacia mí—. ¿Puedes dejar de hacer eso?

—¿El qué?

—Mentirme.

—No te estoy mintiendo. —Alcé las manos—. ¡Joey está bien!

Mi madre suspiró haziada.

—¿Por qué no me has dicho que ha desaparecido?

—No ha desaparecido —sostuve débilmente—. Solo está aclarando sus ideas.

—¡Aoife!

—A lo mejor no quería que pensaras mal de él —admití con la voz rota—. Justo lo que estás haciendo ahora.

—No pienso mal de él —razonó—. Me preocupo por él. Me preocupo por ti.

—Joey nunca me haría daño.

—No he querido decir eso.

—¿Y qué has querido decir? —exigí—. ¿De qué hay que preocuparse?

—A mi hija la han sometido a unas pruebas muy rigurosas para ver si tiene enfermedades de las que yo nunca había oído hablar —espetó dirigiéndose hacia la tetera—. ¡Claro que me preocupo!

—Pero no has sido tú la que ha tenido que dejar que la pincharan con agujas y le metieran varios bastoncillos por el co...

—No uses esa palabra —me advirtió encogiéndose de hombros—. Es horrible.

—Por la vagina —dije cambiando de rumbo—. Y por el culo, mamá. Ya te digo yo que no es una experiencia placentera.

—Bueno, sabremos más cuando lleguen los resultados.

—Ya lo sabemos —gruñí saliendo a zancadas de la cocina—. ¡Estoy limpia porque Joey está limpio!

—Aoife, espera, tenemos que hablar de esto.

—Yo creo que no —contesté por encima del hombro mientras salía disparada por la escalera—. Tengo que darme una ducha.

—Esta conversación no ha terminado, jovencita.

—¿Qué te apuestas? —farfullé entrando a toda prisa en mi cuarto y dando un portazo tras de mí.

Me quité las zapatillas con los pies y me fui directa hacia la cama; lo único que quería en ese momento era hacerme un ovillo bajo las sábanas e hibernar.

Porque era demasiado.

Todo aquello era demasiado, joder.

Abatida y cabreada, avancé hasta el armario y le di una

patada a la puerta, llena de frustración.

—Son todos gilipollas.

Rebosante de furia, noté que el teléfono me vibraba en el bolsillo, así que lo saqué y observé la pantalla, preparada para ver en ella el nombre de mi madre. El número que llamaba no estaba en mis contactos. De inmediato, me recorrió el pánico mientras le daba a Aceptar y me ponía el móvil en la oreja.

—¿Diga?

—Aoife, soy yo.

Tres palabras.

Tres palabras bastaron para dejarme sin aire en los pulmones y hacer que me fallaran las piernas. Me tambaleé hasta la cama, me senté y me dejé llevar por el tsunami de alivio que inundaba mi cuerpo.

Esos ocho días de silencio me habían llevado al borde de una crisis nerviosa. Oír su voz había derretido el hielo que rodeaba mi pobre y maltrecho corazón.

—Cabrón —le solté cuando mi voz quiso salir.

—Lo sé.

Temblando con violencia, me cambié el teléfono a la mano izquierda y lo presioné contra mi oreja mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas.

—¡Puto gilipollas de mierda!

—Lo sé, ¿vale?

Su voz sonaba ruda, balbucía las palabras, y no me hacía falta tenerlo delante para saber que sus ojos estaban negros como el carbón.

—Joder, Joey. —Bajé la cabeza; en ese momento sentía demasiado como para mantenerla erguida—. Me lo prometiste.

—Ya lo sé —fue su desgarrada respuesta—. La he cagado.

—¿Tú crees? —dije con desdén conteniéndome para no lanzar el teléfono contra la pared—. ¡Estoy embarazada de tu bebé y tú vas y desapareces del mapa! Te podía haber pasado cualquier cosa, Joey. Cualquier cosa. ¿No lo

entiendes? ¿No entiendes lo aterrorizada que he estado?

—Joder, lo siento mucho, nena.

Dolor.

Alivio.

Ira.

Devastación.

En ese momento lo sentía todo.

—¿Estás bien? —me obligué a preguntar; la voz me temblaba—. ¿Estás herido?

—Yo... Eh... No lo sé —murmuró de forma entrecortada y arrastrando las palabras—. Todo está difuso y me duelen los ojos.

—¡Porque aún deberías estar en el hospital!

—No me odies, Molloy.

—No te odio, Joey, yo... —Con la voz quebrada, cogí aire y cambié de tema—. ¿Dónde estás? —pregunté estremeciéndome violentamente—. ¿De quién es el teléfono desde el que me llamas?

—Estoy en... Eh... —Sus palabras se fueron apagando y lo oí ahogar un gruñido de dolor antes de decir—: En casa de Kavanagh.

—¿Johnny Kavanagh? —Alcé las cejas—. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién te ha llevado hasta allí?

—No lo sé, Aoife —admitió con un hilo de voz—. Me siento bastante ido ahora mismo, nena. No tengo el teléfono ni tampoco la... Eh... La cartera.

—Mierda, Joe. —Tenía el corazón en un puño—. ¿Con quién has estado?

—No lo sé —susurró—. Noto la cabeza hecha pedazos. No recuerdo una mierda. Simplemente estoy muy cansado.

—Porque no estás bien —logré decir, parpadeando para enjugarme las lágrimas—. Estás enfermo, Joe.

—No sé cómo estoy —lo oí decir—. Ya no me siento humano.

El miedo me catapultó fuera de la cama y me hizo ir de un lado a otro de la habitación.

—Joey, tienes que venir a casa, ¿vale? Ven a mi casa ahora mismo.

—No, no, no, no quiero que me veas así —balbuceó—. No quiero hacerte más daño del que ya te he hecho.

—La única manera de hacerme daño es evitándome —insistí aferrándome al teléfono—. Juntos hasta el final, ¿te acuerdas? Sigue en pie, Joe. Te quiero.

—Y yo te quiero muchísimo, joder. —La voz se le quebró—. Ni siquiera puedo decirte cuánto porque no tengo suficientes palabras en la cabeza.

—Ya lo sé. —Cerré bien los ojos y apreté el teléfono con fuerza—. Lo sé, Joe.

—Lo siento. —Arrastraba las palabras y parecía algo somnoliento—. Quiero que estéis bien. Tú y el bebé.

—Lo estamos —traté de apaciguarlo—. Pero te necesitamos.

—Nadie me necesita.

—Eso no es verdad —afirmé sintiendo que el corazón se me desintegraba en el pecho—. Vuelve conmigo.

—Tengo que dormir —susurró de forma entrecortada—. Estoy siempre tan cansado... y los ojos me duelen de cojones. Es difícil mantenerse despierto.

—¿Shannon está contigo? —Me llevé la mano a la frente y luché contra la ansiedad—. ¿En casa de Johnny? ¿Es ella la que te ha llevado hasta allí?

—Creo que sí —contestó dubitativo—. Joder, lo siento tanto...

—Joey, escucha. —Sorbiéndome la nariz, me aclaré la garganta e intenté ser la voz de la razón—. La has cagado, ¿vale? A lo grande. No puedes volver atrás, pero puedes seguir adelante. No te quedes en ese estado mental, cariño. Yo puedo ayudarte. Podemos conseguirte ayuda.

Hubo una larga pausa antes de que su voz privada de sueño mascullara:

—¿Qué tipo de ayuda?

—La de un profesional —propuse—. Hay centros de

rehabilitación para adolescentes como tú. Tiene que haberlos. Te buscaré uno, ¿vale? Conseguiremos la ayuda que necesitas para superar esto, pero tienes que venir conmigo. Ven conmigo, cariño, yo te ayudaré...

—Nadie puede ayudarme, Molloy.

—Eso no es verdad —lo contradije con vehemencia—. Tienes una mente maravillosa, Joey Lynch, y un corazón de oro. Puedes superarlo. Solo tienes que poner de tu parte. Con eso tendrás la mitad ganado. Todavía puedes arreglarlo. Hay tiempo. Puedes ponerte mejor. Inténtalo, Joe. Es lo único que has de hacer. Intentarlo, cariño. Te quiero muchísimo. Ver cómo te destruyes a ti mismo me está matando.

—Solo te quiero a ti.

—Y yo solo te quiero a ti —respondí con voz entrecortada—. Pero necesito que estés sano. No voy a permitir que te destruyas. Vamos a tener un bebé, Joey. No pienso dejar que tires la toalla ahora.

—Es muy tarde para mí, Molloy.

—No. —Negué con la cabeza—. No digas eso.

—No estoy bien.

—Voy a recogerte —afirmé buscando las llaves del coche por mi cuarto—. Espérame allí; no tardo nada.

—No, joder, no vengas —volvió a gruñir—. No quiero que me veas así.

—Joey, voy a ir.

—Si vienes, yo me marchó.

—¡Joey!

—No, no vengas, ¿vale? —protestó al otro lado de la línea antes de añadir—: Deja que me ponga bien y luego iré contigo.

Me pasé las manos por el pelo, resistí el impulso de tirarme de las puntas y lancé una exhalación entrecortada.

No podía dejarlo allí. Sobre todo, cuando por fin sabía dónde estaba.

Me había hecho pasar un infierno durante los últimos ocho

días.

Sabía que estaba colocado. Que se estaba autodestruyendo. Que no podía hacer una mierda por detenerlo, pero aun así quería intentarlo. Aún quería tirarme de cabeza a ese mundo en el que se ahogaba y salvarlo o, al menos, mantenerlo a flote.

—No cuelgues —susurró con voz lánguida—. Te quiero.

—Prométeme que te vas a quedar en casa de Johnny.

—Te lo prometo.

—Y lo primero que harás mañana será venir a verme.

—Lo primero.

—Joe, lo digo en serio. Prométemelo.

—Te lo prometo, te lo prometo. Es que... estoy muy cansado.

—¿Dónde estás ahora mismo?

—En su cuarto. Cama enorme.

—Vale. —Dejé ir un suspiro entrecortado y traté de mantener mis emociones a raya mientras lo escuchaba respirar al otro lado del teléfono—. Quiero que te acurruques en esa cama tan enorme y duermas un poco. ¿Puedes hacer eso por mí, Joe?

—Hum.

—Oye, Joe.

—¿Hum?

—¿Te puedes poner de lado para no ahogarte si vomitas?

—Hu-hum.

—Bien hecho, semental.

—No te vayas, reina.

—No lo haré.

—Quédate conmigo.

—Siempre.

Con el corazón retumbándome con fuerza, recorrí el camino privado de la entrada hacia la familiar puerta principal. Sabía que yendo allí me estaba agarrando a un clavo

ardiendo, pero, como no tenía mucho más a lo que aferrarme, pulsé el lujoso timbre y contuve el aliento.

Pasaron unos minutos hasta que se abrió la puerta, y me dio la bienvenida una mujer de mediana edad vestida con una bata de hospital.

—¿La puedo ayudar en algo?

—Sí, hola. —Lancé un suspiro y le brindé una sonrisilla—. Sé que no vive aquí, pero busco a... ¿Gibbie?

La mujer de ojos marrones me entendió de inmediato y sonrió con calidez.

—Gerard suele estar por aquí, pero hoy está asaltando su propia nevera, para variar. —Con la mano extendida, señaló una impresionante casa de tres plantas que se encontraba al otro lado de la calle—. Vive en el número nueve, cariño.

—Muchas gracias —respondí con sensación de alivio mientras giraba rápidamente sobre mis talones y cruzaba la tranquila calle sin salida.

—Si por casualidad ves a su amiguita de pelo rizado, coméntale que su madre ha dicho que está castigada —gritó la señora Biggs detrás de mí.

—Sí, claro, no se preocupe.

Demasiado agotada como para asimilar ni una sola palabra de lo que me estaba diciendo, aligeré el paso hasta llegar a la puerta principal de la otra casa y llamé varias veces hasta que se encendió la luz del pasillo.

En esa ocasión, cuando se abrió la puerta, fue Gibbie el que me recibió, y su cara era de sorpresa.

—Pero bueno, ¿qué tal, señora de Joey el hurler?

—Necesito que me ayudes.

—Vale... —Frunciendo el ceño, se hizo a un lado para dejarme pasar, pero yo me quedé donde estaba—. Pero, si vas a pedirme consejo, debo advertirte que soy un candidato penoso.

—No quiero que me des ningún consejo, Gibbie.

—Pues es un alivio —dijo con una risita—. Porque se me da fatal. Y cuando digo fatal quiero decir horrorosamente mal.

Pregúntale a cualquier vecino de esta calle. Soy la última persona a la que habría que acudir en caso de crisis...

—Por Dios, deja de hablar y empieza a escuchar.

—Pico cerrado.

—Necesito la dirección de la casa de tu amigo Johnny Kavanagh —afirmé notando que me ponía más ansiosa cada minuto que pasaba—. Ya he estado allí, pero no recuerdo el camino y tengo que ir.

—Mierda. —Vi un destello de preocupación en sus ojos grises—. Buscas a Joey.

Se me paró el corazón.

—¿Lo has visto?

Asintió con la cabeza.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—¿Cómo estaba?

Hizo una mueca, pero no contestó.

Con eso bastó para indicarme lo que ya sabía.

—Dios mío. —Sintiendo que me habían rajado los pulmones, me llevé una mano al pecho y solté una respiración entrecortada—. Necesito que me ayudes.

—Creo que deberías entrar —contestó todavía sujetándome la puerta.

—Por favor. —Las lágrimas me quemaban los ojos, y me las enjuagué rápidamente—. Necesito que me lleves con él.

—No sé. —Rascándose el amplio pecho, Gibsie miraba nervioso a su alrededor—. Yo... Eh... No creo que sea buena idea.

—¿Buena idea? —Le eché una mirada asesina—. Me importa una mierda lo que tú creas, Gibbers. Necesito ir con mi novio, y te estoy pidiendo que me ayudes.

—Ya te he oído —dijo tratando de calmarme mientras levantaba las manos—. Y quiero ayudarte. Te juro que sí. Pero...

—Ocho días —solté con voz ahogada sin molestarme en mentir u ocultar mis emociones. Si Gibsie había visto a Joey

ese mismo día, sabía cuál era mi situación—. Llevo ocho putos días sin verlo.

—Está a salvo —repuso adoptando un tono sincero—. Te lo juro, ¿vale? Kav lo tiene todo controlado. Tu chico la está durmiendo en su casa. Shannon está con él. No tienes nada de lo que preocuparte.

—No lo pillas —le espeté aguantándome las ganas de gritar—. Necesito verlo.

—No voy a mentirte. Tu novio está en un estado muy lamentable —me confesó Gibsie—. Pero está a salvo. Si vas y lo despiertas, sabe Dios qué cojones puede hacer o adónde puede ir. —Movi6 la cabeza hacia los lados y me ech6 una mirada compasiva—. No quiero meterme en tus asuntos, pero de verdad creo que deberías dejar que la durmiera...

—Hola —interrumpió una voz familiar momentos antes de que una rubia cabellera rizada asomara por debajo del brazo de Gibsie—. Aoife, ¿verdad? ¿De la fiesta noventera? —Ataviada con una enorme camiseta de rugby, unos pantalones rosas de pijama que parecían de peluche y unas zapatillas de conejito a juego, me lanzó una sonrisa—. Te acuerdas de mí, ¿verdad? Soy Claire Biggs.

—Hola, sí, me acuer...

Antes de que pudiera terminar, sacó la mano y agarró la mía.

—Entra si no quieres morir congelada en la puerta. —Le dio un manotazo en el pecho a su amigo—. En serio, Gerard —lo regañó mientras tiraba de mí hacia dentro y me guiaba por el pasillo, a través de una cocina tenuemente iluminada, hasta una espaciosa terraza interior—, ¿qué modales son esos? No se deja a una chica en la puerta por la noche.

—No hecho eso —se apresuró a protestar Gibsie mientras deambulaba detrás de nosotras—. Le estaba sujetando la puerta como un caballero.

—¿Tienes hambre? —preguntó Claire conduciéndome hasta una caja de cartón que había sobre la mesita de

cristal del centro de la estancia—. ¿Sed?

—No, estoy bien —respondí soltándole la mano—. En realidad, tengo que... ¿Qué narices es eso? —Con la boca abierta, me la quedé mirando mientras se arrodillaba frente a la mesa y le lanzaba mimitos y arrullos al contenido de la caja—. ¿Es una rata?

—¿Qué? No —contestó Claire cogiendo el guante de jardinería que había junto a la caja y poniéndoselo antes de meter la mano en el interior para sacar a esa criatura con púas—. Nos lo hemos encontrado en medio de la carretera cuando volvíamos de casa de Johnny. Estaba solo, a oscuras, y no podíamos dejarlo allí porque podrían haberlo atropellado, así que nos lo trajimos a casa. —Sonriéndole con cariño a esa cosa que tenía en la mano, dijo con voz melosa—: ¿No es la bolita más tierna y adorable que has visto en tu vida?

—Yo... Eh... —Negando con la cabeza, intenté decir algo lógico, pero sentí que había entrado en una dimensión desconocida—. Chicos, es un erizo.

—Se llama Reginald Gibson-Biggs —me corrigió Gibsie sentándose con las piernas cruzadas sobre la mullida alfombra, junto a su amiga—. Venga, muñequita. No quieras acapararlo. Me toca. —Se colocó una almohada en el regazo, la ahuecó y, con voz almibarada, dijo—: Ven con papá, Reggie.

—Ten cuidado, Gerard, está muy flaco.

—Sé lo que hago, muñequita.

—Ya lo sé, pero es que es tan chiquitín...

—Eso es porque acaba de terminar la hibernación. El pobrecito se muere de hambre.

—¿Le traemos unos gusanos?

—¿Los erizos comen gusanos? —Frunció el entrecejo—. Pensaba que comían hierba.

—Creo que nos hablaron sobre la dieta de los erizos en clase de Naturales.

—Mierda, yo no he ido a esa clase.

—Gerard, en Irlanda todo el mundo tiene clase de Naturales en primaria.

—Bueno, pues yo no.

—Sí, tú sí.

—¿Cuándo?

—¿No recuerdas que te llevaran a dar largos paseos con el profesor y la clase?

—Sí...

—Eso eran paseos por la naturaleza —explicó—. Para la clase de Naturales.

—Joder, no me digas —se rio entre dientes—. Pensaba que eran descansos para mover el cuerpo.

Con una morbosa curiosidad, incliné la cabeza hacia un lado y los contemplé mientras se turnaban para cuidar a un animal salvaje.

—¿Seguro que no pasa nada si tocáis a esa cosa?

—Reggie.

—Reggie —rectifiqué encogiéndome de hombros mientras Gibsie le hacía cosquillas en la barriga—. Los animales en libertad pueden transmitir enfermedades, ¿sabéis?

—Míralo —contestó Claire con un arrullo sujetando a la pinchuda criatura para que la acariciara—. ¿Cómo se te ocurre pensar eso de algo tan hermoso?

—Sí, es... precioso. —Dolorosamente consciente de que yo llevaba algo igual de hermoso en mi vientre, di un paso atrás y me encogí de hombros—. Oye, solo necesito que me deis la dirección de la casa de Johnny y me iré enseguida. —Haciendo una mueca, añadí—: Y vosotros podéis pasar todo el tiempo que queráis con..., eh..., el pequeño Reggie.

VOLANDO ALTO, CAYENDO BAJO

Joey

Sangre en las paredes.

En el suelo.

Ojos azules vacíos.

Ojos marrones aterrorizados.

Ojos verdes decepcionados.

Rostros de seres queridos a los que continuaba decepcionando se proyectaban frente a mis ojos en la oscuridad, elevando mi ansiedad a niveles con los que no me podía enfrentar.

Temblando de pies a cabeza, me quedé mirando ese techo desconocido con el frío calándome tan profundo en los huesos que durante unos segundos me planteé si estaba al borde de la muerte. Aún oía cómo el corazón me retumbaba en el pecho, pero me sentía entumecido y con los miembros sin vida.

Cubierto de oscuridad, me rasqué los brazos hasta desgarrarlos, desesperado por librarme de la insoportable picazón que sentía bajo la superficie de la piel. Consciente de que el hambre que amenazaba con comerme desde dentro hacia fuera tenía poco que ver con la comida, me puse de lado y me tragué una bocanada de bilis.

«Levántate, joder».

«No, quédate tumbado».

«No te atrevas a quedarte ahí tirado».

«Vete al baño, busca una cuchilla, córtate las putas venas y acaba con esta puta pesadilla».

«No te preocupes, Peter Pan. Yo seré tu Wendy».

«Piensa en el bebé».

—Molloy... —Me pasé la lengua por los labios agrietados e

hice un esfuerzo por permanecer de costado; luego, cuando vi que la postura no me hacía echar las rabas, apoyé las manos y me incorporé lentamente hasta sentarme al borde de la cama.

Dolor.

Lo sentía por todas partes.

En los brazos.

En los ojos.

En las costillas.

En el corazón.

No había ni un centímetro de mi cuerpo que no me doliera.

En medio de la locura y el dolor, me ahogaba en la vergüenza, porque sabía que esa vez había ido demasiado lejos. No había manera de regresar del infierno en el que había caído. La montaña que tenía que escalar para volver era demasiado alta.

Su cara.

Era lo único que veía en ese momento.

Como un faro de luz en la oscuridad, guiándome a casa.

«No te quiere».

«¿Quién coño iba a quererte?».

«Vuelve junto a mí, Joe...».

Con piernas vacilantes, me puse de pie y fui palpando a ciegas por la habitación hasta que mis dedos tocaron un interruptor. En cuanto la estancia se llenó de luz, pensé que me desmayaba. El dolor que sentía en la puta cabeza era insoportable. Aferrándome a una cómoda de madera, intenté calmar la respiración y no desmayarme de dolor mientras entrecerraba los ojos y enfocaba lentamente la vista.

Seguía ahí.

En la mansión.

«Señor Rugby».

—Mierda.

Lanzando un angustioso suspiro, me obligué a mirar mi propio reflejo, que me observaba desde el espejo que había

sobre la cómoda. Con la cara deformada por los moratones y la hinchazón, y barba incipiente de un par de semanas, tuve que hacer verdaderos esfuerzos para reconocermé.

Ya no parecía yo.

No parecía nadie que hubiera conocido.

Con una mano todavía agarrada a la cómoda para mantener el equilibrio, me pasé los dedos de la otra por el amarillento hematoma inflamado de la cara. Acercándome para apreciar mejor los daños, traté de enfocar la mirada y estudié mis ojos, inyectados en sangre.

Ya no se veían partes blancas.

Habían sido reemplazadas por vasos sanguíneos reventados.

Presa del pánico y la confusión, me aparté de golpe del espejo, incapaz de mirarme ni un segundo más. Porque despreciaba a la persona que me devolvía la mirada.

Joder, odiaba a ese pedazo de mierda.

Tardé una cantidad absurda de tiempo en encontrar mis deportivas, y aún más en ponérmelas y atarme los cordones. Pero al final lo conseguí.

Cogí una sudadera que había en el respaldo de una silla, me la puse con cuidado y me subí la capucha antes de dirigirme hacia la puerta. De algún modo, logré poner un pie delante del otro y salir del cuarto en el que me había refugiado de forma involuntaria para buscar el camino hasta las escaleras. Tropezando con los escalones, me agarré a la barandilla para mantener el equilibrio y a duras penas pude llegar hasta abajo sin romperme el puto cuello.

Temblando de frío, avancé hasta la puerta principal y salí. Me sentía desubicado y confuso. Traté de orientarme, de averiguar dónde coño estaba y dónde debía ir para llegar hasta ella, pero no me resultaba nada fácil. Mis pensamientos estaban muy desordenados y el sentido de la orientación me había abandonado.

«Él está por ahí».

«Viene a por ti».

«Vais a morir todos».

«Encuéntrala».

«Vuelve junto a mí, Joe».

«Joey, no me dejes sola».

Sacudí la cabeza y caminé con paso titubeante siguiendo la línea de árboles por un largo camino, permitiendo que las piernas me guiaran cuando el cerebro no podía.

«Sigue adelante».

«Vuelve a su lado».

«Un pie delante del otro».

Después de unos instantes que se me hicieron eternos, vi unas luces y levanté torpemente el brazo para intentar que pararan y me llevaran. Pero las luces no se estaban acercando. Permanecían quietas y no se movían. Parecían atrapadas detrás de una verja de hierro.

Tambaleándome, seguí moviendo los brazos, desesperado por subirme a ese coche. Por encontrar el camino hacia ella.

—¡Joe!

Joder, es que hasta oía su voz.

—¡Joe!

Ufff, debía de estar realmente mal.

—Joe, soy yo.

Confuso, miré a mi alrededor.

—¿Molloy?

—Sí, cariño, estoy aquí. La verja está cerrada y no puedo entrar. Llevo horas esperando.

—¿Sí?

—Sí, tú sigue caminando hacia delante.

Tardé un rato en procesar su voz, y algo más en entender el significado de las palabras que salían de su boca, hasta que conseguí centrar mi atención en la verja.

Y ahí estaba. De pie al otro lado de lo que parecía un enrejado de hierro de cinco metros.

—Molloy. —Con paso vacilante, me acerqué a ella y no paré hasta llegar a la verja—. Molloy.

—Estoy aquí, Joe. —Metió una mano entre los barrotes de

metal, me la puso en la nuca y se acercó—. Aquí mismo, cariño.

—Lo siento, reina —dije con la voz rota apoyando la frente contra los mismos barrotes en los que ella apoyaba la suya—. Joder, lo siento muchísimo.

—Chisss... —En ese momento ya me había cogido la cara entre sus manos y sus dedos recorrían mis mejillas y me peinaban el pelo mientras me acribillaba a besos en las partes de mi rostro a las que podía llegar—. Me tenías muerta de miedo.

—Soy un imbécil.

—De los grandes —secundó con convicción sin dejar de besarme, acariciarme y rozarme con la nariz—. Estoy muy enfadada contigo.

—Yo también. —Temblando, pasé una mano entre los barrotes para tocarla, sentirla y asegurarme de que era real—. Creo que me pasa algo.

—Vas a ponerte bien —sollozó mientras las lágrimas de sus mejillas humedecían las mías—. No voy a dejar que te pase nada más.

—Joder, sácame de aquí, nena.

—No puedo, Joe —contestó con un hilo de voz—. No sé el código para abrir la verja, y es demasiado alta como para saltar por encima.

—Yo sí —murmuré—. Conozco el código.

—¿Cuál es?

—Yo... Eh... —Parpadeando con rapidez, escudriñé mi cerebro en busca de la información que sabía que una vez había poseído, pero no encontré nada—. Te juro que lo tengo en algún lugar de mi cabeza.

—Da igual —repuso sorbiéndose la nariz—. No te preocupes. Quédate aquí esta noche con Shannon y Johnny.

—No, no, no, no quiero quedarme aquí —gimoteé aferrándome a ella con todo mi ser—. Quiero irme contigo.

—Ya lo sé —dijo con tono persuasivo y a la vez de dolor—. Pero no te puedo sacar, Joe.

—Puedo trepar...

—No, cariño, no puedes —me interrumpió, y luego dijo—: Estás muy herido.

—Tú estás herida. Te he herido yo —gruñí encogiéndome cuando una ola de dolor me golpeó en medio del pecho—. Mierda, creo que mi cerebro ha dejado de funcionar.

—¿Dónde has estado?

—No me acuerdo —musité desposeído de cualquier tipo de esperanza—. Joder, cuánto lo siento... Te quiero mucho, Molloy. Te lo juro.

—Ya lo sé, Joe. Lo sé... —Su voz se fue atenuando y dejó escapar un sollozo—. Oye, necesito que me enseñes los brazos, ¿vale?

—¿Los brazos?

—Sí. —Sorbiéndose la nariz, dio un paso hacia atrás y me cogió una mano—. No te preocupes —me persuadió mientras me remangaba la sudadera para acabar estallando en lágrimas al llegar al codo.

—Lo siento.

—El otro —logró decir cogiendo mi otra mano y haciendo lo mismo.

—Mucho.

—Has estado con Shane Holland, ¿verdad?

—No me acuerdo.

—¡Podías haber muerto, Joe!

—No sé si quiero vivir, Aoife.

—¡No digas eso! —me advirtió introduciendo de nuevo el brazo entre los barrotes para pasármelo por el cuello—. No vuelvas a decir eso, ¿me oyes?

—Solo sigo aquí por ti —confesé deleitándome en la calidez de sus manos sobre mi piel. Tenía un frío de la hostia. Ella era lo único que podía darme calor—. Quiero que se acabe, Aoife. Quiero que esto pare...

—No, cariño, no. —Sorbiéndose la nariz, me atrajo hacia ella y selló su boca con la mía—. No dejaré que te vayas.

Estremeciéndome cuando el ardor de sus labios y su

lengua derretieron el hielo de mi interior, intenté acercarme; necesitaba estar con ella.

—No te vayas, Molloy. Sé que no te merezco, pero, por favor..., no te vayas.

—Nunca.

—Solo... sigue queriéndome.

—Siempre, Joe. —Respiró contra mis labios—. Siempre.

—Porque siento que estoy solo, nena.

—No. —Negando con la cabeza, se echó hacia atrás para limpiarme las lágrimas que me resbalaban por las mejillas y luego se inclinó de nuevo hacia mí y acarició suavemente su nariz contra la mía—. Nos tienes a nosotros.

Temblando, metí la mano entre los barrotes y la toqué.

—Quiero ser suficiente para ti. —Sollozando, acaricié la pequeña protuberancia de su tripa mientras el viento me azotaba la cara—. Para los dos.

—Creo en ti —la oí decir entre lágrimas—. ¿Me oyes, Joey Lynch? —Cogiéndome la cara entre las manos, me miró directamente a los ojos y susurró—: Todavía creo en ti.

«Eres la única».

NO TE LO VAS A LLEVAR

Aoife

Tenía problemas. Muchos.

El mayor de todos, además de la inminente maternidad y la drogodependencia de mi novio, era mi incapacidad para dejar de luchar.

Mucha gente calificaría esa lealtad a la hora de amar como un rasgo positivo de la personalidad, pero, cuando era el motivo de que volviera a meterme en la boca del lobo, sabía que se trataba de un puto hábito imprudente. Aun así, aparqué el coche en la zona exterior de esa horrible casa llena de grafitis y me bajé dispuesta a presentar batalla.

Sujetando las llaves del coche en el puño como medida de protección, salí disparada hacia la casa y aporreé la puerta con la mano que me quedaba libre. Cuando por fin se abrió y la grotesca cara de Shane me dio la bienvenida, sentí que el fuego de mil volcanes se acumulaba en mi interior.

—¿Vuelves a por más?

—Antes de que empieces, sé que él ha estado aquí contigo. Así que dame su teléfono, su cartera y todo lo que le hayas robado —solté con frialdad mirándolo a los ojos—. Ponte gallito y te las haré pasar putas.

Hizo una mueca con los labios.

—¿En serio?

—Ponme a prueba, gilipollas. —Me crucé de brazos—. Te reto.

Shane, que esa noche parecía más entretenido conmigo que enfadado, movió la cabeza hacia los lados y soltó una risita.

—¿Quieres las mierdas de tu novio? Entra tú misma a buscarlas. No soy su criada.

El corazón me dio un vuelco, pero mantuve la compostura y pasé junto al gángster fumado.

—Ya sabes en qué habitación se queda —gritó Shane girando la cabeza hacia mí mientras desaparecía hacia la sala de estar, diría que bastante satisfecho por la recaída de mi novio—. Toda tuya, princesa.

Tragándome la rabia, me dirigí hacia la escalera y no me detuve hasta estar plantada frente a la puerta de la habitación en la que lo había encontrado el año anterior.

«Respira hondo».

«Puedes hacerlo».

Empujé la puerta, contuve la respiración y me metí dentro.

Evitando hacer una mueca al ver el colchón ensangrentado en el que sabía que había dormido Joe, pasé por encima de algunas jeringuillas usadas y varios trozos de papel de aluminio mientras me sentía morir un poco más a cada paso que daba. Decir que el decrepito estado de la habitación era inhumano sería quedarse corto, y el hecho de saber que ese era su santuario me ponía enferma.

Con cuidado de no tocar nada por miedo a enfermarse o a coger una infección, porque a saber quién más se había quedado en ese puto agujero, recogí una sudadera que me resultaba familiar.

La sudadera de Joey.

Yo misma se la había comprado el año pasado.

Temblando con violencia, metí la mano en el bolsillo delantero y me destensé al rozar su teléfono y su cartera con los dedos. En silencio, introduje ambos objetos en mi bolsillo, me enrollé la sudadera bajo el brazo y eché otro rápido vistazo a aquella carnicería antes de encaminarme hacia las escaleras.

—Dile a tu novio que me debe dinero —gritó Shane desde la sala de estar cuando yo aún bajaba—. Tiene una semana para conseguir el dinero o si no tendrá que trabajar para mí.

Incapaz de contener mis emociones ni un segundo más, salí corriendo escaleras abajo y entré a toda prisa en el

salón.

—Aléjate de él, Shane —gruñí sin preocuparme por los otros cuatro hombres apoltronados en los sofás de ese agujero de mierda que él llamaba casa—. Lo digo en serio, gilipollas. ¡Mantén tus putos vicios asquerosos lejos de mi novio!

—¿Mis vicios asquerosos? —se rio desde el sofá en el que se encontraba—. Querrás decir los vicios asquerosos de Lynchy.

—Me pone enferma la gente como tú —le espeté fulminándolo con la mirada—. Atrapas entre tus garras a personas vulnerables. ¡Eres repugnante!

—Palabras... —se rio haciéndome burla con la mano—. Lárgate de aquí, princesa, y dile a tu amorcito que tengo un trabajo para él. —Me recorrió el cuerpo con la mirada y, cuando llegó a la mitad, levantó las cejas—. ¿O debería llamarlo papaíto?

—¡No se va a ir contigo! —grité con firmeza—. ¡No pienso dejar que lo alejes de nosotros!

—Ya se ha ido, chica —dijo otro hombre—. Desaparece tú también antes de que te arrastre con él.

Sería incapaz.

Ese era el problema.

Sería incapaz de dejarlo.

—¿Cuánto te debe? —me oí preguntar sin despegar los ojos de Shane—. Joey. ¿Cuánto debe?

—Seiscientos —murmuró arqueando una ceja—. ¿Llevas tanto dinero suelto encima, princesa?

No lo llevaba. No ganaba eso ni en un mes de trabajo. Mis padres apenas cubrían pérdidas, así que no tenían ahorros. Igual que todos mis amigos.

«Mierda».

Sonriendo con maldad, Shane inclinó la cabeza hacia la puerta.

—No te preocupes, tengo mucho trabajo para él.

—No va a hacerte de camello.

—Qué sabrás tú, princesa...

—Lo sé —dije temblando—. Conozco a Joey. Nunca trafficaría con drogas.

—Entonces lo pagará con sus brazos —bromeó uno de los hombres.

—Y con sus piernas —se rio otro.

Presa del pánico, me devané los sesos buscando una solución al problema en el que se había metido mi novio.

—Puedo conseguirte el dinero.

—Ahora empezamos a entendernos.

—Pero eso es todo —le advertí—. Yo te doy el dinero y tú lo dejas en paz.

Todos los hombres que tenía alrededor volvieron a reírse como si fuera lo más gracioso que habían oído en su vida.

—No estoy de broma —espeté—. Pagaré lo que debe, pero tienes que alejarte de él, ¿me oyes?

—Tráeme lo que debe, y ya hablaremos —repuso Shane con los ojos centelleando de la diversión.

Sabía que me la estaba jugando. Sabía que esos hombres no tenían ninguna intención de cumplir mis deseos, pero ¿qué iba a hacer? ¿Largarme sabiendo lo que tenían planeado para mi novio?

Nunca.

Cuando llegué al coche estaba temblando. Me hundí en el asiento del conductor y cerré todas las puertas mientras esperaba a que mi nuevo amiguito cogiera el teléfono.

—¿Ha llamado, señora de Joey el hurler?

—¿Gibbie? —Presionándome la frente con la parte inferior de la mano, exhalé un suspiro entrecortado—. Necesito un favor.

Un rato después, un Ford Focus gris aparcaba detrás de mi coche. Con la respiración agitada, contemplé en el retrovisor cómo Gibbie se bajaba de su vehículo y avanzaba hacia la puerta del copiloto del mío.

—Sé que no tengo ningún derecho de pedirte nada —le solté en cuanto se sentó en el asiento de al lado—. Apenas

nos conocemos, y seguramente pienses que estoy loca por presentarme antes en tu puerta, y por llamarte, pero es que estoy desesperada y él...

—¿Dijiste seiscientos? —preguntó Gibsie interrumpiéndome mientras se sacaba un fajo de billetes del bolsillo del abrigo y lo ponía sobre mi regazo—. Ahí los tienes.

—Gracias. —Dejé caer los hombros en señal de culpa y de alivio, y asentí desganada—. En serio, muchísimas putas gracias, Gibsie. Sé que te he pedido demasiado, y te prometo que te pagaré hasta el último centavo. Puede que tarde un poco, pero te lo devolveré con intereses...

—Tranquila, me da igual el dinero —dijo girándose en el asiento para mirarme—. Es tuyo. No me debes nada.

—No, no puedo —protesté de inmediato—. Te lo devolveré, lo juro.

—Puedes intentarlo, pero no lo voy a coger —repuso con calma—. El hecho de que lo necesitaras tanto como para acudir a mí como primera opción es lo que más miedo me da. —Me clavó la mirada durante un buen rato antes de decir—: Lynchy está hundido en la mierda, ¿verdad?

Pensé en mentirle, pero ¿cómo iba a hacer eso?

A sabiendas o no, ese chico le había ahorrado a mi novio otra estancia en el hospital. O, peor aun, una muerte prematura.

—Muy hundido, Gibs —solté con el corazón a mil—. Y yo intento... —Me tragué el nudo que tenía en la garganta—. Intento salvarlo con todas mis fuerzas, pero cada vez me resulta más difícil...

—¿Cómo de hundido?

—Ha consumido heroína —confesé con voz ahogada limpiándome rápidamente una lágrima rebelde de la mejilla—. Y oxicodina y cocaína y lo que sea que pueda aspirar por la nariz o inyectarse en las venas.

—¿Y el dinero?

—Es para su camello —admití apretándome las sienes—. Si

no le pago, hará que Joe trabaje para él o quizá algo peor.

Gibbie lanzó un hondo suspiro.

—Mierda.

—Ya —acordé desmoralizada y exhausta—. Además, está muy mal. Físicamente, quiero decir. Todos le prestan atención a Shannon, y lo entiendo, de verdad, pero ¿qué pasa con Joe? —Negando con la cabeza, ahogué un sollozo—. También podría haber muerto en la cocina ese día.

—No lo sabía —contestó Gibbie en voz baja.

—Porque toda su familia lo trata como si no existiera —gimoteé—. Y no, no me refiero a Shan ni a los niños. Me refiero a su madre, a su hermano mayor y a su... —Me detuve antes de sufrir un ataque de nervios e inhalé varias veces para calmarme antes de volver a intentarlo—. Solo necesito que esté bien, Gibb. Solo... necesito a ese chico.

—¿Porque va a venir la cigüeña?

—¿Qué? —Me quedé de piedra, con la frente arrugada—. ¿Cómo lo has...?

—No te preocupes, también sé guardar secretos —me sorprendió diciendo—. Un consejo. Yo empezaría a llevar tallas más grandes de esas sudaderas enormes si no quieres que la gente se dé cuenta, porque, y te lo digo de buen rollo, estás floreciendo.

—Buah, mierda.

—Supongo que Shannon no lo sabe, ¿verdad? —musitó—. Lo que significa que Johnny no lo sabe, porque, si Johnny lo supiera, yo también lo habría sabido.

—No, y aún no se lo puedes decir porque...

—Como he dicho, puedo guardar un secreto —afirmó guiñándome un ojo—. Yo te cubro, señora de Joey el hurler.

LA SEÑORA KAVANAGH

Joey

No estaba seguro de cómo había conseguido volver a oscuras a la casa de Johnny, pero supongo que lo hice, porque a la mañana siguiente me desperté sobre el borde de una taza de váter de porcelana. También se oía a una mujer perdiendo los papeles al otro lado de la puerta.

Sintiéndome un poco mejor que el día anterior, me puse en pie y comprobé rápidamente si había hecho algún destrozo en el baño. Aliviado al no encontrar ninguno, decidí hacer de tripas corazón y salir de allí; quería sacar el culo de la mansión del Señor Rugby y volver con la madre de mi hijo enseguida.

Decir que sentía asco por mí mismo era quedarse corto.

«Odio» tampoco era una palabra lo bastante fuerte.

Lo que había hecho.

Mi comportamiento.

Cómo la había abandonado.

No podía permitirme pensar en ello, porque si lo hacía me quería morir.

Con una mueca por el dolor que me rebotaba en la sien, que era una reacción directa a la luz solar que entraba por la ventana, abrí la puerta del baño y salí al pasillo. Veía perfectamente a quien suponía que era la madre de Kavanagh, que le estaba echando una buena bronca a su hijo. Con los brazos en jarras y de espaldas a mí, la rubia bajita dialogaba desde la puerta de otra de las numerosas habitaciones de su fortaleza de la prosperidad.

Al oír la voz de mi hermana, enseguida di un respingo:

—Ya me voy. Ahora mismo, lo prometo.

Jodido o no, conocía ese tono. Su pánico me atraía como

una sirena.

Cayendo de nuevo en el viejo hábito de comerme el marrón de mi hermana, grité:

—¡Gracias por la cama, Kavanagh! ¿Me puedo llevar prestada una sudadera?

Porque yo podía soportar cualquier cosa que esa señora pudiera echarnos en cara por habernos metido en su casa.

Su desdén.

Su ira.

Sus acusaciones.

A mí no podía hacerme daño porque nada de eso me importaba como a Shannon.

La madre de Kavanagh me lanzó una rápida mirada antes de volverse hacia su hijo y seguir con el rapapolvo.

Me pareció normal.

Tampoco es que pudiera culparla por reaccionar así.

Cuando acabó de cantarle las cuarenta a su hijo y se volvió a centrar en mí, yo ya estaba preparado para la batalla, pero no fue ira lo que vi en sus ojos.

Tampoco era miedo.

Era tristeza.

Y, joder, de alguna manera eso fue peor.

—Hola.

—Hola.

—¿Cómo te llamas, cariño?

—Joey. —Observándola con recelo mientras caminaba hacia mí, retrocedí para apartarme de su camino y me apoyé contra la puerta del baño—. Lynch.

—Joey Lynch —repitió sin detenerse hasta que la tenía justo delante—. Yo soy Edel. —Me tendió la mano—. Edel Kavanagh.

—Vale —contesté mirando su mano extendida.

No me moví.

Solo la miré y esperé.

Era su territorio.

Yo era un intruso.

Le tocaba a ella hacer el siguiente movimiento.

—Dame la mano, cariño —me indicó—. Es una cuestión de buenos modales.

Con el ceño fruncido, me obligué a aceptar el apretón de manos.

—A ver. —Me dio la mano con suavidad y me sonrió—. ¿Tienes hambre, Joey Lynch?

—Eh... —Confundido, la miré y negué lentamente con la cabeza—. No.

—¿No? —Sus cálidos ojos marrones me observaron y elevó las comisuras de los labios—. ¿Me estas mintiendo, cariño?

Desconcertado de cojones, volví a negar con la cabeza.

—No, es que...

—¿Es que qué, cariño?

—Me tengo que ir —me oí decirle, todavía la hostia de confundido ante esa diminuta mujer—. Yo... Eh... Ni siquiera me hubiera quedado, pero no pude trepar la verja para irme.

—Es muy alta —repuso con una sonrisa cómplice—. Yo también tuve que treparla un par de veces en mis tiempos.

«Joder, anda que no».

—Parece que ahí hay una historia...

—No te la creerías —sugirió con una pícara sonrisa antes de encaminarse hacia el pasillo—. Sígueme, Joey, cariño. Ningún niño se va de mi casa sin la tripa bien llena.

—No soy ningún niño —respondí siguiéndola a regañadientes.

—Vale, ¿qué te parece «ningún amigo de mi hijo se va con el estómago vacío»? —me gritó por encima del hombro guiándome hasta la cocina—. Sea hombre, mujer o niño. ¿Mejor así?

Desde la puerta de la cocina, la observé mientras se ocupaba de poner los cubiertos en la isla.

—Tampoco soy su amigo.

—Bueno, pero desde luego tu hermana sí lo es.

—Ya, bueno, decir que mi hermana y su hijo son amigos es

bastante ingenuo, además de una idea anticuada.

—Intuitivo... —musitó—. ¿Sabes qué, Joey, cariño? Creo que podrías estar en lo cierto.

—Su hijo podría haberse conformado con mucho menos —me oí decir poniéndome inmediatamente a la defensiva mientras la veía colocar un montón de bollos en una fuente. Bollos. Estaba haciendo bollos y té en una puta tetera de verdad—. Pero no podría aspirar a nadie mejor que mi hermana.

Se le dibujó una sonrisa.

—¿Ah, sí?

—Solo lo dejo caer. —Encogí los hombros y me crucé de brazos—. No hay que juzgar un libro por la cubierta.

—Yo podría decirte lo mismo.

—¿Por qué?

—Bueno, ¿no estás haciendo lo mismo conmigo?

Me sonrió por encima del hombro y luego se fue a por la tetera.

—Con todos mis respetos, señora...

—Edel.

—Edel —corregí con desgana—. No te ofendas, Edel, pero la que tiene una mansión eres tú. Creo que es justo decir que tu historia se explica sola.

—Te sorprenderías, Joey, cariño.

—Bueno, vale, escucha... Ya sé que te han contado lo de mi familia. —No tenía sentido negarle nuestra situación. Su hijo lo sabía todo sobre nosotros. Además, ella tenía ojos en la cara. Había visto las marcas de mi hermana. En cualquier caso, yo pasaba de fingir. Se habían acabado las tonterías—. Tu hijo lleva tanto tiempo metiendo las narices en nuestros asuntos que ya se ha dado cuenta de que en casa aguantamos muchas mierdas, lo que significa que tú también lo sabes. Pero no quiero que juzgues a mi hermana por historias que escapan a su control. Ella no podría ser más diferente del resto de nuestra familia.

—Parece que te incluyes en esa afirmación.

—Porque así es. —Con picores en la piel y el cuerpo helado, asentí forzosamente con la cabeza—. Shannon es la mejor persona que conozco.

—Joey, cariño... —Me clavó unos ojos marrones cargados de compasión—. ¿Por qué me da la sensación de que Shannon diría lo mismo de ti?

Inquieto por la forma en que me miraba y con la madre de todos los dolores de cabeza atacando mis sentidos, me sujeté el puente de la nariz y me recliné contra el marco de la puerta.

—¿Te encuentras bien, cariño? —La preocupación se reflejaba en su rostro—. ¿Necesitas sentarte?

—No, no, estoy genial —murmuré sintiendo que lo que necesitaba era estar en cualquier sitio menos ahí. Esa mujer me estaba descolocando, un logro impresionante teniendo en cuenta que mi vida ya pendía de un hilo—. Mira, te agradezco mucho que me ofrezcas desayunar, pero tengo que irme.

—Cariño, ¿por qué no te sientas primero y te tomas un té? —dijo en tono persuasivo mientras iba a la isla de mármol y me sacaba un taburete para que me sentara—. Después yo misma te llevaré a la ciudad.

No me moví. No podía.

Me sentía agotado y al límite.

¿Esa mujer? Pero si no la conocía. No sabía por dónde cogerla.

—Tengo cosas que hacer.

—No con el estómago vacío.

—Mi novia me está esperando.

—Seguro que no le importa que primero comas algo.

—No tengo hambre.

—Hazlo por mí, cariño.

Tiré de las mangas de la sudadera que llevaba puesta, perteneciente a su hijo, y decidí tratar de comprender de qué palo iba.

—De acuerdo, yo... Eh... Me tomaré un té... Por favor.

Se le iluminaron los ojos.

—Buen chico.

—Y, si no es mucha molestia, ¿podrías...? Bueno, quizá...

—Lancé un suspiro y me rasqué el mentón antes de lograr decir unas palabras que me hicieron odiarme más de lo que me odiaba—. ¿Tienes algo para el dolor?

—¿De la cara, cariño?

«No, del corazón».

—Sí. —Asentí—. Yo... me he dejado la medicación en casa.

—Ahora te saco algo del armario de las medicinas —repuso dirigiéndose hacia un armario que había en el otro extremo de la cocina—. ¿Eres alérgico a algo?

—No —contesté forzándome a no moverme ni un centímetro—. Puedo tomar de todo.

—Veamos... Hay algún ibuprofeno...

Mierda.

—Sí. —Temblando, dejé ir un suspiro de abatimiento y asentí con hastío—. Sería genial, gracias.

—Ay, espera... —Sin dejar de rebuscar, sacó un pastillero blanco de plástico—. Queda algo de Solpadol de la operación de Johnny de diciembre.

«Bingo».

Me invadió una repentina oleada de alivio y no pude evitar ir hacia ella.

—Qué bien. Es lo que me dieron en el hospital.

—Aquí tienes, amor. Te traeré algo de beber.

—Gracias —respondí aceptando con agradecimiento las pastillas que dejó sobre la palma de mi mano antes de tomarme el vaso de agua que me ofrecía.

No servirían de mucho, pero me sacarían del aprieto hasta que pueda recuperarme.

Recuperarme.

Menudo puto chiste.

«El chiste eres tú, gilipollas».

«No eres mejor que él».

—A ver, háblame de esa novia tuya...

—¿Hum?

—Tu novia.

Entrecerré los ojos con suspicacia.

—¿Por qué?

—¿Prefieres que hablemos de cómo te has hecho esos moratones? —fue su cortante respuesta—. Porque podemos ir por ahí, si quieres...

—Se llama Aoife. —Vacié el contenido del vaso, lo enjuagué en el fregadero antes de colocarlo en el escurridor y volver a rondar con incomodidad cerca de lo que supuse que era la puerta de atrás—. Yo... Eh... Trabajo para su padre.

—¡Ah!

—Sí. —Asentí—. Él... Eh... Dirige un pequeño taller mecánico en la ciudad.

—¿Cuál?

—El Free-Wheeler, al final de Plunkett's Road, frente al mercado.

—¿Os conocisteis allí?

—No, vamos a la misma clase en el instituto.

—Novios de instituto. —Sonrió con complicidad—. Ay, divina juventud.

—Supongo.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—Sí —musité sintiéndome del todo confuso ante esa mujer—. Así es.

—No eres mucho de contar tus cosas, ¿verdad, Joey, cariño?

—¿Por qué iba a hacerlo? —repuse—. No te conozco.

Se me quedó mirando un buen rato y luego movió la cabeza a los lados y me brindó otra cálida sonrisa.

—¿Sabes, cariño? Estoy segura de que me suena ese taller. Llevaré el coche allí la próxima vez que haya que arreglarlo.

—¿En serio? —Fruncí el ceño y el dolor de cabeza remitió lentamente—. No tienes por qué hacerlo.

—Me gustaría. —Volvió a sonreír—. ¿Cuánto hace que trabajas allí?

—Desde que tenía doce o trece años. —Me encogí de hombros otra vez—. Estoy en nómina desde tercero.

—¿Tan joven?

—Necesitaba el dinero.

—¿Y te gusta? —insistió, aún ocupada preparando comida y haciendo té—. La mecánica, quiero decir. ¿Te interesaría seguir con eso cuando acabes el instituto?

La Virgen, ¿de qué iba esa mujer con tanta pregunta? No había tenido que aguantar un interrogatorio así desde la última vez que me subí a la parte de atrás del furgón policial. O quizá desde la última vez que me las tuve que ver con Molloy.

Ahora que lo pensaba, esa pequeña mujer desprendía una seguridad en sí misma muy parecida a la que emanaba mi novia a mares. Era confuso y no sabía si me gustaba.

—Está bien pagado.

—Bueno, creo que tiene mucho mérito, Joey Lynch. —De algún modo, me gané otra deslumbrante sonrisa de la madre del Señor Rugby—. Trabajar todas esas horas después del instituto... Y en el año de los preparatorios para la universidad... Deberías sentirte orgulloso de ti mismo.

Si me conociera, si me conociera de verdad, no tardaría en cambiar de opinión.

Me apreté la sien, dolorido de los putos pies a la cabeza mientras intentaba aclarar las ideas y centrarme en esa mujer.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué, cariño?

—Nada. —Joder, tenía que dejar de caer en sus trampas de conversación y largarme de allí—. Da igual.

—No lo creo. —Se giró hacia mí y me prestó toda su atención. El concepto era preocupante de cojones, teniendo en cuenta que no la conocía—. Di lo que ibas a decir, cariño. Te escucho.

Y era cierto. Lo cual resultaba de lo más inquietante. Me estaba escuchando de verdad.

Joder.

—Yo... Eh...

En ese momento, la puerta de la cocina se abrió y posé los ojos en mi hermana y en Kavanagh. En cuanto vi la cara de Shannon, me quise morir.

Quise ahogarme.

Escapar.

Joder, la culpa me paralizaba.

Me sentía inútil e insignificante, pero estaba decidido a ser un hombre y a mantenerme firme, a no acobardarme por la vergüenza de haber dejado que le sucediera algo así.

De haberla vuelto a decepcionar.

«Una vez más».

—¿Qué tal, Shan? —Mi voz sonaba dura y rota a causa de una emoción que no me veía con ánimos de ocultar—. ¿Cómo va? —Me obligué a asimilarlo todo. Cada moratón. Cada una de las putas promesas incumplidas con las que juré protegerla—. ¿Estás bien?

—Hola, Joe.

Me clavó sus ojos azules y sentí cómo su cuerpo rezumaba dolor. Con una sonrisa minúscula, asintió una vez con la cabeza y apretó la mano del chico al que se aferraba. Y con ese gesto tan sutil me hizo saber que todo estaba bien y que podíamos confiar en esa gente.

Quizá ella pudiera, pero yo no.

—¿Y tú?

—Todo bien —logré balbucir rompiendo enseguida el contacto visual... Me sentía demasiado mal por esa niñita a la que me había pasado la vida tratando inútilmente de proteger—. Kavanagh —saludé después centrándome en el tío al que estaba soldada—. Gracias otra vez.

Por estar ahí para ella.

Por cuidarla cuando yo no había podido.

—Joey. —Sus ojos azules como el acero se detuvieron en

mi rostro—. Cuando gustes.

Esperaba que lo dijera en serio. Porque, por mucho que me odiara a mí mismo por pensarlo, en el fondo sabía que yo no tenía nada más que ofrecerle a mi hermana.

Estaba vacío.

Acabado.

NO TE RINDAS CON MI HERMANO

Aoife

—Julie, te juro por Dios que, si me dejas tirada a la hora de comer, haré de tu vida un infierno —gruñí mirando a la pelirroja camarera que cogía sus cigarros de debajo de la barra—. Un infierno, te lo advierto.

—Ay, tranquilízate, princesa —farfulló mientras agarraba el paquete y se dirigía a la entrada que había en el extremo opuesto de la barra—. Llevo sin fumar toda la mañana. Vuelvo en cinco minutos.

—Zorra —mascullé, más bien en alto, mientras cubría de nuevo el puesto de mi compañera de trabajo.

Una vez que hube tomado y servido todos los pedidos de bebidas de mi zona, me trasladé a regañadientes a la zona de Julie y empecé a tirar pintas y a saciar la sed de los clientes. Hasta que llegué al final de la barra no reconocí unos familiares ojos marrones que me devolvían la mirada.

—Tadhg. —El corazón me dio un vuelco—. ¿Qué haces aquí?

—Tengo que hablar contigo —respondió con tono áspero mientras se sentaba en un taburete alto y me miraba fijamente con determinación—. Es importante.

Ya, me imaginaba que debía de serlo si se había molestado en cruzar la ciudad para encontrarme.

—Tadhg, ya sabes que no puedes estar en el bar sin que te acompañe un adulto.

—Te tengo a ti, ¿no?

—Claro. —Me recorrió una gran emoción y asentí—. Supongo que sí.

—Ha vuelto.

Se me paró el corazón.

—¿Joe?

El jovencito Lynch asintió con rigidez y yo ahagué un enorme suspiro de alivio.

Dejar a Joey en aquella verja la noche anterior había sido lo más difícil que había hecho en mi vida, pero lo hice porque sabía que, si yo no podía llegar hasta él, Shane Holland tampoco. Lo había apaciguado temporalmente con el fajo de billetes que me había prestado un chico al que apenas conocía, pero no era tan tonta como para creer que Shane no iba a volver. En esos momentos, «temporalmente» era lo único a lo que podía aspirar.

—¿Está bien?

—No.

El corazón se me partió en dos.

—¿No?

—Ha habido una pelea tremenda entre mamá y la señora rubia del coche pijo que trajo a Joey y a Shannon a casa — me dijo el Pequeño Alfa con vehemencia, como siempre—. Shannon lloraba por el hijo de la pija, mamá se estaba volviendo loca y Darren se piró enfadado.

—¿Y Joe?

—Después de meter a mamá en la cama y dar de comer a los chicos, se encerró en su cuarto.

«Por Dios».

Con el corazón a mil por hora, miré a mi alrededor en el bar, desesperada por dejar todo lo que estaba haciendo e irme con él, pese a que aún quedaban otras cuatro horas para que acabara mi turno. Pero entonces pensé en la ausencia de fondos de mi cuenta bancaria y en el intruso que crecía en mi vientre y me detuve. No podía permitirme perder ese trabajo. Si me largaba, me despedirían, y nadie iba a contratarme en mi estado.

Joder, necesitaba el dinero.

—Por cierto, sé lo del bebé —dijo Tadhg dejándome de piedra—. Mi hermano te ha preñado.

Se me heló la sangre.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie —respondió con firmeza—. Oí una conversación entre mamá y Darren.

—Vale. —Me aclaré la garganta, abrí a toda prisa una botella de Coca-Cola y se la puse delante junto con un par de bolsas de patatas fritas con sabor a queso y cebolla—. Mira, me toca descanso en veinte minutos. ¿Puedes esperar aquí hasta entonces?

—No te preocupes. —Asintió con la cabeza, abrió una de las bolsas de patatas y empezó a engullirla—. No me iré a ningún sitio.

—¿Sabe tu madre que estás aquí? —pregunté sentándome en un viejo barril de la zona de fumadores—. Porque, Tadhg, no sé si te has dado cuenta de que tu madre no es precisamente mi fan número uno. No creo que se alegrara demasiado si supiera que estás aquí conmigo.

—¿Tengo pinta de que me importe una mierda lo que ella piense? Además, ya te he dicho que se ha vuelto a meter en la cama —respondió en tono amargo mientras se sentaba en el barril de cerveza vacío que estaba frente al mío y se pulía su cuarta bolsa de patatas—. He venido por mi hermano.

Suspiré hondo.

—Venga ya, Tadhg, los dos sabemos que Joe no te ha enviado.

—No he dicho eso —repuso estrujando la bolsa de patatas vacía y metiéndosela en el bolsillo de su chándal azul marino—. Mira, no soy idiota. Todos me tratan como si fuera como Ollie y Sean, pero no es así. No soy un bebé, Aoife. Yo también entiendo las cosas, ¿vale?

Sí, eso estaba claro. Entendía cosas que ningún niño de su edad debería entender ni sufrir.

—He venido por Joey, porque sé que ahora mismo está hecho polvo de la cabeza —siguió diciendo Tadhg dándole otro trago a la botella de Coca-Cola—. Se lo vi en los ojos ese día en la cocina. Vi cómo se iba. Sé que ya no está aquí.

Papá le destrozó los pulmones a Shannon, pero a Joey le rompió el alma, y mamá lo ayudó a hacerlo.

—Sigue aquí, Tadhg —contesté con voz entrecortada reprimiendo un escalofrío al ver lo bien que ese chico había calado a su hermano.

—No es verdad —dijo el pequeño, desafiante—. Se ha ido y tú también lo sabes. —Me miró con crudeza y añadió—: Pero mi hermano puede ponerse mejor. Sé que puede, y no debes rendirte con él.

—Tadhg... —Me quedé sin aliento e inhalé de forma entrecortada, preguntándome cuánto sabía. Le faltaban un par de días para cumplir doce años, y ser consciente del nivel de intuición y conciencia que tenía respecto a su familia era estremecedor—. No voy a rendirme con tu hermano. —Tragué saliva y le ofrecí lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora—. Nunca lo haré.

—No lo va a poner fácil.

—Nada que merezca la pena lo es.

—Y va a estar peor antes de empezar a mejorar.

—Lo sé muy bien.

Me observó durante un buen rato, claramente tomándose las medidas, y luego asintió con su rubia cabeza.

—Vale. Porque tú no vas a ser mejor que él.

—Ya lo sé.

—En serio —insistió poniéndose a la defensiva—. Joe es el único padre que recuerdo haber tenido, así que créeme cuando te digo que tu criatura... —Hizo una pausa para señalar mi vientre antes de añadir—: Va a tener un padre de la hostia.

Inhalé sus palabras como haría un adicto a la cocaína porque, en ese momento, lo dijera o no en serio, Tadhg Lynch me estaba dando todo lo que necesitaba. Creía en su hermano como yo lo hacía. Daba igual que aún no hubiera cumplido ni doce años; lo importante era que lo entendía. Veía a la misma persona que yo y estaba dispuesto a luchar por él. Me dio esperanza. Me reconfortó.

—Voy a ir en cuanto acabe mi turno —le dije, incapaz de disfrazar la emoción que destilaba mi voz.

—Van a intentar echarte —dijo Tadhg poniéndose de pie, al parecer dando la conversación por concluida—. Mamá y Darren. —Me volvió a mirar con dureza y luego añadió—: No dejes que lo hagan. No te rindas con mi hermano.

—No te preocupes —respondí—. No lo haré.

—Vale.

—¿Quieres quedarte por aquí mientras acabo de trabajar? —pregunté observando cómo se dirigía hacia la pared de la zona de fumadores—. Te llevaré a casa.

—Para eso tengo las piernas.

—Pero tu padre sigue por ahí.

—Mi padre puede irse a la mierda —gritó el Pequeño Alfa sobre el hombro mientras se subía a un contenedor con ruedas y saltaba sin esfuerzo por encima de la pared de piedra que rodeaba la zona de fumadores—. Más bien sería él el que debería rezar por no encontrarse conmigo.

—Tadhg, espera...

—Nos vemos —dijo lanzándome un medio saludo de visera antes de desaparecer detrás de la pared.

EL LINAJE FAMILIAR

Joey

Nuestra vida era un desastre.

En la puerta de la cocina, tras convencer a los más pequeños de que se fueran a jugar al yerbazal de enfrente, me quedé mirando mientras los miembros más mayores de mi familia vociferaban y se abroncaban entre ellos. Parecía una escena salida de una de esas telenovelas que Molloy me obligaba a ver con ella, pero estaba contento porque por una vez no era yo el instigador del drama. No, sin duda ese título recaía sobre nuestra madre, que había cometido el fatídico error de acusar al hijo de una ricachona de violar a una menor.

O sea, ¿en serio?

Qué puta vergüenza.

El único violador que había entre nosotros, lo recogiera o no la ley, era el hombre con el que ella llevaba metiéndose en la cama todas las noches durante los últimos veinticuatro años.

Menuda hipócrita de mierda.

Ver cómo la madre de Kavanagh se había lanzado antes a por la mía en el jardín delantero me había resultado extraño. Nunca había visto a una madre defender así a su hijo. Pero Edel Kavanagh lo había hecho, y, en algún lugar de mi mente, tuve la sensación de que Molloy haría justo lo mismo por el nuestro.

Por Dios.

Deseando estar en cualquier lugar menos otra vez en esa casa, me quedé mirando cómo Shannon y mamá se disputaban el título al gritón más escandaloso de Ballylaggin. Mientras tanto, Darren el consolador intentaba

ondear una bandera blanca entre ellas.

Vaya un puto imbécil.

No iba a conseguir nada apoyando a mamá. Se había equivocado de mujer. Joder, hasta el pequeño Seany, con tan solo tres años, sabía que Darren estaba predicando en el desierto con nuestra madre.

Puede que yo estuviera mal de la cabeza, pero hablaba en serio cuando dije que no quería saber nada más de ella. No me salía volver a perdonarla, y menos aún después de lo que había pasado aquella noche en la cocina. Todavía me atormentaba recordar el cuerpo casi sin vida de mi hermana.

«¿Él o nosotros, mamá?».

—Joey tenía razón —sollozó Shannon haciendo que volviera a centrarme en la bronca que tenía lugar frente a mí—. No nos haces bien.

Casi me pongo a aplaudir, agradecido de que alguien más viera lo mismo que yo.

—Venga, Shannon. —Darren, el experto en huir de su familia, tuvo que meter baza—. Chillar e insultar no sirve de nada.

—Pues deja de estar ahí parado y haz algo —replicó mi hermanita plantándole cara e intentando que nuestro hermano mayor hiciera algo de lo que no era capaz: ayudarla—. Sabes que esto no está bien. Que lo que hizo fue horrible, y aun así la dejas que se salga con la suya.

Shannon lo había clavado.

Mamá les había soltado unas mierdas horribles a los Kavanagh, y Darren no hacía más que dar pie a sus tonterías consintiéndole su crisis emocional. Tal vez yo estaba como para que me encerraran, pero desde luego mamá debería ir reservando una puta celda acolchada junto a la mía.

—No es verdad —dijo Darren intentando calmarla—. Ella sabe que hizo mal, ¿a que sí, mamá?

Si esperaba una respuesta coherente de la mujer que nos

había traído al mundo, se llevaría una gran decepción. Eso no iba con ella. Era incapaz de pensar más allá de la versión de esa chica de catorce años a la que habían arrojado a la maternidad. Su cerebro había dejado de crecer a esa edad.

Esa mujer no estaba bien de la cabeza.

«Igual que yo».

—Mamá, dile a Shannon que sabes que te equivocaste. — De haber sido yo una buena persona, habría sentido compasión por él. Pensaba que la madre que había dejado atrás hacía más de media década seguía dentro de la cáscara, sentada en la mesa de la cocina—. Mamá. Contesta.

Con aspecto cansado, Shannon movió la cabeza hacia los lados y se apartó de mamá. Darren, sin embargo, siguió mirando a nuestra madre como si esperara algún tipo de intervención divina.

—No te molestes —me oí decirle al niño bonito de la casa—. Está hecha polvo. Ya te darás cuenta.

—Joe. —Lanzándose hacia mí como un potrillo inestable, nuestra hermana me puso los brazos alrededor del cuello y se aferró a mí—. Haz que pare.

Quería hacerlo. Aún quedaba una parte viva en mi interior que quería arreglar aquello por mi hermana. Por los chicos. Pero, joder, estaba totalmente exhausto.

La cabeza ya no me funcionaba bien. No sabía qué me había hecho el viejo aquella tarde en la cocina, pero me había destrozado. La cuerda que me unía el corazón a la cabeza había sido seccionada. Me la habían arrancado a golpes.

—Esto es lo que querías, Darren. Que ella estuviera en casa con nosotros —le dije a nuestro hermano—. Una gran familia feliz. —Rodeé con un brazo a la temblorosa chica que se me había colgado al cuello y contemplé al hombre que se había creído más sabio que nosotros—. Espero que hayamos cumplido con tus expectativas.

No respondió. Retiró la silla hacia atrás y se puso en pie.

Eché una última mirada a nuestra madre, dio media vuelta y se marchó.

—Ya no sé ni por qué me sorprende —murmuró Shannon.

El sonido que hizo la puerta al cerrarse a sus espaldas fue la única confirmación que necesitaba para saber que yo estaba en lo cierto.

Su regreso había sido temporal. No iba a quedarse. Ya fue incapaz de hacerlo la primera vez. Esta no sería diferente.

Con la madre de todos los dolores de cabeza y el cuerpo bajo el síndrome de abstinencia, pasé junto a Shannon y me dirigí a la cocina. Mamá podía irse y Darren podía huir, pero aún había cuatro bocas a las que alimentar en esa casa.

Luchando contra los temblores de mis manos, preparé un cazo de pasta y lo puse al fuego antes de centrarme en la mujer de la esquina.

—Levanta de ahí y dúchate. Voy a darles de comer a los chicos y no quiero que te vean así.

No movió ni un pelo. La verdad es que no me sorprendió. Ni me afectó en absoluto. Me sentía completamente muerto por dentro mientras caminaba hacia ella, le arrancaba el cigarrillo de los labios y lo apagaba en el rebosante cenicero.

—Levántate. Apestas a humo y alcohol.

Nada.

Dejé el cenicero y su taza de café usada en el escurridor y volví a su lado.

—Levántate.

No necesitaba esa mierda. Ya había sido suficiente. Y tenía a Molloy, joder.

—Joey. —Fue la primera señal de vida que dio e hizo que algo muriera en mi interior—. Joey. —Alargó el brazo, me cogió una mano entre las suyas y sollozó—: Joey.

Desprendía un fuerte olor a alcohol. A whisky. Reconocería ese hedor en cualquier parte. Reprimiendo un escalofrío, me acerqué a mi madre y la ayudé a ponerse de pie. Necesitaba sacarla de en medio antes de que los chicos

volvieran de jugar y ella les metiera más mierdas en la cabeza.

—Échale un ojo a la cena, Shan —dije por encima del hombro mientras ayudaba a mamá a salir de la cocina y a subir las escaleras para llevarla a su habitación. Cuanto más lloriqueaba y se reclinaba contra mí, más sofocado me sentía.

La necesidad de traspasar las paredes de esa casa y escapar era tan fuerte que casi podía saborearla. Pero eso no iba a ocurrir nunca. No podía romper físicamente las cadenas que me ataban a ese lugar.

A los niños.

A esa mujer.

El único indulto que podía conseguir era el que yo me diera a mí mismo.

—Venga, mamá —musité sintiendo el peso de su cuerpo contra mí mientras intentaba subirla por las escaleras—. Tienes que poner de tu parte.

No lo hizo.

No podía.

Porque mi madre estaba tan muerta por dentro como yo.

Pese al total agotamiento que sentí al llegar al descansillo, la cogí en brazos y la llevé hasta su habitación.

La de ellos dos.

«También es su habitación, ¿recuerdas?».

«Desgraciado».

Ignorando todos los músculos de mi cuerpo, que protestaban a gritos, logré llegar a su cuarto sin desplomarme. La dejé sobre el colchón, me arrodillé junto a la cama y le quité las zapatillas antes de ponerla de lado, mirando hacia la ventana.

—Lo siento, Joey —sollozó con sus pequeñas manos colocadas bajo la mejilla—. Lo siento mucho.

Oí sus palabras, me dio la impresión de que esa vez quizá las decía en serio, pero no sentí nada.

—Tienes que comportarte —repuse hastiado mientras me

hundía junto a ella al borde de la cama y revolvía el cajón de la mesita de noche—. Puede que estés fatal de la cabeza, pero no hace falta que esos niños lo vean.

—Darren —gimoteó suavemente apretándome el antebrazo—. Quiero a Darren.

—Ya, bueno, pues Darren se ha largado —musité centrándome en los innumerables blísteres de pastillas mientras iba quitando los botes de medicamentos vacíos—. Joder, mamá, ¿qué te has estado tomando?

—Mira quién fue a hablar —sollozó enterrando la cabeza en la almohada—. Tengo dolores.

Yo también.

—Toma —dije decidiéndome al fin por un bote de pastillas que contenía algunos Valium—. Trágate un par de estas. Te aliviarán.

—¿Y si vuelve?

—¿Quién? —pregunté escuchándola solo a medias mientras seguía buscando lo que quería. Sabía que estaban ahí. «Joder, lo sabía»—. ¿Darren?

—No —murmuró engullendo las pastillas que le había dado—. Tu padre.

—Ya sabes lo que pasará, mamá —musité destensándome mentalmente cuando encontré un bote lleno de clonazepam—. Dejarás que se quede —añadí deslizándome el bote en el bolsillo—. Y el mundo de Marie Lynch volverá a ser el de siempre.

—Soy tu madre —lloriqueó balbuceante—. ¿Por qué me odias tanto?

—Soy tu hijo —le contesté con sus mismas palabras—. ¿Por qué me odias tanto?

—Porque eres él —dijo arrastrando las palabras y girándose para no verme.

—Sí —respondí sin emoción levantándome, sin sentir nada—. Yo soy él, y tú eres peor.

—Joey, espera —gritó mientras me dirigía hacia la puerta—. Lo siento. Lo siento, cariño... Por favor, no me dejes.

—Duérmete, mamá —sentencié negándome a permitir que me convirtiera en su saco de boxeo personal hasta que se quedara sobada—. Tengo mierdas que limpiar y niños, los tuyos, a los que dar de comer.

HEMOS ENCONTRADO EL AMOR EN UN LUGAR SIN ESPERANZA

Aoife

Con la canción «Somewhere Only We Know», de Keane, atronando en el equipo de música del coche y los nervios a flor de piel, aparqué en el 95 de la urbanización Elk y apagué el motor.

Tomándome unos segundos para recomponerme, bajé el panel de visera y comprobé mi aspecto en el espejito.

Tras aplicarme una nueva capa de color cereza oscuro, me presioné los labios y practiqué mi mejor sonrisa antes de lanzar un suspiro tembloroso y volver a ajustar la tapa del pintalabios.

«Puedes hacerlo».

«Sigue siendo tu Joey».

«Sigue ahí».

«Tráelo de vuelta».

Me solté el pelo, me lo ahuequé sobre los hombros, tiré la goma en el asiento del copiloto y luego salí del coche.

Lista para enfrentarme a los problemas, rodeé el muro pintado de grafitis que delimitaba su jardín delantero, ignorando la maleza y las malas hierbas habituales, mientras me dirigía hacia la puerta principal con el puño en alto para llamar. Sin embargo, la puerta se abrió antes de que pudiera hacerlo, y fue Shannon quien me dio la bienvenida.

—Ay, Dios. —El alivio se reflejaba en sus ojos, y rápidamente me cogió la mano y me arrastró hacia dentro —. Aoife.

—Hola, colegui —contesté emocionada mientras tiraba de su flacucho cuerpecito hacia mis brazos y la apretaba con

más fuerza de la debida. No pude evitarlo. La última vez que la había visto, había temido que fuera la última. Volver a verla caminando por su propio pie, abatida y magullada, pero con una sonrisa en la cara, me había disparado las hormonas—. Joder, estaba muy preocupada por ti.

—Muchas gracias por lo que hiciste por mí —dijo con un hilo de voz devolviéndome el abrazo—. Llevarme tan rápido al hospital... Los médicos me dijeron que me habíais salvado la vida. No lo habría conseguido si hubiera llegado más tarde.

—El responsable fue tu hermano —me apresuré a explicar—. Joe fue quien tomó la decisión.

—Siempre me está salvando —susurró dejándome ir—. Espero poder hacer lo mismo por él.

«Sí, yo también».

—¿Dónde están los chicos?

—En su cuarto, jugando —contestó enseguida—. Mamá está en la cama.

—¿Y Darren?

Su expresión se volvió tormentosa.

—Ni lo sé ni me importa.

—¿Y Joe?

—Está arriba. —Me sonrió con tristeza y señaló la escalera que tenía a su espalda—. Después de meter a mamá en la cama y organizar a los niños, se fue a su cuarto y aún no ha salido.

«Gracias a Dios».

«Sigue aquí».

«Sigue a salvo».

—¿Y cómo se encontraba? —pregunté siguiéndola hasta la cocina, que afortunadamente estaba vacía—. Me refiero a cuando lo llevasteis a casa de Johnny.

Nerviosa, se mordió el labio; estaba claro que no quería traicionar la confianza de su hermano.

—Venga, Shan —dije con tono agotado. Ya no hacía ninguna falta fingir—. Soy yo.

—Creo que ha vuelto a... Bueno, las... Eh... Ya sabes.
Drogas.

Se refería a las drogas.

—Cuando lo encontré, acababa de salir dando tumbos del coche de Shane Holland y estaba tirado en la carretera —añadió dirigiéndose hacia la tetera—. No era... Eh... No era él mismo.

No me digas.

Ese cabrón había atrapado entre sus garras a un tío vulnerable con una conmoción cerebral de grado tres, varios traumatismos en el cráneo y toda una vida de maltrato a sus espaldas.

—¿Cómo de mal estaba? —me obligué a preguntarle.

—¿Un té?

—No, gracias. Volvamos a Joe. ¿Cómo de mal estaba?

—No muy...

—Shan, no me mientas respecto a él.

Tras una larga pausa, Shannon tiró la empapada bolsita de té en el fregadero y dejó ir un suspiro entrecortado.

—Nunca lo había visto tan mal.

Ya lo sabía, pero, de alguna manera, oírlo admitirlo hizo que fuera mil veces peor. Porque Joey era el maestro del disimulo. Les había ocultado todo a sus hermanos (el miedo, el dolor, la tristeza...) tratando desesperadamente de protegerlos. Si tanto Shannon como Tadhg habían visto las grietas en el mundo que con tanto cuidado escondía Joey, eso es que eran tan grandes como el Gran Cañón.

«Mierda».

—Vale. —Mientras me arrastraba un tsunami de miedo y preocupación, me di la vuelta de golpe y me dirigí hacia la puerta—. Voy a subir.

—Espera. —Shannon corrió hacia mí con lo que parecía un sándwich de jamón en un platito y me lo puso entre las manos—. ¿Le puedes dar esto? —Con un reflejo de pánico irrefrenable en los ojos, se encogió de hombros, impotente—. Cenó algo hace un rato, pero es que parece tan...

demacrado.

No sabía qué decirle para que se sintiera mejor (Joe era el único al que había visto conseguir que su hermana controlara la ansiedad), así que le sonreí con desánimo y me fui hasta la escalera. Ignorando mi pulso, que me retumbaba en los oídos, subí al piso de arriba y me dirigí hacia su cuarto.

—¿Joe? —dije llamando con suavidad antes de empujar la puerta y entrar.

La habitación estaba oscura, con las cortinas echadas, y había ropa tirada por todas partes, algo poco habitual en él. Siempre mantenía su cuarto sorprendentemente impecable pese a las circunstancias, pero en ese momento parecía una pocilga.

—¿Joe? —balbuceé sintiendo que se me aceleraba el corazón cuando lo vi tumbado boca abajo en la litera inferior de su cama. Solo llevaba unos bóxers negros, de modo que todos los moratones, las cicatrices y las marcas de su cuerpo estaban a la vista—. ¿Joe?

No era tan ingenua como para creer que el cansancio lo había sumido en un sueño tan profundo. Con el corazón hecho trizas y la esperanza colgando de un hilo, cerré la puerta detrás de mí, dejé el plato en la cómoda y saqué su teléfono y su cartera de mi bolso. Coloqué la cartera sobre la cómoda y conecté el teléfono al cargador antes de dirigirme hacia la cama. Reprimí un escalofrío cuando el inconfundible olor a vinagre y hierba invadió mis sentidos, y me tumbé de lado, frente a él.

—Vuelve aquí conmigo, Joe —le susurré alzando la mano para acariciar su magullada mejilla—. Sé que sigues ahí.

Se puso rígido cuando mi mano entró en contacto con su piel y observé cómo un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Se le escapó un terrible grito de dolor de entre los labios, entreabiertos e hinchados, y gimió con somnolencia en el colchón mientras su cuerpo se tensaba y se estremecía a cada suave caricia de mi pulgar en su mejilla.

«Putos monstruos».

«Los dos».

Nos encontrábamos muy lejos el uno del otro, pese a estar tumbados a escasos centímetros con un bebé que habíamos hecho juntos creciéndome en el vientre.

Pero yo sabía que él seguía ahí.

Mi Joey seguía en el interior de esa persona tendida a mi lado.

Y lo quería lo suficiente como para continuar luchando por él.

Aunque él ya se hubiera dado por vencido.

—No te preocupes. —Sorbiéndome la nariz, no me molesté en evitar que las lágrimas me resbalaran por las mejillas mientras contemplaba la carnicería, consciente de que las heridas de su cara palidecían en comparación con las de su corazón—. Nada va a hacerte daño, cariño.

—Mol... —Haciendo un esfuerzo inmenso, se puso de lado para mirarme y abrió un ojo—. Loy.

Sonreí con tristeza.

—Hola, semental.

—Lo... siento. —Arrastraba las palabras, tenía los ojos inyectados en sangre y las pupilas dilatadas—. Lo siento... mucho.

—Lo sé, Joe. —Se acercó, ahuequé la palma de la mano sobre su mejilla y me incliné hacia él—. Lo sé.

—El... bebé.

—Sigue haciéndose. —Le di un ligerísimo beso en la punta de la nariz—. ¿Qué te has hecho a ti mismo, eh?

Respondió con un gruñido.

—Iba a... encontrarme contigo, lo juro. Pero me...

—Te liaste —le respondí rompiendo de paso mi propio corazón—. Sí, ya lo veo, Joe.

«Y ya está —pensé para mis adentros—. Este es el futuro que te espera».

«Este es el chico al que le has entregado tu corazón».

—Tienes que levantarte, Joe. —Llorando en silencio, le

retiré el pelo de la cara y le di un beso en la frente—. Estoy aguantando, cariño, luchando por los dos, pero necesito que te vuelvas a poner en pie.

—Es que estoy tan... cansado.

—Ya lo sé —convine sintiendo que se me partía el alma—. Pero necesito que sigas luchando.

—No... soy bueno... para ti.

—Eso no es verdad.

—Ya no siento nada.

—Claro que sientes, Joe —susurré aferrándome a su tembloroso cuerpo—. Solo tienes que recordar quién eres.

—Intenté advertirte —balbuceó—. No me quisiste escuchar y ahora estamos los dos jodidos.

PARTE 8

NUESTRA NUEVA REALIDAD

Aoife

Las semanas siguientes se sucedieron en una horrible espiral de engaños, pena y promesas rotas. La recaída de Joey en la adicción había sobrevenido tan rápidamente como el peso que no dejaba de perder.

Estaba casi irreconocible. Con marcas en los brazos y moratones en las venas, seguía anestesiando su dolor mientras yo lo observaba impotente. Mi novio había vuelto en carne y hueso, pero el chico del que me había enamorado años atrás ya apenas hacía acto de presencia.

A medida que crecía la criatura que llevaba en el vientre, también lo hacía el abismo que nos separaba. Era como si yo ya no pudiera llegar hasta él. Daba igual lo que dijera o hiciera; él no me escuchaba.

Definitivamente, Joey había dejado de lado la vida.

Era mi mejor amigo y sentía su ausencia allá donde fuera, en todo lo que hacía. Su abstinencia llegaba a los rincones más profundos de mi corazón.

Se había tirado de cabeza a los viejos hábitos, y allí estaba yo con él, repitiendo errores del pasado. Dejándoselas pasar y haciendo la vista gorda ante cosas que sabía que estaban mal. Cosas que podían destruirlo. Porque el miedo a perderlo era demasiado grande.

Enamorarme había evidenciado mi punto más débil, porque mi corazón no me permitía alejarme de él, por desesperanzado que pareciera el panorama. Frágil y con la moral por los suelos, contemplaba a diario cómo hacía añicos su mundo y el mío, porque sabía que mi Joey seguía estando bajo ese fantasma en el que se había convertido.

De vez en cuando, veía destellos ocasionales del chico que

me había robado la vida. Veía a la persona que solía ser y me recreaba en ello. Me daba esperanza saber que aún estaba ahí, en alguna parte.

Con su padre en rehabilitación, escondiéndose de la ley, su madre derrumbándose por la casa y la súbita reaparición de su hermano, sabía que mi novio estaba sometido a una presión insoportable. Pero eso no quitaba que el tiempo seguía corriendo y había un bebé en camino. No quitaba que en pocos meses me vería obligada a actuar con determinación.

Si Joey no tomaba las riendas de la situación, iba a tener que darle un ultimátum. Tan solo de pensar en lo que podría ocurrir cuando llegara ese día se me marchitaba por completo el corazón. Porque no podía hacerlo sin él, pero me negaba a repetir los mismos errores. No quería que nuestro bebé pasara por el mismo calvario al que había estado sometido su padre.

No me iba a convertir en Marie Lynch.

Mi bebé iba a ser lo primero.

RECUERDA MI CARA

Joey

—¡Molloy, espera! —Me impulsé contra la pared que había fuera de la consulta del médico, en la que llevaba apoyado los últimos veinte minutos, y me fui corriendo tras ella.

—¡No puedo! —gritó sobre su hombro, que mantenía muy rígido, mientras se subía la capucha del chubasquero, miraba rápidamente hacia los lados y cruzaba la calle—. ¡Llego tarde al instituto!

Sí, los dos íbamos tarde al instituto, pero yo era el gilipollas que había llegado tarde a su visita.

Tragándome el odio que sentía hacia mí mismo, apreté la mandíbula y salí disparado tras ella.

—¿Cómo ha ido? —pregunté siguiéndole el ritmo en cuanto estuve a su altura—. ¿Todo bien con el...? Eh... —Me metí las manos en el bolsillo delantero de la sudadera y me concentré en el camino mientras hablaba—. ¿Estás bien?

—¿Que si estoy bien? —Se paró en seco y soltó una carcajada dolorida—. ¿Que si estoy bien? —repitió girándose para mirarme—. Hum, vamos a ver, un médico que me conoce desde cría se acaba de tirar una hora regañándose por los riesgos a los que me he expuesto, porque, a diferencia de las embarazadas que esperan junto a sus maridos que les den buenas noticias, yo soy la idiota que se pone en peligro.

—¿En peligro? —El pánico se apoderó de mí—. ¿Por qué?

—¡Estoy en peligro —espetó— porque fui la puta imbécil que se abrió de piernas ante un consumidor de drogas intravenosas que la mitad del tiempo no puede ni recordar cómo se llama! Bastante humillante, ¿no te parece, Joe? —preguntó al borde del llanto—. Ser esa chica. —Entrecerró

los ojos—. Ser la novia de ese tío.

Tardé un rato en procesar sus palabras. La niebla de mi cabeza hacía que concentrarme fuera una puta misión imposible. Pero, cuando lo logré, el corazón se me partió en dos.

—Dios mío... —dije con voz ahogada—. No te he pegado nada, ¿verdad? —Acojonado, solté—: Nunca te he puesto los cuernos.

—Ya lo sé, Joey. —Sorbiéndose la nariz, negó con la cabeza—. Los resultados de las pruebas han salido bien.

El alivio invadió mi cuerpo.

—Lo siento muchísimo, joder...

—Ya, bueno, supongo que debería agradecerte que hayas venido —convino dando media vuelta—. Mejor tarde que nunca, ¿no?

—Me he quedado dormido.

—Claro. Seguro que lo que tomaste te dejó noqueado.

—¡Lo siento, Aoife! —grité cuando salió disparada—. Puedo hacerlo. Puedo cuidaros a ti y al bebé...

—¡Ni siquiera puedes cuidarte a ti mismo! —Volvió a subirse la capucha cuando el viento se la bajó—. Estás enfermo, Joe. Tanto que ni lo ves.

—No estoy enfermo —la contradije acelerando el paso tras ella—. Solo estoy pasando por una situación de mierda.

—¡Eres un drogadicto! —gritó con voz áspera mientras se giraba para mirarme—. ¡Te estás matando a ti mismo y me estás matando a mí!

—No. —Moví la cabeza hacia los lados tratando desesperadamente de refutar sus palabras—. Todo va a ir bien.

—¡Mira lo que ha pasado en tu vida! —chilló con todas sus fuerzas—. Te han echado del equipo de hurling. Estás suspendiendo en el instituto. Estás siempre ido. Te has abandonado, Joe. Me prometiste que te ibas a quedar, pero ya no estás aquí. Seguro que ni siquiera sabes qué día es hoy.

—Es jueves —logré decir, temblando—. Y me importan una mierda el instituto y el equipo de hurling.

—¿Y yo? —sollozó—. ¿Y nuestro bebé? ¿Te importamos?

—Sois lo único que me importa —afirmé echándome el pelo hacia atrás—. Joder, sois lo único que me ha importado nunca, Molloy. Lo sabes perfectamente.

—Entonces lucha, Joey Lynch —me suplicó cerrando la mano en un puño sobre la parte frontal de mi sudadera—. Lucha contra esto.

—Ya lo hago.

—Mentiroso —dijo en tono acusador mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Has tirado la toalla. Te has rendido, joder; los dos lo sabemos.

—¿Qué quieres que haga? —repliqué intentando controlar la rabia—. Por el amor de Dios, Molloy, estoy haciendo todo lo que se me pide. ¡Todo, hostia!

—Lo único que te pido es justo lo que te niegas en redondo a hacer —razonó agitada—. Quiero que estés limpio.

—Aoife...

—¡No lo pillas! —gritó—. No ves lo bajo que has caído, Joey. He tenido que rogar y pedir dinero prestado para que Shane Holland y esos monstruos te dejaran en paz, ¡y tú no paras de volver con ellos! Le debo pasta a Gibsie. Le debo pasta a Podge. Le debo pasta a Casey, y a ella no es que le sobre. Estoy haciendo todo lo que puedo para mantenerte con vida, ¡pero tú no quieres ayudarte a ti mismo!

—Estoy bien —espeté—. Todo va bien. —Al ver que no respondía, le alcé la barbilla con delicadeza para que me mirara—. Te quiero.

—Solía creer que eso era verdad —dijo llena de lágrimas—. Pero empiezo a pensar que no sabes lo que significa querer a alguien.

—Molloy...

—Mira bien mi cara, Joe —me pidió, y así lo hice. Vaya si lo hice—. Refleja cómo es hacerle daño a la persona que más te quiere del mundo. —Se sorbió la nariz; las lágrimas le

caían por la cara, igual que a mí—. Recuerda este momento —añadió con calma—. Recuerda mi aspecto el día que me rompiste el corazón.

CADA DÍA UNA CANCIÓN

Joey

La mente me jugaba malas pasadas. O puede que fuera mi cuerpo el que lo hacía.

En cualquier caso, ya no entendía nada. La confusión se había instalado en lo más hondo de mi torrente sanguíneo y me encontraba perdido. Sabía que físicamente estaba allí, de nuevo en aquella casa que tanto odiaba, rodeado de personas a las que no podía mirar a los ojos. Pero, aun así, parecía como si me viera a mí mismo desde arriba. Como si fuera un espectador que contempla todas las mierdas que se despliegan a su alrededor, pero es incapaz de detenerlas.

Había ido demasiado lejos; me daba cuenta. El hambre que me comía por dentro, el dolor de mis venas... En ese momento eran muy necesarios. Estaban demasiado arraigados en mí como para intentar luchar contra ellos.

No quería luchar.

Estaba cansado.

A la hora de la verdad, cuando venían mal dadas, Molloy era lo único que me aliviaba el dolor. Quería alcanzarla. Deseaba con todas mis putas fuerzas coger la mano que ella me tendía, pero eso significaba que podía arrastrarla conmigo, y no iba correr ese riesgo.

Ignorando el ruido que había a mi alrededor y centrándome en poner un pie delante del otro, entré a clase. ¿A cuál? No tenía ni puta idea, pero eso me permitió verle la cara, que destacaba ante mí como un faro de luz en la oscuridad.

Odiándome con todo mi ser, dejé que mi palpitante corazón me guiara hasta ella.

«Hasta casa».

Oía que a mi alrededor decían mi nombre, pero... no podía centrar el cerebro en nada que no fuera ella. Me desplomé en la silla que había junto a la suya, dejé que el familiar aroma de su perfume invadiera mis sentidos y me estremecí.

—Molloy.

—Joe.

«Te necesita —gritó algo muy dentro de mí—. ¡Despierta de una puta vez!».

Vi su vientre abultado.

El bebé que yo le había metido en el cuerpo.

Ya no se podía ocultar.

Haciendo rebotar nerviosamente las rodillas, traté de luchar contra los temblores que atravesaban mi cuerpo, pero no me resultaba fácil. Solo logré sobreponerme cuando ella metió la mano por debajo del pupitre y agarró la mía.

—Bonitas piernas.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se apresuró a apartar la mirada, pero no me soltó la mano, sino que me la apretó más fuerte, atemperando mi frialdad. Sin decir una sola palabra, acercó su silla a la mía y me puso con cuidado un auricular en la oreja. Lo llevaba haciendo todos los días desde las vacaciones de Semana Santa. Nos habíamos instalado en una extraña rutina que consistía en que, cada mañana en el instituto, Molloy me pasaba un auricular para que me hiciera una idea de cómo se sentía.

Cada día una canción.

Cada día era el presente.

Eso era todo lo que me daba, y se convirtió en el motivo por el que me levantaba por las mañanas. Era la mejor parte del día. Antes de que todo se volviera demasiado duro y las ganas de chutarme se llevaran lo mejor de mí.

Lo hicimos durante semanas.

«Somewhere Only We Know», de Keane.

«Fade into You», de Mazzy Star.

«Unwell», de Matchbox Twenty.

«Picture», de Sheryl Crow y Kid Rock.
«White Flag», de Dido.
«Underneath Your Clothes», de Shakira.
«I'm with You», de Avril Lavigne.
«Don't Let me Down», de los Beatles.
«The Drugs Don't Work», de The Verve.
«Wherever You Will Go», de The Calling.

Todos los días entraba en clase, justo antes de que mi voluntad se quebrara y me precipitara hacia el infierno, y la buscaba. Seguía persiguiendo a la chica del muro. La seguía queriendo más de lo que quería vivir.

Eran las pequeñas cosas que hacía, como continuar llevando el colgante que le había regalado. O, algunos días, cuando comía en clase, colocar su último Rolo delante de mí en el pupitre.

Tardé un rato en reconocer la canción de esa mañana, «Lightning Crashes», de LIVE, y aún más en comprender lo importante que era para nosotros. Giré la cabeza hacia delante: me sentía demasiado expuesto y culpable.

Me dolía.

Joder, me quemaba y me abrasaba.

Sabía qué intentaba conseguir poniéndome esa canción, pero no podía volver ahí. Aun así, incapaz de contenerme, dejé que me cogiera la mano por debajo del pupitre. Me permití absorber la sensación de su piel sobre la mía, de su luz alejando temporalmente la oscuridad.

No estaba bien, tan solo la hería aún más, pero necesitaba esa pequeña muestra de afecto. Necesitaba sentirla un poco más de tiempo. Paralizado, me dejé hacer. Al fin y al cabo, yo le pertenecía.

Entrelazó sus dedos con los míos y me dio un apretón, y, aunque no se lo devolví, no pude evitar recorrerle los nudillos con el pulgar.

Sabía que lo que hacía podía hierirla hasta el punto de alejarla de mí para siempre, pero ya no podía contenerme.

No podía volver a salir del agujero en el que había caído.

Peor aún, buena parte de mí no quería hacerlo.

ME ESTÁ ESPERANDO

Aoife

El padre de mi futuro hijo era un adicto a la heroína. Resultaba doloroso admitirlo. Dolía tanto que apenas podía respirar.

Durante años, me había creído cada palabra que había salido de su boca. Estaba demasiado enamorada para ver las señales de alerta que bailaban delante de mis ojos. Sin saberlo, había llevado mi propia confianza atada al cuello como una soga, hasta que finalmente acabó estrangulándome.

Incluso en ese momento, mientras lo veía reptar por la ventana de mi cuarto y avanzar a trompicones hasta mi cama en la oscuridad, no me salía del corazón echarlo.

Porque lo quería.

Al chico que solía ser.

Al hombre en el que se había convertido.

A todas sus versiones.

Las quería a todas.

El colchón se hundió y allí estaba él, temblando y estremeciéndose junto a mí.

—Molloy.

Cerrando los ojos con fuerza, me obligué a resistir, a recordar al chico que seguía dentro del fantasma que yacía a mi lado en la cama.

—Joe.

—Tengo mucho f-frío.

—Ven aquí —susurré moviéndome instintivamente mientras me ponía de lado mirando hacia él y le pasaba un brazo sobre el pecho.

—Siento m-mucho f-frío —balbuceó castañeando los

dientes con violencia mientras se aferraba a mi antebrazo con las dos manos—. Lo s-siento m-mucho.

Sabía que era verdad.

Me lo decía a diario.

Y me lo demostraba.

El problema era que después seguía repitiendo el ciclo.

Seguía ahogando el dolor de la peor forma posible.

Siempre volvía a ver a Shane.

—¿Aún me quieres? —preguntó temblando salvajemente, y me di cuenta de que estaba con la bajona de un subidón de campeonato. También me di cuenta de que, cuando se estrellara contra el suelo y ardiera, iba a ser horrible—. Porque n-no te culparía s-si así fuera.

—Aún te quiero, Joe —le aseguré sintiendo que el corazón se me desangraba del dolor que me producía todo aquello—. No puedo parar.

—No puedo dormir —confesó poniéndose de lado para mirarme—. Y estoy la hostia de c-cansado, reina.

—¿Por qué no?

—Porque, cuando cierro los ojos, él m-me está esperando.

—¿Quién, Joe? —pregunté limpiándole una lágrima de la mejilla—. ¿Quién te está esperando?

—Mi padre.

—No, cariño, él no te está esperando —susurré acercándome a él y fundiendo mis labios contra los suyos. No podía evitarlo. Quería tenerlo cerca—. Ya no puede hacerte daño, Joe.

—Viene a por mí —susurró contra mi boca; luego sentí que sus lágrimas se mezclaban con las mías—. Viene a por todos nosotros. Vamos a morir en esa casa, Molloy.

—No es verdad. No digas eso, Joe.

—No va a dejarla en paz. N-nunca lo hará.

—¿A tu madre?

Asintió con tristeza.

—La matará antes de permitir que lo a-abandone. —Sorbiéndose la nariz, añadió—: Lo conozco, Aoife. Conozco a

ese cabrón mejor que nadie. Está esperando su oportunidad.

—Joe, me estás asustando —reconocí presa del pánico—. No va a pasar nada, ¿vale? Son solo las drogas, cariño. Te están jugando una mala pasada.

—Es verdad. Lo presiento —dijo sofocado—. Pero no quieroirme así —razonó débilmente acercándose para rozarme la nariz—. Si voy a morir, quiero que sea a mi manera, no a la suya.

—No te vas a morir, Joe —le advertí aferrándome más a él—. Porque me prometiste que no me ibas a dejar sola en esto.

—Nadie me ve —murmuró—. Nadie me oye. Nadie me escucha... Pero tengo r-razón. Ya viene. Tengo una c-corazonada.

—¡Joey, por favor, me estás asustando!

—Si me pasa algo, quiero que s-sigas adelante —musitó dándome un beso en la curvatura del cuello—. Quiero que s-seas fuerte por n-nuestro hijo.

—Joe, no va a pasarte nada. —Cogí aire; odiaba cada segundo de esa conversación—. Y no sabemos si va a ser un niño.

—Lo será. —Llevó una temblorosa mano entre nuestros cuerpos y la puso sobre mi abultado vientre—. Vas a criar a mi hijo.

—¿Sabes? Si aciertas el sexo del bebé, te llevo al circo —intenté bromear para aligerar la atmósfera mientras lo empujaba para tumbarlo boca arriba y me subía a horcajadas sobre su regazo—. Porque eso significaría que tienes una intuición alucinante y podríamos forrarnos con tus predicciones.

—Quiero al bebé, Molloy —masculó llevando las manos a mis caderas mientras me miraba con los ojos entrecerrados—. Sé que estoy fatal de la cabeza, pero te juro que es verdad. Quiero tener este bebé contigo.

Y allí estaba.

Mi Joey.

Seguía allí.

Su corazón aún latía bajo aquella coraza.

—Vamos a conseguirlo, Joe —le susurré inclinándome para darle un beso—. Vas a ponerte mejor y tendremos una vida larga y feliz juntos. Me niego a aceptar menos que eso.

—Espero que tengas razón —contestó afligido—. Porque tengo la horrible sensación de que es demasiado tarde para mí.

LLEGAS TARDE... OTRA VEZ

Joey

Tarde.

Llegaba tarde otra vez, y no lo estaba haciendo lo suficientemente bien. Era un desgraciado. Lo supe por la mañana, al despertarme sobre mi propio vómito en el colchón, y lo sabía en ese momento, mientras intentaba orientarme en el laberinto de pasillos que era el hospital materno-infantil.

Soportando los horrores de una bajona de las más duras, usé la manga para limpiarme el sudor frío de la frente mientras esperaba mi turno en el mostrador de la recepcionista.

—¿Sí?

—Busco la unidad de ecografías —murmuré tratando por todos los medios de mantenerme bajo control y parecer más o menos presentable—. Yo... Eh... Mi novia tiene visita.

—¿Nombre?

—Joey Lynch.

—No, cariño. Necesito el nombre de tu pareja.

—Mierda, claro. —Tragué saliva con dificultad, moví la cabeza hacia los lados y dije—: Aoife Molloy.

La mujer que estaba detrás del mostrador pulsó unas teclas en el ordenador antes de confirmar:

—Ya le han hecho la eco de anomalías. Ahora está esperando al médico. Todo recto por el pasillo. Última puerta a la izquierda.

—Gracias.

Reprimiendo un escalofrío por todo el cuerpo cuando me atacó una oleada de náuseas, me apresuré a dirigirme hacia donde me había indicado aquella señora.

Tras probar con algunas puertas, por fin encontré la estancia correcta y me metí dentro. Y allí estaba, sentada sola en la sala de espera del médico. En cuanto la puerta se cerró a mis espaldas, Molloy desvió su atención hacia mí.

—Llegas tarde —anunció con tono acusador y lágrimas centelleando en sus ojos.

—Lo sé. —La culpa me hizo revolverme por dentro—. ¿Puedo pasar?

—¿Para qué? —soltó amargamente—. Luego no te vas a acordar de nada.

Mierda.

Me pasé las manos por el pelo, me acerqué a ella y me incliné para besarla.

—¡No! —Se apartó y el corazón se me partió en dos—. Vas colocado y apestas.

—No voy colocado —dije tratando de convencerla—. De verdad, Aoife, te lo juro...

—Déjalo, Joe —soltó alzando una mano en señal de advertencia—. Déjalo.

—¿Cómo ha ido la ecografía? —pregunté hundiéndome en la silla que había junto a la suya—. ¿Está bien el bebé? —Tragué otra bocanada de bilis y me obligué a mirarla a los ojos—. ¿Y tú?

—El bebé está bien —contestó con la voz cargada de emoción—. ¿Dónde estabas? Esta prueba era importante, Joey.

—Lo sé —mascullé sintiéndome como un trozo de mierda mientras me llevaba la mano a la frente—. Me he quedado dormido.

—O sea, que anoche te pusiste hasta las trancas con Shane y tus amigos y te olvidaste de nosotros —me espetó apoyándose una mano en la barriga.

Las dos partes de mi corazón estallaron en mil pedazos.

—Cuando entre el médico, no quiero que digas ni una palabra —me indicó con voz entrecortada—. Tú solo... estate callado y deja que yo me ocupe, ¿vale? No necesito otro

informe en contra.

—Joder, Aoife, lo siento mucho.

—No —me advirtió cuando fui a cogerle la mano—. Aquí no, Joe —soltó parpadeando para enjugarse las lágrimas—. No puedo hacer eso aquí.

Tragué saliva con fuerza, me metí las manos en el bolsillo delantero de la sudadera e intenté sentarme recto y no tambalearme.

—Mírate —dijo mientras las lágrimas le resbalaban libremente por las mejillas—. Abre los ojos de una vez y mira cómo estás, ¿quieres?

Me puse rígido en la silla e intenté que sus palabras no me consumieran por completo.

—Te quiero. —Preso del pánico porque no me respondía, volví a acercar una mano hacia ella—. Aoife, ¿me has oído?

—Sí, pero sé que quieres más a esa mierda que te inyectas en las venas—. Me apartó la mano—. Y no quiero tener nada que ver con ese tipo de amor. Quédate con tu querencia por las drogas.

—¿Qué quieres que diga? —pregunté sintiéndome perdido y completamente destrozado—. Me pediste que viniera y aquí estoy.

—¡No quiero palabras, Joey! —gritó—. Quiero acciones.

—Estoy aquí, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—No soy como ellos, ¿sabes? Yo nunca voy a rendirme contigo. —Sorbiéndose la nariz, añadió—: No lo olvides, Joe.

—¿Por qué me dices eso? —pregunté la hostia de desconcertado por sus palabras.

Se me quedó mirando y dijo:

—Para que dejes de decepcionarme.

LÁGRIMAS Y MENSAJES DE TEXTO

Aoife

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Casey el primer sábado de mayo. Estábamos sentadas en el camino que daba a mi casa, mirando cómo Podge, Alec y algunos otros chicos le daban patadas a un balón en el campo que había enfrente.

—No —respondí sin molestarme en mentir. La fachada de indiferencia que usaba con todo el mundo me dejaba agotada y, tras una larga semana de sonreír como una idiota en el instituto, ya no podía más—. Estoy cansada, me veo gorda y la preocupación me está volviendo loca.

Casey no me preguntó por qué. Sabía cómo se había estado comportando Joey esos últimos meses.

—¿Dónde está ahora?

—Trabajando, en teoría.

—¿No te lo crees?

—Ya no me creo nada de lo que me dice, Case.

«No me lo puedo permitir».

Esa era la cruda verdad.

Con la mirada fija en el partido de fútbol que se desarrollaba en el campo, hice un gesto de negación con la cabeza y me encogí de hombros.

—Papá dice que ha estado cumpliendo con sus turnos, pero... no sé.

—Ay, cariño.

—No me digas eso —le supliqué reprimiendo un escalofrío—. Me harás llorar y de verdad que no quiero llorar más, ¿vale?

—Saldrá adelante, Aoife —dijo—. Ya lo verás.

—Puede —susurré mordiéndome el labio mientras

desviaba la mirada hacia mi vientre—. Pero necesito que lo haga ya.

—¿Cuándo tienes la próxima ecografía? —preguntó levantando una mano para acariciarme la panza, que ocultaba discretamente bajo una sudadera extragrande—. La de anomalías será pronto, ¿no?

—No, esa me la hice la semana pasada.

—¿Y cuándo es la siguiente?

—La de la semana veintiocho.

—Mierda, Aoife, no me puedo creer que ya estés a medio camino.

—Ya —suspiré hondo—. Yo tampoco.

—Oye. —Tras ponerse de lado para mirarme, mi mejor amiga tomó mi mano entre las suyas y me la apretó—. Sé que no quieres hablar de Joe, pero es importante que sepas que su comportamiento no tiene nada que ver con lo que siente por ti y por el bebé. —Me sonrió con tristeza—. Está hecho un lío, cariño. Tiene un montón de traumas sin resolver. Joder, solo con las mierdas de su padre a mí ya me entraría estrés postraumático, imagínate a Joey. Pero eso no significa que no os quiera a ti y a la criatura.

—Sé que nos quiere —susurré mirando hacia mi regazo con una lágrima a punto de precipitarse—. Pero quiere más a ese veneno que se mete en las venas.

—Las dos sabemos que eso no es verdad —me calmó enseguida—. Pero también sabemos que no va a ponerse mejor sin ayuda profesional. Ha ido demasiado lejos, Aoife, y mentir por él y cubrirle las espaldas no va a hacerle ningún bien a largo plazo.

—¿Qué se supone que debo hacer, Case? —dije con un hilo de voz desviando la atención de nuevo hacia ella—. No puedo obligarlo a que ingrese en un programa de rehabilitación, y, aunque lo hiciera, ¿cómo iba a pagarlo? A su madre él le importa una mierda y todo lo que yo gano en el pub lo uso para pagar sus deudas o ahorrar para el bebé. Porque también tengo que preocuparme por eso. ¿Qué pasa

si no está conmigo cuando llegue el momento?

—No pienses esas cosas —razonó estremeciéndose—. Estará ahí, Aoife.

—Pero ¿y si no es así? —insistí obligándome a admitir en voz alta el mayor de mis miedos—. ¿Qué pasa si cae tanto que ya no puedo llegar hasta él? ¿O si tiene una sobredosis? ¿O si se muere? ¿O si lo matan? ¿Qué hago entonces, Case? —Las lágrimas que intentaba retener acabaron cayendo y me sorbí la nariz—. ¿Qué se supone que debo hacer? Mi madre y mi padre no pueden mantener a ese bebé. Apenas llegan a fin de mes. Sé lo que Joey necesita, pero... —Con sentimiento de impotencia, me encogí de hombros—. No tengo dinero suficiente para hacer que se ponga bien.

—Su hermano mayor tiene un buen trabajo, ¿no?

—Darren puede irse a la mierda —espeté entrecerrando los ojos—. Preferiría pagarme a mí para que abortara antes que hacerlo para solucionar los problemas mentales de su hermano. Además, cada vez pasa más tiempo en Belfast. Case, se habrá largado antes de que nazca el bebé.

—Puedes pedirle que te ayude.

—Lo hice.

—Pídeselo otra vez.

—Por favor, no empieces —le advertí alzando una mano—. Ya tengo a mi madre para que me dé la paliza sin parar y me sermonee sobre todo lo que debería estar haciendo. Por favor, Case, no me hagas tú lo mismo.

—Nunca —me tranquilizó pasándome un brazo por encima del hombro—. En mi humilde opinión, creo que eres una jefaza por llevar todo esto tan bien.

—Me parto.

—Es verdad —insistió—. Eres increíble, Aoife. La definición de una mujer fuerte. ¿Con todas las mierdas que te has comido de los gilipollas del insti? ¿Y lo bien que has manejado la situación? ¿Cómo te levantas cada mañana con la cabeza bien alta? Cariño, eres asombrosa.

—Salvo porque me siento menos mujer que nunca, Case —

admití con amargura—. Y más niña perdida.

Me distraje al oír el motor de un coche y ambas nos giramos y vimos un lujoso Lexus parado en el sendero que había frente a la casa de Katie.

—¡Vaya, señorita molona, de copiloto con los niños pijos! —gritó Alec desde el campo silbándole con fuerza—. No me jodas, Podge, nos hemos equivocado de insti. El mejor coche con el que me han llevado a mí a casa es la tartana de Aoife, y en el asiento de atrás.

—Hey, no te metas con Chirriditos, ¿me oyes? —gritó a su vez Casey con una carcajada—. Es mucho mejor que ese sillín de mierda de tu bici en el que me hiciste poner el culo.

—Bici robada —apuntó Podge mientras los dos chicos cruzaban la calle para unirse a nosotras—. No finjas que no fue el paseo de tu vida —se burló Al guiñándole un ojo a mi mejor amiga.

—¿Ah, sí? —Casey hizo como que le costaba recordarlo—. No debió de ser tan memorable, porque no me acuerdo.

—Qué sinvergüenza... —se rio entre dientes y se puso la camiseta sudada sobre el regazo—. Cuando estés listas para la secuela, Tetas de diablesa, solo tienes que decírmelo.

La risa no tardó en morir en mi garganta cuando la puerta del asiento del copiloto del Lexus se abrió de golpe y vi salir a Katie con los ojos llorosos, seguida de un chico que yo sabía que no era su novio.

—¿Katie?

—¡¿Patrick?! —gritó Casey confundida mientras las dos nos poníamos de pie.

—Vale —gruñí yendo directamente hacia mi amiga flanqueada por Casey y los mejores amigos de mi novio—. ¿Quién te ha hecho daño y dónde está?

—Estoy bien, de verdad —contestó Katie con los ojos inyectados en sangre mientras nos esquivaba rápidamente y se iba corriendo hacia su jardín delantero—. Solo quiero irme a c-casa.

—¡Oye! —Casey se acercó a Patrick Feely, le clavó el dedo

en el pecho y lo fulminó con la mirada—. ¿Qué coño le ha pasado?

Callado y estoico, Patrick fue mirando uno a uno a mis amigos y negó con la cabeza:

—Preguntadle a ella —fue todo lo que dijo.

—¡Te lo estoy preguntando a ti! —bramó Casey sin ceder ni un centímetro—. Si le has hecho daño...

—No voy por ahí haciéndoles daño a las chicas —contestó mientras sus ojos azules se oscurecían—. Ni rompiendo corazones.

—¡Katie, espera! —grité encaminándome hacia ella, pero parando en seco al oír una voz familiar detrás de mí.

—Molloy.

Reprimiendo un escalofrío, me di la vuelta y vi a Joey cruzando la calle hacia mí, todavía vestido con su mono de trabajo, con las mangas atadas a la cintura y la camiseta blanca que se había puesto debajo manchada de aceite de motor. Llevaba una gorra de béisbol colocada hacia atrás y la fiambarrera colgando entre las manos.

Me lo quedé mirando, pero mirándolo de verdad, y tuve que ahogar un hondo suspiro.

Parecía atormentado.

Tenía las mejillas hundidas.

Ojeras bajo unos ojos inyectados en sangre.

La barba de varias semanas.

Parecía perdido en su propio mundo, ajeno incluso a mí, mientras miraba fijamente a la nada.

Había oído en alguna que otra conversación el término «alcohólico funcional», pero mi novio era más bien un drogadicto funcional. Daba igual lo que Joey se metiera o lo colocado que estuviera; siempre se presentaba donde correspondía y cumplía a un nivel con el que conseguía que todo siguiera funcionando. Si no fuera tan descorazonador, podría ser hasta impresionante.

—Vete —me susurró Casey al oído—. Yo me encargo de Katie.

—¿Qué haces aquí? —pregunté encontrándome con él a medio camino para que nuestros amigos no pudieran oírnos —. Son solo las cuatro. —Me crucé de brazos tratando a la desesperada de calmar el dolor que sentía bajo las costillas —. No acabas de trabajar hasta las seis.

Pareció que la pregunta lo había pillado por sorpresa, y frunció el ceño unos instantes hasta que la culpa hizo acto de presencia y le nubló unos ojos sorprendentemente claros.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó.

—Bien.

Escrutó mi rostro con la mirada.

—¿Sí?

No le respondí.

No pude.

Joder, dolía demasiado.

—¿Qué pasa, Joe? —Observé las marcas que tenía en los brazos y me estremecí—. ¿Por qué no estás en el trabajo?

Sin decir una palabra, sacó el teléfono y me lo tendió. Arrugando el entrecejo, lo cogí y desbloquéé la pantalla, donde vi una serie de mensajes entre Joey y ni más ni menos que Johnny Kavanagh.

Kavanagh: Bueno, pues hoy ha pasado una cosa de lo más rara...

Lynch: ¿Por qué me escribes?

Kavanagh: Porque me he llevado a tus hermanos y están en mi casa.

Lynch: ¿Por qué?

Kavanagh: No sé.

Lynch: ¿Tienes pensado devolverlos?

Kavanagh: Supongo.

Lynch: La has cagado pero bien, Kavanagh.

Kavanagh: Lo sé.

Lynch: Voy de camino.

—¿Johnny Kavanagh se ha llevado a tus hermanos? —Lo miré boquiabierto—. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Dónde está tu madre?

Joey se encogió de hombros, pero no me respondió.

—¿Y Darren?

Volvió a encoger los hombros.

—Así que te toca a ti deshacer el enredo y recoger los platos rotos. —No era una pregunta. Más bien una afirmación resignada—. Otra vez.

—Sé que llevo tiempo decepcionándote —explicó rascándose los antebrazos con las uñas mientras se centraba primero en mí y luego en el jaleo que había detrás de nosotros—. No tengo a quién pedírselo.

Se me rompió el corazón.

—Claro, yo te llevo —respondí conteniendo la imperiosa necesidad de acercarme a él y estrecharlo entre mis brazos.

Y, en efecto, fui capaz de contenerme. Porque no hubiera cambiado nada. Porque, al final, habría acabado siendo la parte perjudicada. No es que me hubiera rendido con él. Era solo que ahora tenía mis límites.

CREO EN TI

Joey

Molloy puso la calefacción a tope en el coche de camino a casa de los Kavanagh y yo me alegré de que lo hiciera. Joder, tenía tanto frío que no había manera de entrar en calor. Me calaba los huesos. Cuando sacó una sudadera del asiento de atrás y me pidió que me la pusiera, la obedecí sin rechistar.

En el equipo sonaba «When You're Gone», de los Cranberries, el grupo favorito de Molloy, pero era incapaz de centrarme en la letra. Porque quería hablar con ella. Quería encontrar las palabras que necesitaba que le dijera, pero ya no existían en mi cerebro.

Durante esa época sentía muy pocas cosas, pero todas y cada una de mis emociones aludían, se dirigían o apuntaban a ella. La quería, y eso no podía cambiarlo ninguna puta droga. Como tampoco podía cambiar la depresión que me carcomía por dentro. Porque era depresión, ¿no? Querer morir no era algo con lo que fantaseara un chaval de dieciocho años.

—Estás pensando en eso, ¿verdad? —preguntó Molloy rompiendo el silencio que nos rodeaba.

Tenía el cerebro demasiado confuso y el corazón demasiado agitado como para comprender o interpretar sus palabras. Así que metí la mano en el bolsillo del mono y saqué la cartera.

—Tengo tu dinero —le dije dividiendo el fajo de billetes de mi sueldo por la mitad—. Aquí lo tienes.

—Ese dinero no es mío, Joe —contestó afligida negándose a coger la pasta, igual que la semana anterior—. Es tuyo.

—No —musité dejando los billetes en la guantera del

coche antes de que me diera por cometer alguna imprudencia con él—. Es el dinero del bebé.

Porque ambos sabíamos que sería capaz. Si no lo alejaba de mí, desaparecería y no se lo podría dar.

—No soy tu madre —me dijo con la atención puesta en la carretera que teníamos delante mientras conducía por un estrecho camino rural—. No te quiero por tu dinero.

—Siento haberme perdido la ecografía —me oí decirle más o menos por millonésima vez—. Siento todo lo que te he hecho.

—Ya lo sé, Joe —repuso con un pequeño bufido, todavía evitando mirarme—. Ya lo sé.

—Te quiero —añadí haciendo rebotar las rodillas sin cesar mientras me mordía las uñas—. Más que a mi vida.

—Ya —contestó emocionada—. Yo también te quiero.

Nunca entendería cómo podía decir eso y que fuera verdad. ¿Cómo podía seguir queriéndome?

Yo no valía la pena.

—Voy a arreglarlo —solté inclinándome hacia ella para colocarle una temblorosa mano sobre la tela vaquera que le cubría el muslo—. Lo voy a solucionar, Molloy. Pronto. Te lo prometo.

—Vale, Joe —repuso con tono melancólico mientras me cubría la mano con las suyas—. Lo que tú digas.

La ansiedad y el pánico me roían las entrañas.

—Me crees, ¿verdad?

Molloy se quedó callada un buen rato antes de mirarme de reojo y decir:

—Creo en ti.

Cuando aparcamos frente a la casa de Kavanagh y salimos del coche, un ejército de perros, niños y un jugador de rugby con cara de sentirse la hostia de culpable nos tendió una emboscada.

—¡Joe! —gritaron Ollie y Tadhg antes de salir corriendo en

la dirección opuesta con dos golden retriever que parecían dementes.

—Hola —dijo Kavanagh rodeando el coche con mis hermanos pegados a los talones—. Yo... Eh... —Mientras las palabras se desvanecían, alzó una mano para rascarse la nuca con cara de cordero degollado—. Lo siento.

—¿Sientes haber secuestrado a sus hermanos? —se burló Molloy apoyando la cadera contra el capó del coche mientras se agachaba y le acariciaba la cabeza a un labrador con aspecto de veterano—. Un comportamiento muy extraño, Señor Rugby. Muy extraño, la verdad.

—¡O-ui! —chilló Sean lleno de gozo con los brazos alzados mientras corría hacia mí—. ¡O-ui!

—¿Cómo está mi niño? —dijo cogiéndolo en brazos—. ¿Eh? ¿Has ido a dar una vuelta con Johnny?

Asintiendo con solemnidad, Sean me puso la mano, llena de babas, sobre la mejilla y luego se acurrucó en mi cuello.

—Quero O-ui.

—Bien dicho, chaval —le susurré al oído mientras me envolvía los brazos alrededor del cuello y apretaba—. Yo también te quiero.

—O-ui.

Desvié la atención hacia mi novia, que mantenía una animada conversación con el novio de mi hermana, y pregunté:

—¿Qué ha pasado?

—Los encontré solos —contestó Kavanagh mirándonos alternativamente a Sean y a mí—. Él estaba solo.

—¿Ella no estaba? —preguntó Molloy antes de que yo pudiera hacerlo.

—Al parecer, se hallaba en la cama —le dijo Kavanagh, y vi cómo se cruzaban una cómplice mirada.

—Mierda —musité sintiendo cómo aumentaba mi ansiedad, junto con el dolor de estómago—. ¡Me cago en la puta!

—No pasa nada, Joe —se apresuró a apaciguarme mi

novia, colocándose a mi lado—. Parece que los chicos se lo han pasado en grande en la mansión.

—¡Joey Lynch! —gritó una mujer, y tardé unos segundos en darme cuenta de que era la madre de Kavanagh. Poco después, apareció en la puerta principal flanqueada por un hombre imponente—. Volvemos a encontrarnos.

—Eso parece —contesté observándola con recelo mientras se aproximaba.

—Hay tres pequeñas copias de ti —musitó sin detenerse hasta ocupar de nuevo mi espacio personal—. Qué familia tan preciosa.

No sabía qué decirle, así que me quedé callado, con los ojos fijos en el hombre que la acompañaba. Olía la ley a kilómetros de distancia, y ese cabrón, que vestía demasiado bien para ser un policía, apestaba a autoridad.

Y a dinero.

«Y a poder».

—John Kavanagh —dijo presentándose con una agradable sonrisa y la mano extendida—. El padre de Johnny.

No mordí el anzuelo.

Pero mi novia sí.

—Aoife Molloy —intervino dándole la mano cuando se hizo evidente que yo no iba a hacerlo. Luciendo una de sus famosas sonrisas, se echó el pelo hacia atrás y se mostró muy alegre ante los Kavanagh—. La novia de Joey.

MADRES Y PADRES BUENORROS, Y DROGADICTOS

Aoife

La madre de Johnny Kavanagh parecía caída del cielo, mientras que su padre parecía estar esculpido en oro. En serio, a ese chico le corrían unos genes magníficos por las venas. Era casi tan afortunado en el tema del aspecto físico como iba a serlo el pequeño matón que crecía en mi vientre.

«Casi».

—Así que este es el célebre Joey Lynch —dijo John Kavanagh ofreciéndole a mi novio una amable sonrisa. El hombre tuvo mérito por no añadir «tristemente» antes de «célebre»—. He oído hablar mucho de ti.

Inmóvil, Joey lo estudió; parecía un poco acorralado y muy a la defensiva. Decidí intervenir en su lugar y di lo que esperaba que fuera un discreto paso hacia delante, consciente de que él necesitaba unos segundos para coger aire y no reaccionar por instinto.

—Parece que este pequeñín se lo ha pasado en grande en vuestra casa —apunté girándome para alborotarle los rizos a Sean—. Tenéis un hogar precioso.

—Tus hermanos estaban solos —afirmó Edel Kavanagh dejándose de tonterías, sin apartar los ojos de Joey en ningún momento—. Johnny no podía dejarlos así.

Leía a Joey como a un libro abierto, y me rompió el corazón saber que todos sus instintos le gritaban «peligro». Como en esos momentos no le funcionaba bien la cabeza, era todavía más impredecible. Desvié la mirada hacia Johnny, que parecía estar pensando lo mismo que yo y había dado un paso hacia su madre.

Entrecerré los ojos y lo miré duramente como diciendo «sí,

encima».

Él se encogió de hombros sin el menor rubor.

—Lo siento —contestó Joey para mi sorpresa, centrando toda su atención en la mujer—. Estaba trabajando.

La falta de ímpetu en su respuesta me partió el alma, porque no hacía más que ratificar lo que yo ya sabía: que no era él mismo.

La pena se reflejó en los ojos marrones de la mujer, que le lanzó una mirada de preocupación a su marido antes de negar con la cabeza:

—No, Joey, cariño, no estaba insinuando que hubieras hecho nada malo.

—En cualquier caso —repuso Joey encogiéndose de hombros mientras rodeaba el coche por el lado del copiloto con su hermanito en brazos y abría la puerta—, no volverá a pasar.

—No hace falta que os vayáis ya, cariño —protestó Edel rápidamente al ver que mi novio acomodaba a Sean en el asiento de atrás y le ponía el cinturón—. Quedaos a cenar. Todos. Será un placer.

—No, ya nos hemos quedado demasiado rato —fue todo lo que Joey contestó mientras volvía a enderezarse y buscaba a los otros por los alrededores—. ¡Chicos! —gritó antes de emitir un agudo silbido—. ¡Vamos tirando!

Tan leales a su hermano como aquellos perritos a la madre de Johnny, Ollie y Tadhg corrieron a toda prisa hacia Joey y no se detuvieron hasta que estuvieron junto a él.

—Dadles las gracias a Johnny y a sus padres por haber cuidado hoy de vosotros —indicó Joey con tranquilidad.

—Gracias —repitió como un lorito Tadhg, más interesado en despedirse de los perros que de los humanos, antes de subirse al asiento de atrás con Sean.

—Gracias, Dellie —canturreó Ollie girándose hacia la mujer rubia y rodeándole la cintura con los brazos—. Me lo he pasado *superbién*.

Claramente sorprendida, le devolvió el abrazo con fuerza.

—Ven a verme pronto, cariño.

—Lo haré —respondió Ollie, que tardaba demasiado en soltarla. Cuando por fin lo hizo, dio un paso atrás y miró con recelo a su marido tendiéndole la manita—. Adiós, John.

—Adiós, Ollie —contestó el hombretón con voz calmada aceptando el apretón de manos—. Recuerda lo que te he dicho.

—Ajá. —Asintió Ollie con vivacidad antes de esbozar una sonrisa—. *Entendido*, John. No lo olvidaré.

—Se dice «entendido», no «entiendido» —arremetió el Pequeño Alfa desde el asiento de atrás—. Aprende a hablar, gilipollas.

—¡Cierra el pico! —le advirtió Joey mientras conducía a Ollie hacia el interior del coche junto a sus hermanos. Hasta que no los tuvo a todos sentados y con los cinturones de seguridad puestos no se giró hacia los Kavanagh—. Gracias por todo. No volverá a suceder.

—¿Y tu madre?

—No tiene por qué enterarse.

Con aspecto derrotado, Joey se subió al asiento del copiloto y cerró la puerta, dejándome sola con los tres miembros de la familia Kavanagh mirándome expectantes.

—Todo va a ir bien —murmuré—. Estarán bien.

—¿Estás segura? —preguntó Ed el igual de convencida que yo.

«No».

Haciendo un esfuerzo por no llorar, le brindé la mejor sonrisa que pude improvisar y asentí:

—Ajá.

En el corazón de mi novio se gestaba una tormenta.

En silencio y dándole vueltas a la cabeza durante todo el camino de regreso a la urbanización Elk, Joey tamborileaba con los dedos sobre la rodilla. Miraba por la ventana del copiloto mientras los chicos se reían y bromeaban en el

asiento de atrás, felizmente ajenos al caos interno al que se enfrentaba su hermano. Sin embargo, en cuanto aparqué delante de su casa, Joey salió del coche y entró en la vivienda con paso airado.

—Mierda, está que trina —conjeturó Tadhg mirándome por el retrovisor.

—No deberías *dicir* palabrotas —lo regañó Ollie mientras intentaba desabrochar su cinturón de seguridad y el de Sean—. Es de mala educación.

Tadhg puso los ojos en blanco.

—Ollie, me importa tres pases de co...

—Vale —intervine antes de que Tadhg les enseñara a los más pequeños los aspectos más coloridos de la lengua—. Será mejor que entremos, chicos.

Con la pegajosa manita de Sean en la mía, seguí a los niños dentro de la casa, pero nada más entrar me estremecí al oír unos gritos procedentes del piso de arriba.

—Vaya, tenéis una tele nueva.

—Nos la ha *compado* Darren —explicó Ollie con un resoplido.

—¿Por qué no ponéis los dibujos? —sugerí acompañándolos a los tres a la salita antes de dirigirme hacia la escalera—. Yo vuelvo enseguida.

—¡Vale, pero no pienso ver dibujitos de mierda! —gritó Tadhg por encima del hombro—. ¡Hay un partido en la tele pública!

Dejé a los chicos peleándose por el mando a distancia y seguí los gritos que había oído escaleras arriba sin detenerme hasta llegar a la puerta de la habitación de sus padres.

—¿Cuántas putas veces vamos a tener que pasar por esto? —preguntaba Joey mientras abría las cortinas de un tirón para inundar la oscuridad del cuarto con luz vespertina—. ¡No puedes dejar solo a Sean así!

Con el corazón a mil, desvié la mirada hacia la mujer que estaba hecha un ovillo en la cama.

Marie.

—Vete, Teddy —balbuceó aferrándose a la almohada mientras se le escapaba un sollozo sobrecogedor tras otro sollozo—. Estoy cansada.

—Soy Joey —dijo sofocado—. Por Dios, ¿qué te has tomado?

—Como si tú pudieras juzgarme...

—No te estoy juzgando. ¡Lo que te digo es que te levantes y seas una madre para tus hijos, joder!

—Estoy muy cansada.

—¿Y yo no? —preguntó mi novio pasándose las manos por el pelo con evidente frustración—. No puedes hacer esto, mamá. No puedes pasar de ellos —le soltó—. Querías quedártelos. Querías que tu familia estuviera contigo. Ese era el objetivo principal que teníais tú y Darren, ¿no? Que los niños no se fueran. Para venderle la moto a Patricia y a los otros trabajadores sociales. Bueno, pues conseguido. Felicidades. Porque los chicos están abajo. Pero están solos, mamá. Sin una madre o un padre que los cuide. ¡Así que deja de compadecerte de ti misma y asume tu puta responsabilidad!

—¡He dicho que te vayas! —gritó lanzándole la almohada—. No te quiero aquí.

—¡Ah, que no me quieres aquí! —bramó Joey alzando las manos—. Bueno, pues ya tenemos algo en común, ¡porque yo tampoco quiero estar aquí!

—Joe. —Instintivamente, me fui hacia él. «Como si fuera una costumbre de toda la vida»—. No te preocupes.

—¿Te das cuenta? —dijo con voz ahogada temblando de forma violenta mientras señalaba a su madre—. ¿Qué coño se supone que debo hacer?

Nada. Porque ya había hecho suficiente por ella y encima se lo habían echado en cara. Lo único que debía hacer era mirar por él, pero no podía escucharme.

Se había ido muy lejos.

Igual que su madre.

—Mírame... Oye, oye..., mírame. —Le cogí la cara entre las manos y lo obligué a entablar contacto visual conmigo—. Pasa de ella, ¿vale?

—Pero yo...

—Chisss, chisss... —Le tiré de la cara hacia mí, le di un beso en la frente y volví a centrarme en sus ojos—. Todo va bien.

No era verdad. Nada iba bien. Pero ese chico necesitaba algo a lo que agarrarse.

—Es que... —Respirando de forma entrecortada, buscó mi mano y dejó que sus hombros se desplomaran en señal de derrota—. Ya no puedo más.

—Lo sé. —Le cogí las manos, lo conduje fuera de la habitación y cerré la puerta a nuestras espaldas—. Escúchame —dije con tono persuasivo encaminándonos hacia el cuarto de baño—. Yo voy a bajar a encargarme de los chicos y tú vas a darte una ducha.

El dolor y la confusión le centelleaban en los ojos.

—Pero...

—Tú solo respira, Joe —le indiqué acompañándolo hasta el baño—. Tómame tu tiempo, ¿vale? Dúchate y cámbiate esa ropa de trabajo. Yo me quedaré un rato con los niños.

—No puedo hacerlo, Molloy —repitió con una voz tan rota como su aspecto—. No puedo.

Una horrible mezcla de miedo y temor hizo que se me parara el corazón.

—Puedes pasar una noche más —repuse acariciándole la mejilla—. Te lo prometo.

—No quiero dejarlo morir.

—¿Qué? —fue lo único que conseguí decir.

—Nosotros —contestó—. No voy a dejar que se muera. No puedo hacer esto sin ti.

Las palabras se le escaparon de los labios como una confesión desgarrada. Como si le doliera decirlas. Como si solo entendiera su impacto una vez que salían de su boca.

—Y no quiero —susurró dejando caer la cabeza—. No

quiero una vida en la que no estés tú.

Admitir eso lo partió en dos, y no pude hacer otra cosa que envolver su escuálido cuerpo entre mis brazos y atraerlo hacia mí.

—Sigo aquí, Joe.

—No bajes —musitó rodeándome la espalda con un brazo y acercándose hacia él—. Quédate conmigo.

—Joe...

—Solo quédate conmigo —me rogó dejando caer la cabeza sobre mi hombro—. No tienes que hacer nada, te lo juro. Yo... —Soltó un suspiro entrecortado y dijo—: Solo abrázame, Molloy.

—Vale —fue todo lo que le respondí, y mientras tanto el corazón se me partía por la mitad—. Me quedaré contigo, Joe.

«Para siempre».

Tras convencer a Joey de que se diera una ducha, me dirigí al piso de abajo para ver cómo estaban los chicos y me encontré con que seguían discutiendo por el mando a distancia. Les hice zanjar las diferencias, repartí unos tentempiés y luego volví al cuarto de Joey y me lo encontré recién duchado. Llevaba una toalla envuelta alrededor de sus estrechas caderas y estaba sentado al borde de la cama, con los hombros caídos y la cabeza entre las manos.

—¿Qué pasa? —pregunté cerrando la puerta de la habitación detrás de mí—. Pareces triste, Joe —advertí colocándome delante de él—. A decir verdad, pareces destrozado.

—Es que... Eh... —Sacudió la cabeza y se esforzó en mirarme cuando dijo—: Pensé que te habías ido.

Mi pobre corazón se estampó contra la caja torácica.

—No, me temo que vas a pasar la tarde conmigo.

Soltó otra temblorosa exhalación, me puso las manos sobre las caderas y me acercó a él hasta que mi vientre le

tocó la nariz.

—Bien.

—Joe.

Sin decir una sola palabra, me cogió el bajo de la sudadera y tiro de él hacia arriba para dejar al descubierto mi barriga.

—Te quiero. —Me dio un largo beso en la tripa—. Os quiero a los dos.

Se me hizo un nudo en la garganta y no pude evitar entrelazar mis dedos en su pelo.

—Nosotros también te queremos, Joe.

—Voy a solucionarlo —siguió susurrando mientras me besaba por todo el abdomen—. Te lo prometo, voy a arreglarlo todo.

Y no me hizo falta más.

Un destello del chico del que me había enamorado fue suficiente para que me quitara la ropa y me tumbara debajo de él. Temblando cuando movía sus labios por mi piel mientras sumergía su cara entre mis muslos, me agarré a las sábanas y parpadeé para alejar las lágrimas. Sentía por ese chico más de lo que debía.

—Joe —le susurré con voz ronca mientras se movía entre mis piernas—. Tienes que ponerte un condón, ¿te acuerdas?

Se quedó quieto unos segundos y vi cómo la desolación se apoderaba de él antes de asentir avergonzado y abrir el cajón de la mesita de noche para sacar un preservativo.

Irónicamente, habíamos decidido empezar a usar protección durante el embarazo. Podía contar las veces que habíamos intimado desde el ataque de su padre con los dedos de una mano, y todas ellas yo había tenido la prudencia de protegerme.

—Ya sé que no has estado con nadie más —me apresuré a tranquilizarlo mientras observaba cómo se ponía el condón torpemente en el miembro con manos temblorosas—. Es solo que... Acuérdate de que el médico dijo que debía protegernos a mí y al bebé por si acaso.

—No hay problema —contestó con la voz resquebrajada y

las manos apoyadas sobre los muslos—. Lo entiendo.

—Joe. —Me levanté sobre un codo, le pasé un brazo por el cuello y lo atraje hacia mí—. No pasa nada. Ven conmigo.

—Lo siento —balbuceó introduciéndose muy dentro de mí—. Nunca sabrás cuánto.

PARTE 9

LLÁMAME E IRÉ CORRIENDO

Joey

Alérgico. Esa era la única palabra que describiría cómo me sentía al entrar por la puerta principal del instituto público Ballylaggin el lunes por la mañana.

Llegaba tarde porque Shannon y mamá habían tenido un enfrentamiento épico sobre el hecho de que Kavanagh la recogiera para ir al instituto y después yo mismo me había peleado a grito pelado con Darren. Cuando entré en el aula diez minutos después de que sonara el timbre y mis ojos se detuvieron en Molloy, que estaba sentada en nuestro pupitre, sentí que se me tensaban todos los músculos del cuerpo por la ansiedad que me producía el temor.

¿Sería ese el día en el que ella me diría «basta»?

¿Sería ese el día en el que finalmente me mandaría a la mierda?

Porque, tenía que afrontarlo, ambos sabíamos que yo ya estaba en tiempo de descuento con ella. Sin embargo, pasar juntos el sábado por la noche me había cambiado. Había avivado un fuego en mi interior que me había ayudado a soportar el día siguiente. De alguna manera, no estaba demasiado seguro de cómo, me las había arreglado para mantenerme alejado de Shane y sobrevivir con un par de porros.

Tenía la cabeza hecha añicos y el cuerpo aún peor, pero veía las cosas con claridad y pensaba de un modo algo más racional.

Tampoco es que fuera nada del otro mundo, pero era un comienzo.

Había que empezar por algún sitio.

«Y esa chica era todos mis sitios».

—Gestión del tiempo, Joseph —me espetó la señora Lane echándome la mirada maligna que se reservaba especialmente para cuando yo esperaba que acabara de rellenar mi libro rojo—. Última advertencia.

Como si me importara una mierda.

Estaba ahí por dos motivos.

La rubia de mi pupitre y el bebé que llevaba en su barriga.

Ignorando a Podge y a Alec, que trataban de captar mi atención, me dirigí directamente a mi asiento sin detenerme hasta que estuve sentado a su lado con mi rodilla rozando la suya.

—Molloy.

—Joe —contestó con la vista fija en el cuaderno que tenía abierto delante en el pupitre.

Sin mediar palabra, cogí el auricular que había preparado para mí y me lo puse.

La canción «Fast Car», de Tracy Chapman, resonó en mis oídos y, joder, fue como si me echaran sal en las heridas abiertas. Como siempre, me cogió la mano por debajo del pupitre, pero, cuando entrelacé sus dedos entre los míos y le devolví el apretón, se giró sorprendida para mirarme.

—Hola, semental.

—Hola, reina.

—Bonita camiseta.

—Bonitas piernas.

Sorprendida, abrió los ojos como platos.

Le guiñé un ojo.

—¿Eres...? —susurró analizándome con recelo—. ¿Tú?

—No. —Contuve el impulso de agachar la cabeza por la vergüenza que sentía, me mantuve firme y me obligué a sostenerle la mirada—. Pero... lo estoy intentando.

Para darle a esa chica lo que necesitaba.

Lo que se merecía.

Era demasiado... Ella, el momento, mis sentimientos, cómo hacía que me latiera el corazón... Joder, es que de verdad que era demasiado. Y, aun así, me quedé

completamente inmóvil, dejando que ella se sintiera colmada.

—Joe. —Apretó sus dedos alrededor de los míos—. Joe...

—Solo tengo que conseguir aguantar hora a hora, ¿verdad?

Con los ojos llenos de lágrimas, asintió rápidamente y me sonrió con amargura.

—Así es.

Luchando por concentrarme en lo que se decía a mi alrededor durante la comida, me puse a temblar en mi silla mientras el más horrible de los sudores fríos me chorreaba por la piel. Los chicos hablaban de hurling, las chicas, de bebés, y yo me ahogaba en la pesadilla de tener que pasar el mono.

—Necesito algo —admití girándome en mi asiento para mirar al único motivo que tenía para no tirar la toalla y acabar con el dolor—. Molloy, necesito algo.

—Por Dios, Joe, estás ardiendo... —respondió Molloy limpiándome una gota de sudor de la frente—. ¿Estás...?

—No, estoy helado —le aseguré cogiendo su pequeña mano entre las mías—. Pero necesito algo o me voy a poner fatal.

Sus ojos se llenaron de pánico.

—No puedes.

—Tengo que hacerlo.

—No. —Negó con la cabeza—. Hora a hora, ¿te acuerdas? Puedes aguantar otra hora, Joe.

—Me estoy muriendo —reconocí acercándome para que me oyera solo ella—. Ayúdame.

—No puedo —dijo con un hilo de voz apretándome la mano—. Puedes hacerlo, Joe. Sé que puedes. Ya lo has hecho antes. Simplemente deja que el veneno salga de tu organismo, cariño, y te sentirás mucho mejor.

—Te digo que me voy a morir si no consigo algo —masculé

—. Lo puedo sentir. —Dejé ir un suspiro entrecortado—. Me va a explotar el corazón.

—Entonces vámonos —propuso para calmarme—. Vámonos a casa.

—Si me levanto de esta silla, no será para irme a casa precisamente —contesté esforzándome por ser sincero con ella—. Lo siento muchísimo.

—No, no, no —replicó—. No lo sientas, porque aún sigues aguantando.

No era cierto. Estaba a segundos de arrancarme la piel a tiras. El ansia era demasiado poderosa. La necesidad era demasiado fuerte. El hambre era demasiado incontrolable.

—No puedo hacerlo, Molloy.

—Sí que puedes.

—No, de verdad que no.

—Un canuto te calmaría un poco, tío —intervino Alec con una ternura inusual mientras me ponía una mano en el hombro—. Tú dímelo y yo te lo arreglo.

Molloy desvió la mirada hacia mí y, tras unos segundos de vacilación, asintió a regañadientes.

—Ayúdalo.

Me levanté de la silla y me puse en marcha de inmediato, moviéndome más rápido que nunca, mientras las ansias que atormentaban mi cuerpo me revolvían el estómago en señal de protesta.

—Eso es, tío —me elogió Al cuando llegamos a la parte de atrás del pabellón de Educación física y eché las rabas sin contemplaciones—. Saca toda esa mierda y luego nos encenderé una hierba de primera, tronco.

—Me cago en mi vida —gimoteé en medio de mi desgracia mientras vomitaba bilis y veneno. Me dolía físicamente respirar. Cada vez que me latía el corazón, la sangre que me corría por las venas ardía y me abrasaba—. Me estoy muriendo.

—No te estás muriendo. Es solo que no puedes hacerlo de un día para otro —me animó mi amigo poniéndome un porro

liado con esmero entre los dedos—. Dale una calada, tío. Te sentirás mejor.

Agitándome con violencia, le di una calada profunda llenándome los pulmones hasta el punto del dolor y no solté el humo hasta que sobrevino el mareo.

—Eso es —dijo Alec apretándome el hombro para reconfortarme—. Tío, planta ahí el culo y deja que haga su efecto.

Temblando, conseguí sentarme en el sendero de la parte posterior del pabellón y di otra calada.

—Hostia puta... —dije exhalando lentamente una nube de humo.

—Ya sabes que soy el último que debería juzgarte, porque bien sabe Dios que yo mismo soy un puto desastre a mi manera —dijo agachándose para sentarse junto a mí—. Pero necesitas ayuda, Joe.

—Al, tío, por favor, no quiero oír eso ahora mismo.

—Pues vas a tener que hacerlo, Joe. Tienes novia y un bebé en camino, y yo sería un pésimo amigo si no diera un paso al frente e intentara al menos hacerte entrar un poco en razón —continuó—. Has estado tonteando con las peores mierdas. La heroína no es algo que la gente deje de un día para otro. Si así fuera, no harían falta clínicas de metadona ni centros de rehabilitación. Es algo muy serio, tío. Y tampoco te alejas de peña como Holland tan fácilmente. Ya lo sabes.

—No sé qué hacer —admití sintiéndome destrozado—. Sé que ella me necesita.

—Aoife sigue ahí, hombre —me animó dándome un toquecito con el hombro—. Sigue al pie del cañón por ti, lo que significa que aún hay esperanza. Hay una pequeña familia esperando a que te pongas bien. Puedes ponerte bien, Joe, pero tienes que querer. Tienes que luchar.

—Es que... no sé si me quedan ganas —reconocí en voz baja—. Estoy cansado, Al. Sobre todo, la cabeza. Tengo la puta mente agotada.

—Hola, semental. —El aire me trajo la reconocible voz de Molloy e hizo que todo mi ser se pusiera en modo de alerta. Apareció por uno de los laterales del pabellón y se sentó en la pared que había delante de mí, manteniéndose alejada del humo—. ¿Estás mejor?

Indignado conmigo mismo por haberme convertido en una criatura tan decrepita, asentí de manera forzada mientras sucumbía al peso de mi vergüenza.

—Se pondrá bien —se apresuró a intervenir Al con su habitual tono guasón—. El amigo Lynchy solo necesita volver a los orígenes.

En ese momento, el teléfono decidió tocarme los huevos y se puso a sonar a todo trapo en mi bolsillo. Le di otra calada al canuto, se lo pasé a Alec y cogí el aparato.

La preocupación se apoderó de mí cuando vi el nombre de mi hermana parpadeando en la pantalla. Desde la llegada del Señor Rugby, sus llamadas eran menos frecuentes, y ya nunca necesitaba ponerse en contacto conmigo durante el horario escolar. El hecho de que me estuviera llamando evidenciaba que algo iba mal.

—¿Shan? —pregunté acercándome el teléfono a la oreja—. ¿Qué pasa?

—Joey —sollozó al otro lado de la línea. Apenas podía distinguir su voz con ese volumen de llanto. Al instante, enderecé la espalda y la sangre se me convirtió en lava—. N-necesito que v-vengas a por mí.

NOVIOS, HERMANOS Y ZORRAS ANTIPÁTICAS

Aoife

En un instante, Joey pasó de estar tirado en aquel sendero, con aspecto de tener a la muerte rondándolo, a mantenerse en pie sin ningún esfuerzo. Lo que fuera que le hubiera dicho su hermana por teléfono había accionado algún interruptor en su cerebro. Dejando de lado momentáneamente su agitación interior y desprendiendo ira a oleadas, echó la cabeza hacia atrás y rugió con auténtica fiereza mientras salía disparado hacia el aparcamiento pidiéndome las llaves del coche.

—Joe, para un momento, ¿vale? —le grité tratando de seguir tanto su paso como sus cambios de humor—. Habla conmigo, ¿quieres?

—La han agredido —gruñó por encima del hombro—. Me cago en la puta, han agredido a mi hermana, Molloy. —Elevaba la voz a cada palabra que salía de sus labios—. ¡Otra vez!

Se me cayó el corazón a los pies.

—No.

—Las llaves —pidió cuando llegamos a mi coche con la mano extendida—. Necesita que vaya a buscarla.

—No vas a conducir hasta el Tommen tal como estás —le dije con rotundidad—. Quítatelo de la cabeza.

—De acuerdo, conduces tú —concedió dando la vuelta hasta el asiento de copiloto del coche—. Me da igual cómo llegue hasta allí mientras lo haga.

—Vale, pero...

—Por favor, Molloy —dijo con voz ahogada—. Podemos hablarlo por el camino. Vamos, nena. ¡Vamos!

Sabía que era una idea terrible, pero no quería dejar a

Shannon en el Tommen después de haber sido agredida, así que abrí el coche y me subí al asiento del conductor.

—Prométemelo, Joe. —Arranqué el motor y salí a toda leche de la plaza de aparcamiento, derrapando las ruedas hasta encontrar mi ritmo—. Prométeme que preguntarás primero.

—¿El qué? —soltó haciendo rebotar nerviosamente las rodillas mientras se roía las uñas con ansiedad—. Han agredido a mi hermana. Lo voy a arreglar.

«Madre de Dios».

—Mantén la cabeza fría —le indiqué accediendo a la carretera principal en dirección al Tommen College—. Nada de peleas, Joe.

—Ya, a la mierda con eso.

—No —razoné—. No me vengas con «a la mierda». Tienes que evitar entrar ahí con el hacha levantada, cariño.

—Mi hermana me llama histérica, diciendo que alguien de su instituto la ha agredido, después de toda la mierda por la que ha pasado este año, ¿y esperas que me quede de brazos cruzados? —preguntó antes de mover la cabeza hacia los lados con evidente frustración—. Ni de coña, Molloy. Pero ni de puta coña, ¿me oyes? Se acabó esta mierda. Paso de seguir dejando que la gente pisotee a mis hermanos.

Se refería a su padre. No estaba pensando con lógica. Esto iba más de su padre que de cualquier otra cosa. Buscaba redimirse por algo de lo que no era culpable.

—Joe, esto no es lo mismo —traté de calmarlo—. Lo que le pasó a Shannon ese día en la cocina...

—No pude evitarlo —dijo acabando la frase por mí—. Pero esto sí que puedo evitarlo, Molloy. Y es lo que voy a hacer.

—No quiero ir —solté reduciendo la velocidad del coche cuando las puertas del Tommen College entraron en mi campo de visión—. No es buena idea.

—¡Molloy! Sigue conduciendo.

—No. —Negando con la cabeza, puse el intermitente y

paré a un lado de la carretera antes de apagar el motor—. No te llevo. Al menos mientras estés así de exaltado. Tienes que calmarte y respirar, Joe.

—Vale. —Dejó escapar un furibundo gruñido, se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta de golpe—. Haré a pata el resto del camino.

—¡No, espera! —traté de decirle, pero era demasiado tarde. Ya había salido corriendo a todo trapo hacia el prestigioso instituto privado de su hermana.

—Mierda —renegué golpeando el volante con la mano—. ¡Me cago en todo, Joey Lynch!

Arranqué el motor de mi viejo amigo e intenté volver a la carretera, pero, por supuesto, acabé detrás de un tractor que transportaba una cisterna de estiércol a la velocidad de una tortuga sedada.

Mierda de vida.

Cuando llegué al instituto, había una gran multitud en el aparcamiento cercano. No hacía falta ser un genio para saber por qué se había formado o por qué todos coreaban «¡Pelea, pelea, pelea!» como una jauría de locos desquiciados.

Para evitarle a Joey una conversación con su hermana para la que no estaba preparado, cogí una de sus sudaderas del asiento de atrás antes de abrir la puerta de golpe y saltar hacia fuera, toda una hazaña teniendo en cuenta que mi panza era cada vez más redonda.

—¡Joey! —grité abriéndome paso entre la gran multitud que rodeaba a..., sí, a mi novio.

Se estaba abalanzando sobre Johnny Kavanagh.

Pero... ¿era Gibsie Gibberson quien lo retenía?

Madre de Dios.

—¿Qué haces, Joe? —Tras apartar a un grupo especialmente escandaloso de chicos adolescentes, me fui hacia él—. Habíamos dicho que nada de peleas.

Era evidente que ya se habían dado alguna hostia. Prueba de ello era la sangre que le goteaba a Johnny del labio

partido.

Sin aliento, me apresuré a llegar hasta Joey antes de que se volviera a armar la de Dios. Estaba claro que plantarme en medio de dos machos alfa cargados de testosterona no era buena idea, pero no podía dejarlo solo en la boca del lobo.

«Juntos hasta el final».

—¡Joe! —Empujé al novio de Shannon hacia un lado, me puse delante del mío y le agarré la cara para obligarlo a que me mirara—. Pregunta primero, ¿vale?

Me miró con ojos febriles y salvajes durante un breve instante y luego me reconoció y dejó de oponer resistencia frente a Gibsie, que intentaba sujetarlo. En favor de Gibsie, cabe decir que no intentaba hacerle daño a Joey ni sujetarlo mientras su colega le daba una paliza, sino que realmente quería apaciguar la situación.

Más o menos como yo.

—Me había olvidado —contestó Joey con ojos desorbitados desviando la mirada hacia Johnny antes de volver a centrarse en mí.

«Eso es —lo persuadí mentalmente sin apartar los ojos de los suyos—. Respira, cariño».

Al darse cuenta de que Joey tenía el mono, Gibsie lo soltó y dio unos pasos hacia atrás guiñándome un ojo. Si él supiera. Si Joey supiera lo mucho que nos había ayudado ese chico.

—¿Qué coño pasa? —preguntó Johnny trayéndome de nuevo al presente mientras se limpiaba un chorretón de sangre del labio.

—Dímelo tú —murmuró Gibsie por lo bajini—. A mí me está entrando dolor de cabeza con tanta confusión.

—Shannon me ha llamado —se apresuró a responder Joey desprendiendo ira a oleadas—. ¡Alguien de este instituto de estirados le ha hecho algo!

—¿Que le han hecho algo? ¿Qué? —Johnny tenía la mirada perdida—. He estado con ella durante la comida. —Miró a su

alrededor con evidente confusión—. ¿Qué le han hecho? —
Siguió mirando a todos como un loco a la espera de que
alguno de sus amigos le respondiera—. ¿Qué cojones está
pasando?

Gibbie abrió la boca para responder, pero Hughie se la
tapó rápidamente con la mano.

—Ahora viene cuando te callas, tío.

—Cuando descubra quién de vosotros, mamones
privilegiados, le ha hecho daño a mi hermana, ¡cumpliré
condena por lo que os voy a hacer! —dijo Joey vibrando por
la tensión.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó un hombre que supuse que
era un profesor del Tommen.

Sin embargo, la velocidad a la que se dispersó la
muchedumbre que nos rodeaba me llevó a pensar que ese
hombre tenía un rango superior al de profesor.

—Hostia —oí que alguien le decía a un amigo mientras se
piraban corriendo—. Es el director.

Genial.

Simplemente genial.

A solas con tres jugadores de rugby del Tommen, su líder y
un jugador del instituto público Ballylaggin que sufría un
horrible *delirium tremens*, observé con impotencia cómo el
director miraba resignado a Johnny antes de centrarse en
nosotros.

—¿Sabéis vosotros dos que no podéis estar en las
instalaciones del instituto si no estáis matriculados aquí?

—¡Que te jodan! —Por supuesto, eso lo dijo Joey.

—Joe —mascullé intentando refrenar su imprudente
comportamiento—. Es el director.

—¿Y? No es el mío —replicó ya totalmente fuera de sí—.
He venido a recoger a mi hermana, ya que tu mierda de
instituto no es capaz de controlar a sus alumnos y
mantenerlos a salvo.

—¿Y tu hermana es...?

—Shannon Lynch.

El hombre se puso blanco.

—Sí, exacto —se burló Joey concentrando toda su furia en él—. Sabes de quién hablo. Le has hecho todo tipo de promesas, ¿no? Sobre mantener a los estudiantes a salvo. ¡Eres un puto chiste!

—Disculpa. —El señor parecía realmente ofendido—. No tengo ni idea de qué me hablas...

—Hola, Joe.

Todas las cabezas se giraron hacia Shannon, que llegaba empapada hasta los huesos y con aspecto de haberse peleado durante diez asaltos con Rocky.

—Ay, madre del amor hermoso... —murmuré en voz baja aguantándome las ganas de vomitar que me entraron cuando me llegó un olor a leche agria que hizo estragos en mi pobre sentido del olfato, potenciado por el embarazo.

Estaba claro que quien la había remojado en leche agria además había echado sal en la herida garabateándole en la cara algo peyorativo sobre las mamadas. Se notaba que había intentado borraré, pero ahí seguía, a la vista de todo el mundo.

Sorbiéndose la nariz, miró al gigante de su novio, y eso le hizo derramar las lágrimas que había estado conteniendo.

—Hola, Johnny.

—¿Qué coño...? —bramó Johnny, el primero en reaccionar, mientras se acercaba a ella y agarraba a su novia antes de que se desplomara sobre el suelo—. ¿Qué te ha pasado en la cara, Shannon?

—Quiero irme a casa. —Con el corazón en un puño, vi cómo se caía contra su inmenso cuerpo y se agarraba a él con fuerza—. Solo quiero irme.

—No pasa nada. —Examinó cada centímetro de su piel como si ella fuera de extrema importancia para él, y vi cómo ese tiarrón quedaba sobrecogido por la emoción—. Chisss, cariño... —Verla herida le había afectado. No, era más que eso. Lo había destrozado—. Cálmate.

—¿Quién te ha hecho esto? —quiso saber Joey entrando en

acción mientras se dirigía directamente hacia su hermana—. Shan, ¿qué ha pasado?

—¿Ha sido ella? —preguntó Johnny uniéndose a mi novio en la interrogación—. ¿Qué estoy diciendo? ¡Claro que ha sido ella!

—¿Quién? —preguntó el director—. ¿Quién te ha hecho esto, Shannon?

—Bella Wilkinson de los cojones —intervino Gibsie con voz de asco—. ¿Quién si no?

Fruncí el ceño en cuanto me di cuenta de que la conocía de algo.

—¿Bella Wilkinson?

—Sí. —Asintió enérgicamente Gibsie con los ojos como platos mientras decía—: La puta loca obsesiva y superacosadora ex del capi.

—La quiero fuera de este instituto —exigió Johnny arrojando a Shannon bajo el brazo—. No puede salirse con la suya. Usted sabe por lo que está pasando Shannon. ¡Aquí debería estar a salvo!

—Shannon, ¿estás diciendo que la señorita Wilkinson te ha hecho esto?

—Apártate, joder —avisó Joey cuando ese señor se fue hacia su hermana—. No te acerques a mi hermana. Te lo advierto.

—Putita Bella Wilkinson —farfulló Hughie situándose junto a Gibsie—. Siempre tiene que ser ella.

—Porque es Lucifer con tetas —confirmó Gibsie con tono sombrío—. La mismísima reverberación de Satanás.

—Se dice «reencarnación», Gibs, no «reverberación».

—Bueno, lo que sea. Yo ya os avisé, pero, claro, nadie le hace caso al chico atractivo. —Su tono destilaba una gran dosis de sarcástica indignación—. Para vosotros no soy más que una cara bonita. Una perita en dulce para las damas. Bueno, pues que sepáis que yo también sé cosas. No todo está en los libros. Se me da muy bien juzgar la personalidad de la gente.

Bella Wilkinson. ¿Por qué me resultaba tan familiar ese nombre?

«—Me he acostado con alguien.

»—¿Ya no eres virgen? ¿Con quién lo has hecho?

»—Con una chica del Tommen.

»—¿Cómo se llama?

»—Bella Wilkinson».

—No... —dije entre dientes con los ojos abiertos de par en par cuando por fin me di cuenta. La chica con la que Paul me había puesto los cuernos. Era la misma persona—. ¿Pero qué coño...?

—¡Tú! —rugió Johnny sacándome de mis pensamientos mientras se dirigía como un toro descontrolado hacia dos alumnos que pasaban por allí—. ¡Quiero hablar contigo!

—Johnny, no... —sollozó Shannon cubriéndose la cara con sus pequeñas manos.

—Capi, tienes un contrato.

—Piensa en el sábado.

—Haz las cosas bien.

—Bien, mis cojones —contestó Johnny ignorando a sus amigos mientras iba directo hacia quienes yo suponía que eran Bella y su pretendiente—. ¿Qué te dije? —exigió el tiarrón acercándose a ellos—. ¿Eh? ¿Qué cojones te dije sobre esa perra?

—Joe, tiene un contrato —dije centrando mi atención tanto en el preocupado círculo de amigos de Johnny como en su sollozante novia. No tenía ni idea de lo que querían decir con eso, pero estaba claro que era importante—. Haz que pare, cariño. No dejes que se pelee.

—Mierda... —murmuró Joey entre dientes antes de salir disparado hacia él.

—Eh, Johnny —dijo el chaval más mayor tratando de calmarlo con las manos en alto—, no tengo idea de lo que...

«¡Pum!».

Un certero puñetazo le dio de lleno en la cara antes de que pudiera terminar la frase, y el chaval cayó al suelo con un

ruido sordo. Sin embargo, el gancho de derecha que lo había tumbado no había salido del puño de Johnny Kavanagh, sino del de Joey.

«Siempre protegiendo a los demás».

—¿Qué co...?

—Te debía una —explicó mi novio sacudiéndose la mano antes de señalar el labio partido de su némesis, ahora convertido en aliado—. Además, me van a arrestar igualmente.

Johnny lo miró boquiabierto.

—¿Por qué?

—Por esto —respondió Joey un instante antes de abalanzarse sobre el chico que estaba en el suelo.

«Por Dios».

—¡Suéltalo, chusma asquerosa! —gritó Bella, y luego hizo lo indecible: le puso las manos encima a mi hombre.

«Ah, eso sí que no».

Al presenciar cómo esa zorra le daba una bofetada a Joey, no vi más allá de la neblina roja que me cegaba.

—¡Oye, no llames chusma a mi novio! —rugí dejándome llevar por mis emociones mientras arrastraba el culo hacia la guarra que le había puesto las manos encima—. ¿Es ella, Shan? ¿Ella te ha hecho esto?

—Por favor, dejadlo estar.

No.

Nah-ah.

Ni de coña.

Porque ha tenido el valor de ponerle las manos encima a mi hombre.

—¿Quién narices eres tú? —preguntó Bella lanzándome una amenazante mirada.

«Ay, pobrecita mía».

—Soy tu peor pesadilla, zorra —gruñí quitándome a Joey de encima y tirándola al suelo de espaldas—. ¿Te gusta aterrorizar a las niñas? Prueba con alguien de tu tamaño. —Perdiendo los estribos en ese mismo instante, me senté a

horcajadas sobre su pecho—. ¿Crees que puedes llamar chusma a mi novio? ¿Crees que puedes intimidar a su hermana, eh? ¿Crees que estás a salvo porque eres una chica y él no puede devolverte el golpe? —Esquivando por poco una uña en el ojo, eché el puño hacia atrás y se lo encajé en la nariz—. ¡Pues yo sí que puedo!

—¡Eres una psicópata! —gritó mientras intentaba arañarme la cara.

Venga ya, zorra. Estaba a punto de recibir una buena lección.

—¿Las uñas? —le espeté inmovilizándole hábilmente los brazos a los lados con las rodillas, un talento que había perfeccionado tras innumerables batallas con el gilipollas de mi mellizo—. ¿Crees que con las uñas te vas a librar? —Levanté el puño y volví a golpearla—. Regla número uno, zorra inmoral, conspiradora y sin límites: ¡si le pones las manos encima al chico de otra, asegúrate de que sabes dar de hostias!

—¿De qué te sirve el dinero ahora, pijito? —oí a Joey burlarse desde algún punto cercano mientras le cascaba al pretendiente de Bella y lo inmovilizaba contra el suelo—. Ser un asqueroso tienes sus beneficios, ¿no?

—¡Voy a llamar a la Gardaí! —oí que exclamaba el director—. ¡Deteneos en este instante o haré que arresten hasta el último de vosotros!

No podía detenerme. La gente gritaba y discutía a mi alrededor, pero yo no entendía una sola palabra. Mi lógica había salido volando por la ventana y ahora funcionaba solo con un ánimo iracundo.

Seis años.

Durante seis largos años había visto a Joey Lynch recibir paliza tras paliza.

Contemplar a Bella poniéndole las manos encima a ese chico había sido la gota que había colmado el vaso.

Además, ella se lo había buscado. Por follarse a los novios de otras chicas a sus espaldas. Por intimidar y molestar a

chicas más jóvenes y débiles que ella. Se merecía todo eso y más.

—Molloy... Vamos, nena. —Entonces un par de fuertes brazos me rodearon la cintura, levantándome por encima de mi objetivo y alejándome de la pelea—. No vale la pena. —Con las manos envueltas protectoramente sobre mi centro y su pecho agitándose contra mi espalda, Joey siguió apartándome de los problemas—. No puedes pelearte en...

—Te ha llamado chusma —expliqué sofocada mientras luchaba por controlar mi ira, que finalmente se había desatado—. ¡No se lo consiento, Joe! —dije con la voz rota antes de inhalar de forma entrecortada sintiendo la necesidad de gritar a pleno pulmón para proyectar la rabia que me invadía por dentro.

—Lo sé, nena. —Jadeando sin aliento, me giró entre sus brazos para mirarme y me tomó la cara entre las manos—. Pero necesito que tengas cuidado.

El corazón me dio un vuelco cuando fui consciente de la situación.

El bebé.

—¡Mierda! —Mi mano se desplazó automáticamente hacia mi abultado vientre, oculto bajo una sudadera enorme, y me hundí contra él—. Ay, Dios, Joe, ¿qué he hecho? —La repulsión invadió todos y cada uno de los poros de mi piel—. No he pensado. —Sacudí la cabeza; me sentía impotente y llena de odio hacia mí misma—. ¡Soy idiota! ¿Y si le he hecho daño al bebé?

—No ha sido así. Todo va bien, Molloy —me tranquilizó enseguida apretándome con un brazo—. Tú estás genial y el bebé también, ¿vale?

—Pero ¿y si...?

—¡Todo el mundo al despacho! Voy a avisar a vuestros padres —bramó el director llamándonos a todos la atención mientras ordenaba a Bella y a su pretendiente que fueran hacia el instituto—. ¡A los vuestros también!

—Eso —se mofó Joey todavía abrazándome—. Haz algo.

Con «padres» quería decir «Gardaí».

Y «Gardaí» quería decir «esposas».

La realidad se estrelló contra mí como una bola de demolición, y me sorbí la nariz. Ahora él tenía dieciocho años. La Gardaí de la ciudad no iba a darle más oportunidades.

—¡Joe! —No podía ocultar el miedo en la voz—. Estás sobre aviso.

—Necesito que salgas de aquí, Aoife. —Joey me cogió la mano y me llevó hacia donde había aparcado el coche. Parecía más centrado de lo que lo había visto en meses—. No has estado aquí y no has visto una mierda. —Se detuvo al llegar a la puerta del conductor y, girándose hacia mí, dijo —: ¿Lo has entendido?

—¿Qué? —Lo miré boquiabierto y negué con la cabeza—. No, ni de coña. No te voy a dejar...

—Sube al coche y vete a casa, nena —me ordenó interrumpiéndome—. Ahora.

—Joey, no, ¡no puedo dejarte aquí!

Me agarró la cara con las manos ahuecadas y me lanzó una elocuente mirada:

—Nadie te va a mencionar.

—No, Joe —sollocé con el pecho agitado—. No puedo.

—Aoife.

—Pero te van a...

Con las manos enredadas en mi pelo, se inclinó y me apretó los labios contra la oreja.

—Escucha —dijo lo suficientemente bajo como para que solo yo pudiera oírlo—. Métete en el coche y vete directa al hospital. No te preocupes por mí, ¿vale? Estoy genial. Diles a esos médicos lo que sea necesario para conseguir que te hagan una ecografía y comprueben que nuestro bebé está bien.

—Joe.

—Cuando te den el visto bueno, porque eso es lo que van a hacer, Molloy, quiero que te vayas a casa y te quedes allí.

No vayas a buscarme y no te pelees por mí, cariño. Ya me peleo yo por los dos.

—Pero...

—Yo me encargo de todo, ¿vale? —Dejó ir un profundo suspiro y se hundió momentáneamente contra mí antes de volver a enderezarse—. Lo único que quiero que hagas es cuidar de ti y de mi bebé.

—Vámonos de aquí —solté—. Ven conmigo.

—No puedo.

—Tienes que hacerlo. —El corazón me latía a mil por hora mientras se resquebrajaba por el centro—. Si te quedas, te arrestarán.

—Eso no importa.

—Sí que importa —sollocé aferrándome a él—. Tú importas. Tú...

—Estaré bien. Tú vete, y te llamaré cuando pueda —interrumpió dándome un fuerte beso en la frente—. Nos vemos, Molloy —gritó por encima del hombro mientras se iba.

Y después ya no estaba.

EL ROCK DE LA CÁRCEL

Joey

No me pilló por sorpresa que las únicas esposas que los agentes de la Gardaí sacaron en el Tommen fueran las que usaron conmigo. Tampoco me llamó demasiado la atención que me leyeran el rollo de siempre: «Queda detenido en virtud del artículo 4 de la Ley de Justicia Penal», porque, francamente, ya lo había oído más de una decena de veces.

Me empujaron hacia la parte de atrás del coche patrulla y me llevaron directamente a comisaría, donde me registraron, me desnudaron y me trataron a manotazos bajo las órdenes de ni más ni menos que el padre del gilipollas de Paul. Todo eso antes de que me tiraran dentro de un calabozo para aislarme mientras esperaba a que llegara el abogado de oficio y me escoltara al juzgado.

Sin sentir ningún remordimiento por lo que había hecho, acepté el castigo con estoicismo, decidido a no mostrar mis emociones y a no sentirme mal por defender a mi hermana.

Porque esos capullos del Tommen se podían ir a la mierda.

Todo el puto mundo se podía ir a la mierda.

De lo único que me arrepentía ese día era de haber arrastrado a mi novia conmigo. Porque Molloy no habría estado allí si no hubiera sido por mí, y, joder, tengo clarísimo que no se habría peleado si no hubiese sentido la necesidad de defenderme.

Su rostro me persiguió hasta bien entrada la noche mientras permanecía sentado sobre una losa de hormigón que hacía las veces de cama en la celda donde me tenían retenido. Luchaba contra mi conciencia y contra mi cuerpo, que se estremecía a causa del síndrome de abstinencia.

El meadero de acero inoxidable que había en la esquina de

mi celda había visto más vómitos de los que me importaba admitir, puesto que no dejaba de expulsar el contenido de mi estómago.

Pringue negro.

Bilis verde.

Coágulos de sangre.

Joder, estaba vomitando veneno.

Había sido tan ingenuo como para usar la llamada que me habían concedido con una mujer que ni siquiera se dignaba cogerme el teléfono.

A mi madre yo no le importaba.

Nunca le había importado.

Por Dios, si casi era más probable que fuera el viejo quien viniera a buscarme.

«Eso ya lo sabes, gilipollas, ¡así que deja de preocuparte por ella!».

Asqueado conmigo mismo por ser tan débil, rechacé la oportunidad de hacer otra llamada, porque, sinceramente, tampoco es que tuviera a nadie a quien llamar. La bronca que había tenido con Darren hacía que prefiriera cumplir una condena de dieciocho meses por agresión antes que arrastrarme de rodillas hasta él para pedirle que me ayudara. Porque Darren podía irse a la mierda.

La única persona a la que podía llamar, la única que no se había rendido conmigo por completo, era la única a la que debía proteger. La persona que más me importaba en el mundo.

Sabía que Molloy contestaría. Sabía que vendría a buscarme. Que lucharía por mí a toda costa.

Ese era el puto problema.

Tenía que parar todo aquello y dejar de ponerla en peligro.

—En pie, Lynch —ordenó un agente de la Gardaí mientras desbloqueaba y abría la puerta metálica que me retenía—. Te llevaremos ante el juez en veinte minutos.

Genial.

De puta madre.

Sin molestarme en discutir, acaté sus órdenes y me quedé quieto como una estatua mientras me esposaban. Sí, estaba claro que la cosa no iba a acabar bien para mí.

«Puede que esto sea algo positivo —pensé mientras me conducían hasta el furgón celular que me esperaba—. Puede que el juez decida enviarme a prisión preventiva y me trasladen a la cárcel de Cork. Al menos entonces, Molloy y el bebé estarán a salvo de mí».

VOLVIÉNDOME LOCA

Aoife

Lágrimas.

No podía contenerlas.

Era ridículo porque siempre me había tenido por una chica fuerte, pero últimamente parecía que no hacía más que llorar. Y mentir.

Sí, llevaba un tiempo mintiendo como una condenada.

Hacía un rato, al llegar al hospital materno-infantil, había mentido con toda la intención y le había dicho a la enfermera encargada de las admisiones en Urgencias que un coche que iba marcha atrás se había chocado con el mío y necesitaba que me echaran un vistazo.

O sea, ¿en serio?

Demasiado nerviosa como para pensar con claridad, me senté sola en la sala de espera mientras lloraba a mares y esperaba a que me llamaran para hacerme una ecografía. La que debía confirmarme lo que Joey me había asegurado: que al bebé no le pasaba nada.

Consciente de que no podía volver a casa en ese estado, logré llegar hasta el piso de Casey totalmente abrumada por el arrepentimiento y la decepción que sentía hacia mí misma. En cuanto abrió la puerta, me lancé a los brazos de mi mejor amiga llorando como una Magdalena.

—Lo han detenido.

El mensaje de texto que me había enviado Shannon lo confirmaba.

—Mierda, ¿qué ha hecho esta vez? —masculló Casey sorprendida envolviéndome entre sus brazos y llevándome hacia dentro—. Espera, te refieres a Joey, ¿no?

—Sí, Case —le solté con el pecho agitado—.

Evidentemente.

—Claro —convino acompañándome hasta el sofá—. Vale, siéntate y empieza a explicarme, que yo voy poniendo la tetera.

—No quiero que hagas té —sollocé dejando caer la cabeza entre las manos—. Quiero que me ayudes a sacarlo.

—¿De la cárcel? —Levantó las cejas—. ¿Cómo?

—No sé, pero no puedo dejarlo allí.

—¿Qué te parece si me cuentas por qué lo han encerrado y luego elaboramos un plan?

Inhalé de forma entrecortada y me sumergí de lleno en los acontecimientos que habían tenido lugar en el Tommen sin dejarme nada.

—Venga, Aoife, que estamos hablando de Joey —intentó tranquilizarme Casey cuando acabé de contarle mis penas—. Es como un gato con siete vidas. Le darán un tirón de orejas y enseguida estará fuera.

—No. —Sorbiéndome la nariz, negué con la cabeza—. No lo entiendes. Ahora ya tiene dieciocho años.

—Hostia, es verdad —concedió mi mejor amiga dejándose caer junto a mí en el sofá—. La Gardaí de esta ciudad lleva años soñando con esto. Lo van a empujar.

—No me estás ayudando.

—Ya, perdona, me acabo de dar cuenta. —Se dio una palmada en la frente, se giró hacia mí en el sofá y me ofreció un abrazo solidario—. Mira, sé que da un miedo de la hostia, pero debes hacerle caso a Joey. —Me apretó más fuerte—. Tienes que cuidar a ese bebé.

—¿Y quién va a cuidar de Joey?

LLAMADAS SIN RESPUESTA Y SALVAVIDAS
INESPERADOS*Joey*

Ataviado con el uniforme escolar del Ballylaggin y las oscilantes esposas, los agentes de la Gardaí me escoltaron hasta una sala de espera privada situada en la parte posterior del juzgado para que me reuniera con mi abogado de oficio a esperar mi turno ante el juez. Lo más chocante de toda la experiencia fue el hombre bien vestido que me esperaba en la sala de espera.

—Joey Lynch. —John Kavanagh me miró desde la mesa en la que estaba sentado y me sonrió—. Volvemos a encontrarnos.

«Pero ¿qué coño...?».

—¿Qué haces aquí? —pregunté hundiéndome en la silla que había frente a él—. No eres mi representante legal.

—Hoy sí —musitó rebuscando entre una pila de papeles en la que supuse que estaba mi expediente. Joder, con mi suerte, igual toda la puta pila estaba dedicada a mí—. Si me aceptas.

—Estoy sin blanca —decidí puntualizar—. Y, no te ofendas, pero por la mansión en la que vives y el traje de marca que llevas, no parece que trabajes gratis.

—En realidad soy abogado litigante; puedo defenderte ante el juez.

—Más caro aún. —Me encogí de hombros, confuso—. Mira, John, te lo agradezco, pero no podría permitirme tus servicios ni aunque trabajara durante todo un año, así que voy a probar suerte con el representante legal de oficio gratuito.

—Exijo reunirme urgentemente con su superintendente

para que me explique de forma detallada por qué mi cliente presenta claros indicios físicos de haber recibido una violencia excesiva por parte de sus colegas —dijo para mi sorpresa desviando su mirada azul como el acero hacia el agente que merodeaba cerca de la puerta—. Algo que, antes de que intente excusarse, estoy más que dispuesto a que confirme un profesional médico.

—A su cliente lo detuvimos por pelearse. Los moratones son de...

—Mi cliente es un muchacho de dieciocho años con un terrible y detallado historial de violencia doméstica. Hay montones de informes en los que se explicita que fue víctima de un atroz maltrato infantil a manos de sus cuidadores. Eso por no hablar de su historial más preocupante: el del abandono que sufrió tanto por parte del Estado como por parte de la Garda Síochána de esta ciudad —intervino John con frialdad—. Francamente, me sorprende que sus superiores hayan tenido el valor de llevar a este chico ante un juez. Cuando acabe de dejarlos en evidencia a ellos, me centraré en la larga lista de miembros de la Gardaí, trabajadores sociales y figuras de autoridad que le fallaron a mi cliente y a su familia. —Recostándose en la silla, John jugó distraídamente con el bolígrafo entre los dedos mientras miraba con frialdad al agente—. Bien, cuando esté listo, mi cliente y yo necesitamos la sala.

Con la cara roja y echando chispas, el policía se dio la vuelta y se largó, dejándonos solos en la habitación.

—No veas —murmuré impresionado de mala gana—. Le has enseñado quién manda, ¿eh, John?

—Siempre va bien practicar un poco.

—Seguro que sí.

Sonrió con satisfacción.

—Entonces ¿quieres que te represente?

—¿Tengo otra opción?

—No, a no ser que quieras ir a la cárcel.

—Mierda. —Alzando las manos, que seguían esposadas,

me rasqué la nariz y señalé a la pila de papeles que tenía delante—. ¿Todo eso es sobre mí?

—Todas y cada una de las páginas —repuso empujando la pila hacia el frente—. Por delante y por detrás.

Hundí los hombros y, derrotado, me recliné contra el respaldo de la silla y lo estudié.

—¿Por qué me ayudas?

—¿Por qué le pegaste a ese chico, Ryan?

Me encogí de hombros.

—Se lo buscó.

—Inténtalo otra vez.

Me encontré con su implacable mirada antes de soltar una exhalación y murmurar:

—Está claro que ya sabes por qué.

—Compláceme, anda.

—Porque, si no lo hubiera hecho yo, lo hubiera hecho tu hijo, y él tiene mucho más que perder —dije sin rodeos—. ¿Te ha complacido lo suficiente?

No pareció en absoluto sorprendido por mi confesión.

Porque era un hombre listo.

Joder, era más listo que el hambre.

—Tú has protegido el futuro de mi hijo y yo he venido a proteger el tuyo —explicó por fin cruzándose de brazos—. A mí me parece un trato de lo más justo.

—Salvo porque yo no tengo uno de esos.

—Seguro que mi mujer te rebatiría esa afirmación. — Sonrió con pesar antes de añadir—: Te has ganado una admiradora, Joey Lynch.

—Tu mujer —contesté impávido reprimiendo las ganas de gruñir cuando una repentina e intensa punzada de dolor y hambre atacó mis sentidos. Joder, no iba a desaparecer nunca—. No sé por qué, si tu mujer no sabe una mierda sobre mí.

—Y está claro que tú no sabes una mierda de ella, perdón por la expresión —replicó con una sonrisilla—. Has despertado algo en ella.

Entrecerré los ojos, sospechando al instante.

—Le he despertado algo.

Asintió.

—Quiere ayudarte.

Me puse recto.

—No quiero su ayuda.

—Ya, ¿pero la necesitas?

—¿Puedes ir al grano? —le pregunté directamente lleno de confusión—. No me gusta estar mareando la perdiz. Dime qué quieres.

—Primero, voy sacarte de este lío —dijo poniéndose en pie—. Y luego ya hablaremos.

DEMASIADO BUENO PARA SER CIERTO... O SEGURO

Joey

Tras pasar un total de siete minutos delante del juez, John Kavanagh no solo había hecho que desestimaran mi caso, sino que de alguna manera había logrado forzar a un juez (a un puto juez) para que se apiadara de mí lo suficiente como para pedirme disculpas.

Si no me estuviera ahogando en el insoportable dolor de mi última bajona, me habría impresionado muchísimo la capacidad de persuasión de aquel hombre.

Aturdido a más no poder, me senté en el asiento del copiloto de su Mercedes de alta gama una vez acabado el juicio, demasiado abrumado como para ponerme a discutir cuando me volvió a llevar a la mansión.

Necesitaba algo.

Cualquier cosa que me calmara.

La adrenalina que había corrido por mis venas hacía rato que me había abandonado, dejándome el frío impregnado en los huesos y todos los músculos doloridos. Parecía que no importaba lo mucho que protestara mi mente o se resistiera mi corazón; el dolor físico del mono se me hacía demasiado insoportable.

Me odiaba a mí mismo por no ser lo suficientemente fuerte como para contenerlo, pero era demasiado para mí.

La lucha era demasiado encarnizada.

No podía ganar.

—Joey, siéntate, cariño —me indicó Edel cuando entré en la cocina unos minutos después. Me sentía como un intruso y hubiera preferido estar en cualquier otro sitio—. ¿Cómo estás? ¿Cómo tienes la cara? ¿Qué tal te ha ido en el

juzgado? Ay, pobrecito mío, estás todo magullado.

—Dale un poco de espacio, cielo —dijo John siguiéndome hasta la isla—. Siéntate, Joey. Vamos a hablar.

No quería sentarme.

Menos aún hablar.

Pero a ese hombre le debía mi libertad.

Si lo único que quería como pago por haber sacado mi culo de la cárcel era una conversación, estaba encantado de ofrecérsela.

Desplomado sobre uno de los taburetes de la isla, tuve que contenerme para no reaccionar atacando a su mujer cuando me puso las manos en la cabeza.

—Jesús, María y José —gimoteó rebuscando en mi cuero cabelludo como haría una madre para comprobar si su hijo tiene piojos—. ¿Qué te ha pasado en el cráneo? —preguntó retirando mechones de pelo hacia los lados mientras me deslizaba los dedos por la cabeza.

«Mi padre, eso es lo que me ha pasado».

—Edel —dijo John en un tono un poco más rudo—. No es Johnny, cielo. No puedes tocar así al chaval.

—Pero es...

—Cielo.

—Vale, vale. —Afortunadamente, retiró las manos y dio un paso hacia atrás, dejándome así algo de espacio personal—. Perdona, Joey, cariño.

—No hay problema —contesté tratando de calmarla y haciéndole saber que agradecía su extraña intromisión en mi vida. Aunque no pude contener el escalofrío que me recorrió de arriba abajo—. Yo... Eh... Es que... No soy de abrazar.

—No eres de abrazar —repitió como si almacenara esa información en un lugar seguro—. Entendido, cariño. Nada de abrazos.

—Relájate —la tranquilizó John guiñándole un ojo—. Solo sé tú misma, cielo.

—Lo intento —repuso mientras iba de un lado a otro de la

cocina como un pequeño torbellino rubio, trayendo tazas y platitos—. Es que estoy nerviosa.

—¿Por qué? —pregunté ya un poco alterado. Miré a John—. ¿Qué ocurre?

—¿Te acuerdas de que antes te he dicho que hablaríamos al salir de los juzgados? —respondió John con inquietante tranquilidad.

Asentí de manera rígida, cada vez más mosqueado.

—Bueno —prosiguió—, mi mujer y yo hemos estado hablando mucho últimamente y queríamos comentarte la posibilidad de...

—¡Queremos quedarnos contigo! —soltó la mujer haciendo que John dejara caer la cabeza entre las manos y gruñera—. Con los cinco —siguió diciendo mientras se acercaba a toda prisa por la isla y me cogía la mano—. Especialmente contigo. —Me sonrió—. Creo que a ti es a quien más quiero.

—¿Qué cojones dices? —espeté con voz ahogada sacando la mano de debajo de la suya—. ¿Qué es lo que...? —Sacudí la cabeza y casi me caigo del taburete en mi intento de escapar de esa extravagante mujer y su naturaleza tocona—. ¿Quieres quedarte conmigo?

—Mano izquierda, cielo... —farfulló John con gesto frustrado—. ¿Dónde está la mano izquierda que íbamos a tener?

—Se me había olvidado... —razonó antes de volver a centrar su atención en mí—. Joey, cariño, sé que eso no ha sonado bien.

—Mira —alcé una mano en señal de advertencia—, agradezco todo lo que habéis hecho por mí. —Con la espalda pegada a los armarios de la cocina, fui avanzando de lado en un intento de escapar al segundo advenimiento de la madre Teresa—. Y lo bien que os habéis portado con mi hermana, pero no me interesa nada más, ¿vale? No necesito que nadie... se quede conmigo. Así que me voy a ir a casa.

—Se refiere a acogeros —explicó John con un suspiro—.

Edel, ¿te puedes echar para atrás, cariño, y darle espacio al chaval? No puedes acercarte tanto, ¿te acuerdas? Hay que ir poco a poco.

—Ay, Dios, claro —murmuró colocándose a toda prisa hacia el lado de su marido—. Perdona, Joey, cariño.

—Acogernos. —Me los quedé mirando con perplejidad—. Pero ¿qué cojones...?

—Ya estamos autorizados —espetó Edel—. Hemos sido padres de acogida en otras ocasiones. No es la primera vez, cariño. Y podemos ofreceros estabilidad, seguridad y...

—¡No! —exclamé prácticamente subiéndome por las paredes de espalda debido a mis ansias de fuga—. Por Dios, no. —Presa del pánico, miré a mi alrededor con incertidumbre antes de detener los ojos en John—. Me quiero ir.

—Te puedes ir cuando quieras —me aseguró con una mano firmemente colocada sobre el hombro de su esposa, que parecía a punto de abalanzarse sobre mí—. Ahora mismo, si es lo que deseas.

—Vale.

Exhalando de forma entrecortada, me acerqué con cautela a la puerta del cuarto de lavado que conducía a la puerta de atrás..., pero vacilé cuando agarré la manilla de la puerta.

«No, espera».

«Escúchalos».

«Piensa en los niños».

Por Dios, ¿qué estaba haciendo?

«Vete corriendo, tío».

«Sal de esa puta casa».

—Cuando decís que queréis acogernos... —Me giré y los miré con recelo—. ¿Les estáis ofreciendo un hogar a mis hermanos? —Eché un vistazo a mi alrededor—. ¿Aquí?

—Os ofrecemos un hogar a todos —repuso John—. Sean, Ollie, Tadhg, Shannon y tú, Joey.

—Yo no... —Tragué saliva para bajar el nudo que tenía en la garganta y negué rápidamente con la cabeza—. No.

Observé el rostro afligido de su mujer y me sentí como un capullo.

—Yo no quiero que nadie me acoja —dije lentamente tratando de encontrar las palabras que necesitaba para darle sentido a esa locura—. Pero creo... —Madre de Dios, ¿por qué era tan difícil, joder? ¿Por qué no podía pensar con claridad?—. Mis hermanos y mi hermana podrían... Necesitarían... Joder, ¡no soy capaz de decirlo!

—Tómate tu tiempo, cariño —dijo Edel con tono tranquilizador—. Tómate todo el tiempo del mundo.

—No te conozco —espeté agarrándome el puente de la nariz con los dedos mientras reprimía una oleada de náusea—. Y tú no me conoces a mí.

—Nos gustaría llegar a conocerte, Joey —dijo John con calma.

—No. —Moví la cabeza hacia los lados—. A mí no. Yo quedo fuera del debate.

Edel sacudió la cabeza.

—Pero...

—Deja que se explique —la cortó John apretándole cariñosamente la mano—. Te escucho, Joey.

—Estoy fatal —reconocí encogiéndome de hombros con impotencia—. Y me refiero a que estoy fatal de la cabeza, pero de verdad.

—No es cierto.

—Sí que lo es.

—No pasa nada, cariño.

—Sí que pasa —protesté negando con la cabeza—. No me querríais en vuestra familia. Creedme. Pero ¿Shannon y los chicos? —Me volví a encoger de hombros completamente desesperado. La perspectiva de sacar a mis hermanos de la vida de mierda que llevábamos colgaba delante de mí como una pepita de oro. Vale que no conocía a esa gente, y ni siquiera estaba seguro de confiar en ellos, pero en ese momento, tal y como estábamos, podían ofrecerles a los niños mucho más que mamá—. Ellos se merecen una vida

mejor que la que les ha tocado. —Tragué saliva con fuerza y me obligué a decir—: Se merecen tener padres.

—Por lo que sé, siempre han tenido uno —contestó John echándome una elocuente mirada—. Has sido un padre increíble, Joey Lynch.

—Pero no lo soy —dije con voz entrecortada—. No soy su padre, y estoy hasta los huevos de tener que serlo. —Ahí estaba. Admitido en voz alta. Creo que por primera vez en mi vida—. No puedo seguir haciéndolo —continué confesando, demasiado exhausto y mentalmente jodido como para ocultarlo—. No puedo seguir criándolos en ese entorno. Si alguien no los saca de esa casa, acabarán muertos o, peor aún, se convertirán en mí.

—¿Cuando dices muertos...?

—Me refiero a muertos —confirmé sintiéndome extrañamente liberado al tener por fin a unos adultos que escuchaban mis preocupaciones y me tomaban en serio—. Nuestro padre aún no ha acabado con nosotros y nuestra madre no es lo bastante estable como para protegernos. Si se quedan en esa casa, están jodidos, y no quiero eso para ellos. Así que... Joder, no me creo que esté diciendo esto, pero, si decís en serio lo de acoger a Shannon y a los chicos, yo no me voy a oponer. —Hice una pequeña pausa para aclarar las ideas y luego les advertí—: Pero Darren sí.

—Ah, sí —suspiró John tamborileando con los dedos sobre la isla de mármol—. Darren.

—No estará aquí a largo plazo —dije tras decidir echarles un cable—. No fue capaz de quedarse años atrás, así que menos aún va a hacerlo ahora que ha probado la libertad. Pero es el niño mimado de nuestra madre y su palabra vale oro. Los dos son uña y carne, así que aceptará tu oferta para conservar su puesto como la mano derecha de mamá.

Cruzándome de brazos, los miré con severidad tratando de tomarles las medidas antes de ofrecer mi opinión.

—Yo creo que los más pequeños están pidiendo un cambio a gritos. Les apetece estar en esa casa con nuestra madre

igual de poco que a mí. El problema es que nunca se les ha propuesto una alternativa más segura. —«Hasta ahora»—. Los cuatro se replegarán como una baraja —agregué—. Si les dicen que pueden hacerlo.

—Alguien a quien admiren —acabó de atar cabos John—. Alguien en quien confíen. Alguien como tú.

—Me pides que me la juegue por ti y por tu mujer. Me pides que haga algo que hasta ahora no había sido capaz de hacer. Algo que estaba programado para no hacer nunca. —Volví al taburete que había abandonado, me hundí de nuevo en él y dejé caer la cabeza entre las manos con los codos apoyados sobre la encimera de mármol mientras luchaba contra mis miedos e intentaba hacer lo correcto. Lo correcto de verdad. No la versión inventada que me habían inculcado desde la infancia—. Quiero ayudar.

—¿Sí?

Con la voz de mi hermano gritando «¡No, no, no!» en la cabeza, me obligué a asentir y apreté los dientes.

«Hazlo por ellos».

«Puedes salvarlos».

«Sácalos de ahí».

«Confía en esta gente».

—Os voy a apoyar. Os respaldaré con los trabajadores sociales. Seré sincero en mi declaración a las autoridades. Pondré al descubierto todas las mierdas de mis padres y los expondré como los desgraciados negligentes que son, si eso implica que esos niños no acaben como yo, pero si me jodéis... Si les hacéis daño... —Lanzando una temblorosa exhalación, dirigí la mirada hacia John Kavanagh—. Si alguna vez se te ocurre ponerles las manos encima a mis hermanos, me da igual el dinero que tengas o los costosos títulos de abogado que cuelguen de las paredes de tu despacho. Iré a por ti y no va a poder salvarte ni el mismísimo Jesucristo.

—No esperarías menos de ti —contestó John con tranquilidad sin tomarse a pecho la amenaza—. No voy a

prometerte nada, porque está claro que eres un hombre de acción.

Asentí, agradecido por el hecho de que no intentara mentirme o engatusarme con promesas vacías.

El estridente sonido de un teléfono móvil llegó a nuestros oídos y John se puso en pie al instante.

—Debe de ser del instituto —concluyó dirigiéndose hacia el pasillo—. Por favor, disculpadme.

—¿Cuándo fue? —preguntó Edel mientras su marido salió de la estancia.

—¿El qué?

—¿Cuándo te abandonaste?

—El día en que nací.

Sus ojos se llenaron de tristeza.

—¿Y las drogas?

Me puse rígido.

—No estoy ciega, cariño —dijo con tono gentil inclinando la cabeza hacia mis mangas, que me había subido hasta los codos—. Yo tampoco vengo de un hogar seguro, así que reconozco las señales cuando las veo.

Avergonzado, me bajé las mangas y clavé la mirada en la encimera.

—¿Cuándo fue la última vez que te chutaste?

Me quedé callado; sabía que no había respuesta adecuada para esa pregunta.

—¿Un día? ¿Dos como mucho? —Su voz sonaba amable y comprensiva cuando preguntó—: ¿Te pica tanto la piel que te gustaría arrancártela? ¿El frío te ha calado tan hondo que sientes que nunca volverás a entrar en calor? ¿Y los sudores fríos y las náuseas? ¿Has llegado al punto en el que preferirías morir a seguir como estás?

—Lo tengo controlado.

—¿Sí? —suspiró pesadamente—. ¿O es a ti a quien tiene controlado?

—No me conoces.

—¿Cómo empezó, cariño? ¿Con cannabis? ¿Con fármacos

prescritos por el médico? ¿Con benzos? ¿Con drogas estimulantes? ¿Hum? ¿Cuánto tiempo fue eso suficiente hasta que te pasaste a algo más fuerte como la coca o el fentanilo? ¿Cuándo saltaste al vacío?

—¿A ti qué cojones te importa? —le solté sintiendo cómo se me erizaba el vello mientras trataba de defender lo inexcusable—. No le hago daño a nadie.

—Joey, cariño, tú también te mereces una vida mejor —insistió—. Todo lo que quiero para Shannon y tus hermanos también lo quiero para ti.

—Yo tengo dieciocho años.

—Cariño, por mí como si tuvieras veinte —dijo—. Seguiríamos queriendo lo mismo para ti.

—Bueno, pues yo no quiero eso para mí —contrapuse—. No quiero que me cuiden como una madre y no necesito una figura paterna. Ya soy demasiado mayor para esas mierdas.

—Nunca somos demasiado mayores para que nos quieran, Joey.

—Mi infancia se acabó hace mucho.

—No tiene por qué ser así.

—Es demasiado tarde para mí.

—Nunca es demasiado tarde, Joey.

—Aoife está embarazada —decidí soltar, ya sin nada que perder—. Yo mismo voy a ser padre dentro de unos tres meses y medio, así que gracias por la oferta, pero la única familia de la que me interesa formar parte es la que he creado con ella.

—¿Embarazada? —Los ojos de Edel se abrieron como platos—. No haces las cosas a medias, ¿eh, Joey, cariño?

Mi respuesta fue encogerme de hombros, porque, la verdad, ¿qué otra puta cosa podía hacer?

—¿Y dónde encaja ese pequeño hábito que tienes con tu novia y el bebé?

—Está claro que no encaja —le espeté, molesto porque había dado en el clavo—. Lo arreglaré.

—Mírate —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Mira qué elocuente eres. Qué listo. Qué valiente. —Sonrió tristemente—. Sabes que esto se te queda grande, cariño. —Se inclinó sobre la encimera y cubrió mi mano con la suya—. Deja que te ayude.

—No. —Con la mandíbula apretada, negué con la cabeza—. No necesito tu ayuda.

—Joey, cariño...

—No —repetí apartando de golpe la mano—. No me hables de eso, ¿de acuerdo? Para mí es un puto límite que no debes sobrepasar.

—Porque sabes que es un problema, cariño.

—Porque no es de tu incumbencia —le respondí—. No es cosa tuya, ¿vale? Así que déjalo estar.

—Pero es importante, Joey, y tú también eres importante.

—Te equivocas —le solté esperando que esa mujer me dejara en paz—. Así que olvídalos.

—Has recorrido un camino muy largo, cariño. Quizá ha llegado el momento de que descanses esos pies y permitas que alguien lleve la carga. —Me imploraba que la escuchara con la mirada—. Déjame que te ayude. Déjame que te salve, Joey.

—No puedes. —¿Qué parte de eso no entendía?—. No hay nada que salvar, Edel, así que para ya.

Cuando su hijo entró en la cocina un momento después, podría haber besado el puto suelo que pisaba.

—Ah, cariño, ya estás en casa. —Poniéndose en pie como un resorte, Edel se fue enseguida hacia su hijo, por fortuna llevándose con ella los abrazos y los arrumacos—. ¿Cómo ha ido el entrenamiento?

—Genial —contestó Kavanagh aceptando el beso que su madre le dio en la mejilla—. ¿Qué pasa?

—¿Tienes hambre, Johnny? He hecho carne asada con salsa a la pimienta.

—Joder. —Sentándose en el taburete que su padre había dejado vacío, lanzó un silbido y señaló mi cara—. Cormac te

ha dejado fino.

«No, el padre del exnovio de mi novia me ha dejado fino».

—Ya, y yo te he dejado fino a ti —opté por decir sintiéndome como una mierda por haberle cascado—. Perdona —ofrecí encogiéndome de hombros—. No me comunico muy bien.

«El eufemismo del siglo».

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Estoy con la mierda un poco al cuello —sentencié—. Eso es lo que va a pasar.

—Ya, de eso me he dado cuenta —repuso con serenidad, de forma inquietantemente parecida a como lo había hecho su padre hacía un momento—. ¿Te van a acusar de algo?

—No lo van a acusar de nada —contestó su madre por mí mientras le revolvía el pelo—. Tu padre se ha asegurado de eso.

Kavanagh levantó las cejas.

—¿Te has librado?

—Eso parece. —Volví a encoger los hombros—. Según tus padres.

—¿Dónde está tu madre? —Madre de Dios, era tan charlatán como su progenitora—. ¿Fue a sacarte de comisaría?

Sí, igual.

—Está trabajando —dije impertérrito, consciente de que un tío con unos padres como los suyos en la vida sería capaz de entender mi situación. Podía intentarlo. Podía empatizar. Podía escuchar todas las desgracias de mi hermana. Pero no podía pillarlo de verdad. Nadie podía. A menos que hubieran pasado por lo mismo—. No he podido hablar con ella por teléfono.

—Era el director Twomey —anunció John volviendo a la cocina con el teléfono en la mano—. El consejo escolar ha celebrado una reunión de emergencia esta noche.

—¿Y?

—Y Bella no va a volver al Tommen para acabar el año

escolar.

—Gracias a Dios —murmuré agradecido de que por lo menos hubiera salido algo bueno de un día tan poco productivo. Una de las chicas que le hacían *bullying* a mi hermana se había ido. Para siempre. Pensé que solo por eso ya merecía la pena. Saber que Shannon iba a tener una acosadora menos le daba sentido a todo aquel calvario.

—Se le permitirá hacer los exámenes de acceso a la universidad en uno de los colegios locales, pero ya no será bienvenida en el Tommen. Han vaciado su taquilla, le han confiscado el teléfono y han borrado todas las fotos que le hizo a Shannon —siguió detallando John con esa voz que ponía de abogado que no estaba para tonterías—. A Natasha O’Sullivan y a Kelly Dunne las han expulsado dos semanas por su participación en el suceso. Sin embargo, debido a las declaraciones de Shannon, el consejo ha decidido que ambas chicas pueden volver al Tommen tras el periodo de expulsión y se les permitirá hacer allí los exámenes.

—Vaya mierda —dijimos los dos al unísono.

—Escoged vuestras batallas, chicos. Es un buen resultado. —John aceptó la taza de café que le ofrecía su mujer y le dio un beso antes de volver a centrarse en nosotros—. Sacad las emociones de la ecuación y tomaos el resultado por lo que es: una victoria.

—¿Y Cormac? —insistió Johnny—. ¿Cómo has hecho para que se haga a un lado? Estaba empeñado en presentar cargos.

—Siendo muy persuasivo.

—Joder, no veas. —Echándose hacia atrás en la silla, lanzó otro silbido—. Recuérdame que nunca te lleve la contraria.

—No todo son buenas noticias. Te han expulsado de la Comunidad del Ballylaggin —añadió John centrando de nuevo su atención en mí—. Al parecer, ya te habían dado un último aviso, después de siete expulsiones solo este año y muchas más desde la primera semana del primer curso. —

Un destello de culpabilidad brilló en sus ojos azules cuando dijo—: He hecho lo que he podido, Joey, pero no dan su brazo a torcer. Cometer un acto de violencia contra otro instituto llevando puesto el uniforme del Ballylaggin va contra las normas y está castigado con la expulsión inmediata.

—No pasa nada —contesté demasiado atontado como para que me importara. Nyhan y Lane llevaban años como locos por sacarme del Ballylaggin. Por fin tenían una excusa. Quería sentir algo al respecto, pero... no era así.

—¿Que no pasa nada? —Kavanagh me miró como si tuviera tres cabezas—. Pero se supone que el mes que viene tienes que hacer los exámenes de acceso a la universidad.

—No importa.

—Claro que sí —sostuvo con un tono demasiado apasionado para estar hablando de un tío a cuyo futuro eso no le afectaba—. Joder, cómo no va a importar.

—Tampoco es que tuviera pensado irme a ningún sitio, así que me da igual —contesté; y era mayoritariamente cierto.

No tenía pensado ir a la universidad. No tenía pensado irme de Ballylaggin. No podía, así que ¿por qué iba a preocuparme por eso?

—Me cago en la leche, Joey. Esto es importante —razonó el novio de mi hermana. Girándose hacia su padre, preguntó —: ¿No puedes hacer nada para ayudarlo?

—Tengo las manos atadas, hijo. Joey tiene un historial de violencia que hace que Gibsie parezca un santo. —John suspiró profundamente—. No están dispuestos a negociar que vuelva al instituto, ni siquiera para hacer los exámenes.

Pues claro que no.

Esos cabrones han querido que me fuera desde primero.

—¿Y el Tommen, cariño?

—El Tommen es privado, cielo.

—¿Otro instituto público entonces? —sugirió su hijo pasándose una mano por el pelo con evidente frustración, algo que me sorprendió porque ¿a él qué coño le

importaba?

—No hay ninguno más por la zona —señaló John con objetividad—. Público, al menos.

Eso quería decir que la única manera de pisar un instituto para hacer esos exámenes era disponer de la pasta necesaria para que un soborno me abriera las puertas.

—¿Y en la ciudad? —propuso Kavanagh, siempre optimista.

—Ningún instituto querrá tocarme ni con un palo de tres metros —lo interrumpí casi dando por concluida la conversación. Yo no era un proyecto con el que entretenerse. No hacía falta que solucionara mis problemas. Con que tratara bien a mi hermana, todo iría de perlas—. Tu padre tiene razón, Kavanagh. Tengo un historial espantoso. Nadie va a quererme, y tampoco es que importe, porque a mí me da igual. Así que no gastes saliva hablando del tema.

—Dios... —Profundamente desanimado, respiró hondo y dejó caer los hombros—. Qué desastre.

Sí, todo se estaba volviendo demasiado amigable para mí. Demasiado familiar para mi gusto.

—¿Puedo usar el baño? —pregunté poniéndome de pie—. Por favor.

—Claro, Joey —contestó Edel haciendo un gesto para que me fuera—. No hace falta que preguntes, cariño.

—Gracias. —Me sentí un poco gilipollas por hacer lo que estaba a punto de hacer, pero sabía que no podía aguantar ni un minuto más allí, así que me detuve en el marco de la puerta de la cocina y añadí—: Por todo.

—De nada, Joey —respondió John detrás de mí—. Recuerda lo que hemos hablado —agregó en tono serio—. La oferta sigue sobre la mesa y no tiene fecha de caducidad.

—Ya. —Asentí con rigidez—. Me lo pensaré.

Y entonces salí cagando leches de allí.

NO TARDO NADA

Aoife

—Ay, gracias a Dios —musité cuando el nombre de Joey parpadeó en la pantalla de mi teléfono poco después de las nueve de esa misma noche—. ¿Joe? —Temblando, me llevé el teléfono a la oreja y ahugué un sollozo—. ¿Cómo estás?

—Molloy. —Al oír su voz al otro lado de la línea, me desplomé sobre la cama con el cuerpo inundado de gratitud—. ¿Te encuentras bien? ¿Conseguiste que te examinaran en el hospital? ¿Te hicieron la ecografía? ¿Está a salvo el bebé?

—Sí, y todo va bien —le dije con el corazón latíendome con fuerza en el pecho—. No hay ningún problema, Joe. Nuestro bebé está sano como un roble.

—Dios... —Lo oí lanzar un enorme suspiro de alivio—. Menos mal, joder.

—Joe, ¿dónde narices estás?

—Voy de camino a tu casa —repuso—. Igual tardo un poco. —Me llegó el ruido del tráfico, que avanzaba a toda velocidad—. Estoy volviendo a la ciudad desde la casa de Kavanagh.

—¿Johnny Kavanagh? —Confundida, fruncí el ceño—. ¿Qué hacías allí? ¿Qué ha pasado con la Gardaí?

—La verdad es que es una larga historia, reina —contestó—. Te lo explicaré todo cuando llegue.

—Iré a buscarte —me apresuré a decir buscando las llaves por mi cuarto—. Quédate ahí y conduciré hasta...

—No, nena, espérame en casa —me dijo—. Estoy a veinte minutos como mucho. Tú relájate y descansa, ¿vale? No tardo nada.

—Joe. —Sospeché de inmediato y dije—: Dime que no lo

has hecho.

—No lo he hecho.

—Júramelo.

—No lo he hecho, te lo juro.

Hundí los hombros aliviada; sentía cierto recelo, pero necesitaba creerlo.

—Ven aquí directamente, ¿vale? No te desvíes. —«No la cagues»—. Te estaré esperando.

—Te quiero, Molloy.

—Yo también te quiero

—Te veo en veinte minutos.

DE TAL PALO, TAL ASTILLA

Joey

Después de hacer un poco de autostop aquí y allá y luego acabar corriendo durante el resto del trayecto hasta la ciudad, me encontraba doblando la esquina de la calle de mi novia en Rosewood Estate cuando vi una lúgubre figura saliendo de un callejón.

Sobresaltado, porque es que no me jodas, me tambaleé hacia un lado y fui a dar contra una hilera de contenedores, dejando que se me cayera el móvil.

—¿Qué mierda haces, tío? —gruñí cabreado e inquieto mientras me agachaba para recuperar el aparato, que se me escapó por un segundo—. Me debes un puto teléfono, imbécil —mascullé observando consternado cómo el mío se caía entre los listones metálicos de una alcantarilla.

—Me imaginé que te encontraría rondando por estos lares. —El reconocible tono de su voz hizo que todos los músculos de mi cuerpo se tensaran con pavor—. Calma, chaval, solo quiero hablar contigo.

Presa del pánico y fuera de mí, me puse en pie rápidamente, preparado para los problemas. «Y el dolor».

—¿Qué cojones quieres?

—Hablar —contestó mi padre arrastrando las palabras, con una mano alzada y la otra agarrada a una botella de su veneno preferido. «Whisky»—. Solo quiero hablar, chaval. Eso es todo.

—No tenemos nada de qué hablar —sentencié dando un paso hacia atrás para alejarme de él por seguridad y luego odiándome a mí mismo por haberlo hecho.

Joder, ese hombre me ponía los pelos de punta. El familiar olor de ese exclusivo alcohol en particular me revolvía el

estómago. Hacía tanto que no lo veía que casi había olvidado el terror que podía evocar en mí.

«Casi».

—No voy a hablar contigo —le advertí alzando una mano cuando trató de acercarse.

—¿Has leído mi carta?

—A la mierda tu carta —le solté recordando vagamente el puto rollo de mierda que había escrito en un papel para hacernos sentir lástima por él. Pero, claro, buena parte de los últimos meses no eran más que un borrón en mi cabeza—. Y a la mierda tú.

—Tienes que hacer una cosa por mí —dijo situándose de forma que mi cuerpo quedaba acorralado en la entrada del callejón y el suyo me bloqueaba la salida—. Tienes que hablar con tu madre. Ella te escucha. Me dejará volver si hablas con ella.

—¿Dejarte volver? —Me reí sin ganas—. ¿Estás mal de la puta cabeza? No vas a volver, viejo. Casi matas a tu propia hija. Vas a ir a la cárcel, gilipollas, no a casa con tu mujer.

—No voy a ir a la cárcel, chaval —contestó tan seguro de sí mismo que me dio mala espina—. Pero tú irás al infierno si no me ayudas con esto.

—Pues allí nos vemos —le espeté determinado a no doblegarme ante ese gilipollas, por mucho que me pusiera de los nervios.

Por extraño que parezca, su maltrato me resultaba familiar. A diferencia de lo que ocurría con mi madre, con él sabía a lo que atenerme. Eso me daba una especie de consuelo enfermizo frente al miedo. Sabía que no tenía sentido, pero así me sentía... las pocas veces que cometía un desliz y me permitía sentir algo.

Su crueldad era como estar en casa. No conocía nada más. Soportaba sus ataques porque los veía venir. Con mamá nunca se sabía...

Joder, me sentía como un puto loco. Con los pelos de la nuca erizados, observé cómo me miraba. Sus ojos fríos y

muertos estaban clavados en los míos, provocándome un escalofrío que me hizo estremecer de arriba abajo.

—Te crees que lo sabes todo, chaval —dijo dando un amenazante paso hacia mí—. Te crees más listo que yo, pero ya verás. En cuanto esa novieta buenorra tuya tenga a la criatura, vas a ver. Entenderás lo que es sentirse atrapado.

—No hables de ella, joder —le advertí con el vello cada vez más de punta—. Lo digo en serio.

—Vas a saber lo que se siente —continuó provocándome mientras se acercaba un paso más—. Por fin entenderás lo que se siente siendo yo.

—Nunca voy a ser como tú —le solté retrocediendo un poco—. ¡Antes me corto las putas venas!

—¡Ya eres como yo! —rugió acaloradamente—. Siempre lo has sido, chaval. Mírate —insistió acercándose a mí y poniéndome su fornida mano sobre el hombro—. No puedes dejarla, igual que yo no puedo dejar a tu madre. ¿No te parece prueba suficiente?

Me quedé helado. Sus palabras me sacudieron por dentro. Porque estaba diciendo en voz alta mis miedos más profundos. Peor aún, estaba diciendo la verdad. Porque era verdad. No podía dejar en paz a Molloy.

El parecido era asombroso e hizo que mi mente entrara en espiral.

—No es lo mismo —repliqué sofocado sintiendo que mi cuerpo se arqueaba a causa de la presión mientras me alejaba de él, mientras me ahogaba en la comparación—. Yo a ella nunca la lastimaría como tú has lastimado a mamá.

—Eso pensaba yo —repuso—. Yo también solía pensar que nunca iba a lastimar a tu madre como mi viejo lo hizo con la mía. Lo creas o no, la he querido toda la vida. Recuerdo cómo era al principio. Lo especiales que nos sentíamos. Lo mucho que la adoraba. Me juré a mí mismo que nunca iba a repetir los errores de mi padre. —Soltó una mordaz carcajada—. Y mírame ahora, chaval.

—Mi madre era una adolescente vulnerable, y tú te aprovechaste —afirmé temblando—. ¡Eres un puto monstruo!

—¿Crees que nací así, chaval? —preguntó dándole otro trago a la botella—. Soy un producto de cómo me han criado. Igual que tú.

—No soy como tú —concluí—. Me niego.

—No puedes evitarlo, Joey —contestó usando mi nombre para conseguir un mayor efecto. Funcionó. Me hizo temblar—. No puedes ir contra tu naturaleza. —Le dio otro trago al whisky—. La única manera de cambiar el final de la historia es alejarte de esa chica y de su criatura, y ambos sabemos que nunca lo harás. —Movi6 la cabeza hacia los lados en se6al de derrota—. Bien sabe Dios que yo no fui capaz.

CONTENIENDO LA RESPIRACIÓN

Aoife

Cuando pasaron los veinte minutos y Joey no había dado señales de vida, no entré demasiado en pánico, porque decidí concederle el beneficio de la duda. Al fin y al cabo, no era Superman. El chico corría como un galgo, pero no podía volar hasta ahí. Sin embargo, cuando los veinte minutos se convirtieron en treinta, y luego en cuarenta, y en cincuenta, empecé a ir de un lado a otro de mi cuarto con la ansiedad por las nubes.

Si lo llamaba por teléfono, me salía directamente el buzón de voz.

Pasó una hora. Y luego otra.

Algo iba mal.

Tenía una corazonada.

En mi frenético intento de contactar con mi novio, bombardeé a su hermana con mensajes de texto, desesperada por saber si se había puesto en contacto con alguien de su familia. Porque tenía un mal presentimiento.

Conocía a Joey, joder, lo conocía como la palma de mi mano, y, aunque sin duda tenía un grave problema con las drogas, sabía que no habría llamado para decir que iba a venir si no pensaba hacerlo. Si Joe quería colocarse, lo hacía y luego aparecía. Era de esos chicos que preferían pedir perdón antes que pedir permiso. La única vez que pasó así de mí en toda la relación fue la noche en que su padre pegó a Tadhg, lo que me llevó a pensar que debía de haberle pasado algo realmente malo.

Conteniendo la respiración, cogí el móvil y envié otro desesperado mensaje a su hermana.

Aoife: ¿Ha dado señales de vida?

Shannon: Todavía no. Mamá está abajo con Darren.
Los oigo discutir sobre Joe.

Aoife: Sin ofender, pero Darren es un imbécil.

Shannon: Estoy de acuerdo. Hablan de Joe como si no hubiera sido él quien ha
mantenido unida a esta familia durante los últimos seis años.
Me pone enferma.

Aoife: Shan, por favor, en cuanto lo veas, escíbeme. Necesito saber que está bien.

Shannon: Lo haré.

Aoife: Lo digo en serio, ¿vale?
Por favor, escíbeme...

Shannon: Te lo prometo. X

PEQUEÑAS ADVERTENCIAS

Joey

Mi padre había vuelto a sacarme de mis casillas, pero esa vez había sido distinto. Porque esa vez me parecía que sus palabras tenían lógica. Habían atravesado los muros que yo había construido para que no entrara nada. Porque por fin había entendido lo que quería decir.

Si al principio se hubiera alejado de mamá, todo habría sido muy diferente. Joder, ni siquiera al principio. Si se hubiera ido tras la violación de Darren, cuando solo estábamos nosotros tres y mamá, tal vez nos hubiera ido bien. Tal vez hubiésemos podido recoger los pedazos y construir con ellos algo parecido a una vida para todos.

Pero no se fue, y las repercusiones de su presencia habían enviado ondas sísmicas a muchas vidas. Peor aún: esas repercusiones nos habían destrozado.

¿Me pasaría lo mismo?

¿Se mostraría resentido conmigo algún día el bebé que crecía en el vientre de Molloy por no haber sido lo suficientemente hombre como para alejarme y darle la oportunidad de llevar una buena vida? ¿Iba a tener un hijo que me odiara tanto como odiaba yo a mi viejo? ¿Estaría resentido con su madre como lo estaba yo con la mía? ¿Caería en el mismo patrón de adicciones que yo? ¿Estaba yo destinado a repetir el círculo y a producir más hijos que perpetuaran ese gen de mierda?

Dios, apenas podía respirar tan solo de pensarlo. Esos eran los motivos por los que no podía hacerlo. No podía ir con ella. Al menos esa noche.

Abatido y profundamente desmoralizado, y con las palabras de mi padre todavía frescas en la mente, volví al

único lugar en el que de algún modo sentía algún tipo de control sobre mi vida.

—Dicen por ahí que hoy los maderos han tenido que sacar tu culo de ese instituto de pijos —dijo Shane cuando entré en el comedor de su mugrienta casa y me dejé caer sobre el sofá—. ¿Te has estado peleando con los niños ricos, Lynchy? No es una decisión inteligente.

—Ya —musité echando la cabeza hacia atrás para apoyarla sobre el respaldo—. Supongo que tienes razón.

—He oído que te has agenciado un abogado de primera para que te retiraran los cargos. —Exhalando una nube humo, se giró y me miró con dureza—. Y también he oído que le has cantado todo. Que el juez lloraba como una zorrita con la triste historia de tu vida.

Me puse rígido al notar el deje amenazante de su voz.

—Cálmate, no he dicho una mierda —gruñí mirándolo con cara de «por quién me tomas»—. No soy ninguna rata soplona, Shane.

—Más te vale, chaval —respondió con frialdad—. Porque ya sabes lo que les pasa a las ratas. —Entornó los ojos—. Acaban envenenadas. Igual que el resto de los miembros de su familia de ratas.

—Estoy aquí, ¿no? —espeté tratando de no estremecerme mientras me metía la mano en el bolsillo de delante de los pantalones del uniforme escolar y sacaba lo que quedaba de mi sueldo—. Dame algo de oxi y unas benzos para pasar la noche.

Se detuvo mirando el dinero que tenía en la mano durante un buen rato antes de lanzar una exhalación y cogerlo.

—No sé qué tienes en la cabeza, chaval, pero, si vas por ahí con abogados, no eres amigo mío. Si estás pensando en bajarte del barco, ya te puedes ir olvidando, porque estás tan metido en esto como yo. No se sale de este mundo, Lynch.

—No voy por ahí con nadie —solté observando cómo sacaba la familiar lata de debajo del sofá—. Solo intento

salir adelante.

—Mientras tu versión de salir adelante no implique dar nombres o vender a tus viejos amigos, todo en orden —replicó pasándome una bolsita de pastillas—. Pero, en cuanto siquiera se te pase por la cabeza largar, date por acabado, chaval. Iré a por ti con más fuerza de la que tu padre haya usado nunca. Recuérdalo.

Cuando logré volver a casa, parecía como si todos los muros de mi mundo se estuvieran cerrando sobre mí y la presión me asfixiaba.

Mamá.

Papá.

Darren.

Molloy.

Shane.

El bebé.

Los Kavanagh.

Los niños.

Las matonas que acosaban a Shannon.

Joder, no podía respirar.

Con el cuerpo hecho añicos y la mente aturdida, me costó sacar la llave de la puerta principal cuando Shannon vino corriendo hacia mí como un rayo.

—¡Has vuelto! —Me abrazó mientras su cuerpecito no dejaba de temblar—. Gracias a Dios.

Estaba cansado. Joder, estaba tan agotado que los brazos de mi hermana parecían rocas de hormigón que me empujaban con su peso hacia lo más profundo de la oscuridad.

—No pasa nada, Shan. Todo va bien —dije para calmarla, porque no había drogas ni abismos de abatimiento que pudieran acabar con el amor que sentía por esa chiquilla.

Aunque ya no era una chiquilla.

Era una mujer joven, y eso me dio esperanzas.

Esperanzas de que sobreviviera a lo que yo no pude.

A lo que yo hice mal.

Había una familia esperando para acogerla.

Para acogerlos a todos.

Porque había algo en mi interior, en las partes que aún funcionaban, que me aseguraba que podía confiar en los Kavanagh. Eran las mismas partes de mí que se habían aferrado con fuerza a Aoife Molloy. Aunque fuera lo único que hiciese en este mundo, iba a conseguirlo. Conseguiría sacar a esos niños del puto agujero en el que vivíamos, joder.

—¡Espera! —Shannon me agarró del brazo cuando intenté pasar a su lado y tiró de mí para tenerme delante—. Mírame.

Sin nada que ofrecer ni que perder, hice lo que me pidió.

—Joe. —Cogió aire con fuerza—. ¿Por qué?

—Déjame en paz, Shan —contesté demasiado jodido como para enfrentarme a nadie más, mucho menos a ella. Sabía por qué estaba enfadada, pero ya no podía seguir ocultándolo—. Estoy bien.

—¡Joey! —gritó mamá cuando entré en la cocina con mi hermana pisándome los talones—. Ay, gracias a Dios.

¿Gracias a Dios?

«Pues sí, joder».

—Mamá, ¿te encuentras bien?

—¿Qué te pasa? —preguntó Darren acercándose a toda prisa hacia mí—. ¿Por qué tiemblas? —Cuando puso sus manos sobre mí, tocándome e inspeccionándome la cara, tuve que tirar de todo el autocontrol que había en mi cuerpo para no reaccionar—. ¡Joey, por el amor de Dios! —bramó en cuanto llegó a la misma conclusión que Shannon antes de darme un empujón para que saliera de su vista—. ¿Qué cojones te pasa?

«De todo». Me entraron ganas de reírme. «De todo, puto gilipollas».

—¿Qué pasa? —dijo mamá.

De nuevo, tenía muchísimas ganas de ponerme a reír como un poseso.

Como si a ella le importara.

—¿Que qué pasa? —exclamó Darren—. ¡Pues que tu hijo ha vuelto a tomar drogas!

—¿Es eso cierto, Joey?

Aguantándome las ganas de partirme de risa en sus putas caras, me hice un sándwich y cogí un refresco de la nevera.

—No he vuelto a tomar drogas.

—Claro, porque nunca las has dejado, ¿no?

«Que te jodan, niñito de mamá».

—Estáis exagerando.

—Estás colocado. —Darren entrecerró los ojos—. Otra vez.

«Venga, que empiece la puta fiesta».

—Y tú estás gilipollas —espeté—. Otra vez.

—¿Qué estás haciendo, Joey? —Mamá decidió dar su opinión—. ¿Por qué te vuelves a meter eso en el cuerpo?

¿Me encontraba en una dimensión paralela? ¿En qué momento supuso que había dejado de hacerlo? Ella sabía cómo iba la cosa. Joder, vaya si lo sabía. Todo ese percal era un espectáculo montado en beneficio de Darren.

—Mira quién habla —me reí—. La que se ahoga en Prozac y Valium.

—Me los prescribe un médico. No los macarras del barrio.

—Vale, mamá. —Entorné los ojos y le di un bocado al sándwich—. Lo que tú digas.

—¿Es Shane Holland? —me preguntó—. ¿Vuelve a andar husmeando por ahí?

—Madre de Dios, ¿a ti qué te importa? —le solté ya cansado del puto interrogatorio—. ¡Dejadme todos en paz, hostia!

—No, yo no voy a dejarte en paz —intervino el mismísimo niñito de mamá—. Has vuelto a tomar drogas, te han expulsado del instituto, estás fuera del equipo de hurling y estás... —Se detuvo justo antes de decir «a punto de ser padre». Sabía que lo tenía en la punta de la lengua—. ¡Te

estás jodiendo la vida!

—¡Pero si no tengo vida! —rugí perdiendo la bendita paciencia con él—. ¡Nunca la he tenido!

—Bueno, con vida o sin ella, si sigues así, acabarás convirtiéndote en él. Acabarás convirtiéndote en lo que más odias.

—¡Cállate, Darren! —me defendió Shannon al instante mientras venía a toda prisa hacia mí—. Joey, chisss, chisss, no pasa nada. No le escuches, ¿vale? No es verdad. Te pondrás bien.

—Deja de decir eso, Shannon, joder. ¿Cómo que no pasa nada? ¡Claro que pasa! —mascullé sintiendo que daba un paso en falso. Que la máscara que llevaba para proteger mis sentimientos se caía—. ¿Sabes? Me pasé horas en esa celda, pensando por qué me había pasado eso a mí. Por qué había acabado siendo como soy. Mentalmente destrozado. Y luego te llamé. —Se me quebró la voz y me obligué a señalar hacia mi madre—. Te llamé para que vinieras a ayudarme y no cogiste el teléfono. Y entonces lo supe. —Sorbiéndome la nariz, levanté las manos con sensación de desamparo y soledad—. Me dije a mí mismo: «Por eso». Por eso me convertí en lo que soy. —Entornando los ojos hacia la mujer que me había dado la vida, le solté—: ¡Porque tú me destrozaste!

—Eso no es verdad —dijo mamá entre sollozos negando con la cabeza—. Retíralo.

Era verdad. Era la mayor verdad que había salido de mi boca, joder.

—Me jodiste la cabeza mucho más que él. Él usaba los puños, pero tú... Tú me desquiciaste —admití ya sin poder parar mientras el dolor y el veneno brotaban de mis labios—. Me destruiste mentalmente. —Me golpeé la parte baja de la mano contra la sien, desesperado por recalcarle a esa mujer el tremendo daño que me había hecho—. Ya no funciono bien, ¡y es porque tengo tu voz metida en la cabeza! ¡Lo único que oigo son tus llantos y tus súplicas

para que te ayude!

—Joey...

—Cada vez que cierro los ojos, ahí estás. Dentro de mi cabeza. Llorando para que vaya. Rogándome. Gritando «¡Sálvame, Joey, sálvame!».

—Joey, para...

—Pero nunca pude salvarte, mamá —gimoteé odiándome por ser tan débil mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas. Odiándome por seguir queriéndola—. ¡No pude salvarte porque no querías que lo hiciera! ¡Querías que él siguiera aquí! Querías que pasara todo esto...

Mi madre me cruzó la cara con tanta fuerza que por un momento perdí el hilo.

—No te atrevas a culparme —soltó clavándome un dedo en el pecho—. ¡He hecho todo lo que he podido por ti y por tus hermanos y hermana!

—Has hecho todo lo que has podido por él —contraataqué. «Por ellos»—. A mí no puedes mentirme, ¿te acuerdas? Te tengo calada.

Mi madre me volvió a pegar.

Con más fuerza.

La suficiente para girarme la cara.

—Mamá. —Darren fue el primero en reaccionar y se puso entre nosotros—. ¿Qué haces? ¡No le pegues!

Y, sí, la bofetada dolía, pero mucho menos que la verdad que yo le había soltado.

—¿Y soy yo el que me estoy convirtiendo en él? —dije mirándolos a los dos.

A la mierda.

¿Para qué?

—No pienso seguir viviendo así.

Ya tenía suficiente.

No podía soportarlo ni un segundo más.

Y en ese instante tomé la decisión.

—¡Se acabó!

Me dirigí hacia las escaleras, subí corriendo a mi cuarto y

empecé a meter prendas al azar en la bolsa de deporte. ¿Por qué? No tenía ni puta idea. Tampoco es que fuera a necesitarlas en el sitio adonde iba.

—Joey, detente... ¡Espera! ¡Espera!

Aun así, al hacerlo me sentí liberado de una manera enfermiza. Estaba recogiendo mis cosas por última vez. Iba a salir de esa casa sabiendo que nunca tendría que volver.

—¿Qué haces? —oí preguntar a Shannon desde la puerta de mi habitación.

—No puedo seguir aquí. —Consciente de que mirarla me mataría, mantuve la cabeza agachada mientras preparaba la bolsa—. Lo siento. —«Vas a estar bien. Me aseguraré de ello»—. Pero, si me quedo en esta casa, voy a estallar.

—¿Te refieres a esta noche? Irás a casa de Aoife y mañana volverás, ¿verdad?

No.

No iba a ir a casa de Aoife.

Ni tampoco iba a volver.

—Joey, por favor.

—¡Lo siento! —Me odiaba a mí mismo porque sabía lo mucho que iba a afectarle mi decisión, pero no tenía otra salida, así que cerré la cremallera de la bolsa y me la colgué al hombro—. Lo he intentado, pero no puedo hacerlo.

—Joey, por favor... —sollozó colgándose de mí como hacía siempre—. ¿Qué pasa conmigo?

¿Qué pasaba con ella?

¿Qué pasaba con Tadhg?

¿Qué pasaba con Ollie?

¿Qué pasaba con Sean?

¿Qué pasaba con Darren?

—¿Y qué pasa conmigo? —Me vine abajo y me eché a llorar—. ¿Qué pasa conmigo, Shannon? ¿Qué pasa conmigo!

—Te quiero —gimoteó decidida a no dejar que me fuera—. Es verdad. Te quiero mucho, Joe. Me preocupo por ti. Eres importante para mí. Podemos solucionarlo. —Su voz se llenó de desesperación—. Podemos superar esto juntos. No tienes

por qué...

—Escúchame —la interrumpí antes de que me hiriera más con sus palabras—. Necesito que te cuides, ¿vale? Necesito que hagas eso por mí. —Temblando, me acerqué y le di un beso en la frente—. No dependas de ella, ni de Darren, ni de nadie, porque, al final, el mundo va a defraudarte. Todos van a defraudarte.

Al menos todos los que se apelliden Lynch.

—¿Y tú? —preguntó mi hermanita mirándome como si de alguna manera yo pudiera arreglar su mundo, cuando ni siquiera podía arreglar el mío—. ¿Eso te incluye a ti?

—Va especialmente por mí —me obligué a contestarle, pese a que casi me mata decirlo.

Y luego hice lo mejor que podía hacer por ella.

Por todos ellos.

Largarme.

—¿Adónde va?

—¿Nos abandona?

—¿Para siempre?

—¡Pero no puede irse!

—¡Joey, no te vayas!

—¡Joey, piénsalo bien!

Esforzándome por no escuchar sus voces, bajé corriendo las escaleras y me dirigí hacia la puerta. Tenía que alejarme de esos niños antes de perder los papeles.

Ellos iban a estar bien.

Tenía que creer eso.

—Haz algo, mamá. Di algo. ¡Por favor! ¡Detenlo!

—¡Joey, no te vayas!

—Lo prometiste. ¡Joder, me prometiste que no nos abandonarías!

—No te apresures —trató de alegar Darren cerrándome el paso—. Por favor. Consúltalo con la almohada y lo hablamos por la mañana cuando tengas las ideas más claras.

—No puedo hacerlo —repliqué sin energía—. Sal de en medio.

—No, Joey. Habla conmigo.

—Darren, sal de en medio —repetí—. Ya.

—O-úi. O-úi.

Casi me vengo abajo al oír la voz de Sean, así que inhalé de forma entrecortada, demasiado asustado como para girarme y mirar al bebé por cuya crianza tanto había tenido que sacrificar en mi vida.

—Lo siento mucho.

Tan solo podía esperar que, con el tiempo, llegara a perdonarme.

Que entendiera por qué había tenido que hacerlo.

Por qué había tenido que marcharme.

Los Kavanagh le darían un buen hogar.

Le darían lo que yo no pude.

—Quédate, Joey —me suplicó Darren con voz quebrada—. No puedo hacer esto sin ti.

—Vas a tener que hacerlo —dije impávido antes pasar por su lado y abrir la puerta—. No los defraudes.

«No los reprimas como hiciste conmigo».

Salí de la casa, cerré la puerta principal detrás de mí, me subí la capucha y me dirigí hacia el muro, pero paré en seco al posar los ojos sobre Molloy.

Estaba de pie en el camino de entrada, vestida con un pantalón de pijama amarillo y mi sudadera, y tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Te ibas a ir sin decírmelo? ¡Ni siquiera me merezco una puta despedida!

Claro que se la merecía. Se merecía una explicación más que nadie en el mundo. El problema era que no podía decirle nada de eso a la cara. La única manera de ofrecerle mi verdad era en un papel. En hojas de papel que llevaba cuidadosamente dobladas en el bolsillo del culo de los pantalones del uniforme escolar. Unas hojas de papel que había pensado meterle en el buzón.

—Mírame.

No podía. Ella era mi punto de rotura. Si la miraba, haría lo

que él hizo y, aunque eso podía ser bueno para mí, desde luego no era bueno para ella.

—Joder, Joey Lynch, será mejor que me mires.

—Aoife, por favor. —Sentía cómo las lágrimas me resbalaban por las mejillas, pero no levanté la mirada—. Deja que me vaya.

—No puedo. —Su perfume me envolvió por completo cuando se acercó a mí—. No lo haré.

—No tengo nada que ofrecerte —dije de forma entrecortada—. No te hago ningún bien. ¿Por qué no te entra eso en la cabeza?

—Me importa una mierda, Joey —sollozó rodeándome con los brazos—. Tú eres lo único que quiero.

—Se acabó. —Así debía ser. «Por el bien de los dos». Temblando, me metí la mano en el bolsillo y saqué la carta doblada que le había escrito antes de salir de casa de Shane —. Se acabó lo de arrastrarte conmigo hacia el fondo — susurré deslizándosela en el bolsillo frontal de la sudadera sin que se diera cuenta—. Lo siento.

—¡Por favor!

—No puedo. —No la iba a convertir en la mujer que había dejado en la cocina. La quería demasiado para permitir que eso pasara. Mi padre no había hecho lo correcto por la madre de sus hijos, pero yo sí que iba a hacerlo por la mía —. Lo siento mucho.

—No te vayas —dijo llorando cuando pasé por su lado y me dirigí a la carretera—. Por favor. Por favor, no te vayas, Joey. ¡Joey! ¡Te quiero!

«Yo también te quiero».

«Más que a esta vida».

—¡Ya lo sé! —me obligué a gritar—. ¡Y no te hace ningún bien!

—Joey, te necesito.

—¡No es verdad! —Lo que necesitaba era que me alejara de una puta vez de nuestro bebé antes de convertirlo en otra versión de mí. En otra versión de su abuelo—. Tienes

que dejar que me vaya, Aoife. ¡Eso es lo que tienes que hacer!

Era lo único que podía hacer por ella. Era lo mejor que podía hacer por ella.

—¿Qué pasa con el...?

—Vete a casa y no vuelvas por aquí —grité por encima del hombro parpadeando para enjugarme las lágrimas de los ojos mientras me obligaba a seguir alejándome de ella. «Pronto habrá acabado todo»—. ¡Hazte un favor y olvídame!

TODO HA CAMBIADO

Aoife

Histórica, me senté en el frío camino de hormigón contemplando cómo Joey desaparecía, dejándome sola, con el único consuelo de su hermana.

«Vuelve».

No estaba segura si pensaba esas palabras o las gritaba.

Pero lo sabía.

Sabía que esto era diferente.

Algo había cambiado en Joey.

Se lo había visto en los ojos.

Estaba resignado.

Estaba acabado.

Para él, la lucha había terminado.

Su fuego interior, el que había hecho que su corazón siguiera latiendo a pesar de todas las penurias y el dolor, se había apagado.

Su hermano salió disparado de la casa, gritando algo sobre ir a buscar a Joe, pero yo no entendí ni una sola palabra. El sonido de mi corazón haciéndose añicos en mi pecho era tan alto y violento que ahogaba todo lo demás.

Íbamos a tener un bebé.

Y Joey se marchaba.

Peor aún: ya se había marchado.

¿Cómo podía abandonarme?

Me lo había prometido.

Lo había creído.

Lo seguía creyendo.

No, no, no, eso no tenía sentido.

«Algo va mal».

«No te rindas con él».

«No está bien».

«Encuétralo antes de que sea demasiado tarde».

Con una horrible sensación de terror instalada en la boca del estómago y una necesidad aún mayor de encontrar a mi novio antes de que fuera demasiado tarde, me puse en pie y fui hacia el coche, incapaz de formar las palabras que necesitaba para mantener una conversación coherente con la pobre Shannon, que parecía casi tan desolada como yo.

«Casi».

Murmuré algo sobre que tenía que volver a casa, me senté en el asiento del conductor y arranqué el coche antes de dar un acelerón.

No era mentira.

Me iba a ir a casa.

Pero primero tenía que encontrarlo.

Porque ese chico era mi casa.

ESA NO ES LA SOLUCIÓN

Joey

Durante la mayor parte de mi vida había sentido que se me acababa el tiempo. En ese momento, sentado en la barandilla metálica del puente que separaba la urbanización de Molloy de la mía, con el final a la vista, de pronto sentí que tenía todo el tiempo del mundo.

El viento nocturno me azotaba la cara, pero yo no lo notaba. Con los ojos clavados en la embravecida corriente de agua que fluía bajo mis pies, estrellándose contra el pie de la estructura, sentía tal nivel de calma que era asombroso.

Tras varias semanas de lluvia, el río del pueblo estaba a punto de rebosar sus márgenes.

Bien.

La corriente me llevaría rápido.

Tan solo tenía que dejarme ir.

Cerrar los ojos y dejarme caer.

Inquietantemente en paz con mi decisión, tiré la bolsa al agua y contemplé cómo el río se la tragaba y la arrastraba con él.

Podría ser yo.

Podría simplemente desaparecer.

«Voy a desaparecer».

«Es lo mejor para todos».

«Sobre todo para ella».

«Porque nunca va a parar de luchar por mí mientras mi corazón siga latiendo».

«Y yo nunca voy a dejar de arrastrarla hacia el fondo conmigo».

—¡No lo hagas! —gritó una voz, y me puse rígido antes de

girarme a desgana y encontrarme con una rubia que me resultaba familiar y me miraba desde el lado del puente que daba a Rosewood.

—No lo hagas, Joey. —Vestida con una sudadera varias tallas más grande que la suya, Lizzie Young caminaba lentamente hacia mí—. Detente.

—Da media vuelta y pírate —contesté exhausto mientras volvía a centrarme en el río—. Tan solo... déjame en paz.

—Por favor —susurró acercándose poco a poco—. Por favor. —Temblando, extendió el brazo y me cubrió la mano con la suya—. No te tires. —El viento le revolvía el pelo alrededor de la cara, pero no titubeó en ningún momento mientras se aproximaba y me cogía la muñeca con la mano—. Esa no es la solución.

Agotado, lancé un suspiro con la mirada fija en la mano con la que había envuelto la mía.

—Lizzie, por favor, solo...

—¡No! —Tras soltarme temporalmente la muñeca, la amiga de mi hermana me rodeó con ambos brazos y me apretó la mejilla contra la espalda—. No voy a dejar que le hagas eso a Shannon.

—¿Hacerle el qué?

—Convertirla en mí.

—No necesito esta mierda —solté, pero la voz se me quebró en mitad de la frase y sonó como la de mi hermana—. ¿Me oyes? ¡No quiero que nadie me salve!

—¡Me da igual lo que quieras! —me gritó—. ¡Lo que me preocupa es lo que necesitas!

—Suéltame.

—¡No!

—Lizzie...

—Así no vas a arreglar nada —dijo con voz ahogada enterrando la cara en la parte de atrás de mi sudadera—. Crees que es la solución a todos tus problemas, y tal vez sea cierto, a los tuyos. —Cogió una bocanada de aire—. Pero ¿y la gente a la que dejas atrás? ¿Crees que van a ser

capaces de aceptarlo? —Notaba cómo movía la cabeza hacia los lados—. Nunca lo aceptarán, Joey. Los obsesionará para siempre. A mí me pasa.

—Yo no soy tu hermana.

—Sabes que es el mismo puente, ¿verdad? —sollozó aferrándose a mi cuerpo como si le fuera la vida en ello—. ¡Fue aquí mismo, Joey!

No.

Eso no lo sabía.

—No había nadie para detenerla —prosiguió, llorando desconsoladamente—. No había nadie para detener a mi hermana, pero ahora yo estoy aquí. ¡Y voy a detener al hermano de mi mejor amiga para que no siga los pasos de mi hermana!

—Yo no soy tu hermana —repetí entre balbuceos con la cara llena de lágrimas—. No vale la pena salvarme.

—¿Tienes idea de lo egoísta que es eso, joder? —preguntó—. ¡Porque significas mucho para mucha gente!

—No sabes lo que dices.

—¡Tu hermana y tus hermanos te quieren! —gritó con todas sus fuerzas—. Joder, te quieren tanto que es palpable. ¿Y tu novia? ¿Aoife? Hostia puta, tío, en la vida he visto a nadie tan enamorado de otro ser humano.

—Tú no lo entiendes. —Sacudí la cabeza, temblando—. No soy bueno para ella.

—Entonces vuélvete bueno para ella, joder —me espetó mientras el aire nos traía el sonido de las sirenas de unos camiones de bomberos—. No tires la toalla y le arruines la vida antes incluso de que empiece. Porque eso es lo que vas a conseguir. Salta y no te estarás matando solo tú. Estarás matando a todos los que te quieren. Los estarás sentenciando a cadena perpetua. Créeme. Lo sé bien.

—Intento hacer lo correcto —imploré—. ¡Por favor, déjame hacer lo correcto por una puta vez en la vida!

—¡Siempre has hecho lo correcto! —me gritó ella mientras el viento aullaba y las sirenas se acercaban—. Nunca has

tenido ese problema, Joey Lynch.

—No me conoces.

—Me pareces un mierda por pensar en hacer esto — argumentó—. Pero, en general, eres una persona de puta madre, joder, y no voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo otra persona que conozco se borra del mundo por las acciones de algún gilipollas. Porque esto va de eso, ¿verdad? —preguntó—. ¿Es por tu padre?

—¡Qué cojones sabrás tú de mi padre!

—¡Vale! —concedió todavía a gritos—. No te conozco. Haz que eso cambie. ¡Bájate de la barandilla y háblame de él!

Con el corazón martilleándome en el pecho, bajé la mirada hacia sus manos, que estaban entrelazadas y apoyadas contra mi abdomen.

—Si no me sueltas, nos vamos los dos para abajo.

—¿Sí? —Subió la apuesta y me apretó con más fuerza—. Entonces supongo que nos vamos los dos para abajo. Y, por favor, ten en cuenta que, según los rumores y el color de tus ojos, es evidente que vas puestísimo, así que cualquier decisión que tomes podría estar muy influenciada por la mierda que corre por tus venas y no por cómo te sentirías en realidad si tuvieras la cabeza en su sitio.

—Dios —solté con frustración—. Eres cabezota de cojones.

—Le dijo la sartén al cazo —contrarrestó Lizzie—. Bueno, ¿cómo lo ves, Joey Lynch? ¿Esta noche vamos a morir o vamos a vivir?

—Tú vas a vivir —respondí a regañadientes permitiéndole que tirara de mí por encima de la barandilla hacia tierra firme—. Pero yo estoy sufriendo chantaje emocional.

—Oye, lo que sea porque ese corazón siga latiendo — contestó—. Lo siento, pero no lo siento.

De nuevo, a nuestros oídos llegó la estridente sirena de un camión de bomberos, y ambos nos giramos hacia el lado del puente que daba a Elk para ver luces parpadeantes que se movían velozmente a lo lejos.

—Parece que no eres el único que supone una amenaza

para la sociedad esta noche —bromeó cruzándose de brazos, todavía observándome con cautela—. Parece que viene de tu zona.

—Sí —murmuré sintiendo que una oleada de inquietud se apoderaba de mí mientras contemplaba a lo lejos el flujo de camiones de bomberos, ambulancias y coches patrulla que se dirigía a toda velocidad hacia la urbanización Elk—. Creo que tienes razón.

REINA DE CORAZONES

Aoife

Reina:

Te quiero decir muchísimas cosas. Me quiero disculpar por muchísimas cosas. Sé que al escribir esto parezco un cobarde, y tienes toda la razón. Soy un cobarde, siempre he sido débil en lo referente a ti. Pero eso ya se ha acabado. No voy a arrastrarte ni un día más. Me niego. Además, ya he hecho más que suficiente esa mierda en esta vida.

Anoche hablé con mi padre, de todo un poco. Dijo cosas muy razonables, un montón de mierda que a mí me sonó sincera. Me dijo que la única manera que tengo de romper el ciclo es dejándote a ti y al bebé antes de destrozarlos. Por primera vez en mi vida, siento que me ha dado un consejo de verdad. Porque, si él hubiera dejado a mi madre, entonces tal vez todo sería diferente.

No la quería lo suficiente para hacer lo correcto por ella, pero yo sí te quiero. Te quiero lo bastante para hacer lo correcto por ti. Y lo correcto por ti y por nuestro bebé es una vida sin mí en ella. Porque afrontémoslo, nena, no estoy mejorando.

Lo siento, reina. Por las mentiras que he contado. Por lo que te he llamado. Por las veces que te he hecho llorar. Por cada mierda que te he hecho pasar. Por dejarte sola en esto. Sé lo que estás pensando: que estoy saliendo por patas, pero no, Molloy. Estoy intentando asegurarme de que ese chaval no acabe como su padre. Estoy intentando asegurarme de que tú no termines como mi madre. Saber que os estoy ahorrando a ti y al bebé una vida como la que yo he tenido me da mucha paz. Te mereces tener una buena vida y, mientras yo siga ahí, nunca te ocurrirá.

Te quiero, ¿vale?

Por favor, no pongas eso en duda.

Te quiero tanto, joder, que ni siquiera sé cómo expresarlo con palabras.

Pero es que... necesito liberarte.

Siempre tuyo,

Joey. X

P. D.: En el dorso de esta carta hay una confesión completa con mis palabras de la mierda que pasó en casa, con fecha y firma. Quiero que se la des a John Kavanagh. Lo ayudará en el juicio cuando vaya a por la custodia de mis hermanos.

Diles que lo sentía.

Diles que los quería.

Dile a mi hijo que lo quería.

Dite a ti misma que eras a la que más quería.

Nos vemos, Molloy. XX

Tiré sobre el mostrador de la comisaría, desesperada, la carta que había encontrado en el bolsillo delantero de mi sudadera y grité:

—¡Tenéis que ayudarme a encontrarlo antes de que haga algo!

—Aoife, cariño, tranquilízate —me dijo mi padre mientras me ponía su abrigo sobre los hombros—. La Gardaí está haciendo todo lo que puede. Ya han enviado un coche a buscarlo. Podge y Alec están buscándolo. Darren ha salido a buscarlo. Tu madre y Kev, también...

—¡No es suficiente! —grité, agarrándome el vientre mientras me apoyaba con todo el peso en mi padre para no derrumbarme en el suelo—. No lo entiendes. Ahora mismo no está bien. ¡Es muy vulnerable!

—¿Cuál has dicho que era su domicilio? —preguntó la agente detrás del mostrador.

—El número 95 de la urbanización Elk —respondí, con el pecho agitado—. ¿Por qué? ¿Está allí? ¿Lo han encontrado? ¿Está bien?

Con cara de preocupación, la agente de la Gardaí escribió en el teclado de su ordenador antes de leer algo en su bloc de notas. Cogió el teléfono que sonaba en su escritorio y se quedó pálida por lo que fuese que estuviera escuchando al otro lado de la línea.

—No, no, no —dije, llorando mientras me hundía contra mi padre y las piernas me fallaban—. Está muerto, ¿verdad?

—Ha habido un incendio —nos dijo la agente, poniendo una mueca al colgar el teléfono—. En el número 95 de la urbanización Elk. Se han enviado todas las unidades del departamento de bomberos.

—¿Un incendio? —Abrí mucho los ojos, horrorizada—. ¿A qué se refiere con un incendio? ¿En su casa? ¿Hay alguien herido?

—Lo siento, pero esa es la única información que me han facilitado en este momento.

—¿Papá? —Me giré para mirarlo—. Tenemos que ir.

—Aoife, cariño...

—No, o me llevas o voy caminando, pero voy a ir, papá.

SOÑÉ CON UNA CASA EN LLAMAS

Joey

Al llegar al final de mi calle y posar los ojos en las llamas anaranjadas que salían de mi casa, el peso de la repugnancia y el odio a mí mismo que llevaba a la espalda enseguida fue sustituido por puro terror.

Los camiones de los bomberos.

Las ambulancias.

Los coches patrulla.

Las sirenas.

Era por mi casa.

Por mi familia.

—¡Joey! —gritó Fran, la vecina de al lado, corriendo hacia mí mientras hordas de vecinos empezaban a reunirse en la calle—. No sé qué ha pasado. Tu padre se presentó hace un par de horas y entonces, de repente, la casa entera ardió. Llamé a la Gardaí en cuanto oí el estallido, pero... Los oí hablar de acelerantes.

—¿Mi padre? —Temblando violentamente, aparté la vista de su cara para mirar hacia la casa—. ¿Estaba aquí?

—Todavía está ahí, cariño.

—¿Dónde está mi madre? —pregunté, notando que mi cuerpo cada vez tenía menos fuerza mientras una horrible sensación de frío temor me inundaba—. ¿Dónde están los niños?

—No lo sé, cariño. —Negó con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas—. Creo que podrían seguir dentro. No he visto a nadie salir.

«¡Dios santo!».

Con el corazón acelerado en el pecho, entré en acción y el cuerpo enseguida se me puso en modo lucha mientras

corría hacia las llamas.

—¡Joey, no!

—No puedes entrar ahí, tesoro.

—¡No es seguro!

Ignorando a Fran y a cualquier otro vecino que intentara interponerse en mi camino, pasé por debajo de la cinta que acordonaba la casa, apenas evitando a dos bomberos. Sin embargo, en cuanto toqué el pomo de la puerta, una repentina ráfaga de calor abrasador me atravesó la piel.

Estaba ardiendo.

«Joder».

—¡Shannon! —bramé, levantando la voz por el pánico mientras me ponía la camiseta sobre la mano y persistía, ya que necesitaba entrar dentro de la casa más que lo que necesitaba el aire—. ¡Tadhg!

Ahogándome y farfullando, de repente una nube de humo negro me recibió en el pasillo donde había presenciado los primeros pasos de Sean y Ollie, me tapé la nariz y la boca con el brazo y entré a trompicones solo para que se me tragara el humo. Por un momento me sorprendió el calor insoportable que me atacaba la carne y fui a tientas en la oscuridad, intentando familiarizarme con el entorno y localizar la escalera.

—¿Ols? —Me dio un ataque de tos, me agarré la garganta e intenté coger aire en la oscuridad—. ¿Pequeño Seany?

Logré encontrar la escalera, cegado y asfixiado por el humo, y subí tres peldaños cuando me arrastraron bruscamente hacia atrás.

—Quítame las manos de encima —farfullé y tosí, intentando librarme del bombero que me agarraba mientras me llevaba hacia el exterior—. Tengo que...

—¡Quédate fuera! —me ordenó, apartándome mientras tres de sus compañeros se acercaban corriendo con una manguera—. No hay nada dentro.

¿No había nada?

¿Qué puta mierda significaba eso?

Fui a echar a correr, pero terminé retrocediendo a trompicones y cayendo de culo cuando alguien me paró.

—Tenemos uno.

—Apártate, apártate.

—¿Niño o adulto?

—Una mujer en la puerta de la cocina.

—¿Y?

—Creo que llegamos demasiado tarde.

—¡Los paramédicos! ¡Ya!

—Ay, joder...

Todo lo que tenía en el estómago me subió a toda velocidad hacia la boca cuando vi a un bombero poner a mi madre en una camilla.

La cara.

El pelo.

La mano quemada y llena de ampollas.

Jadeando, vi lleno de horror cómo le cortaban la ropa.

—¡Mamá! —grité, notando que las lágrimas me humedecían las mejillas—. ¡Salvadla!

«Ay, Dios».

No había ni un centímetro de ella que no estuviera quemado y lleno de ampollas.

El fuego la había destrozado.

—¡Mamá! —Me acerqué arrastrándome a ella, solo para que me apartaran—. ¿Está viva? ¿Mi madre está viva?

—No mires, chaval. —Alguien me dijo al oído mientras me echaban una manta por encima de los hombros y me apartaban de la escena—. Tú cierra los ojos.

No podía cerrar los ojos.

No podía soportar que los sanitarios estuvieran manipulando a mi madre.

Mi madre.

Esa era mi madre.

Con las manos en carne viva.

Quería gritarles que le miraran la mano, pero no me salían las palabras.

—Mamá —susurré, temblando con fuerza—. Mamá...

—Tenemos otro...

—Un hombre.

—En el salón.

—Parece que intentaba escapar por la ventana.

—Muerto.

—Ya está controlado —oí que alguien gritaba instantes antes de que sacaran otro cuerpo de la casa—. Arriba no hay nadie.

«¡No, no, no!».

Arriba sí había alguien.

Había niños allí arriba.

¡Los había dejado allí, joder!

—¡Mis hermanos y mi hermana! —conseguí decir, poniéndome de pie mientras intentaba quitarme de encima los brazos que me rodeaban los hombros—. ¡Dejadme entrar, mierda!

—No hay nadie más dentro.

—¡Os equivocáis! —le respondí con vehemencia al hombre que ahora me daba cuenta de que era un agente de la Gardaí—. ¡Mis hermanos y mi hermana están arriba! —Sabía que estaban allí. Peor aún, porque, si eran conscientes de que nuestro padre estaba en casa, había muchas posibilidades de que se hubieran atrincherado en sus habitaciones y estuvieran escondidos—. Joder. Están dentro de esa casa. Tenéis que dejarme ir a por ellos. —Soltando un grito de dolor, intenté inútilmente quitarme aquellas manos de encima—. ¡Yo los dejé allí! ¡Los dejé ahí dentro con ella!

—Han comprobado toda la casa —trató de apaciguarme. Me mintió a la puta cara—. No hay nadie dentro.

«Mentira».

Conseguí zafarme de él, me aparté y di un par de pasos hacia la casa antes de que volvieran a arrastrarme hacia atrás.

—¡Quítame las manos de encima, puto cerdo asqueroso!

En medio de mi mundo derrumbándose a mi alrededor,

apareció la cara de Johnny Kavanagh.

—Joe —me llamó, pasando por debajo de la cinta—, tranquilo.

—¡Kav! —Apartándome del gilipollas que intentaba sujetarme, me acerqué al novio de Shannon—. ¡Tienes que ayudarme a sacarlos! —Desesperado, corrí hacia él, porque, si había alguien en el mundo que salvaría a mi hermana, ese era Johnny—. Me fui. Me cabreé y me marché. ¡Pero no podía hacerlo! No podía abandonarlos, así que regresé y la casa estaba... ¡Mi madre! —La imagen de mi madre hizo que se me revolviera el estómago y se me escapó un sollozo—. ¡Joder! Shannon. Tadhg... Nadie me escucha...

—Están conmigo, Joey. —Tres palabras que sacudieron los cimientos sobre los que estaba, seguidas de tres más—. Yo los saqué.

—¿Están contigo? —Me mareé mientras trataba de comprender qué coño me estaba diciendo. ¿Estaban con él? ¿Mis niños?—. ¿Los sacaste tú?

Asintió con energía mientras me rodeaba el cuerpo con los brazos.

—Ollie, Tadhg, Sean y Shannon.

Ollie.

Tadhg.

Sean.

Shannon.

¿Estaban con Johnny Kavanagh?

Si aquello era una broma, era de las más crueles.

—Mierda —dije, de repente acordándome—, ¡Darren! —Me lancé una vez más hacia la casa en llamas—. Mi hermano sigue ahí dentro.

—No, él también está en mi casa —me dijo al oído mientras apoyaba mi espalda contra su pecho y me apartaba del fuego que casi nos rozaba—. Están todos allí. Te lo juro por Dios, chaval, todos tus hermanos y Shannon están ahora mismo en mi casa. —Me sujetó con fuerza y estuve casi seguro de que aguantaba el peso de ambos

cuando me susurró al oído—: Están a salvo.

«Están a salvo».

«Están a salvo».

«Están a salvo».

—Tenéis que salir de aquí los dos —ordenó alguien—. Es peligroso.

—Nos vamos —respondió Kav, apartándome de la casa—. Vamos, chaval.

Se interrumpieron sus palabras cuando metieron dos bolsas de cadáveres en una ambulancia.

Mi madre.

No había sobrevivido.

Kav puso una mueca de dolor y nos dio la vuelta, pero era demasiado tarde para mí.

Ya lo había visto.

Los había visto.

A él y a ella.

A mis padres.

El uno al lado del otro.

Incluso muertos.

—Esto es culpa mía.

—No. —Pasando por debajo de la cinta que acordonaba la casa de mi infancia, Kav me llevó hacia el familiar Mercedes—. Esto es culpa suya, Joey. Suya.

—Estaba colocado —confesé, notando cómo la mente me patinaba mientras me esforzaba por asimilarlo todo. Mientras lo revisaba todo—. Se me fue la olla y me piré.

—Y, si te hubieras quedado, te habrías desmayado en tu cama. Darren no habría salido a buscarte, Shannon no habría estado despierta para llamarme y todos habríais muerto en el incendio mientras dormíais.

Estaba diciendo unas palabras que no me ayudaban.

Nada me ayudaba.

—Dios santo. —Otra espantosa imagen de su mano apareció en mis ojos—. Mi madre.

—No ha sido culpa tuya, así que no te atrevas a dejar que

ese cabrón se te meta en la cabeza —me ordenó mientras me empujaba a lo que creía que era la parte trasera de un coche.

Ya no sabía nada.

—Tú no has hecho esto —oí que decía el novio de mi hermana por allí cerca—. Lo hizo él.

Se me escapaba todo.

Era como si la mente hubiera llegado a su límite y hubiese decidido bloquearse.

¿Era supervivencia?

¿Era una crisis nerviosa?

¿Había saltado del puente?

¿Estaba ahora en el infierno?

Me sentía como en el infierno.

Estaba atrapado en una pesadilla.

«Despierta».

«Despierta, Joey».

—Joey, ahora vas a venir con nosotros a casa, ¿vale? —estaba diciendo una voz familiar, pero no supe de dónde procedía. El corazón me latía tan rápido que se me nublaba la vista. ¿O acaso eran lágrimas?—. Vamos a cuidar de ti y no te lo estoy preguntando, hijo. Te lo estoy diciendo.

«Has saltado».

«No te preocupes, has saltado».

«Nada de esto es real».

«No está ocurriendo».

—No debería estar aquí —me oí decir a mí mismo. A quién, no lo tenía claro, pero lo dije—. Tengo que mantenerlos a salvo.

—Están a salvo. —Alguien estaba sosteniéndome. Un brazo me rodeaba el hombro y una mano grande cubría la mía—. Y tú también.

¿Era Dios?

¿Era el diablo?

¿Dónde coño estaba?

—No —mascullé adormilado mientras notaba que perdía lo

último que me quedaba de cordura—. Tenía que mantenerlos a salvo.

YA ES HORA

Aiofe

El olor fue lo primero que me llegó cuando salté de la furgoneta de mi padre al final de la calle y corrí hacia la muchedumbre que estaba reunida junto al 95 de la urbanización Elk. Unas enormes columnas de humo negro continuaban alzándose hacia el cielo mientras los bomberos luchaban por extinguir el incendio que estaba devorando la casa de mi novio.

—¡Aoife! —me llamó Casey—. ¡Madre mía, Aoife! —Corrió directa a mí, rodeando a un grupo de mujeres en pijama—. No tienes ni idea de cuánto me alegro de verte. —Sin aliento, jadeando, me envolvió en sus brazos cuando me alcanzó—. Oí las sirenas y luego vi las llamas, y todo el mundo empezó a salir de sus casas. ¡Dios! Te llamé, pero me saltaba el buzón de voz todo el rato. Me aterrorizaba que pudieras estar ahí dentro. Cuando vi a Joey perdiendo la...

—¿Lo has visto? —pregunté, con el pecho agitado, mientras me esforzaba por encontrarle sentido a lo que estaba presenciando—. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Está bien? ¿Estaba...?

—Sí, lo he visto. Está bien... Bueno, está claro que no estaba bien. Quiero decir que es comprensible que se le fuera la olla e intentase entrar en la casa, pero Johnny Kavanagh apareció y se lo llevó.

Y eso fue lo único que me hizo falta.

«Estaba bien».

Dos palabras.

—¿Está bien? —Sollozando de manera incontrolable mientras un tsunami de alivio me inundaba, sentí que me

fallaban las piernas—. ¿Joe está bien?

—Tú también lo estás —me tranquilizó mi padre, cogiéndome antes de que cayera al suelo—. Tú también estás bien, cariño. —Se giró hacia Casey y preguntó—: ¿Han salido todos?

—Los niños, sí —la oí que le decía—. Según lo que he escuchado a los vecinos, han llevado a Joe y a todos los niños a la casa del novio de Shannon. Pero su madre y su padre... Son los únicos que se han quemado...

—Bien, es suficiente —la interrumpió mi padre, rodeándome con un brazo para llevarme contra su pecho—. Te llevaré a casa conmigo ahora mismo. Casey, tesoro, ¿vienes? Creo que a Aoife le sentaría bien estar con su amiga esta noche.

—Claro, Papi T, voy con vosotros.

—¿Qué? ¡No, no, no! —Con los ojos muy abiertos, horrorizada, me giré para mirar a mi padre boquiabierta—. No, papá. No puedo ir a casa. Tengo que verlo. Está...

—No —me interrumpió mi padre y, con un brazo fuerte rodeándome los hombros, me llevó hacia la camioneta. No vas a hacerlo. Te vienes a casa con Casey y conmigo, y te vas a quedar allí. Mañana será otro día. Lo podrás ver entonces. Te prometo sinceramente que te llevaré yo mismo a casa de Kavanagh, pero ahora mismo necesito que vengas a casa y descanses.

—Papá, no lo entiendes...

—No, eres tú la que no lo entiende, Aoife —espetó, ayudándome a entrar por el lado del copiloto en la furgoneta, y luego esperó a que Casey subiera a mi lado antes de cerrar la puerta y dar la vuelta hacia el asiento del conductor—. Estás embarazada, por Dios santo —continuó mientras se sentaba en el coche y lo arrancaba—. Esto no es bueno para ti. Sé que quieres al chico y a mí también se me parte el corazón por él. He sido indulgente contigo toda la noche. He hecho todo lo posible para ayudarte y apoyarte, pero ahora me pongo firme. Esto no es bueno

para el bebé, y creo que ya es hora de que empieces a darle prioridad al niño.

DESPIÉRTAME CUANDO TODO HAYA
TERMINADO

Joey

—¿Cómo se supone que voy a hacer esto, John? ¿Cómo se supone que voy a preparar el funeral de mi madre?

—No estás solo en esto, Darren. Te apoyaremos tanto como podamos.

La gente hablaba a mi alrededor.

—Tardarán un tiempo en liberar los cuerpos.

Haciendo planes.

—Supongo que el cuerpo de él también se lo darán a tu familia.

Tomando decisiones.

—No la van a enterrar con él.

No podía asimilar nada de lo que decían.

—La Gardaí tomará otra ronda de declaraciones, pero se puede decir sin miedo a equivocarse que tiene pinta de haber sido un incendio provocado.

Desplomado contra la mesa de un comedor en el que nunca había entrado, tenía apoyada la mejilla en el roble macizo y me sostenía la parte posterior de la cabeza con las manos.

—Por supuesto que ha sido provocado. ¡El cabrón la quemó viva! Es un asesinato-suicidio.

La mano.

—Intentó llevarse a los críos con él.

¿Por qué coño no podía quitarme de la cabeza la imagen de su mano colgando de la bolsa de cadáveres?

—El médico está en camino. Se encargará de ambos.

«Es tu madre, gilipollas».

«Está ahora en una mesa de autopsias».

«Porque no pudiste quedarte».

—Por Dios santo, la tata no deja de llamar y ahora mismo no puedo hablar con ella.

Temblando violentamente, me concentré en el sonido de mi corazón aporreando con fuerza la caja torácica.

—Ven, dame el teléfono. Ya hablo yo con ella, cariño.

Mientras tanto, no dejaba de temblarme el cuerpo.

—Alex. Tengo que ponerme en contacto con Alex. Está en Belfast. No sabe que...

Y el recuerdo de las quejas de mis hermanos continuaba persiguiéndome.

—Yo lo haré por ti.

La mano.

—Y con la hermana de mamá, Alice, en Beara.

¿Era en la que llevaba el anillo de boda?

Joder, sí.

«Lo siento, mamá».

«Lo siento muchísimo, joder, mamá».

—Joey, amor, ¿qué opinas de esto?

Era la mano izquierda.

¿Lo llevaba puesto?

—¿Hay algo que te apetezca probar?

No recordaba verlo.

Joder, siempre lo tenía puesto.

—Tiene que llevárselo. Se morirá si no le dan tratamiento, y no puedo perder a otro miembro de mi familia.

¿Dónde estará su anillo?

¿Se le fundió con la piel?

—Joey, amor, ¿nos oyes?

No estaba del todo seguro por qué ella o los otros estaban haciéndome preguntas.

No me quedaban palabras en la cabeza para responderles.

—Joey, cariño. ¿Tienes tu móvil? Puedo llamar a tu novia si quieres.

—No —mascullé con el cuerpo rígido mientras su cara aparecía en la oscuridad. La única cara que había sido capaz

de ver desde los doce años.

Pelo rubio.

Ojos verdes.

Sonriente.

Encantadora.

Cálida.

Luminosa.

Esa cara.

«Reina».

—No —conseguí decir mientras el corazón se me disparaba en el pecho—. No quiero que... me vea así.

—Joey, amor, seguro que Aoife está muy preocupada.

—No, Edel, no quiero que se le acerque.

«Entonces ¿tienes nombre, chico-que-puede-pensar-por-sí-mismo?».

—Darren, amor, eso no es decisión tuya, sino de tu hermano.

«Eres mi amigo favorito, mi favorito todo».

—Sí, bueno, mi hermano no está bien. No necesita más carga sobre sus hombros. ¿Es que no ves que ya ha llegado al límite?

«Si tuviera un paquete de Rolo ahora mismo, te daría el último».

—¿Qué crees que le hará traer a su novia preñada? Ahora necesita centrarse en sí mismo y no podrá hacerlo si la tiene delante.

«No te preocupes, Peter Pan. Yo seré tu Wendy».

—No puedes dejarla fuera, amor. Va a tener a su bebé.

«No pasa nada. Tú concéntrate en nosotros».

—Oye, solo intento mantener vivo a mi hermano. Si eso me convierte en el malo, pues que así sea. Aceptaré ese título y soportaré toda la mierda que lo acompañe, por él. Porque no puede con esto, Edel. No puede chuparle la vida otra persona más.

«Te quiero, Joey Lynch».

—¿Alguna vez has considerado que tal vez ella le dé vida?

«Juntos hasta el final, Joe».

—Sé de lo que estoy hablando. No puede con ella ahora mismo. ¡Acaba de ver cómo sacaban el cadáver de nuestra madre de la casa donde nos hemos criado! ¡Necesita ir a un centro de desintoxicación, no jugar a las casitas con una adolescente!

—Darren, amor, sé que lo dices con el corazón, pero creo que en esto te equivocas. Separarlos solo se volverá en tu contra a la larga.

—¡Me da igual! Va a ir al centro de desintoxicación. Ha accedido a ir y yo no voy a mantenerme al margen y permitir que le ponga ideas en la cabeza que lo hagan cambiar de opinión.

—Esto se volverá en tu contra.

—Me da igual. ¿Joe? Soy yo, Dar. ¿Me oyes? Necesito que firmes estos formularios, ¿vale? Yo no puedo hacerlo por ti, colega. Ya tienes más de dieciocho años. Tendrás que firmar tú el registro.

Quienquiera que estuviese sentado a mi izquierda me rodeó los hombros con el brazo y entonces supe que estaba destrozado.

Porque no me moví.

Porque no me dolió.

Porque no me importó.

—Dame un boli —logré decir, usando toda la fuerza que me quedaba dentro para levantar la cabeza de la mesa—. Firmaré.

—Gracias a Dios.

—Estás haciendo lo correcto, hijo.

—Prométeme algo —mascullé.

—Lo que sea, Joey, amor.

—Estoy muy orgulloso de ti, Joe.

Garabateé mi nombre en la hoja, solté el bolígrafo y dejé caer la cabeza en mis manos, como si no me quedara nada de vida dentro.

—Prométeme que la mantendrás a salvo por mí.

—¿A quién, Joey, amor?
—A Molloy.

NO PUEDES DETENERME

Aoife

—No está bien, Tony —dijo mi madre, dejando una taza de chocolate caliente recién hecho delante de mí el viernes por la noche—. Han pasado cuatro días. La chica tiene que verlo.

—Escucha, Trish, no te lo voy a discutir. Yo tampoco creo que esté bien —respondió mi padre, sentándose a la mesa de la cocina a mi lado—, pero él es su hermano. Es el mayor. Sus padres han muerto. Tenemos que respetar sus deseos. Darren está haciéndolo lo mejor posible dadas las circunstancias para mantener a la familia unida.

Habían pasado cuatro largos días desde el incendio.

Habían pasado cuatro largos días sin tener contacto con Joey.

Habían pasado cuatro largos días desde que se me había venido el mundo abajo al leer las palabras de lo que solo podía describirse como la nota de suicidio de mi novio.

La cabeza me daba vueltas. Tenía el corazón roto en mil pedazos.

Todo aquello podría haberlo llevado mejor si al menos me hubieran dejado verlo.

Pero no, por lo visto, no era lo que Joey necesitaba en esos momentos.

Según Darren, tenía que mantener la distancia y darle a su hermano tiempo para pasar por el duelo.

Y una mierda.

Joe no estaba solo pasando por un duelo.

Si lo tenían metido en una habitación en alguna parte, entonces estaba sufriendo el síndrome de abstinencia.

Estaba muy mal y el hecho de que no me dejaran estar

con él me ponía físicamente enferma.

—Darren no es el patriarca de la familia Lynch —solté, notando que se me hacían nudos en el estómago—. Es un pésimo sustituto del único padre que esos niños nunca tuvieron.

—Su madre...

—No estoy hablando de su madre, papá —espeté, apartando la taza de mí—. Estoy hablando de Joe.

—Bueno, cuando Darren llamó, nos pidió que Aoife no fuera el lunes al funeral —dijo mi madre—. Al parecer, Joey va a ir después directamente al centro de desintoxicación y no cree que ver a Aoife sea bueno para él. Por si cambia de opinión.

—¿Yo qué coño soy? —pregunté, retirando la silla y levantándome—. ¿El demonio en persona?

Mi madre suspiró con fuerza.

—Aoife...

—No, mamá, es una chorrada —grité, odiándome por sonar tan débil en aquel instante—. No es justo. He estado aquí todo el tiempo. No me he escapado. No he ido a ver cómo está Joey. Seis años, mamá. He estado seis años a su lado y lo he ayudado. Lo he sacado de los narcopisos. Le he quitado agujas del brazo. He suplicado y he pedido dinero para pagar a sus camellos y mantenerlo a salvo, y ahora, porque estoy embarazada, Darren me va a hacer quedar como si yo hubiera llevado a Joey a esa mierda.

—¡Por Dios santo! —exclamó mi padre, dejando caer la cabeza en sus manos—. ¿Por qué no nos contaste que la situación era tan mala?

—¿Cómo iba a hacerlo? —respondí—. Mira cómo estáis reaccionando ahora. ¡Lo habrías despedido del taller y lo habrías apartado de mí, y él no tenía a nadie más!

—Solo tienes dieciocho años —replicó, con los ojos llenos de lágrimas—. No quiero ese tipo de vida para ti.

—Joey también tiene dieciocho años —dije, temblando—. Y él es mi vida, papá. Él es mi vida y yo soy la suya. Somos

familia. —Se me quebró la voz e inhalé de forma entrecortada antes de añadir—: Es el padre de mi bebé y Darren me está apartando de él.

—Aoife, cariño, sé que... —El sonido del timbre irrumpió en la cocina, lo que hizo que mi padre se callara y mirase la puerta cerrada con el entrecejo fruncido—. ¿Estás esperando a alguien, Trish?

—No, amor —respondió mi madre, dando unas palmaditas sobre la mano de mi padre—. Espero que sea la pequeña Casey. Suele pasarse después del trabajo.

—¿Aoife? —me llamó Kev desde el pasillo al cabo de unos instantes—. Sé que no quieres que te hable, pero aquí hay una mujer que pregunta por ti.

—Si es otra puta periodista buscando declaraciones, me va a dar algo —soltó mi padre, poniéndose de pie para salir de la cocina.

Durante toda la semana nos habían bombardeado con llamadas telefónicas de las emisoras de radio locales, y los periodistas venían a casa buscando una exclusiva.

Éramos un país pequeño, lo que significaba que un incendio era una gran noticia en Cork. Hasta había llegado a las noticias nacionales, y los medios de comunicación estaban siendo desagradablemente indiscretos al respecto. Casey incluso había oído el rumor de que las cadenas de noticias nacionales tenían pensado asistir al funeral. Era de una falta de sensibilidad increíble, cuando seis niños acababan de perder a sus padres, aunque fuesen unos padres de mierda.

Mi padre volvió al cabo de unos minutos con una mujer rubia conocida a la zaga.

—Trish —dijo, señalando a la rubia glamurosa que se había sentado con nosotros a la mesa—. Esta es Edel Kavanagh.

—Hola, Trish —dijo Edel, dedicándole a mi madre una dulce sonrisa antes de centrar su atención en mí. Me saludó con los ojos llenos de compasión—. Aoife, amor, ¿cómo estás?

—¡Ay, Dios mío! —exclamé, prácticamente cayéndome de

la silla en mi intento por llegar hasta él—. ¡Seany!

—E-fa —balbució entre los dedos que se chupaba, antes de soltarse de Edel y tambalearse hacia mí, con la manita cubierta por su baba habitual—. E-fa.

—Ay, pequeño Seany. —Lo cogí en brazos y me derrumbé, y entonces una oleada de alivio me inundó al ver su cabecita de pelo rizado—. No tienes ni idea de cuánto me alegro de verte, bebé.

—O-y triste —me dijo, tocándome la mejilla con la mano—. O-y echa menos E-fa.

El hecho de que estuviera intentando hablar y que estuviera consiguiendo expresarse bien solo me hizo llorar más.

—Sí, colegui. —Me sorbí la nariz, hundiendo la cara en su cuello y empapándome de su olor familiar—. Gracias.

—¿Café?

—Me tomaría una taza, gracias, Trish.

—¿Cómo están los demás? —pregunté, incapaz de impedir que mi voz estuviera cargada de emoción—. Y Joey... —Solté el aire de forma entrecortada, me puse de pie y me llevé a Seany conmigo para volver a mi asiento en la mesa de la cocina—. ¿Está bien?

—Gracias, Trish —dijo Edel, aceptando una taza de café humeante que mi madre le había entregado, antes de volver a centrar su atención en mí—. Darren, Shannon, Ollie y Tadhg lo están llevando muy bien dadas las circunstancias. —Sonrió con benevolencia al niño pequeño en mi regazo—. Y Seany es el chiquitín más dulce.

—¿Y Joe?

Negó con la cabeza tristemente.

—No lo lleva tan bien como los demás.

El alma se me cayó a los pies.

—Está fatal —añadió, y yo agarré con más fuerza al niño que tenía en el regazo, como si tuviera una conexión con mi novio por primera vez en días—. Apenas ha dicho una palabra desde la noche del incendio.

—Dios —dijo mi padre entre dientes, frotándose la cara con las manos manchadas de aceite—. Pobre chaval.

—Tampoco ha comido un bocado —comentó con una preocupación evidente tanto en la voz como en la expresión de su rostro—. Para serte sincera, no estoy segura de si ha dormido. Cuando no está vomitando, está mirando, inerte, la pared.

—Tengo que verlo —le dije despacio, con énfasis, desesperada de cojones, deseando que aquella mujer hiciera lo correcto por mi novio—. No lo entendéis. Darren cree que lo sabe todo, pero no tiene ni idea. No conoce a su hermano en absoluto, pero yo sí. Conozco a Joey. Puedo ayudarlo. Puedo llegar hasta él, si me dais una oportunidad.

—Estoy de acuerdo —me sorprendió diciendo—. Por eso estoy aquí, amor.

Alcé las cejas, sorprendida.

—¿Estás de acuerdo?

Edel asintió con la cabeza.

—Yo quería que vinieras a casa esa noche. Creía que sería bueno para Joey tenerte allí con él, pero Darren acababa de perder también a su madre y no tuve el valor de pelearme con él. Fue muy firme con que sabía lo que era mejor. —Le dio un sorbo al café antes de dejar la taza y decir—: Pero me da la impresión de que lo mejor para Joey está sentada en esta cocina.

Sus palabras.

¡Dios, sus palabras significaron tanto para mí!

Me envolvieron el corazón como un cálido abrazo.

—¿Me llevarás a verlo?

Me dedicó una sonrisa triste y asintió con la cabeza.

—No deberían nunca haberte apartado de él, amor. Fue un error de juicio por mi parte y no volverá a pasar.

Me puse de pie antes de que terminara la frase.

—Estoy ya lista.

—No —soltó mi padre—. No quiero que vaya.

—Tony —dijo mi madre suspirando—. Por favor...

—Lo siento, sé que el chico está fatal —respondió mi padre, sonando de verdad destrozado— y le daría la mitad de mi corazón si eso le hiciera sentirse mejor, te juro que lo haría, pero no a expensas del bienestar de mi hija.

—Tony.

—Aoife ya está de más de cinco meses. Necesita estar aquí a salvo y no estresada.

—Voy a ir, papá.

—Aoife, no, por favor. ¿Puedes pensar en ti un minuto?

—Voy a ir, papá —repetí, dejando a Sean a sus pies—. Y no hay nada que tú, Darren o quien sea pueda decir para detenerme.

VUELVE A MÍ, VUELVE A TI

Aoife

La casa de Edel Kavanagh estaba llena hasta los topes de gente cuando crucé el umbral con ella y Sean una hora después.

Armada con una bolsa para pasar la noche, llena de vitaminas prenatales, ropa para cambiarme y comida para picar, seguí a la mujer que se había apiadado de mis emociones completamente destrozadas, sonriendo y asintiendo a cualquiera que se parara a saludarme. No me crispé hasta que llegué al salón, donde nos recibió Darren. Estaba sentado en el sofá, metido bajo el brazo de quien supuse que era su novio, Alex, mientras hablaban en voz baja entre ellos.

En cuanto sus ojos se posaron en mí, noté un cambio en el ambiente.

Una sensación desagradable.

—Aoife.

—Darren.

—¿Qué has hecho? —Centró su atención en Edel—. Sabes que no quiere verla.

«Ay».

No pude ocultar lo mucho que me dolió oír eso.

Mi fuerte inhalación fue prueba de ello.

—Shannon tiene a Johnny, y tú tienes a Alex —le explicó Edel con calma, acariciándome la espalda para tranquilizarme—. Joey tiene a Aoife.

—No le viene nada bien ahora mismo.

—Ya verás lo que no te viene bien a ti como no te calles —dijo una mujer mayor desde un sillón junto al fuego—. Menudo morro tienes imponiendo tu criterio en la casa de

esta amable mujer.

—Pero, tata...

—Ni «pero, tata» ni nada —lo regañó, alzando un dedo arrugado—. No eres demasiado mayor para un tirón de orejas, jovencito.

Vi que llevaba su atención hacia donde estaba yo y sonrió.

—Aoife. —Se la veía mustia y exhausta de los golpes que había recibido, pero la amabilidad todavía brillaba en sus ojos cuando me tendió la mano—. Cuánto tiempo.

Nos habíamos visto solo unas cuantas veces a lo largo de los años, pero esta mujer significaba muchísimo para Joey, lo que implicaba que yo la tenía en gran estima.

—Hola, tata —respondí, salvando el espacio entre nosotras mientras me fijaba en su adorable permanente blanca—. Siento muchísimo tu pérdida.

—Ven aquí y déjame verte —me dijo, cogiéndome de la mano con las dos suyas y apretándola—. Uno de mis nietos dice que vas a formar una familia con otro de mis nietos.

«Dios santo».

Lancé una mirada mordaz en dirección a Darren antes de asentir a regañadientes.

—Oye, Joey quería contarte lo del bebé él mismo, pero sus padres no estaban de acuerdo con que los pequeños lo supieran y luego todo se complicó estos últimos meses. Lo que quiero decir es que no lo habíamos llegado a anunciar públicamente ni nada...

—Tendrás un buen hijo —me interrumpió, y me recorrió una extraña oleada de calor—. Fuerte como su madre. —Sentí el temblor de la vejez en ella cuando llevó una mano a mi vientre—. Cariñoso como su padre.

—No sabemos lo que vamos a tener —me oí susurrar.

—Tendréis un niño —me dijo—, y será como su padre.

—Eso espero.

—Eres una buena chica. —Los ojos le ardieron de emoción—. Con un corazón de oro.

Me encogí de hombros porque no sabía qué contestar.

—Deberías llevarla con él y ver cómo funciona su magia —dijo entonces la tata, girándose hacia Edel—. Devuélvele el corazón a mi nieto y empezará a vivir de nuevo.

—Está aquí —dijo Edel, dando unos ligeros golpes a una puerta cerrada en la otra punta del ala derecha de la casa—. Dame un segundo para convencer a Shannon de que salga.

Asentí con la cabeza y entrelacé las manos, apenas capaz de contener mis emociones.

—Hola, Shannon, amor —dijo Edel cuando empujó la puerta hacia dentro y entró—. Han venido dos chicas a verte: Claire y Lizzie. Están abajo en el salón, cariño.

—Tal vez no debería dejarlo así...

—Y también tú tienes visita, Joey —la interrumpió Edel, indicándome que pasara—. Entra, amor.

Con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, entré y enseguida vi a mi novio acurrucado de lado, en posición fetal. Agarraba un cojín contra el pecho, quieto como una estatua en la cama lujosa, de cara a la ventana.

«Ay, cariño».

Se le veía tan joven...

Tan destrozado...

El recuerdo de las palabras que había escrito en aquella carta continuaba persiguiéndome y tuve que esforzarme para contener las emociones. Al verlo por fin y saber que seguía aquí, me entraban ganas de berrear como un bebé del alivio que sentía.

—No puedes esconderte de mí —declaré tras aclararme el nudo en la garganta. Me sabía mal ignorar a Shannon, pero en aquel momento su hermano era mi prioridad número uno—. Y tampoco puedes darte por vencido.

Se le sacudió el cuerpo, un claro indicio de que, aunque pareciera un fantasma, me podía oír.

Rodeé a su hermana y me senté en el borde del colchón,

de cara a él, y exhalé temblorosamente cuando mis ojos lo vieron.

El rostro demacrado.

La expresión de angustia.

Los ojos vacíos.

—Mi Joey.

Se le retorció el cuerpo.

—Mi amor.

Se le sacudió más el cuerpo.

«Eso es».

«Sigue mi voz».

—Vuelve a mí. —Con las manos temblorosas, le acaricié la mejilla y le aparté el pelo de los ojos, antes de acercarme para rozarlo con la nariz—. Porque yo no me doy por vencida.

Un gruñido de dolor escapó de su garganta mientras se sacudía con lo que parecía auténtica agonía.

—Lo sé —lo tranquilicé mientras continuaba pasándole los dedos por el pelo. Tocándolo. Para traerlo de vuelta a mí—. Estás ahí, ¿verdad?

Se retorció otra vez, apretando los puños.

«Eso es».

—Te veo, Joey Lynch —susurré, besándole sus labios pelados y agrietados—. No puedes esconderte de mí.

Entonces movió la mano y la llevó a mi vientre hinchado y juro que podría haber llorado de alivio.

—Eso es —seguí y le puse con cuidado la cabeza en mi regazo—. Vuelve a mí, cariño.

Por instinto, apoyó la mejilla en mi ombligo, contra la parte de mi cuerpo que lo separaba de su bebé.

—No pasa nada —susurré, meciéndolo cuando se sacudió, tembló y se agarró a cualquier parte de mí a la que se podía agarrar—. No puedes ahuyentarme —prometí, acercándomelo cuando se le enredaron las manos en mi sudadera—. Eres mío, ¿te acuerdas?

Joey no habló hasta que Edel no se llevó a Shannon de la

habitación y cerró la puerta tras ella.

—Reina.

Mi corazón escaló a nuevas cotas.

«Ahí está».

«Sigue aquí».

—Eh, semental —respondí, secándome con el hombro una lágrima descarriada en la mejilla mientras continuaba sosteniéndole la cara hasta mi vientre—. Aquí me tienes.

—¿Estoy muerto?

—No, cariño, no estás muerto. —Le incliné la cabeza hacia arriba para poder mirarlo—. Estás a salvo, ¿vale?

Unos ojos verdes desolados, llenos de pérdida y dolor, me miraron.

—¿Ha muerto?

Sorbiendo un sollozo, sostuve su rostro cubierto de lágrimas entre las manos y le di un beso en la frente.

—Sí, cariño, tu madre no sobrevivió.

No reaccionó.

No se puso tenso ni se estremeció, no gritó ni lloró.

En su lugar, cerró los ojos, volvió a apoyar la cabeza en mi regazo y susurró:

—Creía que había sido una pesadilla.

Destrozada.

Me quedé destrozada del todo.

—Sé que te duele y que estás cansado, cariño —susurré, acercándomelo tanto como podía físicamente en ese momento—, pero te prometo que, si aguantas un poquito más, te pondrás mejor. —Lo besé otra vez—. Vas a conseguirlo, Joe. Te lo juro.

—Vale, Molloy. —Otra lágrima le recorrió la mejilla—. Lo que tú digas.

—Lo siento.

Sus palabras apenas fueron más que un susurro roto en la oscuridad mientras estaba tumbado de lado, mirándome.

Tenía los ojos vidriosos, llenos de lágrimas, y parecía que me atravesaba con la mirada, pero me cogía de la mano. Sentía cómo volvía con cada tímida caricia de su pulgar.

—Lo siento.

—No pasa nada. —Conteniendo mi emoción, me aclaré la garganta y apoyé una mano en su mejilla húmeda, notando sus lágrimas, que lentamente recorrían mi piel—. Estás bien.

Las mismas dos palabras escaparon otra vez de sus labios.

—Lo siento.

—Lo vas a conseguir. —Me acerqué en la penumbra, le puse una mano en la mejilla y froté mi nariz contra la suya—. Juntos hasta el final.

—La carta... ¿La leíste?

—Sí, Joe. La leí.

—No quería dejarte —admitió y entonces un sollozo desgarrador salió de su pecho—. Solo quería protegerte.

—Ese es mi trabajo, ¿recuerdas? —bromeé entre lágrimas—. Soy la que salva a número seis.

—¿Y si no me pongo mejor, Aoife? —dijo, aferrándose a mi cuerpo como si le fuera la vida en ello—. ¿Y si este es quien soy?

—Pues aun así estarás conmigo —le contesté—. Porque te quiero, semental. En todas tus formas y maneras.

—Los he defraudado.

—¿A quién?

—A los chicos. —Se estremeció—. A Shannon.

—No, cariño, no les has decepcionado.

—Me odian.

—Nadie que te conozca de verdad puede odiarte —susurré, secándole una lágrima de la mejilla—. Ojalá entendieras lo mucho que significas para esos niños, lo mucho que te adoran y que te aprecian. Ojalá te vieras a ti mismo a través de sus ojos... —Exhalé temblorosamente—. Eres muy importante para tantas personas.

—¿Y bien? —preguntó Edel cuando entré en la cocina más tarde aquella misma noche—. ¿Ha habido suerte?

Le enseñé el plato y el vaso vacío.

—Ha habido un duelo de ingenio durante un rato, pero sabe que siempre gano.

—Ay, gracias a Dios —respondió, aliviada, llevándose una mano al pecho—. Es lo primero que come desde el lunes.

—Sándwiches de jamón y latas de Coca-Cola —solté, dejando el plato y el vaso en el fregadero—. Así se llega a su corazón.

—Es bueno saberlo. ¿Ha dicho algo más?

—Quiere que suene una canción en el funeral —le dije, transmitiendo una de sus desgarradoras divagaciones—. «Lightning Crashes» de LIVE. Es lo único que quiere —expliqué—. Bueno, la canción y la promesa de que no entierren a Marie con Teddy.

—¿Algún otro consejo, Aoife, amor? —me preguntó con un suspiro de cansancio.

—Sí, no os deis por vencidos con él —le dije, esforzándome para que el labio no me temblara mientras me daba la vuelta para mirarla—. Sé que es difícil y a veces puede llegar a ser un coñazo, pero no lo abandones, Edel. No importa lo que haga. Si le fallas, aunque sea solo una vez, se acabó. —Apoyando la espalda en el fregadero, chasqué los dedos para darle más énfasis—. Será su fin. ¿Ese rayito de esperanza? ¿Ese pequeño puente que os está ofreciendo a John y a ti para llegar a su mundo? Lo hará trizas en cuanto le falles y no podrás volver a entrar jamás.

Me callé un momento antes de meterme la mano en los pantalones de chándal y darle la carta.

—Me escribió esta carta y creo que deberías leerla.

Se podía oír el vuelo de una mosca mientras veía cómo Edel leía la nota de suicidio de mi novio. A cada línea que leía, le temblaban más las manos.

—Lee lo del final —le dije cuando emitió un grito ahogado y cerró con fuerza los ojos—. Lee la parte donde os confiaba

a John y a ti a sus niños.

—Pobre chico.

—Porque eso es lo que son Ollie, Shan, Tadhg y Sean —me obligué a continuar—. Son sus niños, y algo en ti y tu marido le caló. No os dais cuenta de lo crucial que es eso. Tenía pensado suicidarse y lo más triste de todo es que llevaba luchando toda su vida. Está cansado. Está exhausto, y sé que, a pesar de todo, jamás contempló dejar a esos niños a menos que tuviera un plan para ellos. Y tenía un plan. Por fin había encontrado un hogar para sus niños con unas personas en las que sentía que podía confiar. Si conocieras a Joe como yo, sabrías que no confía en nadie. Ha pasado por tantísimo que el hecho de que escribiera todo eso y fuera en contra de su madre y de su hermano para dejar a sus niños a salvo, bueno, es un cumplido de la hostia hacia vosotros.

—Ay, Aoife, amor.

—Pero insistirá —la advertí, secándome una lágrima de la mejilla—. Joey hará todo lo posible por demostrar que tiene razón y que tú te equivocas. —Temblando, llevé las manos a mi barriga hinchada y suspiré—. Se enfrentará a ti como un soldado en la guerra porque a lo único que está acostumbrado es a estar en batalla con los adultos. Cuestionará todo lo que hagas, desde los programas de televisión que les dejes ver hasta la comida con que los alimentes. Te vigilará como un halcón y hará que te sientas como una paranoica, pero no es nada personal. Tienes que entender que esos niños son sus cachorros y él es una mamá oso ensalzada.

»Darte poder será su mayor sacrificio porque eres una mujer, y las mujeres siempre lo han defraudado. No se le puede arreglar como a Tadhg, Ollie y Sean. No puedes ponerle una tirita y curarle las cicatrices que le han hecho. No es indulgente como Shannon ni diplomático como Darren. Joey no está abierto al cambio. Es un libro cerrado. Está traumatizado más allá de lo que tú, sus hermanos o

cualquier otra persona pueda comprender. Pero ¿tú? —La miré directamente a los ojos—. Hay algo de ti que le llama. Te está confiando a sus niños. Eso es un avance.

—Lo voy a dar todo por estos niños —prometió, con la voz cargada de emoción—. Lo voy a dar todo por él.

—Eso espero —respondí con un tono de voz como el suyo —, porque va a ponerse mejor, te lo juro, y entonces tu familia va a conocer al Joey de verdad. Y te juro que os vais a enamorar hasta las trancas de él.

Sonrió con dulzura.

—Ya estamos hasta las trancas, amor.

COMO UNA SOGA ALREDEDOR DE MI CORAZÓN

Aoife

El calor de media mañana que emanaba del sol implacable era sofocante y hacía que se me corriera por el sudor el poco maquillaje que había logrado aplicarme en la cara. El verano sin duda había llegado a Ballylaggin, trayendo consigo árboles verdes, forraje recién cortado y despedidas agridulces.

Sin inmutarme ante nada más que el rubio con traje, mantuve los ojos clavados en su espalda mientras estaba junto a la tumba de su madre. Sentí unas ganas insoportables de proteger al chico que se había convertido en adulto varios años antes de ese día. Era un deseo tan fuerte que casi competía con lo que sentía por el niño que crecía dentro de mi útero.

«Su hijo».

El único momento en el que me había apartado de su lado había sido esa mañana, cuando a regañadientes había ido a mi casa para cambiarme de ropa antes del funeral. Hasta me había duchado en casa de los Kavanagh, en el baño en suite de la habitación de Joey. Fue la única manera de meterlo a él allí. Sosteniéndolo yo, lavándolo y quedándome con él todo el rato.

Aquel traje de diseñador le quedaba genial. Sí, lo había vestido antes de dejarlo esa mañana.

Totalmente solo con sus pensamientos, su dolor, mi novio estaba allí rígido junto a la tumba. Mucho después de que enterraran a su madre y que los otros Lynch se dispersaran, Joey continuaba haciendo vigilia, todavía intentando protegerla, incluso aunque estuviera muerta.

Me partía el alma porque sabía que ella le había hecho más agujeros que el cabrón de su padre. Había un agujero del tamaño de Marie Lynch en el corazón de mi novio que ni todo el amor del mundo podría curar.

«Dios sabe que lo he intentado».

No era digna del amor incondicional de Joey, no cuando jamás lo había querido como él se merecía. Pero de todos modos aquella mujer siempre lo había recibido. Quizá fueran las hormonas del embarazo que elevaban mis emociones agotadas y me hacían pensar de forma más irracional que de costumbre, pero estaba enfadadísima con ella. Su muerte, a pesar de lo horrorosa e indescriptible que había sido, no la absolvía de los pecados que había cometido contra sus hijos cuando estaba viva.

Esos pecados que habían dejado el corazón de su segundo hijo casi insalvable.

Lo único que él quería era su amor.

Y jamás se lo había dado.

Miré a mi alrededor, con amargura y tristeza por todo lo que habían perdido, consciente de que los otros hijos de los Lynch estarían bien a la larga. Darren regresaría a la vida que se había construido en Belfast, mientras que Shannon y los tres niños tenían a los Kavanagh, que se ocuparían de ellos. No sería fácil, habría bastantes dificultades en el camino, pero se adaptarían.

Desde luego ahora tendrían más oportunidades.

Y luego estaba mi Joe.

El que habían sacado de la familia.

El que habían sacado de Ballylaggin.

«De mi vida».

Se había metido en un centro de desintoxicación en el campo. En cuanto se había dado cuenta de lo grave que era su adicción, los Kavanagh se habían ofrecido a pagarlo, y, en un extraño momento de claridad, Joey había firmado los papeles.

Cuando terminara el funeral de su madre, iba a marcharse.

Estaría fuera todo el verano.

«Tal vez se marcha para siempre».

«Joder».

«No pienses así, Aoife».

La noche anterior, cuando se había cuestionado si estaba haciendo lo correcto al irse, lo había apoyado firmemente y lo había animado por tomar esa decisión, aunque me partiera el corazón.

Tenía que irse.

Y yo tenía que dejar que se fuera.

Exhalé con dolor mientras apretaba con fuerza la rosa que sostenía en la mano y salvé el espacio entre nosotros, ignorando todas las miradas de curiosos y boquiabiertos que recibí en el proceso.

Algunas personas lo sabían.

Pero la mayoría no.

A decir verdad, no me importaba una mierda lo que pensase la gente. Podían especular todo lo que quisieran sobre la subida drástica de peso que intentaba ocultar bajo mi vestido negro.

Que les jodieran a todos.

Sin pararme hasta estar hombro con hombro con el único chico al que había amado, mantuve los ojos clavados en la tumba recién cavada de su madre y tiré allí dentro la única rosa antes de por fin encontrar el valor para enfrentarme a él.

«Mantén la calma, Aoife».

«No lo asustes».

«No hagas ninguna estupidez».

Inhalé con fuerza cuando posé los ojos en su precioso rostro demacrado y escondí lo destrozada que estaba tras una dura mirada de determinación.

Ese era el problema con Joey Lynch, no podía soportar la debilidad.

Lo dejaba hecho polvo.

Pasaba tanto tiempo preocupándose por su familia,

defendiendo a los que eran más débiles que él, que no le quedaba espacio para la vulnerabilidad.

Necesitaba una pareja fuerte.

Alguien que se pudiera cuidar por sí mismo.

Alguien que no necesitara que lo trataran con guantes de seda.

«Entra, Aoife».

—Te dije que no vinieras.

Ni «hola, Aoife» ni nada.

Solo pura sinceridad.

Quería despedirse esa mañana.

Pero no pude hacerlo.

«Necesitaba otro minuto».

Al ponerme tensa, arqueé una ceja, me tragué mi inseguridad y la reemplacé con valentía fingida.

—Y yo te dije que ahorraras saliva.

—Aoife. —El dolor inundó sus rasgos y un estremecimiento le recorrió el cuerpo delgado—. No deberías estar aquí. No es bueno para el...

Bebé.

Sí, ya me sabía aquel rollo, otro cuento de viejas.

«Si miras a la cara de la muerte, jamás sentirás el aliento de tu hijo».

La cosa era que mi enamoramiento superaba la superstición.

—Me da igual —repliqué, desafiante—. Como si no fuera a venir, Joe.

Habíamos pasado juntos por viento y marea.

No iba dejarlo solo en el entierro de su madre.

—Aun así... —Sus ojos continuaban buscando en los míos. No tenía ni idea de qué, pero parecieron encontrarlo, porque exhaló un suspiro que sonó a alivio.

—Bueno, ¿estás preparado? —Di una palmada para dejar de intentar llegar a él. La verdad era que quería agarrarlo y encerrarlo en mi habitación.

«Para mantenerlo a salvo».

«Para no quedarme sola en esto».

Forcé una sonrisita antes de añadir:

—Para lo que viene ahora.

Aquellos desolados ojos verdes quemaron algo en el interior de mi alma.

—No.

Más pura sinceridad.

—Bien. Porque yo tampoco. —Atascándoseme la respiración en la garganta, me rodeé el cuerpo con los brazos, dispuesta a ser una mujer más fuerte y no derrumbarme.

«Puedes hacerlo, Aoife».

«Puedes dejarlo marchar».

«No, no puedes».

«No puedes».

«¡Que no se vaya!».

—Molloy.

—Rodéame con los brazos y abrázame como si no fueras a verme en tres meses —le ordené con voz ronca, porque necesitaba que no dijera nada que hiciera añicos mi apenas sólida determinación, mientras me dirigía a sus brazos.

Inhalando profundamente, noté su olor a limpio. Lynx, aire fresco y nada más.

Ni alcohol ni humo.

«Dios, debe de estar sufriendo muchísimo ahora mismo...».

—Joder. —Movié los labios hacia mi pelo y, como la costumbre de toda una vida, mis manos temblorosas fueron a la cinturilla de sus pantalones—. No me esperes, ¿me oyes?

Sus palabras me enfurecieron, pero no respondí.

¿Cómo iba a hacerlo?

Me estaba costando muchísimo mantenerme calmada.

No podía derrumbarme en ese instante.

No allí.

—Vive tu vida, ¿vale, Molloy?

Como si eso fuese una opción.

¡Estaba embarazada de su bebé, por Dios bendito!

Sus comentarios tan solo demostraban lo despegado de la realidad que estaba. Lo mucho que se le había ido la cabeza. Lo destrozado e irracional que llegaba a ser su proceso mental.

Otra persona podría haber confundido sus palabras con egoísmo, pero no era verdad. Era la persona menos egoísta que conocía, pero no estaba allí mentalmente. Se había separado de la realidad.

—Cállate, Joey Lynch.

Se me quebró la voz y me aferré a él, sin atreverme a ceder ante cualquier duda que tuviera de que aquello no funcionaría.

No podía permitirme pensar así.

Iba a ponerse mejor.

Y luego regresaría a casa conmigo.

—Te quiero —logré decir, cerrando los ojos con fuerza.

—Cállate tú, Molloy —contestó con la voz entrecortada mientras me daba un beso fuerte en la frente. Quería tatuarme la sensación de sus labios en mi piel, aterrorizada por no volver a sentirla. Movié las manos de mis hombros a mi cuello antes de llevarlas a mis mejillas—. Yo también te quiero.

—Estaré aquí cuando salgas. —Sabía que sonaba patética, como otra estúpida mujer poniendo en juego su futuro por un hombre, pero tenía que darle esperanza.

—No estés aquí. —Se inclinó y me besó con fuerza—. Ve a un lugar mejor.

—No acepto órdenes tuyas —susurré, moviendo los labios contra los suyos—. Ya deberías saberlo.

—Porque eres una tonta loca —dijo rozando los labios hinchados y reventados contra los míos mientras hablaba—. Estás malgastando tu vida conmigo. Lo sabes. No deja de repetírtelo todo el mundo, pero no escuchas...

—Porque es mi vida y la malgasto como quiero —solté,

llevando las manos a las solapas de la chaqueta del traje, y, con los ojos cerrados para mantener las lágrimas a raya, probé a echarle humor y añadí—: Así que será mejor que mejores ese culito sexy y vuelvas a casa conmigo, porque te voy a necesitar sano, ¿vale?

Esa era la verdad.

Lo necesitaba sano.

Mierda, lo necesitaba y punto.

—Aoife. —El dolor se reflejaba en sus rasgos—. Soy una mala apuesta.

—Vale —repetí al no encontrar ningún consuelo en su falta de confianza.

«Ay, Dios».

«Él tampoco cree que pueda hacerlo».

—Sí. —Asintió despacio con la cabeza y acarició mi nariz con la suya—. Vale.

—Ahora dame un beso y dime que me quieres —le indiqué, sosteniéndolo por la nuca—. Y que sea uno bueno.

—Deberías haberme dicho que me fuera a tomar por culo —susurró, acercándose más— hace un montón de años, cuando estábamos en primero. —Sus labios rozaron los míos una y dos veces—. Te quiero desde entonces. —Otro beso—. Desde la primera vez que te vi, sentada en el muro con ese pelo rubio moviéndose por el viento alrededor de tu cara—. Sacó la lengua para jugar con la mía—. Solo que no lo sabía entonces.

—Joe.

—Sé que no me lo he montado bien contigo, Molloy —continuó enseguida, atrancándosele las palabras mientras trataba de unir las piezas de la realidad en la bruma de abstinencia y dolor—. Pero tú eres la única —continuó diciéndome, en voz baja, con dolor y urgencia—. Siempre fuiste la única. Mi única. En los buenos tiempos y en los malos. Te juro por Dios... —Se aclaró la garganta e inclinó la cabeza hacia la tumba recién cavada a nuestro lado—. Sobre su tumba. Te lo juro. Da igual lo jodido que haya

estado, nunca he tocado a ninguna otra chica. —Negó con la cabeza, exhaló con fuerza y dijo—: ¿Sabes todas esas locuras que he hecho? ¿Las gilipolleces con Shane y los chavales? ¿Las drogas? ¿Las peleas? Todo eso. No era que te estuviese reemplazando a ti. Fue por reemplazarme a mí.

—Estabas enfermo, Joe —dije, notando cómo el corazón golpeaba con fuerza la caja torácica, al llegarme sus palabras directas ahí de una nueva forma deliciosamente devastadora—. Sé que no has pretendido hacerme daño con nada de eso.

—Pero ambos sabemos que lo hice —respondió con brusquedad—. Que te hice daño.

No contesté a eso.

Sí me había hecho daño.

«Peor que hacerme daño, creo que me destrozó».

—Te quiero —fue lo único que pude decir para justificar haberme quedado, a pesar de lo ilógico que sonara. Era todo lo que tenía. Y, de algún modo, había sido suficiente para capear la tormenta—. Te quiero, Joe.

—Joey —lo llamó la señora Kavanagh, haciendo que ambos miráramos hacia donde estaba con los que sabía que eran dos celadores del centro de desintoxicación—. Es hora de marcharse, amor.

«¡No!».

«No te vayas».

«Quédate conmigo».

—Sí, lo sé, voy —respondió Joey y volvió a centrar su atención en mí.

«¡No te vayas! —quería gritar y tuve que llevarme una mano a la boca literalmente para no soltarlo—. No me dejes sola así. Estoy cagadísima...».

—Te quiero, reina. Siempre te he querido y siempre te querré. —Y siguió destrozándome al susurrar—: Tú siempre has sido la única para mí. Cuando he estado totalmente sobrio o cuando se me ha ido la olla, mi cabeza lo sabe. — Me agarró de la mano y se la llevó al pecho antes de añadir

—: Y mi corazón también.

—Joe.

—Me lo he montado mal contigo de tantas maneras que no sé ni por dónde empezar, pero nunca me lo he montado así de mal. Jamás me lo he montado así de mal, ¿vale? Si hay algo que te he dado durante estos años ha sido fidelidad. Jamás rompí esa promesa, Molloy. Ni una puta vez.

—Joe, solo quiero que te pongas bueno —le supliqué, agarrándolo con fuerza—. Te necesito. Muchísimo.

—Joey, es hora de marcharse —dijo John sénior y a mí me sentó como otra patada en el estómago.

—Sí, dos segundos —contestó con tono de frustración—. Joder, Aoife, ya está, nena. Tengo que irme.

—Solo unos minutos más —me oí a mí misma rogarle y un gemido de dolor se escapó de mi pecho—. Lo siento. Es que es duro.

—Es hora de marcharse, Joey, amor.

—Mierda —solté, agitándoseme el pecho por la presión—. Joe.

—Cuídate, ¿me oyes? —dijo con voz áspera y cargada de emoción—. No te subas a ningún muro mientras estoy fuera, Houdini. —Se aclaró la garganta con fuerza, me dio un beso en la frente y luego se retiró—. Nos vemos, Molloy.

Y entonces se alejó de mí.

Dejándome atrás.

Me quedé junto a la tumba de su madre y vi cómo se marchaba.

Tocando con la yema de los dedos el medallón que llevaba al cuello, el que me había regalado cuando cumplí dieciocho años, vi cómo se lo llevaban.

Me quedé allí mirando, con el corazón rompiéndose en mil pedazos a cada paso que daba.

No podía controlarlo.

Me dejaba y no sabía si alguna vez regresaría.

Intenté ser fuerte por los dos, porque sabe Dios que necesitaba a alguien que fuera fuerte por él, y puse la

sonrisa que había pasado la vida entera perfeccionando, con los ojos clavados en su espalda, como si me faltaran unos segundos para morir.

No podía respirar.

El dolor dentro de mí era asfixiante.

Nos separaban varias lápidas ya, mientras la muerte nos rodeaba de la forma más emotiva. Era casi simbólico en realidad. Estábamos en el lugar donde iban las personas cuando su vida terminaba, al igual que nuestra relación, que potencialmente llegaba a su fin.

Bueno, la puta cruel ironía de todo.

Mi mundo se derrumbaba a mi alrededor y era incapaz de impedirlo.

«No».

«No».

«¡No!».

No podía salvarlo, ahora lo aceptaba, pero lo que me daba miedo es que no estaba segura de que alguien pudiera hacerlo. Debajo de todo eso, él era la persona que yo amaba y todavía quería estar con esa persona.

Mi bandera aún estaba cosida a su mástil roto.

Tenía a su bebé creciendo dentro de mí, un bebé que no podía concebir criarlo sola, aunque sabía que había muchas probabilidades de que tuviera que hacerlo.

Solo quería que se pusiera bien.

—¡Prométemelo, Joe! —grité fuerte, hundida, mientras veía cómo se alejaba de mí la que podría ser la última vez—. ¡Prométeme que volverás a por mí!

Chica débil.

¡Chica débil, débil, débil, puta débil!

Se le tensaron los hombros al detenerse para girarse hacia mí.

Tenía grabada en la cara una expresión de dolor y frustración.

—Molloy.

—Vuelve a por mí, Joe —grité con voz ronca, agarrándome

la barriga—. Ponte bueno y vuelve a por mí..., a por tu familia.

Se me quedó mirando destrozado durante mucho rato antes de asentir con la cabeza.

—Volveré a por ti. Por los dos.

Y se fue.

PARTE 10

NO ENTRE AHÍ

Joey

En el centro de desintoxicación me dijeron que tenía que recordar. Que para ponerme bien tenía que volver al principio. A mis primeros recuerdos de la infancia. Si no lo hacía, los agujeros que mis padres habían dejado en mi interior jamás se curarían.

Sabía que eso era una chorrada. No podían curarme. Por mucho que recordara, no iba a arreglar lo que se había roto dentro de mí.

Lo único que necesitaba de esa gente era que me tuvieran allí encerrado hasta que me desintoxicara. Hasta haber expulsado de mi cuerpo a cada uno de mis demonios para no poder hacerle más daño. Para no romperle el corazón por millonésima vez.

Quería limpiarme, pero, sobre todo, quería permanecer limpio.

Aquello era lo mejor que podía esperar.

No necesitaba que me arreglaran la cabeza.

Tan solo que eliminaran mi naturaleza adictiva.

No estaba seguro de cuánto tiempo llevaba allí ni de los días que habían pasado desde el funeral de mi madre. No sabía qué día de la semana era, ni la última vez que había notado el sol en la piel, porque no podía pensar, al menos en nada salvo el dolor que me recorría las venas mientras el cuerpo soportaba el proceso de abstinencia.

Era muy angustioso. Los temblores, los vómitos, los putos espasmos musculares sin cesar. No acababa nunca.

Por primera vez en años, me obligué a contemplar de verdad el reflejo en el espejo que me miraba a los ojos. Casi no reconocía mi propio reflejo.

¡Dios, estaba hecho polvo!

Estaba harto de mí mismo.

Esa era una afirmación extraña, pero era la absoluta verdad. Estaba harto de cualquier pensamiento o idea que recorriera el cerebro jodido que me dieron al nacer. No estaba seguro de cuándo se fue todo a la mierda o si siempre había estado así y tan solo lo advertía ahora. Fuera como fuese, mi vida se había ido al carajo y yo estaba justo ahí en medio, dueño de mi propio destino, destructor de todo lo bueno.

—¿Quiere saber cómo te sientes al ser yo?

—Sí.

—Inútil. Te sientes inútil.

—¿Todavía tienes miedo, Joey?

—Nunca he tenido miedo.

—Creo que llevas toda la vida en un estado de miedo, y tu reacción a esa sensación, a ese miedo, es lo que te hace ser tan imprudente.

—Nunca le tuve miedo.

—¿Solo a en lo que podrías convertirte?

—No entre ahí.

—Tu padre te hizo daño.

—Ya lo sabe.

—Y sigues aquí.

—Sí, joder.

—Te acercaste tanto a la muerte como puede hacerlo una persona.

—No soy una víctima.

—Sabía cómo entrar en tu cabeza.

—No.

—¿No?, ¿tu padre no sabía cómo entrar en tu cabeza?

—No.

—Pero tu madre sí.

—Se acabó la conversación.

MENSAJES SIN RESPONDER

Aoife

Aoife: Hola, semental. Sé que no llevas el móvil encima, y probablemente nunca leas estos mensajes, pero hoy tengo un día muy duro y necesito sentirme cerca de ti. Mandarte mensajes me ayuda. Leer tus mensajes antiguos, también. Me duele muchísimo, Joe. Estar separada de ti. De verdad que espero que estés de puta madre ahora mismo. Porque te necesito en casa, ¿vale?

Aoife: ¡¡¡Rebecca hoy me ha llamado «ballena» en el instituto!!! Mira quién habla. La zorra imitó a una ballena mientras me estaba cambiando para Educación Física. ¿Te puedes creer qué jeta? Bueno, pero no fue tan malo porque Casey después le hizo la zancadilla en la cancha de baloncesto como castigo y entonces Alec le pasó por la cara su sobaco sudado. Aunque no te voy a engañar, me están afectando los chistes de ballena.

Aoife: Vale, es oficial. Me estoy convirtiendo en una ballena.

Aoife: Para ti sigo siendo un diez, ¿verdad?

Aoife: Bueno, estaba en SuperValu comprando con mi madre después de clase, ¿y sabes quién estaba allí? Shannon. ¡¡¡Con su novio!!! Odio decírtelo, Joe, pero me los encontré en el pasillo de los condones. Supongo que eso está bien, ¿eh? Al menos toman precauciones. No me vio, y yo no me acerqué a ella. Es que... no podía, ¿sabes? Me resulta muy difícil. Pero ha cambiado un montón. Sonreía como un gato al que le han dado leche y tenía las mejillas sonrosadas, no pálidas como si estuviese muerta. Se la veía muy tranquila en general. Como si estuviera contenta. Fue genial verla así.

Aoife: Bueno... Estoy casi segura de que Casey se ha hecho un trío con Al y Mack. Todos lo niegan, pero sin duda ha ocurrido algo entre los tres en el cobertizo para el heno de Podge la semana pasada.

Aoife: Hoy es la primera vez que he notado una patada del bebé.

LA CHICA DEL MURO

Joey

Con el corazón helado en el pecho, crucé los brazos detrás de la cabeza y me quedé mirando al techo, con la única compañía de mis pensamientos.

Mi recuerdo más antiguo es que tenía un trabajo.

Al principio, ese trabajo consistía en una única tarea: proteger a mi hermana.

Conforme los años fueron pasando, mi trabajo se complicó.

Llegaron más bebés, los golpes eran más fuertes y la presencia de mi madre en mi vida se fue esfumando.

La luz en sus ojos iba apagándose poco a poco hasta quedar a oscuras.

Vi cómo sucedía.

Impotente, presencié cómo se convertía en un fantasma.

Pareció ocurrir con el transcurso de los años, pero también de repente.

A los doce años, ya no estaba.

A los doce años, yo tampoco.

Se me curaron los huesos rotos, se difuminaron las cicatrices y me creció el cuerpo.

Llegó la pubertad y encontré consuelo en las chicas.

Pero la verdad es que no.

El sexo era algo que aceptaba cuando me lo ofrecían.

Era lo mismo que las drogas.

Lo que me ofrecían, a pesar de las consecuencias, aunque fuese malo para mí, lo recibía con los brazos abiertos.

Durante la terapia, intentaron decirme que era una forma de autolesionarse.

No dije nada.

Me dijeron que tenía TEPT.

De nuevo, permanecí callado.

Me prometieron que no era culpa mía su muerte.

«Nada».

Me aseguraron que tenía un brillante futuro por delante.

«Vacío».

Por la noche, cuando el mono me daba fuerte, me hacía un ovillo muy pequeño y pensaba en ella.

Era la única cosa que me ayudada a continuar.

Su cara.

«La única cara».

Su foto en la funda de mi almohada era lo único que tenía de casa.

Era lo único que me había llevado conmigo.

Lo único por lo que rezaba que estuviera allí cuando saliera de aquí.

Aunque sabía que estaría mejor bien lejos de mí.

La había arrastrado a mi nivel tóxico.

Y luego la había dejado, sola, con un bebé en la barriga.

Mi bebé.

Yo había hecho eso. Le había arruinado el futuro antes de que su vida ni siquiera hubiera empezado.

No era mejor que él.

Le había hecho a Molloy lo que mi padre le había hecho a mi madre hacía muchos años.

Y, aun así, seguía a mi lado. Se había quedado en la tormenta, en el puto huracán categoría 5 que era mi vida, no me había abandonado nunca, ni siquiera cuando yo sí me había abandonado.

Nadie me había calado nunca como ella.

Nadie me había aceptado como ella.

«Por mí».

Pasé tanto tiempo intentando apartarla que cuando paré fue muy fácil. Estar con ella era como respirar. No sabía que necesitaba el aire, pero intuía que moriría sin él.

Ella era así para mí.

Su presencia en mi vida era tan importante.

Estar sin ella me resultaba raro.

La idea de no tenerla en mi vida me hacía estar en la cama.

A veces me preguntaba si se olvidaría el mundo de mí si me quedaba quieto lo bastante. ¿Me iría con mi madre? Dondequiera que estuviese.

En terapia, me decían que escribiera sobre mis sentimientos, pero la verdad era que no sabía por dónde empezar.

Ya no estaba seguro de lo que sentía y no sabía diferenciar entre lo real y lo artificial.

Lo único que veía era a ella.

«La chica del muro».

EMPOLLANDO Y FRACASANDO

Aoife

«Nos vemos, Molloy».

«Volveré a por ti».

«Por los dos».

—Aoife, venga, ¿eh? ¡Tienes que concentrarte! —La voz de mi hermano penetró en mis pensamientos. Levanté la vista del cuaderno en el que estaba garabateando para encontrarme a Kev mirándome fijamente desde el otro lado de la mesa de la cocina, con una expresión expectante en la cara—. ¿Has oído una palabra de lo que llevo diciéndote las últimas dos horas?

Podría haberle mentido, pero no tenía energía para hacerlo.

—No.

—Aoife —suspiró con fuerza—. Es el examen de acceso a la universidad. No puedes ir mañana y garabatear la prueba de Inglés.

—Pero mis dibujos son muy monos —contesté, añadiendo una carita sonriente a mi última creación—. Mira qué arañita tan mona en su telaraña.

—Seguro que el dibujo de la arañita mona será fantástico para la habitación del bebé —soltó con sequedad—, pero no te va a ayudar a aprobar los exámenes, y tienes que aprobarlos, ¿recuerdas?

—¿Para qué, Kev? —Señalé mi vientre vulnerable para dejarlo bien claro. Habíamos acordado una tregua frágil y mi hermano estaba intentando redimirse siendo mi profesor particular, pero nuestra relación estaba lejos de volver a ser lo que era—. Ambos sabemos que no tengo la esperanza de aprobar el examen de acceso a la universidad. Hay mucho

que hacer y muy poco tiempo para conseguirlo.

Sinceramente, había leído más en los últimos tres días que en dieciocho años.

Empollando para los exámenes era un desastre y, aunque mi hermano fuese un profesor excelente, no me entraba nada porque solo podía pensar en mi novio.

Habían pasado tres semanas desde el funeral, desde que habían ingresado a Joe en el centro de desintoxicación en el campo, pero juro que aún estaba atascada en aquel día. El tiempo transcurría, y yo tenía la cabeza atrapada en ese instante.

No podía contactar con él y eso me estaba matando.

Según Edel Kavanagh, que se había puesto en contacto conmigo todas las semanas desde el funeral, Joe no podía usar el teléfono durante la desintoxicación. Iba en contra de su política para pacientes tener acceso a los teléfonos móviles y cualquier tipo de contacto con el mundo exterior hasta que avanzara en su recuperación.

—Lo único que tienes que hacer es sacar un aprobado raspado —me dijo Kev, dejando su lápiz para coger otro libro de texto—. Sé que puedes aprobarlo, Aoife. Puedes hacerlo.

—¿Y si no?

—¿Crees que este curso es difícil estando en sexto embarazada? —dijo intentando ir de poli malo—. Pues imagínate lo difícil que será repetir curso con un bebé en brazos. —Entrecerró los ojos—. Todos los de nuestro curso estarán en la universidad y trabajando. Joder, hasta los colegas drogados de tu novio van a ir este verano como estudiantes de intercambio a Estados Unidos. No estarán allí para cubrirte las espaldas si cateas y repites sexto.

Eso era cierto.

En cuanto terminaran los exámenes, Podge y Alec, junto con otro montón de compañeros de nuestro curso, se iban a Estados Unidos en verano, y no los culpaba lo más mínimo. Era una oportunidad única.

Aparte de mí, la única otra persona de mi círculo de

amistades que no tenía planeado marcharse de Ballylaggin de viaje o a la universidad era Casey. Bueno, aparte de dos semanas de juerga en Benidorm a finales de julio.

—No voy a volver pase lo que pase —le dije a mi hermano—. Aunque suspenda, no regresaré al instituto a repetir sexto. Solicitaré plaza para sacarme el título de peluquera en la ciudad a ver si hay suerte.

—¿Y si no te dan plaza en ese curso? Entonces ¿qué? ¿Vas a criar a un niño con el sueldo de una camarera? No vas a dejar los estudios, Aoife —protestó—. No voy a permitirlo.

—No depende de ti, Kev.

—Bueno, sé que mamá y papá tampoco lo permitirán —replicó—. Así que tienes que aprobar estos exámenes y, si no quieres hacerlo por ti, entonces hazlo por el bebé.

Eso me dolió.

Todo lo que estaba haciendo era por el bebé.

ESTOY AQUÍ, ¿NO?

Joey

—Joseph, tu madre murió en trágicas circunstancias y está bien que llores su pérdida.

«No jodas, Sherlock».

—Está bien que la echas de menos.

Me quedé mirando a la médica, o psicóloga, u orientadora, o lo que coño fuera, manteniendo la espalda superrecta mientras esperaba a que terminara.

Lo único que necesitaba de esa mujer era que me analizara la orina y me pinchase con una aguja el brazo.

—Joseph. —Un fuerte suspiro se escapó de sus labios separados—. Parte del plan de tratamiento es que participes en la terapia.

—Estoy aquí, ¿no? —respondí con brusquedad, consciente de a lo que me había apuntado desgraciadamente.

—¿Lo estás? —preguntó, colocándose bien las gafas—. ¿Estás aquí?

—No lo sé. —Me encogí de hombros, levanté las manos y me señalé—. Dígamelo usted, doctora.

—A mí me parece que tienes la cabeza en otra parte. ¿En Ballylaggin, tal vez? Según tu expediente, tu novia desde hace años... —Hizo una pausa para revisar sus notas antes de esforzarse por pronunciar el nombre—. A-oi-if...

—Aoife —la corregí, moviendo nervioso las rodillas—. Se pronuncia «E-fa». —Me encogí de hombros y añadí—: Básicamente es Eva en irlandés.

—Gracias —respondió con una sonrisa triste—. Soy de Dakota del Sur y, aunque los nombres gaélicos me parecen preciosos, son muy difíciles de interpretar sobre el papel.

Me encogí de hombros.

—Tiene sentido.

—Según tu expediente, Aoife y tú estáis esperando vuestro primer hijo...

—¿Podemos dejar el tema? —mascullé, apenas capaz de estarme quieto, mientras me inundaba un tsunami de culpa y odio hacia mí mismo—. No... No puedo... No voy a hablar de ella.

—¿Por qué no, Joseph?

—Porque no tiene nada que ver con esto. —Señalé, enfadado, la habitación en la que me habían metido durante a saber cuánto tiempo, mientras el corazón me latía con fuerza en el pecho—. Aoife no se parece en nada a mí.

—¿No se parece en nada a ti?

—No la caga en todo.

—¿Así que tú crees que la cagas en todo?

—Mierda, no lo sé, doctora —dije con sarcasmo, entrecerrando los ojos—. ¿Cómo describiría a alguien como yo?

—¿Traumatizado? —sugirió con tono amable—. Una víctima de violencia extrema.

—No soy una víctima.

—¿Ah, no?

—No. —La fulminé con la mirada—. Fue a mí al que expulsaron del instituto antes de poder hacer el examen de acceso a la universidad. Fui yo el que sacó malas notas. Él no me lo hizo, lo hice yo. —Exhalé con fuerza y dije entre dientes—: Y he sido yo el que ha arrastrado conmigo a la única persona que me ha querido de verdad en la vida. Sí, Aoife está embarazada, y no solo va a tener que enfrentarse a eso sola mientras yo estoy aquí metido como el patético metepatas que soy, sino que tendrá que hacerlo además con lo que conlleva tener a mi bebé.

—Pareces enfadado con ella.

—Estoy enfadado conmigo mismo —solté, sacudiendo las piernas por los nervios y con los puños apretados sobre los muslos—. Me cabrea haberla arrastrado conmigo... —Exhalé

de nuevo de forma entrecortada y le lancé una mirada asesina—. Ya veo lo que acaba de hacer al sacarla en la conversación.

—Sí. —La doctora sonrió—. Está claro que te hace hablar, ¿eh?

—Cuando me dijo que estaba embarazada, yo estaba ausente —me oí admitir—. Me había ido hacía mucho tiempo antes del embarazo. A las citas con el médico y las ecografías solo fui con el cuerpo. Estaba asustada y sola, dependía de que yo la ayudara, y lo único que hice fue ponérselo más difícil.

—Pero no se marchó —supuso la médica—. No te abandonó.

—No —contesté—, no lo hizo.

—¿Por qué crees que no lo hizo, Joseph?

—Porque es la persona más cabezota que existe —mascullé, frotándome la mandíbula—. Porque Molloy no deja nada, ni siquiera cuando no es bueno para ella.

—¿Te incluyes en esa afirmación?

—Míreme —dije de forma inexpresiva.

—Lo estoy haciendo —respondió la doctora, calmada—. Estoy viendo a un joven que, a pesar de todo el trauma y el horror que ha tenido que soportar, ha continuado centrándose solamente en recuperarse y volver con ella. —Sonrió—. Así que diría que esa Molloy tiene muy buen ojo para la gente.

—Hum.

—¿A lo mejor te necesita?

—Lo que necesita es correr justo en la dirección contraria respecto a donde yo estoy.

—Pero esa no es una opción, ¿verdad? —tanteó—. Tu hijo se merece un padre, y tú precisamente sabes lo mucho que influye ese rol en la vida de alguien.

«Eres igual que yo, chico».

«Harás más mal que bien».

—Está otra vez en tu cabeza, ¿a que sí? —señaló la

doctora—. Tu padre.

Joder, sí que era intuitiva.

—No sé si puedo romper el ciclo, pero quiero hacerlo. —Necesitaba moverme, así que me levanté y me puse a caminar por los estrechos confines de la habitación—. Lo deseo con tanta fuerza que me pego despierto toda la puta noche. Por eso volví esa noche. Por eso dejé que Lizzie me convenciese para que no saltara. Por eso no me tiré del puente. Por eso estoy aquí ahora. —Frustrado y ansioso, me cruji los nudillos y caminé hasta la ventana—. Sé que no soy lo bastante bueno, pero quiero serlo.

—¿Qué tal llevas la abstinencia? —preguntó cambiando de tema.

La abstinencia era lo peor.

Durante días me sentí entumecido, enfadado y carente de energía.

No quería hablar con nadie, no quería levantar un dedo.

—Mejor —le dije y clavé los ojos en un grupo que plantaba flores en los jardines de fuera—. Es soportable.

—Debe de ser un alivio para ti.

—¿Desaparecerán los recuerdos?

—Lo dudo. Pero cada vez los gestionarás mejor. Serán llevaderos. Encontrarás un punto medio sobre el que reconstruir tus cimientos. Aprenderás a superarlo. Por eso estás aquí. Para reconstruir.

—Todavía puedo olerla. —Solté el aire de forma entrecortada—. Todavía puedo olerlo.

Decidí que era demasiado doloroso respirar y cerré los orificios nasales y las vías respiratorias, aún tieso como un palo, esperando que se pasara la oleada de pena.

Rezando para que fuese rápido.

Por fin pasó.

—¿Cuándo podré llamarla? —Me giré hacia la doctora, apoyando la espalda en el alféizar de la ventana y dije—: Necesito hablar con ella.

—Todavía no.

—Nunca había estado tanto tiempo sin hablar con ella — admití, hinchándoseme las pelotas, pero sabía que aquella mujer era implacable. No daría su brazo a torcer. Dios sabe que lo había intentado muchas veces—. Por favor, doctora. Es mi mejor amiga.

SE ACABARON LAS CLASES

Aoife

—Eso ha dolido —declaré, saliendo con mis amigos de clase después de terminar el último examen del curso académico en nuestro centro de secundaria.

Seis años de preparación.

Bueno, seis años de trabajo previo para Kev y los demás.

Yo más bien me había pegado seis años con mis mierdas, echándome unas risas.

Y ahora todo había acabado.

—Ha sido un fracaso total —se quejó Podge, rascándose la nuca—. Mi madre se va a volver loca cuando vea los resultados en agosto.

—Al menos vosotros estaréis fuera cuando salgan los resultados de los exámenes. Yo tendré que enfrentarme a mi madre en persona. —Con un suspiro dramático, Casey abrió la cremallera de su mochila y vació lo que había dentro en un contenedor de basura enorme, mientras Podge hacía lo mismo.

Mientras tanto, Alec tiró la mochila entera dentro antes de quitarse el uniforme para deshacerse también de él.

—Llevo seis putos años esperando para hacer eso —declaró en calzoncillos, sin vergüenza ninguna, mientras buscaba en su bolsa deportiva una camiseta de manga corta y unos pantalones que ponerse—. Os digo, chicos, que me he quedado tan a gusto como me imaginaba.

—No me puedo creer que vayáis a perderos el baile de fin de curso —refunfuñó Casey, lanzándole a Alec una mirada acusatoria—. ¿Qué se supone que voy a hacer, eh? En agosto, Aoife estará a punto de explotar. Joey... Mejor no entremos ahí. ¿Y vosotros, tíos? Estaréis por Estados Unidos,

yendo de putas y dejándome a mí sin amigos, sin citas y sin pollas. Es una mierda.

—Ay, no te quejes —canturreó Alec, rodeándole los hombros con un brazo y besándola en el pelo—. Sabes que volveré a por mis Tetitas de diablesa.

—Puede que ya haya salido para entonces —dijo Podge, mirándome con empatía—. ¿Has tenido noticias?

Negué con la cabeza, sintiendo esa oleada familiar de desolación inundándome. Odiaba que me hicieran esa pregunta. Era algo que mis padres hacían tres veces al día desde que se había ido al centro de desintoxicación. Cada vez que tenía que contestar y decir que no, se me descascarillaba otro trocito de corazón.

Lo sabía.

Joey no podía llamar.

No tenía acceso a la tecnología, ni tampoco podía recibir visitas. Pero eso no significaba que no me quemara el hecho de no tener contacto con él.

—Chaval, me muero por volver a verlo —dijo Alec con tono melancólico—. Aunque será superraro —añadió con una sonrisa— tener una conversación con Lynchy sin que esté colocadísimo. —Frunció el ceño y se rascó la barbilla—. ¿Sabéis? Creo que eso nunca ha pasado.

—No ayudas, atontado —protestó Casey, clavándole el codo en las costillas—. Joe lo va a petar con el tratamiento y luego volverá a casa sobrio, preparado para petarlo como padre.

—Bueno, eso se da por sentado —contestó Podge.

—Lynchy va a lograrlo, Piernas Saxis —estuvo de acuerdo Al y me dedicó una sonrisa de apoyo—. Ya lo verás.

—Sí —respondí con una brillante sonrisa.

«Eso espero».

TOCANDO Y PINCHANDO

Joey

Mientras el resto de mi familia y mis amigos disfrutaban del verano, yo estaba pasando el mío dentro de una institución de salud mental, con médicos que intentaban deshacer el daño que había sufrido mi cerebro jodido.

Cada día había algo.

Cada puñetero día había un nuevo tema que abordar.

Cuando los médicos y psicólogos no estaban explorando mis sentimientos hacia mi padre, me obligaban a hablar de la muerte de mi madre o se ponían a analizar mi relación con mi novia.

Dios, hasta habían metido al abuelo Murphy en la conversación. A la tata, también. No había nada sagrado para aquella gente. Hasta el más mínimo detalle de mi vida, desde mi nacimiento hasta el presente, les atraía tanto como a mí las drogas.

Lo peor fue cuando me preguntaron cómo me sentía por el fallecimiento de mi madre.

«Fallecimiento».

«Fallecer», qué palabra más curiosa.

Odiaba esa palabra.

Mi madre no había fallecido.

Me la habían arrebatado.

Me la habían robado, joder.

Y le echaba la culpa a ella.

Llevaba toda la vida odiándola, echándole la culpa por cosas que no podía entender en ese momento.

No lo entendí entonces.

Y seguía sin entenderlo.

Pero era mi madre, y había muerto pensando que yo la

odiaba. Aquello jamás iba a encajarlo bien, y nada de lo que esos médicos dijeran iba a reparar el agujero que tenía dentro.

Nada.

Al pensar con claridad por primera vez en varios años, me enfrentaba a mis demonios con una conciencia cargada y un corazón roto.

El puto diario que me animaban a escribir en el hospital me pesaba muchísimo en las manos, estaba lleno de más oscuridad de la que podía soportar.

Confiar no era algo que me resultara fácil, ni siquiera cuando se trataba de escribir en un puto diario.

En cambio, odiar se me daba de maravilla.

Destacaba odiando al mundo.

No solo al mundo, sino a todos los que había en él.

Salvo a ella.

Sí, ella era la única excepción.

EL LARGO Y CALUROSO VERANO

Aoife

Ayer lo vi otra vez.

Saliendo del pabellón de la asociación de hurling, cuando iba en coche del trabajo a casa.

Por supuesto, me equivoqué. No era Joey, tan solo un chaval alto con la capucha subida y un hurley en la mano. Pero hice como si fuera él. Por una fracción de segundo, me imaginé que él aún estaba aquí y que yo no estaba completamente sola.

Me había entrado la depresión enseguida después de eso, y me habría comido la mitad de mi peso en patatas de queso y cebolla antes de desmayarme en la cama, con el álbum de recortes que había pasado todo el verano haciendo. No estaba del todo segura de si era un pasatiempo sano el que había empezado, pero me daba un consuelo inconmensurable, así que ahí estaba.

Cuando desperté esa mañana, el álbum de recortes fue lo primero que cogí. Era como mi mantita personal, llena de seis años de recuerdos con Joey Lynch.

Cada fotografía, cada noche perfecta de verano, cada pelea a gritos horrible, todo lo que yo era desde los doce años hasta aquel momento exacto incluía a Joey. Giraba en torno a nuestra relación y a cómo me hacía sentir.

Los ojos se me fueron a una foto que tomamos cuando cumplí los dieciocho años. Me quedé mirando a los dos adolescentes saludables que me sonreían. Era como si hubiesen pasado millones de años, pero me acordaba de ese instante, de los sentimientos en mi corazón en ese preciso momento.

—Este es tu papi —dije, acariciándome la barriga, que no

dejaba de crecer, mientras me sentaba con las piernas cruzadas en mi cama, y pasé la página.

La primera vez que le había hablado a mi barriga fue justo después de que Joey se marchara al centro de desintoxicación y me sentí estúpida. Pero ahora me parecía tan natural como respirar. Todo el día, todos los días, charlaba con mi pequeño intruso.

Llevar al bebé de Joey dentro de mí era como tener todavía una parte de él conmigo.

«Como si hablara con él».

—¿Ves? —Recorrí la fotografía con el dedo—. Ese es tu papá con la copa de los ganadores en tercero. Fue el capitán del equipo de hurling ese año, y era el mejor en el campo. Y ese es el tío Podge a su lado, y justo detrás con la camiseta en la cabeza está el tío Al. Es un poco inestable, pero lo queremos de todas maneras. —La vista se me fue a Paul, que también estaba en la foto del equipo, y puse una mueca—. Y ese tipo de ahí es el primer novio de mamá. A papi le gusta llamarlo el capullo de Paul.

Un extraño escalofrío me recorrió cuando el bebé se retorció e hizo que se moviera mi pobre estómago estirado.

—Tranquilo, pequeño hurler —lo calmé, acariciando la parte del estómago donde notaba más presión—. Tu pobre mamá no necesita más estrías, ¿vale? Así que quédate quietecito.

HABLEMOS DE INTIMIDAD

Joey

—Hablemos de intimidad.

—No.

—Quiero que vuelvas al principio —dijo mi psiquiatra con calma—, a los primeros recuerdos.

—Intimidad. —La fulminé con la mirada, más que irritado. ¡La de mierda que me preguntaba la mujer! Se pasaba de castaño oscuro—. ¿Qué coño tiene que ver la intimidad con nada?

—Pues mucho —respondió, dedicándome una sonrisa reconfortante—. Empecemos por el primer recuerdo de que te abrazaran.

—¿Se refiere sexualmente hablando?

—Comencemos por lo emocional —me indicó—. ¿Recuerdas algún momento de la vida en el que tus padres te abrazaran?

—Mis padres.

Asintió con la cabeza.

—Tu madre, por ejemplo.

Me puse tenso.

—Esto es una mierda.

—Tú dime —me animó—. Hasta ahora, ¿te he llevado por mal camino?

—No —tuve que admitir a regañadientes, mientras intentaba pensar en cuando era un niño—. Me acuerdo de mi padre abrazándome.

—Centrémonos en eso, ¿vale?

—¿Y ahora qué?

—Pues ahora cuéntame qué recuerdas.

—Creo que tenía cinco o seis años —dije, esforzándome

por recordar.

—Fue antes de aquella vez que nos acogieron durante seis meses. Y había marcado el gol de la victoria en un partido.

—¿Un partido de hurling?

Asentí con la cabeza.

—Estaba tan entusiasmado que me agarró y me lanzó al aire. —Me froté la mandíbula y exhalé con dolor al recordarlo—. Después me llevó a comprar una libra de caramelos. —Fruncí el entrecejo y dije—: Recuerdo pensar «Si puedo seguir ganando, le tendré feliz y dejará de pegar a mi madre». —Me encogí de hombros y añadí—: Así que seguí ganando.

—¿Funcionó?

La miré con acritud.

—¿Usted qué cree?

—Eso es muy interesante.

—¿Por?

—Porque tu mente no ha vuelto automáticamente a tu madre.

—Porque no la recuerdo abrazándome.

—Es una declaración desgarradora, Joey —dijo, escribiendo en su portapapeles.

—Era buena con Shannon —comenté, al entrarme las ganas de defenderla, aunque estuviera enterrada—. Con los niños, también.

—Pero no contigo.

Me encogí de hombros.

—Teníamos otro tipo de relación.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que no creo que me viera como a un hijo —admití con voz ronca—, sino más bien como a un compañero de equipo.

—Un compañero de equipo.

Asentí con la cabeza.

La doctora se quedó callada bastante rato antes de cambiar de tema diciendo:

—Háblame sobre la primera vez que tuviste relaciones sexuales.

—¿Por qué? —La fulminé con la mirada—. ¿Quiere algún consejo?

—¿Cuántos años tenías?

—No lo sé. Estaba en tercero cuando ocurrió. —Fruncí el ceño, me rasqué la mandíbula y me puse a recordar—. Creo que fue un par de meses antes de cumplir quince años.

—¿Crees?

Me encogí de hombros como respuesta.

—Eras muy joven.

Me encogí otra vez de hombros.

—¿Cómo te sentiste?

—No muy bien.

—¿Porque no estabas preparado?

—Porque no tenía control de mí mismo.

Arrugó la frente.

—Háblame de la chica.

—No era más que una chica del instituto. —Me recosté en la silla, me retiré el pelo de la cara e intenté concentrarme en el recuerdo—. Nos habíamos magreado...

—¿Magreado? —me interrumpió—. Lo siento, Joey, pero ¿a qué te refieres?

—A besarse —le aclaré—. Nos habíamos besado. —Me callé un momento y después añadí—: También nos metimos mano.

—Vale, entonces os metisteis mano esa chica y tú.

Asentí.

—Si estábamos en la misma fiesta o en la misma discoteca, nueve de cada diez veces terminábamos enrollándonos.

—¿Sentías algo por esa chica?

—No —admití con sinceridad—. Bueno, no es que no me gustara. La chica estaba bien. Éramos bastante amigos, pero no sentía nada de verdad por ella. No como... —Negué con la cabeza otra vez—. Simplemente... estaba ahí.

—Aoife —terminó la frase a sabiendas—. ¿No sentías nada como lo que sentías por Aoife?

—Lo que siento por Aoife —la corregí, y luego cambié de postura, incómodo—. Por aquel entonces no éramos más que amigos. Ella salía con un tío. Ya se lo he contado antes.

—Ah, sí —dijo pensativa, revisando sus notas—. El capullo de Paul, si no me equivoco.

Resoplé.

—Sí.

—Háblame de esa noche —me pidió—. Cómo fue.

—Me está pidiendo que recuerde algo que sucedió hace un millón de años.

—Hace tres años y medio, no un millón —me corrigió calmada.

—Tres años y medio —repetí y me reí.

—¿Te hace gracia?

—No, es que... —Negué con la cabeza y me reí para mis adentros cuando se me pasaron por la cabeza los recuerdos de conversaciones pasadas—. Es por algo que Aoife decía mucho.

—¿Cuándo?

—Cuando le preguntaban cuánto tiempo estuvo con su ex.

La doctora sonrió antes de devolver la atención a su extraña investigación.

—Cuéntame cómo fue la noche en la que perdiste la virginidad.

—¡Por Dios, esto es muy violento!

—Dame el gusto.

—Fue una noche de Halloween —reconocí—. La noche en la que nació Sean.

—¿2001?

—Sí.

—Por favor, continúa.

—Había una discoteca para menores en la ciudad y fui con unos cuantos chavales —le dije, recordando—. Había tenido un encontronazo con el capullo de Paul. Se estaba poniendo

muy sobón con Aoife por aquel entonces.

—¿Y eso te provocaba?

—Hacía algo más que provocarme.

—Sigue.

—Me fui a tomar por culo con unos amigos, me metí una raya de coca. La verdad es que me metí un montón.

—¿Todo cocaína?

—No. —Negué con la cabeza—. Me había dado por la oxicodina en esa época.

—Las pastillas.

—Sí, pero prefería machacarlas y esnifarlas.

—Para que se liberara más rápido y de forma más intensa.

Asentí con la cabeza, moviéndome en mi asiento mientras el ansia familiar se despertaba dentro de mí.

—Bueno, estaba ido y recuerdo que la chica me llevó a un lado del edificio.

—¿Aoife?

—No. —Negué con la cabeza—. Danielle.

—¿Y qué pasó luego, Joey?

—Pues estaba... —Fruñí el entrecejo, tratando otra vez de juntar las piezas—. Estaba besándola y entonces se puso a bajarme la cremallera para tocarme.

—¿El pene?

—No me importó —respondí, asintiendo—. Quiero decir, era agradable. Me sentía bien. Es que... fue más una sorpresa que nada.

—¿Porque te estaba tocando ahí?

—Porque en ese momento estaba ido —admití antes de añadir—: Porque ni siquiera la veía a ella en mi cabeza.

—¿A quién veías?

—A Aoife.

—Sigue, Joey —dijo después de anotar algo en un papel.

—Me tenía inmovilizado contra la pared y recuerdo intentar levantar las manos para calmar las cosas, pero... no pude moverlas. Y entonces, ella... Eh... Entonces estaba sentado en el suelo con un condón en la polla y dentro de la

chica.

—Estabas dentro. —La doctora frunció el ceño—. ¿No sería más apropiado decir que ella estaba encima de ti?

Me encogí de hombros.

—Fue... una puta noche muy confusa.

—Porque no consentiste.

—Estaba empalmado.

—Tener una erección es una reacción humana a la estimulación.

—Estoy casi seguro de que también me corrí.

—La eyaculación también es una respuesta del cuerpo ante la estimulación.

—Sí, bueno. —Levanté las manos y me reí—. Regresé allí y me la follé voluntariamente un montón de veces más durante años, así que no debió de estar tan mal.

La doctora no se rio.

—Pero esa noche no fue voluntario. Y, aunque sí lo hubiera sido, estabas drogado y no eras capaz de dar tu consentimiento.

—¿Podemos dejarlo? —dije con tono de advertencia—. Ya le he oído este rollo a Shannon y no me lo trago, ¿vale? No soy una víctima. No me violaron, joder. Me coloqué y follé. Son cosas que pasan.

—¿Estás abierto a reconocer la posibilidad de que se aprovecharon de ti?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no soy una víctima.

—¿Puedo sugerir algo?

—Adelante.

—Si tu hermana te contara la misma escena, que un chico al azar de su clase en el instituto le hubiera hecho perder la virginidad de la misma manera que tú perdiste la tuya, ¿cómo reaccionarías?

Me puse tenso.

—No.

—¿Cómo te sentirías al oírlo, Joey?

—Querría matarlo.

—¿Por qué?

—¡Porque no estaría bien, maldita sea!

—Pero ¿sí está bien lo que te pasó a ti porque eres un chico?

Abrí la boca para contestar, pero no salió nada.

«Joder».

—Ya... —Negué con la cabeza y dejé escapar un gruñido—. Ya veo lo que está haciendo, doctora, y no va a funcionar.

—Te han defraudado y se han aprovechado de ti de maneras terribles —continuó—. Entiendo por qué te niegas a considerarte una víctima y, esté yo de acuerdo o no, respeto lo que me dices, pero necesito que aceptes que lo que te sucedió no es aceptable y fue una violación grave de confianza y consentimiento.

PLAN DE PARTO

Aoife

—Bueno, ya has llegado a la semana veintiocho —dijo la médica pensativa, limpiándome el pringue de la barriga al terminar la ecografía—. ¿Cómo te encuentras?

—De camino aquí, vi a una poni en el campo preñada —le dije mientras me ayudaba a levantarme de la camilla de exploración para que me pusiera la ropa—. Le juro que la poni era más ancha verticalmente que larga horizontalmente. —Exhalé y caminé hasta el escritorio sin hacer ruido—. Así que me siento como esa poni, sí.

—Aoife —me regañó mi madre desde su silla.

—¿Qué? —resoplé, sentándome al lado de mi madre—. Ella ha preguntado.

Conteniendo la risa, vi que la médica revisaba mi carpeta de maternidad y tomaba unas notas.

—Nos volveremos a ver en la semana treinta y dos, y luego en la treinta y seis. Después, vendrás cada dos semanas hasta la treinta y ocho, cuando te quiero ver semanalmente hasta el parto.

«El parto».

Dios, qué miedo.

—¿Has hablado del plan de parto con una comadrona?

—Sí. —Me retorcí en la silla, al notar una repentina pizca de pánico en mi interior—. Hemos repasado el plan.

—¿Has elegido quién va a acompañarte?

—Yo —intervino mi madre—. Yo estaré con ella cuando dé a luz.

—No. —Puse los ojos en blanco—. Mi novio vendrá conmigo.

—Aoife. —Los ojos de mi madre se llenaron de

preocupación. No sabemos si ya estará de vuelta.

—Sí, estará aquí —confirmé y devolví mi atención a la médica—. Joey Lynch —dije, señalando mi historial—. Puede anotarlo. Él será mi acompañante en el parto.

AVANCES Y SÚPLICAS

Joey

—Vamos, Joey —dijo la buena de la doctora, sentada enfrente de mí, en mi celda personal. Sí, habíamos pasado de Joseph a Joey y de doctora Bianca Rushton a doctora B o simplemente Bianca—. Nos quedan otros cuarenta y cinco minutos de nuestra sesión diaria. Estás expresando muy bien tus sentimientos. No te calles ahora.

¡Dios, era un demonio de mujer!

Despiadada en lo que fuera que estuviese buscando.

Compadecía a su marido.

«Pobre cabrón».

—Ya te lo he dicho —dije recostándome en mi asiento y cruzando los brazos sobre el pecho—. Me sacarías más si pudiera hacer una llamada de teléfono.

Sonriendo, se recostó ella también en la silla, imitando mi postura.

—Para llamar a Aoife.

—Claro.

—¿Y decirle qué?

—¿Qué tal que lo siento muchísimo por haberla dejado colgada, para empezar? —solté—. Y de paso podría preguntarle por mi bebé. Ya sabes, lo normal.

—¿Podríamos tomar un poco de distancia y considerar la posibilidad de que Aoife esté muy orgullosa de que completes el programa de tratamiento?

—Sería mucho más fácil creerlo si me dejaras hablar con ella.

—Ya conoces las reglas, Joey. Este programa es para ti. Para que te centres en ti mismo y se produzca un cambio. No es para tus hermanos, ni para tu novia, ni para nadie

más. Sé que es una sensación extraña para ti anteponerte a los demás, pero este tiempo alejado del mundo exterior es necesario para tu recuperación.

—Como si tú supieras una mierda.

—Baja el arma, Joey —respondió con una sonrisa—. Se acabó la guerra.

—Sí, bueno, llevo en esta guerra tanto tiempo que no sé cómo apartar el dedo del gatillo —mascullé, crujiendo los nudillos—. Joder, quizá esté loco. Quizá sea mejor que no hable con ella. Ya la he hecho pasar por el aro.

—¿Qué te hace pensar que estás «loco»?

—Jo, pues no lo sé —contesté alargando las palabras con sarcasmo—. ¿Qué hay de que oigo la voz de mi padre muerto en mi cabeza, así como la de mi madre?

—El trauma se revela de muchos tipos y formas.

—Sí, bueno, en mi cabeza, estoy en guerra y no puedo ganar. En guerra con unas personas que ya no pueden hacerme daño y aun así me lo siguen haciendo. Así que me parece que esto va más allá del trauma, Bianca.

—Bien, Joey —me sorprendió al decir—. Eso está muy bien. Sigue hablando.

Decidí que no tenía nada que perder y le di lo que quería.

Todas las ideas y todos los pensamientos jodidos de mi cabeza.

No sabía si algo de aquello tenía sentido y no me importaba menos.

Quería palabras.

Bueno, pues ahí las tenía.

—Intenté sacarlos de allí, muchas putas veces, pero siempre cedía —espeté—. Siempre había una parte de mí que mantenía la esperanza por ella. Igual que ella mantenía la esperanza por él. Y, al final, mira adónde nos ha llevado eso. Él la mató, y yo me quedé tanto tiempo para impedirlo. Pero justo la noche que me marché pasó. ¿Cómo voy a superar eso? ¿Cómo voy a seguir con mi vida? La culpa me ahoga a diario.

Exhalé, frustrado.

—No tenía que haber pasado, joder —dije entre dientes—. Podía haberlo evitado. Podría haberla salvado si me hubiera quedado allí. Pero se me fue la olla, perdí los nervios, la paciencia y lo que fuera que me quedase, lo perdí esa noche. Y, como lo perdí, terminé perdiéndolo todo. Esos niños no tienen madre, y es porque me marché.

—Esos niños no tienen madre porque su padre, tu padre, la mató, no tú. Iba a mataros a todos.

—A mí me cuesta vivir —admití—. Estar vivo es un reto para mí porque no funciona bien. Parece que no tengo las herramientas apropiadas para vivir por inercia. Es como si me hubiera quedado estancado en modo lucha. Estoy constantemente buscando dónde está el peligro. No importa que lo haya o no, estoy programado para encontrarlo. No me iba tan mal cuando me automedicaba. Las drogas me calmaban. Hacían la vida más soportable. Hasta que no pude estar ni una hora sin ellas. Entonces quise vivir incluso menos.

—Eso suena fatal.

—No jodas.

—Sigue.

—No puedo confiar en nadie —añadí—. Ni en ti. Ni en mis pensamientos. Ni en la gente que me rodea. En nadie.

—¿Ni en tus hermanos?

—Eso es diferente. —Entrecerré los ojos, indignado—. Son bebés.

—Tu hermana va a cumplir diecisiete años. Creo que no es precisamente una bebé, Joey.

—Para mí lo sigue siendo —repliqué—. Cualquiera a quien le he cambiado los pañales o le he puesto tiritas en las rodillas siempre será un bebé para mí. Además, no están incluidos en esa declaración.

—¿Y Darren?

—Hoy quieres tirar la casa por la ventana, ¿eh?

Se rio.

—Entremos ahí, ¿vale?

—Preferiría no hacerlo —respondí sin rodeos—. No estaba odiando del todo la sesión de hoy, pero, si lo sacas, me da la impresión de que eso va a cambiar.

—No estabas odiando del todo la sesión de hoy. —Sonrió—. Eso sí es un cumplido. ¿Cuánto hemos tardado, once semanas?

—Que no se te suba a la cabeza.

—¿Te gustaría saber lo que pienso?

—No.

—Dame el gusto.

—Repito, no.

—Creo que tu relación con Darren es una de las cosas que más te hacen estallar.

—Paso de eso, Bianca.

—Porque te rompió el corazón —insistió—. Porque rompió tu confianza.

—Al contrario, me enseñó una valiosa lección —respondí con frialdad.

—¿Cuál?

—Todo el mundo se larga y nadie te jode más que tu propia sangre.

—Pero Darren regresó.

—Poco y tarde.

—Creo que echas muchísimo de menos a tu hermano mayor.

Resoplé.

—Y un huevo.

—Quiere venir a verte.

Me puse tenso.

—¿Y?

—Creo que te ayudaría a curarte.

—No. —Me levanté de mi asiento en cuestión de segundos—. Dile a ese capullo que regrese a Belfast y que se vuelva a olvidar de mí. Y, si de pronto se me permiten visitas, solo hay una cara que quiero ver.

—¿No crees que, en una etapa tan avanzada del embarazo, sería imprudente que Aoife viajara tantas horas para visitarte? ¿Crees que sería bueno para ella emocionalmente estar tan poco tiempo contigo y tener que dejarte otra vez?

El corazón se me disparó en el pecho.

No, no lo había pensado.

—Pues déjame aunque sea llamarla.

—Joey...

—Por favor —le pedí—, haré lo que quieras, joder. Hablaré de toda la mierda. Veré a Darren, pero déjame llamar una vez a mi chica. Por favor, Bianca. Yo no suplico, pero por ella suplicaré.

CAÍDO DEL CIELO

Aoife

Estaba a mitad de mi turno en el trabajo, abrasándome con el calor de principios de agosto, con la sensación de tener pezuñas por pies, cuando mi jefe me hizo parar en seco.

—Aoife —dijo, cogiéndome de las manos la bandeja que intentaba llevar a la cocina—. ¿Cómo estás, cariño?

—Bien —respondí, poniéndome suspicaz al instante—. ¿Cómo estás tú, Garry?

—Para serte sincero, estoy un poco preocupado por ti, cariño.

—¿Por qué?

—Bueno... —Colorado, me señaló la barriga y se encogió de hombros—. Estaba pensando que es hora de considerar relajarse, tesoro. Pareces agotada. Muerta de cansancio.

«¡Ja!».

Ni de puta coña iba a deshacerse de mí con tanta facilidad. Si me marchaba antes, podía jorobarme la baja por maternidad y tal vez luego no me volvería a contratar. Tenía mucho que perder. Tenía que criar a un bebé, maldita sea.

—No salgo de cuentas hasta dentro de ocho semanas —le recordé— y no tengo pensado empezar la baja por maternidad hasta dentro de seis semanas, Garry. Ya lo sabes. Así lo acordamos.

—Sé lo que acordamos, pero ¿no estás cansada, cariño?

«Estoy más que cansada».

—Me alegra trabajar.

—No quiero que sigas llevando de la cocina a las mesas bandejas pesadas.

—Pues ponme detrás de la barra —sugerí— o fregando platos en la cocina. Lo que sea. Me da igual. Pero tengo que

trabajar, Gar. Necesito el dinero.

—Y trabajas muy bien —intentó engatusarme—. Tenemos suerte de contar contigo.

—Pues déjame volver al trabajo —dije, cogiéndole la bandeja y pasándole de largo—, porque me quedan seis semanas más y tengo pensado presentarme en cada turno que me toque.

—¡Qué enorme estás! —me soltó Paul cuando fui a tomarle la comanda al cabo de un rato. Estaba sentado solo en una mesa grande y eso me cabreaba muchísimo porque podría haberse puesto en la barra para dejar espacio para grupos mayores—. Dios, he visto mujeres que han tenido trillizos con barrigas más pequeñas.

—Hola a ti también, Paul —dije con voz cansina, sin tomarme ni una palabra a pecho. No cuando era verdad. Tenía una barriga enorme. Había oído todo tipo de bromas, comentarios sarcásticos y exclamaciones.

El bebé era tan grande que me habían hecho cuatro pruebas de diabetes gestacional y todas las veces los resultados eran negativos. Por lo visto, iba a tener un bebé que sería luchador de sumo.

Incluso mi madre me había advertido que no comprara nada de la talla de recién nacido y me aconsejó que de cero a tres meses era mejor para el pequeño gigante.

Sí, eso no me aterrorizaba nada.

—¿Qué te pongo? —pregunté, pasando la página de mi bloc y sacándome un lápiz de detrás de la oreja—. El especial de hoy es sopa de marisco y cordero asado con salsa de menta hecha por el chef.

—La verdad es que quería hablar —dijo, levantando la mano para rascarse la nuca mientras me miraba la barriga, nervioso—. Contigo.

—Lo siento, pero hoy no tenemos en el menú una conversación conmigo —respondí—. Ni tampoco perdón.

—Entonces tomaré el cordero asado —contestó, encogiéndose de hombros, incómodo—. Y una pinta de Guinness.

—Muy bien.

Cerré el bloc de notas, giré sobre mis talones y volví a la cocina con su pedido antes de ir a la barra para servirle una pinta del líquido negro.

Cuando regresé al cabo de unos minutos con su pedido y lo dejé delante de él, mi ex hizo lo impensable y me agarró la muñeca.

—Dos minutos —dijo con un tono de urgencia—. Solo dos minutos de tu tiempo. Es lo único que pido.

—¿Por qué debería darte ni siquiera un segundo? —repliqué, soltándome la mano—. Tienes mucha suerte de que necesite este trabajo, porque en otras circunstancias te habría echado encima esa pinta.

—Lo sé —dijo, levantando las manos—. Y me lo merecería al cien por cien. Pero me voy a la universidad en un par de semanas, y no podía marcharme sin al menos intentar hacer las paces.

Arqueeé una ceja.

—¿Quieres hacer las paces?

—Quiero pedirte disculpas —contestó—, por lo que te hice. Por decirle a toda la clase que estabas embarazada. Me porté como el culo.

—Sí —afirmé inexpresiva—, así es.

—He pasado mucho tiempo pensando en mi comportamiento —añadió—, en cómo te traté cuando estábamos juntos.

—No entiendo por qué tienes que sacar ahora esto, Paul —me apresuré a decir—. El instituto ha terminado. Te vas a la universidad a empezar una vida nueva. Yo estoy a punto de tener un bebé con tu archienemigo. Dejémoslo así, ¿vale?

—Por eso precisamente tenemos que hablar —dijo—. Por favor, Aoife, dame cinco minutos de tu tiempo.

—Antes eran dos minutos —protesté, sentándome enfrente

de él—. Ahora me dices cinco. Te doy tres y medio.

—Gracias. —Con un suspiro de alivio, me sonrió—. En serio, gracias.

Seguí impertérrita, apoyé las manos en mi barriga y esperé a que fuera al grano.

—Fui un novio de mierda contigo —empezó diciendo—. No te presté suficiente atención. Nunca te pregunté qué querías hacer. Antepuse mis necesidades, mis sentimientos y mis deseos a los tuyos. Iba follando por ahí a tus espaldas siempre y luego se me iba la olla cuando recibía una dosis de mi propia medicina.

—Paul, eso ha quedado en el pasado.

—Sí, ya —asintió—, pero no cambia el hecho de que me sienta fatal por cómo terminó. En especial al revelar tu embarazo. Y después —continuó—, cuando se supo por todo lo que estaba pasando Lynchy en casa. —Negó con la cabeza—. Y luego el incendio. —Exhaló con fuerza—. Nunca me he sentido más mierda.

—Sí.

—Intenté hablar contigo en el instituto después del funeral —me recordó—, para disculparme. Pero estabas cerrada en banda.

—Tenía muchas cosas en la cabeza.

—Lo sé —aceptó—. Es que... Me siento muy mal por todo, Aoife.

—Oye, no es que yo fuera un ángel —contesté—. Estabas paranoico con mi amistad con Joey, y tenías motivos. Puede que no lo lleváramos a lo físico, pero diste en el clavo al decir que mantenía una aventura emocional con él.

—Pero mucho de eso era porque él te dio todo lo que yo no te di. Yo te di regalos. Él te dio su presencia —dijo, tranquilo—. Por aquel entonces no entendía por qué eras tan insistente en ser su amiga. Creía que tener novia tenía que ver con lo material, pero entonces te veía yendo con él, que no parecía tener nada que ofrecerte y aun así se las apañaba para darte todo lo que querías.

Me encogí de hombros, impotente.

—¿A qué viene este cambio?

—Porque no quiero irme a la universidad y empezar una nueva vida sin estar en paz con la antigua —explicó—. Y, lo quieras oír o no, tú fuiste una gran parte de mi antigua vida durante mucho tiempo.

—Vale. —Me recosté, un tanto confundida, y dije—: Una pregunta rápida.

—Dispara.

—Bella Wilkinson. —Negué con la cabeza—. Chaval, ¿en qué estabas pensando?

—¿Te lo cuento todo?

—Adelante.

—Había estado con ella más de una vez. —Se le pusieron rojas las mejillas—. Cuando éramos pareja.

—Vaya mierda —gruñí, dándome unas palmaditas en la barriga—. Bueno, me alegro de haberle pateado el culo.

—Creía que te tirabas a Lynchy a mis espaldas y que por eso te negabas a acostarte conmigo, así que iba a saco con casi todas las chicas que me miraban de reojo.

—No me tiraba a Joey —le dije—. No pasó nada físico con Joe hasta aquel beso en quinto. —Entrecerré los ojos—. Cuando Billy y tú lo engañasteis antes de que lo arrestaran.

Puso una mueca de dolor.

—Sí, ahora lo sé.

—Bueno, y hablando de tías locas. ¿Qué tal Danielle?

—¿Danielle? —se rio sin hacerle gracia—. Danielle fue para no pensar en ti. Cortamos poco después del examen de acceso a la universidad en junio. Lo último que supe era que se veía con el ex de Bella en Tommen.

—Sí, bueno. —Me encogí de hombros, evasiva—. Odio decirlo, pero probablemente esquivaste una bala con esa —resoplé y añadí—: Y es fuerte que te lo diga tu ex embarazada.

Se rio antes de decir:

—Escucha, quería hacer algo por ti antes de marcharme.

Ayudarte de alguna manera.

—No tienes que hacer nada por mí, Paul.

—Sé que ahora estás sola, mientras Lynchy está desintoxicándose...

—Joe va a volver a casa —me apresuré a declarar y las manos se me movieron de forma protectora al vientre—. Se está poniendo mejor y regresará con su familia.

Mi ex se movió, incómodo.

—Siento si todavía es duro para ti oír que lo quiero, pero esa es la verdad y nunca me voy a dar por vencida con él.

—Sí —contestó con un fuerte suspiro—. Ya lo sé, y por eso lo he hecho.

—¿El qué? —Me senté derecha, observándole con recelo—. ¿Qué has hecho?

—Supongo que no has leído el periódico de hoy.

—No. —Apoyé los codos en la mesa y me incliné hacia delante—. ¿Por qué?

—Anoche hubo una gran redada antidroga en Ballylaggin.

—Me estalló la cabeza al oírlo—. Según mi padre, hacía ya tiempo que iban detrás de los hermanos Holland.

Abrí mucho los ojos.

—¿Va en serio?

Paul asintió.

—Se lo llevan a Portlaoise hasta la sentencia.

—¿A Shane?

—Y a otros —me confirmó—. Según mi padre, ya habían arrestado a Shane por agresión sexual, daños físicos graves y varios cargos sin respuesta. Mi padre cree que el juez será duro con él. Tendrá suerte si no celebra los treinta años en la cárcel.

—Eso son seis años. —Noté cómo el cuerpo se me relajaba por la oleada de alivio instantáneo—. ¿Me estás diciendo que no volverá en seis años?

—Más si el fiscal general se sale con la suya.

—Dios santo. —Solté el aire de forma entrecortada y me agarré el pecho—. ¿Cómo ha pasado esto?

Paul se encogió de hombros.

—Alguien le dio el soplo a la brigada antidrogas de un envío de coca con un valor en la calle de seis de los grandes.

—¿Qué? —Me quedé boquiabierta cuando fui consciente de todo lo que no estaba diciendo—. ¿Cómo iba a saber alguien esa información?

—A lo mejor alguien tiene amigos en los lugares adecuados —respondió, alargando la mano por la mesa para ponerla encima de la mía—. A lo mejor, antes de pasar página, alguien quería asegurarse de que su primer amor tuviera una oportunidad con el primer amor de ella.

HOLA, HERMANO

Joey

Uno de los primeros pasos de mi plan de tratamiento era hacer las paces y por eso sabía que jamás me bajaría de la escalera de recuperación por tres razones.

La primera, no iba a disculparme con nadie por sobrevivir.

La segunda, a la mierda.

La tercera, no sabía si podría librar una batalla que me habían dicho que duraría toda la vida.

Porque era un adicto.

Siempre sería un adicto.

No dejaría nunca de querer drogarme.

La posibilidad de luchar contra mis impulsos durante el resto de mi vida era deprimente.

Aun así, me desperté esa mañana y saqué el culo de la cama, terminé todas las tareas y me senté en la sala de las visitas, con un único propósito en la cabeza. Reunirme con Darren y conseguir que me dejaran hacer esa deseada llamada.

La doctora B convenció a todo el equipo terapéutico de que una reconciliación entre Darren y yo sería muy beneficiosa para mi recuperación. En mi humilde opinión, lo consideraba la peor forma de chantaje emocional, como si me colgara delante la promesa de una llamada a mi novia como una zanahoria. Pero, oye, yo qué coño sabía.

Yo no era el que tenía un título guay.

Yo era el adicto fracasado que dependía de esa gente para curarse y volver al mundo.

Pero, maldita sea, odiaba que tuviera que ser Darren. Habría preferido que cualquier otra persona hubiese cruzado la puerta de la sala de visitas, y no era una

exageración. Joder, habría preferido incluso que hubiera sido Gussie. Al menos él me habría pasado unos cigarrillos.

Me bajé las mangas de la sudadera gris hasta las muñecas para taparme las cicatrices y las marcas en las venas. Dios, parecía que había pasado una eternidad, pero sabía que estaba a tan solo un desliz de volver a ese mundo.

No podía pasar.

Ahora que tenía la cabeza despejada, sabía que no podía volver atrás jamás.

Ni siquiera a fumar hierba.

Era demasiado arriesgado.

Sin embargo, las ganas seguían ahí, burbujeando bajo la superficie, y yo estaba asumiendo el hecho de que nunca me desaparecerían del todo. Siempre desearía los opiáceos. Siempre desearía la heroína.

De algún modo jodido, estaba comenzando a estar en paz con eso.

Cuando la doctora B por fin entró en la sala con mi hermano a la zaga, noté que los muros que había intentado bajar volvían a subir a una gran velocidad.

—Joey —me saludó Darren, con los ojos llenos de lágrimas, en medio de la sala con un montón de flores en las manos—. Me alegro de verte, hermano.

—Darren. —Me levanté y lo saludé con un gesto breve de la cabeza—. Por favor, dime que eso no es para mí.

Bajó la vista a las flores en la mano y soltó una carcajada mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—No quería presentarme con las manos vacías.

—Ojalá lo hubieras hecho —respondí con sarcasmo—. Vas a arruinarme la reputación aquí dentro.

—Bah —se rio y salvó el espacio entre nosotros—. Tienes demasiada mala fama.

Cuando tiró de mí para darme un abrazo, me obligué a no apartarlo y le di unas palmaditas en la espalda. Fue lo mejor que pude hacer.

Era un avance.

—Vamos a sentarnos para empezar, ¿vale? —sugirió la doctora B, llevando a mi hermano a un sofá de cuero grande. Por instinto, me senté en el de enfrente.

—No tienes ni idea de lo contento que me puse al recibir la llamada —inició la conversación Darren—. Cuando llegué a casa del trabajo y Alex me dijo que tu doctora había llamado y que te podía venir a visitar...

—Espera —lo interrumpí, recostándome en el sofá y cruzando los brazos sobre el pecho—. Has vuelto a Belfast.

Asintió con la cabeza.

—¿Desde cuándo estás allí?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a cuánto tardaste en dejar a los niños. —Arqueé una ceja—. ¿Cuánto tardaste en volver a tu vida de verdad?

—Joey.

—Eh, no te juzgo. —Me encogí de hombros—. Mira dónde estoy sentado, Dar. No estoy en posición de tirar piedras.

—Están en buenas manos con John y Edel.

Sí, no lo dudaba, pero aun así me cabreaba que los hubiese dejado. Sobre todo, cuando tampoco me tenían a mí.

—Joey —intervino la doctora B—. Recuerda lo que hemos hablado de renunciar al control. No eres el padre de tus hermanos, ni tampoco Darren.

No respondí, porque quería poder hacer la maldita llamada, y las palabras explícitas que tenía en la punta de la lengua me habrían garantizado no poder hacerla.

Entonces la buena de la doctora y Darren se metieron en una profunda conversación.

Sobre mis problemas.

Sobre mi recuperación.

Sobre mi chapa de los sesenta días.

Sobre lo buen adicto en recuperación que era.

Sobre bla-puto-bla.

Salía y entraba de la conversación sin ningún tipo de

interés. Asentía cuando tocaba, sin importarme una mierda lo que Darren pensara de mí. Mis sentimientos hacia él eran demasiado complicados para tratarlos en una sesión de terapia. Se habían acumulado durante casi seis años y tardaría al menos la misma cantidad de tiempo en resolverlos.

Tan solo la mención de una estancia prolongada hizo que aguzara el oído y centrara la atención en la conversación.

—¡Qué coño...!

—Joey, cálmate, por favor. Es solo una sugerencia —empezó a decir la doctora, pero yo ya me había puesto de pie.

—No. —Negué con la cabeza y me puse a caminar por la sala—. No, no, no. Voy a salir en tres semanas. Ya he cumplido el tiempo que iba a estar.

—Joe, si el equipo médico cree que te irán bien un par de meses más, entonces tienes que escucharlos —trató de intervenir Darren, pero yo no iba a aguantarlo.

—No lo han sugerido ellos, gilipollas —repliqué—. Has sido tú.

—Porque creo que lo necesitas —declaró—. Creo que podría ser bueno para ti.

—Y yo creo que necesitas cerrar la puta boca —dije con desprecio—. He hecho todo lo que me han pedido. Me he desintoxicado. He seguido el tratamiento. He ido a la puta terapia de grupo. He plantado las putas flores y he pintado la puta cerámica. —Furioso, me giré para fulminar con la mirada a la doctora—. Accedí a hacer dos semanas de desintoxicación y doce semanas de tratamiento. Ni un día más.

—En realidad, una vez que te inscribes voluntariamente bajo nuestros cuidados, la duración del tratamiento es según nuestro criterio.

—Y una mierda.

—Siéntate, Joe. Tú escúchanos, ¿vale? —volvió a intentar Darren hablar conmigo.

—No voy a quedarme aquí más de lo que acordé —advertí, negando con la cabeza mirándolos a ambos—. Mi novia sale de cuentas en septiembre. ¡Ya sé que a vosotros dos os importa una mierda, pero ya me he perdido la mayor parte de su embarazo y, si creéis que voy a perderme también el nacimiento de mi hijo, estáis más locos que yo, joder!

—Esto es justo lo que le estaba diciendo por teléfono —le dijo Darren a la doctora—. No ve más allá de ella. Antepone las necesidades de esa chica, aunque no sea lo que él necesita.

—¿Perdona? —Le lancé una mirada asesina a mi hermano—. ¿Vosotros dos habéis estado hablando de mí?

—Es el protocolo tener una reunión informal semanal con la persona de contacto para hablar de tu tratamiento —me explicó la doctora B calmada—. Ya lo sabes.

—Salvo que él no es mi puto nada —espeté—. Creía que estaba poniendo al día a Edel y a John. Ellos son los que están pagando este sitio, ¿no?

—Hemos estado informando al señor y a la señora Kavanagh de tu progreso, pero ninguno de los dos son parientes tuyos, así que la información que les hemos dado ha sido limitada.

—¿Quién lo ha puesto a él como persona de contacto?

—Tú, Joe —respondió Darren con tranquilidad.

—No. —Negué con la cabeza—. No.

—Tú firmaste los formularios, Joe.

—Los formularios que tú rellenaste. Los que me hiciste firmar —repliqué con tono acusador—. No deberías haberlo hecho, Dar. Sabes que debería haberla puesto a ella —continué, levantando la voz—. Me quedan tres semanas y voy a salir de aquí. No me importa lo que diga ninguno de vosotros.

—Escucha, no hay nada grabado en piedra, ¿vale? —dijo mi hermano, intentando apaciguarme—. Lo único que estoy diciendo es que creo que sería mejor para ti quedarte unos cuantos meses más.

—¿Y perderme el nacimiento de mi hijo?

—Por favor, considera lo que estoy diciendo —intentó convencerme—. Piensa en la presión que sería para ti ese tipo de ambiente. Estás superándolo, Joe. Mira todo por lo que has pasado este año. Aoife lo entenderá. ¿Y el bebé? El bebé ni siquiera lo sabrá. Bueno, los padres en Irlanda ni siquiera asistían a los nacimientos hasta...

—Vale, tienes que marcharte.

—Joey, vamos.

—No, tienes que quitarte de mi puta vista antes de que se me vaya la olla —dije, alzando una mano como advertencia cuando se movió hacia mí—. Ya, Darren.

—Creo que será lo mejor —coincidió la doctora B cuando la miró en busca de ayuda.

—Joe, por favor...

Cuando intentó hablarme de nuevo, le di la espalda y me dirigí a la ventana, negándome en redondo a interactuar con él. Hasta que mi hermano no salió de la sala no dejé de apretar los puños contra el alféizar de la ventana.

—¿Cómo te sientes después de eso, Joey? —preguntó la doctora B, volviendo a su lugar en el sillón.

—Con ganas de atravesar la pared con el puño —solté.

—¿Y?

—Y de atravesar la cabeza de mi hermano.

—Dime una cosa —continuó—. Cuando te han puesto contra las cuerdas ahora mismo, ¿qué fue en lo primero que pensaste? ¿Tu inclinación inmediata?

—Mi inclinación inmediata fue atravesarle a mi hermano la cabeza con el puño —repetí con un tono monótono—. Y atravesar la pared. Pero su cabeza más.

La doctora sonrió.

—Entonces has aprobado.

—¿Qué?

Amplió su sonrisa.

—Estabas en una confrontación con la persona que te provoca como pocos pueden hacerlo y tu deseo inminente

no ha sido drogarte.

—Quería hacerle daño físico —dije, con el ceño fruncido por la confusión—. ¿Cómo va a ser eso que he aprobado nada?

—¿Le has hecho daño?

—En mi cabeza.

—En tu cabeza es aceptable. —Se encogió de hombros—. Felicidades, Joey. Te has ganado una llamada.

LLAMADAS ENTRANTES

Aoife

La llamada fue un domingo por la noche.

Era la llamada que llevaba esperando todo el verano.

Cuando el número desconocido apareció en mi pantalla, pensé en si debía contestar, pero algo en mi interior me decía que no lo ignorara.

Tirada en el sofá, como una morsa varada, llenándome la cara de uvas, cogí el móvil del suelo del salón y cliqué en Aceptar.

—¿Hola? —dije con un bostezo, bajando con el mando a distancia el volumen de la televisión, donde estaba viendo *Scream*, la vieja película con la que me sentía a gusto.

—Molloy.

Mi corazón.

Mi pobre corazón apuñalado en el pecho ante el sonido de su familiar timbre grave.

—¿Joe?

—Sí, nena, soy yo.

—¿Joe? —grité, contrayendo la cara por la emoción mientras intentaba levantarme del sillón, tirando el recipiente con uvas al suelo mientras tanto—. ¿De verdad eres tú?

—Soy yo de verdad —oí su voz al otro lado de la línea y tuve que sentarme otra vez porque las piernas me temblaban demasiado para mantenerme de pie.

—Ay, Dios mío. —Se abrieron las compuertas y estuve llorando a mares por el teléfono durante tres minutos antes de poder recomponerme—. Hola, semental.

—¿Cómo está mi reina?

—Echándote de menos —dije entre lágrimas—. ¿Cómo es

que me llamas? ¿Estás en casa? Ay, Dios mío, por favor, dime que estás en Ballylaggin y de camino a mi casa.

—Pronto —me contestó—. Te lo prometo, nena. Volveré contigo pronto.

—Entonces ¿cómo es que me llamas?

—Por fin me he ganado llamar por teléfono —me explicó—, así que espera un montón de llamadas.

—¿Desde dónde me llamas?

—Hay un teléfono para todos en la sala de día.

—Me sorprende que te acuerdes de mi número.

—¿Estás de coña? Memorice tu teléfono a los doce años.

—No sabes cuánto me alegro de oírte la voz —le dije riéndome entre lágrimas—. Dios, Joe, estoy temblando tanto que apenas puedo aguantar el teléfono junto a la oreja.

—Conozco esa sensación —le oí decir—. Siento haber tardado tanto en llamarte. Lo he intentado desde el día que me marché, te lo prometo. Es que... —suspiró con fuerza por la línea—. Aquí tienen un montón de reglas y no conseguí esquivar a nadie.

—Entonces ¿te va bien? —me atreví a preguntar, y luego me puse tensa—. ¿Te estás manteniendo limpio?

—Sesenta y dos días llevo ya —respondió, sonando más estable que nunca—. Hasta me han dado esa chapa rara dorada por llegar a los dos meses.

—¿Ah, sí? —Sorbiéndome la nariz, cerré los ojos y me hundí en el sillón—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Bueno, ¿y tú qué tal?

—Ah, ya sabes —contesté con un suspiro, dando golpecitos con los pies con entusiasmo mientras fingía aburrimiento—. El gilipollas con el que salía me abandonó, así que estoy bastante jodida por eso.

—Qué capullo.

—Sí —asentí—. Además, resulta que voy a tener un hijo suyo.

—No me jodas.

—No te jodo.

—¿Y el capullo te ha dejado?

—Sí. —Fingí otro suspiro—. Es que es un drogadicto que te cagas.

—He oído que los drogadictos son los peores novios.

—Y que lo digas.

—¿Tiene al menos una buena polla?

—Sin duda tiene energía de polla grande.

—Vale, ni siquiera voy a hacer como que sé lo que significa eso.

Sorbiéndome la nariz, solté una carcajada de dolor.

—Sigue hablando. Necesito oír tu voz.

—Aoife. —Hubo una pausa y luego salió una avalancha de palabras—. Dios, Aoife, lo siento mucho, nena. Por todo. Por dejarte. Por la carta. Joder, no puedo expresar con palabras lo mal que me siento por todo por lo que te he hecho pasar los últimos meses. Cuando llegué aquí, no era yo mismo. La verdad es que llevo sin ser yo mismo mucho tiempo. No estoy seguro de si alguna vez conociste al que soy de verdad o si te gustará, pero lo estoy intentando. Me estoy esforzando mucho por volver contigo...

—Ya me encanta —solté—. Me gustas de todas las formas, ¿recuerdas?

—No tienes ni idea de lo mucho que significa para mí oírte decir eso.

—¿El qué? ¿Que te quiero?

Le oí sorberse la nariz antes de decir:

—Sí.

—Bueno, te quiero, Joey Lynch —dije con la voz ronca, secándome la mejilla con la mano libre—. Y, por lo visto, no puedo dejar de hacerlo.

—Gracias por eso, joder —respondió—, porque al parecer yo tampoco puedo dejar de quererte, Aoife Molloy.

—Joe, estoy tan... ¡Uf!

Inhalé con fuerza.

—¿Qué pasa? —quiso saber, poniéndose al instante alerta.

—Nada. El bebé me ha estado dando unas patadas muy

fuertes estos días.

Se quedó callado durante un momento, sin duda asimilando mis palabras, antes de preguntar:

—¿Cómo está mi bebé?

—Creciendo por minutos —dije medio riéndome y medio llorando mientras me acariciaba la barriga—. Deberías verme ahora, Joe. Soy como una ballena varada.

—Ojalá estuviera allí contigo —admitió en voz baja—. Lo siento muchísimo por dejarte sola en esto, Molloy. Jamás sabrás cuánto.

—Tú ven a casa —susurré, sintiendo que me recorría un escalofrío—. Ponte bien y vuelve a casa con nosotros.

—Eso estoy haciendo.

—Vaya.

—¿Vaya qué?

—Has dicho «Eso estoy haciendo». —Cerré los ojos mientras una ola de esperanza me inundaba el corazón—. Y no «Eso haré». —Sorbiéndome la nariz, añadí—: No sabes cuánto tiempo llevo esperando que digas esas palabras.

—Ya era hora, ¿eh?

—Con un poco de retraso.

—Eso es decirlo de forma suave.

—Joe. —No pude evitar sonreír mientras me empapaba de cada segundo de tener su voz al otro lado de la línea—. No puedo creer que por fin estemos hablando.

—Ya —dijo con la voz emocionada—. Así que, vamos, reina, háblame. Cuéntame que está pasando por casa. Suéltame todos tus cotilleos.

—Ah, ¿ahora quieres cotillear?

—El corazón quiere lo que quiere, Molloy.

—Sí. —Me mordí el labio y sonreí—. Bueno, pues cotilleos. Hum... Al y Podge se van a Estados Unidos este verano.

—¿No me jodas?

—No te jodo. —Solté una carcajada—. Se las apañaron para ir como estudiantes de intercambio.

—¿Y qué van a hacer allí?

—Van a cuidar niños.

—¿Estás de coña?

—Te juro que es verdad.

—Dios —se rio porque le hacía gracia, pero a la vez sonaba horrorizado—. No deberían dejarlos ni siquiera al cargo de una bandeja de huevos.

—Oye, yo pienso lo mismo —le dije con una sonrisa—. Y Casey se va a Benidorm dos semanas con algunos de los de nuestra clase del instituto, así que ya puedes imaginarte la de aventuras pervertidas que tendrá allí.

—La verdad es que preferiría no hacerlo —contestó arrastrando las palabras—. Entonces ¿estás sola, reina?

—Sí —suspiré satisfecha—. Pero no está tan mal.

—¿No?

—No desde que has llamado.

—Aoife.

—Ay, Dios mío. ¡Por poco se me olvida contártelo! —exclamé y me di con la mano en la cabeza—. Maldito cerebro de bebé.

—¿Contarme qué?

—Me vino a visitar Paul.

Silencio.

—Tranquilo, Joe. —Su silencio decía mucho y puse los ojos en blanco—. Estoy embarazada de ocho meses. No vino a por mí.

—No me sorprendería nada de ese capullo.

—Bueno, pues ese capullo vino a darme una noticia de lo más increíble.

—¿Cuál?

Inspiré con fuerza antes de soltar:

—Shane Holland está en la cárcel.

Hubo otro largo silencio a continuación.

—¿Me has oído, Joe? —dije cuando no respondió—. La brigada antidroga lo pilló en una gran redada. Según el padre de Paul, le espera una buena condena.

—¿Puedes, eh...? —Le oí exhalar temblorosamente antes

de añadir—: ¿Puedes repetirlo?

Sin dejarme nada, le conté palabra por palabra la conversación que había tenido con Paul en el Dinniman.

—Por supuesto, no estaba del todo segura de si me había dicho la verdad —añadí cuando terminé—, así que fisgoneé un poco por mi cuenta y es todo cierto, Joe. Ya no está.

—Joder.

—¿Cómo te sientes al oír eso?

—¿Cómo me siento?

—Sí. —Me encogí de hombros—. Bueno, sé que tenías ese vínculo extraño con Shane.

—Aoife, me siento como si el peso del mundo me lo hubieran quitado de los hombros —me interrumpió—. Temía tener que enfrentarme a él.

—Sí, ya sé a qué te refieres —dije—. Cada vez que me lo encontraba por la calle desde que te fuiste, me guiñaba el ojo o me miraba como un salido, o hacía un comentario sarcástico sobre que no podía esperar a que volviera a la ciudad su mejor cliente.

—No te amenazaría, ¿no?

—No, no, nada de eso —respondí con sinceridad—. Tan solo estaba siendo Shane. El mismo gilipollas de siempre.

—No puedo creerme que esté en la cárcel de verdad.

—Bueno, ahora tienes una cosa más en la que pensar cuando vuelvas a casa en tres semanas —le dije con una sonrisa—. Un Shane menos en Ballylaggin.

Más silencio.

Me inquietaba.

—¿Joe?

—Escúchame —dijo serio y con un tono de voz cargado de emoción—. No quiero que te preocupes por nada, ¿vale? Pero están hablando de dejarme aquí un poco más.

Me quedé echa una mierda.

—¿Cuánto más?

—No lo sé.

—¿Qué? —Se me atascó la respiración en la garganta—.

Pero se suponía que ibas a salir el 22 de agosto, ¿verdad? Catorce semanas, Joe. Eso fue lo que dijeron. Las primeras dos semanas para desintoxicarte y luego el plan de tratamiento de doce semanas. Lo he estado marcando en el calendario. Eso fue lo que dijeron.

—Lo sé, nena —gimió, sonando dolido—. Pero Darren ha estado metiendo mierda donde no tendría que hacerlo y, por lo visto, no puedo firmar mi alta. Me la tienen que dar ellos, y la doctora que lleva mi tratamiento cree que quedarme más tiempo sería una buena idea.

—Pero, si te quedas, significa que no llegarás a casa a tiempo de...

—Estaré en casa antes de que tengas el bebé —me interrumpió—. Estaré allí por ti.

—Joe —dije con esfuerzo, apretando el teléfono—. No puedo hacer esto sola.

—Y no tendrás que hacerlo —prometió—. Voy a ir a casa contigo, Molloy. Te lo juro.

MADRES DE ACOGIDA

Joey

Ridículamente nervioso, marqué el número en el papel que tenía en la mano y escuché mientras sonaba.

Ring.

Ring.

Ring.

Ring.

—¿Hola? —El sonido de su fuerte acento dublinés se hizo por un instante raro a mis oídos. Al fin y al cabo, hacía tiempo que no la oía.

—¿Edel? —Me aclaré la garganta—. Soy..., eh... Soy Joey Lynch.

—¡Joey! —chilló (y la verdad es que chilló literalmente al otro lado de la línea)—. Ay, amor, cuánto me alegra oír tu voz. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien? ¿Estás comiendo? ¿Te tratan bien? ¿Cómo va la desintoxicación? Bueno, tú no te preocupes por nada de aquí. Los chicos y Shannon se encuentran en buenas manos. ¿Cómo vas de calzoncillos, cariño? ¿Tienes suficientes? ¿Y calcetines? Envié más chándales, pero, si te hacen falta más, puedo...

—Estoy genial —me apresuré a decir, impidiendo que continuara con su divagación—. Estoy..., eh..., mejor que genial, de hecho.

—Ah, amor, esa es la mejor noticia que he oído en todo el año. —Su tono estaba cargado de afecto y emoción—. John y yo nunca lo dudamos ni un segundo.

Por un momento, su respuesta me desconcertó y tuve que recomponerme antes de poder hablar.

—Es que..., eh..., por fin puedo llamar por teléfono y..., eh..., quería llamar para ver cómo estabais.

—Bueno, pues me alegra oír tu voz —contestó—. Suenas muy bien, cariño.

—Sí. —Sintiéndome como un tonto, me apoyé en el teléfono colgado en la pared de la sala de día y cerré con fuerza los ojos, cuestionándome durante toda la conversación—. Tengo la cabeza más despejada ahora.

—Bueno, John y yo tenemos una gran sorpresa para ti cuando vuelvas a casa la semana que viene.

—Eso es de lo que quería hablaros.

—Joey —dijo con la voz cargada de preocupación—. Vas a vivir con nosotros, y punto. No quiero oír ni una palabra de protesta, y, si piensas en irte solo, te advierto ya que tengo el olfato de un sabueso. Tú pregúntaselo a Johnny y Gerard. Te seguiré el rastro y te traeré a casa.

—No, eso no es lo que... —Hice una pausa mientras me pellizcaba el puente de la nariz, esforzándome por decir lo correcto—. No estoy pensando en irme por mi cuenta, al menos por ahora. —No me lo podía permitir, aunque quisiera—. Agradezco el techo sobre la cabeza que me ofreces —añadí, mordiéndome el labio—. No quiero separarme de ellos. —«De los niños».

—No tendrás que separarte nunca de ellos —me tranquilizó al otro lado de la línea—. En cuanto llegues a casa, amor, te quedarás en casa. Con tu familia.

—Ese es el problema. —Me mordí el nudillo cuando irrumpió la furia en mí—. Darren habló con mi equipo médico a mis espaldas.

—¿Darren? —oí la sorpresa en su voz—. ¿Qué les dijo, amor?

—Estuvo hablando de mi plan de tratamiento con ellos. Al parecer, está apuntado como mi persona de contacto. Por cierto, ¿podrías cambiar eso por mí? Porque se suponía que tenía que ser Aoife.

—Claro que puedo. Tiene sentido.

—Gracias. Bueno, pues estuvieron hablando y quieren que me quede más tiempo en el centro.

Se mantuvo callada un buen rato antes de preguntar:

—¿Y tú qué opinas, Joey, amor?

—¿Puedo hablarte con sinceridad?

—Siempre.

—Estoy ya listo para ir a casa, pero el hecho de que la doctora esté de acuerdo con Darren me ha hecho cuestionarme.

—¿En qué sentido?

—Nunca se ha equivocado conmigo hasta ahora. —Me mordí las uñas, nerviosísimo—. ¿Y si tiene razón? ¿Y si yo me equivoco? ¿Y si la cago?

—¿Cuánto tiempo quieren que te quedes?

—No lo sé, Edel —me obligué a decir—, pero no puedo quedarme. No puedo estar aquí más de lo que acordamos. Tengo que salir de aquí por Aoife. No la puedo dejar sola después de todo por lo que la he hecho pasar.

—¿Hay posibilidad de negociación? —sugirió—. ¿Qué tal dos semanas más de tratamiento? Aunque, si crees que estás preparado para venir a casa a las veintidós semanas como se planeó en un principio, entonces estás preparado. Tienes un instinto excelente, amor. No dejes que nadie te influya.

—Creo que los médicos esperaban que Darren me respaldara cuando vino a visitarme y, al no hacerlo, les saltaron las alarmas.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —preguntó—. Bueno, no me metería nunca en tu vida privada, Joey, amor. Eres un joven brillante y capaz, y respeto que no eres un niño. Ese no es el tipo de relación que quiero que tengamos, pero, si necesitas que interceda por ti en cualquier momento, estoy dispuesta y lista para dar la cara por ti.

—¿Me respaldarías? —dije y luego soltó el aire de forma temblorosa antes de admitir—. Porque me vendría muy bien tu ayuda.

LA FAMILIA... O ALGO PARECIDO

Joey

La mañana después de la llamada, Edel Kavanagh entró en la habitación como una ráfaga de energía rubia desenfrenada, recordándome a una versión glamurosa de Sarah Connor de *Terminator*.

A su lado, con su atuendo habitual, que consistía en un traje de alta gama hecho a la medida, con una cara risueña y un maletín en la mano, iba John sénior.

—Joey —exclamó Edel cuando me vio apoyado en el alféizar de la ventana, disfrutando plenamente del cigarrillo que había conseguido de uno de los guardias de seguridad al que había ayudado a cambiar una rueda, mientras intentaba no hacer saltar la alarma de incendios.

En cuanto sus ojos se posaron en mí, la dura expresión que llevaba en la cara se esfumó.

—Ay, amor, mírate. —Negó con la cabeza y se acercó corriendo con una amplia sonrisa—. Míralo, John. ¿No está guapísimo?

—Cariño, ya hemos hablado de esto —intentó intervenir John, pero ya estaba invadiendo mi espacio personal rodeándome bien fuerte con los brazos.

—Eh... —Sintiéndome violento, enseguida tiré la colilla por la ventana y le di unas palmaditas en la espalda, contando mentalmente de cinco a cero antes de escapar de su llave estranguladora—. Cuando dije que me vendría bien tu ayuda, no me refería a que condujeras hasta aquí para venir a verme.

—Perdone. —Uno de los celadores entró corriendo en la habitación, con la cara roja—. Todas las visitas tienen que presentarse en recepción. Y, como ya le he dicho antes,

señora, está prohibido que los pacientes reciban visitas en su cuarto.

—Eh, no se altere, detective inspector —dijo Edel con sarcasmo, pidiéndole que se retirara con un gesto de muñeca—. ¿Acaso tengo pinta de llevar algo de contrabando en el trasero?

—Edel —dijo John, cansado.

—Bueno. —Devolviéndome su atención, levantó una mano para retirarme el pelo de la cara y sonrió—. Vamos, amor.

—¿Adónde?

—A solucionar este lío.

—Como bien sabe, mi marido y yo tenemos la tutela de los hijos de los Lynch —declaró Edel un poco después, mientras caminaba por la sala de visitas y John la miraba desde su sitio en el sillón de cuero con su habitual expresión risueña. Sentado a su lado estaba un Darren que parecía agobiado—. Si Joey tuviera menos de dieciocho años, también estaría legalmente bajo nuestro cuidado. —Se giró para mirar a la doctora B—. Sin embargo, considero la edad solo un número, doctora. El chico está con nosotros. Tiene un hogar con nuestra familia, con su familia, para el resto de su vida. Si le preocupa su capacidad para apañárselas después del tratamiento, quédese tranquila, porque tendrá todo el apoyo del mundo al alcance de la mano.

—Su hermano ha expresado su preocupación sobre las presiones a las que cree que Joey se verá sometido en cuanto salga.

—Mi hermano es un cretino —dije con desdén, fulminando con la mirada a mi enemigo número uno en la otra punta de la sala.

Darren suspiró con fuerza.

—Joey.

—¿Qué? —Me encogí de hombros sin pedir disculpas—. Lo eres.

—No estoy haciendo nada de esto para hacerte daño —se defendió mi hermano enseguida—. Estoy tratando de proteger tu sobriedad, Joe.

—No eres tú quien tiene que protegerla —espeté—, sino yo, Darren. Mantenerme limpio es mi responsabilidad. Cuidar de mí mismo es mi puñetera responsabilidad, no la tuya, y no te ofendas, pero lo he estado haciendo ya mucho tiempo sin ti.

—Sí —masculló, frotándose la mandíbula—, y mira adónde te han llevado tus propios medios.

Entrecerré los ojos, asqueado.

—Menos mal que me he reformado, porque ese comentario malicioso se merece una bofetada en la boca.

—Vale, venga —intervino la doctora B—, tomémonos un respiro, ¿eh?

—Si quiere venir con nosotros a casa, no entiendo por qué se lo va a impedir, ni cómo, en realidad —terció Edel, calentándose.

Todo el mundo se puso a hablar en ese momento.

Los médicos.

Los terapeutas.

Los trabajadores sociales.

La rubia intimidante.

Mi hermano.

—Lo único que estoy intentando hacer es protegerlo —exclamó Darren, echando las manos al aire, derrotado—. Eso es todo.

—Nadie está cuestionando tus intenciones, Darren.

—Yo sí. —Hice un gesto con la mano levantada—. Sí que cuestiono sus intenciones.

—A Darren le preocupa que, al no tener unos estudios en los que centrarse, Joey vuelva a sus viejas costumbres —comentó otro miembro de mi equipo, girándose hacia los Kavanagh—. También le preocupa que Aoife pertenezca al mismo círculo de amistades a las que Joey estaba expuesto cuando abusaba de sustancias.

—Bueno, eso no me lo creo ni por asomo —se apresuró Edel a decir—. Y, si conocieran a la chica, estarían totalmente de acuerdo conmigo.

—Nunca ha sido parte del problema —repetí por millonésima vez—. Nunca ha estado en el ambiente de las drogas. Ya se lo he contado.

—Por no mencionar la presión de un bebé recién nacido —metió baza Greg, mi orientador chaquetero—. Es mucha carga sobre los hombros.

—¿Y qué hay de los hombros de ella? —exclamé, fulminándolo con la mirada—. ¿Qué hay de los putos hombros de Aoife? Ella es la que está en casa teniendo que hacer frente a todo eso sola. ¿Has pensado en eso?

—Nuestro trabajo es considerar tu bienestar.

—¡Y mi trabajo es considerar el de ella!

—Aoife tiene a su familia para que cuiden de ella, Joey —oí a Darren decir—. ¿Por qué no dejas a la tuya que cuide de ti?

—¡Porque ella es mi familia, Darren! —rugí, perdiendo el control—. ¿Cómo es que no lo pillas? Eres un tipo listo. Joder, tienes una buena educación y un reluciente título universitario a tus espaldas, así que ¿cómo puedes ser tan corto de entendederas, joder?

—Joe...

—¿Cómo no ves que está mal lo que estás haciendo?

—Joey, por favor, cálmate.

Y una mierda me iba a calmar.

—Sabes que sin ella estoy muerto, ¿verdad? —declaré con voz ronca—. Toda esta conversación no existiría porque no estaría aquí para discutir contigo si no fuera por Aoife Molloy.

—¡Madre mía! —Mi hermano puso una mueca de dolor como si mis palabras le hubieran causado daño físico—. No digas eso, Joe.

—Es la verdad, Dar —repliqué—. No habría llegado a los dieciocho años sin ella. Joder, probablemente no habría

cumplido ni quince. Tú no estabas allí. No lo viste. Era un trozo de mierda. Sinceramente. Me trataba fatal a mí. A ella. Mi comportamiento hacia ella fue horrible. Fui posiblemente la peor versión de mí mismo. Y, aun así, ella permaneció a mi lado. Vio algo en mí que merecía la pena salvar y decidió quererme de todos modos, y yo se lo agradezco que te cagas. —Negué con la cabeza—. Jamás entenderás lo mucho que le debo a esa chica. ¡Lo mucho que adoro el puto suelo que pisa!

—Sé que la quieres —dijo con dolor—. Lo veo, pero me da muchísimo miedo.

—¿Por qué?

—Porque... —Se calló de pronto y negó con la cabeza.

—Dilo —insistí, sabiendo lo que tenía en la punta de la lengua—. Diles lo mucho que te recuerdo a él. Igual que él se lo recordaba a mamá. ¿Sabes? Si me lo hubieras dicho hace tres meses, me habría derrumbado —le soltó—, pero ya no, porque puede que no sepa quién soy, Darren, pero ¡te juro por Dios que sé quién no soy!

—No, no es eso —intentó llevarme a las suyas—, no eres tú solo. Sois los dos como pareja. Cuando salgas de aquí, no tendrás trabajo, ni el instituto, ni el hurling, ni nada en lo que centrarte excepto ella. Para mí, eso apesta a toxicidad. Me da muchísimo miedo, Joey, porque ambos hemos visto lo que pasa cuando unos adolescentes obsesionados el uno por el otro se arrejuntan y juegan a las casitas. Lo hemos vivido, Joey, y no quiero eso para ti. No quiero que tú y Aoife os convirtáis en una segunda generación de ellos.

—¡La Virgen!

—Mira, a lo mejor estoy proyectando mi propio trauma en tu relación, Joe, pero me da muchísimo miedo, joder. Me da miedo quedarme sentado viendo cómo sigues los pasos de mamá y papá. Es el único motivo por el que mamá y yo intentamos impedirlo.

—¿Intentasteis impedir nuestra relación?

Cuando no contestó, se me heló la sangre.

—El embarazo.

—Fue al principio. —Se le puso la cara roja—. Al comienzo. Claro que sí.

—¿Intentasteis que no existiera mi bebé? —dije con los dientes apretados—. ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Que mamá y tú tratasteis de convencer a Aoife para que se deshiciera de mi bebé?

—Vale, creo que deberíamos hacer una breve pausa.

—Y yo creo que él debería responder a la puta pregunta —espeté, ignorando los intentos de mi trabajadora social de calmar la situación—. ¿Qué le hicisteis mamá y tú a mi novia, Darren?

—No le hicimos nada a tu novia —explicó con un suspiro cansado—. Le ofrecí una alternativa.

—¿Te estás refiriendo a pagarle un aborto? —Cuando no contestó, solté una carcajada sin que me hiciera gracia—. No me lo puedo creer, joder.

—Joey, por favor, cálmate.

—Y la gente se pregunta por qué soy drogadicto. —Negué con la cabeza y miré a mi alrededor—. Echad un puto vistazo, gente. Esto es lo que he tenido que soportar. ¡Mi propia madre y mi hermano intentaron hacerme eso!

—Estaba intentando ayudarte —intentó explicarse Darren—. Eres demasiado joven para ser padre.

—¡Siempre he sido padre! —rugí, con el pecho agitado—. Y he hecho un puto buen trabajo con los cuatro a los que he criado. ¡Y sí, soy un desastre, y sí, soy un adicto, pero soy un buen padre! Soy un buen puto padre, Darren. Los mantuve vivos. Los alimenté, los quise, los cuidé y los eduqué, joder. Fui yo el que lo hizo. No tú. Ni él. Ni mamá. ¡Yo! ¡Así que llámame yonqui y lo que sea que me llames más, pero no me digas que soy demasiado joven para ser padre!

—No me refería a eso —replicó—. Me refiero a que no quiero que cargues con...

—¡Yo quiero a mi bebé, Darren!

Se podía oír el vuelo de una mosca en la sala.

Reinaba un extraño e inquietante silencio.

—¿Ah, sí? —dijo Darren, y eso lo rompió.

—Pues claro que sí —confirmé, furioso—. ¿Cómo os atrevisteis mamá y tú a intentar arrebatármelo?

—Me doy cuenta ahora de que no me correspondía implicarme.

—No, no te correspondía —dije con desdén, muy furioso—. Y tienes mucha suerte de que Aoife no cediera ante la presión que estoy seguro que le metisteis. —Negué con la cabeza, indignado—. Joder, Dar. Yo jamás te haría eso. Jamás. He apoyado cualquier decisión que has tomado. Siempre te he respaldado. Te he defendido.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué no puedes hacer lo mismo por mí?

—Creía que era lo que estaba haciendo.

—¿Odiando a mi novia? —espeté—. Dios, Darren. Después de toda la mierda por la que hemos pasado, ¿por qué me haces esto? ¿Por qué tratas de ahuyentar lo único bueno que tengo en la vida?

—No odio a Aoife, Joe. Mierda, ni siquiera conozco a esa chica. La verdad es que no. Es que... Yo quería algo distinto para ti.

—Bueno, no importa lo que tú quieras, Dar, porque esta es mi vida —respondí, temblando—. La tengo que vivir yo y pienso vivirla a su lado. Porque, noticia de última hora, gilipollas, esa chica es mi vida. Ella y nuestro bebé. Y, si quiere un anillo, lo tendrá. Si quiere una casa, también la tendrá. Y, si llega el momento en el que quiera más hijos, pues entonces se los daré. Lo que ella quiera. Porque somos espejos. Ella y yo. Estamos unidos. Ese es mi futuro, Darren, y, si continuas entrometiéndote, no formarás parte de él.

—No lo dices en serio.

—Nunca he hablado más en serio en mi vida.

—Esto es un desastre —masculló Darren, dejando caer la cabeza en las manos.

—Al contrario —dijo la doctora B—. Teníais pendiente desde hace mucho tiempo esta conversación.

—Ahí le has dado —estuve de acuerdo mientras el resentimiento y el dolor de seis años salían a la superficie—. Me abandonaste, Darren. Me dejaste con ellos, joder. Eras al que más quería. Siempre te buscaba. Adoraba el suelo que pisabas, y desapareciste de mi vida.

—Lo sé —dijo, afectado—. Joder, lo sé.

—Tenía doce años. —Se me quebró la voz y el pecho se agitaba mientras derramaba mi dolor—. Doce, Darren. Cuando tú tenías doce, me tenías a mí, pero yo a los doce no tenía a nadie.

—Lo siento mucho, Joe.

—Decir que lo sientes no lo arregla —solté—. Solo son palabras. Sé que lo dices de verdad, sé que lo sientes, pero son putas palabras, Darren. No tapa el agujero que me dejaste.

Se estremeció.

—Joe.

—Lo que más me duele no es el hecho de que te marcharas —admití, secándome una lágrima de la mejilla—. Sabía que tenías que irte. Te estabas muriendo en esa casa. Lo pillo. Lo entiendo. ¡Lo que más me duele es el hecho de que me quedé y aun así ella te quería más a ti! Y tengo celos de eso. ¡Tengo celos y estoy resentido, y me duele que nada de lo que hiciera fuese suficiente para ella!

»Y luego volviste —continué enseguida— y fue como si todo lo que había hecho por ella, todos los sacrificios que hice, todas las bofetadas que recibí, fuera irrelevante. Yo era irrelevante porque tú eras lo único que ella veía. Me refiero a que, reconozcámoslo, Dar, tú eras lo único que veía, incluso cuando éramos pequeños, pero nunca me molestó hasta que te marchaste. ¡Puso en ese pedestal a su precioso y perfecto primogénito, y nada de lo que yo hacía en persona podía igualar tu recuerdo!

—Sí —exclamó la doctora B, entusiasmada—. Fantástico,

Joey.

Darren y yo nos giramos para mirarla boquiabiertos.

—¿Perdona?

—Verbalización —me explicó enseguida—. Una verbalización fantástica de tus sentimientos. Llevamos meses trabajando en esto. —Me sonrió como si fuera su alumno favorito y me levantó los pulgares, mientras los demás miembros de mi equipo médico miraban horrorizados.

—Oye, si puedo interrumpir un momento —intervino John sénior con ese tono de voz tranquilo y sosegado suyo, listo para corregir el rumbo—, creo que tengo una solución que podría beneficiar a todo el mundo.

—¿Ah, sí? —Edel se sentó en el borde del sillón al lado de su marido y le puso una mano en la rodilla—. A ver, amor.

Como una brisa fresca, John le apretó la mano a su esposa con afecto antes de centrar su atención en los muchos rostros que le miraban.

—Quieren prolongar el tratamiento de Joey con el pretexto de que no están seguros de su capacidad para arreglárselas bajo las presiones a las que tendrá que enfrentarse cuando regrese a casa en Ballylaggin. —Se giró hacia Darren y añadió—: Por lo que veo, una de tus mayores preocupaciones es la falta de expectativas de tu hermano.

—No tiene ningún título —respondió Darren con un gesto de agradecimiento—. Ni siquiera ha terminado el instituto. No tiene un oficio. Tampoco tiene un trabajo bien pagado. El hurling es impensable para él. No quieren tenerlo otra vez en el equipo. Lo he intentado. Ni tampoco le dan plaza en el instituto. No hay ningún instituto de la zona que considere aceptarlo.

—Como si me importara una mierda —dije resoplando.

—Debería importarte —gruñó Darren—. Tienes un bebé que cuidar, lo que le has dicho a grandes voces a todo el mundo. ¿Cómo te propones hacerlo con un empleo de salario mínimo? Porque, seamos realistas, Joe, con tu

historial, tendrás suerte si te dan un trabajo de reponedor.

—Soy un buen trabajador.

—Yo no he dicho que no lo seas —replicó mi hermano—, pero tu historial es más largo que un día sin pan y eso va en tu contra.

—¿Y si hubiera una alternativa? —sugirió John, tranquilo—. ¿Y si pudiera garantizar una plaza a Joey en sexto curso en el mismo centro al que asisten sus hermanos? ¿Disiparía eso las preocupaciones de todos?

—¿Qué coño...? —Fruncí el ceño—. ¿De qué estás...?

—¿En Tommen? —Darren abrió mucho los ojos—. No lo aceptarán, John. Sobre todo después del espectáculo de mayo. ¿No crees que lo he intentado? Se lo llevó la Gardaí del centro por agredir físicamente a los alumnos de Tommen.

—Ya está hecho —respondió John con calma, esta vez girándose hacia mí—. Tienes plaza en el Tommen College para que termines los estudios, Joey. Es tuya. —Se encogió de hombros—. Si la aceptas.

—Tommen. —Me quedé mirándolo fijamente—. ¿Quieres que vaya a Tommen?

—Quiero que lo consideres.

—¿Va en serio? —dijo mi hermano con la voz llena de entusiasmo—. ¿Cómo demonios has conseguido eso?

—¿Cómo crees, Darren? —contesté de forma inexpresiva—. Pagando.

—La aceptará —respondió mi hermano por mí.

—No —dije enseguida, girándome hacia John—. No voy a volver a secundaria, John. Necesito encontrar un trabajo que lleve a casa un sueldo fijo.

—No, no, no, tiene sentido —se apresuró a decir Edel, volviéndose para mirarme—. El nuevo curso escolar empieza el 1 de septiembre, Joey, amor. Si te matricularas en Tommen, te tendrían que dar el alta antes...

—Antes de que llegase el bebé —acabé la frase cuando el cerebro se me puso en marcha.

—Serían unos maravillosos cimientos sobre los que construir tu futuro, Joey —dio su opinión la doctora B—. Estabilidad y amistad, y una buena educación.

—Te enviaré dinero —soltó Darren—. Todas las semanas. Directo a tu cuenta bancaria. Lo que haga falta.

—¿La paga? —Me quedé mirándolo—. ¿Crees que soy un crío?

—No, creo que eres una de las personas más inteligentes que conozco, y la posibilidad de que alguien como tú tenga una oportunidad de verdad (en educación) es demasiado importante como para rechazarla. Quiero esto para ti, Joe. Piensa en las opciones de trabajo que tendrías. Piensa en la universidad. Es tu futuro, hermano.

—No voy a ir a la universidad —repliqué, sintiéndome abrumado—. No está predestinado.

—Quizá no lo estaba antes, pero ahora podría estarlo —respondió con la voz emocionada—. ¿Por qué no deberías tener las mismas oportunidades que el resto de nosotros? Te mereces tanto como Shannon y Tadhg. Va a empezar allí primero, ¿sabes? En Tommen. Estarías allí para cuidar de él. Para guiarlo. Piénsalo, Joe. Esto podría cambiarte la vida.

—¿Estás bien, Joey, amor?

—No, Edel, no —admití, moviendo las rodillas sin descanso, sentado enfrente de ella y de John en una de las mesas de pícnic en los jardines comunes, después de la reunión.

—Puedes darle a Gerard las gracias por eso —dijo, señalando con desaprobación el cigarrillo que tenía en la mano—. Te metió tres paquetes en las bolsas que preparé hoy.

«Muy bien, Gussie».

Miré los jardines a mi alrededor, dándole una buena calada al pitillo, muy nervioso.

—Yo he plantado eso —decidí contarles, señalando un

parterre de rudbeckias entre un montón de dalias rosas y hortensias—. Esas son mías.

—¿Has pasado tiempo trabajando en el jardín?

—Es parte del tratamiento —expliqué, moviendo la mano al tuntún—. Hablamos, nos sentamos en círculo durante el grupo de terapia y lloramos, plantamos flores y pintamos mierda. —Le di otra calada al cigarrillo antes de decir—: Por aquí es todo muy «ay de mí». Una gran competición para ver quién tiene la vida más jodida, en realidad.

John sonrió.

—Bueno, seguro que tú les ganas por goleada.

Resoplé.

—Y que lo digas.

—Joey, amor —empezó a decir Edel, dando unos golpeitos sobre la mesa con aquellas uñas de manicura perfecta—. Respecto a Tommen. Sé que por instinto dices que no, pero por favor no lo rechaces. Date un tiempo para meditarlo antes de decidirte.

—Vale —contesté, agobiado por la idea—. Me lo pensaré.

LLAMA A MI CHICA

Joey

- Dato curioso del día: oficialmente tengo ubres.
- ¿Ubres?
- Sí, eso es. No es broma. Por lo visto, ahora produzco leche. Mancho el sujetador.
- ¿Goteas?
- Como un grifo estropeado.
- Mierda.
- Así es. Y te aviso de que no me he visto la vagina desde junio, así que sabes lo que significa, ¿no?
- No, Molloy, pues la verdad es que no.
- Significa que vas a vérmela en plan selva del Amazonas.
- Joder.
- Sí. Ah, y tengo los pezones marrones.
- Siempre los has tenido marrones.
- No, tú siempre los has tenido marrones —replicó—. Yo los tenía rosados.
- Los cambios son buenos.
- Y ese pringue que te dan para que te untes la barriga y no te salgan estrías es una mierda como una casa. Me lo he puesto, Joe. Tres veces al día, y aun así tu hijo se las ha apañado para estirarme como al muñeco Stretch Armstrong con venas varicosas —suspiró con dramatismo antes de añadir—: Temo no poder jamás volver a ponerme mi biquini amarillo.
- ¿No te compraste ese biquini cuando estábamos en segundo?
- ¿Y?
- Que a lo mejor da igual que no te quepa un biquini que llevabas a los catorce años.

—Uf, odio cuando te pones tan lógico —protestó—. Creo que me gustabas más cuando estabas como una cabra y me decías lo que yo quería oír.

Me reí al otro lado de la línea.

—Molloy, seguirás oyendo solo lo que quieras, así que es un asunto irrelevante.

—¿Un asunto irrelevante? —repitió—. ¿Y eso, señor grandilocuente? Practicando palabras pomposas para Tommen, ¿eh?

—No —refunfuñé, apoyando la cabeza contra la pared—. No hago nada de eso, Aoife.

—Ay, sí —replicó—. Ya verás cuando vengas el mes que viene, bebé, papi se va a convertir en un auténtico chico de colegio privado. —Y riéndose a carcajadas, añadió—: Con blazer y todo.

—Ni de puta coña voy a llevar blazer al colegio —gruñí, conteniendo un escalofrío—. Preferiría cagarme en las manos y dar una palmada.

—¡Oh, manchado de heces! ¡Qué sexy!

—Dame un respiro, ¿vale?

—Bueno, tú eres el que está amenazando con cagarse en las manos, melodramático —bromeó.

—Quieren cambiarme, Molloy. Convertirme en una persona totalmente distinta. Yo no soy así. Yo soy yo.

—No quieren cambiarte, Joe. Quieren apoyarte.

—No lo entiendo.

—Sé que no lo entiendes y eso me hace quererte más incluso.

—Eres tonta.

—Y tú me quieres.

—Sí. —«Claro que sí». Sonreí para mis adentros—. Bueno, ¿ya te han dado los resultados del examen de acceso a la universidad? Salían esta mañana, ¿no?

—Sí —suspiró con dramatismo—. Pero todavía no me he pasado por el instituto a recogerlos.

—¿Por qué coño no has ido?

—Porque no quería perderme tu llamada.

—Molloy. —La culpa me golpeó en el pecho—. Tienes que ir a recoger las notas.

—He suspendido.

El alma se me cayó a los pies.

—¿Qué quieres decir con que has suspendido?

—Pues que he suspendido los exámenes a lo grande.

—Molloy.

—No todo es malo —se apresuró a decir—. Kev sacó seiscientos puntos. Así que irá a la universidad que él quería.

Como si a mí me importase una mierda lo que hubiera sacado su hermano.

—Veamos —la oí suspirar con tristeza mientras el sonido del papel arrugándose me llenaba los oídos—. Suficiente en Empresariales. Insuficiente en Irlandés. Insuficiente en Matemáticas. Insuficiente en Historia. Ah, aprobé Biología. Suficiente en Inglés. Ah, y también aprobé Economía doméstica.

—Lo siento, reina.

—Sí. —Otro suspiro fuerte—. ¿Quieres oír otra noticia de mierda?

—¿Cuál?

—No he entrado.

—¿En St. John's?

—Me llegó ayer la carta de rechazo.

«Joder».

—Así que, sí, semental, resulta que tú no eres el único que vuelve al instituto.

Fruncí el entrecejo.

—¿Vas a volver al instituto?

—Según mis padres, tengo que repetir sexto, y yo desde luego paso. —Solté un gruñido de frustración—. Bueno, ya fue lo bastante duro el año pasado. ¿Cómo coño voy a

concentrarme ahora con un bebé al que cuidar?

—Aoife. —Dios, apenas podía hablar por la culpa que cargaba—. Lo siento muchísimo, joder, nena.

—No es por ti, Joe.

Sí, sí lo era.

—Trish quiere que repitas, ¿eh? —Sabía que era Trish, porque Tony no era de los que impulsaban los estudios. En su opinión, si sabías leer, escribir, contar el dinero y tenías la cabeza bien puesta sobre los hombros, encontrarías el camino. Trish, en cambio, era la que quería que sus hijos hicieran algo con su vida.

—Sí —contestó—. Mi madre cree que será bueno para mí terminar el instituto. Ha estado en contacto con el señor Nyhan y, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, se ha portado muy bien. Le dijo a mi madre que el instituto colaboraría. Ya sabes, me mandarían deberes y eso. Y que no tengo que asistir en persona hasta Halloween.

—Joder. —Me froté la mandíbula al sentirme abrumado por ella.

—Mi madre se ofreció a cuidar del bebé por mí si volvía al instituto, pero no voy a hacer eso, Joe.

Me inundó la ansiedad. Todos esos planes y decisiones se estaban tomando sin mí.

—¿Y yo? —me oí decir—. Yo puedo quedarme con el bebé mientras vas al instituto. Encontraré un trabajo por las tardes que encaje en nuestra rutina.

—¿Y Tommen? ¿Dónde encaja?

—No encaja.

—Vas a volver a los estudios, Joe.

—No, Molloy. Voy a cuidar de ti y del bebé.

—Sí, terminando los estudios —insistió—. Al menos que nuestro bebé tenga un padre del que estar orgulloso.

Joder, eso dolía.

—No hay nada en mí de lo que vaya a estar orgulloso —le dije—. En ti sí, Aoife. Tu eres la madre de la que nuestro hijo estará orgulloso.

—¡Cuántos cumplidos me haces!

—En serio, tú irás al instituto por el día mientras yo cuido del bebé, y luego yo trabajaré de noche mientras tú estás con él.

—Sí, porque a mi padre le va a encantar eso.

Puse los ojos en blanco.

—Podrá despedirme, pero no podrá alejarme de mi hijo.

—Eso no es así, Joe —respondió enseguida—. Te quiere. Y lo sabes. Es que... está siendo protector conmigo después de todo lo que ha pasado.

—Te refieres a después de dejarte sola y preñada.

—Sabía que tenías que marcharte.

—Puede que lo supiera, pero no lo acepta.

—Bueno, yo sí, y eso es lo que importa —contestó—. Así que no dejes que eso te desanime. Papá y tú os reconciliaréis cuando estés en casa. Vosotros siempre os habéis llevado bien.

Sí, no sabía por qué, pero lo dudaba. Había oído a Tony despotricar mientras ella estaba al teléfono conmigo.

No quería que me acercara a su hija y no lo culpaba. Joder, era un milagro que no le hubiera confiscado el teléfono para que no hablara conmigo. Juro por Dios que no lo habría culpado si lo hiciera. Le había hecho pasar un infierno a su hija.

—Te volverá a dar trabajo en el taller en cuanto vea lo bien que estás —dijo Molloy al otro lado de la línea—. A lo mejor no ahora mismo, pero lo hará. Mi padre no te ha buscado sustituto. No ha contratado a nadie más, Joe.

—Joder, espero de verdad que tengas razón, Molloy —dije con sinceridad, porque podían hablar de estudios hasta que las ranas criaran pelo, pero la única carrera que me había interesado era la que había bajo el capó de un coche.

PARTE 11

DE VUELTA A BALLYLAGGIN

Joey

Después de pasar una eternidad pensando que nunca ocurriría, por fin sucedió. Llegó el día que más ansiaba y a la vez temía desde que había recuperado la mente.

29 de agosto de 2005.

El día D.

El primer día del resto de mi vida, o eso me habían dicho.

«Joder».

Sin embargo, las condiciones de mi baja tenían ciertas estipulaciones. Unas estipulaciones que había aceptado para salir, pero en las que apenas podía pensar ahora.

Las estipulaciones incluían blazers.

Al salir del centro de desintoxicación que había sido mi casa desde que la mía se había quemado entera, diligentemente ignoré al celador mayor que estaba a mi lado. ¿Qué coño iba a hacer si intentaba escaparme? No tenía planeado salir corriendo y, aunque lo hubiera hecho, mi conciencia jamás lo permitiría. Lo más probable es que al pobre cabrón le hubiese dado un síncope tratando de pillarme.

Con una bolsa de lona echada al hombro y una carpeta en la otra mano, vi cómo paraba un reluciente Range Rover junto a la acera.

«Respira».

«Tú respira».

Una parte no tan pequeña de mí me gritaba que huyera a las montañas, me diera el piro y me alejara de aquella gente. No lo hice, aguanté, mantuve ambos pies en su sitio mientras bajaba la ventanilla tintada y me encontraba de cara con una rubia familiar, que no se parecía en nada a la

mujer que me parió.

—Hola, amor. —Edel me sonrió por la ventanilla del coche—. Saldría para darte un gran abrazo, pero John me ha dado órdenes estrictas de dejar los abrazos.

«Gracias a Dios».

—Sube, amor —añadió, colocándose las gafas de sol encima de la cabeza—. Tenemos un largo camino a casa y los chicos se mueren por verte.

Como sabía que aquella mujer tenía en la palma de la mano cualquier acceso futuro a mis hermanos, descarté la idea de huir y abrí la puerta del coche.

—Gracias de nuevo por venir a buscarme. —Lancé mi bolsa en el asiento trasero y me subí al asiento del copiloto, al lado de ella, nervioso y sintiéndome desequilibrado de la hostia—. Y, bueno, por todo lo demás.

—De nada, Joey, amor —respondió Edel mientras volvía a salir a la carretera—. ¿Cómo te encuentras?

Irónicamente, sonaba «Unwell» de Matchbox Twenty por la radio del coche y durante un instante me debatí entre decirle que me sentía más que un poco mal, antes de decidirme por el «estoy genial» de siempre.

Mirándome de reojo, Edel levantó una ceja con una expresión que decía «no me mientas» antes de volver a centrarse en la carretera.

«Compórtate, chaval».

«No le des por culo a esta mujer».

Con las rodillas moviéndose sin parar, me limpié las palmas sudadas en los muslos y exhalé, con una sensación de claustrofobia a la vez que inquietud.

Todo el mundo había seguido con su vida desde que me había marchado de Ballylaggin. Ya no tenía trabajo, ni estaba en el equipo, no tenía madre ni un papel que desempeñar. Debía empezar de cero, y, a pesar de la cantidad de apoyo que me daban, no sabía dónde empezaba ese desde cero para mí. La única flecha en el camino era la que me dirigía directamente hacia Molloy.

—Shannon se muere por verte —continuó con un tono suave—. Lleva en la cocina desde el amanecer con Ollie y Sean. Te están haciendo un pastel.

«Joder».

—¿Cómo están? —me obligué a preguntarle antes de tragar saliva con fuerza al sentir un dolor candente por las palabras, porque me daba cuenta de que había abandonado a mis hermanos pequeños y a mi hermana cuando más me necesitaban.

La mujer sonrió y dijo:

—Están genial.

A regañadientes, las comisuras de mis labios subieron por su cuenta.

—Supongo que me lo merezco.

—Los chicos se encuentran muy bien, amor. —Me dedicó entonces una sonrisa inmensa—. De hecho, lo llevan mejor de lo que nadie habría esperado, dadas las circunstancias.

«Gracias a Dios por que sea así».

—¿Y Shannon?

Sonriendo, Edel puso los ojos en blanco.

—Tu hermana está enamorada hasta las trancas de mi hijo. A estas alturas son como un viejo matrimonio. Mantenerlos separados es el principal desafío ahora.

—Puedo imaginármelo —contesté, siendo consciente de que lo último que quería en esos momentos era pensar en ese escenario en particular.

—La verdad es que quería consultarte algo. —Bajó el volumen de la radio—. He pensado que, como viven juntos, estaría bien llevar a Shannon al médico. —Lanzó una mirada nerviosa en mi dirección—. Está tomando la píldora desde junio, amor. Espero que no tengas ningún problema.

El hecho de que me estuviera pidiendo permiso me llegó. Me estaba tratando como a un igual, no como a un niño, y yo se lo agradecía.

—No, esa es sin duda una decisión acertada —respondí—. Bueno, no es que sea infalible. —Hice una pausa y me

señalé a mí mismo—. Está claro. Pero es bueno que se esté protegiendo.

—Les he advertido que se estén con las manos quietas — continué Edel—, pero ya sabes cómo son estas cosas. No puedo hacer mucho más.

Sí, ya sabía cómo eran. Molloy y yo nos las habíamos sabido ingeniar bien tiempo atrás.

—Oye. —Me aclaré la garganta mientras me subía las mangas hasta los codos y me movía, incómodo, tratando de pronunciar las palabras que no terminaban de acercarse a lo que tenía que decir—. Jamás podré pagaros a John y a ti por lo que habéis hecho por mi familia... —Paré a respirar, con dolor, antes de añadir—: Y también por mí.

Joder, odiaba aquello con cada fibra de mi ser.

—Todavía no estoy seguro de por qué habéis hecho todo esto, ni por qué seguís ayudándonos, pero creo que está clarísimo que hace falta ser un tipo de persona muy especial para acoger a una familia como habéis hecho por nosotros. No tengo nada que daros a cambio. No sé si alguna vez lo tendré, pero haré todo lo que pueda para devolveros...

—Quiero a tu familia, Joey —me interrumpió, con la voz cargada de emoción—. A cada uno de vosotros. —Me guiñó el ojo—. Sobre todo a ti.

«Sobre todo a mí».

Vaya mierda.

No tenía nada que responder a eso. Porque la verdad era que yo no la quería a ella. Mi corazón no latía igual que el de mis hermanos. De hecho, estaba bastante seguro de que no latía bien. En aquel momento, sentí como si tuviera acero en la tráquea, bloqueando el aire que salía de mis pulmones, impidiendo que las palabras que necesitaba decir salieran de mis labios.

Quizá no era tan malo que no quisiera a la mujer del asiento del conductor. Al fin y al cabo, había defraudado o destrozado la vida a todas las mujeres que habían logrado

traspasar los muros de mi frío y negro corazón.

Mi madre.

Mi hermana.

Mi novia.

Al pensar en la chica que había dejado en Ballylaggin al principio del verano, noté que crecía la culpa en mí con tanta fuerza que me sentí asfixiado. La puta culpa me reconcomía, ardía y me hacía tener ganas de escapar de los confines del coche lujoso de esa mujer.

«Respira, chaval, tú respira».

«No, no respires, aguanta la respiración hasta que te desmayes y dejes de sentir».

Me giré hacia la ventanilla de mi puerta, cerré los ojos y eso fue lo que hice. Me obligué a relajar los hombros y absorbí la sensación como me habían enseñado. Lo asimilé mientras me centraba en la respiración y estabilizaba el ritmo del corazón. Canalizando los sentidos, me concentré en la sensación y el olor y el gusto del aire fresco.

Finalmente, pasó.

—He estado hablando por teléfono con Aoife —comenté de repente, sorprendiéndome a mí mismo con la confesión—. Todos los días, desde que me dieron permiso.

—¿Ah, sí? —A Edel se le iluminaron los ojos—. ¿Y qué tal?

—Bien, me ha contestado todas las veces.

—Puf. —Movié la mano en el aire—. Como si no fuera a hacerlo.

—Es más de lo que merezco —admití, girándome para mirarla—. La chica es increíble.

—La verdad es que es dinamita —dijo Edel de forma reflexiva, sonriendo con indulgencia—. Seguro que está loca por ti, Joey, amor.

—Sí, bueno. —Me estremecí—. El sentimiento es mutuo.

—Supongo que no sabe que sales hoy —apuntó Edel—. De lo contrario, habría venido en el coche conmigo.

—No, quería darle una sorpresa —respondí—. Cree que no salgo hasta el miércoles. —Hice una mueca y añadí—: Antes

de que empiecen las clases el jueves.

—Ah, le chiflará.

—A su viejo lo dudo.

—No te preocupes por nadie más —se apresuró a tranquilizarme—. Céntrate en tu novia y en el pequeño que está a punto de llegar, y todo lo demás ya irá encajando.

—¿Lo saben los niños? —pregunté—. ¿Lo del bebé? ¿Se lo habéis contado?

—Por lo visto, Tadhg ya lo sabía desde hacía tiempo —me sorprendió.

Fruncí el entrecejo.

—¿Qué?

—Ajá —asintió—. Ese chico es un lince.

—Vaya mierda.

—Los rumores se difundieron enseguida cuando te marchaste, amor, así que tuve que hablar con la familia de eso.

—¿Cómo se lo tomaron?

Edel sonrió.

—Ollie está contentísimo. Tadhg... es Tadhg. Shannon no deja de comprarle ropa al bebé. Johnny y Gerard han estado acumulando medidas preventivas, y ¿Seany? Bueno, es muy pequeño para asimilar la idea de que va a ser tío.

—¿En serio?

—En serio —confirmó con un gesto de la cabeza—. Están preocupados por su hermano, pero están encantados de tener a Aoife como hermana, y una sobrina o un sobrino.

—Sobrino.

—¿Es un chico? —exclamó, casi chocando el coche por el entusiasmo.

—¡Por Dios! Mantén los ojos en la carretera, por favor —le pedí—. Y no, no lo sabemos. Es solo una corazonada, pero lo siento aquí dentro.

—¿Sabes? Es curioso que lo digas porque tu tata dijo lo mismo.

Me encogí de hombros.

—Sí, ella es muy intuitiva.

—Está claro que no es la única —respondió Edel—. Mira, cuando llegue a casa voy a hacer una porra con John. Si tu instinto te dice que es un chico, y el de la tata también, pues yo también apuesto por eso.

—¿Vas a apostar dinero? —Arqueeé una ceja—. ¿Por qué?

—No he dicho que fuera dinero —respondió con un guiño pícaro.

«Joder».

Reprimiendo una arcada, llevé la conversación de vuelta a aguas más seguras.

—Creía que no se lo tomarían bien.

—¿Quiénes, los niños?

Asentí con la cabeza.

—¿Y eso, Joey, amor?

—Porque, a pesar de mis grandes esfuerzos, he cometido el viejo error de seguir los pasos de nuestro padre. —Miré a la madre de acogida de mis hermanos y negué con la cabeza—. Porque he convertido a mi novia en nuestra madre.

—No, amor —respondió, despeinándose el pelo de forma cariñosa para consolarme—, porque Aoife no se parece en nada a tu madre, y tú, mi chico con un gran corazón, no tienes ni un hueso de Teddy Lynch en tu cuerpo.

—Ya te he dicho que no me va nada eso —le recordé, retirándome de su mano, incómodo, cuando me apretó la mejilla—. No soy tu chico.

—Y yo ya te he dicho que te quedas con nosotros —se rio—. Quien se lo encuentra se lo queda, Joey, amor. Ahora eres mío.

«Joder».

EMBARAZO A TÉRMINO

Aoife

—Bueno, buenas noticias, el cérvix es favorable —dijo el médico, tirando los guantes a una papelera—. La cabeza del bebé está colocada. La sangre que viste esta mañana es el tapón mucoso. No me sorprendería que te pusieras de parto en las próximas veinticuatro horas.

—¿En veinticuatro horas? —exclamó mi madre—. ¿Tan pronto? Pero aún le quedan tres semanas.

—Solo el cinco por ciento de los bebés se tienen en la fecha establecida, y este ya es más grande de lo normal y por eso ha dilatado dos centímetros —respondió—. Podría tardar varios días más. Incluso una semana. Los bebés son impredecibles, pero, según mi experiencia, tu hija es la candidata perfecta para un parto más pronto que tarde.

—¿Lo puede retrasar, doctor? —En la camilla de exploración, con las piernas abiertas y mi dignidad en Ballylaggin, me apoyé en los codos y le supliqué al hombre del uniforme verde—. No salgo de cuentas hasta dentro de tres semanas y mi novio no vuelve a la ciudad hasta el miércoles por la noche.

—Aoife. —Mi madre suspiró—. No funciona así, cariño.

—El bebé viene cuando está listo —contestó el médico—. Y te aseguro que este bebé está listo, Aoife.

—Bueno, no me importa lo que digáis —refunfuñé, bajándome de la camilla de exploración y colocándome bien mi vestido enorme—. No voy a tener al bebé hasta que Joe llegue a casa.

—Eh, pato —me dijo Casey mientras se apoyaba en la furgoneta de mi padre en el aparcamiento del hospital,

disfrutando del sol de aquella cálida tarde de verano—. ¿Qué tal nuestro bebé?

—No empieces —protesté, arrastrándome al aparcamiento—. Hace demasiado calor y sufro un caso grave de descargas eléctricas en el coño.

—Son pinchazos en la vagina —me corrigió mi madre mientras abría la furgoneta—. Por favor, amor, sé que estás de mal humor, pero no seas tan vulgar.

—Pinchazos en la vagina. —Casey sonrió—. Eso suena mal.

—¿Sabes lo que suena mal, Case? Tener a un obstetra geriátrico metiéndote toda la mano por el coñ...

—¡Aoife!

—Por la vagina —terminé de decir y resoplé.

—¿Estamos hablando del puño entero? —preguntó mi mejor amiga mientras me ayudaba a subir a la furgoneta.

—¡El puño entero, el brazo y el codo!

—Espero que tuviera un guante.

—No seas tan dramática, Aoife. —Mi madre se rio, se subió al asiento del conductor y puso en marcha el coche—. Era un examen normal, amor, no la época de alumbramientos en la granja de Pepito. Si crees que eso ha sido malo, espérate al parto. Aquello será una carnicería.

—La granja de Pepito. —Casey resopló—. Eso ha sido bueno, Trish.

—Vaya —dije inexpresiva—, me alegra que la muerte inminente de mi vagina os divierta tanto.

—Bueno, eso te enseñará a no dejar que tu novio entre ahí dentro sin protección.

—Sí, madre —dije arrastrando las palabras, con un tono lleno de sarcasmo—. Está claro que he aprendido de mis errores.

—Ya ha dilatado dos centímetros, Casey —dijo mi madre entusiasmada—. El médico cree que tendrá el bebé como muy tarde mañana.

—Relájate, mamá —la interrumpí—. Nada va a salir de mí hasta que Joey llegue a casa.

—Eso no es técnicamente cierto —terció Casey, señalando una mancha circular en la parte delantera de mi vestido—. Están goteando un poco por ahí, cariño.

—Ay, por favor —gemí, levantando las manos, consternada—. ¿Qué demonios le pasa a esa teta?

—Deberíamos comprarte un cencerro y llamarte Margarita.

—¿Cuál, tesoro?

—La izquierda —refunfuñé, cogiendo un pañuelo de papel para metérmelo en el sujetador—. La derecha siempre se porta bien, pero la izquierda es una zorra vergonzosa.

—Ay, venga ya. —Casey se rio, dándome unas palmaditas en la barriga enorme—. Ignora el goteo y vámonos a hacerte la pedicura en esas pezuñas hinchadas antes de que vuelva el padre.

—Hum —refunfuñé, algo apaciguada por la idea de volver a ver a Joey—. ¿Crees que tendrán un cortasetos en el centro de estética?

—Vamos, dedícanos una sonrisa —me animó Casey—. Llevas esperando esto todo el verano.

Tenía razón.

Llevaba esperando todo el verano.

Quince semanas para ser exacta.

Joey venía a casa.

Por fin.

El miércoles por la noche estaríamos juntos de nuevo.

—Estoy nerviosa —me oí admitir en voz alta por primera vez, aunque la sensación hacía semanas que me reconcomía.

—¿Qué? —preguntaron Casey y mi madre al unísono—. ¿Por qué?

—Porque miradme, chicas. —Me señalé el vientre—. No soy exactamente la Aoife que él recuerda.

—Aoife, estás a punto de tener el bebé de ese chico —dijo mi madre con dulzura—. Estás preciosa, cariño.

—Estás preciosa que te cagas, tía, te quedas sin aliento al mirarte —terció Casey dándome su apoyo—. ¡No conozco a

nadie en todo el planeta con una barriga de nueve meses y que todavía esté para follársela! ¡Se va a volver loco cuando te vea!

—Casey —la regañó mi madre—. Por favor, amor, ¿puedes dejar de hablar así?

—Perdona, Trish, pero es verdad —respondió mi mejor amiga—. ¡Nuestra chica es una madre buenorra! —Y, sonriendo con picardía, añadió—: Y, cuando Joey el padre buenorro llegue a casa, va a haber una explosión.

—¡Ay, madre santísima! —exclamó mi madre entre dientes, sonando dolida.

—No tienes de qué preocuparte, Aoife —dijo Casey—, pero, para llenar el vaso de la autoestima, vamos a salir hoy todas a mimarnos y que corra a cuenta de Papi T. —Miró a mi madre antes de preguntar—. Le birlaste la tarjeta de crédito antes de salir de casa esta mañana, ¿no, Trish?

—Pues claro, chicas.

—Hurra. —Mi mejor amiga aplaudió con entusiasmo y me rodeó el hombro con el brazo—. Estamos a punto de liarla.

REENCUENTROS FRUSTRADOS

Joey

—Gracias por hacer esto —dijo varias horas más tarde cuando aparcó en la urbanización Rosewood—. Sé que los niños están esperando, pero es que...

—Tienes tus prioridades, amor —dijo Edel cuando me bajé del coche—. Ten, toma esto —dijo, poniéndome un elegante móvil en las manos—. Está totalmente cargado y encontrarás mi número en la agenda. Cuando estés listo para venir a casa, mándame un mensaje e iré a recogerte.

—Vale. —Me guardé el teléfono—. Gracias.

Con la cabeza despejada y un gran peso en la conciencia, empujé hacia dentro la desvencijada puerta de madera y, mientras seguía el familiar camino del jardín, pisé una mierda de perro.

Joder, alguien tenía que limpiar lo que dejaba Spud.

Cuando llegué a la puerta principal, di unos toquecitos y enseguida me bajé la capucha y me puse derecho. Tragándome mi puto orgullo, si es que me quedaba algo, me metí las manos temblorosas en los bolsillos de mis vaqueros y me preparé para lo desconocido.

Cuando se abrió la puerta principal al cabo de unos instantes, me quedé con el culo prieto.

—Creía que no venías hasta dentro de unos días.

—Salí antes —respondí, poniendo la espalda recta mientras el corazón se me disparaba en el pecho—. ¿Está Aoife?

Tony negó con la cabeza.

—Ha salido con Trish y Casey para un día de chicas. No llegarán a casa hasta tarde.

Todavía me quedé más hecho polvo.

—¿Estás limpio?

—Sí, Tony, estoy limpio.

—¿Desde hace cuánto?

—Ciento siete días —fue mi respuesta tranquila.

Entrecerró los ojos y vi la incredulidad escrita por toda su cara.

—Demuéstramelo.

—Tony.

—Demuéstramelo, Joey.

—Estoy limpio. —Exhalé con fuerza, me remangué y le enseñé los brazos para que los examinara—. Te lo prometo.

—No te ofendas, muchacho, pero las promesas que salgan de tu boca no me inspiran mucha confianza.

Me lo merecía.

Absorbiendo el desprecio de mi antiguo jefe, me mantuve firme, negándome a darme la vuelta y marcharme. Además, no era nada nuevo para mí que no me recibieran con los brazos abiertos.

Me había sentido así toda mi vida.

—Así que ¿estás limpio y sobrio y has vuelto de entre los muertos? —dijo, recorriendo con la vista mis brazos.

—Sí.

—Por ahora.

—Sí.

—¿Y mañana? —Costaba aguantar su mirada acusatoria—. ¿Qué pasará mañana?

—Ni idea. —Me encogí de hombros, pronunciando mi verdad—. Pero hoy estoy limpio.

—Sí —respondió, sorbiéndose la nariz, y me soltó los brazos—. Bien por ti.

Y entonces me cerró la puerta en las narices.

Puse los ojos en blanco, llamé otra vez y empecé la cuenta atrás desde cinco, sabiendo muy bien que seguía detrás de la puerta, esperando echarme toda la mierda encima.

Podía soportarlo.

Me merecía todo lo que ese hombre me soltara.

Le había hecho pasar un infierno a su familia entera.

Ahora me daba cuenta.

Cinco.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno...

—¡Por Dios santo, Joey! —gruñó en cuanto la puerta principal volvió a abrirse—. ¿En qué pensabas al meterte en ese tipo de vida?

—No pensaba —admití en voz baja—. No quería pensar. Esa era la cuestión.

—Te di el beneficio de la duda —logró decir—. Sabía por lo que estabas pasando, pero veía a un buen chaval debajo de todos esos problemas. Y todavía lo veo. Pero... —Se le quebró la voz y negó con la cabeza.

—Dilo, Tony —dije, tranquilo—. Lo que tengas que decir, sácalo del pecho. Podré soportarlo.

—No puedo —refunfuñó—. Según mi mujer, he de tener mucho cuidado con lo que te digo. Puesto que estás frágil y eso.

—¿Te parezco frágil?

—Me pareces alguien que ya no conozco.

«Ay».

Mantuve las manos a los lados, dispuesto a aceptar lo que fuese que aquel hombre tuviera que decirme o hacer. Cuando no tenía nada, había sido la única figura paterna en mi vida y yo había arruinado a su hija. Le había robado el futuro que él esperaba que tuviese.

—Te quería —dijo finalmente, con el pecho agitado—. Como si fueras de mi propia sangre.

—Lo sé.

—Convertiste a mi hija en madre antes de que se hiciera una mujer, y luego la abandonaste.

—Tenía que marcharme.

—Sí, quizá, pero eso no cambia nada en mi cabeza —

contestó con la voz cargada de emoción—. No puedo arriesgarme a que estés con ella. No en sus circunstancias. Me decepcionaste, Joey. Caíste por la madriguera y te llevaste a mi hija contigo.

¿Qué podía decirle a eso?

Nada.

No podía cambiar lo que había hecho.

Tampoco podía cambiar el hecho de que cada palabra que pronunciaba era la verdad absoluta.

Sí, había caído fuera de control, me había perdido y me había llevado a su hija conmigo.

—Desapareciste de la faz de la Tierra durante meses. La dejaste sola limpiando tu puñetero desastre, Joey. Tu puñetero desastre. Y ¿ahora vuelves? ¿Durante cuánto tiempo?

—Para siempre —respondí, obligándome a mirarlo a los ojos—. Me quedo.

—Te quedas —repitió con el tono cargado de dolor—. ¿Puedes hacerlo, Joey? ¿Puedes quedarte?

—Sí, Tony, puedo quedarme —respondí, lleno de emoción—. No volveré a dejarla.

—He oído que vas a ir a ese colegio privado tan elegante. —Sonó indignado—. Qué bien les va a algunos. Menuda segunda oportunidad más prestigiosa. Y mientras tanto mi hija lo pierde todo.

Absorbí otra vez su enfado, pues era muy consciente de que gran parte de la culpa de que su hija hubiera suspendido el examen de acceso a la universidad era mía.

—Acepté la plaza en Tommen para poder volver con ella —me oí decir—. La rechazaría encantado si ella pudiese aceptarla en mi lugar, Tony. Tienes que saberlo.

—Yo ya no sé qué pensar —espetó, frotándose la mandíbula—. Ahora mismo, en lo único que pienso es que ojalá no hubieras vuelto.

—Bueno, pues he vuelto.

—No te das cuenta de lo que le has hecho —me soltó—. El

daño que le has hecho a mi hija. Si lo supieras, la dejarías en paz y me dejarías cuidar a mí de mi familia.

—No puedo hacerlo —respondí, intentando desesperadamente mantener el temple—. Porque tu familia también es mi familia.

—Ella es mi hija.

—Y es la madre de mi hijo —respondí con vehemencia—. No puedo apartarme de ella, Tony. Está embarazada de mi bebé.

—Es mi nieto y ni de coña voy a permitir que le vuelvas a hacer daño a ninguno de los dos.

—Puedes intentar mantenerme alejado de tu hija, pero no me mantendrás alejado de mi hijo.

Me dispuse a marcharme, pero alargó una mano y me agarró la sudadera por delante. Me mantuve firme, con las manos a los costados, y esperé a que me diera un puñetazo en la cara. No lo recibí.

—Demuéstrame que me equivoco, Joey —dijo con la voz cargada de emoción mientras me llevaba hacia sus brazos y me abrazaba con fuerza—. Demuéstrame que me equivoco, hijo.

—No te preocupes, Tony. —Tragando saliva, le devolví el abrazo con la misma fuerza—. Lo haré.

Al cabo de una hora, y todavía furioso con el mundo y todo el que estuviera en él, crucé los brazos detrás de la cabeza y me tumbé en el suelo junto al pequeño crucifijo de madera, con la mirada clavada en el cielo despejado de verano.

—¿Estás ahí arriba? —pregunté y entonces me di mentalmente una patada—. Joder, pero ¿qué digo? Probablemente estés con él.

La muerte me rodeaba, pacífica y tranquila, y por un momento sentí celos.

El sol brillaba y era como si lo viera con claridad por

primera vez en años.

¿Y ahora qué?

¿Qué coño se suponía que iba a hacer ahora?

¿Volver y discutir un poco más con Tony?

¿Ponerme de rodillas y disculparme?

¿Agarrar a Molloy y llevármela?

¿Vivir?

¿Ser feliz?

¿Irme a casa?

¿Adónde?

—Me jodiste —susurré, sacando un brazo de debajo de la cabeza para recorrer con los dedos la tierra sobre su tumba y me fastidió cuando el eco de mi propia voz hueca retumbó en mis oídos.

Cerré los ojos con fuerza y me obligué a recordar su cara.

El aspecto que tenía.

Cómo olía.

Su voz.

Su dolor.

Sus gritos.

Me sorbí la nariz y me sequé el rostro con el dorso de la mano antes de ponerme de pie.

—Hasta pronto, mamá. —Una lágrima me bajó por la mejilla y me sorprendió poder aún sentirla—. Quédate fuera de mi cabeza, ¿entendido?

Me sacudí la tierra y la hierba de los vaqueros e inhalé un par de veces antes de cruzar el cementerio sin parar hasta estar frente a su lápida.

Una vez.

Mientras estaba en el centro de desintoxicación, me había prometido a mí mismo que lo haría al menos una vez.

Y ya estaba.

Todo había terminado.

Aquella idea era lo único que parecía mantenerme cuerdo los primeros días.

Mi rencor y mi amargura me habían dado algo por lo que

vivir.

Sin pronunciar una palabra, recogí todas las velas, las coronas y los ramos de flores que su familia le había dejado, y los tiré por encima del muro más cercano.

—¿Cómo es, viejo? —pregunté al volver a su tumba, abriéndome la bragueta de los vaqueros—. ¿Quemarse por fin en el infierno?

—Joey, amor. —Me puso una mano en el hombro y me dolió. El movimiento. La sensación. Absorber el contacto. La jodida delicadeza de su tacto—. He recibido tu mensaje.

—Me he meado en su tumba.

—¿Es eso todo? —Con un fuerte suspiro, dejó el bolso sobre la hierba y se arrodilló a mi lado junto a la sepultura de mi madre—. Me impresiona tu nivel de autocontrol. Yo no habría sido capaz de contenerme.

—También he tirado todas las flores que le habían dejado —mascullé—. No era suficiente.

—No. —La tristeza inundaba su voz—. Y probablemente nunca lo será, amor. Al menos, no lo sentirás así.

—Treinta y ocho —susurré, inclinando la cabeza hacia el pequeño crucifijo con los detalles de mi madre grabados en él—. No era más que una cría, Edel.

—Lo sé, amor.

Me cogió de la mano.

La dejé.

Absorbí la sensación de su mano cubriendo la mía.

—La echo de menos —admití, cerrando los ojos con fuerza cuando las lágrimas empezaron a caer—. La echo muchísimo de menos, joder —se me quebró la voz y se me escapó un sollozo—. Echo de menos a mi madre.

—Tu madre te quería, Joey —me dijo Edel mientras me abrazaba—. Te lo juro, amor. —Apretó sus brazos contra mí y me acarició el pelo con una mano—. Tan solo se olvidó de demostrártelo.

Cuando cruzó la puerta de entrada de la mansión con el coche, me vinieron un millón de pensamientos y emociones, pero desaparecieron todos de mi cabeza en cuanto aparqué frente a la casa y clavé los ojos en mis hermanos.

—¡Joey!

—O-i.

—Ha vuelto, chicos. ¡Mirad, es Joe, de verdad!

Shannon sostenía un pastel.

Sean estaba sentado en los hombros de Kav con un puñado de globos.

Ollie sostenía un extremo de una pancarta casera en la que se leía Bienvenido a casa, Joey, mientras Gussie, precisamente, agarraba el otro extremo.

Todos llevaban gorros de fiesta en la cabeza.

¡Por Dios! Hasta la tata estaba allí, sentada en una mesa de pícnic que habían decorado con serpentinas y más globos, acompañada de John sénior y Darren.

«Puto Darren».

—¿Qué demonios es esto? —murmuré, desabrochándome el cinturón de seguridad mientras luchaba contra una oleada de emociones—. ¿A qué viene todo esto?

—Te dije que estaban emocionados de ver a su hermano mayor. —Edel se rio, abriendo la puerta—. Bienvenido a casa, Joey Lynch.

En cuanto me bajé del coche, quedé atrapado por un montón de extremidades cuando Shannon, Ollie y Seany se me tiraron encima.

—Madre mía, Joe. —Mi hermana pequeña se puso a llorar prácticamente subida a mi cuerpo, abrazándome con tanta fuerza el cuello que me costaba respirar—. Joe, Joe, Joe.

Llenándome la mejilla a besos, Shannon reía y lloraba en una pequeña crisis emocional y solo me soltó cuando Ollie la empujó para abrirse camino.

—¡Oye, que no he terminado!

—Sabía que lo harías —dijo el niño, sonriéndome con orgullo, mientras me agarraba fuerte de la cintura—. Sabía

que volverías a por nosotros, Joe.

—Siempre volveré a por vosotros, Ols —respondí con la voz quebrada y seria mientras intentaba mantener mis emociones a raya—. Mira lo mucho que has crecido.

—O-i. —Tirándome de los vaqueros, un par de ojos marrones me miraban desde abajo—. O-i.

Y eso fue.

Al ver la carita de Sean, se me abrió el corazón en el pecho.

Este chaval.

Era mi hermano, pero me sentía distinto con él.

Desde que había nacido, Sean había dependido de mí de una manera que con los otros no había pasado.

Sabía que no era hijo mío, pero eso no impedía que me sintiera más como un padre que como un hermano.

—Eh, pequeño Seany. —Me tragué el nudo en la garganta y me arrodillé delante de él—. ¿Cómo está mi bebé?

—O-i. —No vacilé en subírseme al regazo—. Seany quiere a O-i —me susurró al oído mientras me acariciaba las mejillas con sus manitas regordetas—. Seany es *felí* con O-i.

—Joey también quiere a Seany —contesté, envolviéndolo en mis brazos, abrumado por lo mucho que había mejorado su forma de hablar desde el principio del verano—. Seany hace que Joey se sienta el hermano más orgulloso del mundo.

—Vale, vale, venga, dejad a vuestro hermano respirar —ordenó John, cuando los tres se me habían tirado encima, que no habría sido un problema si el grandullón del rubio cabrón no hubiera decidido entrar en acción.

—Ostras, Gibs, ¿no puedes dejarles tener su momento? —gruñó Kav, sacando a su amigo de encima del montón antes de ayudar a mi hermana a ponerse de pie—. Te juro por Dios que eres como un maldito cachorro queriendo atención.

—No es atención, Johnny, solo quiero que me acaricien un poco la barriga —respondió Gibsie antes de volver a centrarse en mí—. Bueno, mira el chico que ha regresado en

toda su gloria. —Me guiñó el ojo—. Buenas, amigo.

Entrecerré los ojos.

—Eres tú.

Me sonrió.

—Soy yo.

Y entonces tuvo el morro de abrazarme.

El hijo de puta me abrazó de verdad.

Me dejó tan desconcertado aquel movimiento repentino que no reaccioné.

No pude.

No cuando me tenía los brazos inmovilizados a los costados en lo que solo se podría describir como el abrazo de oso más incómodo de mi vida.

—Lo creas o no, Lynchy, me sentí bastante solo sin mi drogata durante el verano.

—Lo creas o no, Gussie, te voy a arrancar esa cabeza de rugby que tienes como no me sueltes.

—¡Ay, no! —Johnny suspiró y se tapó la cabeza—. ¡Por Dios bendito, ya estamos otra vez!

—¡Lo sabía! —declaró Gibsie, apartándose de mí para girarse hacia Kav—. Lo sabía, joder. Es la segunda vez que alguien me lo dice, Johnny. —Agarrándose la cabeza, soltó un gemido de dolor—. Dos veces, Johnny. Dos veces. Hay un patrón.

—Es una coincidencia —intentó tranquilizarlo Kav—. Ya te lo he dicho un millón de veces, Gibs. Tu cabeza tiene una proporción simétrica perfecta.

—¿Simétrica? —Gibsie palideció—. ¿Por qué en nombre de Dios sacas las matemáticas en un momento como este? ¡Cuando tengo un puto complejo, Johnny!

—Tú eres complejo, Gibs. —Kav puso los ojos en blanco y le dio a su colega unas palmaditas de compasión en el hombro antes de acercarse a mí con la mano extendida—. Joey el hurler.

—Señor Rugby —respondí, tratando de formar una sonrisa como la suya, mientras caminaba hacia delante para

estrecharle la mano—. Gracias.

Con aquellos ojos de acero azul llenos de evidente emoción, me hizo un gesto rígido con la cabeza y dijo:

—No hay de qué, hermano.

Y eso fue lo único que hizo falta entre nosotros.

Él lo sabía y yo también.

El respeto que me dirigió se lo devolví en aquel apretón de manos.

—Joe —me saludó Darren con una sonrisa cuando me acerqué a la mesa de pícnic—. Tienes un aspecto estupendo.

—Darren —me obligué a responder, asintiendo brevemente con la cabeza—. Gracias.

—Este es Alex —dijo entonces, señalando al hombre que estaba sentado a su lado—. Os conocisteis en el funeral de mamá, pero no sé si te acuerdas...

—Me alegro de volver a verte —dije, tendiéndole a su novio la mano—. Y Darren tiene razón, no recuerdo cuándo nos conocimos.

—Bueno, no pasa nada —respondió con un fuerte acento del norte—. Ahora se te ve muy bien, chaval.

—Sí. —Me aclaré la garganta y centré mi atención en la anciana cuyos ojos me estaban perforando el lateral de la cara—. Hola, tata.

—Joseph. —Sus ojos verdes estaban llenos de lágrimas no derramadas cuando me cogió la mano—. Nuestro pequeño Joseph.

Me arrodillé ante mi bisabuela y le besé el dorso de su frágil mano.

—Lo siento mucho, tata.

—¿Qué es lo que sientes, cariño?

—Haberte defraudado. —Exhalé, dolido, y negué con la cabeza—. Haberte decepcionado.

—Mírame a la cara —me ordenó, cogiéndome las mejillas con sus manos temblorosas—. ¿Te parece a ti esta una cara de decepción?

No podía responder.

Me dolía demasiado.

—Estoy muy orgullosa de ti —continuó, inclinándose hacia delante para besarme en la frente—. Y, si el abuelo estuviera aquí, te diría lo mismo.

«Joder».

Me atravesó el corazón con esa frase.

—Antes de regresar a Beara, quería darte algo —me susurró al oído para que Darren no lo oyera—. No quiero que se lo enseñes a tus hermanos ni a tu hermana. —Metió un sobre doblado en el bolsillo delantero de mi sudadera—. El abuelo te lo dejó solo a ti, pero no pude dártelo en su momento. No mientras él estuviera... Bueno, cuando estabas en casa de tu padre. Lo he estado guardando para ti. Hasta que llegara el momento adecuado.

—¿El abuelo? —Fruncí el ceño por la confusión—. ¿Qué me dejó?

—Esa carta lo explica todo —me susurró, llevándose un dedo a los labios para acallarme—. No le digas ni una palabra a los otros, ¿me oyes?

Asentí sin tener ni idea.

Ella sonrió.

—Ahora sé un buen chico y disfruta de tu vuelta a casa.

—Basta de acapararlo —dijo Edel, entrando en acción—. Lo siento, tata, pero tengo que robarte a tu bisnieto un momento. Joey, tengo un regalito para ti.

—Es de los dos —intervino John desde donde estaba ayudando a Gibsie a desenredarse de la red de la portería.

—No le hagas caso —dijo su mujer, poniendo los ojos en blanco—. Fue idea mía.

—En realidad, fue de los dos...

—Deja de robarme el protagonismo —se picó Edel—. Vamos, Joey, que te lo enseñe.

—Es tan guay —metió baza Ollie, cogiéndome de una mano mientras Sean me cogía de la otra—. Dellie nos ha dejado ayudar.

—Y habéis sido muy buenos ayudantes —respondió canturreando mientras nos llevaba a la parte trasera de la casa, rodeándola—. No podría haberlo hecho sin ti, mi dulce niño.

—Soy superútil —dijo dándose bombo—. ¿A que sí, Dellie?

—Pues claro que sí, cariño —lo apaciguó mientras nos llevaba por el jardín trasero hacia lo que parecía una construcción externa recién renovada—. Vamos a enseñarle a Joey el anexo.

—¿El anexo? —Fruncí el ceño—. ¿Qué es eso?

—Eso —me indicó, deteniéndose en la puerta de una construcción recién pintada— es tu morada. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un juego de llaves que dejó colgando delante de mi cara—. Me figuré que cuando volvieras a casa te pondrías a buscar un sitio donde vivir con tu familia, así que me arriesgué e hice un ataque preventivo. —Sonriendo, dejó caer las llaves en mi mano—. Como he dicho, bienvenido a casa, Joey Lynch.

—¿Eh? —Me quedé allí, con las llaves en la mano y el cerebro vacío—. Quiero decir... ¿Qué?

La mujer se rio y empujó la puerta hacia dentro para entrar, seguida rápidamente por Ollie, que pasó al anexo después de ella.

—Síguenos.

—Bueno, ¿Seany? —murmuré, cogiéndolo en brazos antes de entrar—. Supongo que allá vamos, ¿no?

—El segundo dormitorio es pequeñín —explicó Edel, mientras caminábamos por lo que se podría describir como un dúplex de lujo—, pero el principal tiene un tamaño decente, con un cuarto de baño adjunto.

—Guau —me susurró Sean al oído, expresando mis pensamientos en voz alta, mientras seguía a Edel y Ollie escaleras abajo hacia un espacio abierto donde se encontraban la cocina y el salón.

—Sí, chaval —le respondí en voz baja—, guau.

—Por supuesto, si prefieres quedarte en la casa, yo no

tengo ningún problema, Joey, amor. No intento apartarte de ninguna manera. Solo trato de cubrir las necesidades de tu pequeña familia.

Esta mujer.

No solo había acogido a mis hermanos y a mi hermana, sino que estaba ofreciéndole refugio a mi pequeña familia.

Mi pequeña familia.

«Joder».

—Joder, Edel —fue todo lo que pude expresar—. No sé qué decirte.

Mi reacción instintiva fue rechazar su oferta.

Decirle «No, gracias».

Salir corriendo lejos de esa mujer.

Pero no podía.

No podía.

Porque el tiempo que había pasado haciendo terapia me había ayudado a aceptar el hecho de que no podía hacer aquello yo solo.

Que estaba bien pedir ayuda.

Y, lo que era más importante, estaba bien aceptarla.

—Yo... —Negué con la cabeza, sintiéndome totalmente perdido—. Algún día te pagaré todo esto.

—Joey, amor. —Salvando el espacio entre nosotros, llevó una mano a mi mejilla y me sonrió—. El hecho de que estés aquí es todo el pago que necesito.

—¿Dónde está Tadhg? —le pregunté a John más tarde aquel día, cuando estábamos solos en la cocina de la casa principal. Darren y Alex se habían marchado para llevar a la tata de vuelta a casa de Alice en Beara, pero los niños y Gussie todavía estaban en pleno apogeo de la fiesta fuera.

No me había sentado bien que Tadhg no hubiera aparecido.

Sabía por qué, claro.

Era al que más daño había hecho.

Su reacción al haberme ido se parecía mucho a mi reacción cuando Darren se había ido hacía todos aquellos años.

—Sospecho que está en el campo de atrás, en la casa del árbol —respondió John mientras le quitaba la corteza al sándwich con chocolate untado para Sean antes de usar un molde de galletas para dárselo con forma de dinosaurio—. Está entusiasmado con que hayas vuelto a casa, Joey. Es que... Bueno, tú conoces a Tadhg mejor que nadie.

—Lo que intentas decirme es que está cabreadísimo conmigo —le dije apoyando la cadera en la encimera mientras veía cómo aquel abogado de primera se esmeraba en prepararle el bocadillo a mi hermano pequeño—. Lo pillo, John. No lo culpo lo más mínimo. Pasé de él y eso es lo que tiene en la cabeza.

«Es lo que yo le enseñé».

—Hay un par de hurleys y sliotars en el lavadero —me dijo John—. No sé por qué, pero me da la impresión de que le gustará más hacer unos pases con su hermano que con unos jugadores de rugby.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Sigue jugando a hurling?

—Como un poseso —contestó John con una sonrisa—. Está empeñado en seguir los pasos de su hermano mayor.

—Joder, esa es una idea preocupante —murmuré, frotándome la mandíbula mientras iba hacia el lavadero a coger un par de hurleys.

—Buena suerte —me dijo John por encima del hombro—. Buena suerte y cuidado con el cañón.

Fruncí el entrecejo, confundido.

—¿El cañón?

El cañón resultó ser Tadhg, sentado en un taburete sobre una impresionante casa en un árbol, con un hurley en la mano y una cantidad ilimitada de sliotars a su disposición.

—Ya te lo he dicho antes, gordo —dijo, lanzando una sliotar con todas sus fuerzas en mi dirección—. ¡Como intentes quedarte otra vez con mi fuerte, te arrancaré la cabeza de cuajo!

—¡Por Dios santo! —exclamé entre dientes, apenas esquivando la pelota que me iba directa a la cara.

—Puedo estar así toda la noche —dijo mi hermano, lanzando otra sliotar, sin duda demasiado ocupado disparando como para darse cuenta de a quién disparaba—. ¡Gallina!

—Mierdecilla —gruñí cuando me dio en los huevos—. Te voy a dar yo gallina.

Tiré el hurley que le había llevado y enseguida le di a una sliotar que había por allí con mi palo para lanzársela.

Estaba claro que mi habilidad para pasar la sliotar no había disminuido lo más mínimo desde mi partida. De hecho, fue demasiado certera. Cuando la sliotar a la que le di alcanzó a mi hermano justo entre los ojos y cayó de cabeza desde el árbol, me dejó de latir el corazón durante cinco buenos segundos.

—Ay, mierda —exclamé, solté el hurley y eché a correr hacia él—. ¿Tadhg? ¿Estás muerto?

—No —gruñó, poniéndose de pie con dificultad para tirármeme encima—. Pero tú sí lo vas a estar.

La culpa que sentía por el chorro de sangre que le salía de la nariz fue suficiente para quedarme allí a recibir la paliza.

—Cabronazo —rugió, echándome al suelo—. Me has roto la nariz.

—Y tú me has roto las pelotas —repliqué, sin poder evitar reírme ante la cara de indignación que ponía mientras intentaba golpearme sobre el césped—. Cómo has crecido, chaval.

—Sí, y tú estás más flaco —respondió, girando y rodando por la hierba conmigo—. Y espero haberte roto los huevos.

—Yo también —afirmé, rodando sobre mi espalda y dejando que me inmovilizara—. En una escala del uno al

diez, ¿cómo de cabreado estás?

—Catorce —dijo entre dientes, tirándome del pelo—. Y medio.

—¿Qué coño es esto? —me reí, quitándomelo del regazo—. ¿Quién te ha enseñado a tirar del pelo? ¿Shannon?

—En realidad, fue tu novia —respondió—. Cuando gritaba mi nombre.

Entrecerré los ojos como advertencia.

—Tadhg.

—¡Sí, Tadhg, sí! —se mofó.

—Te lo advierto.

—Ay, Tadhg, eres mucho mejor que Joey.

—Mierdecilla.

—Te lo mereces —se rio, tumbándose a mi lado—. Gilipollas.

—Sí —dije jadeando—. Creo que ya has dejado claro que soy un gilipollas.

—Así que has vuelto.

—He vuelto.

Me empujó el hombro con el suyo.

—Ya era puta hora.

—Lo sé, chaval. —Lo empujé yo también—. También te he echado de menos.

—Oye, Johnny —dijo Ollie, entrando en el salón más tarde aquel día—. ¿Vas a casarte con mi hermana?

—Espera y verás —se burló Gibsie, empujándome con el hombro mientras pulsaba el mando de la PlayStation delante del gigantesco televisor del salón—. Le va a dar un ataque cerebral.

Sonriendo, pausé el juego con el mando y centré mi atención en el jugador de rugby que parecía aterrorizado.

—Buena pregunta, Ols.

En ese preciso instante, la respiración de Kav se aceleró y una gota de sudor le bajó por la sien.

—¡Ollie! —gritó Shannon, poniéndose del mismo color rojo que el vestido que llevaba puesto—. No puedes preguntarle

eso.

—Pero compró globos para jugar contigo —dijo Ollie inocentemente—. Y Joe dice que solo se usan esos globos especiales con las chicas cuando quieres casarte con ellas.

—Sí, lo dije —me reí al recordar cuando surgió aquella puta conversación incómoda. En mi defensa, Ollie tenía ocho años entonces y me había pillado desprevenido.

—Él sabe un montón de usar globos —masculló Johnny, tirándose nervioso del cuello de la camisa—. Montando a pelo, como un machote.

—¿Globos? —preguntó Shannon con un tono de confusión mientras se acurrucaba en el regazo de Kav—. ¿De qué estáis...?

—Sí, nena. —Le lanzó una mirada significativa que decía «sígueme el rollo»—. Globos.

—Ah. —Shannon abrió mucho los ojos al caer en la cuenta—. Globos.

—Globos. —Gibbie soltó una carcajada—. Ay, chaval. Me encanta este crío.

—Espera. —Ollie, frunciendo el ceño, se giró para mirarme—. ¿Aoife y tú jugáis con globos juntos?

—No lo suficiente —se rio Gibbie.

—Ja, ja, ja, imbécil. —Puse los ojos en blanco—. Me parto. Ollie puso cara de confundido.

—¿Eh?

—A Joey se le explotó el globo —le explicó Johnny a número cinco.

—Y ahora no puede jugar más con Aoife por sus globos chungos. —Gibbie se rio, disfrutando muchísimo a mis expensas.

—Ay, no —dijo Ollie con un suspiro triste—. ¿Fue con una aguja? ¿Y ahora ella ya no quiere jugar contigo?

—¿Eh?

—¿Le explotaste el globo con tus agujas? —Sus ojos castaños estaban llenos de compasión—. ¿La pusiste triste?

Todo el mundo se calló, las risas pararon, y sentí que otra

parte de mí moría en mi interior.

—Sí, Ols —me obligué a pronunciar las palabras—. La puse triste por mis agujas.

—Ah. —Calmado por mi respuesta, Ollie salió del salón brincando, dejándome un mal sabor de boca.

—Bueno, pues sí que ha terminado mal la cosa —declaró Gibsie, tirando el mando de la consola y poniéndose de pie—. Ahora necesito comida que me levante el ánimo.

—Mantente alejado de la lata de galletas, Gibs —le advirtió Johnny desde donde estaba sentado en el sillón con mi hermana—. Estás entrenándote, chaval, ¿te acuerdas?

—Sí, bueno, dile eso a mis emociones, Johnny, porque me he quedado hecho polvo, chaval. Hecho polvo, ya te digo —respondió, cogiendo las llaves de su coche de la mesita de centro—. Me voy a pillar comida a la ciudad.

—Hay un montón de cosas en la cocina.

—Grasa, capi —soltó, yendo hacia la puerta—. Necesito grasa, chaval. No otro puto filete de pollo hervido.

—Me das asco.

—No tanto como a mí ese plan de comidas saludables que me has hecho seguir —respondió antes de mover las cejas y sonreír—. Bueno, ¿a quién le apetece una hamburguesa del restaurante de comida rápida?

Kav dijo que no al mismo tiempo que Shannon dijo que sí, y juro que jamás había visto a un tío cambiar de opinión de forma tan rápida.

—¿Quieres algo del restaurante de comida rápida, Shan?

—Eh... Quizá —respondió—. Si te parece bien.

—Sí, claro —dijo bruscamente—. Puedes tomar lo que te apetezca, nena.

Sonriendo, mi hermana recitó su pedido mientras Kav escuchaba con atención cada una de sus palabras.

—Lo que tú quieras, Shannon como el río —repitió Gibsie como un loro, con tono de burla, llevándose las manos al pecho—. Puedes tomar lo que te apetezca, nena.

—Gibs —le advirtió Kav, poniéndose de pie y metiéndose

la cartera en el bolsillo—. Para ya, hostia.

—Puedes comerte mi salchicha rebozada —continuó burlándose—. Como he dicho: lo que sea por ti, nena.

—Me apunto a ir a la ciudad —interrumpí al decidir que me dejaría menos cicatrices mentales ignorar el chiste de la salchicha rebozada—. A ver si Aoife ha vuelto.

¡LAS MATES NO SON MI FUERTE, MAMÁ!

Aoife

—¿Dónde está papá? ¿Ha regresado ya?

—No, supongo que debe de estar aún en el taller, amor. No le he visto desde que salimos de casa. ¿Cómo te encuentras, Aoife, tesoro?

—Ay, no lo sé, mamá —contesté desde el cuarto de baño más tarde esa noche, mientras estaba bajo el constante chorro de agua que me caía encima—. Como que quiero estrangular a papá por deshacerse de la bañera.

—¿Qué tal van los dolores? —preguntó mi madre desde la puerta del lavabo—. ¿Ya son regulares?

—No, no vienen de forma regular —espeté, porque ya estaba harta de ese maldito suplicio—. Nada en mi vida es normal, así que ¿por qué esto iba a ser diferente?

—Bueno, ya has oído lo que ha dicho la comadrona por teléfono, en cuanto lleguen cada cinco minutos, y duren un minuto entero de manera constante durante una hora, entonces tenemos que ir al hospital —repitió como un loro.

—Las mates no son mi fuerte, mamá —solté, frotándome con una esponja de lufa mientras le advertía mentalmente a mi pequeño intruso que se quedara ahí dentro otra noche—. Te das cuenta de que estás hablando con la chica que ha suspendido el examen de Matemáticas para acceder a la universidad, ¿no?

—Ay, Aoife —dijo riéndose—, solo tú podrías bromear en un momento como este.

—¿Quién está bromeando?

—¿Has preparado la bolsa para ir al hospital?

—Sí, está en la parte trasera del coche —contesté—, por eso estaba preguntando dónde está papá. Se ha llevado mi

coche, ¿recuerdas?

—Ay, Dios —oí el pánico en su voz—. Voy a llamarlo para decirle que lo traiga.

—No hace falta —refunfuñé, costándome bastante respirar mientras la barriga se me ponía como una piedra por la presión—. No voy a tener al bebé esta noche.

Esperé hasta que mi madre cerró la puerta del baño antes de dejar escapar por la garganta lo que se podría describir como un lamento.

La presión que se me estaba acumulando en el cuerpo era más que intensa.

Me electrizaba y me atacaba por dentro.

—Dios, me voy a morir —gemí, mordiéndome el labio inferior, mientras intentaba respirar con aquel dolor—. Esto va a acabar conmigo.

Quería quedarme bajo el chorro de agua constante, pero tenía que moverme más, así que salí de la ducha y enseguida me envolví en una toalla, poniéndome en cuclillas e inclinándome de forma violenta para intentar aliviar la presión en la pelvis.

—No me mates, niño —supliqué, agarrándome al lavamanos cuando se formó otra oleada de fuerte presión—. Trata bien a mamá.

Se acabó.

Maldita sea, estaba pasando.

Lo sentía en mis entrañas.

Lo oía en el ruido salvaje que continuaba emitiendo mi boca.

—Tú puedes —le dije a la chica que me miraba en el espejo del lavabo—. Claro que sí, tú puedes.

Aguantando otra contracción, mientras me preguntaba cómo demonios iba a poder vestirme para ir al hospital, medio caminé, medio anduve como un pato hacia mi habitación para buscar algo que ponerme, resoplando y jadeando como un animal herido.

Cuando las palabras «Bonitas piernas» me llenaron los

oídos, me quedé paralizada en la puerta de mi dormitorio.

Paralizada y me meé encima.

Se me cortó la respiración al verlo.

Allí estaba.

Cubierto de cicatrices y ahogándose en secretos.

Las que se había infligido a sí mismo, los hematomas en las venas, las marcas donde se había inyectado, eran más difíciles de digerir que las que había aguantado a manos de su padre.

Pero allí estaba.

Había vuelto.

Estaba en casa.

Estaba limpio.

Destrozado, magullado y un poco alterado, Joey Lynch estaba sentado en el borde de mi cama, con las mangas de la sudadera subidas hasta los codos y los ojos desorbitados.

—Hostia puta. —De un salto Joey se puso de pie—. ¿Acabas de...?

—¿Mearme encima? —conseguí decir, con el pecho agitado por las emociones que amenazaban con consumirme—. Sí, eso parece.

—Creo que has roto aguas, Molloy —me dijo, salvando el espacio entre nosotros—. ¿Estás de parto?

—Depende —grité, echándole los brazos al cuello cuando llegó hasta mí—. ¿Estás de verdad aquí?

—Estoy aquí, reina. —Me rodeó con los brazos el cuerpo y sentí que me caía hacia él cuando de repente mi capacidad de ser fuerte me abandonó.

Meses.

Había estado meses actuando.

Aguantando, manteniendo la cabeza alta, rezando, esperando, queriendo y deseando que aquel momento se hiciera realidad.

Y por fin estaba sucediendo.

Había vuelto a por mí.

—Pues sí, Joe —dije sollozando, agarrándome a él cuando

otra contracción empezó a desarrollarse en mi interior—. Sin duda estoy de parto.

—Jesús, María y José —exclamó mi madre cuando volvió a la habitación y se encontró allí a mi amor perdido hace mucho tiempo—. ¿Por dónde has entrado, en nombre de Dios?

—Por la ventana —le dijo Joey a mi madre mientras se arrodillaba delante de mí para ponerme las bragas de abuela más grandes que tenía.

«¡Ay, qué humillación!».

—¿Cuándo has vuelto, Joey, amor?

—Hoy. Vine aquí directamente, pero Tony me dijo que me fuese a tomar por culo.

—Eso explica que hayas entrado por la ventana.

—¿Has preparado una bolsa, Molloy? —preguntó, cogiendo un par de calcetines suaves para ponérmelos en los pies—. Si las contracciones vienen tan seguidas, tenemos que empujar.

—Tony se ha llevado su coche. La bolsa está en el maletero —respondió por mí mi madre—. Está en una emergencia en carretera, dice que tardará al menos una hora en volver a la ciudad. Y, ah, bueno, no quiero preocupar a nadie, pero acabo de salir a la furgoneta y tenemos una rueda pinchada.

—¿Hay alguna de repuesto? —le oí preguntar—. Bajaré para cambiarla.

—No.

—¡Pero qué coño, Trish!

—¡Lo sé, amor! ¡Lo sé!

—Ay, mierda —gemí, apoyándome con fuerza en Joey cuando otra contracción me recorrió el cuerpo—. Parece que vaya a partirme por la mitad.

—Lo vas a hacer genial —se apresuró en tranquilizarme, acariciándome la espalda cuando se me escapó un grito de

dolor—. Tú sigue respirando. Muy bien, así.

—Joe —gruñí, hundiendo la barbilla en el hueco de su cuello cuando el dolor amenazó con desgarrarme—. Me muero.

—Sigue respirando —me dijo y se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros para sacar el teléfono móvil—. Voy a llamar para que nos lleven al hospital.

—Sí, necesito salir de este coche —anunció Gibsie, mientras le daban arcadas en el asiento delantero y conducía como un maniaco hacia la ciudad—. ¡Pero ya, joder!

—¡Estás conduciendo el puñetero coche, imbécil! —gritó Johnny, que parecía igual de angustiado en el asiento del copiloto. Dejó caer la cabeza en sus manos y empezó a mecer su inmenso cuerpo adelante y atrás—. Todo va bien, Gibs. Es totalmente normal. Podemos hacerlo juntos.

—Lo único que quería era una hamburguesa.

—Lo sé, Gibs.

—Y tal vez unas patatas con curri. ¿Es mucho pedir? Y ahora, después de lo que acabamos de presenciar, nunca jamás volveré a comer, Johnny.

—¿Os podéis callar la puta boca vosotros dos? —soltó Joey, nervioso—. La estáis asustando.

—¡Ella me está asustando a mí! —replicó Gibs, tendiendo la mano hacia la guantera para coger la de Johnny.

—Lo sé, chaval —dijo Johnny, agarrándolo de la mano—. A mí también.

—¡Ya basta de pánico! —grité inclinándome hacia los dos asientos delanteros—. Lo estáis empeorando.

—Calmaos, chicos —ordenó mi madre, que estaba a mi otro lado—. Todo esto es muy natural.

—No hay nada natural en los ruidos que salen de tu hija —protestó Gibsie, esquivando un puñetazo que Joey le iba a dar en la nuca—. Quiero a mi mamá.

«Cuando se acerque a la rotonda, tome la tercera salida — indicó la voz robótica del GPS—. Y continúe hacia el sur».

—¿Hacia el sur? ¿Dónde demonios está el sur?

—Recto, Gibbs.

—Ay, Dios, capi. —Gibbie prácticamente estaba llorando—. Las rotondas, no.

—Venga, Gibbs, tú puedes.

—Ya sabes que se me dan mal las rotondas.

«Vire a la izquierda. Redirigiendo la ruta —dijo el GPS cuando se equivocó—. Redirigiendo la ruta al norte».

—¿La oyes? —exclamó Gibbie, meneando una mano animadamente—. Me habla como si lo supiera todo. —Fulminó con la mirada al GPS colocado en el salpicadero de su coche y gritó—: ¿Tú qué coño sabes? ¿Eh? ¡Ni siquiera eres de Irlanda!

—Es un robot, Gibbs, no es una persona de verdad —intentó explicarle Johnny—. No te lo tomes como algo personal.

—Ay, capi, no dejes que te engañe. Sabe lo que está haciendo —respondió Gibbie—. Me está juzgando desde su pantallita.

—No puedo —grité, incapaz de aguantar un segundo más, cuando la presión en la pelvis fue demasiado—. Joder. Necesito abrir las piernas y no tengo suficiente espacio.

—Molloy, mírame.

—No, Joe, No. ¡No quiero hacer esto! Por favor, Dios... Estoy harta...

—¡Aoife, abre los ojos!

Presa del pánico, hice lo que me dijeron por primera vez en mi vida.

—Estoy aquí. —La voz de Joey estaba llena de confianza—. Estoy aquí contigo. —Le brillaban los ojos con claridad, con sobriedad—. No me voy a ninguna parte, ¿vale? Nunca más. No me iré de tu lado. —Y entonces me puso sus manos firmes en las mejillas, obligándome a centrarme en sus cristalinos ojos verdes—. Y no dejaré que te pase nada malo.

REENCUENTRO 2.0

Joey

Cuando subí a la ventana de Molloy esa noche, lo último que esperaba era encontrármela en pleno parto, pero eso fue justo lo que sucedió.

Pelearme con su madre cuando llegamos al hospital era algo que no había previsto. Para ser sincero, no me extrañaba que Trish quisiera estar con su hija. Fue una discusión acalorada que terminó con mi victoria cuando Molloy intervino y le dijo a la comadrona que quería que fuese yo quien entrara con ella.

Habían pasado varias horas desde que nos habían llevado a la sala de partos y, aunque había dilatado y había alcanzado los siete centímetros según su última exploración, parecía hacerse eterno.

Inhalando gas como si fuera a acabarse el mundo, mi mejor amiga se balanceaba encima de una pelota para embarazadas, meciendo las caderas, mientras se le escapaban los peores ruidos que había oído en mi vida.

Quería salvarla.

Quería ponerle fin a su puto sufrimiento.

Pero allí estaba sin poder hacer nada.

Jamás me había sentido tan culpable en mi vida mientras la veía contorsionándose por el dolor al tiempo que su cuerpo intentaba expulsar al bebé que yo había puesto ahí dentro.

Incluso ahora, mientras se apoyaba en mí en la sala de partos, en medio de otra contracción, lo único que quería hacer era pedirle perdón.

«Madre mía».

—Tengo que ir al lavabo —dijo, girándose encima de la

pelota para agarrarme de los hombros—. Joe, tengo que ir ahora mismo.

—Vale —respondí, intentando permanecer tranquilo cuando la cara se le puso de un tono rojo oscuro—, te ayudaré.

—¿Adónde vais? —preguntó la comadrona, que estaba por allí cerca, cuando me moví hacia el cuarto de baño contiguo con mi novia apoyada en mí.

—Tiene que ir al lavabo —le aclaré—. La estoy acompañando.

—No, no, no —contestó la comadrona, llevándonos hacia la cama—. Sube, Aoife, cariño, y déjame examinarte.

—No, no lo entiende —gruñó Molloy, subiéndose a la cama y entonces se retorció de dolor cuando la enfermera se le puso entre las piernas—. ¡Como no me dejes ir al lavabo ahora mismo, te voy a cagar encima!

—Justo lo que pensaba. Estás dilatada del todo, Aoife —declaró la comadrona—. Estás preparada para sacarlo.

—¿Un zurullo?

—No, cariño, al bebé.

—Ay, Dios, Joe. —Gritando, me agarró de la mano y me acercó—. Si me cago delante de ti, por favor, no me lo tengas en cuenta.

—Molloy, puedes hacer lo que quieras delante de mí, ¿vale? —la tranquilicé, retirándole el pelo de la cara sudada.

—Es un consuelo, Joe —gritó, pasándome un brazo por el cuello y agarrándome con una llave de cabeza de la que Kav estaría orgulloso—. Porque creo que estás a punto de ver cómo soy por dentro.

Algo iba mal.

Lo sentía.

Molloy llevaba empujando más de una hora y no pasaba nada.

La mirada de preocupación en los ojos de la comadrona

bastó para que el corazón se me disparase, pero el sonido estridente de la alarma fue lo que hizo morirme de miedo.

—Lo estás haciendo genial —la tranquilicé, agarrándola con fuerza de la mano, mientras sus ojos verdes aterrados me miraban desde la cama del hospital y la habitación se llenaba de médicos y enfermeras—. Esto es normal, Molloy.

No lo era.

No podía serlo.

Había estado con mi madre cuando había tenido a Sean.

Y esto estaba muy lejos de ser normal.

—Vale, mamá, el bebé está empezando a cansarse mucho, tesoro, así que vamos a ayudarlo a salir, ¿vale? —nos dijo la comadrona que había estado con nosotros desde el ingreso—. Vamos a llevarte ahora al quirófano.

¿Al quirófano?

¡Por Dios santo!

—Joe —gritó Molloy cuando me apartaron para trasladarla—. ¡Joe!

—No pasa nada —le dije, sintiéndome impotente mientras veía cómo se la llevaban de mi lado—. ¡Todo va a ir bien, Molloy, te lo prometo!

—El papá viene ahora —le dijo la enfermera que la cogía de la mano mientras desaparecían por las puertas con mi novia—. Antes tiene que ponerse una bata.

—¿Qué ocurre? —pregunté con la sensación de que me desmayaba, cuando otra enfermera me ayudaba a ponerme una bata azul y una redecilla en el pelo—. ¿Qué le pasa?

—El bebé muestra síntomas de distocia de hombros —respondió calmada—. La madre necesita una intervención para dar a luz.

—¿Qué es distocia de hombros? —pregunté, siguiéndola hasta el lavamanos, donde me las restregué con fuerza antes de secármelas con una toalla de papel y colocarme una mascarilla—. ¿Hay que hacerle a Aoife la cesárea?

—El bebé tiene la cabeza fuera, pero los hombros están atascados en el canal de parto —explicó mientras me

llevaba por un largo pasillo hacia el quirófano—. No te preocupes, papá. La mamá y el bebé están en buenas manos.

—Joe —estaba gritando Molloy cuando por fin entré en el quirófano. La vi en la mesa de operaciones, rodeada del equipo médico, mientras agitaba la mano a lo loco en busca de la mía.

—Estoy aquí, Molloy —dije, pasando a la acción y moviéndome hacia ella, cuando el equipo médico me llevó hacia la parte superior de la mesa de operaciones—. Estoy aquí, nena.

—Joe —dijo sollozando, agarrándome de la mano mientras gritaba por el dolor—. Joe, me duele muchísimo.

—¿No le podéis dar algo? —pregunté, sintiéndome en una espiral mientras la trataban como si no tuviera sentimientos—. Por Dios santo, no hagáis eso sin la epidural.

—No nos da tiempo, papá.

—Joe...

—Lo estás haciendo genial. Lo estás haciendo genial, nena.

—Empuja, Aoife. Necesitamos que empujes.

—Estoy aquí mismo —le susurré al oído, sosteniéndole la cabeza para evitarnos mirar a ambos—. Quédate conmigo, Aoife. Quédate conmigo, ¿vale?

Gritando por el sufrimiento cuando le empujaron el vientre, se me agarró a los hombros.

—¡Haz que pare!

Quería hacerlo.

Más de lo que había querido nada en mi vida.

—Empuja, Aoife. Más fuerte. Vamos, el bebé tiene que salir.

—Aaah. —La piel de su rostro le pasó de blanco a gris mientras se aferraba a mí y empujaba con todas sus fuerzas, jadeando y sacudiéndose violentamente—. Tengo

miedo.

«Yo también».

—No tengas miedo —intenté tranquilizarla, acercándome más para que se concentrara en mi cara y no en lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor—. No dejaré que te pase nada.

—Aaah —volvió a gritar, con el rostro contorsionado por el dolor, antes de quedarse sin fuerzas de repente en mis brazos.

Al cabo de un instante, el sonido de un bebé gritando inundó la sala.

—Lo has hecho, Aoife —dije, temblando tanto como ella, mientras el sonido del llanto del niño llenaba la habitación—. Lo has conseguido, nena.

—Sí —logró decir, asintiendo con debilidad mientras los ojos se le ponían en blanco—. Ay, Dios...

—Eh, eh, eh. —Inclinándome sobre la cama, le agarré la cara con las manos e intenté que se centrara mientras los médicos continuaban trabajando—. Estás bien. —La besé en la cabeza—. Vamos, Molloy, quédate conmigo. ¿Oyes al bebé?

—Sí.

Estaba temblando y yo también.

Oía al bebé gritando de fondo. Ni siquiera sabía lo que habíamos tenido, pero no me atrevía a apartarme de ella mientras me centraba en su cara e ignoraba lo que le estaban haciendo en el cuerpo.

—Estás bien. Chis, chis, nena, estás bien.

—Joe...

—Apártate, papá —me ordenó una de las enfermeras—. Mamá necesita un poco de ayuda ahora mismo.

Nunca había visto tanta sangre.

Pero no se lo iba a decir.

—No, no, no —dijo arrastrando las palabras, empujando con debilidad la máscara de oxígeno mientras se la colocaban sobre la boca y la nariz—. Joe...

Estaban todos muy calmados cuando yo creía que se derrumbaba el mundo a mi alrededor. Estaba viendo cómo se desangraba mientras aún estaba consciente.

Era aterrador.

Mientras se me helaba la puta sangre, una enfermera me condujo adonde estaba el bebé e intentaban detener la hemorragia.

«Se está desangrando».

«No para».

«La has matado».

«Se va a morir».

Mareado, llevé la vista de la mesa de operaciones donde mi novia estaba tumbada al bebé que se hallaba en la incubadora delante de mí.

Ni siquiera sabía lo que era.

Estaba aterrorizado.

—La mamá está bien —me tranquilizó la enfermera—. No te preocupes. Está en las mejores manos. Se va a poner bien. Venga, ven a conocer a tu hijo.

—Hijo —repetí, paralizado, mientras mi atención se centraba en Molloy—. ¿Aoife?

No pude verla más. Había demasiadas personas delante con ropa quirúrgica como para que la viera.

—¿Molloy? —El corazón se me disparó en el pecho—. ¡Aoife!

—Aquí tienes, papá.

Al cabo de unos instantes, me echaron en los brazos el bulto que gritaba.

—Felicidades, papá. Es precioso.

Sin puta habla, me quedé mirando fijamente al bebé que tenía en los brazos.

Rugía como un toro, con sus puñitos apretados mientras se retorecía y se estiraba en mis brazos.

—Dios —susurré, acunándolo mientras las emociones sacaban lo mejor de mí—. Estás aquí.

Y entonces abrió los ojos y me miró.

Y ya estaba.

El corazón ya no me latía por mí.

Durante el resto de mi vida, latiría totalmente por el niño que tenía en los brazos.

«Joder».

Todavía vestido con la bata azul y la redecilla, me sacaron del quirófano mientras mi novia y el bebé se quedaban dentro.

El corazón me palpitaba con fuerza.

La cabeza me daba vueltas.

Respirando rápido, con dificultad, me apoyé en la pared del pasillo, notando cómo el corazón me retumbaba en el pecho.

¿Qué coño acababa de pasar?

Había sido todo muy rápido.

El móvil me sonaba en el bolsillo y tenía que calmarme y obligarme a responder.

—Joey. —Era Trish—. ¿Qué pasa? ¿Está bien Aoife? ¿Ha tenido el bebé?

—Eh... Sí, está bien —dije con la voz entrecortada, aún no recuperado de lo que había sucedido—. El bebé se atascó y la tuvieron que bajar al quirófano.

—¿Le han hecho la cesárea?

—No. —Negué con la cabeza, alterado—. Lo sacaron antes.

«Pero las cosas que le han tenido que hacer...».

«La sangre».

«El dolor en su cara».

Me estremecí al recordarlo.

—¿Lo? —se le quebró la voz—. ¿Es un niño?

—Sí. —Exhalé de forma entrecortada, asintiendo con energía mientras intentaba entender los acontecimientos que acababan de suceder y cambiaban nuestras vidas para siempre—. Es enorme, Trish. Me han dicho que mide cincuenta y seis centímetros y pesa cuatro kilos y

cuatrocientos gramos.

—¿Cuánto es eso en libras y onzas?

—Nueve libras y doce onzas, me ha dicho la comadrona.

—Ay, Dios, pobre chica.

—Sí, ya. —Volví a estremecerme—. ¿Qué hora es?

—Son las tres y media de la madrugada —respondió—. ¿A qué hora ha nacido el bebé?

—Hace poco más de una hora —contesté—. Justo después de las dos y veinte.

—¿Dónde estás ahora? ¿Estás con Aoife? ¿Puedes ponerla al teléfono?

—No, eh... —Tragué saliva, nervioso, y apreté la parte inferior de la mano contra mi cabeza, conteniendo el pánico que intentaba apoderarse de mí—. Estaba, eh..., desangrándose y no encontraban el origen del sangrado. Les oí decir algo sobre un posible desgarro uterino. —Tras una exhalación dolorosa, conseguí decir—: Está aún en el quirófano.

—No. —El grito que salió de la garganta de la madre de mi novia me hizo morirme de miedo—. Ay, Dios mío, no. ¿Está allí sola?

—No me han dejado quedarme —respondí con el pecho agitado, cuando me di cuenta de lo grave que era todo aquello—. Lo intenté, Trish, pero me sacaron de allí. Me dijeron que no me podía quedar mientras estuviera bajo la anestesia general.

—Ay, Joey, amor, no te asustes —dijo—. Seguro que se pondrá bien.

—Sí. —Contuve las lágrimas—. Yo también lo creo.

PARTE 12

MAMÁ ES UNA LUCHADORA

Joey

Después del mal trago, al cabo de noventa minutos trasladaron a Molloy a la sala de recuperación y le enchufaron más cables y goteros de los que había visto en mi vida.

Cuando me llevaron con ella, creí que me desmayaba.

Estaba gris. De puto color gris.

«Todo es completamente normal», no dejaban de asegurarme las enfermeras y los médicos todavía a su alrededor, vigilando sus constantes vitales, mientras yo permanecía a su lado. Mi atención fue de la chica dormida en la cama al bebé que me habían devuelto con su madre.

«Niño Molloy, fecha de nacimiento: 30/08/05, hora de nacimiento: 02.22» estaba escrito en las etiquetas de la muñeca y el tobillo, pero no creí que le hiciera falta nada de eso para reconocerlo.

Era al cien por cien hijo de su madre con esos rizos rubios manchados de sangre, enmarañados en su cabecita y un par de pulmones que sin duda había heredado de ella.

Aunque Molloy había perdido muchísima sangre después del parto, el equipo de médicos había conseguido detener la hemorragia posparto sin tener que operar, pero la idea de cómo habían logrado hacerlo me provocaba escalofríos. Daba las gracias de que la hubieran dormido, porque nadie se merecía pasar por ese tipo de maltrato físico.

Tortura.

Esa era la única palabra para describirlo. Para lo que había presenciado que le hacían con el fin de salvarles la vida a ella y al bebé.

—Eres increíble —susurré, inclinándome hacia la cama

para besarla en la frente sudada—. Eres una soldado, nena.

Conteniendo las ganas de envolver su cuerpo dormido en mis brazos y aferrarme a ella, continué a su lado, ansioso. Con nuestro hijo en brazos, necesitaba a la vez que Aoife se despertara y se quedara dormida.

—Estoy muy orgulloso de ti —susurré, colocándole bien la manta con una mano sobre el cuerpo inerte—. Eres una reina.

—La trasladaremos pronto de vuelta a la sala de partos —me dijo una de las enfermeras mientras ajustaba el gotero de lo que coño le hubieran puesto en esa bolsa para inyectárselo en el brazo—. Va a estar entrando y saliendo durante unas cuantas horas más —añadió—. Es el procedimiento habitual, no hay por qué preocuparse. Su cuerpo ha pasado por mucho y ahora necesita tiempo para descansar y recuperarse. Tiene un catéter, así que no hay que despertarla, papá.

—Pero se pondrá bien, ¿no?

—Claro —me tranquilizó, sonriendo al bebé que tenía en los brazos—. Este pequeñín tiene una luchadora tremenda por mamá.

De vuelta a planta a primera hora de la mañana del martes, con Molloy dormida por la medicación que le habían dado, me senté al lado de su cama, acunando al paquetito que tenía en los brazos.

Por segunda vez en mi vida, era padre.

Por primera vez en mi vida, el hijo era mío.

Me sentía distinto a cuando habían nacido Ollie, Sean y Tadhg.

Era más fuerte.

Había algo dentro de mí, un cordón invisible de algún tipo que iba de mi pecho al suyo. Lo sentía cada vez que lo miraba.

El notar su diminuto cuerpo contra mi pecho mientras lo

alimentaba fue la verificación de la realidad que necesitaba. Era responsable de esa personita y de su madre que dormía.

La ansiedad me sacudió el cuerpo cuando centré la atención en ambos.

Las dos personas que me habían creado se habían destruido mutuamente.

Mi padre mató a mi madre.

El hombre había intentado llevársenos a todos con él.

Y ahora estábamos aquí.

Aoife, aquel pequeño bebé y yo.

Dependía de mí igual que yo había dependido de mi puto viejo.

Seguí mirando a nuestro hijo, preguntándome cómo nos pudo hacer aquello, cuando cualquier instinto en mí me decía que protegiera al niño en mis brazos y a la chica que acababa de tenerlo.

Decían que era enorme, pero a mí me parecía minúsculo.

Tenía un botón muy mono por nariz que me recordaba a la de Shan y unos labios carnosos como el resto de nosotros.

«Los labios de mamá».

Todos los teníamos.

Los seis.

Los dedos eran monstruosamente largos para hacer juego con el resto de él, pero, joder, se parecía muchísimo a su madre.

Sinceramente, no había visto a un bebé más bonito en mis dieciocho años en la Tierra.

Un poco más tarde apareció una enfermera para comprobar la vía en el brazo de Molloy y para colocar una bolsa nueva en el gotero.

—¿Está bien? —pregunté, poniéndome alerta al instante mientras miraba a la enfermera como un halcón—. Lleva dormida mucho tiempo.

—Está bien —respondió la enfermera con tal seguridad que me tranquilizó—. La pobrecilla está exhausta. —Se giró

para mirarme y me dedicó una sonrisa compasiva—. ¿Qué tal come el bebé, papá?

—Tomó sesenta mililitros en el quirófano y otros sesenta en la sala de recuperación, y ahora se está tomando otros noventa —le dije, señalando el biberón medio vacío apoyado en el brazo de la silla—. No sé si debería darle más leche de fórmula hasta que su mamá se despierte. —Sintiéndome un inútil, me encogí de hombros antes de decir —: Hace tiempo me dijo que quería darle el pecho.

Me dedicó una sonrisa amable antes de preguntar:

—¿Hay pañales sucios?

—Sí, los ha mojado y ensuciado.

—Fantástico.

—Tiene la, eh..., caca negra. ¿Sabe la primera que hacen?

—El meconio.

—Así es como se llama.

Me sonrió extrañada.

—¿Tienes hermanos pequeños?

Asentí con la cabeza.

—¿Cuántos?

—Cuatro.

—Ajá. —Sonrió más—. Ya decíamos nosotras.

Fruncí el entrecejo.

—¿Nosotras?

—Todas las enfermeras de Maternidad. —Volvió a sonreír—.

No es frecuente ver a jóvenes en Maternidad que hagan tan bien de padre como tú.

—Ah.

No estaba haciendo de nada.

Estaba petrificado, joder.

Pero sí había decidido.

Estar presente.

Hacer lo correcto con ese chico y su madre.

—¿Tiene nombre?

—Eh... —Soltando el aire, negué con la cabeza—. Todavía no sé cómo quiere llamarlo.

—Ah, la mamá toma la decisión.

—Ha hecho todo el trabajo —respondí, colocándome a mi hijo en el hombro para que eructara—, así que puede ponerle el nombre.

—Chico listo.

—¿Podría pasarle otra vez? —Dándole unas suaves palmaditas a nuestro hijo en la espalda, señalé a su madre—. Lo que le pasó después del parto. El sangrado. No perderá de nuevo, ¿no?

Después de consolarme con un montón de jerga y terminología médica que no retuve, la enfermera se detuvo en la puerta y me preguntó:

—¿Necesitas que te ayude con algo?

«Sí, necesito que haga que mi novia abra los ojos».

—No —respondí con brusquedad—. Estoy bien.

Esperé a que la enfermera se fuera antes de dejar a mi hijo de vuelta en su cuna y regresé a mi sitio al lado de su madre.

—Ya lo tienes —susurré, acariciándole la mejilla—, pequeña luchadora.

Recordando lo que había dicho la enfermera de que la dejara dormir, me metí la mano en el bolsillo de la sudadera a regañadientes para no tocarla y fruncí el ceño cuando rocé con los dedos un papel.

«La carta de la tata».

Volví a mi sitio en la silla junto a la cama y saqué el sobre que me había dado mi bisabuela el día anterior.

Dios, parecía que había sido hacía un millón de años.

Abrí el sobre para ver qué había dentro y me quedé parado cuando los ojos vieron el dinero.

Era un montón de pasta.

—Hostia puta —exclamé, con los ojos muy abiertos cuando un grueso fajo de billetes de cincuenta euros se me cayó en el regazo.

Aterrorizado, miré a mi alrededor para asegurarme de que estaba solo antes de contar enseguida el dinero.

Me entró un sudor frío cuando terminé y lo volví a contar tres veces más antes de que mi cabeza asimilara lo que el cerebro estaba diciéndome.

Quince mil euros.

Quince de los grandes.

Quince mil putos euros.

—¡Qué coño...! —Más que confundido, me guardé el dinero de nuevo en el bolsillo y de inmediato me puse a leer la nota.

Querido Joseph:

Saber que por fin he de escribirte esta carta me da una inmensa alegría y a la vez la misma cantidad de tristeza.

Alegría, porque sé que te estás haciendo mayor y, lo más importante, que por fin te has librado de ese hombre horrible, pero siento una gran pena porque ha sido pagando un alto precio.

Sé que probablemente te preguntes por el dinero, así que no me andaré por las ramas. Cuando el abuelo falleció, te dejó un buen pico en su testamento, pero con las estrictas instrucciones de que no se te diera hasta que estuvieras lejos de tu padre y de su techo.

Supongo que el abuelo sabía tan bien como yo que se lo darías a tu madre, que, a su vez, se lo daría a él.

Este dinero era para ti, Joseph.

El abuelo quería dártelo a ti.

Para *tu* futuro.

Y juro por Dios que tienes uno muy brillante por delante, tesoro.

Quiero que cojas este dinero y cuides de tu pequeña familia.

Me gusta mucho la chica, Joseph. No dejes que se te escape. Confía en tu tata cuando te digo que es de las buenas.

Serás un padre maravilloso y un marido devoto cuando llegue el momento.

Descanso bien por las noches sabiendo que tengo un bisnieto como tú en el mundo.

Con todo mi amor,

La tata MURPHY

DILE «HOLA» A MAMI

Aoife

Cuando abrí los ojos, me bombardeó un montón de emociones y sensaciones.

El dolor fue lo primero.

Seguido de la confusión inmediatamente después.

Me humedecí los labios secos y eché la cabeza a un lado y a otro, intentando quitarme de encima la sensación de mareo y encontrarle sentido a lo que demonios estuviera pasando. Fue cuando me puse de lado cuando lo vi a mi derecha.

«Joey».

Estaba sentado en una silla al lado de la cama, meciendo algo contra su pecho.

—Hey, semental —mascullé, algo adormilada y con la voz ronca mientras disfrutaba viéndolo.

Al instante, se centró en mí y la emoción que vi en sus ojos verde claro fue abrumadora.

«Está aquí».

«Está aquí de verdad».

—Hey, reina. —Dejó caer los pies de donde los tenía apoyados en el lateral de mi cama y se puso derecho—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si hubiera aguantado diez asaltos con Tyson.

—Bueno, no lo parece —se apresuró en responder y salvó el espacio entre nosotros—. Bonito todo, Molloy.

—Joe —dije con la voz cargada de emoción. Dirigí toda mi atención al bebé que sostenía en los brazos—. ¿Está bien?

—El niño está perfecto —contestó, yendo hacia el borde de la cama e inclinándose para darme un beso en la frente—. Has hecho un buen trabajo, Aoife.

—¿El niño? —El corazón se me disparó en el pecho cuando saqué una mano temblando de debajo de las sábanas para tocar su manita rosa—. ¿Tenemos un hijo?

—Tenemos un hijo, y tiene una voz impresionante igual que su madre —confirmó con voz grave, colocando al pequeño con cuidado en mi pecho—. Dile «hola» a mami.

Incapaz de contener las lágrimas, intenté acunar al bebé en mis brazos, completamente abrumada.

—¿Lo hemos hecho nosotros? —Sorbiéndome la nariz, me quedé mirando su carita diminuta, sintiendo demasiado en ese instante para comprender—. Ay, Dios mío —dije medio riéndome, medio sollozando—. Tiene la naricita de Shannon.

—Es lo mismo que pensé yo. Tiene tus rizos.

—Tiene tus ojos.

—Es todo tú, Molloy. —Pulsando unos cuantos botones del mando de la cama, la levantó a una posición intermedia antes de quitarse la redecilla del pelo y darme otro beso en la frente—. Es precioso como su madre.

—Sí, bueno, su madre ya no se siente tan preciosa —mascullé, sintiéndome vulnerable y extrañamente expuesta.

—Su mamá nunca ha estado más preciosa que ahora mismo —me corrigió Joey—. Hoy hace seis años que clavé por primera vez mis ojos en ti, sentada en el muro por fuera del instituto, y ahora estamos aquí sentados con nuestro hijo. —Sonriendo, se inclinó y me besó de nuevo—. Gracias por mi bebé, reina. Todavía me dejas sin respiración.

Eso bastó.

Sus palabras de afecto rompieron el dique dentro de mí.

—Joe. —Con un sollozo, me llevé nuestro bebé más cerca del pecho y le besé su mejilla regordeta—. Al no poder sacarlo, creía que iba a...

—Está aquí mismo —se apresuró a tranquilizarme Joey, acercándose más y pasándome un brazo por los hombros—. Ambos estáis aquí y yo voy a cuidar de vosotros. —Otro beso—. No dejaré que os pase nada a ninguno de los dos, Molloy, te lo prometo.

—¿Has estado aquí todo el tiempo?

—Te dije que no te abandonaría. —Cogió a nuestro hijo con cuidado de mis brazos y lo colocó en la cuna junto a la cama antes de regresar a mi lado—. Nunca volveré a abandonarte.

No tenía la fuerza para ser fuerte ni para poner cara de valiente en ese momento.

No me quedaba nada en el depósito.

Había pasado mucho tiempo siendo la valiente.

La fuerte.

Ahora lo único que quería hacer era acurrucarme junto a él.

Porque ya no podía hacerlo más.

Necesitaba alguien en quien apoyarme.

—No puedo hacer esto yo sola —admití, agarrándolo de la sudadera mientras me sostenía en sus brazos—. Estoy muy cansada, Joe.

—Lo sé —respondió, retirándome el pelo de la cara mientras me acercaba más a él.

—No puedes volver a ponerte enfermo —dije llorando, asiéndome a él con todas mis fuerzas—. No puedes dejarme sola en esto.

—No volveré a dejarte sola —me prometió, envolviéndome en sus brazos—. No te volveré a fallar. —Podía oír la sinceridad en su voz y necesitaba muchísimo que lo dijera de verdad. Que se quedara—. Ahora me toca a mí, Molloy. —Me besó el pelo—. Cuidarte.

TE CUIDARÉ

Joey

Después aquella tarde, la burbuja tranquila dentro de la que Molloy y yo nos habíamos metido mientras nos aveníamos al bebé chillón que habíamos creado juntos estalló.

Irrumpiendo en la habitación del hospital, cargadas con globos, animales de peluche y bolsas de compras llegaron Trish y Casey, seguidas de un Tony que parecía aprensivo.

—¡Aoife! —exclamaron Trish y Casey, yendo directas hacia mi novia—. Ay, mi pobre bebé.

—Hola, mamá. Hola, Case.

—Ay, mira qué cara, pobre. Se te ve muerta.

—Vaya, gracias, mamá.

—No le hagas caso a tu madre —se apresuró Casey a intervenir—. Estás para mojar pan, como siempre. Menos la barriga enorme.

Tuve el sentido común de quitarme de en medio, rodeé a las chicas y me acerqué a Tony.

—Veo que tu padre sigue aquí —apuntó Tony, con los ojos clavados en el bebé que tenía en mis brazos—. Eso es un buen comienzo.

—Sigo aquí —confirmé, cogiendo bien al niño—. Dile «hola» a tu abuelo, pitufo.

—Será mejor que no le pongas a ningún nieto mío el nombre de un dibujo animado —protestó Tony, con los ojos clavados en el bebé que tenía en brazos.

—¡Pero qué dices, papá! —dijo Molloy—. Es una forma cariñosa de llamar al niño.

—Dios, peor me lo pones. —Tony se quedó pálido.

—No lo voy a llamar como a un dibujo animado —me reí y se lo pasé a Tony para que lo cogiera—. Ten.

—Ay, Dios, chico, no me lo des a mí —dijo Tony, con los ojos clavados en mi hijo, mientras rápidamente se quitaba el abrigo y se remangaba la camisa hasta los codos—. Mira qué tamaño tiene. —Se dirigió a la silla junto a la cama, se sentó y soltó el aire de forma temblorosa—. No he cogido a un bebé desde que los mellizos eran pequeños.

—Dámelo a mí —terció Trish, yendo directa hacia nosotros—. Quiero darle el primer achuchón.

—No le hagas caso —refunfuñó Tony, indicándome con las dos manos que me acercara a él—. Ven conmigo, chico, que el abuelo te va a dar un abrazo.

—Ay, madre mía —canturreó Casey, inclinándose sobre Tony con una cámara digital rosa en las manos mientras disparaba como una loca—. Es superdivino, chicos.

—Es ya como un hombrecito —murmuró Trish—. Es enorme, Aoife.

—Sí —masculló Molloy, cerrando los ojos—. Todavía siento lo enorme que era.

Mientras todos tenían los ojos en el bebé, yo regresé al lado de mi novia.

—¿Estás bien?

—Ajá —asintió, con los ojos aún cerrados—. Solo una contracción.

Sí, nos habían dicho que pasaría eso.

Le habían dado muchísima medicación para ayudar a que el útero se contrajera.

—Bueno, señor Chico Malo Reformado —dijo Casey, guiñándome el ojo—. ¿Te sigues comportando? —Y, moviendo las cejas, añadió—: Espero que no le hayas estado dando al óxido nítrico de extranjis.

—¡Casey!

—Bah, no pasa nada —me reí, sacudiendo la cabeza—. Estoy limpio como una patena.

—Hay una primera vez para todo.

—Y tanto.

—Bueno, ¿y ya le habéis puesto nombre a este

hombrecito? —preguntó—. ¿O lo vamos a tener que llamar de momento «pitufo»?

Molloy me miró y me encogí de hombros.

—Tú decides, nena.

—Tenemos un nombre —dijo, lamiéndose los labios—. En realidad, tenemos dos.

—¿Ah, sí? —A Trish se le iluminaron los ojos—. Dilos.

—Joe está en contra, pero quiero que el segundo nombre sea Joseph —les dijo— y el apellido será Lynch. —Temblando, añadió—: No estamos casados y por eso es importante para mí que todo el mundo sepa que nuestro hijo tiene un padre que lo reconoce.

Me tragué mis protestas, negándome en rotundo a discutir con la chica que había pasado por ocho horas infernales para darme un hijo. Así que asentí con la cabeza como apoyo cuando me miró para que se lo confirmara.

—¿Y el nombre de pila? —quiso saber Trish.

—Anthony —respondió Molloy—. Se llama Anthony Joseph Lynch. —Sonriendo, añadió—: Aj para abreviar.

—Pero Anthony soy yo —dijo Tony, poniéndose del color del Opel Corsa de su hija.

—Sí, papá. —Molloy puso los ojos en blanco—. Lo sabemos.

—Has decidido ponerle a tu hijo el nombre del hombre que te crio —dijo Trish con orgullo, mirando a su hija con una amplia sonrisa—. Ay, Aoife, qué bonito.

—La verdad es que decidimos ambos ponerle el nombre del hombre que nos crio a los dos —confirmé en voz baja—, porque, seamos realistas, el único hombre que me mostró el camino fue tu marido.

Tony se aclaró la garganta con fuerza, miró a Aj y se sorbió la nariz.

—Sé muy bien lo que este padre tuyo está intentando hacer, chico —le dijo a mi hijo con la voz cargada de emoción—. Está intentando hacerle la pelota a tu abuelo, ¿eh? —Le dio un beso a mi hijo en la frente y le sonrió—. Bueno, pues puedes decirle a tu padre que ha funcionado.

Sí, dile a tu padre que espero que lleve su culo al taller en cuanto tu madre esté en casa y pueda ponerse de pie.

Se me paró el corazón en seco.

Molloy se me quedó mirando boquiabierto.

—Pero dile a este padre tuyo que es su última oportunidad —continuó diciendo Tony, hablándome a través de mi hijo—. Dile también que tu abuelo tiene una Burdizzo a mano por si se le ocurre darte un hermano o una hermana antes de que termine su formación y le ponga un anillo en el dedo a tu madre.

—¿Una Burdizzo? —Casey frunció el ceño—. ¿Qué demonios es eso?

—Es lo que se utiliza en las granjas para castrar al toro —respondí, acordándome de lo que me contó una vez Podge—. Le puedes decir a tu abuelo que serás hijo único.

Tony sonrió.

—Dile a tu padre que es una sabia decisión.

—Por Dios, papá —gruñó Molloy, agitando una mano—. Besaos y haced las paces. Todos sabemos que llevas todo el verano triste sin tu ayudante en el taller.

—Bueno, por lo visto tengo un nuevo pequeño ayudante que me tendrá ocupado —dijo Tony pensativo, mientras intentaba impedir que Trish le quitara el niño de los brazos.

—¿Tienes ya ganas de ir al lavabo? —pregunté, volviendo a centrar mi atención en Molloy. Le habían retirado el catéter hacía un rato y la habían animado a salir de la cama e ir al baño, pero Molloy no se había movido ni un centímetro.

—¿Joe?

—¿Sí?

Con los ojos muy abiertos, me indicó que me acercara para poder susurrarme al oído.

—Me da miedo moverme. —Temblando, me puso una mano en la mejilla y susurró—: Tengo la sensación de que se me va a salir todo.

Se me partió el corazón.

—Eso no va a pasar —intenté tranquilizarla y la rodeé con el brazo—. Acabas de dar a luz, nena. Te vas a sentir jodida de muchas maneras, pero te prometo que no te va a pasar nada malo.

—Estoy llena de sangre —susurró con la mano temblando mientras hundía la cara en mi cuello—. Doy asco.

—Eres preciosa, joder —la corregí con rudeza antes de centrar la atención en sus padres—. Aoife tiene que ducharse. ¿Podéis vigilar al bebé?

—Yo puedo llevarte, Aiofe, tesoro...

—No, la llevo yo —interrumpí a Trish y, cuando noté que a su hija se le tensaba el cuerpo en señal de protesta, dije—: Yo puedo.

—Tengo las piernas como si fueran de cemento —masculó Molloy mientras salía con cuidado de la cama—. Que nadie mire, ¿vale?

—Vale —dijeron las tres visitas a coro obedientemente.

—Joe, la cama —dijo cuando se puso de pie y los ojos se le quedaron clavados en la sangre seca de la cama.

—Está genial.

—Pero hay sangre por todas partes.

—No pasa nada.

—Tengo en el camisón y en las piernas... Puaj, Joe, hasta en los calcetines.

—Molloy, te prometo que está bien —le aseguré rodeándole con un brazo la cintura mientras le agarraba el codo con el otro—. Las demás mujeres de este hospital están igual. No tienes nada de lo que avergonzarte, ¿vale? Esto lo ven un montón de veces a diario.

—Pero tú lo has visto, Joe —dijo entre dientes, temblándole el labio.

—¿Y crees que me importa? —Negué con la cabeza—. Me tienes impresionado, nena. ¿Has visto lo que acabas de hacer? ¡Me has dado un hijo! Por Dios, Molloy, tengo tal subidón ahora mismo que es absurdo.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena.

—Ay, qué bonito. —Sorbiéndose la nariz, asintió y se apoyó en mi costado—. Llevo un pañal.

Tenía puestos esos calcetines y esas bragas de usar y tirar, y me sentí la hostia de culpable por haberle hecho eso, porque estaba claro quién era el responsable del estado de aquella chica.

Yo.

—Eso es. Muy bien, despacio. —Dando un paso y después otro, la ayudé a entrar en el baño contigo—. No hay prisa, nena.

—Gracias, Joe —dijo cuando estuvimos a salvo dentro del lavabo, lejos de los ojos curiosos—. Ya te puedes ir.

Sí, no me iba a ninguna parte. No cuando parecía estar a dos segundos de desmayarse y caer al suelo. Le habían dado dos unidades de sangre y una transfusión de hierro, por el amor de Dios. No estaba en condiciones de ir sola a ninguna parte y mucho menos de ducharse sola.

—No, Molloy, para, ¿vale? —le dije, volviéndola a coger del brazo cuando intentó estar de pie ella sola—. Déjame que te ayude.

—No. —El labio le tembló otra vez y vi que trataba de contener las lágrimas mientras la ayudaba a meterse en la ducha—. No quiero que me veas así.

—¿Así cómo?

—Así —gritó, señalándose con la mano libre el vientre y las piernas—. Es asqueroso.

—No es asqueroso —la corregí con brusquedad. Como no se movía, le cogí el dobladillo del camisón manchado de sangre que había llevado durante el parto.

—No. —Negó con la cabeza y apartó el cuerpo—. Joe, no. Ya no parezco yo.

Joder, eso dolía.

Su vulnerabilidad me partía el alma.

Estaba desesperado por tranquilizarla.

Por hacerlo bien.

Tenía la barriga magullada y desinflada, con estrías moradas donde su cuerpo había alojado y llevado a mi hijo.

—Eres preciosa —le dije y se me quebró la voz cuando las putas emociones amenazaron con sacar lo mejor de mí.

—No.

Se sorbió la nariz y negó con la cabeza, rechazando mis palabras.

—Sí —la corregí con tono grave, cogiéndola de la barbilla con una mano—. Sí.

Se me quedó mirando con sus ojos verdes, llenos de dolor y vulnerabilidad.

—Te he echado tantísimo de menos... —Agarrándome de la nuca, me llevó la cara hacia la suya—. Creía que me moría este verano sin ti y ahora es cuando vuelvo a la vida.

—Sí. —Apoyando mi frente contra la suya, me concentré en aquel instante, en los sentimientos, en el peso de mi conciencia, en el futuro que teníamos por delante—. Conozco la sensación.

Era ella.

Siempre lo había sido.

Siempre lo sería.

«La chica del muro».

—Voy a cuidar de ti —le dije—, porque te quiero. —Tembló mucho cuando le di un beso en la cabeza—. Porque creo que eres la hostia de sexy. —Con cuidado llevé las manos hacia su ropa interior desechable para quitársela—. Porque eres mi reina. —Me deshice de todo lo que llevaba puesto, abrí el grifo y dirigí la ducha para que su cuerpo tembloroso quedara bajo el agua caliente, sin importarme una mierda estar mojándome. Toda mi atención estaba en la chica que todavía me miraba como si fuera un ser maravilloso—. Y porque todo lo que tengo, todo lo que soy, te lo debo a ti.

—Aoife, amor. ¿Cómo vas ahí dentro? —dijo Trish, un momento antes de irrumpir en el baño.

—Mamá, sal —dijo Molloy entre dientes, dándole a su madre la espalda—. ¡Dios!

—¿Qué es eso que tienes en el culo?

—Nada.

—¿Es un tatuaje?

—No.

—¿Es el nombre de Joey?

—¡Mamá, sal!

—Ay, Dios, Tony.

—¿Qué pasa, Trish?

—No me extraña que nuestra hija no quisiera que la ayudara en la ducha. ¡Tiene tatuado el nombre de este chaval en el culo!

NO PUEDO HACERLO

Aoife

La falta de sueño me convirtió en una mujer débil y esa fue la razón por la que envié aquel mensaje de texto peligroso en mitad de la noche. El agotamiento se había establecido y hacía que me costara más no hundirme en las sensaciones de conflicto y arrepentimiento que rabiaban en mi interior.

Por eso Joey estaba sentado al borde de mi cama del hospital a las ocho de la mañana el jueves por la mañana. Vestido con su uniforme de Tommen recién planchado, y con nuestro hijo acurrucado en la cara interna del codo, tenía una naturalidad como padre con la que yo solo podía soñar.

—Muy bien —decía mientras le daba de comer a AJ con el biberón.

El biberón.

Se me escapó otro sollozo.

No conseguía que mamara.

No sabía hacer nada bien.

La segunda noche con nuestro hijo había sido un desastre mayor que la primera, y estaba empezando a pensar que yo no le gustaba a AJ.

—Tan solo estás cansada —dijo Joey, dejando el biberón vacío para agarrarme de la mano—. Lo vas a conseguir, Molloy.

—No, Joe, no puedo —respondí con la voz quebrada, esforzándome por no ceder a la abrumadora tentación de gritar a pleno pulmón—. Todos tienen razón. No puedo hacerlo.

—Sí puedes —me corrigió, soltándome la mano para ponerse a AJ en el hombro—. Te prometo que sí —continuó, acercándose para cogerme con el brazo libre—. Todo va a

salir bien.

—No, no va a salir bien. —Negué con la cabeza y me limpié la nariz con la manga de mi sudadera—. Soy una madre de mierda. —Otro sollozo me sacudió el pecho—. Me o-odia. Nu-nunca llora con-contigo. Ni siquiera p-puedo darle de comer bi-bien.

—Tonterías. —Mientras me levantaba, vi cómo terminaba de hacer eructar a nuestro hijo—. No eres una madre de mierda. —Manejando a nuestro hijo con tanta destreza como cualquier comadrona del hospital, Joey lo dejó en la cama y se puso a cambiarlo—. Estás asustada y él lo nota —explicó con delicadeza, poniéndole a nuestro bebé un pañal limpio antes de meter su diminuto cuerpo en otro body—. En cuanto te relajes, él también lo hará. —Alzando a AJ en brazos, lo meció durante un momento, balanceándose de un lado a otro, antes de dejarlo en su cuna y volver a mí—. Estás agotada, Molloy. Estás pasando por mucho ahora mismo, nena, y ese pequeño bebé te adora, ¿vale? —Se sentó en la cama y con cuidado me llevó a su regazo—. Y no te preocupes por cómo se alimente mientras se alimente.

—Pero mi madre dice que de-debería estar dándole el pecho.

—Me importa una mierda lo que diga tu madre —replicó, estrechándome en sus brazos—. Yo soy su padre y te digo que está bien. Está engullendo los biberones. Está claro que está ganando peso. No hay que preocuparse por él, Molloy. Está creciendo muy bien.

—Odio estar aquí sola —admití, hundiendo la cara en su jersey nuevo del colegio—. Las noches son lo peor.

—Sabes que me quedaría contigo si pudiera —respondió, sonando dolido—, pero echan a las parejas a medianoche.

—Sí —dije, aferrándome a él—, lo sé.

—Hoy vuelves a casa —la animé— y estaré allí en cuanto salga de clase, ¿vale? Me llevaré una bolsa y me quedaré a dormir. —Me dio un beso en la cabeza—. Yo le daré de comer esta noche, ¿vale? Lo único que quiero que hagas es

respirar y no ponerte nerviosa hasta que vuelva. Tu madre vendrá dentro de una hora. Déjala que te ayude.

«No te vayas».

«Por favor, no te vayas».

—No quiero marcharme —dijo afligido, sin duda leyéndome la mente—, pero, si no voy a clase, lo tendré jodido con mis médicos...

—No pasa nada —me apresuré a interrumpirle, porque no era bueno tener aquella conversación cuando estaba tan nerviosa—. Nos vemos cuando vuelvas de clase.

—Sí —me aseguró—, y entonces hablaremos, ¿vale? De hecho, tengo una cosa que quiero consultar contigo y tus padres. —Me besó otra vez—. Haremos que esto funcione, Molloy.

BIENVENIDO A TOMMEN

Joey

Era 1 de septiembre de 2005.

Mi primer día de mi segunda oportunidad en sexto, y el primer día de mi segunda oportunidad en la vida; según mi psicóloga, quiero decir.

La verdad era que mi segunda oportunidad había nacido hacía dos días, y estar en ese colegio en vez de con mi hijo y mi novia me estaba matando. Cuando crucé la puerta principal del centro, la ansiedad que estaba experimentando tenía poco que ver con lo que me rodeaba y todo que ver con la chica que había dejado sola en el hospital.

Ya había estado antes en aquella posición. Me había sentado a los pies de la cama de otra mujer, viendo cómo se derrumbaba por la angustia mental que venía tras dar a luz.

Jamás lo entendí cuando le pasó a mi madre, y estaba igual de desorientado ahora que le estaba ocurriendo a mi novia. Quería hacer lo correcto. Quería darme la vuelta y regresar con ella, pero tenía que cumplir el acuerdo al que había llegado.

Conllevaba unas ventajas que no podía rechazar. Conllevaba libertad, alojamiento, y un futuro con el que contaba para mi familia.

Mi familia que consistía en Molloy y AJ.

El director de Tommen no podía ocultar su desagrado hacia mí. Lo dejó bien claro. Su desconfianza era potente y su recelo incluso más agobiante mientras me miraba con desprecio, sentado a su escritorio.

—¿Lo están tratando con metadona? —Su pregunta,

aunque era sobre mí, iba dirigida a Edel y John, que estaban sentados a mi lado—. ¿Recibe terapia con regularidad? ¿Asiste a un ambulatorio?

Me tragué mi genio y dejé que John hablara por mí. Al fin y al cabo, el hombre se dedicaba a eso. Así que apreté los puños a los costados y desconecté, tan solo respondiendo cuando el patriarca de la nueva familia de mis hermanos me animaba a hacerlo.

«Indeseable».

Era solo una palabra, pero la más precisa que se me ocurría para describir cómo me hacían sentir. Aquel no era mi sitio, no tenía que estar en ese colegio privado ni llevar ese uniforme.

Aun así, aguanté y dejé que me guiara uno de los pocos hombres en mi vida que consideraba de confianza.

Al final, me dieron el horario de las clases y la advertencia de que me comportara. Como si no hubiera oído ya eso.

—He oído hablar de él.

—No es trigo limpio.

—Siempre se estaba metiendo en peleas en el Ballylaggin. La gente susurraba al verme en los pasillos.

—Por lo visto, lleva un chip enorme en el hombro.

Los ignoré a todos. No podían hacerme daño. Había pasado por tanto y había llegado tan lejos que no iba a dejar que unas cuantas opiniones me apartaran del camino.

—Ese tiene muy mala reputación.

—He oído que dejó embarazada a una chica de su anterior instituto.

—Seguro que me deja a mí embarazada con solo mirarme.

—Es mi hermano —soltó una voz familiar, y me di la vuelta para encontrarme con Shannon precisamente, con un grupo de chicas en el pasillo—. Y no deberíais creer todo lo que oís por ahí.

—¿Sale con alguien?

—No eres su tipo.

—¿Quién es su tipo?

—Su novia.

Sonreí para mis adentros.

Vaya, menuda sorpresa.

Estaba defendiéndome.

Pasé de sus comentarios y le guiñé el ojo a mi hermana antes de dirigirme a mi primera clase, a la que llegué más tarde que nadie porque aquel colegio era un puto castillo.

—¿Le van a hacer análisis de sangre? —fue el primer comentario malicioso que tuve que oír cuando entré a Matemáticas—. Porque no quiero que ningún drogata se desangre encima de mí.

—Probablemente tenga sida —dijo con desprecio la chica al lado del otro.

—Créeme si te digo, Buckley, que lo mejor de ti se le quedó a tu padre en la pierna —dijo una voz familiar en mi defensa, y me giré en dirección a donde Gibsie estaba retirando una silla libre a su lado—. Y, en cuanto a tu novia, la puta señorita Peggy —añadió mirando con los ojos entrecerrados a la chica que se reía al lado del capullo que hablaba—, creo que podemos decir que la marea no se la llevará.

—Que te den, Gibsie.

—¿Que te den? —Eché la cabeza hacia atrás—. Ya te gustaría a ti.

La clase entera se echó a reír.

—Buenas, amigo —saludó Gibsie con una sonrisa cuando me dejé caer en la silla a su lado.

«Joder».

—Gibs.

—¡Uooo-hey! Has dicho bien mi nombre.

—Sí. —Me encogí de hombros—. Bueno, he pensado que mejor era aprendérmelo, ya que voy a estar aquí atrapado contigo hasta junio.

—Así es, amigo mío —se rio, empujándome el hombro con el suyo—. Estaremos juntos.

—Bueno, ¿y dónde está tu otra mitad?

—¿Mi Claire? Va a quinto.

—No, gilipollas. Kav.

—¡Ah! —Gibbie se rio—. Ah, te refieres a mi otra mitad. Está en clase avanzada de Mates. —Y, frunciendo el ceño, Gibbie añadió entre dientes—: El capi destaca en todo —se rio para sus adentros, al parecer le hizo gracia algo en lo que estaba pensando, antes de negar con la cabeza y decir—: Está hecho un genio tu futuro cuñado.

LA MELANCOLÍA DE LA MATERNIDAD

Aoife

Llevaba en casa tres horas y no podía dejar de llorar. A lágrima viva, sentada con las piernas cruzadas encima de la cama, miraba al minúsculo humano que gritaba a pleno pulmón.

No podía hacerlo.

Era una tonta si pensaba que era capaz.

—Chis, chis, chis —dije en un mar de lágrimas mientras le frotaba la barriguita y le llevaba el chupete a los labios, rezando para que dejara de llorar.

—Aoife, tesoro. —Mi madre se asomó por la puerta de mi habitación con los ojos llenos de una mezcla entre compasión y preocupación—. ¿Quieres que me lleve a AJ una hora?

—No —dije en un mar de lágrimas, sentada con las piernas cruzadas sobre la cama de mi infancia mientras clavaba la vista en el diminuto ser humano del que era responsable—. Tengo que aprender a hacer esto.

—¿Quieres que llame a Joey? —preguntó todavía por allí—. A ver si puede venir un poquito antes.

—¡Está en clase, mamá! —grité, levantando las manos en el aire—. No puede venir antes. ¡Tiene que quedarse hasta las cuatro!

—Sí —respondió despacio—. Entiendo que está en clase, pero, si supiera que te cuesta tanto, él...

—No es que me cueste —repliqué, hundiendo la cara en el pliegue del brazo mientras otra oleada de histeria me recorría—. Es que tengo miedo.

—Ay, tesoro. —Mi madre salvó el espacio entre nosotras y se sentó al borde de la cama para coger a AJ en brazos—.

¿De qué tienes miedo?

—De estar sola —dije sollozando, inconsolable—. Tener que hacer esto sin él.

—Aoife, cariño, Joey está en casa —intentó calmarme mientras mecía a mi hijo en sus brazos—. No se va a ir a ninguna parte.

Pero podía hacerlo.

Podía tener una recaída.

Podía dejarme.

Otra vez.

—Aun así, tengo miedo —grité e hice una mueca cuando me moví demasiado rápido y noté un dolor muy fuerte—. Él está por ahí y yo estoy aquí, y es que... —Exhalé temblorosamente y fui a coger a mi hijo—. Es que tengo mucho miedo, mamá.

—¿Sabes? Es totalmente normal sentirse hecha un lío los primeros días después de dar a luz. —Mi madre me echó un brazo por los hombros mientras yo acunaba a AJ contra mi pecho—. Tienes las hormonas alteradas y tu organismo entero se está reiniciando, por así decirlo.

—Tengo miedo —repetí, incapaz de contener los temblores que me sacudían—. Es que... —Negué con la cabeza y me incliné para darle un beso a AJ en la cabeza—. Tengo miedo.

—Claro que tienes miedo —dijo para calmarme—. Has pasado un infierno este año y no tienes más que dieciocho años, cariño. Es normal que te sientas insegura. Es muy normal. Me acuerdo cuando llegué contigo y con Kev a casa. Estuve llorando durante tres meses enteros.

—¿Ah, sí?

—Ya te digo —respondió, estrechándome en sus brazos—. Estaba fuera de mi elemento y tu padre trabajaba todo cuanto podía para traer el pan a casa. Los primeros días creía de verdad que estaba volviéndome loca. Pero luego mejora, amor. Es más fácil. Te lo prometo.

CAMBIO DE PLANES

Joey

—Pero es un hurler, Gibs —apuntó Kav, pronunciando en voz alta mis pensamientos mientras me sentaba en la mesa del comedor, escuchando al demente de su mejor amigo soltar su última idea loca.

Resultaba que Gibsie tenía muchas ideas locas y yo iba a saberlo bien, porque me había tocado la puta mala suerte de coincidir con él en todas las clases, y eso significaba pasar seis horas juntos al día.

Ay, sí, me había guardado un sitio a su lado en cada una de esas clases.

Por lo visto, Johnny era incluso más cerebritito que Kev y lo tenía todo para en junio conseguir la máxima puntuación en el examen de acceso a la universidad, que tan solo los superdotados sacaban.

Entre tanto, yo era de la media, junto con un chaval al que jamás lo podrían acusar de ser como la media.

—Cierto —respondió Gibsie asintiendo con la cabeza—, pero Lynchy necesita un cambio de escenario, y nosotros necesitamos un ala. Tommen no tiene equipo de hurling, pero sí de rugby. Un equipo que se ha quedado sin apenas jugadores buenos este año.

—Míralo —terció Hughie—. Es demasiado...

—¿Soy demasiado qué? —dije con desdén, retándolo con los ojos a que terminara la frase.

—Nada —masculló, dándose la vuelta—. Nada en absoluto.

—Sí —gruñí, todavía echando chispas—. Eso era lo que yo creía.

—Es agresivo y camorrero, por no mencionar lo despiadado que es en los mejores momentos —decidió

intervenir también Feely en la conversación.

—¿Y tú qué coño sabes? —espeté, fulminándolo con la mirada—. No sabes una mierda de mí.

—Un buen ejemplo —respondió Feely en calma—. Además, es un atleta experto.

—Cierto —dijo Kav pensativo, rascándose la barbilla.

—Ya has visto al chaval —continuó Gibsie, ignorándome por completo y concentrando su atención en sus compañeros de equipo—. Corre que vuela.

Feely sonrió.

—Es perfecto.

Gibsie se giró para mirarme y me dedicó una gran sonrisa.

—Y bien, ¿estás conmigo, Lynchy?

—Y una mierda —respondí inexpresivo—. Si estáis pensando o imaginando, capullos, que voy a entrar en vuestro...

—Podrás pegarle a la gente —me interrumpió—. Varias veces, de forma legal y sin que te arresten. Considéralo una especie de terapia física.

—Me he reformado —respondí sorbiéndome la nariz—. Además, ahora soy padre. No tengo tiempo para los deportes.

—Sí.

Los cuatro se rieron.

—¿Qué? —espeté—. ¡Lo soy, joder!

—Padre, sí —confirmó Kav.

—Pero ¿reformado? —Gibsie se rio—. Nunca.

Negándome a morder el anzuelo de lo que veía como una versión con pasta de Alec, negué con la cabeza y me recosté en mi asiento.

—Escuchad, aprecio vuestra oferta de meterme en el equipo, pero tengo una chica, un niño y un trabajo que van antes que nada. Así que paso.

—¿Un trabajo? —Las cejas de Kav se dispararon hacia arriba—. ¿Ya?

Asentí.

—He recuperado mi antiguo puesto en el taller.

—Hostia, chaval. —Sonrió y pareció realmente alegrarse por mí—. Felicidades.

—Hurra.

—Eh, chicos —saludó Shannon, entrando en el comedor acompañada de dos amigas. Los ojos se le iluminaron en cuanto me vio sentado en la mesa con ellos. Hasta saltó un poco, pero se las apañó para controlar su expresión antes de llegar a la mesa—. Hola, Joe —dijo, tratando de sonar despreocupada mientras se sentaba en el sitio libre al lado de Kav.

—Shan —la saludé mientras veía cómo Kav retiraba la silla para que se sentara, la misma silla que llevaba guardando como un león durante toda la comida.

—Hola, Johnny.

—Hola, Shannon.

—Ese es su trono —me dijo Gibsie al oído, riéndose—. Nadie salvo la pequeña Shannon se sienta al lado del rey de la selva o, en nuestro caso, el rey de Tommen.

Puse los ojos en blanco al no interesarme la política social. Pero sí calentó algo dentro de mí ver a mi hermana pequeña en su ambiente. Con su propio círculo. En un lugar que por fin era el suyo.

Cuando Lizzie pasó por mi lado, me guiñó el ojo, pero nada más.

Ni un «hola».

Ni una sonrisa.

Ni nada, y no pude sentirme más agradecido en ese momento.

Con los ojos clavados en ella, vi cómo se sentaba entre Feely y otro chaval con la cabeza rapada, justo enfrente de Hughie.

Esa chica, fuera o no muy complicada, tendría mi apoyo incondicional.

Tenía una novia y un hijo en casa, y eso no existiría si esa chica no se hubiese tomado un segundo para hablar

conmigo para que no saltara aquella noche. La idea de lo que podría haber pasado —lo que habría pasado— si no hubiera intervenido significaba que estaría siempre en deuda con ella. Mi hijo tenía un padre gracias a ella, y cuando se armara la gorda en la vida de esa chica, porque ocurriría, tendría mi apoyo.

Sí, durante el resto del curso, estaría bajo mi protección al igual que Tadhg y Shannon.

—Vaya, pero si están aquí el chico roto y el chaval fuerte —metió baza Claire Briggs mientras se acercaba a la mesa del comedor y, al ver que no había asientos libres, se dejó caer en el regazo de Gibsie.

—Ay, Dios —gruñó Gibs, moviéndose, incómodo—, no sé si se me podría llamar un chico fuerte, muñequita —dijo concentrándose mucho en algo.

En que no se le pusiera dura, supuse.

Sí, a todos nos había pasado.

«Pobre cabrón».

—No, Gerard. —Negando con la cabeza, le pasó un brazo por los hombros y se inclinó lo suficiente para acariciarle la nariz con la suya—. Tú eres el chico roto y él es el chico fuerte.

—Si yo estoy roto, ¿cómo estás tú, muñequita?

—No sé, Gerard —bromeó—. ¿Cómo estoy yo?

—Muy buena —susurró, abrazándola mientras salvaba el espacio entre sus narices—. Eres mi todo.

—¡Claire! —bramó Hughie—. Sal de su regazo. Ya.

—Vale, aquí está el cabrón pesado que siempre estropea el momento —dijo Gibsie resoplando, girándose para fulminar con la mirada a su amigo—. ¡Estaba teniendo un momento especial, Hugh!

—Sí —respondió Hughie con la cara roja—. ¡Con mi hermana!

—¡Vale! —soltó Lizzie y entonces mi atención volvió a centrarse en ella mientras levantaba las manos en el aire y le lanzaba una mirada de odio a Feely—. Dilo. —Se recostó

en su asiento, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándolo con odio—. Haz todo lo que puedas, mierda.

Cuando no respondió, creí que iba a ponerse a gritar. Sin duda parecía que estaba a punto de hacerlo.

—Maldita sea, Patrick, di algo.

—Vale. —Dejó la botella de agua, se giró en su asiento y le prestó toda la atención—. Creo que tienes los ojos azules más tristes que he visto y me duele mirarte, pero no tanto como me duele estar cerca de ti. Tus fragmentos rotos son afilados y con puntas que pueden cortar a cualquiera que se acerque demasiado.

—Vaya mieceerda —dijo Gibsie riéndose cuando Lizzie se levantó y se marchó ofendida del comedor—. Lo que le has dicho, chaval. —Alzó la mano para chocársela—. Has silenciado a la víbora.

—Baja la mano, gilipollas —espetó Hughie, levantándose de su silla—. Te estás poniendo en evidencia.

Sin pronunciar ninguna palabra más, Hughie salió en la misma dirección que Lizzie.

Arqueando una ceja, me tomé un momento para observar las reacciones de sus amigos y esperé a ver si entendía algo.

Pero no.

No tenía ninguno ni puta idea.

Ahí pasaba algo.

A lo mejor eran tantos años de consumir drogas lo que me hacía tener esa puñetera perspicacia. A lo mejor había pasado demasiados años como sujetavelas en la relación de Molloy con Ricey, y la vida me había vuelto un cínico.

Me quedé pensando en ello un momento antes de quitarme la idea de la cabeza.

«Bah, a la mierda, esos dos está claro que están follando».

—¿Shan? —Entonces dos chicas se acercaron a la mesa—. ¿Tadhg Lynch es tu hermano pequeño?

—Sí —contestó mi hermana, frunciendo el entrecejo por la confusión—. ¿Por qué?

—Está fuera del lavabo de las chicas peleándose con Ronan McGarry.

—Ay, Dios —masculló Shan, dejando caer la cabeza en sus manos.

—Yo me encargo —dijo Kav, poniéndose de pie, pero yo ya estaba de pie, volviendo sobre mis pasos hacia el pasillo principal.

—¡Tadhg! —espeté, abriéndome paso entre la multitud del pasillo, buscando a mi exaltado hermano pequeño.

Vi su cabeza rubia en la otra punta, sin duda tanteando a un chaval mayor.

—Los tuyos no tendrían que ir a este colegio —le provocó el otro tío y sabía que sus palabras serían como un trapo rojo delante de un toro para mi hermano—. Así que por qué no te vas a tu sitio con el resto de los hermanos de mierda que tienes.

—¿Y cuál es mi sitio exactamente? —dijo Tadhg furioso, dejando caer su mochila de los hombros mientras avanzaba para empujar en el pecho a aquel tío más grande—. ¿Hum? Vamos, caraculo. ¿Cuál es mi sitio?

—Bien lejos, en una de esas viviendas de protección oficial con el resto de vuestra escoria. —Sonriendo, el tío mayor añadió—: Pero puedes dejarnos a tu hermana con nosotros, ya que está dispuesta a abrirse de patas para el cap...

—¡Estás muerto, McGarry! —se oyó el rugido feroz de Tadhg justo cuando me abrí paso entre la multitud y me puse a su lado.

—No seas tonto —le advertí, cogiendo del brazo a mi hermano pequeño que ya lo había levantado—. No merece tu tiempo, chico. Vete.

—Pero ha dicho que Shannon...

—Es un capullo niñato de estos que juegan al rugby, que no ha tenido un día duro en su vida —intervine—. No nos importa su opinión.

—Anda, mira —dijo el capullo con desdén, atormentando a Tadhg con una sonrisita cruel—. Ha venido tu hermano

mayor a rescatarte. —Me miró y amplió su sonrisa—. Lo he oído todo de ti, yonqui.

—Qué original —dije inexpresivo, sin ningún interés en malgastar mi energía discutiendo con él—. Mira qué cabeza tan fea tiene —continué centrándome en mi hermano—. El pobre cabrón seguro que no ha probado un coño en su vida. Vete, chaval.

Las carcajadas estallaron a nuestro alrededor, todas a expensas del gilipollas.

—He visto muchos coños —masculló el tío, con la cara coloradísima.

—El que viste al salir de tu madre no cuenta, chaval —contestó Tadhg mientras yo lo apartaba—. Siento desilusionarte.

—¿Al contrario que tú y ese hermano yonqui que tienes? —replicó—. Se dice por ahí que este se folló a una puta del Ballylaggin y la dejó preñada...

No terminó la frase, ni hubiera podido aunque hubiese querido, porque tiré a ese cabrón al suelo.

Tadhg soltó una carcajada.

—Creía que no nos importaba su opinión.

—Cambio de planes.

AL MENOS LLEGASTEIS A LA COMIDA

Joey

—Dellie, llamó a nuestra hermana puta —se defendió Tadhg resoplando, subiéndose al asiento trasero del Range Rover después de que la avisaran del despacho para que nos viniera a buscar—. Sí, Joe le dio la primera bofetada, pero luego le provocó hablando de Aoife y mi sobrino. Y, mira, antes de que lo digas, no voy a pedirle perdón por darle una patada en los huevos cuando estaba en el suelo. El capullo se lo merecía.

—Bueno —suspiró con fuerza—. Al menos llegasteis a la comida.

—Lo siento —mascullé desde el asiento del copiloto—. La he cagado.

—No —dijo Tadhg, metiendo la mano entre los asientos para darme unas palmaditas en el hombro—. Le torciste la nariz, Joe. Fue un buen gancho.

—No ayudas, chaval. —Dejé caer la cabeza en las manos, consciente de que estaba con la mierda hasta el cuello por mi arranque—. ¿Durante cuánto tiempo voy a estar expulsado?

—Durante las próximas dos semanas —respondió Edel, incorporándose al tráfico.

—Qué bien —se rio Tadhg—. ¡Mira el resultado!

—Tú no, Rocky —lo corrigió—. Tú vuelves el lunes.

—Me cago en mi puta vida —gruñó número cuatro—. Sabía que tenía que haber dado el primer puñetazo.

—Oye —espeté, dándome la vuelta para mirarlo—. Deja de actuar como un mierdecilla. Antes no he hecho lo que debía.

—Pero tú...

—Me he portado mal, Tadhg —insistí, mirándolo serio en

señal de advertencia—. Lo he hecho mal, ¿vale? No me imites. No es bueno. Hazlo mejor, Tadhg. Sé mejor.

«Que yo».

—¿Podemos hablar? —pregunté desde la puerta de la cocina al cabo de un rato, mirando cómo Edel Kavanagh se hacía cargo de mi hermano más pequeño.

—Siempre, amor —respondió.

—La tata me dio dinero.

—¿Ah, sí? —dijo pensativa, alborotando los rizos de Sean antes de centrar su atención otra vez en la olla de estofado que estaba cocinando.

—Sí. —Me encogí de hombros, todavía allí—. Un montón de dinero.

Entonces se giró para mirarme.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Quince de los grandes. —Metí la mano en la bolsa de deporte que había preparado para irme a casa de Molloy y le enseñé el sobre lleno de billetes—. Es de mi abuelo. Me lo dejó cuando murió.

Levantó las cejas.

—¿Y no lo has tocado?

Negué con la cabeza.

—Ni un céntimo.

—¿Te has visto tentado?

—Cada segundo de cada día —admití—, pero no voy a volver ahí.

Sonrió.

—Buen chico.

—Supongo que lo que quería hablar contigo era respecto a arreglar cuentas con vosotros. Evidentemente, necesito guardar algo de dinero para Aoife y AJ, pero Tony va a devolverme mi trabajo en el taller, así que podré establecer un plan de pago...

—No te atrevas a terminar esa frase —me interrumpió,

dándose la vuelta para mirarme—. Lo digo en serio, Joey Lynch. —Se acercó a mí limpiándose las manos en el delantal, sin pararse hasta tener el sobre en sus manos y meterlo de nuevo en mi bolsa—. Jamás aceptaré un céntimo de ti. ¿Me oyes, amor? Ni una moneda vieja y oxidada, así que sácate esa idea de la cabeza.

—Edel —suspiré con fuerza mientras me frotaba la mandíbula—. Tengo que pagártelo.

—Ya lo has hecho —respondió, dándome unas palmaditas en la mejilla— al mantenerte limpio e ir al colegio.

—Me han expulsado en mi primer día en Tommen —le recordé.

—Pseee. A mí también me pasó. —Movié la mano en el aire al tuntún—. Y fue a lo grande.

—¿Estudiaste en Tommen?

—Me trasladaron allí —contestó con una sonrisa—, igual que a ti.

—No lo sabía.

—Hay muchas cosas que no sabes, Joey, amor. —Sonriendo, me dio otras palmaditas en la mejilla antes de centrarse en el estofado—. Un montón.

Vaya mierda.

—¿Crees que..., eh..., podrías llevarme a la ciudad? —Señalé mi bolsa—. Tengo que ver a Aoife.

—Puedo dejarte en la ciudad dentro de una o dos horas, amor, pero, si necesitas ir ahora, corre arriba y ve a preguntárselo a Johnny antes de que se vaya a entrenar. Estoy segura de que no le importará llevarte de camino.

Recorrer Tommen era una cosa, pero recorrer el laberinto de la mansión Kavanagh era algo muy distinto. Cuando conseguí llegar a la habitación de Johnny tras recorrer los laberínticos pasillos, me detuve al otro lado de la puerta donde se oía la ligera risa de mi hermana.

Cuando nuestra madre estaba viva, yo estaba demasiado colocado para oír sus advertencias sobre la relación de Shannon con Kav. Ahora que me mantenía de pie, con la

cabeza despejada y en pleno uso de mis facultades, lo entendía. Por fin veía de lo que mi madre tenía miedo.

Aquello no era amor de adolescentes. Tampoco era un amor pasajero. No, lo que estuviera pasando entre esos dos era auténtico, real, mezclado con un toque innegable de permanencia.

Sonriendo para mis adentros, llamé y empujé la puerta hacia dentro.

Ese fue mi primer error.

Mi segundo error fue... No, había desaparecido.

Solo podía centrarme en la imagen de mi hermana desnuda, rebotando encima de su novio también desnudo.

—¡Alarma! —grité, llevándome una mano a los ojos dos segundos demasiado tarde—. ¡Alarma, alarma, saca la puta polla de mi hermana pequeña!

—¡Ay, Dios mío! —gritó Shannon, sacudiendo las manos y las piernas mientras se levantaba del regazo del puto Señor Rugby e intentaba esconderse detrás de su espalda—. ¡Joey! ¡Pírate de aquí!

—Sí —rugí, a punto de desmayarme mientras me apoyaba en el marco de la puerta y contenía unas ganas irresistibles de vomitar—. Sal de ella, cabrón gigante. ¡La vas a romper!

—¡Él no..., Johnny, no te muevas! —gritó mi hermana, asomándose por su hombro y señalándome con el dedo—. ¡Tú, Joe! Largo.

—¡No puedo!

—¿Por qué no?

—¡Porque me he quedado paralizado, joder, Shannon! Me he quedado traumatizado —dijo—. Joder, ¿es que no te he enseñado nada? —pregunté, mareado—. ¿No has aprendido nada de mis errores?

—Estoy tomando la píldora —contestó mi hermana.

—Y yo me he puesto un preservativo —intervino el cabronazo.

—Ay, Dios —gimoteé, entrándome arcadas al imaginármelo.

—A ver si aprendes a llamar —dijo Shannon sin aliento—. Y ahora vete.

—¿En serio vas a seguir? —Cuando no lo negó, me estremecí de la repulsión—. No me puedo creer en serio que vayas a hacerlo.

—Joe, llevamos ya meses haciéndolo.

—Me cago en Dios, Shannon, ¿por qué tenías que decírmelo? —exclamé mientras se me revolvía el estómago y retrocedía a ciegas—. Yo solo quería que me acercaran a la casa de Aoife, no otra razón para ir al psicólogo.

—En cuanto a lo que has visto antes... —Kav finalmente sacó el tema para mi desgracia—. A Shan y a mí...

—Oye, chaval, lo único que necesito es que me acerques a casa de mi novia —respondí, todavía algo revuelto mientras me llevaba a la ciudad—. No una explicación.

—La quiero.

—Estoy seguro.

—No —dijo con un tono serio—. La quiero, chaval. Estoy enamorado de ella.

—Me alegro por ti —mascullé, incapaz de mirarlo sin ver la imagen de... Joder, ni siquiera podía pensarlo—. Sé que la quieres —decidí añadir—. Es la única razón por la que no se me va la olla ahora mismo.

Se quedó callado un momento, sin duda asimilando mis palabras antes de volver a hablar.

—Me la voy a llevar conmigo, Joe —dijo en voz baja—. Cuando me vaya de Ballylaggin. Dondequiera que termine, vendrá conmigo.

—Bien —respondí—, al menos tendrá una oportunidad.

—Ya tiene una oportunidad —replicó bruscamente—. Gracias a ti, chaval. No a mí.

Entonces me sonó el teléfono, distrayéndome de nuestra conversación, y enseguida me lo saqué del bolsillo para aceptar la llamada.

—¿Hola?

—Hola, Joey, tesoro, soy yo, Trish. Me preguntaba a qué hora ibas a llegar.

—Hola. Ya voy de camino.

—Ay, gracias a Dios —suspiró con fuerza al otro lado de la línea—. Tiene un mal día, cariño.

Se me cayó el alma a los pies.

—Enseguida estoy ahí.

PAPI ESTÁ AQUÍ

Joey

El corazón me fue a toda velocidad en el pecho el resto del camino a su casa y esa sensación de aceleración aumentó cuando Trish me abrió la puerta.

—¿Cómo está?

Su madre tenía los ojos llenos de preocupación cuando se apartó para dejarme pasar y me indicó que entrara.

—Creo que le vendrá muy bien su compañero de aventuras.

Oí a AJ llorando en cuanto puse el pie dentro, pero el llanto solo se intensificaba a cada paso que daba hacia la puerta de su dormitorio. No llamé, porque no le encontraba sentido. Así que entré sigilosamente y cerré la puerta tras de mí.

Sentada en la cama, acunando la diminuta cabeza de rizos rubios, Aoife se mecía y sollozaba.

—Mamá, no puedo hacerlo.

—Hola, reina.

Se le cortó la respiración y se giró para mirarme.

—Hola, semental.

Con las manos temblando, salvé el espacio entre nosotros y me senté en el borde de la cama, a su lado.

—¿Qué pasa, nena? —le pregunté, cogiendo al niño que chillaba—. ¿Por qué estás llorando?

—Lo he hecho todo —contestó, dejando las manos sin fuerzas a los costados cuando cogí al bebé en brazos—. Le he dado de comer, le he cambiado, le he hecho eructar, y no para.

—Vale —dije, apoyándolo en el interior de un brazo para pasarle el otro por los hombros a ella—. No pasa nada.

—Sí que pasa, Joe —dijo sollozando, girándose para hundir la cara en mi cuello—. No estoy bien. No puedo hacer esto.

—Sí que puedes —susurré—. Lo único que tienes que hacer es dormir. Túmbate y duerme un poco, Molloy. Yo me ocuparé de todo.

—Necesito ser capaz de hacerlo yo sola.

—Ya eres más que capaz —la intenté tranquilizar—, pero no tienes energía. Él necesita que duermas. Es lo mejor que puedes hacer por ambos ahora mismo.

Al final obedeció, se hizo un ovillo en su cama y cerró los ojos, todavía sollozando mientras poco a poco se iba quedando dormida.

Con el bebé en brazos, salí sigilosamente de la habitación y bajé las escaleras para dirigirme a la cocina, donde estaba el esterilizador.

—Está intentando amamantarlo, pero no le resulta fácil —dijo Trish cuando entré en la cocina—. Se le hace todo un mundo.

—Trish, sé que lo dices con la mejor intención, pero necesito que dejes de insistir en que le dé el pecho.

—Solo intento ayudar a mi hija.

—Lo entiendo, pero está agotada —respondí sin alterarme, intentando no ofenderla, aunque necesitaba controlar aquel caos antes de que se fuera de las manos—. Ahora mismo no puede hacerlo y, sinceramente, su salud mental es muchísimo más importante para mí que si a mi hijo se le da o no el pecho. Aí se desarrollará adecuadamente con la leche de fórmula, pero Aoife seguirá sintiéndose mal si continúa tratando de darle el pecho, así que tienes que decirle que está bien que haga lo que es bueno para ella.

Pareció considerar lo que le había dicho antes de suspirar con fuerza.

—Supongo que he estado intentando convencerla para que lo amamantara.

—Y es genial —le aseguré mientras preparaba con una mano el biberón—, pero le está costando mucho todo esto y

tenemos que ponérselo lo más fácil posible.

—Estoy de acuerdo.

—Bien. —Asintiendo, exhalé un suspiro de alivio—. Escucha, Trish, sé que ni tú ni Tony confiáis en mí ahora mismo, y no os culpo, pero no puedo dejarlos a los dos aquí y marcharme. No puedo hacerlo. Me necesitan.

—Sí, es verdad.

—Quiero que vengan a vivir conmigo.

—De ninguna manera —respondió su madre, justo como había predicho—. Puedes estar aquí y ayudarla con el bebé todo lo que quieras, pero se quedan conmigo.

Decidí que ese no era el momento de meter más leña al fuego, así que cedí, satisfecho por haber plantado la semilla.

—Me lo llevo al salón un rato, si no te importa. Para que duerma un poco Aoife.

—Por supuesto.

—Gracias.

Encendí la televisión para tener ruido de fondo y me senté en el sillón con Aj apoyado en el hombro.

—Eres genial —le dije, dándole unas palmaditas en la espalda para que eructara—, pero tienes que dejar el drama. Tienes a tu pobre madre destrozada.

Subió las rodillas y soltó otro chillido furioso.

—Sí, lo sé —le dije, acelerando el ritmo de las palmaditas—. Tienes que cagar, ¿no? Vamos, hombrecito. Sácalo. Papi está aquí.

Pasaron varios minutos y luego noté un calor repentino en la mano junto con un impresionante pedo de cinco segundos.

—Ese es mi chico —lo alabé, echándolo hacia atrás para que me mirase—. ¿Me has dejado un regalito?

Ahora que el dolor había desaparecido, era como si Aj no hubiera roto un plato, y me miraba directamente, entrecerrando los ojos y poniendo muecas, mientras sus pequeños labios carnosos formaban una letra o perfecta.

—¿Dónde guarda tu mamá los pañales aquí abajo? —murmuré más para mis adentros que para él mientras buscaba.

Los encontré en el bolso cambiador al lado del sillón, tumbé al bebé y me puse manos a la obra.

—Estás hecho un profesional cambiando pañales, ¿eh? —dijo Trish al entrar en el salón, y dejó una taza de café en la mesa a mi lado—. Nada de esto es nuevo para ti, ¿verdad?

—Tengo mucha práctica —respondí, cambiando el pañal mientras limpiaba a mi hijo.

—Avísame si necesitas algo.

No iba a hacerlo.

Volví a ponérmelo en el brazo, llevé a los labios la tetilla del biberón que había preparado y sonreí cuando la buscó y empezó a chupar como un loco.

—Buen trabajo —susurré, arrimándomelo—. Métetelo bien en la boca.

Al cabo de treinta minutos, Aj había dejado el biberón seco y estaba fuera de combate en mi pecho.

Había realizado una tarea que sinceramente podía hacer con los ojos vendados. Le provoqué el eructo antes de volver a cambiarle el pañal y tumbarlo para que siguiera durmiendo. Con el sonido de unos suaves resoplidos inundándome los oídos, me quedé mirándolo mientras el corazón me latía con fuerza cada vez que inhalaba.

El miedo se abrió camino dentro de mí y al instante empecé a preocuparme por su futuro. ¿Tendría los mismos defectos (los mismos genes defectuosos) que su padre? ¿Que su abuelo? ¿Había maldecido a este bebé? ¿Crecería jodido de la cabeza porque yo era su padre?

Joder, esperaba que no.

La idea de que se sintiera como yo me sentía respecto a mi padre me dificultaba respirar. Me hacía querer salir corriendo y ahogarme en lo que fuera que tuviera a mano.

Debí de quedarme allí sentado una hora, con los ojos clavados en su cabeza rubia, rezando para que lo que

hubiera ahí arriba se saltara a mi hijo y le diera una oportunidad en la vida.

Se merecía una oportunidad.

Haciendo más promesas de las podía cumplir, lo ofrecí todo por ese niño. Prometí el sol, la luna y las estrellas para que tuviera todo lo bueno en la vida a cambio de lo que fuese que quedara dentro de mí.

Cuando se movió un rato después, le di un beso en el pelo y lo acurruqué más cerca de mí.

«Sé como ella —le supliqué mentalmente a mi hijo dormido—. Por favor, no salgas a mí».

—Joey —me saludó Tony más tarde esa noche cuando entré en la cocina y me lo encontré a él y a Trish sentado a la mesa para su charla nocturna—. ¿Qué tal está ese nieto mío?

Había pasado bastante tiempo en esa casa para saber que todas las noches antes de irse a la cama los padres de Molloy tomaban té en la cocina y analizaban los acontecimientos del día. Era muy diferente a lo que pasaba en la mesa de la cocina en la casa donde me había criado.

—No temas por él —respondí, colocándome bien a mi hijo en los brazos mientras dormía—. Ha comido como un señor y está fuera de combate.

—¿Y mi hija? —preguntó, señalando hacia una silla en la mesa.

—Agotada. Saturada —contesté, acercándome a la silla—. Y es que está sobrepasada, joder.

—Ven con la yaya —dijo Trish, cogiéndome a AJ para abrazarlo.

—Por Dios —masculló Tony, frotándose la mandíbula—. Nunca pensé que diría esto después de todo por lo que la has hecho pasar, chico, pero me alegro de que estés aquí.

—Sí —asentí sin tomarme sus palabras a pecho—. Yo también.

—No es más que la melancolía de la maternidad —terció Trish—. Se le pasará.

—No lo sé, Trish —dijo Tony, mordiéndose el labio—. ¿Y si es lo otro?

—¿Qué es lo otro?

—¿La depresión que viene después de tener un bebé?

—Tony, solo han pasado unos días desde que dio a luz, amor. Dale a la chica un tiempo para adaptarse. No tiene por qué ser depresión posparto —intentó calmarlo su esposa—. Tan solo está hecha polvo.

—Mi madre tuvo una depresión posparto muy mala después de Sean —decidí meter baza—. No fue... bueno.

—¿Crees que eso es lo que le está pasando a mi hija? —preguntó Tony, implorándome con los ojos que le diera la respuesta.

—No, ahora mismo no —contesté, eligiendo las palabras con cuidado—, pero creo que necesitamos tener una conversación sobre lo que tiene que pasar después.

—No —se apresuró a decir Trish, negando con la cabeza—. Ya te lo he dicho antes, Joey, puedes quedarte aquí, pero no se va a mudar contigo.

Tragándome mi frustración, me concentré en Tony.

—Tengo mi propia casa, un anexo en la propiedad de los Kavanagh. Es seguro y es totalmente mío. Si Aoife viene a vivir conmigo, podré estar allí para ayudarla con AJ. Podré darle el apoyo que necesita.

—Ya cuenta con apoyo —replicó Trish—. Estoy al final del pasillo, por Dios santo. Estoy disponible veinticuatro horas los siete días a la semana si me necesita.

—No es lo mismo —insistí, sorprendido por no sonar nada alterado—. Sé que tienes buena intención, y estoy agradecido de la hostia por todo lo que has hecho por ellos, pero necesito estar con mi familia.

—Joey, te quiero, pero no voy a tener esta conversación —gruñó Trish—. Mi hija no se va a mudar contigo.

—Entiendo que...

—Acabas de salir del centro de desintoxicación —soltó—. Apenas llevas tres meses limpio. Bueno, no me malinterpretes porque te deseo todo lo mejor del mundo, pero no es que seas la solución estable.

—La cagué —admití alzando las manos—. De forma espectacular. Decepcioné a tu hija y le hice pasar un infierno. No lo niego y no lo estoy justificando, pero lo estoy llevando muy bien. —Conteniendo las ganas de gruñir, golpeé con los dedos la mesa, deseando que sus padres me oyeran—. Quiero a tu hija, Trish. Siempre la he querido. Y sí, soy la primera persona en reconocer que no siempre lo he demostrado como ella lo necesitaba, como vosotros lo necesitabais, pero la quiero, joder.

—Joey.

—Puedo hacerlo —continué sosteniendo—. Puedo cuidar de Aoife y Aj. Puedo, Trish, y, es más, lo haré. Somos una familia. Vamos a estar juntos y eso no empezará cuando tú decidas que soy lo bastante estable. Empieza ya.

—¿Y dónde encaja Tommen? —preguntó Tony—. Estás en clase por el día. ¿Aoife estará sola en ese anexo con el bebé hasta que llegues por la tarde?

—¿Y cuando ella vuelva al instituto dentro de un par de meses? —intervino Trish—. ¿Qué propones, entonces? Cada uno asistirá a un centro distinto. Yo voy a cuidar de Aj mientras ella va a clase. Lo tenemos todo organizado. ¿Cómo encaja eso en tu plan?

—Eso es otra cosa que quiero hablar con vosotros.

Trish entrecerró los ojos como advertencia.

—Mi hija va a terminar sus estudios y no quiero oír una palabra en contra.

—No podría estar más de acuerdo —le dije—. Aoife tiene que acabar el instituto.

Trish suspiró aliviada.

—Bien.

—Pero no en el Ballylaggin.

Volvió a entrecerrar los ojos.

—Joey Lynch, si crees que le vas a comer la cabeza, yo...

Se calló cuando me metí la mano en el bolsillo y puse un fajo de billetes encima de la mesa delante de ellos.

—¿Qué demonios es eso?

—¿De dónde has sacado esa cantidad de dinero?

—De mi abuela.

—¿Cuánto hay ahí?

—Quince de los grandes —dije tranquilo—. Cuatro mil son para la matrícula de Aoife en Tommen. —Tragué saliva y miré a sus padres a los ojos—. Dejadme hacer esto por ella.

—Joey. —Los ojos de Trish estaban llenos de pánico—. Ni siquiera quiere volver al instituto. Si supieras las peleas que hemos tenido sobre volver al Ballylaggin... —Negó con la cabeza—. Está luchando con uñas y dientes.

—Yo estaré con ella en Tommen —insistí, al notar que la resistencia de su madre se tambaleaba, y entré a matar—. Nada tiene que cambiar respecto al cuidado de AJ. Si estás dispuesta a cuidarlo mientras estemos en clase, te estaría agradecido de la hostia.

—¿Quieres que vaya a Tommen? —dijo Tony—. ¿A un colegio privado?

—No puedo volver al Ballylaggin. Si pudiera ir con ella allí, lo haría —contesté—, pero Tommen es el único centro dispuesto a aceptarme.

—Y ella te seguirá a cualquier parte —respondió por mí.

—Es un buen colegio —añadí—. Allí recibirá la mejor educación.

—Vaya, mierda. —Recostándose en su silla, Tony se frotó la mandíbula—. Tienes todo bien pensado, ¿no, chico?

Me encogí de hombros, sin molestarme en negarlo.

—¿Y qué hay de Aoife? —preguntó entonces—. ¿Ella qué dice de todo esto?

—No se lo he dicho aún —respondí—. Quería comentároslo primero.

—Hum.

—No, Tony, no quiero que se mude —se apresuró Trish a

protestar—. No es el momento adecuado.

—Trish —suspiró con fuerza—. No se trata de lo que tú quieras, amor. Ya no. Cumplió los dieciocho años. —Su mirada se posó en Aj y vi la emoción en sus ojos—. Y el muchacho tiene razón. Son una pequeña familia.

—¿Y si vuelve a defraudarla?

—Tengo una pala en el patio trasero que usaré para enterrarlo.

Molloy se despertó en mitad de la noche, presa del pánico, buscando inmediatamente nuestro bebé.

—Aj está bien —susurré en la oscuridad, tumbándola de nuevo con cuidado—. Acabo de ir a verlo. Está durmiendo.

Suspiró aliviada, se puso de lado para mirarme y exhaló de forma temblorosa.

—¿Has dormido?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Estoy como... luchando con algo.

—¿El fantasma de tu madre?

Asentí.

—Joe. —Me puso entonces la mano en la mejilla—. Dime lo que pasa en esa cabeza tuya.

—Me duele.

—¿Dónde?

—En todos lados.

Me miró y yo la miré a ella. Quería estar más cerca de ella que mi propia piel. La conexión que sentía con ella era abrumadora cuando estaba colocado, pero ahora que estaba sobrio era tan fuerte que apenas podía soportarlo.

Después de verla dar a luz, después de presenciar la fuerza inhumana que poseía, sabía que jamás sería digno de esa chica.

—¿Aquí? —preguntó al final, tendiendo una mano sobre mi pecho. Apretó la palma contra la piel que me cubría el

pecho—. ¿Aquí?

Asentí despacio.

—¿Y aquí? —preguntó, pasando los dedos por encima de mi sien—. ¿Aquí?

Me estremecí y fui a cogerla de la mano, desesperado por el contacto físico.

—Estoy orgullosa de ti, Joe.

—¿Ah, sí?

Sonriendo con dulzura, me recorrió el cuello con los dedos antes de volver a colocar la mano sobre mi pecho.

—Sí.

—No me lo merezco.

Sin mediar palabra, me cogió la mano y la puso en su pecho.

—¿Notas esto?

—Sí. —Su corazón latía con fuerza contra mi palma—. Lo noto.

—Es por ti —susurró—. Es lo que me haces.

—¿Aún?

—Antes. Aún. Siempre.

—Aoife...

—No hay más oportunidades, Joe —dijo con voz ronca, llenándosele los ojos de lágrimas—. Esta es la última, ¿vale?

—Sí. —Asentí y exhalé de forma entrecortada—. Es la última que necesito.

—Lo digo en serio —añadió—. Si la cagas de nuevo, hemos terminado. Una vez más y me largo. Saldré de tu vida y no habrá vuelta atrás. —Me miró con recelo—. No puedo arriesgar su seguridad. —La recorrió un escalofrío—. No nos antepondré a nuestro hijo.

—No quiero que lo hagas —dije, respirando rápido, con dificultad, mientras veía ante mis ojos la posibilidad de tenerla de vuelta en mi vida—. Él va primero.

—¿Antes que las drogas?

Tragándome el nudo en la garganta, asentí con formalidad.

—Los dos vais primero.

—Sé que no será fácil para ti.

—No, no lo será —estuve de acuerdo—, pero tú y él sois mi prioridad.

—Tampoco quiero que bebas —soltó—. Si es un límite demasiado estricto para ti, entonces dilo ahora. Sé que no eres dependiente del alcohol, pero no puedo arriesgarme a que pierdas la cabeza. Yo...

—Lo entiendo —me apresuré a tranquilizarla— y estoy de acuerdo. No beberé. Sé lo que está en juego.

—Quiero mantenerte con vida, Joe —susurró, mirándome a los ojos—. Te necesito vivo. Mordiéndose el labio inferior, miró el moisés junto a la cama—. No quiero hacer esto yo sola.

El corazón se me partió en el pecho.

—No tendrás que hacerlo —le prometí, encontrando la fuerza al tener a alguien que me necesitaba otra vez.

De repente me di cuenta de que lo necesitaba.

Necesitaba que me necesitaran.

Estaba programado para cuidar a las personas a las que quería.

El no tenerlo me desequilibraba.

Quizá no fuera sano, pero sustituía el clavarme agujas en las venas cualquier día de la semana.

—Bien. —Se sorbió la nariz—. Ahora bésame y haz que valga la pena.

Cumpliendo sus deseos de corazón, me incliné y rocé los labios con los suyos, estremeciéndome al notar la familiar sacudida de entusiasmo recorriéndome al sentir sus labios en los míos.

Temblando, me rodeó el cuello con los brazos y susurró las palabras «Juntos hasta el final, Joe».

El corazón se me disparó con intensidad en el pecho, porque sabía que lo decía en serio, y, cuando susurré las palabras «Juntos hasta el final, Molloy», también supe que yo lo decía en serio.

Más que nada.

VENDRÁN DÍAS MEJORES

Aoife

En el fondo encantada de que hubieran expulsado a Joey de Tommen durante dos semanas, me empapé de cada segundo de tenerlo conmigo. Porque la verdad era que me sentía mejor cuando él estaba por allí. Más estable. Más apoyada. Más yo.

A diferencia de cuando estaba con mi madre, no me sentía avergonzada ni una inepta cuando tenía que hacerle alguna pregunta sobre AJ. Era como si estuviera en clase de Economía doméstica otra vez y tuviera al mejor compañero. Era muy paciente conmigo, incluso cuando yo no tenía ni siquiera paciencia conmigo misma. Durante la primera semana de expulsión, apenas se apartó de nuestro lado. En la segunda semana, consiguió convencerme para salir de casa con la idea de ir a comprar. El chico conocía mi debilidad y fue a por ello a traición.

—¿Qué te parecería ir a dar una vuelta por la mansión? — me preguntó Joey el martes por la mañana mientras volvíamos de la consulta del médico después de llevar a nuestro hijo a su revisión de las dos semanas.

Sonaba en la radio «Rainy Night in Soho» de The Pogues y la letra se me enrollaba en el corazón como una mantita cálida.

—Todos estarán en clase, así que solo veremos a Edel y Sean —se apresuró en añadir, alargando la mano para darme un apretón tranquilizador en el muslo—. Nada demasiado estresante, te lo prometo.

—Claro, Joe —respondí, cogiéndolo de la mano—. Dios, lo siento, ni se me había ocurrido que te gustaría llevar a AJ a ver a tu familia.

—Quiero llevaros a los dos —me corrigió con voz ronca—, pero no tiene que ser hoy si no te apetece.

—¿Por qué no me iba a apetecer?

—Has tenido un par de semanas duras, Molloy.

—Y tú también.

Resopló.

—Apenas.

—Le has dado de comer todas las noches durante los últimos siete días.

—Porque tú has estado desarrollando un ser humano literalmente durante los últimos nueve meses.

—Tú crees que puedo hacerlo, ¿verdad, Joe? —pregunté, volviéndome para mirar a Aj, que estaba acurrucado en su silla en la parte trasera de mi coche—. Crees que puedo ser una buena madre, ¿verdad?

—No es que lo crea, Molloy. Lo sé.

—Pero estoy mejorando, ¿verdad? —Me mordí el labio, notando otra horrible oleada de inseguridad—. Es que lo quiero tanto, Joe. Cada vez que lo miro, me agobio muchísimo pensando en todas las cosas que podrían salir mal. Todas las cosas que no sé. La idea de hacer algo mal o cometer un error con él hace que la ansiedad se me multiplique hasta no poder respirar.

—Yo me siento exactamente igual —respondí, apretándole la mano.

—¿Sí?

Asentí con la cabeza.

—Estoy contigo, Molloy.

Me quedé sin aliento y se me encogió el corazón.

—Joe.

—Escúchame. Eres una madre increíble y ese niño tiene suerte de tenerte —dijo—. No tienes que cuestionar ni una puñetera cosa de lo que haces, Aoife. De verdad que no, porque lo haces muy bien, nena. Eres el pegamento. Los tres estamos aquí por ti. —Me volvió a apretar la mano—. Aj no estaría aquí sin ti, ni yo tampoco. Así que no dudes de ti

misma porque estás sin fuerzas temporalmente. El único motivo por el que estás floja es porque te has pegado todo el embarazo llevando tú las riendas.

Sus palabras me envolvieron el corazón y me estremecí.

—Joe, no pasa nada. Lo entiendo. Estabas enfermo.

—Sí —estuve de acuerdo—, y no puedo cambiar esa parte de nuestra historia, pero puedo aligerar la carga por ti ahora. Estoy aquí, Aoife, así que déjame hacer, ¿vale? —Lanzó una mirada en mi dirección, implorándome con sus ojos verde claro que lo escuchara—. Déjame cuidar de ti.

—¿Joey? —llamó Edel desde el otro lado de la puerta de la cocina—. ¿Eres tú, amor?

En el lavadero, vi cómo mi novio luchaba en una batalla interna. Lo veía en sus ojos. Sabía exactamente lo que estaba pasando en su cerebro. Joe estaba obligándose a no salir corriendo. Estaba obligándose a confiar en la mujer al otro lado de la puerta.

—Tú puedes —susurré, recorriéndole la mejilla con el pulgar.

Hallando ese acero interior que yo adoraba tanto, inspiró y asintió para sus adentros antes de decir:

—Sí, soy yo. —Vi cómo agarraba con fuerza la silla del coche de AJ y abría la puerta—. He traído a unas personas a verte.

Orgullo.

Se despertó en mi interior.

Cuando entramos en la cocina, estaba demasiado abrumada para hablar.

—Miraos —susurró Edel, dando una palmada en su delantal con las manos de harina mientras su mirada llena de lágrimas iba de mí a AJ, antes de posarse en Joey—. Mira al hombre que está en mi cocina.

—Hostia puta, Joe —farfullé cuando me llevó a su nueva

casa—. ¿Todo esto es tuyo? —Di una vuelta con nuestro hijo en brazos, contemplando el enorme espacio de la cocina abierta al salón—. ¿Es que estos son millonarios o qué?

—Creo que sí —respondió con el ceño fruncido mientras dejaba la silla del coche vacía encima de la mesa—. Menuda locura, ¿eh?

—Ya te digo —contesté riéndome—. Hostia, es que es de locos.

—Desde luego supera aquel piso infestado de ratones en la urbanización Elk del que estuvimos hablando, ¿eh?

—Sí —me reí y después me giré enseguida para mirarlo, cuando de pronto fui consciente—. Espera, ¿qué?

—Vente a vivir aquí.

Me quedé quieta, sin pestañear, mientras intentaba asimilar sus palabras.

—¿Eh?

—Que te vengas a vivir conmigo, Molloy —repitió Joey, salvando el espacio entre nosotros—. Múdate aquí.

—¿Aquí?

—Aquí —le confirmé asintiendo—. Por ahora, al menos.

El corazón se me aceleró en el pecho mientras mis ojos buscaban en su rostro la mentira.

No la encontré.

—Lo dices en serio —susurré, mareándome—. No estás de broma.

—No, no es broma —respondió llevando una mano a mi cadera—. Ven aquí conmigo.

—Ya estoy contigo, Joe.

—No. —Negó con la cabeza—. Quédate conmigo, Molloy.

—¿En qué sentido?

—En todos.

«Ostras».

—Te quiero. —Sacó una mano entre nosotros para acariciarle los suaves rizos a Aj—. He pasado un tercio de mi vida queriéndote, Aoife Molloy, y no tengo planeado dejar de hacerlo. —Acercándose más, apretó su frente contra la

mía y exhaló temblorosamente—. He tomado un montón de terribles decisiones —admitió en voz baja—. Pero la peor, con creces, fue hacerte daño y apartarte de mí.

—No pasa nada, Joe —me oí susurrar, temblando ahora—. Te perdono.

—No merezco tu perdón —contestó con la voz ronca y cargada de emoción—, pero me lo ganaré. Porque, se cruce lo que se cruce en nuestro camino, a partir de ahora, estaré a tu lado.

Rozó su nariz con la mía antes de besarme en los labios.

—Porque en esta versión del para siempre tenemos un final feliz, Molloy.

EPÍLOGO

REY DE MI CORAZÓN

Shannon

22 de diciembre de 2005

—Shannon, cariño —dijo Edel por encima del hombro desde donde estaba junto a la cocina, mientras sostenía a Sean en su cadera—. ¿Podrías pasarte a ver si tu hermano necesita que le echen una mano con el bebé antes de ir a clase?

—Ajá. —Asintiendo, le di un último mordisco a la tostada con crema de cacao y la devoré antes de bajarme del taburete junto a la isla—. Claro.

—Buena chica —me dijo—. Me ayudas mucho, cariño.

Ignorando a Tadhg y Ollie, que se estaban peleando en la entrada a la cocina por el control de una sliotar, mientras que John, que parecía agotado, intentaba disuadirlos, salí dando brincos de la cocina.

En cuanto estuve fuera, el aire glacial matutino de diciembre me dio en la cara y sonreí, disfrutando de la sensación de la ligera nieve que caía del cielo. No cuajaría, claro. Al menos no lo suficiente para hacer un muñeco de nieve, pero sí era bonito mirarlo.

Inhalando profundamente, me tomé un momento para respirar y asimilarlo todo.

La calma. La tranquilidad. La satisfacción.

El espíritu de la Navidad.

Aquel era nuestro último día de clase antes de las fiestas y me moría de ganas de pasar dos semanas enteras en casa con mi familia.

Y Johnny.

Vale, con Johnny el que más.

Un ochenta por ciento era por Johnny.

«Quizá un noventa...».

Con los hombros relajados y una sonrisa en la cara, rodeé de puntillas un par de charcos helados que había del fuerte chaparrón del día anterior y luego eché a correr, desesperada por llegar a la seguridad del anexo antes de que Bonnie y Cupcake se dieran cuenta de que estaba fuera. Si me veían, me arruinarían el uniforme perfectamente planchado que llevaba puesto.

Lo embarrarían.

—¿Joe? —dije, dándome prisa por entrar sin llamar cuando los demonios de cola amarilla de mi madre de acogida aparecieron, con las patas llenas de barro, dispuestos a imponerme su cariño.

No significaba que no quisiera a Bonnie y Cupcake. Los adoraba, pero esos perros hacían sudar a Gibsie y a Claire en una carrera, y eso era un logro impresionante.

En cuanto cerré la puerta del apartamento con pretensiones de mi hermano, oí un fuerte golpe al otro lado.

—¿Ha chocado otra vez uno de esos idiotas contra la puerta? —dijo Joey desde arriba.

—Sí —contesté riéndome y luego me llevé una mano a la boca al sentirme mal por burlarme de la falta de coordinación del pobre perro. Después de todo, yo no era quién para hablar—. Creo que ha sido Cupcake.

—A ese le pasa algo grave —dijo—. ¿Por qué no pueden ser como el bueno?

Sonreí para mis adentros. Mi hermano se refería a la chica número uno de mi novio.

Bueno, la chica número uno en perro, al menos.

Sookie.

—Hace frío fuera —grité, dirigiéndome directa al árbol de Navidad—. Ah, y está nevando.

—No cuajará.

—Sí, ya.

—¿Qué estás buscando por ahí abajo, Shan? —Apoyado en la barandilla de arriba, con la camisa del uniforme abierta y

un cepillo de dientes saliendo de la boca, mi hermano arqueó una ceja—. Eres como una niña pequeña.

—Solo estaba... comprobando una cosa. —Con las mejillas coloradas, me aparté del árbol y me apresuré a dejar el regalo que tenía en las manos antes de sonreír como una tonta a mi hermano—. Edel quiere saber si necesitas ayuda con Aj antes de ir a clase.

—No, estoy bien —respondió y continuó cepillándose los dientes, desapareciendo dentro de lo que sabía que era su gigantesco dormitorio.

—Habla por ti —terció Aoife, que pasó corriendo junto a mi hermano con mi sobrino en la cadera y tan solo la camisa del uniforme tapándole su dignidad—. Ay, mira, Aj. Es tu tía Shan. —Bajó directa hacia mí por la escalera de caracol de aspecto rústico que conectaba con la planta superior de su apartamento—. Por favor, ¿puedes coger a tu sobrino un segundo para que pueda vestirme?

—Claro —contesté agarrando a Aj. Tenía los mismos rizos rubios y los mismos grandes ojos verdes que sus padres—. ¿Cómo está mi sobrino favorito?

—Es tu único sobrino —dijo Aoife riéndose, subiendo a toda velocidad por las escaleras como si le fuera la vida en ello.

—De momento —se mofó Joey, bloqueando la entrada a la habitación con un destello pícaro en los ojos.

—Si crees que vas a hacerme otro bebé después de lo que ese hijo tuyo le hizo a mi coño, espero que tengas la pasta para una cirugía genital.

—No fue tan malo, Molloy —se rio, apartándose a trompicones de la puerta cuando su novia lo empujó con el culo—. Te has curado perfectamente.

—Para mí no, gilipollas. —Volvió a aparecer en la puerta del dormitorio, subiéndose una falda de Tommen por las caderas—. Para ti. Porque, si me acercas esa arma de tentación masiva sin condón, te la cortaré.

—Suena a unos preliminares, Molloy —susurró Joey,

rondándola cuando volvió corriendo a la habitación.

—Suenan a una clara advertencia, Lynch —oí que le decía, instantes antes de que unas carcajadas me inundaran los oídos—. Piedad, piedad, ay, para. Joder, Joe... ¡Ay, qué cosquillas!

—Tu mamá y tu papá están locos —susurré y le hice unas pedorretas a Aj en su mejilla regordeta. El movimiento le provocó una risa efusiva que reveló sus encías. Sabía que no era imparcial, al ser su tía y eso, pero Aj Lynch era, sin duda alguna, el bebé más perfecto del mundo.

Sí, mi sobrino era ridículamente adorable.

—Ya casi cuatro meses —dije, negando con la cabeza, maravillada.

Habían sucedido muchas cosas en tan poco tiempo, pero parecía que había pasado toda una vida desde que Joey había regresado del centro de desintoxicación. Apenas hacía dos semanas de cuando Aoife y Aj vinieron a pasar una noche. Evidentemente, la estancia se había extendido porque habían llegado en septiembre y no se habían marchado desde entonces, para nuestro deleite.

Tener a Aj viviendo allí al lado era un gran regalo para todos nosotros, pero no se podía comparar a lo maravilloso que era ver a nuestro hermano mayor por fin feliz.

Joe había pasado por tantas cosas que llegó un punto en el que creí que tal vez no lo recuperábamos. Pero, como el ave fénix alzándose entre las cenizas, mi hermano renació el día en que nació su hijo.

Joey vivía ahora para él. Para su pequeña familia.

Y me tranquilizaba mucho saber que por fin estaba en paz consigo mismo.

Cuando Aoife empezó a ir a clases con él en Tommen después de Halloween, algo se estableció en ambos. No estaba segura de si existían las almas gemelas, pero, si ese era el caso, los padres de mi sobrino eran un claro ejemplo. Joey Lynch y Aoife Molloy: ambos llenos de defectos, humanos imperfectos, pero aun así innegablemente

perfectos el uno para el otro.

Sabía que mi hermano seguía luchando a diario, y lo más probable era que siguiera luchando siempre, pero estaba tan decidido a hacerlo bien, a mantenerse en el buen camino, que en el fondo no me cabía ninguna duda de que continuaría sobrio.

Cuando Joey y Aoife al final salieron de la habitación al cabo de diez minutos, sus caras sonrojadas, por no mencionar los uniformes arrugados, me aseguraron que, aunque no tenían planes inmediatos de extender su estirpe, no tenían problemas en practicar el arte de hacer bebés.

—Qué guarro —reprendí a mi hermano, pasándole a AJ para darle un manotazo en el hombro cuando continuó sin vergüenza ninguna comiéndole con los ojos el culo a su novia—. En serio, Trish llegará en cualquier momento a recoger al niño. ¿Y si os pilla?

—¿Y si pilló a estos dos haciendo qué, Shannon, tesoro? —preguntó la madre de Aoife detrás de mí mientras dejaba su bolso sobre la encimera de la cocina—. Bueno, ahora que lo pienso, no me lo digas, cariño. Creo que es mejor no saberlo.

Cuando salí un rato más tarde, tuve que parpadear varias veces antes de que mi cerebro aceptara lo que estaban viendo mis ojos. Antes estaba nevando. Pues bien, ahora caía con más intensidad. ¡Y estaba cuajando!

Desbordando entusiasmo ante la idea de un día de nieve, regresé a la casa principal a toda velocidad, aliviada al ver que Bonnie y Cupcake habían vuelto a su impresionante redil. En serio, tenían una caseta más grande que mi habitación de la urbanización Elk.

Casi había llegado dentro, cuando una enorme bola de nieve me dio en la cabeza. Solté el pomo de la puerta y me tambaleé hacia atrás por la fuerza de la bola antes de caer de culo.

—Ay —me quejé riéndome con dolor, porque me hizo gracia y a la vez me sorprendió—. ¡Tadhg, eso duele!

—Ay, mierda —oí una voz familiar—. Perdona, Shan. Creía que era Gibsie.

Me giré y vi que Johnny se asomaba avergonzado por encima del capó del Range Rover de su madre.

—Rápido, nena —susurró desapareciendo detrás del coche, solo para reaparecer al cabo de un instante, rodando hacia mí como un ninja—. Métete en el cubil —me indicó Johnny, cogiéndome bajo el brazo mientras me llevaba a un lugar seguro—. Ese maldito asesino anda suelto con bolas de nieve.

—¿Quién? —me reí, observando el impresionante montón de bolas de nieve que había acumulado—. ¿Tadhg?

—¡Shan, agáchate! —Echándose encima de mí cuando una bola de nieve del tamaño de una sliotar pasó por encima de mi cabeza zumbando, Johnny lanzó un grito de guerra—. ¡Eres hombre muerto, Gibs!

—¡Tendrás que enfrentarte a mí para matarme, capi! —oí que decía Gibsie cuando otra bola de nieve me pasó de largo y le dio a Johnny en el lateral de la cara—. Y ambos sabemos que estás demasiado encoñado para dejar a Shannon desprotegida.

—Como acerques tus bolas a mi novia, te mato —gruñó Johnny, tirando él una bola—. ¿Me oyes, Gibs? ¡Te partiré la cara!

—Le voy a poner mis bolas en la cara.

—Gibs.

—Mis bolas grandes y húmedas en su cara... ¡Por Dios santo, Johnny! —Gibsie apareció por detrás del garaje, agarrándose la cabeza—. ¡Había una piedra en esa bola de nieve!

—Ya —dijo Johnny sin pedir disculpas—. La he puesto yo.

—Me ha dolido.

—¡Bien!

—Ya no quiero jugar más. —Gibsie se sacudió la nieve del

pelo y le tiró una última bola a mi novio antes de marcharse enfadado en dirección a la casa—. Se lo voy a decir a Mami K.

—¿Quién es ahora el cobarde? —le dijo Johnny—. Chivato.

—Johnny —lo reprendí, dándole en el brazo—. No seas tan malo. Ya sabes que en el fondo es muy sensible.

—Bah, viviré. —Johnny se rio, centrando su atención en mí. Sonriendo, se inclinó y me metió un mechón de pelo detrás de la oreja—. Hola, Shannon.

Me estremecí y le devolví la sonrisa.

—Hola, Johnny.

—Perdón por la bola de nieve de antes. —Se encogió de hombros, avergonzado—. Por lo visto, tengo la manía de darte con mis bolas en la cabeza.

—Sí, bueno. —Moví las cejas de forma provocativa—. Podrías apuntar más bajo la próxima vez.

—¿Ah, sí? —susurró Johnny, inclinándose para besarme en los labios. ¿Cuánto más abajo?

—¿A mis labios?

—¿Qué labios?

—Tú eliges.

—Joder. —Johnny soltó una exaltación de asombro y sonrió—. Olvídate de las clases. —Me cogió de la mano y me llevó en dirección al campo trasero—. Vamos a la casa del árbol.

—¡Espera! —me reí sin aliento, esforzándome por mantener su ritmo acelerado—. ¿No quieres hacer un muñeco de nieve?

—Los labios y las bolas primero —dijo por encima del hombro—. El muñeco de nieve después.

LISTA DE REPRODUCCIÓN DE MOMENTOS CON CANCIONES, ATMÓSFERAS Y SENSACIONES

Joey llama a Aoife después de la ruptura: Sister Hazel, «Your Winter».

La actitud de Aoife respecto a su adicción por Joey: Taylor Swift, «Don't Blame Me».

La depresión de Aoife durante las vacaciones de Navidad: Camila Cabello, «Consequences».

Cuando Aoife pierde la paciencia con él y le da un ultimátum: Avril Lavigne, «Push».

Joey pensando en Aoife: August Royals, «Kiss my Scars».

En el cobertizo para el heno con sus compañeros de clase: Bryan Adams, «Summer of '69».

Cuando lo hacen en el garaje y los pillan: Nickelback, «Animals».

Aoife cuidándolo durante otro bajón: Daughter, «Medicine».

Por la noche, emborrachándose y de cachondeo: Kodaline, «Follow Your Fire».

La reacción de Joey cuando muere su madre: Noah Gundersen, «Day Is Gone».

Joey en el centro de desintoxicación pensando en Molloy: Lifehouse, «Everything».

Aoife mientras él está desintoxicándose: Grace Grundy, «Capsize».

Cuando Joey está enganchado: Walking on Cars, «Nothing's Impossible».

La situación de Joey/Aoife/Paul/Danielle: Walking on Cars, «Speeding Cars».

La frustración de Aoife con Joey los primeros años: The Cranberries, «Go Your Own Way».

Joey cuando se enfrenta al regreso de Darren: Nickelback,

«Too Bad».

Joey puestísimo, pensando en Molloy durante el verano de 2004: Blink-182, «Feeling This».

Cuando cae en las garras de la adicción e intenta salir él solo: Jaymes Young, «I'll Be Good».

Aoife durante el embarazo, intentando quererlo a pesar de su adicción: Katie Gregson-MacLeod, «Complex».

Joe nada impresionado con la desintoxicación: Green Day, «Basket Case».

Joey volviendo del centro de desintoxicación: Dan Owen, «Hand That You Hold».

La amistad de Aoife y Casey: Ellie Goulding, «Army».

Aoife viéndolo marchar al centro de desintoxicación: Freya Ridings, «Lost without You».

Cuando Joey se viene abajo: Nate Feuerstein, «Beautiful Addiction».

Joey siguiendo la corriente: Jonah Kagan, «broken».

Cuando va hacia abajo y la antepone a ella: Cian Ducrot, «All for You».

Joey cambiando de actitud y volviendo con ella: Eric Arjes, «Find My Way Back».

Joey con su bebé: Kane Brown, «For My Daughter».

Con su pequeña familia hacia el final: The Pogues, «Rainy Night in Soho».

Momentos íntimos juntos: Cigarettes after Sex, «Nothing's Gonna Hurt You Baby».

Joey en el futuro, tratando con su hijo en la adolescencia y sus hermanos pequeños (sobre todo Tadhg): Rodney Atkins, «He's Mine».

La última escena en el libro de Joe y Molloy: James Arthur, «Say You Won't Let Go».

CANCIONES DE AOIFE

Lauren Daigle, «Rescue» (después del incendio).
Taylor Swift, «Cardigan».
Daughter, «Medicine».
The Cranberries, «Dreams».
Miranda Lambert, «Mama's Broken Heart».
Katie Gregson-MacLeod, «Complex».
Halestorm, «Here's to Us» (hacia el final de R6).
Taylor Swift, «Haunted».
Kehlani, «Gangsta».
Mary Lambert, «She Keeps Me Warm».
Freya Ridings, «Lost without You».
Carly Pearce, «Every Little Thing».
Andra Day, «Rise Up».
Madonna, «Papa Don't Preach».
Beyoncé, «Halo».
Pink, «So What».
James, «Laid».
Ella Henderson, «Let's Go Home Together».
The Features, «From Now On».
Taylor Swift, «This Love».
Nelly Furtado, «Try».

CANCIONES DE JOEY

Green Day, «Basket Case».
Mumford & Sons, «I Will Wait».
Coldplay, «The Scientist».
David Gray, «This Year's Love».
Kings of Leon, «Knocked Up».
Thirteen Senses, «Into the Fire».
Placebo, «Running Up That Hill».
Every Avenue, «Only Place I Call Home».
The Cranberries, «Zombie».
The Weeknd, «Or Nah».
You Me at Six, «Stay with Me».
Jamie Lawson, «I'm Gonna Love You».
Imagine Dragons, «Demons».
Aslan, «Crazy World».
Sean Paul, «Punkie».
Kings of Leon, «On Call».
Kaleo, «Way Down We Go».
Black Veil Brides, «Lost It All».
Damien Rice, «The Rat Within the Grain».
Linkin Park, «What I've Done».
Ht Bristol, «Bring Me Back to Life».
The 1975, «Me».
Rhodes, «Home»
Chord Overstreet, «Screw Paris».
Kane Brown, «For My Daughter».

AGRADECIMIENTOS

Estoy agradecida por muchas cosas y tengo que darles las gracias a muchas personas. Personas que, con sus ánimos y gran apoyo, han hecho este libro realidad.

Walshy: ¿Qué puedo decir, chaval? Ha sido un torbellino. Te quiero de toda la vida, viejo amigo. Gracias por ser mi Johnny personal.

Chiquis: Bueno, chavales. Supongo que ha llegado el momento de sacar las botas de agua y usar el pase anual. Os quiero muchísimo. Mi amor por vosotros creó a Edel Kavanagh. Aquí me tenéis para toda la vida, mis pequeños.

Sinead: Tenía once años cuando entraste en mi mundo y me alegro mucho de que te quedaras. No podría haber pasado por los últimos cinco meses sin ti. Eres una de las mejores personas que conozco y estoy muy orgullosa de que seas parte de mi familia.

Johnny Butt: El hombre del café. El jefazo. Te quiero, papá. Siempre. Gracias por ser mi gran apoyo.

Nikki, Bianca, Danielle, Rayna, Fiona, Chitra, Aleesha: Chicas, ¿qué haría yo sin vosotras? Vuestra amistad significa todo para mí y os quiero a todas muchísimo. Gracias por apoyarme, chicas. Me encantáis. Juntas hasta el final.

Nicole e Inbal: Bueno, señoras, lo lograsteis. Oficialmente sacasteis a Joey de mí, y no puedo agradeceréoslo lo suficiente. Ya os lo he dicho antes. Lo cambiasteis todo.

Shai: La amiga más buena que no sabía que necesitaría. Gracias por aguantarme. Sé que a veces soy una Aoife total, ja, ja. Eres la mejor.

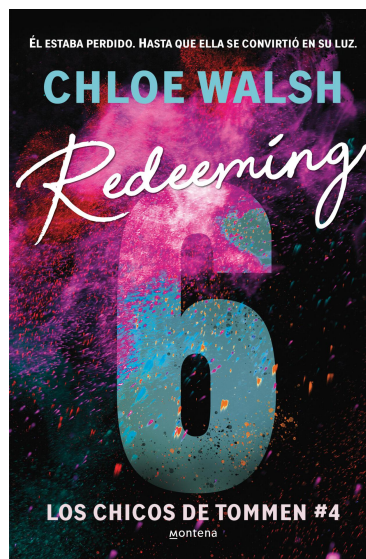
Caitlin: ¡Chica, cuánto me alegro por aquella llamada vía Zoom en febrero! Me cambió la vida. Gracias por creer en mí.

A toda la gente que he conocido en este viaje:
Muchas gracias por vuestro apoyo y vuestra amistad.

A mis *clovers*: *Clovers* para siempre, tías. Os quiero a todas. Gracias por estar conmigo toda esta década.

A mis lectores: Gracias por apoyarme. Gracias por tener fe en mí. Gracias por leer mis historias. Gracias.

**Ella era la luz en su oscuridad.
Descubre el desenlace de la historia
de amor de Joey y Aoife: llega el
nuevo libro de la saga de Los Chicos
de Tommen, el romance deportivo YA
que ha encandilado a TikTok.**



Voy a salvarte, seis.

Mientras el mundo se desmorona a su alrededor, la vida de Joey Lynch es más turbulenta que nunca. Desesperado por sentirse digno de la única persona en la que ha confiado jamás, Joey lucha por alejarse de un entorno que amenaza con destruirlo todo. Pero, con tanto en su contra, ¿logrará mantenerse a flote?

Sin intención de abandonar al chico al que ama, Aoife Molloy pelea por salvarlo de la autodestrucción. Ahogándose en un mundo que no comprende, sin otra guía que los

dictados de su corazón, se niega a darle la espalda a Joey incluso cuando parece que tienen todas las de perder.

Pese al sufrimiento y el horror, Aoife y Joey nunca han dejado de apoyarse el uno al otro, ¿será esta vez diferente?

Chloe Walsh es la autora bestseller de *Los chicos de Tommen*, que ha sido un boom en TikTok, Goodreads y Amazon. Lleva una década escribiendo romance contemporáneo, tanto juvenil como *new adult*, y sus libros se han traducido a múltiples idiomas. Es una gran amante de los animales, la música y las series de televisión, pero lo que más le gusta es pasar tiempo con su familia. Es una gran defensora de la salud mental. Vive en Cork (Irlanda) con su familia.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: octubre de 2024

© 2023, 2024, Chloe Walsh

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2024, Yolanda Casamayor y Noemí Risco, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño de
Brittany Vibbert / Sourcebooks

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10298-32-3

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: somosinfinitos

X: @somosinfinitos

Instagram: @somosinfinitos

Youtube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

[Redeeming 6](#)

[Nota de la autora](#)

[Pronunciación de los nombres](#)

[Parte 1](#)

[1. Sigo intentándolo](#)

[2. Sirviendo pintas a capullos](#)

[3. Disputa territorial](#)

[4. Al borde de la locura](#)

[5. Vida de la otra mitad](#)

[6. Una rubia sin miedo a morir](#)

[7. El infierno está empedrado de buenas intenciones](#)

[9. A corazón abierto](#)

[10. No lo digas si no lo sientes](#)

[11. Basta de muros](#)

[12. Como Bambi](#)

[13. Me tocaba a mí cuidarte](#)

[Parte 2](#)

[14. De vuelta a la jodienda... O sea, al Ballylaggin](#)

[15. Lo necesito como el agua](#)

[16. La misma mierda, pero en otro instituto](#)

[17. La visita nocturna](#)

[18. Clase de ingeniería](#)

[19. Básculas y tablas de ouija](#)

[20. Flores tardías](#)

[21. Un revolcón sobre el heno](#)

[22. Pillados in fraganti](#)

[23. Jou, jou, jou, Joe](#)

[24. Siempre seré tuya](#)

[25. Excursiones a por comida y conversaciones sobre el futuro](#)

[26. Siempre tengo cuidado](#)

[27. No me hagas favores, gilipollas](#)

[28. Haciendo cálculos](#)

[Parte 3](#)

[29. Cambios de humor y señor rugby](#)

[30. Dos rayitas rosas](#)

[31. Tu hermana es una puta](#)

[32. Tienes que decírselo](#)

[33. Estoy muy asustada](#)

[34. Soy un drogata, tú eres una cabrona](#)

[35. Responsabilidades de papi](#)

[36. Revelaciones y chicos que juegan a rugby](#)

[37. Mi hermana necesita un amigo](#)

[38. Quédate conmigo](#)

[39. El cumpleaños](#)

[40. El Pequeño Alfa](#)

[41. He venido para llevarte a casa](#)

[42. Sácame de esta casa](#)

[43. Amarga decepción](#)

[44. ¡Estoy bien!](#)

[45. Las once](#)

[Parte 4](#)

[46. Tu madre lo sabe mejor que nadie](#)

[47. Piensa en tu futuro](#)

[48. ¿Qué has tomado?](#)

[49. Todo se jodió de nuevo](#)

[50. Dios ama a quien se esfuerza, pero Aoife ama a Joey](#)

[51. No puedo entrar ahí](#)

[52. De mal en peor](#)

[53. ¿Cómo he llegado aquí?](#)

[54. Échamela](#)

[55. Los pájaros, las abejas y el dublinés](#)

[56. No te tengo que pedir permiso](#)

[57. El huracán Molloy](#)

[Parte 5](#)

[58. La oveja negra de la familia](#)

[59. Te acompañaré](#)

[60. Suena la alarma](#)

[61. Solo esta vez](#)

[62. Mi corazón está dentro de ella](#)

[63. Acógete a la quinta enmienda](#)

[64. Ir a la guerra por ti](#)

[65. ¿Deberíamos habernos cambiado de ropa?](#)

[66. Loca por ti](#)

[67. Pon tu mano sobre la mía](#)

[68. Vacaciones de Pascua](#)

[69. Padres y abuelos](#)

[70. Él o nosotros 2.0](#)

[71. Reflejos y angustia](#)

[Parte 6](#)

[72. Respira, cariño, respira](#)

[73. En las buenas y en las malas](#)

[74. Soy tu hermano](#)

[75. Vuelvo con él](#)

[Parte 7](#)

[76. La lista de desaparecidos](#)

[77. Días borrosos y noches de colocón](#)

[78. Todavía te quiero](#)

[79. ¿Te sientes segura?](#)

[80. Déjame fuera, con la basura](#)

[81. Bala perdida](#)

[82. Volando alto, cayendo bajo](#)

[83. No te lo vas a llevar](#)

- [84. La señora Kavanagh](#)
- [85. No te rindas con mi hermano](#)
- [86. El linaje familiar](#)
- [87. Hemos encontrado el amor en un lugar sin esperanza](#)

[Parte 8](#)

- [88. Nuestra nueva realidad](#)
- [89. Recuerda mi cara](#)
- [90. Cada día una canción](#)
- [91. Me está esperando](#)
- [92. Llegas tarde... otra vez](#)
- [93. Lágrimas y mensajes de texto](#)
- [94. Creo en ti](#)
- [95. Madres y padres buenorros, y drogadictos](#)

[Parte 9](#)

- [96. Llámame e iré corriendo](#)
- [97. Novios, hermanos y zorras antipáticas](#)
- [98. El rock de la cárcel](#)
- [99. Volviéndome loca](#)
- [100. Llamadas sin respuesta y salvavidas inesperados](#)
- [101. Demasiado bueno para ser cierto... o seguro](#)
- [102. No tardo nada](#)
- [103. De tal palo, tal astilla](#)
- [104. Conteniendo la respiración](#)
- [105. Pequeñas advertencias](#)
- [106. Todo ha cambiado](#)
- [107. Esa no es la solución](#)
- [108. Reina de corazones](#)
- [109. Soñé con una casa en llamas](#)
- [110. Ya es hora](#)
- [111. Despiértame cuando todo haya terminado](#)
- [112. No puedes detenerme](#)
- [113. Vuelve a mí, vuelve a ti](#)
- [114. Como una soga alrededor de mi corazón](#)

Parte 10

115. No entre ahí

116. Mensajes sin responder

117. La chica del muro

118. Empollando y fracasando

119. Estoy aquí, ¿no?

120. Se acabaron las clases

121. Tocando y pinchando

122. El largo y caluroso verano

123. Hablemos de intimidad

124. Plan de parto

125. Avances y súplicas

126. Caído del cielo

127. Hola, hermano

128. Llamadas entrantes

129. Madres de acogida

130. La familia... o algo parecido

131. Llama a mi chica

Parte 11

132. De vuelta a Ballylaggin

133. Embarazo a término

134. Reencuentros frustrados

135. ¡Las Mates no son mi fuerte, mamá!

136. Reencuentro 2.0

Parte 12

137. Mamá es una luchadora

138. Dile «hola» a mami

139. Te cuidaré

140. No puedo hacerlo

141. Bienvenido a Tommen

142. La melancolía de la maternidad

143. Cambio de planes

144. Al menos llegasteis a la comida

[145. Papi está aquí](#)

[146. Vendrán días mejores](#)

[Epílogo. Rey de mi corazón](#)

[Lista de reproducción de momentos con canciones, atmósferas y sensaciones](#)

[Canciones de Aoife](#)

[Canciones de Joey](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Chloe Walsh](#)

[Créditos](#)